

NOE CASADO DÍMELO AL OÍDO



UNA
COMEDIA
ERÓTICA MUY
CAMBERRA

se

Lectulandia

¿Quién puede sentirse atraída por el tipo más serio, responsable, trabajador, introvertido y menos conversador del mundo? Esa es la pregunta sin respuesta que se hace Astrid en cuanto conoce a Owen, al que espera no tener que volver a ver en mucho tiempo. Pero una serie de complicaciones la empujarán a coincidir con él en los lugares más insospechados.

Owen odia salirse de la rutina y planifica cada detalle de su vida. No es de los que se dejan impresionar por unas piernas largas y una bonita melena rubia; sin embargo, con un negocio que sacar adelante, una mujer inteligente y un hermano gamberro desbaratando cualquier idea, no siempre se puede cumplir el orden del día.

Lectulandia

Noe Casado

Dímelo al oído

Serie Gamberra - 3

ePub r1.0

Titivillus 04-09-2018

Título original: *Dímelo al oído*

Noe Casado, 2017

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Esta historia está dedicada a las primeras personas que leyeron mi primera novela y desde entonces continúan a mi lado.

1

Lo primero que vio Owen cuando se abrió la puerta de la grúa que había llamado fue lo que menos esperaba: unas piernas espectaculares. De esas que, por desgracia, últimamente solo podía ver en fotos, pues su trabajo apenas le dejaba tiempo libre para acudir a actos sociales donde poder apreciarlas en vivo y en directo.

Lo segundo, una no menos espectacular melena rubia recogida en una descuidada coleta. Una anomalía más en aquella nefasta jornada.

Por un impulso ridículo y extraño, había pedido un coche en el hotel donde se alojaba y, sin preguntar a nadie, se había lanzado a la aventura. O, al menos, eso era lo que pensaría cualquiera que lo conociera, pues rara vez, por no decir ninguna, hacía algo semejante.

Atendiendo a una inexplicable reacción impropia de él, y hastiado de tanta reunión, había optado por salir sin tener muy claro el rumbo que debía seguir, más aún al encontrarse en una localidad desconocida por completo. Pero, dejando a un lado toda lógica, había pedido en recepción un vehículo para darse el capricho y, por supuesto, allí no le habían puesto ninguna pega.

Nunca conducía, era una pérdida de tiempo que no podía permitirse; para eso estaba su chófer. Sin embargo, en ese viaje había prescindido de los servicios de Arthur, ya que este le había pedido unos días libres para asuntos personales. Podría haber buscado un reemplazo, pero le costaba eso de confiar en un extraño, por lo que había decidido viajar solo.

Craso error.

Lo cierto era que, tras una maratoniana y frustrante semana de trabajo, necesitaba tomar el aire, cosa que podría haber hecho si se hubiera limitado a subir a su *suite*, salir a la terraza, sentarse en una de las tumbonas y dejar que la brisa del mar le despejara la mente. Pero no, se había comportado de forma irresponsable, aventurándose a circular por carreteras secundarias de una localidad dejada de la mano de Dios.

Había llegado a San Pedro del Pinatar hacía tres días, una población costera en el sur de España, en donde tenía que ocuparse de la compra de una entidad bancaria con serios problemas: una caja de ahorros en quiebra a precio de ganga. Pero, para ello, primero debía salvar unos cuantos escollos, y no solo económicos.

Había acabado con la cabeza como un bombo, y de ahí que se hubiera arriesgado a salir sin pedir un mapa siquiera. Y, había que reconocerlo, perderse entre tanta urbanización era bien fácil. El navegador instalado en el coche le marcaba con más o menos precisión su ubicación y, dando más rodeos de lo que a buen seguro era necesario, terminaría regresando al hotel.

Eso sí, bastante más tarde de la hora que tenía prevista.

Pero como las desgracias nunca parecen venir solas, el coche, un práctico Fiat 500 descapotable, cortesía del hotel, se había quedado parado sin motivo aparente junto a un campo cubierto de plásticos. Para una vez que se dejaba de convencionalismos, terminaba tirado en una carretera. Owen no estaba hecho para salirse del guion.

Hacía mucho que no se salía de él y, dadas sus desastrosas consecuencias, lo más probable era que no volviera a tropezar en la piedra de la improvisación. A su edad no eran buenos los cambios, bien lo sabía.

—¿Necesita ayuda? —preguntó Astrid, la dueña de las piernas de escándalo, acercándose a él, que permanecía apoyado, con cierto aire indolente y también de hastío, en el capó del coche a la espera de solucionarlo todo cuanto antes.

Se incorporó, no por cortesía, sino por una mera cuestión práctica, para dar las indicaciones precisas y poder olvidarse de aquel lamentable incidente.

En ese instante se acordó de su chófer, al que siempre tenía disponible y a quien, por «cuestiones personales», había permitido quedarse en Londres, pues él no tenía pensado salir del hotel, ya que había ido allí a trabajar, no de vacaciones.

Owen desconocía el significado de la palabra *vacaciones*.

—¿No es obvio? —respondió con ironía en un perfecto castellano, señalando el vehículo.

Solo le faltaba, para rematar la jugada, que tuviera que aguantar a una graciosa. ¿Había alguien que llamara a la grúa por vicio?

Sin embargo, tampoco podía aseverarlo, pues era la primera vez que lo hacía.

La mujer parpadeó un instante ante su tono seco y desagradable, ya que solo había intentado mostrarse amable, pero como de todo se encuentra una en la viña del Señor...

—Pues nada, manos a la obra —comentó alegre sacando unos gruesos guantes y un chaleco reflectante para dirigirse a la parte trasera de la grúa.

Por desgracia, estaba acostumbrada a soportar a todo tipo de clientes, desde los más amables hasta los más impertinentes y, por lo visto, aquel tipo pertenecía a esa última categoría.

Owen observó a la rubia de ojos azules. Altura estimada: uno setenta y cinco; proporcionada, buenas curvas, pantalón vaquero corto y deshilachado difícil de catalogar e inapropiado para realizar una actividad tan, *a priori*, poco femenina, y una camiseta deforme con la leyenda «GRÚAS GONZÁLEZ».

Bueno, el caso es que le traía sin cuidado si era una mujer, la Pantera Rosa o Superman quien le solucionaba la papeleta. Eso sí, nadie podía decir que al menos no resultaba agradable a la vista.

¿Quizá una distracción para disimular su falta de profesionalidad?, pensó con cinismo, pues en ocasiones se había encontrado a secretarias de físico espectacular pero de estupidez monumental y, claro, cuando se trataba de hacer las cosas bien, no admitía distracciones de ningún tipo.

—¿Me permite levantar el capó y echar un vistazo? —inquirió ella deteniéndose junto al coche.

—¿Para qué? —repuso Owen empezando a impacientarse.

Ella lo miró sin perder la sonrisa; era un cliente, ya lo pondría después a caer de un burro, ahora tenía que aguantar el tirón. Tal y como estaban las cosas, como para darse el lujo de perder un servicio. Su hermano la mataría, sometiéndola a terribles sufrimientos.

—Por curiosidad —murmuró entre dientes, aunque añadió ya en tono audible—: A veces, la avería se puede arreglar *in situ*.

—Como quiera —indicó Owen con cierto desdén.

Si a ella le hacía ilusión..., ¿quién era él para quitársela?

Miró su reloj y se apartó para que abriera la puerta, buscara bajo el volante la manija que desbloqueaba el capó (eso le permitió tener un estupendo primer plano de su trasero), se incorporase (con agilidad, todo había que decirlo) y encontrase (a la primera) el tirador delantero. Sin titubear, alzó luego el capó, colocó la varilla de seguridad y se inclinó hacia adelante para echar un vistazo al motor.

—Está anocheciendo —comentó Owen en un tono sospechosamente indiferente, sin perder detalle. Toda la escena resultaba surrealista, o parecía la penosa falsificación de una película porno de baja calidad.

Ella mantuvo la sonrisa y no le respondió de forma contundente ante tal despliegue de mala educación.

—¿Cuándo pasó la última revisión? —preguntó en su faceta más profesional.

—¿Cómo dice? —replicó él mirándola, sin entender a santo de qué le hacía esa pregunta. ¿Qué le importaba a ella su estado de salud?

—El coche —le aclaró por si acaso.

El hombre sería un impertinente, pero al menos no era difícil de ver. Lo cierto era que su aspecto no solo era pulcro (eso podía conseguirse, además de duchándose con regularidad, llevando la ropa limpia y planchada), sino que además parecía tener el riñón bien cubierto. Hay gente que, aun vistiéndose con ropa barata, da el pego, y viceversa, pero ese parecía llevar en ropa el equivalente al presupuesto familiar de tres meses (o más) de mucha gente. La camisa, por ejemplo, tenía las arrugas justas, y eso no se consigue comprando en *outlets* o cadenas textiles de bajo coste.

—Ah —respondió él.

Ella negó con la cabeza e, inclinándose de nuevo sobre el motor, se puso a comprobar su estado.

De nuevo Owen recurrió a un pensamiento de lo más sospechoso: «Deben de mandar a rubias ligeritas de ropa para mantener contentos a los clientes y así ocultar que como empresa son un desastre», ya que no llegaba a comprender para qué revisaba el coche. Quizá seguía un protocolo establecido para esos casos o vete tú a saber por qué, pero lo cierto era que aquello era una pérdida de tiempo.

—Me parece que vamos a tener que llevarlo al taller: una de las correas se ha roto

y afecta al sistema de refrigeración. En estos coches, por seguridad, la centralita bloquea la inyección para que el usuario, aunque sea un cafre y haga caso omiso de la advertencia en el panel de mando, no termine cargándose el motor —explicó la mujer, ocupándose al mismo tiempo de cerrar el capó.

De haberle dicho que tenía estropeada la *trócola de embroque de la ballesta de la transmisión hidráulica*, él habría puesto la misma cara. En ocasiones como esa, la tentación de tomarle el pelo a un cliente era muy fuerte, en especial cuando se combinaba la impertinencia con la ignorancia.

Owen, que nunca se había molestado en aprender mecánica, a pesar de tener una considerable flota de vehículos, se dio cuenta de que la mujer al menos no había inventado palabras y que parecía sincera al mencionarle la posible causa (él nunca daba por hecho nada sin comprobarlo antes) de la avería.

—¿Y bien? —preguntó esperando a que ella hiciera su trabajo, es decir, remolcar el dichoso Fiat 500, y que acabase de una vez. No hacía falta tanta cháchara.

Había oscurecido y quería regresar cuanto antes a su *suite* en el hotel Hispania Costa Cálida, darse una ducha para quitarse aquella sensación pegajosa y olvidarse del jodido utilitario, de las mecánicas rubias, de las carreteras secundarias, y quedarse dormido con el zumbido del aire acondicionado como única compañía.

—Voy a engancharlo al remolque y me lo llevo al taller. Allí puedo ponerlo en el elevador y cambiar la correa. ¿Se aloja cerca?

—¿Usted va a cambiarla? —preguntó Owen.

Enseguida se dio cuenta de que había ofendido a la rubia, en especial por su marcado tono escéptico. Además, estaba siendo desconsiderado, ya que ella le estaba ofreciendo una solución competente.

—Bueno, de pequeña tuve la Barbie mecánica... —replicó la chica mosqueada.

Estaba hasta el moño de la típica pregunta. De acuerdo, no había estudiado mecánica, pero viviendo con un padre y un hermano que regentaban un taller, algo había aprendido.

—Lo siento, no quería ofenderla —se disculpó él con rapidez, y decidió cerrar el pico. Si su madre se enteraba de que trataba así a una mujer, lo agarraría de las orejas, le daría un buen tirón y, además, lo castigaría sin postre.

—Disculpas aceptadas —mintió ella, porque no merecía la pena enzarzarse en una absurda discusión, y menos aún con un cliente.

Se ocupó de enganchar debidamente el vehículo para después mover la palanca de la grúa e ir subiendo el Fiat a la plataforma, donde, una vez posicionado, lo ancló con los arneses de seguridad y comprobó que todo estuviera perfecto, tal y como su padre le había recalado cientos de veces. Por último, se quitó los guantes y los dejó en su sitio.

—¿Nos vamos? —le dijo señalándole la puerta del acompañante de la grúa.

—¿Perdón? —preguntó Owen, que nunca lo reconocería, pero se había quedado embobado viendo trabajar a la chica.

—Al taller —le indicó ella con amabilidad.

—¿Al taller?

—Allí es donde tengo las herramientas. Aunque, si lo prefiere, puede llamar un taxi y que lo recoja. Me anoto su número de teléfono y, cuando esté listo el coche, lo aviso y viene a buscarlo.

Dos cosas se le pasaron por la cabeza a Owen de forma simultánea. La primera: ni loco iba a quedarse allí solo, muerto de asco, esperando un maldito taxi, y la segunda: «¡Qué forma tan extraña de que una rubia me pida el número de teléfono!».

—Prefiero ir ahí —accedió a regañadientes señalando la grúa, y se dio cuenta de que su aventura en solitario iba a adquirir un cariz extraño, ya que esa iba a ser la primera vez que montara en un artefacto semejante. No desconocía su existencia, desde luego, pero nunca imaginó tener que subirse a uno.

La chica arrancó y, tras echar un vistazo por el retrovisor por si llegaba algún otro vehículo, se incorporó al tráfico. Owen miró al frente por puro instinto de conservación, evitando comerse con la vista las piernas de la conductora y soltar alguna estupidez, porque con la tontería podía venirse arriba o, lo que era peor, animarse y terminar poniéndole la mano encima para comprobar si eran tan suaves como aparentaban.

Sin desviar los ojos de la carretera y admitiendo en silencio que la mujer no conducía mal, ni de forma temeraria ni nada por el estilo, se cruzó de brazos y empezó a elaborar teorías, como, por ejemplo: ¿cómo había terminado una chica de aspecto nórdico en aquella localidad? Hablaba castellano a la perfección, por lo que no era una recién llegada. Aunque, bueno, él pisaba aquellas tierras por primera vez y también se manejaba bien con el idioma. En su caso, la explicación resultaba bien sencilla: Marisa, su madre, era española.

La siguiente hipótesis, puesto que a la primera no le encontraba respuesta, fue respecto a la edad y el estado civil de la susodicha. Así, a ojo, calculó que debía de estar sobre los treinta y, al no llevar anillo, dejó en blanco la otra casilla.

—Ya hemos llegado —señaló ella.

Absorto como estaba en sus informes mentales, Owen no se percató de que la chica había detenido la grúa frente a unos portones metálicos. Levantó la vista y vio el letrero de «GRÚAS GONZÁLEZ».

La rubia (a la que pensó que debía preguntar el nombre para saber cómo dirigirse a ella) los abrió y volvió a subirse al vehículo para meterlo dentro. Lo hizo con mucha precisión, y una vez más Owen tuvo que admirar su pericia al volante. Ni un rasguño.

Increíble pero cierto.

De nuevo lo dejó estupefacto cuando le abrió la puerta para que bajara. Se sintió extraño, pues generalmente eran los hombres quienes se ocupaban de hacerlo.

—Vamos primero a la oficina —le indicó ella, señalándole el camino.

Astrid emprendió la marcha y, a su paso, fue encendiendo las luces para que él no

tropezara con nada. Allí estaban los coches pendientes de reparar y, al final, junto a la oficina, el viejo Mercedes descapotable que su hermano había comprado por dos pesetas y media con la idea de arreglarlo en su tiempo libre y poder venderlo a algún guiri nostálgico y ganarse un dinero, pero entre el trabajo, el servicio de grúa, el precio de los repuestos y demás quehaceres, allí estaba, acumulando polvo. Eso sí, tenía más kilómetros que la maleta del Fugitivo, aunque eso también podía arreglarse.

Sacó las llaves y abrió la cerradura de la oficina invitándolo a pasar.

Sin embargo, él le cedió el paso, y ella se encogió de hombros.

Una vez dentro, Astrid le señaló una silla y ella se acomodó tras el escritorio, que, la verdad, necesitaba que alguien lo ordenara. Owen, amante acérrimo de la organización, disimuló su desagrado y se sentó. Esperó a que se encendiera el ordenador, y se mordió la lengua porque al menos se había saltado cuatro actualizaciones de Windows, a juzgar por el logo que aparecía en la pantalla.

Como aquel cacharro iba a necesitar su tiempo, miró a su alrededor y parpadeó.

Entrecerró los ojos. ¿De verdad alguien podía colgar pósteres como aquellos en la pared?

¿Cómo era posible que aquella modelo con un bikini minúsculo pudiera estar cerca del orgasmo mientras agarraba un tubo de escape cromado?

«Por Dios, qué mal gusto», se dijo.

Y ese no era el único. La pared estaba cubierta con todo un despliegue de fotos horteras..., a cuál más difícil de entender. Una morena de infarto semidesnuda, acostada sobre unas impresionantes llantas de diecinueve pulgadas; otra mujer con tan solo el chaleco reflectante, mostrando su trasero respingón y lo que venía siendo un parachoques...

Y, para rematar entre tanto mal gusto, una rubia operada por veinticinco sitios, recostada encima de unos asientos ergonómicos, que por lo visto no lo eran tanto, pues es imposible adoptar una postura así y estar cómoda.

La chica se percató de lo que él miraba con tanta atención y puso cara de disculpa. Había tenido sus más y sus menos con Axel por aquel asunto.

—Son cosa de mi hermano, ya sabe..., por seguir la tradición.

—¿La tradición?

—Se supone que la mayoría de nuestros clientes son del género masculino. Pero no se preocupe, también tenemos un rinconcito para nuestras clientas. —Con un gesto de la barbilla, señaló la pared detrás de él. Allí, Astrid había aplicado, a su conveniencia, el dicho «Si no puedes vencer a tu enemigo, únete a él».

Owen se volvió curioso, pasando por alto el rechinar de la vieja silla, y se quedó estupefacto. Si las fotografías de los repuestos con chicas desnudas eran para salir de allí pitando, lo que ahora tenía delante de sus ojos era para abandonar el país: una serie de tíos sin ropa sosteniendo diversos accesorios para el mantenimiento del automóvil, o medio desfallecidos (algo incongruente, si se observaban sus bíceps) sobre capós brillantados. No faltaba un bombero, manguera en mano, dispuesto a

apagar «fuegos».

Para evitar que su vista quedara irremediabilmente dañada, se volvió de nuevo y decidió que, puestos a elegir, se quedaba con el mal menor, es decir, con las chicas.

Ahora, por mucho que mirase, no le apetecía para nada adquirir unas llantas de diseño, ni mucho menos cambiar el tubo de escape.

—¿Me deja su documentación? —indicó Astrid sonriendo al ver el apuro del hombre. No era el único, pero, debía admitirlo, seguía divirtiéndose como la primera vez. Ninguno se esperaba algo así.

—Por supuesto —accedió él en tono cordial.

Se la entregó, y ella, oh, sorpresa, comenzó a teclear con total profesionalidad.

Owen reconoció en silencio que esperaba una torpe imitación de secretaria y, como no podía poner ninguna objeción a su trabajo, se limitó a observar sus manos, que lo mismo te reparaban un coche que te rellenaban un impreso para el seguro.

Ella, ajena a toda esa especulación mental por parte del cliente, fue ocupándose del tema burocrático. Disimuló como pudo su sorpresa al comprobar la nacionalidad del tipo, ya que en todo momento se había dirigido a ella en un perfecto castellano. Por su documentación, supo que vivía en uno de los barrios más exclusivos de Londres, y que, por tanto, no podía catalogarlo como un guiri deseoso de pasar quince días con la pulsera de un «Todo incluido» dispuesto a beberse hasta el agua de los floreros.

—¿Está asegurado a todo riesgo? —le preguntó devolviéndole sus documentos.

—Ni idea, es de alquiler —respondió él con la actitud propia de quien poco o nada le importa. Lo cierto era que todo eso del papeleo le parecía una pérdida de tiempo, ya que, por norma general, de este se ocupaban las secretarías, no él.

—Pues entonces tendré que contactar con ellos.

—Muy bien —adujo con ganas de terminar con aquello y regresar a su hotel.

La mujer descolgó el teléfono para hacer las pertinentes comprobaciones mientras lo observaba de reojo. «Un guiri con clase», pensó mientras esperaba la confirmación de la aseguradora.

Una vez terminado el proceso, le entregó una copia del impreso de depósito del coche y le señaló dónde debía firmar. Owen cogió de mala gana el bolígrafo corriente que la chica le ofrecía y cumplimentó la tediosa tarea.

—Si me acompaña, señor Boston... —Astrid abrió un pequeño armario, de donde sacó unas llaves—. Le entregaré un coche de sustitución, salvo, claro está, que prefiera esperar un taxi.

Él se levantó también y juntos se acercaron hasta una puerta metálica. Owen, siempre atento, caminó un paso por detrás de ella. Sus motivos no podían calificarse de tan educados como podrían parecer, ya que, por puro instinto masculino, deseaba recrearse la vista con su retaguardia. Después de tanta estimulación visual con los repuestos automovilísticos, ¡qué menos!

Una palabra le vino a la cabeza: *excelente*.

Seguramente dentro de dos horas ni se acordaría de ese incidente, pero ya que se había aventurado a salirse de su rutina, al menos podía enterarse del nombre de la chica.

—Disculpe —murmuró a su espalda con las manos en los bolsillos—, pero me gustaría saber a quién debo agradecer todo esto.

—Ah, perdón —dijo ella mirándolo por encima del hombro, y terminó por volverse—. Astrid González, mucho gusto. —Se limpió la mano en el pantalón y se la ofreció.

A Owen le pareció curioso: el nombre iba a juego con su aspecto nórdico; ahora bien, el apellido desentonaba.

Le estrechó la mano. Podría haberlo hecho de la misma forma impersonal que siempre adoptaba cuando recibía visitas en su despacho por motivos de trabajo; sin embargo, sostuvo unos segundos de más la mano de Astrid.

Ella puso cara de circunstancias y recuperó su mano para ocuparse de nuevo de sus obligaciones. Seleccionó una de las llaves del llavero y la metió en la cerradura. Luego rezó en silencio para que abriera a la primera.

No hubo suerte.

—Maldita sea —masculló tirando de la manija para ver si con cuatro meneos bien dados se desbloqueaba—. Ábrete, joder...

—¿Ocurre algo? —preguntó él a su espalda. Puede que su tono fuera de lo más sereno, pero la verdad era que estaba impaciente.

—No, nada —mintió ella, sabedora de que la jodida cerradura llevaba hecha una mierda bastante tiempo.

Ya se lo había advertido el cerrajero la última vez que había ido, y también le había dado un presupuesto para cambiarla, pero como siempre andaban justitos de dinero, pues lo habían dejado pasar, y precisamente ese día se estropeaba, dejándola con el culo al aire delante de un cliente importante, de esos que, si la compañía aseguradora llamaba para hacer una encuesta de calidad, podían puntuarla por lo bajo.

Astrid refunfuñó, le dio una patada a la puerta e intentó por todos los medios que la llave girase, pero no hubo manera. La condenada seguía inmóvil.

—¿Problemas? —preguntó él en tono irónico.

—Una forma educada de expresarlo, desde luego —repuso ella entre dientes. El hecho de que él estuviera detrás, con esa aparente calma, no ayudaba mucho, la verdad.

—¿Por qué no llama a un cerrajero?

—Gracias por la sugerencia —respondió mirándolo por encima del hombro.

Como si a ella no se le hubiera ocurrido antes.

Forcejeó de nuevo con la terca cerradura, pero con igual resultado. Tenía que conseguir abrirla para acceder al garaje donde guardaban los coches de sustitución y, a ser posible, antes de que les dieran las uvas.

Astrid respiró e intentó pensar en una solución a corto plazo.

—Voy a por un poco de lubricante —indicó al recurrir a lo único que le vino a la cabeza.

Owen no perdía detalle. La mujer lo estaba pasando mal, y la puerta tenía un aspecto lamentable. No era de extrañar que permaneciera cerrada. Sin duda, allí el mantenimiento brillaba por su ausencia. Un síntoma de incompetencia que él, en su trabajo, jamás toleraría.

Astrid regresó con un spray en las manos como si fuera el remedio milagroso y, tras agitarlo, se dispuso a utilizarlo.

—¿Puedo ayudar en algo? —inquirió él, dando a entender que era una mera fórmula de cortesía y que prefería no tener que mancharse las manos.

—No, ya me encargo yo —respondió ella fingiendo una sonrisa. Al día siguiente llamaría al cerrajero, se pusiera como se pusiese su hermano.

A pesar de ver el apuro de la joven, Owen dio un paso al frente para no perderse detalle. Permanecería con las manos en los bolsillos, ya no tenía sentido mostrarse impaciente y, puesto que iba a cenar más tarde de lo habitual, al menos se distraería con el proceder de la chica. Una actitud ligeramente perversa, pero no tenía otra cosa mejor que hacer.

Astrid agitó de nuevo el spray con brío, demostrando un buen movimiento de muñeca, y luego posicionó la cánula en la cerradura. Que él estuviera pegado a su costado no ayudaba, pero tampoco podía mandarlo a paseo. Respiró y presionó el botón.

No pasó nada.

Repitió todo el proceso otra vez: agitar, posicionar y pulsar...

«Joder, qué movimiento de muñeca —pensó él sin perderse detalle y viendo el lado pervertido de todo aquello—. Demasiado tiempo delante del ordenador», se dijo a continuación.

—¡Mierda!

—¿Me permite probar?

Owen, que no estaba muy versado en eso del bricolaje, se atrevió por el simple placer de hacerlo. Ella se encogió de hombros y se hizo a un lado, dejando que lo intentara con la confianza de que obtendría idéntico resultado.

Total, mientras, podía ir buscando el teléfono del cerrajero para ganar tiempo, porque la jodida cerradura no tenía pinta de abrirse así, por las buenas.

Él se inclinó y, divertido ante lo que constituía toda una novedad, apretó el pulsador del spray. Astrid estuvo tentada de restregarle su fracaso por el morro, aunque por prudencia se mantuvo callada. Owen, picado en su amor propio, se concentró y presionó para ver si el jodido producto salía de una vez.

Y salió...

—¡Joder! —exclamó echándose para atrás y mirando sin dar crédito cómo su immaculada camisa se había teñido de un tono negruzco, grasiento. Y no solo eso, sino que además se pegaba a su pecho y encima olía mal y, para más inri, la parte delantera de sus pantalones había sufrido la misma suerte—. ¡Qué asco! —añadió reflejando en el rostro su afirmación.

—¡Ay, Dios mío...! —exclamó ella abriendo unos ojos como platos ante aquel desastre. Ese día debía de haberla mirado una excursión de tuertos, porque no daba una.

Astrid fue corriendo hasta el dispensador de papel y tiró hasta sacar una buena cantidad para, así, poder mitigar los efectos del maldito espray sobre la camisa del cliente. Y todo por ahorrarse cuatro duros... Vaya imagen que estaba dando del negocio.

—Deje, deje que lo limpie un poco —le pidió abochornada por completo debido al inoportuno incidente.

Conteniéndose para no decir en voz alta lo que pensaba sobre aquel alarde de incompetencia, Owen extendió los brazos sabiendo que: uno, esa camisa estaba destinada a acabar en la basura; dos, su aventura iba tornándose cada vez más extraña; tres, ella no debería restregarle ese inútil gurrño de papel porque solo conseguía extender la mancha; cuatro, frotarle con esa agresividad por encima de la bragueta arrodillada delante de él no era de recibo, y cinco, y más importante: la maldita cerradura seguía bloqueada.

—No sé cómo ha podido suceder —prosiguió Astrid, colorada como la grana, mientras limpiaba frenética una mancha que no iba a salir de ninguna manera.

—No siga, por favor —exigió él tenso, retrocediendo un paso para que no continuara frotándole con aquel ímpetu—. Esto no tiene remedio —añadió empezando a perder las buenas formas.

Astrid tiró a un lado la bola de papel e intentó buscar la mejor manera de disculparse. Sin embargo, ante aquel desaguisado poco se podía hacer, y menos aún ante un hombre como aquel. Seguro que estaba acostumbrado a rodearse de lo mejor. Joder, y encima se había puesto de rodillas..., para darse de cabezazos contra la pared más cercana.

Con tanto ajeteo se le habían soltado varios mechones de la coleta, así que, mientras pensaba en cómo arreglar aquel desastre, se quitó el pasador, ahuecándose el pelo para volver a recogerse. Lo que no sabía era que, con ese sencillo gesto, él pareció apaciguarse un poco.

Respiró profundamente y recurrió a la única solución que podía ofrecer:

—Si quiere... —señaló con un dedo la escalera metálica que había junto a la

oficina—, puede ducharse en mi apartamento.

Owen la miró entornando los ojos. Aquello era surrealista hasta decir basta. Separó de su cuerpo la que en otro tiempo había sido una camisa de diseño, porque aquel producto debía de ser corrosivo y no le apetecía, además de arruinar su ropa, terminar con la piel irritada.

—¿Apartamento? —inquirió más mosca aún, pues estaban en un polígono industrial. A saber lo que ella llamaba *apartamento* y, lo que era peor, a saber en qué condiciones pretendía que se aseara.

—Vivo ahí —apostilló Astrid al tiempo que disimulaba la vergüenza, ya que no era lo que podía decirse una situación ideal. Pero las circunstancias la habían obligado a rehabilitar la vieja casa en donde sus padres habían comenzado hacía casi cuarenta años.

—¿Perdón? —preguntó él sin saber todavía si aquello era otra mala pasada, porque llevaba una nohecita...

—Puedo buscarle algo de ropa, y no se preocupe, me ocuparé de pagarle la tintorería.

Owen, que, a tenor de lo que estaba viendo, sabía que exigirle unas prendas nuevas desequilibraría el presupuesto trimestral de la chica, negó con la cabeza. Disponía, no de uno, sino de varios fondos de armario como para ser tan cruel. Aunque, la verdad, podría exigirselo, a ver si con un poco de suerte aprendía la lección y modernizaba un poco todo aquello.

—De acuerdo —terminó por aceptar resignado. Miró el reloj y llegó a la conclusión de que cuanto antes se quitara de encima aquella asquerosa ropa, mejor.

—Sígame, por favor —le pidió ella con suavidad, tratándolo de usted, que eso siempre funcionaba o, al menos, esperaba que funcionase.

Astrid empezó a subir los escalones sabiendo que, a cada peldaño que pisaba, la vieja escalera sonaba a metal oxidado, y consciente además de que él la seguía.

Abrió la puerta, la cual carecía de cerradura porque como el acceso era desde el taller, no tenía sentido colocar una, y encendió las luces.

Por suerte, lo tenía más o menos apañadito. Eran apenas cuarenta metros cuadrados, eso sí, limpios como la patena. Puede que se notara demasiado que los muebles eran de IKEA, o que las paredes tuvieran alguna que otra grieta, pero era su rincón, su casita, en donde vivía, y no tenía nada mejor que ofrecer.

—El baño está por aquí —le indicó al hombre, deteniéndose junto a una puerta plegable, que abrió.

A pesar de vivir en un ático de lujo con un montón de metros cuadrados para perderse y con la decoración más exquisita que el dinero podía pagar, Owen comprendió el apuro de la mujer, y no era cuestión de restregarle sus carencias delante de las narices. Si bien era cierto que no recordaba haberse visto nunca antes en una situación similar, no le era ajeno que mucha gente debía apañárselas como podía.

—Gracias —murmuró entrando en el aseo.

Astrid cerró la puerta para darle intimidad y se fue a buscar ropa limpia. Abrió el armario de su dormitorio y examinó el contenido. Hizo una mueca. Ropa limpia había a tutiplén, ahora bien, que le sirviera a él ya era otro cantar. Ninguna de sus prendas era apropiada, no solo por la talla, sino también por el colorido. Si se presentaba ante él con un chándal ajustado, terminaría por denunciarla.

Encontró una de las camisetas de publicidad sin estrenar y la sacó. Después pensó en si su hermano habría dejado algo por ahí y, rebuscando, al fin dio con un pantalón de deporte negro que podría valer.

—¡Ay, joder, qué despiste! —exclamó al darse cuenta de que en el baño no había toallas, ya que por la mañana las había tendido para que se secaran.

Corrió hasta la puerta que daba al exterior, donde siempre ponía el tendedero, y cogió una grande para llevársela junto con la ropa limpia.

Astrid abrió la puerta del baño con total naturalidad, dispuesta a dejarlo todo al alcance del hombre para que pudiera secarse y cambiarse, pero hubo un error de cálculo —o no, según se mire—, pues justo cuando ella entraba, Owen salía de la ducha buscando algo disponible con lo que taparse.

Se quedó paralizado, empapado tras la ducha, sin poder dar crédito a la enésima escena surrealista de la jornada.

Estaba batiendo el récord.

Ella parpadeó y se quedó anclada al suelo, muda, con las prendas en las manos, y su mirada se dirigió al punto más llamativo de su anatomía.

Algo que jamás habría pensado ver en un hombre como aquel.

—Ejem... —Owen se aclaró la garganta porque, al parecer, la chica había entrado en trance. No era que le molestara mucho estar desnudo; sin embargo, ya que amablemente ella le llevaba una toalla, lo mínimo que podía hacer era entregársela. Además, tampoco acostumbraba a estar en pelotas delante de desconocidas sin un buen motivo—. Ejem... —insistió al ver que seguía de pie chorreando agua.

—¡Es preciosa! —musitó Astrid con verdadera admiración sin atender a las necesidades de su invitado.

Y entonces Owen se dio cuenta de que ella no miraba las joyas de la corona, sino su tatuaje. Frunció el ceño, pues el maldito dibujo era una broma pesada de su querido hermano gemelo, Patrick, al que aún no había decidido si perdonar o no por aquella barrabasada. Y eso que habían pasado unos cuantos años.

—Y el color es alucinante... —añadió ella ensimismada.

De acuerdo; técnicamente, la cobra verde esmeralda, con sus afilados colmillos en posición de ataque y con la cola estirándose de manera sinuosa hacia su entrepierna, resultaba todo un ejemplo de arte del tatuaje. No obstante, a Owen lo repateaba llevar marcada su piel, y todo por las malas artes de un hermano con tendencia a hacer de su capa un sayo de la vida propia y ajena.

Y el resultado había sido que, tras una noche de ingesta masiva de alcohol para

celebrar su graduación universitaria, instigado por Patrick, Owen había acabado en un salón de tatuajes. Baste decir que a la mañana siguiente, además de la consabida resaca, sintió unas extrañas molestias en la cadera, y entonces se dio cuenta, demasiado tarde para poner remedio, del motivo.

Quienes habían tenido ocasión de verlo antes —no mucha gente, pues jamás lo mostraba si podía evitarlo— apenas habían hecho comentarios al respecto, en especial las mujeres, pues no encajaba con su aspecto de hombre refinado, trajeado y dueño de una entidad bancaria.

Más de una vez había pensado en borrárselo, pero la mera idea de que una luz láser se acercara a su entrepierna de daba tal temor que prefería llevar su serpiente junto a él, por muy horrorosa que le pareciera.

Sin embargo, se había topado con una que, por lo visto, lo consideraba toda una obra de arte.

«Excelente».

—¿Es tan amable de acercarme la toalla, por favor? —pidió sacándola de su ensoñación porque continuaba desnudo y le apetecía secarse; no era mucho pedir.

Astrid se dio cuenta demasiado tarde de que: uno, había entrado sin llamar y sin preguntar si estaba visible; dos, que, para colmo, lo había pillado desnudo, y tres, que se había quedado embobada mirándolo.

—Ah, sí, disculpe —murmuró con rapidez.

Casi le tiró la toalla a la cara en su intento de recobrar la dignidad y de salir de allí escopetada.

Cerró la puerta tras de sí y entonces le entró la risa floja.

¿Cómo podía haber sido tan tonta?

Desde luego, llevaba un día que para qué. Se estaba luciendo con el hombre, pues no daba una a derechas. Solo faltaba invitarlo a un café y echarle sal en vez de azúcar para rematar la faena o, lo que era peor, invitarlo a una taza sin saber antes si tenía o no.

Cuando controló la risa, se dio cuenta de que así, con la tontería, había podido echar un buen vistazo, no solo al tatuaje, que ya de por sí era una buena recompensa, sino también al conjunto entero.

Si con la ropa de marca tenía buena planta, desnudo mejoraba bastante, todo sea dicho, y como en los últimos tiempos no tenía la ocasión ni el ánimo de ver a hombres en pelotas, y mucho menos que estos estuvieran en su cuarto de baño, al menos podía considerarse afortunada. Y si además se añadía un tatuaje espectacular..., ¡mejor imposible!

«Con qué poco te conformas en los últimos tiempos», se dijo al darse cuenta del camino que tomaban sus pensamientos, pero es que ese guiri tenía buena pinta.

No se trataba de uno más, de esos que acuden atraídos por el sol, la bebida barata y la vida nocturna. A esos los tenía fichados hacía tiempo y huía de ellos como de la peste. No por nada en especial, simplemente porque no se divertía con las estupideces

de borrachos; para eso ya estaba el producto nacional, que al menos te contaban los chistes con más gracia.

Se acercó a la barra que separaba la cocina del salón y miró en la nevera para comprobar si tenía algo que ofrecerle cuando saliera, ¡qué menos! Suspiró aliviada; ahora solo quedaba otro espinoso asunto: abrir la jodida cerradura y poder entregarle el vehículo de sustitución sin ningún percance más.

Pensó en bajar ella sola al garaje e intentar solucionarlo, pero desestimó la idea, ya que si él salía del baño y se encontraba solo, podía sentirse desatendido. No, mejor esperaría a que acabara de asearse para después encargarse de su transporte.

Entonces, una fugaz pero peligrosa idea cruzó por su cabeza: «¿Y si...?».

La verdad era que el tipo no estaba nada mal. Resultaba atractivo, y desde que había visto su tatuaje, mucho más. Pero, claro, la idea «peligrosa» era poder tocarlo y, ya puesta, recorrerlo con la lengua, porque esa cobra pedía a gritos un buen lametón.

«Estoy como una regadera», dijo su lado sensato, pero la diablesa se unió a la conversación: «¿Cuánto llevas sin echar un polvo decente?».

Quizá ese era el problema. La abstinencia sexual, igual que el pasar hambre o sed, no te deja ser objetiva.

Y ella estaba sedienta.

«¿Cómo sería montármelo con un tipo educado, con dinero, para variar? Porque este debe de tener la cuenta bancaria muy boyante, eso salta a la vista», prosiguió elucubrando mientras se servía un vaso de agua para aliviar los calores nocturnos.

Owen, por su parte, tras la endeble y anticuada puerta plegable, se miraba al espejo, ahora ya... ¿vestido? Lo cierto es que era incapaz de calificar su aspecto. Puede que no fuera un forofó de la ropa de diseño, puede que en su armario se pudiera encontrar alguna que otra prenda de fabricación masiva, pero ¿eso? Eso pasaba de castaño oscuro.

Y no se refería a la calidad textil, no era tan esnob.

La camiseta verde, talla armario empotrado y sin forma definida, le venía grande. La horrorosa leyenda de «GRÚAS GONZÁLEZ» en medio del pecho, con enormes letras amarillas, era para mirar a otro lado, y ya, para rematar el conjunto, unos pantalones de ¿deporte? negros, de licra ajustados, tipo ciclista, lo dejaban sin palabras. Y con el trasero irritado, pues no había podido rescatar su bóxer e iba sin ropa interior.

—¿Qué he hecho yo para merecer esto? —preguntó a su reflejo mientras negaba con la cabeza sin poder asimilar lo que veía.

Ahora bien, si la ropa daba para un monólogo de humor, el mirar hacia abajo ya era de psiquiatra, pues, a falta de algo mejor, tenía puestos sus calcetines y sus zapatos de piel marrón hechos a mano.

—Como un jodido turista —masculló apoyando las manos en la encimera y cerrando los ojos por sí, al volver abrirlos, despertaba de lo que estaba siendo una pesadilla en toda regla.

Como ya no tenía remedio, se armó de valor dispuesto a enfrentarse a la cruda

realidad, es decir, a regresar al hotel como si nada, aunque estaba seguro de que en recepción, por mucho que fuera un cliente vip, murmurarían sobre sus pintas indescriptibles.

Solo esperaba no encontrarse con ninguno de los ejecutivos con los que estaba negociando, porque vaya porquería de imagen que iba a dar. ¿Qué pensarían de él? Pues, en primer lugar, que estaba mal de la cabeza por mostrarse así en público, y en segundo lugar, que podrían tomarle el pelo, porque a buen seguro immortalizarían el encuentro con alguna foto.

—Y encima le gusta el dichoso tatuaje —añadió hablando solo, lo cual era el menor de sus males... ¿O no?

¿Merecía la pena pensar en ese detalle?

Si por algo se caracterizaba Owen era por ser reflexivo, metódico y no pasar nada por alto. Por supuesto, cualquier nimiedad, por absurda que pareciera, podía resultar clave en un momento dado, y, la verdad, ¿cuánto hacía que una mujer no alababa una cualidad suya, exceptuando la evidente, es decir, su cuenta corriente?

Hasta la fecha, la odiada cobra le había procurado más vergüenza que satisfacciones. ¿No era el momento de sacar rendimiento de una mala inversión?

Siempre pensaba de modo pragmático, así que, si dejaba al margen otras consideraciones, empezando por su deplorable aspecto actual, ¿por qué no darse una alegría? Al fin y al cabo, antes de una semana regresaría a su rutina, y bien podía concederse ese capricho.

Se pasó la mano por el pelo húmedo intentando peinarse, ya que jamás utilizaba un objeto de aseo personal ajeno, como un peine, pese a que el que tenía delante, en la pequeña repisa, daba la sensación de estar limpio.

Apenas cuatro metros más allá, Astrid se mordía el pulgar tratando de conciliar su lado aventurero con su lado sensato. Sin embargo, no alcanzaba ningún punto intermedio, pues, al igual que la tontería de la conciliación familiar, era imposible.

Aun así, a pesar de todos los contras habidos y por haber, en su cabeza tenía a Los Del Río dando por el saco con la *Macarena*^[1]: «¡Eeeeeh, Macarena, aaaaaah!».

Y, claro, con esa banda sonora original, una no puede pensar en otra cosa más que en darle alegría al cuerpo, y con el guiri elegante y tatuado, que tiene más morbo.

La puerta del aseo se abrió entonces y él salió y caminó hasta detenerse al otro lado de la barra de la cocina.

Astrid, con Los Del Río en la cabeza, quería portarse bien..., ser una buena anfitriona..., evitar reírse..., aunque no lo consiguió.

—¡Parece John Travolta en *Pulp Fiction*! —exclamó poniéndose la mano delante de la boca para disimular un poco su risa y no cabrearlo, ya que ponía una cara que era todo un poema.

—¿Cómo dice? —inquirió él molesto porque en aquel instante no entendía la comparación. Que estaba ridículo ya lo sabía, no hacía falta echar sal en la herida, tenía ojos en la cara y era consciente de su aspecto lamentable.

—Sí, hombre... En esa escena, cuando tiene que «disfrazarse» junto a su compañero mafioso de dominguero playero para pasar desapercibido...

Astrid no continuó relatándole la secuencia porque saltaba a la vista que no le hacía la menor gracia y porque no tenía pinta de ser seguidor de Tarantino.

Compuso una expresión de seriedad para reprimir el cachondeo y no enfadarlo más, y regresó a su alocada idea... «Dale a tu cuerpo alegría, Macarena^[2]... Y ¿cómo se insinúa una sin parecer idiota y, lo que es peor, desesperada (cuando esto último es cierto, todo sea dicho)?».

Owen seguía sin tener muy claro qué hacer. Por un lado, le intrigaba, y cada vez más, todo lo relacionado con la chica, pues no le cuadraban las cosas y él odiaba los cabos sueltos. A lo de su aspecto nórdico y su apellido español seguía sin pillarle el sentido, pero con respecto a otros detalles solo era cuestión de ir acumulando datos.

Disponía de una importante baza, el tatuaje, y estaba dispuesto a utilizarlo en su favor.

—¿Te apetece tomar algo? —preguntó ella haciendo verdaderos esfuerzos para no reírse. Ya no tenía sentido tratarlo de usted, y menos aún con esas pintas y tras haberlo visto desnudo, que eso siempre lima asperezas.

—Sí, gracias.

—¿Cerveza?

Owen era más de un buen vino, pero tampoco iba a ponerse quisquilloso con ese asunto. Asintió y se acercó hasta la barra de la cocina. Ella permaneció al otro lado mientras le servía la bebida. Una barrera relativamente sencilla de derribar.

Dio un buen trago, pues lo cierto era que con todo el ajetreo tenía sed, y la miró sin parpadear, de manera parecida a cuando estaba frente a una mesa de reuniones. En silencio, a la espera de que fuera la otra parte y no él quien hablara primero. De esa forma podía evaluar y estar preparado.

Pero, al mirarla, se dio cuenta de una cosa: ninguno de los consejeros, financieros, abogados, lameculos y demás tipos con los que se reunía tenía unos ojos tan azules y, por supuesto, ninguno de ellos había sido tan afortunado como para verle la cobra.

Astrid lo observó beber. Era elegante hasta con una lata de cerveza de marca blanca. Ahora era el momento de salir de detrás de la barra y acercarse a él.

¿Le ponía ojitos?

¿Se mordía el labio?

¿Fingía tener calores internos para despelotarse?

«Estoy desentrenada en esto de desmelenarme», se dijo, porque no tenía ni la más remota idea de cómo se tiente a un tipo rico.

«¿Y si es uno de esos farsantes que tienen hipotecada hasta la camisa y después resulta más falso que el billete de siete euros?

»¿Y qué más da?», se respondió, ya que, al fin y al cabo, ella no quería hacerle la declaración de la renta precisamente.

No conseguía encontrar una razón convincente para tirarle los tejos y ver cómo reaccionaba. Las propuestas anteriores, además de ridículas, eran de lo más pueriles, pues ella ya tenía una edad como para andarse con zarandajas.

Él, mientras tanto, disfrutaba de la cerveza en silencio. No conocía esa marca en concreto, pero tampoco sabía mal, y además estaba fresquita. Por la cara que estaba poniendo la mujer, saltaba a la vista que lo observaba con detenimiento y que, menos mal, no era su odioso estilismo lo que le llamaba la atención.

Astrid tragó saliva. Aquel silencio era una tortura, pues si el tipo al menos le diera un poco de carrete para mantener una conversación, podría ir avanzando.

«Qué oxidada estás en esto de los ligues de una noche», se dijo.

Y, como siempre es mejor retirarse a tiempo que meter la pata hasta el fondo, optó por desestimar su plan y acabó diciéndole con cordialidad:

—Si quieres, te invito a cenar.

Owen, acostumbrado a todo tipo de invitaciones, arqueó una ceja ante la petición más desmotivada de la historia. Sonaba a compromiso. Se sintió decepcionado, pues había interpretado, al parecer de forma errónea, que el interés de la mujer iba por otro camino. Sin embargo, a decir verdad, le hizo algo de gracia, pues nunca o casi nunca eran las mujeres quienes lo invitaban. La mayor parte de las veces, por no decir todas, era él quien se hacía cargo de la cuenta, cosa que no le importaba, pero al recibir una invitación como esa se sentía fuera de lugar.

También podría ser que, al pasarse horas y horas encerrado en su despacho, con la única compañía femenina de su secretaria, a la que, por supuesto, jamás miraría de forma equivocada, no estaba muy ducho en eso de interpretar los gestos femeninos. Si a ello le sumaba que se encontraba en un ambiente desfavorable, podía meter la pata hasta el fondo.

—Tengo un par de *pizzas* congeladas —remató Astrid, mandando a pique cualquier posibilidad de arreglar aquello.

Por la cara que puso él, se dio perfecta cuenta de que lo horrorizaba la idea, y entonces fue consciente de que tipos como aquel no pisaban restaurantes por debajo de los cinco tenedores y, claro, ella, que andaba justita de tiempo para hacer la

compra y de dinero para llenar el carro, pues poco más podía ofrecerle.

Además, la idea de llamar al chino le provocaría la misma reacción.

—De acuerdo —aceptó Owen sin estar del todo seguro.

Al parecer, aquellas horripilantes prendas lo estaban influenciando más de la cuenta. Desde luego, su vena más arriesgada estaba tomando el control de sus acciones, porque de otro modo no se entendía su comportamiento. Quizá tenía más en común con su gemelo de lo que pensaba.

Astrid le dio la espalda y abrió el congelador con la idea de preparar la cena. Owen continuó bebiendo en silencio mientras ella metía la comida en el microondas. Joder, nunca se había parado a fijarse en algo tan simple. Sacar, desembalar y calentar. Asombroso.

Observó de reojo el microapartamento. Se dio cuenta de que, acostumbrado desde la cuna a estar rodeado de lo mejor, uno no siempre era consciente de que existían personas que vivían en un espacio que, así, a ojo, era la mitad de su vestidor.

Mientras filosofaba sobre los metros cuadrados y otras cosas, se fue bebiendo la cerveza hasta acabarla. Miró la lata vacía y se dio cuenta de que podía echar una mano, ya que ella «preparaba la cena».

En ese instante sonó el pitido del microondas.

Owen se metió tras la barra dispuesto a tirar la lata a la basura, con tan mala suerte que, debido a las reducidas dimensiones de aquel espacio que ella denominaba *cocina*, empujó a Astrid, quien, con la *pizza* recién calentada en las manos, acabó con la comida pegada al pecho.

—¡Mierda, cómo quema! —chilló apartando la *pizza* de un manotazo.

—Joder, lo siento —se disculpó él nervioso, pues acababa de cometer una estupidez, y de las grandes.

Astrid, sin importarle lo más mínimo el hecho de que tuviera visita, acabara de poner el suelo perdido y de haber echado a perder la cena, se quitó con rapidez la camiseta de Grúas González, quedándose en sujetador para sorpresa de Owen, que se debatía entre la disyuntiva de salvar a la chica del peligro y quedarse contemplando una buena delantera.

—Maldita sea... —masculló ella observando su escote, rojo como la grana.

Sin pensarlo dos veces, abrió el frigorífico, sacó una tarrina de mantequilla y, tras quitar la tapa, metió los dedos dentro para coger un buen pellizco.

—¿Qué haces? —preguntó él sin entender nada. Puede que el sujetador negro con bandas transparentes fuera toda una tentación, pero prefería que no hubiera lesiones, y las quemaduras siempre son peligrosas.

—Untarme de mantequilla, para que la piel se hidrate —respondió ella mientras comenzaba a embadurnarse todo el canalillo delante de sus narices.

Owen gimió cuando, no contenta con lo que acababa de hacer, Astrid apartó la copa del sujetador para proseguir con su casero y cuestionable remedio para las quemaduras. El pezón quedaba a medio centímetro.

—Y ¿no será mejor que vayas a urgencias? —sugirió él intentando ser un caballero pese a que las circunstancias le fueran adversas.

Ella negó con la cabeza y lo miró de reojo, pero se concentró en darse un buen masaje; así evitaría que su piel quedara enrojecida.

—¿Eso funciona? —inquirió Owen suspicaz—. ¿No sería mejor una pomada para quemaduras?

—Claro que funciona —respondió ella sin dejar de aplicarse la mantequilla, de tal forma que su piel brillaba.

No escatimó en absoluto, sino que se dio una generosa cantidad moviendo a un lado y a otro las copas del sujetador con total confianza ante un atónito Owen, quien, si ya andaba suspicaz con el numerito de la rubia mecánica, ahora estaba a punto de caramelo con lo de la mantequilla. Y la puntilla fue el suspiro de alivio que soltó a medida que iba notando los efectos del remedio.

—Si tú lo dices...

—Mira, toca —le pidió ella, y como él no parecía decidirse, lo agarró de la mano y se la llevó hasta la zona afectada—. ¿A que ya no quema?

Owen tragó saliva. «Joder, vaya preguntita». El que empezaba a quemarse era él. Como no respondía, Astrid lo apretó más contra su escote, embadurnándolo de mantequilla como si fuera aceite para masajes, de tal forma que su mano comenzó a deslizarse.

Ella levantó la vista y lo miró fijamente a los ojos. Aquello no estaba pasando. El motivo de sentir su piel caliente ya no era a causa de un desafortunado —o no— encontronazo. Se humedeció los labios. Él no apartó la mano de su escote; es más, comenzó a moverla de forma que parecía distraída, rozando con las yemas de los dedos, sintiendo bajo ellas cómo los latidos de su corazón se aceleraban, a la par que los suyos propios.

Medio paso, esa era la distancia que debía recorrer si quería acercarse a ella. Por suerte, era alta, apenas le sacaba quince centímetros.

Nunca antes había tenido una «cita» —por denominarla de algún modo— como esa, por lo que nada podía asemejarse a lo que estaba acostumbrado. Ni restaurante de lujo, ni apartamento de diseño, ni música insinuante, ni vestido de alta costura...

Astrid alzó un poco la barbilla. Tanto suspense la estaba matando. ¿Iba a besarla o no?

Cuando ya pensaba que no iba a ocurrir nada interesante, por fin sintió su respiración acercándose dos segundos antes de que uniera sus labios a los suyos. Los separó para que fuera consciente de que era bien recibido, y Owen no titubeó.

Con la otra mano rodeó su cintura y la atrajo hacia sí. Ella se mostró encantada y se aferró a sus hombros, pegando su delantera engrasada al pecho de él. Fue Astrid quien dejó escapar el primer gemido cuando él, tras abandonar su boca unos instantes, lamió el contorno de su oreja, proporcionándole no solo un cosquilleo en la zona atendida, sino también por todo el cuerpo.

Astrid enredó una mano en el pelo aún húmedo, aspirando el olor de su propio champú, y con celeridad buscó de nuevo sus labios, porque besarlos era toda una delicia.

Owen no estaba preparado en absoluto para aquello, pues esperaba, no sabía por qué, una reacción más tímida por su parte. Cuando se había acercado a su boca lo había hecho con la intención de tantear un poco el terreno. Lo cierto era que debía admitir que ese tipo de acercamientos no eran lo suyo, y además andaba desentrenado. Astrid se mostraba maleable en sus manos, y eso era cuanto necesitaba para avanzar.

Ella se dio cuenta de que no se hallaban en el lugar más idóneo para un encuentro sexual. No quería, bajo ningún concepto, que las limitaciones de su reducida cocina entorpecieran lo que tenía todos los visos de ser un buen rollo de una sola noche.

—Vamos a mi dormitorio —insinuó adoptando un tono decidido, como si eso lo hiciera todos los fines de semana. Lo cual no era cierto, pero no podía mostrarse titubeante. Lo deseaba. La peligrosa idea que se había formado en su cabeza cuando le había visto la cobra iba tomando forma.

Y Los Del Río, dando caña con la *Macarena*^[3]. «¡Aaaaaaaaaaaaaah!».

Owen se apartó un instante y siguió con la mirada la dirección que ella apuntaba.

—Por supuesto —convino con un aire un tanto prosaico.

Ella abrió la marcha y, sin soltarlo, lo condujo hasta su alcoba. Encendió la lamparita de noche porque, aparte de dar un aire más íntimo, la bombilla de la lámpara de techo hacía un par de días que se había fundido.

Él no dijo nada acerca de la espartana decoración, sino que se limitó a deshacerse de sus carísimos zapatos. Ella esperó sentada en la cama sin saber muy bien qué hacer mientras tanto, pues le parecía un poco frío eso de desnudarse sin más. Él debió de percatarse y, de inmediato, se acercó a ella, la atrajo hacia sí y comenzó a besarla al tiempo que llevaba una mano al cierre trasero del sujetador para deshacerse de él.

—Sí... —gimió cuando sus pechos quedaron libres.

Como no podía estarse quieta, Astrid lo acarició por encima del pantalón, comprobando el tamaño de su interés por ella.

—Joder... —gruñó al sentir su polla, y eso que aún estaba la odiosa tela de por medio.

Tenían que desnudarse. Así pues, fue Owen quien empezó una frenética competición, a ver quién era más rápido, atacando el cierre del vaquero deshilachado de Astrid y comprobando con satisfacción que debajo de aquella cuestionable prenda había un estimulante tanga.

Después, las deportivas de ella salieron volando. No había que preocuparse de dónde terminarían, lo cual era toda una novedad, pues las mujeres con las que Owen se acostaba de forma ocasional iban ataviadas con complementos y ropa de diseño que cuidaban con esmero: lógico, eran una inversión. Pero si se acordaba de otros encuentros arruinaría ese, así que mandó a freír espárragos aquellos recuerdos y se

concentró en el cuerpo de la rubia, que, desde luego, era espectacular.

Astrid tiró de la camiseta verde de él y lo ayudó a quitársela por la cabeza; no veía el momento de llegar a la parte más interesante: el tatuaje. Se agachó y tiró de los pantalones de deporte hasta que lo tuvo a su entera disposición. Luego se quedó allí, en cuclillas, sin poder apartar la mirada de aquellos ojos, de aquel verde intenso. Elevó una mano y recorrió con la yema del índice las perfectas líneas.

—Es increíble —musitó.

Owen acarició su pelo. Él, que siempre había odiado aquella maldita serpiente, ahora disfrutaba de unas delicadas caricias que sin duda serían el prolegómeno de algo mucho más intenso.

—Ya veo que te gusta —dijo sintiéndose un poco tonto, pues había otra parte de su anatomía que destacaba mucho más y no estaba siendo correctamente atendida.

—Mucho —corroboró ella, incorporándose para besarle en la boca.

Fue tal el ímpetu que logró desestabilizarlo, y la falta de metros cuadrados jugó a su favor, pues ambos cayeron sobre la cama. Owen, más acostumbrado a llevar la voz cantante, se volvió con ella en brazos hasta colocarse encima. Las mujeres con las que se acostaba, pocas en los últimos tiempos, estaban cortadas por el mismo patrón que él: pragmatismo absoluto, así que los juegos y preliminares varios no tenían cabida en su apretada agenda.

Se incorporó sobre sus brazos y la observó. Despeinada, jadeante, con el escote brillante y los labios húmedos estaba para caer de rodillas. Deseaba comprobar que también estuviera húmeda en otra parte.

Con una mano recorrió la separación entre sus pechos con cuidado, ya que había sido la zona más afectada. Estaba todavía suave y aceitosa debido a la mantequilla, y cuando se inclinó para besarla allí, respiró el aroma del remedio casero.

—Deliciosa...

—Es mantequilla ecológica —lo informó Astrid mientras controlaba el impulso de arquearse como una loca y frotarse contra él. Podía sentir la presión de su polla rozándola entre las piernas y el hormigueo que la estaba desesperando.

—Me refería a ti —añadió él en ese tono suyo tan aparentemente distante.

Astrid pensó que si le daba la hora sonaría igual.

—Oh —acertó a decir.

Owen levantó un instante la mirada y se encontró con la de ella, y por primera vez sonrió. Astrid parpadeó. ¿Ese hombre era consciente de lo atractivo que era cuando sonreía? ¿Era consciente de que hasta podría ser una estrella de cine?

No tuvo tiempo de sacar conclusiones, pues sintió cómo él atrapaba un pezón entre los labios y lo saboreaba a conciencia al tiempo que, por fin, llevaba una mano a su entrepierna y rozaba sus labios vaginales.

Fue tan suave, tan delicado, tan diferente de otros tipos que parecían ir a matabalho, que suspiró encantada. Ese hombre tenía clase hasta para meterle mano, pensó moviendo las caderas al ritmo lento de su mano.

Owen rozó, como por casualidad, su hinchado clítoris, y presionó lo justo para hacerla jadear. Todo con un control desesperante a la par que excitante.

—Owen... —musitó respirando hondo.

Era tan injusto permanecer allí quieta, sin poder tocarlo.

—¿Sí? —inquirió él, y Astrid se preguntó cómo era posible que se mantuviera tan comedido: apenas gemía, su respiración había variado, pero no tanto como la de ella.

—Quiero tocarte.

—Por supuesto —accedió él sin rechistar.

Se situó frente a ella y dejó que lo acariciara. De nuevo, observó cómo su mano iba directa a la serpiente, aunque por suerte en esa ocasión su dedo siguió el camino marcado por la cola de la cobra y ella agarró su erección.

Owen tuvo que cerrar los ojos al sentir la presión de su puño envolviéndolo. Hacía demasiado tiempo que no follaba y, claro, cualquier cosa lo dejaba sin aliento.

Astrid no se conformó con tocarlo, comenzó a meneársela de forma suave, sin prisas. Subiendo y bajando por todo su pene y apretando un poco más al llegar al glande, al tiempo que observaba en todo momento las reacciones de él. Sonrió cuando por fin le vio perder un poco su autocontrol.

—Qué bueno... —murmuró él, tumbándose boca arriba para facilitarle la tarea.

Ella se acomodó entonces de costado y, mientras su mano se movía arriba y abajo sobre su polla, comenzó a besarlo en el cuello, en el hombro...

Owen se sentía en la gloria. Puede que no fuera más que un sencillo ejercicio de masturbación, pero, sin saber muy bien el motivo, encontraba diferencias respecto a ocasiones pasadas. No podía precisar con exactitud dónde radicaba la diferencia, pero la había.

Deslizó una mano entre las piernas de la chica y comenzó a penetrarla con un dedo, rozando con la yema cada terminación nerviosa de su interior. La reacción de ella no se hizo esperar y, junto con los gemidos y los besos en el cuello, empezó a aplicar mayor presión sobre su polla.

—Owen... —volvió a gemir ella, y él supo que ya no podían conformarse con los juegos manuales.

Ahora venía el desagradable asunto de la protección, pensó él, que, al jugar en campo contrario, se le escapaba de las manos. Esperaba que al menos ella fuera de las previsoras, porque no le hacía ninguna gracia dejarlo en ese momento, tener que vestirse e ir a buscar una farmacia.

Y menos con esos cuestionables pantalones y la camiseta de publicidad.

No había ninguna forma elegante de decirlo, así que se decantó por una pragmática:

—Tienes condones, ¿verdad?

Astrid oyó la pregunta y en el acto se cayó de la nube de la excitación. De nuevo aquel tono de lo más prosaico, tan sumamente práctico que enfriaba a cualquiera. Lo miró y, de no haberlo tenido agarrado por el pene, hasta habría dudado de si él quería

continuar.

—Sí. —Carraspeó, y se dio cuenta de que era una cuestión primordial, pese a que él podría haber formulado la pregunta de un modo más erótico, plantearlo como un juego y no con ese tono tan desapasionado.

Lo más normal en esos casos, una vez en ese punto, habría sido abrir la mesilla de noche y sacar la caja de preservativos para darles uso; sin embargo, ambos se quedaron quietos, mirándose.

Owen se pasó la mano por el pelo. Quizá el hecho de estar desentrenado para el tema de los rollos de una noche lo había llevado a hablar de una manera tan funcional y, claro, el ambiente se estaba enfriando.

Astrid fue la primera en romper el contacto visual para estirarse hasta la mesilla de noche. No sabía con exactitud cuánto tiempo hacía que no comprobaba la caja de preservativos o de cuántos disponía, así que solo esperaba no hacer el ridículo. De todas formas, debería haber echado un vistazo antes de lanzarse de cabeza a eso de los encuentros fugaces.

—Aquí están —murmuró aliviada al sacar la caja, volcarla y ver que caían dos sobre la cama.

Owen no perdió un minuto. Agarró el pequeño envoltorio cuadrado y lo rasgó, dispuesto a que aquello solo fuera un paso intermedio antes de volver a conectar. Se sintió observado mientras se lo colocaba, así que lo hizo lo más rápido que pudo y, cuando por fin estuvo listo, se volvió hacia ella, que permanecía inusualmente tímida y callada.

Se acercó y, sin pensarlo dos veces, buscó su boca. Desde luego, la mejor manera de conectar de nuevo era besándola. Por fortuna, Astrid respondió con entusiasmo, y el enfriamiento mutuo pasó a la historia.

Ella se fue recostando, y Owen pudo ir acomodándose sobre ella. Con la boca fue recorriendo su cuello y con las manos su vientre hasta rozar el vello púbico. Lo acarició, apreciando la suavidad antes de ir más allá. De nuevo, ella le facilitó las cosas al separar las piernas, de tal forma que aquella mano se internó entre sus muslos. Gimió cuando él presionó e introdujo dos dedos. La encontró mojada, caliente, dispuesta, y él no podía esperar más.

Astrid jadeó y arqueó las caderas, aquello era increíble. Quizá al llevar tanto tiempo sin practicar sexo en compañía de un hombre se conformara con tan poca cosa, pero lo cierto era que estaba disfrutando. Alzó una mano y lo instó a besarla, y en esa ocasión la suavidad brilló por su ausencia. Owen respondió gruñendo; por fin un síntoma de que no era tan controlado como demostraba.

—Por favor... —gimió ella agarrándose a sus hombros. Ya no tenía sentido demorarlo más, la fase de precalentamiento iba muy avanzada.

Él se posicionó entre sus piernas y con una mano guio su erección, de tal forma que con un único empujón pudiera penetrarla. Era algo que deseaba con todas sus fuerzas, pero lo cierto era que prefería esperar un poco más, ya que no estaba muy

seguro de poder aguantar una vez dentro.

—Owen... —exhaló Astrid, clavándole las uñas en los hombros mientras él se limitaba a acariciarle el clítoris con la punta de su miembro. Se encontraba muy excitada, no necesitaba preliminares.

Al oír su nombre en aquel tono tan suplicante, él pareció reaccionar y no la hizo esperar ni un solo minuto más. Con un certero movimiento de pelvis entró en ella hasta el fondo.

Joder, aquello era una gozada...

Astrid cerró los ojos al sentir aquella increíble presión en su interior. El primer contacto, cuando el cuerpo se adapta. Alzó las caderas para que él pudiera metérsela por completo y, así, además de sentirlo, también podía frotarse contra su hueso pélvico, estimulando de paso su clítoris, lo que siempre se agradecía.

Owen pareció darse cuenta y, apoyándose en los brazos, se elevó para poder embestir con más fuerza y, al mismo tiempo, observar a la chica porque, para qué negarlo, ofrecía una panorámica increíble. Despeinada, sudorosa... y, lo mejor, entregada, algo que por desgracia le era muy difícil de ver en los últimos tiempos.

Comenzó un balanceo lento pero preciso. Astrid alzó las piernas para envolverlo con ellas y, de ese modo, sentirlo con mayor intensidad. Apretó los músculos internos, jadeando en cada embestida, siguiéndole el ritmo. Lo miró y él le devolvió la mirada, para lo cual tuvo que esforzarse, ya que le pesaban los párpados.

Aquello resultaba muy extraño siendo dos desconocidos; sin embargo, parecían encajar, pues a pesar de lo insólito de todo lo acontecido, se entendían en lo más primario. Puede que la causa, imaginó ella sin perder comba, no fuera otra que el período previo de sequía, pero no era cuestión de ponerse a diseccionar los motivos en aquel momento.

Los apenas veinticinco vatios de la bombilla creaban un ambiente muy pero que muy íntimo. Los gemidos femeninos, suaves murmullos combinados con las respiraciones profundas de él, lograron que Owen se concentrara en no correrse en tan solo dos minutos y estropear el momento. Sin embargo, estaba desentrenado en aquellas lides, así que no estaba precisamente para virguerías, y la presión que el cuerpo femenino ejercía sobre su polla no facilitaba la tarea.

Si ella se mantuviera quietecita... Pero, claro, si Astrid no moviera un solo músculo, acabaría creyendo que se lo estaba montando con una muñeca hinchable o, lo que era peor, con una de esas mujeres con las que de forma ocasional se acostaba solo Dios sabía por qué.

Maldita disyuntiva... Iba a tener que concentrarse, porque estaba ante la posibilidad de disfrutar de uno de los mejores polvos de su vida. Sudoroso, jadeante, en un entorno incluso vulgar, de esos que, a pesar de ir a la velocidad del sonido, te dejan tiempo para saborearlo. Solo tenía que hacer un esfuerzo extra. Aparte de empujar, lo que ya suponía un esfuerzo (físico), también debía hacer otro (mental) para que follar no solo fuera mera gimnasia.

—Mmm —gimió ella y se apartó como pudo el pelo de la frente porque no quería perder el contacto con él.

Estaba preciosa, sonrojada, con los ojos entreabiertos mientras se aferraba a sus hombros. Se movía debajo de él con naturalidad, de una forma muy diferente de las

mujeres con las que Owen alternaba y con las que terminaba follando por el simple hecho de satisfacer sus propias necesidades. Aunque lo cierto era que en los últimos tiempos se las apañaba mejor solo. Así se ahorra la tediosa cena previa o tener que soportar un parloteo aburrido; total, para terminar corriéndose casi con desgana, bien podía ejercer su movimiento de muñeca.

—Sigue... —musitó ella abriendo un instante los ojos y mirándolo con deseo—. Sigue... —repitió entre respiraciones entrecortadas.

—Por supuesto —contestó Owen, inhalando profundamente para no dejarla insatisfecha.

«Qué poco habla este hombre, por favor», pensó ella a tenor de su escueta respuesta. No obstante, podía pasar por alto sus silencios siempre y cuando funcionara en otro aspecto.

Y vaya si funcionaba...

Astrid sabía, por experiencias anteriores, que en aquella postura le iba a resultar difícil correrse, pero —y luego analizaría el porqué— no le importaba lo más mínimo. Lo cierto era que Owen la trataba con cuidado, como si fuera de porcelana china, como si temiera hacerle daño; incluso se podría decir que estaba siendo educado. Y una mujer agradecía la caballerosidad en muchos terrenos, pero en la cama no. Aun así, no se quejaba. Por alguna especie de sexto sentido, Astrid llegó a la conclusión de que tras ese fondo serio debía de haber algo más, y eso fue lo que inclinó la balanza a su favor.

Apenas gemía, apenas gruñía, como si no estuviera esforzándose. Todo un alarde de contención. Pasó la mano por su espalda y comprobó que apenas sudaba. Bajó un poco la mano hasta su culo y pudo apreciar la firmeza de sus nalgas. Owen estaba de toma pan y moja, y si se desmelenase un poco sería mucho mejor.

Él, por su parte, ya no podía más. Cuando ella le tocó el trasero, o más bien cuando se lo sobó con descaro, fue una especie de chute de adrenalina, de tal forma que empujó con renovado brío. Sentía la presión del cuerpo femenino, caliente, prieto, envolviéndole la polla, y eso, sumado a su período de sequía acumulado, solo podía tener un desenlace. Apretó los dientes en un último intento de contención, pero las manos de ella acariciándolo en puntos sensibles lo hacían muy difícil. No le quedaba más remedio que utilizar la mano. Como pudo, la metió entre ambos hasta llegar a su clítoris y, sin dejar de embestir, la frotó y comprobó con alivio que los gemidos de ella ganaban en intensidad, así como sus movimientos de caderas.

—Sí... —suspiró Astrid cada vez más cerca del orgasmo.

No dejaba de tocarlo, de recorrer su espalda, de intentar acariciar con las yemas de sus dedos el tatuaje, de disfrutar de la experiencia sensorial porque, para ser un hombre, tenía la piel extremadamente suave.

Esperaba alguna palabra, algo típico de aquel instante, como «Voy a correrme» o algo similar, pero solo lo vio tensarse. Estaba siendo un polvo de lo más extraño; no obstante, sintió la rigidez previa, el hormigueo en su sexo...

Alcanzó el orgasmo más silencioso de su vida justo unos segundos antes de que él la embistiera por última vez y se dejara caer encima de ella. Eso sí, tras un rápido beso se hizo a un lado, dejando a Astrid sudorosa y confundida.

No tuvo tiempo de abrazarlo.

«¿Qué hago ahora?», se preguntó mientras su respiración volvía a la normalidad, pues él continuaba callado, acostado a su lado y sin tocarla siquiera. Tenía miedo de volverse y encontrarse con la mirada de un extraño, porque eso es lo que era él. Ahora que la tensión sexual se había diluido..., ¿qué quedaba?

«En los rollos de una noche ¿hay conversación posterior?

»¿Se los invita a dormir?

»¿Se los manda a casa sin contemplaciones?

»¿Qué ocurre a la mañana siguiente?».

Todas esas preguntas quedaron sin resolver, pues, a pesar de intentar mantener los párpados abiertos, el sueño la fue venciendo. Con el día tan ajetreado que llevaba, era imposible aguantar un minuto más. Una no puede levantarse a las siete de la mañana, parar apenas quince minutos para un bocadillo rápido y, después de matarse en el trabajo, hacer un par de servicios más con la grúa. Claro que, al menos, en el último de ellos había pescado un pez gordo.

Owen, por su parte, tampoco sabía muy bien cómo comportarse. Se deshizo del condón usado y buscó de reojo un sitio adecuado donde dejarlo, pero al no encontrarlo se limitó a hacerle un nudo. Odiaba que lo pillaran con la guardia baja, sin saber cómo actuar, y ese era uno de esos momentos. Desde luego, con lo bueno que había sido el polvo, sería una estupidez estropearlo por falta de experiencia.

Cerró los ojos, se cubrió la cara con el antebrazo e intentó decidir qué hacer. Lo más sensato: regresar al hotel, donde, además de tener aire acondicionado, podría vestirse de manera adecuada.

«Unos minutos», se dijo, pues le parecía descortés abandonar la cama apenas unos instantes después de haber follado; hasta él conocía esa regla no escrita. Todavía disponía de su móvil, así que llamaría un taxi y el resto sería historia. No obstante, le parecía desconsiderado marcharse sin más..., pero no se le ocurría ninguna palabra adecuada para aquella situación; todas le parecían vanas, sin sentido e hipócritas. Y ya había demasiada hipocresía en su día a día como para tener que fingir ahora.

Unos minutos y le diría adiós.

Simplemente adiós.

Unos minutos...

Astrid fue la primera en despertarse. Se había quedado dormida sin darse cuenta, pero eso no fue lo que más la sorprendió. Cuando se volvió y vio a Owen allí, acostado a su lado, tragó saliva. La tentación de coger el móvil y sacarle un par de fotos

resultaba difícil de resistir, sin embargo, lo logró al darse cuenta de que tenía una tarea pendiente.

Lástima, porque la idea de ver la cobra con luz natural era toda una tentación.

Con sigilo, salió del dormitorio para dejarlo dormir un rato más y así poder lograr su objetivo. Se vistió con rapidez y pospuso la necesidad de recoger el desaguisado de la cocina; no podía arriesgarse a hacer ruido y despertarlo.

Bajó la escalera en dirección al taller, maldiciendo cada vez que los viejos escalones metálicos hacían ruido, ya que podían ser unos excelentes chivatos de su maniobra. Necesitaba hacer una llamada urgente y en secreto.

A medida que descendía, se dio cuenta de que no solo el chirrido del metal acompañaba sus pasos, sino también otro ruido, más alarmante, que procedía del taller.

Cuando llegó al final del tramo de escalera, sus peores sospechas se confirmaron.

—¿Qué haces aquí? —inquirió.

—Trabajo aquí —respondió su hermano—. ¿Ese es el coche que trajiste anoche? —Señaló el Fiat 500.

—Axel, maldita sea, es domingo —protestó ella al ver que no le hacía caso y volvía a meterse bajo el viejo Mercedes.

—Ya lo sé —dijo él como si fuera tonta—. Es que es un Abarth —añadió pasando una mano por el capó del vehículo.

—¿Y...?

—¿Tú sabes qué maravilla mecánica esconde ese Fiat? —reflexionó Axel emocionado por tenerlo en su taller.

—Déjate ahora de prodigios mecánicos —le pidió Astrid, arrugando el entrecejo porque estaban perdiendo un tiempo precioso. Claro que sabía de sobra qué escondía aquel coche bajo el capó, pero ahora no estaba para hablar de mecánica.

—Joder, cuando te pones gruñona, le quitas la ilusión a uno —protestó él ante la postura de su hermana.

—Vale, pues ya que estás aquí, échame una mano.

—¿Qué le pasa al coche?

—Olvídate del coche. La puerta del depósito se ha jorobado de nuevo.

—Joder, para un día que tengo libre...

—Sí, qué casualidad —ironizó Astrid señalándole la puerta—. Anoche no pude abrirla.

—Voy a ver...

Axel se limpió las manos en el mono de trabajo y se acercó hasta la cerradura de la discordia. Mientras, ella se cruzó de brazos esperando que por fin aquello se solucionara y, a ser posible, antes de que su rollo de una noche despertara, así nos los pillaría en plena faena.

—¿Por qué no vas a buscar un cerrajero? —sugirió para que Axel se marchara.

—Ya casi está... —masculló él con la vana esperanza de que fuera cierto, antes

de darle una buena patada a la jodida puerta.

—No te esfuerces, eso ya lo intenté yo ayer —adujo ella, negando con la cabeza con cierto aire de superioridad.

—Gracias por tu ayuda —masculló su hermano sin dejar de trastear con la llave.

—De nada —replicó Astrid con el mismo aire irónico.

—Nada, la muy cabrona se resiste.

—Pues necesito sacar uno de los coches.

—¿Para qué?

—Mmm, cosas mías.

—Ya... —comentó él de pasada sin querer ahondar en las tonterías de su hermana, que, por cierto, estaba de un raro...

—¿Abre o no abre? —preguntó ella impaciente mirando la puerta de su apartamento por si el bello durmiente despertaba, lo cual no sería de extrañar, porque entre la discusión y las patadas...

Axel se cruzó de brazos y la miró con cara de hermano mayor mosqueado.

—¿Qué me estás ocultando?

—Nada —refunfuñó ella al tiempo que lo apartaba para intentar solucionar el problema.

—Anda, quita, que al final la joderás del todo. Trae un poco de papel, que aquí has echado aceite para freír un kilo de patatas.

Astrid obedeció y se mordió el pulgar. Owen iba a pillarlos allí, en plena faena; pero si eso ya era de por sí humillante, más lo iba a ser cuando su hermano viera salir a un hombre a primera hora de la mañana de su apartamento.

Puede que tuviera una edad, pero a los ojos de Axel todavía seguía siendo su virginal e intocable hermana.

—Joder, ¡por fin! —exclamó él al lograr su objetivo—. Me he puesto perdido —adujo mirándose las manos—. De todas formas, mañana mismo llamo al cerrajero, no voy a estar pringándome cada dos por tres.

Astrid suspiró al saber que podría sacar uno de los coches de sustitución, pero el alivio le duró menos que el agua en un cesto cuando vio a Axel subir la escalera.

—¿Adónde vas? —preguntó alarmada.

Él frunció el ceño y la miró como si estuviera mal de la azotea.

—Pero ¿se puede saber qué te pasa hoy? —Negó con la cabeza y continuó su ascenso—. Solo voy a lavarme con agua caliente, que, si no, esta guarrada no saldrá después —explicó enseñándole las manos sucias.

—No hay agua caliente —improvisó ella.

—No me digas que otra vez se ha jodido el calentador... —refunfuñó poniendo los ojos en blanco. No ganaban para averías.

—Pues sí —corroboró Astrid, ya que Axel no se sorprendería; al fin y al cabo, el calentador, como otras tantas cosas, ya tenía unos añitos.

—Da igual —dijo él encogiéndose de hombros resignado.

Ella quiso detenerlo, pero cuando subía tras él dispuesta a interponerse entre su hermano y la prueba de su «honor mancillado», se abrió la puerta que daba paso al apartamento y apareció Owen vestido para la ocasión con la camiseta de Grúas González y el ajustado pantalón de deporte de su hermano.

—Vaya, para ser domingo..., ¡qué pronto tenemos clientes! —exclamó Axel con recochineo mirando al guiri y poniendo cara de «Aquí ha pasado algo y, como no oiga una explicación coherente, armo la de San Quintín».

—Axel, por favor —intervino ella suplicante para evitar una escena.

Se sentía avergonzada de que su rollo de una noche los hubiera encontrado de esa forma, pues su intención era dejarlo todo solucionado para despertarlo con una sonrisa de buenos días, un café recién hecho y su coche a punto.

—Buenos días, Astrid —murmuró Owen con toda la diplomacia del mundo, pese a que su aspecto indicaba lo contrario. Después extendió el brazo con la idea de saludar al tipo moreno—. Buenos días, señor...

—González —respondió Axel subiendo el par de escalones que le quedaban para situarse a la altura del guiri—. Gerente de Grúas González —añadió en tono pomposo.

Astrid resopló. Cómo le gustaba dar por el saco.

Y Owen, acostumbrado a estrechar la mano de gerentes, directores, consejeros delegados y demás, lo hizo como si el hombre fuera el presidente honorífico de una importante fundación. Al fin y al cabo, era su negocio y, por tanto, era comprensible que quisiera defenderlo.

Observó al tipo y se dio cuenta de que, a pesar de ser moreno, tenía cierto parecido con Astrid, por lo que no podía tratarse de un novio celoso. Aunque, de ser esto último cierto, a él no debería preocuparlo. Allí todos eran mayorcitos para saber quién se acostaba con quién, pero prefería no toparse con novios celosos, siempre era mejor evitar problemas de ese tipo.

—Pues muy bien, ya nos conocemos todos —interrumpió Astrid, previendo una pelea de gallos—. Y ahora, si nos disculpas... —Quería despedir a Owen sin injerencias, y miró a su hermano, advirtiéndole que no dijera ni mu.

—Y ¿en qué puedo ayudarlo? —inquirió Axel con la mosca, bueno, más bien con un avispero detrás de la oreja.

Owen se miró la mano y, como pudo, se limpió antes de responder.

—En nada —se adelantó ella—. Ya me ocupo yo.

—Muchas gracias —adujo el «guiri» con su tono calmado y serio—, pero estoy seguro de que ella puede ocuparse.

—No lo dudo —replicó Axel con sarcasmo.

—Ya vale —se quejó Astrid, advirtiéndole con la mirada que abandonara su actitud de hermano sobreprotector, que, si había que dar una patada en los huevos a alguien, ya se encargaba ella sola—. Soy mayor de edad, así que no te metas donde no te llaman.

—Pues no lo parece. ¿De qué lo conoces? ¿Ha pasado la noche contigo?

Astrid suspiró.

—No te pongas en plan inquisitorial, que yo no digo nada cuando te traes a alguna amiguita —le reprochó, y en el acto se dio cuenta de que ambos estaban protagonizando una lamentable discusión familiar delante de un extraño que a saber qué opinión se estaba formando de ellos; ninguna buena, eso seguro.

Owen, que entendía la preocupación del gerente de Grúas González, se dio cuenta de que era preferible que se marchase, y qué mejor momento que aquel.

—¿Está el coche de sustitución listo? —preguntó con aire distante, dando a entender que lo que pasara entre los dos hermanos a él le importaba bien poco. En lo que se refería a hermanos tocapelotas, iba bien servido.

Axel dejó de mirar a su hermana como si quisiera estrangularla; ya hablaría más tarde con ella, y para ello lo mejor era deshacerse del guiri. Se ocupó de sacar un reluciente Renault Clio y de dejarlo a disposición del invitado.

Con regocijo, le entregó las llaves y hasta se ocupó de cerrarle la puerta una vez que Owen se acomodó al volante. Cuando por fin se deshizo del cliente fue en busca de Astrid con evidentes ganas de pelea. Porque de ninguna manera iba a dejar pasar aquel asunto como si nada.

—¿Has perdido la puta cabeza? —preguntó elevando el tono de voz.

Astrid, que estaba de rodillas limpiando el suelo de la cocina, levantó un instante la vista para mirar a su hermano y sacarle la lengua. Continuó recogiendo como si nada y, claro, Axel pasó por alto su burla infantil y prosiguió:

—Ya me jode saber que sales con la grúa tú sola, con la panda de pervertidos que hay por ahí sueltos..., para que encima te traigas a un pelagatos como ese a casa y, no contenta con meterlo dentro, lo dejas dormir, o lo que sea que hayáis hecho, durante toda la noche.

Astrid estuvo a punto de replicarle algo así como «No solo hemos dormido»; sin embargo, eso habría sido como echar gasolina a una hoguera y, si quería librarse de Axel, lo mejor era no darle carrete.

—¿Has acabado ya?

—Pues no. Joder, Astrid, que con las cosas que se oyen...

—Mira, te agradezco que te preocupes por mí, pero tengo treinta y cuatro años, digo yo que ya me ha entrado el juicio. Además, ahora no te vas a poner mojigato...

—Eres mi hermana, hay cosas que prefiero obviar —alegó él arrugando el morro.

—Vale, pues la próxima vez que vaya a salir con un tipo te pido permiso.

—Muy graciosa —masculló Axel.

Astrid se incorporó y fue hasta donde estaba su hermano, lo rodeó con los brazos y le dio un fuerte achuchón.

—Y, antes de que sigas sufriendo, te diré que en el ordenador están todos sus datos. Si me llega a pasar algo, tendrías dónde buscar —bromeó.

—Se agradece el detalle. ¿Apuntaste su dirección? Porque no tengo reparos en

partirle los dientes a un guiri; al fin y al cabo, no me importa abarcar el mercado internacional.

Astrid se echó a reír a carcajadas.

—Sinceramente, señores, esto es una completa pérdida de tiempo —dijo Owen levantándose de la mesa de reuniones.

Miró la hora. Apenas eran las doce de la mañana, y aquel par de cretinos que tenía enfrente llevaban mareando la perdiz desde las diez. Podía entender que quisieran sacar un alto rendimiento, pero si le tocaban las pelotas con exigencias absurdas ya era otro cantar.

Además, sus dos interlocutores no tenían pinta de agentes serios, sino más bien todo lo contrario. Daba la impresión de que solo les preocupaba qué comisión les iba a quedar a ellos una vez finalizado el negocio, de ahí que las cantidades que Owen ofrecía fueran el motivo de desencuentro. Él no estaba por la labor de tener que hacerse cargo de las deudas de la entidad y, además, desembolsar una fuerte suma para que se lo repartieran cuatro inútiles.

—Esta es mi última oferta —prosiguió en tono inflexible, y señaló el documento donde se detallaba—. Si quieren ponerse en contacto conmigo, ya saben dónde me alojo.

—Señor Boston, ya hemos estudiado su...

—Veinticuatro horas —interrumpió Owen al que tenía cara de más avaricioso—; de lo contrario, daré por concluidas las negociaciones.

Que de buena gana era lo que hubiera hecho en ese instante por no tener que tratar con aquella panda de estúpidos.

—Nos gustaría consultarlo con nuestros asesores...

—Veinticuatro horas, señores. Buenos días —atajó Owen sin dar posibilidad a réplica, ya que, si lo hacía, además de perder el tiempo acabaría con dolor de cabeza.

Guardó sus documentos en el maletín y abandonó la sala de reuniones.

Intercambió un par de comentarios con el abogado, el señor Martínez, que lo acompañaba para los asuntos legales, y se despidió de él recordándole que no se molestaran en llamarlo de nuevo para perder el tiempo. Estuvo a punto de cruzar los dedos para que ese par de usureros no se bajaran del burro; en ese caso le ahorrarían el trabajo de tener que escucharlos de nuevo.

Como no tenía otra cosa mejor que hacer, ya que no le quedaba más remedio que permanecer allí esas veinticuatro horas, y tampoco quería correr más aventuras, arrancó su coche y se dirigió directo al hotel. Desde allí se pondría en contacto con su secretaria para estar al día, despacharía algunos asuntos con ella y después prepararía la maleta. Ya no había nada que lo retuviera por más tiempo en ese pueblo.

Mientras subía en el ascensor, se aflojó la corbata. No terminaba de acostumbrarse a aquel calor húmedo y pegajoso, aunque pensó que cuando estuviera a solas en su habitación podría trabajar fresco y cómodo. Cómodo, pero sin descuidar

su aspecto. Envió un mensaje a Helen, su asistente, para que estuviera preparada (algo innecesario, pues a profesional no la ganaba nadie).

Abrió la puerta con la tarjeta magnética y se percató de que no iba a disfrutar de la privacidad que esperaba, pues una camarera, con una horrible bata azul y el pelo rubio recogido, estaba agachada limpiando los muebles, bayeta en mano. Entonces se dio cuenta de que a esas horas era lo más lógico; no obstante, aquello interfería en sus planes más inmediatos, por lo que decidió echarla.

—Señorita...

La empleada seguía a lo suyo, y eso lo puso de mal humor. Odiaba tener que repetir una orden, y más aún una tan sencilla como aquella, pues, por el tono empleado, hasta el más tonto habría entendido que deseaba quedarse solo.

—Lo siento, señor, no sabía que... —murmuró la asistenta volviéndose con el trapo en una mano y el espray multiusos en la otra, dispuesta a apretar el gatillo en cualquier momento; eso sí, al verlo se quedó paralizada y con la boca abierta.

Owen parpadeó.

¿Serían los efectos del calor o su cerebro le estaba gastando una broma?

Estaba tan sumamente desconcertado que no se atrevió a hablar.

El sonido de su móvil lo sacó de esa especie de estupor y respondió a la llamada.

—Helen, si eres tan amable, llámame dentro de quince minutos. Gracias —pidió a su secretaria sin darle tiempo a más.

Guardó el iPhone en el bolsillo de su chaqueta sin estar muy seguro de qué hacer a continuación, lo cual lo puso de mal humor (otra vez), y con el día que llevaba...

—Yo... no sabía que... —continuó ella titubeando.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Owen como si ella fuera una acosadora.

—Trabajo aquí —se disculpó Astrid levantando sus herramientas de faena.

—¿Perdón? —murmuró él. Aquello debía de ser una broma pesada, no cabía otra explicación posible.

—Bueno, no exactamente, solo estoy sustituyendo a una chica durante una baja —se explicó ella susurrando.

No tenía por qué sentirse mal por ello; aun así, torció un poco el gesto. No quedaba muy elegante encontrarse con el guiri que una se había cepillado la noche anterior ataviada con la bata de faena, un trapo y un espray, por muy multiusos que fuera.

Owen se pasó la mano por el pelo sin poder creérselo. La miró y seguía sin entenderlo. Así que lo mejor sería no preguntar, pues con toda probabilidad, la respuesta no lo convencería o, lo que era peor, no le gustaría en absoluto. Cada segundo que continuaba mirándola, más esfuerzo debía hacer para conciliar la imagen de la mujer a la que se había follado (con excelentes resultados, todo había que decirlo) con la que ahora tenía delante (eso sí, el infame uniforme le sentaba de puta madre).

Al ver su cara de disgusto, Astrid decidió aguantarse las ganas de llamarlo poco

menos que esnob gilipollas, porque ella solo estaba trabajando de manera honrada y... Bueno, vale, para un tipo como aquel, saber que se había liado con una camarera supondría un grave perjuicio a su lista de glamurosas conquistas, pero a ella eso le importaba un pimiento. Así pues, alzó la barbilla; por nada del mundo iba a marcharse con el rabo entre las piernas.

—Acabaré enseguida —arguyó dispuesta a finalizar sus tareas y salir de allí.

Owen, mientras tanto, se deshizo de la chaqueta, tan confundido que era incapaz de decir algo coherente. Puede que su actitud al verla allí no hubiese sido muy adecuada, pero, joder, es que nadie podría haberse imaginado algo semejante.

La observó moverse por la *suite* con gracia. Bueno, con toda la gracia que una bata azul descolorida y unas zapatillas blancas pueden ofrecer, aunque, cada vez que se agachaba, se le tensaba la tela, y eso otorgaba una interesante perspectiva a aquella escena surrealista. Limpiaba con energía, dando a entender que deseaba largarse de allí cuanto antes.

Y lo comprendía: para ella estaba suponiendo un claro contratiempo. No debía de ser muy agradable mostrarse ante él de esa guisa. Decidió que su comportamiento había sido descortés y se propuso enmendarlo.

—Disculpa si te he molestado —murmuró acercándose con pies de plomo y las manos en los bolsillos a ella, que estaba dejando el espejo como los chorros del oro.

No estaba muy acostumbrado a disculparse, la verdad sea dicha, pues cuando utilizaba esa fórmula era por simple cortesía, no porque lo sintiera en realidad.

—No pasa nada —mintió ella sin mirarlo al tiempo que frotaba con más brío, no fuera a ser que él criticara después su técnica de limpieza.

Owen captó su tono escéptico. De acuerdo, sus palabras no habían sonado ni sinceras ni a disculpa, pero es que lo había pillado tan de sopetón que aún intentaba ver a la rubia del sábado por la noche en la chica de la limpieza.

Y le estaba costando Dios y ayuda encajar las piezas.

Ajena a sus pesares, Astrid puso en marcha el aspirador. Así, por lo menos, con el ruido no tendría que soportar estupideces ni intentar llenar aquel tenso silencio con palabras insustanciales. Terminaría la habitación en diez minutos y listo, a otra cosa.

Él, por su parte, abrió un botellín de agua bien fría porque (y he aquí un interesante tema de psicoanálisis) verla moverse por la *suite* con su especial sentido del ritmo, pues ya tenía constancia de primera mano del aspecto de sus caderas, le estaba provocando pensamientos extraños, por no decir calenturientos.

«¿Calenturientos?».

¿Qué estupidez era esa? Que se estaba poniendo cachondo y punto. Owen siempre llamaba a las cosas por su nombre.

Había que reconocerlo: Astrid tenía un no sé qué; hasta pasando el aspirador resultaba atractiva. Se cruzó de brazos y permaneció en silencio. Incluso cortó la llamada entrante de su móvil para que nada lo distrajera. Helen estaba acostumbrada a esos imprevistos y no insistiría hasta que él le devolviera la llamada.

Cuando la chica se agachó para aspirar debajo de la cama, Owen se sintió afortunado, ya que, debido al ruido del aparato, su gemido quedó disimulado. No así su incipiente erección, que amenazaba con montar la tienda de campaña sin aviso previo.

Para no quedar en evidencia, se encaminó hasta la ventana y allí se acomodó en uno de los sillones rococó, al más puro estilo millonario indolente, e intentó no hacerse daño al cruzar las piernas. Adoptó una postura casi indiferente, muy similar a la que ofrecía cuando escuchaba a algún asesor financiero; que no se notara que por dentro estaba llegando al punto de ebullición.

Sí, pensar en índices bursátiles podía ser un buen remedio para aplacar su excitación. Colocó una mano sobre la otra por encima de la rodilla y se concentró en estadísticas, balances, capitales de riesgo y fondos buitres, que eso minaba cualquier posible pensamiento erótico.

Pero nada, las caderas de Astrid ganaban por goleada.

Tan absorto estaba en sus cosas que tardó más de la cuenta en percatarse de que ella ya había apagado el aspirador y recogía sus bártulos con la intención de marcharse.

—Todo listo, señor —dijo en el tono más falsamente amable que uno podría imaginar.

Owen ni siquiera pestañeó. Debía de ser muy duro para ella llamarlo así; claro que, hablando de cosas duras..., mejor no entrar en detalles.

—¿A qué hora terminas tu turno? —se oyó decir, y hasta él mismo se sorprendió por haber formulado semejante cuestión.

Astrid, con las manos apoyadas en el carrito de la limpieza, se detuvo y lo miró estupefacta.

¿A qué venía ahora esa pregunta?

Optó por una respuesta diplomática y evitar así discusiones. No estaba bien enfrentarse con los clientes, y para ella, a partir de ya, Owen..., nada de Owen, el señor Boston, era un cliente más y, por tanto, el trato sería educado y distante.

—Depende —contestó. Por la cara que puso él, quizá pensara que hasta mascaría chicle para completar su perfil de chacha.

Owen arqueó una ceja y reprimió una sonrisa ante su respuesta. Imprecisa y claramente guasona.

—¿De qué depende?

Y Astrid, recordando la canción de Jarabe de Palo, casi se echó a reír.

—Del tiempo que tarde en limpiar las tres plantas que tengo asignadas —añadió aguantando sin reírse y sin venirse abajo. Dignidad, ante todo.

Owen sopesó esa información e hizo la pregunta correcta para atar todos los cabos. Solo había dos opciones al estar en el ático: o bien acababa de empezar, o bien estaba terminando. La miró y se fijó en que, con tanto trasiego, se le había desabrochado el botón inferior de la bata y se le veía una interesante porción de

muslo.

—¿Puedo preguntar a qué hora has comenzado tu turno? —continuó indagando sin abandonar su tono calmado.

Astrid no comprendió el motivo de tal pregunta, pero respondió de todos modos.

—A las ocho y media.

Owen entrelazó las manos y ella pensó que solo le faltaba decir...

—Excelente —murmuró él.

«Igualito que el señor Burns de “Los Simpson”», pensó Astrid.

—Tengo que seguir, si me disculpa...

Dispuesta a escaquearse, pues aquello se estaba complicando, dio media vuelta y empujó el carrito. Ya era demasiada cháchara con un cliente y no podía perder el tiempo, que luego no finalizaría su turno a tiempo y se llevaría una bronca de regalo del Borjita, el encargado. Y a este, mejor evitarlo en la medida de lo posible.

—Te recojo a las siete —soltó él interrumpiendo su retirada y dejándola patidifusa como poco.

—¿Perdón? —graznó frenando en seco.

—Si no tienes ningún otro trabajo, claro está —adujo él con cierto aire burlón, porque a ese paso se la encontraría hasta en la gasolinera llenando el depósito.

—No —respondió Astrid sintiéndose boba.

—De acuerdo; entonces, a las siete paso a buscarte por tu... apartamento.

Lo dijo tal cual. No era una sugerencia, sino una orden en toda regla. Y, llevada por la curiosidad y por la estupidez, todo hay que decirlo, ella asintió y se fue de allí sin hacer ningún comentario.

—A ver cómo acabo yo el turno hoy con este runrún interior que no me va a dejar disfrutar ni del cafecito del descanso —murmuró arrastrando su carrito cuando ya estaba fuera del alcance de Owen.

Unas horas más tarde, se encontraba en su apartamento y comprobó la hora. Las seis y media, y un pelma dándole la brasa a su hermano sobre un presupuesto de reparación. Astrid estuvo tentada de bajar al taller y decirle al cliente que, si quería milagros, se fuera a Lourdes, que allí solo arreglaban coches. Owen llegaría puntual; dudaba que un tipo como ese se presentara un minuto tarde. Y entonces ya tendrían el lío armado, pues con la tontería había olvidado decirle que entrara por la puerta que daba directa a la calle, en vez de por el taller (pero, claro, con la cara de pasmada que se le había quedado cuando él había hablado, pues ya lo de pensar era misión imposible).

Se miró en el espejo: vestidito veraniego multiusos de color azul oscuro, que lo mismo sirve para ir a un chiringuito de playa que para una cena elegante, una de esas prendas que se había comprado cuando las cosas iban bien y no tenía que mirar hasta

el último céntimo; sandalias de medio tacón (por si había que andar un poco y evitar así parecer una gallina intentando mantener el equilibrio sobre los taconazos) y, por supuesto, ropa interior elegante.

—Y algunos condones en el bolso, que ocupan poco y sirven de mucho —canturreó tras depositarlos en el interior.

Se asomó por enésima vez al taller por si su hermano ya se marchaba, pero nada, el muy puñetero seguía allí, sentado frente al ordenador con cara de concentración. Justo había escogido ese momento para repasar pedidos pendientes. O para jugar al solitario, que con Axel nunca se sabía.

Menos diez, y el muy bobo sin largarse.

—Muy bien —le dijo al espejo—, soy una mujer adulta y no tengo por qué hacer el gilipollas.

Con convencimiento, se fue un instante al baño, decidida a retocar un poco su maquillaje para salir de casa arreglada y no hacerlo esperar.

Unos metros más abajo, Axel, al oír el ruido de un motor junto a la puerta, abandonó el programa de presupuestos en el que estaba trabajando y salió a comprobar quién era, pues a esas horas ya no esperaba a ningún cliente y, tras el regateo de antes, no estaba de humor para aguantar a otro pelma roñoso.

Arqueó una ceja cuando reconoció al tipo. «Vaya, vaya, seguro que el guiri no viene a verme a mí —pensó cruzándose de brazos—, y menos aún vestido de manera elegante». Ciertamente, ya no parecía un turista de bajo coste, pero, aun así, seguía sin fiarse ni un pelo, que tipos bien vestidos y gilipollas los había a patadas, y él había estado a punto de llamar *cuñado* a uno de ellos.

—Buenas tardes —lo saludó Owen al verlo. Utilizó un tono cortés pero distante. De haber estado en su sano juicio, habría concretado mejor aquella cita. Bueno, y ya puestos, quizá no la habría propuesto. Pero allí estaba.

—Buenas tardes —replicó Axel suspicaz. Nunca era agradable saber que tu hermana andaba enrollada con tipos desconocidos. Y se recordó que el hábito no hace al monje.

Pero seguía sin fiarse.

—Vengo a recoger a Astrid —indicó aquel sin esconder sus motivaciones.

—¿Adónde piensa llevarla? —contraatacó el otro sin perder el tiempo.

Owen mantuvo su expresión neutra. No se amilanaba ante tipos como ese.

—A cenar.

—¿A las siete de la tarde? Un poco pronto, ¿no? —se guaseó Axel.

Owen tenía dos opciones: o mandar al gerente de Grúas González a tomar viento y, de paso, también a la hermana por no estar allí a la hora acordada, o bien resignarse a aguantar las impertinencias de un tipo sobreprotector y capear el temporal.

Todo dependía de una simple cuestión. ¿Merecía la pena la inversión de tiempo y aguante?

Al acordarse de las piernas de Astrid, se dijo que sí, que podía arriesgarse.

—Me gusta hacer las cosas con tiempo —respondió con tranquilidad.

Axel, al ver que el guiri no entraba al trapo, decidió que quizá no era tan mala persona y que a lo mejor sí podía estar interesado de verdad en su hermana. Al fin y al cabo, había vuelto, razonó en silencio.

Pero, por si acaso su instinto lo traicionaba, optó por indagar.

—¿A qué se dedica?

Owen sopesó la pregunta. Le gustaba poco o nada mencionar cosas relacionadas con su trabajo, en especial porque últimamente los banqueros no gozaban de mucha popularidad, y porque no tenía por qué dar más información de la necesaria.

—A las finanzas e inversiones —contestó dando una versión bastante aproximada de la realidad.

—Ya veo, ya... Al Monopoly... —murmuró Axel analizando aquello a toda velocidad. Desde luego, podía ser una buena oportunidad para Astrid, así que continuó interrogándolo—: Y ¿tiene previsto invertir por aquí cerca?

—Estoy en ello —alegó él, rezando en silencio para que no le pidiera que invirtiera en el negocio de las grúas y la mecánica.

—Y ¿van a contratar personal de apoyo?

—¿Cómo dice?

—Venga conmigo un momento.

Owen lo siguió sin saber adónde quería llegar, pero al señalarle la oficina, disimuló su malestar. Aquel espanto otra vez no, por favor.

Axel se puso a rebuscar en los cajones hasta que sacó una carpeta y extrajo unos cuantos documentos que esparció delante de sus narices.

Él se limitó a cruzarse de brazos; prestaría la mínima atención posible y punto.

—¿Ve esto? —Axel le señaló un diploma, y Owen miró de reojo, poco o nada interesado—. Es el título oficial de la escuela de idiomas. Astrid habla inglés, francés y sueco, además de castellano, por supuesto. Y mire este otro —le mostró un papel más—, licenciada en Administración y Dirección de Empresas.

Al oír eso, Owen prestó más atención y, sí, aparecía el nombre de ella, Astrid González Lindberg. Pero entonces una pregunta le pasó por la cabeza: ¿por qué trabajaba de camarera en un hotel?

—Y además hizo un máster en *marketing*, lo tengo por ahí guardado... y, ¿sabe qué?, ¡que no encuentra trabajo! —exclamó Axel indignado—. Por eso me preguntaba si van a contratar gente, porque mi hermana sería una candidata idónea, señor Boston.

Al ver la cara del guiri, Axel llegó a la conclusión de que lo había impresionado, y eso era buena señal. Estaba hasta los cojones de ver a su hermana deslomarse haciendo sustituciones en el hotel para sacar un sueldo de mierda, y si podía convencer al tipo ese para que la contratara, pues no iba a desperdiciar la oportunidad.

—¿No le parece un currículum impresionante? —apostilló ante su silencio.

—Desde luego —convino él sin poder establecer una teoría válida.

En ese instante, ambos oyeron pasos a su espalda y se volvieron para ver a la recién llegada.

Owen se puso de inmediato en pie y se quedó confundido. Astrid llevaba el pelo suelto a la altura de los hombros y un vestido azul que le daba un aspecto elegante, muy diferente de como la había conocido.

—¿Nos vamos? —inquirió ella, e hizo una mueca al ver a su hermano presumiendo otra vez de sus títulos.

—Sí, por supuesto —murmuró Owen, que se volvió un instante para despedirse de Axel—. Encantado —saludó ofreciéndole la mano.

—Igualmente. Y piense en lo que le he dicho.

Salieron al exterior en silencio. Ella iba a subirse al coche, pero él se adelantó y le abrió la puerta del acompañante.

Nada más oír el ruido del motor, Astrid supo que le debía una disculpa.

—Siento que Axel se haya puesto pesado.

—No pasa nada —adujo él, incorporándose al tráfico.

—Sí pasa, a veces se pone de un plasta...

—No le des más vueltas.

Astrid no insistió porque, de haberlo hecho, habría arruinado la velada. Se relajó en su asiento y ni siquiera le preguntó a Owen adónde la llevaba. Tampoco le dijo que al día siguiente debía madrugar y que debería estar en casa a las doce como muy tarde.

Ir acompañada de un hombre como Owen, además de ser objeto de interesantes miradas por parte de otras mujeres, suponía una importante diferencia: no solo te abrían la puerta del restaurante o te apartaban la silla para que te sentaras, sino que la diferencia fundamental radicaba en cómo te hacían la pelota preocupándose por cualquier nimiedad, llegando incluso a atosigar. Astrid no estaba acostumbrada a eso, pues hacía tiempo que no acudía a restaurantes de postín acompañada de un hombre trajeado. Esa era, al menos, la impresión que tenía. Pero lo que de verdad la impresionó fue que él parecía ajeno a todo ese exceso de atención. Su actitud indiferente, casi indolente, daba que pensar.

—¿Está todo a su gusto, señores? —preguntó una vez más el camarero, eso sí, dirigiéndose a él.

«Qué pelota y qué cargante», pensó Astrid.

—Sí, gracias —respondió Owen sin dejar de mirarla a ella.

—Sí, todo perfecto —añadió ella solo por decir algo, aun sabiendo que en esos casos la compañía femenina acostumbraba a ser un accesorio.

El comportamiento del camarero así lo atestiguaba, porque aunque hubiera estado bailando desnuda encima de la mesa, él habría seguido impertérrito o, mejor dicho, habría continuado con su adoración al dinero. Porque no tenía disponibilidad en ese instante porque, de poder permitírselo, habría sacado la tarjeta de crédito para darle con ella en los morros a aquel hombre.

Procuró olvidarse del camarero pelota y centrarse en su acompañante, que eso es lo que se suele hacer en estos casos. Durante toda la velada, intentó mantener la conversación viva, pero resultaba difícil con un hombre tan parco en palabras. Le molestaba y, he aquí su sorpresa, también la intrigaba a partes iguales. De ahí que ni bostezara ni se inventara un dolor de cabeza para finalizar el encuentro antes de hora.

¿Qué necesitaba ese hombre para relajarse?

Sus impecables modales en la mesa, su aspecto inmejorable, sus respuestas concisas y correctas... Tenía todas las papeletas para que lo dejaran allí plantado por aburrido, pero Astrid no quería marcharse.

Owen no dejaba de mirarla en silencio. Se había dado cuenta de que ella intentaba conversar para que la cena no fuera insufrible. Quería preguntarle muchas cosas, pero no le parecía adecuado atosigarla.

—¿Llevas muchos días aquí? —Ella lo intentó de nuevo, a ver si con un poco de suerte en los postres ya podían mantener una charla fluida.

—Apenas una semana. Regreso pasado mañana, en cuanto acabe mis compromisos —respondió él conciso, sin darse cuenta de que tanta sinceridad podía resultar contraproducente. Sin embargo, no tenía sentido mentir.

—Ah —musitó ella con aire inexpresivo.

Él le dejaba muy claro que no iba a complicarse la vida ni la iba a echar de menos. Ni siquiera un poquito, lo justo para prolongar su estancia dos días más.

De nuevo, el silencio se instaló entre ambos y, con él, la sensación de que la pequeña chispa del sábado ya no daba más de sí. Esa, al menos, era lo que creía Astrid mientras daba vueltas a su café. Pero, a pesar de todo, no podía dejar de mirarlo.

Owen, con un gesto imperceptible, llamó al camarero para que le llevaran la cuenta. Ni siquiera la miró, simplemente dejó una tarjeta de crédito sobre la bandeja con el mismo aire indiferente con el que lo hacía todo.

Astrid mantuvo el tipo, en silencio, observando todos sus gestos muy embobada.

—¿Nos vamos? —preguntó él tras guardarse la tarjeta de crédito y sacándola así de su embobamiento.

Ella asintió y, antes de que pudiera darse cuenta, ya había personal del restaurante apartándole la silla. Un hecho que para ella resultaba todo un detalle, pero que para gente como Owen debía de ser de lo más normal.

Sintió la mano de él en la parte baja de su espalda acompañándola hacia la salida, de nuevo un comportamiento caballeroso digno de mención. Y, por supuesto, caminaron en silencio hasta el coche. Él desbloqueó las puertas y, cómo no, le abrió la suya y luego soltó la bomba.

—Pasa la noche conmigo —dijo sorprendiéndola justo cuando iba a sentarse.

Astrid se volvió para mirarlo de frente y tragó saliva.

¿Había oído bien?

Se lo preguntaba porque durante toda la velada Owen había sido un modelo de corrección. Ni una insinuación, ni una palabra que pudiera malinterpretarse... Nada, nada en absoluto fuera de la más estricta formalidad.

—Por favor —añadió él y, para dejarla aún más atontada, esbozó una sonrisa seductora.

Ni el tono empleado ni sus palabras eran lo más idóneo para llevarse a una mujer a la cama, pero sí aquella maldita sonrisa, por lo que Astrid no encontró ningún argumento de peso para oponerse.

Asintió levemente esperando no tener que arrepentirse a la mañana siguiente.

Él levantó una mano y por fin estableció contacto, acariciándole la mejilla antes de separarse y volver a actuar como un caballero.

A los pocos minutos de arrancar, Astrid se dio cuenta de que no iban en la dirección adecuada, por lo que se volvió en su asiento dispuesta a guiarlo por las calles por si se había despistado.

—Por aquí no se va a mi apartamento —indicó al ver que circulaban en dirección al hotel.

—Lo sé —contestó él con sequedad. A esas horas, el tráfico por las calles de San Pedro del Pinatar era casi inexistente, y en apenas cinco minutos llegarían.

—Pero yo..., bueno, pensaba que... habías dicho que...

Aprovechando la parada frente a un semáforo, Owen la miró.

—Cuando te he invitado a pasar la noche conmigo me refería en mi *suite* —aclaró reanudando la marcha y dando por zanjado el tema.

Aquellas palabras a Astrid le sentaron como una patada en los mismísimos. Por muchos motivos. Eso de que un millonitis te invite a su *suite* mosquea, y más aún cuando se ha comportado durante la cena de forma distante. Suena a polvo de desahogo o a último recurso, cualquiera de los dos motivos era suficiente para decir que no. Sin embargo, consideraciones varias aparte, Astrid encontró uno mucho más importante para negarse.

—Pero ¡yo mañana trabajo! —protestó.

Owen, poco o nada acostumbrado a que se cuestionaran sus decisiones, la miró medio segundo de reojo.

—Razón de más para que vengas conmigo al hotel —añadió con su aplastante lógica, dejándola con la boca abierta.

Astrid pensó muy en serio en la posibilidad de tirarse del coche en marcha; así, por lo menos, sentiría algo, ya que a cada minuto que pasaba junto a él, encontraba nuevas razones para huir despavorida.

«¡No se puede ser más soso, por favor!».

—¿A qué hora empiezas? —preguntó Owen, siempre pragmático, dirigiendo de nuevo la conversación.

—A las ocho y media —murmuró ella en respuesta, pensando que quizá debería haberse comportado con impertinencia o, mejor aún, dar la callada por respuesta, al más puro estilo rubia consentida.

Sin embargo, hacerlo habría supuesto un importante contrasentido: era una mujer adulta y, por tanto, no utilizaba técnicas de guardería para hablar con los hombres, por muy irritantes que estos fueran.

—Excelente. Yo tengo una reunión a las nueve —alegó Owen, inmune a los apuros de ella.

—Pero necesito mis cosas... —replicó Astrid, dándose cuenta de que estaba en el bote.

«Debe de ser algún trastorno hormonal», reflexionó antes de que él continuara su proceso organizativo.

—¿No guardáis la ropa de faena en un vestuario? —preguntó en un tono que rayaba la indolencia.

Ella abrió unos ojos como platos. «Esto no me está pasando a mí. O me estoy haciendo mayor, o alguien me está grabando con cámara oculta, porque no me lo explico», pensó mirando de reojo a su acompañante, que, como siempre, permanecía impertérrito.

—Sí, claro... —acabó diciendo, pues era la verdad—. Pero me gustaría acercarme antes a casa para...

—Cualquier cosa que necesites para pasar la noche la encontraremos en el hotel.

Astrid no lo dudaba; el Hispania Costa Cálida tenía cinco estrellas y alojarse allí costaba un ojo de la cara, así que tenían de todo para mantener contentos a sus huéspedes.

«Qué poquita fuerza de voluntad tengo», se recriminó en silencio, aceptando que esa noche acabaría en la *suite* de él sin saber muy bien qué era lo que tanto la atraía porque, por norma general, mandaba a freír espárragos a cualquier tipo que mostrara el más mínimo indicio de comportamiento autoritario, y Owen se llevaba la palma. Lo dicho: algún virus se había colado en su sistema inmunológico.

Cuando quiso darse cuenta, se encontraban a las puertas del hotel. Nada más parar el coche, apareció personal, como está mandado, para ocuparse del vehículo.

Astrid inhaló profundamente, ella solo usaba la puerta de servicio.

¿Qué pensarían en recepción al verla aparecer junto a Owen?

Nada bueno, seguro. Al día siguiente iba a ser la comidilla entre sus compañeros de trabajo.

De nuevo la acompañó el educado y refinado caballero que se limitaba a posar la mano en su espalda. Muy formal y desapasionado. Casi impersonal, de la misma manera que la trataría un director de banco.

Astrid se tensó. Era oír la palabra *banco* y se enervaba. Respiró de nuevo alejando de su cabeza cualquier referencia bancaria, que, si no, acabaría por venirse abajo y, la verdad, con un hombre tan reservado como Owen, iba a necesitar buenas dosis de entusiasmo.

Se moría de ganas de saber qué encendía a ese tipo, pero como la curiosidad mató al gato, decidió no preguntar. Llevaba un tatuaje de lo más provocador, que no encajaba para nada con su forma de ser, así que solo le quedaba un modo de averiguarlo.

A medida que iban avanzando por las instalaciones del hotel en dirección al ascensor, Astrid solo iba oyendo cómo todo el personal decía «Buenas noches, señor Boston», ante los cuales él se mostraba frío, esbozando tan solo leves inclinaciones de cabeza. Ni se detenía ni respondía.

Entraron en el ascensor y ella parecía la única nerviosa, porque Owen se limitó a pulsar el botón y a meterse las manos en los bolsillos. Astrid empezó a pensar que aquella tensión formaba parte del juego, pues pasaban los segundos y nada, ni una sonrisa, ni un roce, nada de nada. Para volverse loca.

Y, a pesar de todo, seguía junto a él.

Increíble pero cierto.

Cualquier otro hombre en una situación similar habría dicho o hecho algo provocador, habría calentado el ambiente o hecho alguna insinuación. Sin embargo, el ascensor había llegado al ático sin que él dijera ni pío.

—Por aquí —indicó señalando innecesariamente el pasillo de la izquierda, pues Astrid era muy consciente de qué habitación ocupaba.

Con una economía de gestos alucinante, Owen insertó la tarjeta, desbloqueó la cerradura electrónica, programó el termostato y encendió las luces de la *suite*. Luego se deshizo de su americana y se acercó al mueble bar.

—¿Qué te apetece tomar?

La pregunta más lógica habría sido: «¿Te apetece tomar algo?». Pero él ya había dado por supuesto que Astrid querría beber. Lo raro era que no hubiera servido las copas sin preguntar.

Ella dejó el bolso en la mesita auxiliar y se acercó hasta la ventana, dándole la espalda.

—Lo que te sirvas tú —respondió con indiferencia.

Owen se ocupó de todo y luego caminó hasta ella, se colocó a su espalda y le acercó la copa. Se quedó allí, deseando tocarla pero con cierto temor a hacerlo. No quería dar la impresión de ser un tipo desesperado por follar, aunque debía reconocer que ese había sido el primer pensamiento que había tenido cuando la había invitado a cenar.

Sin embargo, tras conocer su historial académico, intercambiar algunas palabras con ella y, en especial, después de observarla, tuvo la sensación de que Astrid no solo era una rubia espectacular a la que tirarse durante un par de días para hacer más soportable un viaje de trabajo.

Aun así, debía reconocer que ya no podía permanecer más tiempo sin tocarla porque acabaría ganándose la medalla de oro a la contención.

Astrid cerró los ojos al sentir una mano en su hombro que recorría lentamente el tirante de su vestido de atrás hacia adelante, para pasar después un dedo por debajo del mismo y dejar que cayera. A pesar de la excelente temperatura, sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Owen estaba detrás..., así que solo podía hacer una cosa. Se apoyó en él, confiando en que no la dejaría caer, y así fue. No supo si respirar tranquila cuando estableció el contacto o empezar a ponerse nerviosa (más aún, en todo caso).

Quiso volverse, pero se mantuvo inmóvil. Oía la respiración de él, por fin un síntoma de que algo se movía en su interior.

Con la mano libre, Owen recorrió su costado hasta llegar a la cintura y rodearla, juntando aún más sus cuerpos y, de esa forma, Astrid percibió que no solo su respiración se veía afectada.

Ella dio un sorbo a su copa, pero enseguida se dio cuenta de que necesitaba tener las dos manos libres, y él también. Owen se ocupó de recoger los vasos y, tras dejarlos en el suelo, colocó ambas manos sobre sus hombros para acariciarla. Se inclinó y también la besó con delicadeza, consiguiendo que ella gimiera y se recostara en él por completo.

Apartó su pelo a un lado y, sin separar los labios de su piel, fue recorriéndole el cuello hasta llegar al lóbulo de la oreja y atraparlo para succionar.

Astrid necesitaba un punto de apoyo y movió las manos hasta sujetarse en sus

muslos, arqueándose todavía más. Teniéndola así, a su entera disposición, y sin dejar de besarla mientras permitía que sintiera su erección contra el trasero, Owen recorrió su cuerpo hasta llegar al escote del vestido.

—Mmm —ronroneó ella, deseando que la desnudara cuanto antes.

Desde que la había rozado por primera vez, tenía los pezones duros, y le molestaba mantenerlos dentro del sujetador. Esperaba que sus manos la tocaran directamente, sin barreras textiles de por medio.

Sin embargo, él no quiso complacer sus deseos de inmediato, pues se limitó a dibujar con el dedo el borde del vestido, rozando cada milímetro de piel. Astrid pensó en gritar, en exigirle que se dejara de delicadezas y de perder el tiempo. Al tenerlo tan pegado a su retaguardia, era conocedora de su excitación. Tanteó con el trasero en busca de una reacción más visceral y sonrió, sintiéndose victoriosa, cuando él gruñó en respuesta a su atrevimiento.

Owen movió entonces las manos en busca de la cremallera de su vestido, disfrutando de aquella lenta seducción. Por primera vez en mucho tiempo le apetecía fijarse en los detalles, posponer lo evidente. Saltaba a la vista que ambos deseaban que aquello ocurriera, pero no por ello debían ir a saco. Por una de esas extrañas combinaciones del destino, disponía de tiempo, no era un encuentro de esos que, por cuestiones de agenda, llegaba incluso a programar y, por tanto, no merecía la pena manejarse de forma atropellada.

Astrid se sujetó el pelo a un lado para que él le bajara la cremallera y comenzara a desnudarla, y justo en ese instante sintió una vibración en el culo. Hizo una especie de rápido inventario: erección, sí; vibración, no.

De la ecuación sobraba «vibración».

—Joder, lo siento —masculló él, confundiéndola todavía más al apartarse y dejarla a medio desvestir.

¿Cómo podía responder a una llamada en un momento así?

Y, lo que era más desconcertante: ¿cómo no había apagado antes el teléfono?

Astrid se volvió y lo vio sacar el móvil del bolsillo del pantalón. Cuando miró la pantalla, Owen negó con la cabeza, evidenciando su disgusto, e intercambió un instante una mirada con ella antes de responder.

—¿Qué ocurre? —preguntó impaciente.

«Tiene bemoles...», pensó. Justo cuando la cosa se estaba poniendo interesante, recibía una llamada. Y, para más inri, del tipo más impredecible, egocéntrico e inestable del planeta: su hermano.

Durante medio segundo había sopesado la idea de no contestarle, pero si bien era el camino a todas luces indicado, sabía muy bien que su gemelo insistiría hasta aburrirlo y, además, Owen siempre estaba disponible, por lo cual su familia se alarmaría si no atendía la llamada.

—Nada —respondió Patrick tan pancho, y añadió con retintín—: ¿Por qué tiene que ocurrir algo? ¿No puedo llamarte para charlar un rato?

Owen maldijo entre dientes procurando que Astrid no lo oyera.

—¿Me estás tomando el pelo? —preguntó tenso.

—Un poco, sí. Es que es tan fácil... —se guaseó Patrick sin piedad riéndose a carcajada limpia, ajeno a la situación en la que estaba Owen.

—De acuerdo, ¿qué quieres? —inquirió él, arriesgándose a soportar una tontería tras otra, porque el carácter de su hermano era así.

—Me aburría, y me he dicho: «¿Qué estará haciendo mi gemelo responsable en el sur de España?».

Nada más oírlo, Owen confirmó sus temores. Patrick tenía ganas de dar por el saco y lo había escogido a él. Seguía sin comprender cómo Helen lo soportaba, porque su secretaria era un ejemplo de equilibrio, de serenidad y de cordura.

—Patrick...

—¿Ligarse a una lugareña? —prosiguió este, pasándose por el arco de triunfo su advertencia—. ¿Aumentar el patrimonio familiar para que yo pueda dilapidarlo? —Planteó las posibles opciones en tono burlón antes de responderse él mismo—: No sé para qué pregunto... Eres el único que conozco capaz de estar rodeado de tías estupendas y volver solo al hotel para leer un informe o para mantener una reunión de negocios en vez de desmelenarse por ahí. Owen, que ya eres mayor de edad, puedes ir de fiesta sin pedir permiso en casa —remató con recochineo.

Que su gemelo diera por hecho que era la segunda opción solo venía a confirmar lo que ya sabía: que, para empezar, era previsible, y no solo eso, sino también que su vida, dejando al margen el trabajo, era inexistente. Y, respecto a la edad, bueno, Patrick se había corrido las suficientes fiestas por los dos, así que, según las estadísticas, estaban empatados.

—¿Algo más? —masculló intentando no perder los papeles y soltarle cuatro groserías al inoportuno de su hermano.

Astrid escuchaba la conversación sin saber cómo interpretar lo que Owen decía. Parecía molesto con su interlocutor, aunque, por la forma de dirigirse a él, era patente que existía cierto grado de confianza. Solo esperaba que no estropease la noche.

—Solo quería saber cómo estabas —dijo Patrick al teléfono, ahora sin rastro de burla—. Se supone que entre nosotros hay una especie de conexión rara. Se han hecho muchos estudios al respecto.

Owen puso mala cara, lo que tenía que aguantar no lo sabía nadie.

—No me toques la moral, Patrick... —le advirtió. Su hermano tenía el don de la oportunidad, el muy idiota.

—Ya, si yo nunca la he sentido, por eso te llamo, porque me encuentro de un raro...

—¿Y no podemos hablar en otro momento?

—¡Joder, que hoy hasta me he levantado a primera hora sin que antes Helen me haya dado la tabarra! ¿Te lo puedes creer? O me estoy haciendo mayor o algo me pasa, no sé, por eso te llamo.

—Esto no me está ocurriendo a mí —dijo Owen entre dientes.

—Y no solo eso: esta noche, al llegar a casa, he dejado la ropa sucia, pásmate, ¡en el cesto de la ropa sucia!

—Patrick..., voy a colgar, que tengo un asunto importante entre manos —le advirtió él al comprobar que aquello podía dilatarse por toda la eternidad, porque si a su gemelo le daba por desvariar, eso no tendría fin.

—¿Seguro que no estás en una situación de peligro extremo? ¿O a punto de hacer algo radical?

Owen se pasó la mano por la cara; había formulado la pregunta de forma tan seria que hasta engañaba. Pero dudaba que la preocupación de Patrick fuera más allá de la sencilla opción de tocarle los cojones, que para eso no tenía rival.

—No estoy solo, ¿de acuerdo? Así que voy a colgar —repitió ante la sarta de estupideces que, por desgracia, tenía que escuchar.

—Espera, que me siento, que a lo mejor me da un vahído de la impresión —adujo Patrick, desesperándolo aún más.

—Vete a la mierda —le espetó él perdiendo las formas.

—Por tu escatológica respuesta, me inclino a pensar que tu compañía no lleva ni traje ni corbata, ¿eh?

—Déjalo ya...

—¿Ah, sí? ¿Vas a ser el primer banquero gay reconocido?

—No digas estupideces —masculló Owen, harto de aquella conversación surrealista.

—¿Me estás diciendo que te has llevado a una mujer al hotel? Te lo pregunto porque, conociéndote, a lo mejor estás reunido con otro tipo adicto al trabajo. Humm, por el tono me inclino a pensar que es del género femenino. Sí, definitivamente es una mujer.

—Sí —respondió él, mirando a la aludida—. Por tanto, comprenderás por qué no puedo seguir hablando contigo —le espetó a punto de perder los nervios. Pocas personas tenían ese poder sobre él, y Patrick era una de ellas.

—¡Ay, pillín! Yo aquí solo, en casa..., sintiéndome extraño, y tú, por ahí, a punto de mojar. ¡Qué alegría me das! Ya empezaba a pensar que ibas a ser el primer director de banco gay reconocido de la historia.

«Otra vez con esa estupidez», pensó Owen cansado de la misma broma.

—Mira, deja de tocarme los cojones. Adiós —sentenció colgando el móvil y dejando de oír así las sonoras carcajadas del impresentable que tenía por hermano.

Luego apagó el móvil, algo que en contadas ocasiones hacía, pues una de sus máximas era estar siempre conectado. Cuando acudía a una cita nunca se desprendía de su móvil. Incluso las mujeres con las que salía admitían ese hecho como algo normal en un hombre como él. Bien podía hacerlo esta vez, merecía la pena.

Al verlo dejar el móvil a un lado, Astrid supo que, quienquiera que fuera su interlocutor, lo había enervado y, por tanto, solo quedaba recurrir a sus armas para

que se relajara. Caminó hasta él con la intención de que olvidara la interrupción y, para ello, nada mejor que hacerlo de forma sugerente para volver a caldear el ambiente.

Él la vio llegar y respiró profundamente para calmarse. Resultaba impresionante, así, con aquel aspecto tan provocativo, el pelo suelto y su cuerpo de escándalo acercándose. Se sentía afortunado, pero también un poco tenso.

—Espera un segundo, por favor —pidió acercándose hasta el equipo de música. Pulsó un par de botones, cerró la puerta de cristal y de nuevo se quedó frente a ella.

Los primeros acordes de *The Look of Love*^[4] empezaron a sonar por los altavoces. Astrid inspiró hondo cuando él le rodeó la cintura y la atrajo hacia sí.

—Baila conmigo, por favor —susurró Owen junto a su oído, logrando que se estremeciera por completo.

Desde luego, estaba junto al tipo más contradictorio del mundo. Pero irresistible también.

Y eso equilibraba la balanza.

«Desde luego, sabe bien, pero que muy bien, cómo lograr que me derrita cual cubito de hielo en un chiringuito playero en agosto», pensó Astrid, recostando la cabeza en su hombro mientras la voz sugerente de Dusty Springfield los acompañaba.

Owen olía bien. A perfume caro pero usado con discreción, nada de comprar frascos de colonia de litro y rociarse con ellos para camuflar otros olores cuestionables o para marear a todo aquel que se acercara. También supo, debido a la proximidad de sus cuerpos, que no era tan frío y distante como aparentaba. Otra cosa bien distinta era que se mantuviera, casi siempre, cauteloso, como si implicarse por completo fuera problemático. Los hechos hablaban por sí solos: cena (que se podría calificar como *rara*, pero, al fin y al cabo, una invitación de lo más sofisticada) y música (recurriendo a los clásicos, que nunca fallan).

Las manos masculinas recorrieron su espalda despacio, siguiendo el ritmo de la música. Owen era todo un caballero, de esos que escasean. Aunque, la verdad, Astrid esperaba que luego mandara a paseo sus principios caballerescos y se comportara como un canalla, que para esos menesteres no se puede llevar la armadura puesta.

Pensó que no podía permanecer más tiempo inmóvil. Estaba llegando al punto de ebullición y era muy complicado mantener las manos quietas. Así pues, aprovechando la postura en la que se hallaban, comenzó a besarle en el cuello, en la mandíbula, logrando que él la apretase con más fuerza contra su cuerpo.

—¿Puedo? —inquirió tímida tras posar las manos sobre el impecable nudo de su corbata.

—Sí —musitó él en respuesta.

Astrid procedió a deshacerle el nudo. Un movimiento lento, quizá un topicazo del catálogo de seducción y, para un hombre como Owen, sibarita en todo (hasta en compañía femenina y sus habilidades), nada novedoso, sin embargo, funcionaba, pues él se mantenía expectante y no la detuvo.

Toda una novedad, ya que se suponía que los tipos como él, acostumbrados a dar órdenes a diestro y siniestro, preferían mantener siempre el control de la situación. Algún psicólogo con ganas de tocar la moral diría que una actitud controladora en exceso era una forma de camuflar la inseguridad, pero como Astrid quería meterle mano y no leer su expediente psiquiátrico, en caso de que lo tuviera, eso la traía sin cuidado.

—Ya está —anunció sintiéndose un poco tonta con la corbata en las manos.

Él se limitó a esbozar una sonrisa y, ante las dudas de qué hacer con la prenda, se la arrebató de las manos y la tiró por encima de su hombro. No se iba a poner tiquismiquis ahora por una jodida corbata, por muy de seda que fuera.

Tampoco hizo comentario alguno cuando ella se dirigió al botón superior de su

camisa. Observó cómo se inclinaba hacia él hasta posar los labios en el hueco de su garganta, lo que lo hizo gemir al percibir el delicado roce sobre su piel. Puede que fuera un beso insignificante, teniendo en cuenta lo que iría a continuación, pero era una excelente forma de empezar. Para facilitarle la tarea, Owen levantó la barbilla y, de ese modo, Astrid comenzó a desplazar su boca por la zona, consiguiendo que su pulso se acelerase.

—Sigue, por favor... —indicó esforzándose para que su voz sonara menos autoritaria, pues no estaba en su despacho, estaba en la habitación de un hotel a punto de follar con una rubia espectacular, y encima inteligente.

—De acuerdo —replicó ella en tono sugerente al tiempo que sus manos continuaban con la agradable tarea de desabotonarle la camisa mientras sus labios dejaban ese rastro húmedo que habría vuelto loco a cualquiera.

Para los siguientes pasos no pediría permiso.

Owen no iba a permanecer inactivo. Bajó las manos hasta el apetecible trasero femenino, lo abarcó y lo apretó, obteniendo de inmediato una buena respuesta de ella, pues, al quedar expuesto su pecho, Astrid pudo acercar la boca y mordisquearlo justo a la altura de una tetilla.

Ninguna mujer se había atrevido a tanto con él. A veces incluso, Owen tenía la sensación de que lo temían o que se contenían para no disgustarlo.

Astrid se aplicó en el resto de los botones, sacándole también los faldones de la camisa al compás de la música. El equipo ahora reproducía *Tous les visages de l'amour*^[5], y ella sonrió. Desde luego, Owen había escogido la recopilación idónea para ganarse a una chica.

Ella, que la había escuchado una y mil veces y siempre en la versión original, se balanceó a ritmo lento, queriendo ser la mujer que Aznavour describía en la canción.

—Astrid... —dijo él entonces. Fue el primer gemido sincero y la primera vez que ella oyó su nombre.

Desde luego, toda la frialdad se había quedado fuera del dormitorio.

Puede que su francés estuviera algo oxidado, pero a medida que las estrofas se sucedían, Owen no podía por menos que desear con más fuerza a la mujer que respiraba junto a él y que sujetaba como si fuera un sueño, porque no estaba muy seguro de que Astrid fuera real y estuviera excitándolo de aquella manera.

Ella deslizó las manos por su pecho, combinando el roce de la yema de sus dedos con certeros besos, mientras sentía en todo momento cómo los latidos de su corazón iban en aumento. Sí, definitivamente no era tan inmune ni tan controlado como daba a entender.

Charles Aznavour seguía cantando en ese francés tan desgarrado, y Owen decidió que era el momento de llevarla a la cama. Astrid se dejó arrastrar encantada, sin soltarlo, balanceándose al ritmo de la música. Bajó una mano y la posó sobre la abultada bragueta, y observó de reojo cómo él cerraba los ojos cuando ejerció un poco más de presión.

—Siéntate, por favor —le pidió empujándolo con suavidad para que pudiera observarla y así ofrecerle un sugerente espectáculo.

Desnudarse bien puede ser el prelude de algo intenso, y no quería desaprovechar esa arma de seducción.

Él obedeció. «¿Cómo no hacerlo?», pensó con la boca seca sin pestañear ante el espectáculo que tenía delante.

Astrid dio medio paso atrás y dudó un instante, pues nunca antes se había sentido tan atrevida y tímida a la vez. Sostuvo unos segundos el vestido sobre su pecho para darle un poco de emoción (eso lo sabe hasta una neófita en el mundo del destape) y luego dejó que este se deslizara por su cuerpo hasta quedar ante sus ojos en bragas y sujetador; un conjuntito de lencería apropiado para la ocasión que pensó que nunca iba a poder rentabilizar, pero, mira tú por dónde, ahora le venía de perlas.

Owen levantó la vista y la miró a los ojos. Le hizo un gesto para que acortara distancias y se pusiera a su alcance. Sus manos cobraron vida propia cuando se posaron en su culo con la clara intención de atraerla hacia sí, entre sus piernas abiertas. Movi6 una mano hacia arriba porque, si bien apreciaba la calidad del tejido y el dise1o, quer6a ver sus pezones y comprobar si estaban tan tiesos como aparentaban. Apoy6 una mano en su abdomen y, sin dejar de mirarla fijamente a los ojos, la fue subiendo hasta llegar arriba.

—Espera... —musit6 Astrid.

Neg6 con la cabeza en una muda reprimenda ante su actitud canalla (cosa que deseaba experimentar con fervor), y ella misma fue quien se solt6 el cierre trasero, manteniendo un instante las copas sobre sus senos para darle un poquito de suspense, lo justo antes de balancear la delantera (con excelentes resultados, a juzgar por el suspiro/gru1ido del banquero), para despu6s dejar caer el sost6n y que 6l tuviera libre acceso a lo que tanto deseaba.

Pr6cticamente desnuda entre sus piernas, enred6 las manos en su pelo para atraerlo hacia su regazo, y 6l, sin pensarlo dos veces, separ6 los labios y atrap6 un pez6n.

—S6... —suspir6 ella despein6ndolo con los dedos.

Su boca lamiendo un pez6n, sus manos amas6ndole el culo, y ella, all6, de pie, tan solo con el tanga y las sandalias intentando no lanzarse encima.

Owen no se lo pod6a creer. Joder, era un cabr6n afortunado, pues la mujer, sabiendo que aquello era un simple encuentro fugaz, respond6a con una entrega total.

Sin exigencias ni preguntas.

Meti6 un dedo por la tira trasera del tanga y lo separ6 de su piel, deleit6ndose con la suavidad que percib6a, dibujando con la yema del dedo la fina marca, y todo ello sin soltarle el pez6n, el cual succionaba cada vez con m6s ah6nco.

—Deliciosa —gimi6 moviendo la boca para abarcar el otro y prodigarle la misma atenci6n.

—M6s fuerte —exigi6 ella con voz dulce, tir6ndole del pelo.

Una orden que no le importó acatar, y lo hizo además en el acto. Astrid gimió entonces con más intensidad y arqueó el cuerpo dándole total libertad para que hiciera cuanto quisiera.

Sentía la humedad y el cosquilleo en su sexo, unas ganas irrefrenables de subirse encima y montarlo, acabar con aquellos preliminares e ir directamente al meollo de la cuestión: follar como una loca, vamos. No obstante, admitió que toda aquella escena de seducción estaba excitándola como nunca antes y que, sin dudarlo, desembocaría en un polvo memorable.

No merecía la pena actuar de manera atropellada.

Si a todo eso le añadías la intriga por ver si de una vez Owen se desmelenaba, porque apuntaba maneras, a duras penas su tanga podía contener la humedad.

Astrid apretó los muslos, un pobre roce en su clítoris para engañarlo. No funcionó.

Sin soltar su pezón, él intentó desabrocharse el cinturón y abrirse los pantalones, y ella, al percatarse, se apartó un poco. Aun así, resultaba complicado, por lo que lo privó de su pecho izquierdo y ella misma se colocó de rodillas para ayudarlo.

—Déjame a mí —pidió sin esperar la autorización.

Sin dar una sola indicación, se coordinaron para que, al cabo de dos minutos, Owen no tuviera ni una sola prenda encima. Astrid no pudo evitar devorar con la mirada el tatuaje, pasando por alto su polla, que él, para llamar la atención, había envuelto en su puño y comenzaba a acariciársela. La vio relamerse, pero no se atrevió a pedirle que se la chupara. Apenas la conocía y no deseaba presionarla, aunque la sola idea de sentir aquellos carnosos labios sobre su pene bastaba para ponerlo aún más duro.

—Quítame esto, por favor —sugirió ella señalando su tanga—. Llevo demasiada ropa encima —añadió aportando una nota de humor.

—Por supuesto —convino él en un tono bastante controlado, pese a que estaba a punto de reventar.

Astrid notó enseguida las manos masculinas ocupándose de su ropa interior y dejándola tan solo con las sandalias.

Ahora era el turno de Owen de arrodillarse ante ella. Le levantó un pie y después el otro para quitarle el calzado, acariciándole de paso los tobillos, y después fue recorriendo en sentido ascendente aquellas increíbles piernas hasta llegar a su vello púbico, estratégicamente recortado.

Notó cómo ella inspiraba hondo ante su proximidad y no la hizo esperar más; la penetró con un dedo y comprobó algo que ya intuía y que deseaba: sentir aquella humedad y aquel calor hizo que se revolucionara aún más.

Astrid se aferró a sus hombros para no caerse allí mismo de culo y se mordió el labio. Cuánta delicadeza, cuánta ternura proviniendo de un hombre que apenas mostraba sus emociones, aunque ahora estaba «muy emocionado» y dispuesto. Pero, si bien la perspectiva de que esa boca estuviera tan cerca de su coño era sin lugar a

dudas una oferta irresistible, prefirió adoptar una postura más clásica.

—Me encanta esta canción... —musitó sentándose a horcajadas sobre él al oír los primeros compases del *Il mondo*^[6].

Sentía la presión de su polla justo en su sexo, y se balanceó a sabiendas de que solo sería un contacto, pues el tema de la seguridad pronto haría su aparición.

—Y a mí —indicó Owen tragando saliva.

Qué tentación eso de follarla así, sin barreras, sin látex de por medio. Aparcó ese peligroso pensamiento y continuó masturbándola, consciente de cada una de sus respuestas.

La abrazó. Ese contacto piel con piel sí era posible. Metió la mano entre ambos cuerpos y se sujetó la polla, posicionándola sobre su clítoris de tal forma que pudiera estimularla y, de paso, empaparse con su abundante humedad.

«Joder, qué tortura no poder metérsela ahora mismo».

—Qué bueno —jadeó ella.

«Demasiado bueno», pensó Owen recurriendo a toda su fuerza de voluntad para concentrarse y no mandar a paseo sus férreos principios sobre sexo seguro.

Esa misma mañana, tras verla marcharse con el carrito de la limpieza, había salido a buscar una farmacia y había comprado una caja de doce, posponiendo así la necesaria llamada a su secretaria.

No quería volver a comportarse como un adolescente cachondo que, nada más notar presión en su polla, acaba corriéndose sin control, y así era como se sentía. El calor, la humedad, la presión del sexo femenino sobre el suyo podían jugarle una mala pasada.

—Espera un segundo —acertó a decir acunando su rostro para que ella no creyese que no le gustaba aquello.

—¿Dónde los tienes? —preguntó Astrid, sabiendo el motivo.

Las cosas estaban en un punto de no retorno, y tampoco quería cometer una estupidez. Iba a follar con él, desde luego, pero eso no significaba tener que arrepentirse después.

—En el cuarto de baño —respondió Owen con una mueca de disgusto.

¿Cómo podía haber sido tan tonto y no guardarlos en la mesilla de noche?

—De acuerdo. Yo me ocupo.

Astrid se incorporó, desnuda y sonriente. Le dio la espalda y lo oyó gemir cuando comenzó a alejarse en dirección al aseo. Caminar desnuda con un hombre excitado pendiente de cada movimiento tenía un componente muy picante y morboso, y por eso balanceó las caderas un poco más de lo necesario. Conocía a la perfección la *suite* del hotel, así que, una vez en el baño, abrió el armario y se encontró con los útiles de aseo personal de Owen. Tuvo la tentación de cotillear un poco. Averiguar la marca de *aftershave* o cualquier otro detalle tonto.

Sin embargo, no lo hizo, sino que se limitó a buscar con la mirada hasta que encontró la caja. La cogió con las manos y se dio cuenta de que estaba sin estrenar.

—Qué optimista —comentó con una risita al darse cuenta de que doce unidades era una previsión muy al alza. Aunque, si lo pensaba bien, ella iba a ser la beneficiada, por lo que no podía criticar absolutamente nada.

Antes de salir, se miró un instante en el espejo del baño, el mismo que había limpiado por la mañana. Su sonrojo, producto de la excitación, al igual que la dureza de sus pezones, era evidente. La solución a aquel estado la esperaba a tan solo unos metros.

Con la caja de condones en las manos, regresó al dormitorio. Allí lo encontró, sentado en la cama, tal cual lo había dejado. Mientras caminaba hasta él, rompió el precinto y extrajo los preservativos; no quería perder el tiempo.

—¿Me permites? —preguntó señalando su erección.

Owen arqueó una ceja, no por su atrevimiento, sino por ese tono tan formal, muy parecido al suyo propio. Sonrió de medio lado.

—Faltaría más —respondió impaciente por sentir las manos femeninas sobre su polla.

El envoltente italiano de Jimmy Fontana continuó sonando hasta el final de la canción, y luego empezó una nueva melodía.

—Me encanta esta selección musical —murmuró Astrid arrodillándose ante él con la intención de ponerle el condón.

Agarró su pene y lo recorrió un par de veces con la mano; incluso se relamió ante la posibilidad de probarlo. La cobra la retaba a ello, era todo un desafío. Sin embargo, descartó la idea. Puede que aún fuera un poco pronto para ello, aunque... ¿volvería a tener la oportunidad de estar con él?

Fly Me to the Moon^[7], con la suave y melosa voz de Astrud Gilberto, acompañó el movimiento de sus manos y, tras enfundarlo de forma apropiada, se puso en pie. De inmediato, Owen rodeó sus caderas, atrayéndola hacia sí. De nuevo su boca fue directa a por aquellos apetecibles pezones y los succionó con avidez mientras ella se posicionaba de tal forma que solo dejándose caer lo sentiría dentro.

Astrid gimió al sentirse penetrada. Owen hizo lo propio sin apenas apartar los labios de su piel; no se cansaba de lamerla y, por cómo le tiraba del pelo, estaba claro que ella disfrutaba. El suave balanceo del cuerpo femenino sobre él hizo que se volviera más atrevido, y utilizó los dientes para estimularla aún más.

—Sí... —suspiró Astrid subiendo y bajando sobre su polla, apretándolo en su interior.

—Más fuerte —exigió él encantado con permanecer bajo ella y dejando que llevara el ritmo.

—De acuerdo.

Ella no era muy dada al sexo violento, pero ante aquella orden puso las manos en sus hombros y lo empujó hacia atrás.

Owen, algo desconcertado, se rindió a aquella amazona rubia, y además comprobó que en aquella posición podía no solo satisfacer el sentido del tacto, sino

también el de la vista, pues menudo espectáculo tenía ante sus ojos. Astrid montándolo con ímpetu, obsequiándolo con un espectacular movimiento de caderas y con un vaivén de tetas que era para quitarse el sombrero.

—Dios... —gruñó él mientras embestía desde abajo.

Se dio cuenta de que estaba a punto de correrse y deslizó una mano entre las piernas de ella para rozar su clítoris con el pulgar, de tal forma que no solo la estimulara su polla.

—¡Owen! —exclamó ella apretando los muslos.

Se apartó el pelo de la cara para poder mirarlo bien y grabar aquello en su memoria. No, ya no quedaba ni rastro del tipo distante que la había invitado a cenar.

Él gimió, no solo por el placer de sentirla, sino también por haber oído su nombre en boca de ella. No recordaba la última vez que había experimentado algo similar y, cuando se acostaba con alguna, la mujer de turno, según su modesta opinión, exageraba los gemidos para contentarlo. Astrid no parecía de esas. Además, ella apenas lo conocía.

Ella se echó hacia adelante con la intención de besarlo, pero él se adelantó a sus deseos, agarrándola por la nuca y recorriendo sus labios con la lengua antes de introducirla en la boca, lo que desembocó en un gemido a dúo.

Hacía tanto tiempo que Owen no follaba así que ni se acordaba de lo que era perder las formas. Todas sus últimas aproximaciones al sexo femenino no habían sido más que míseras imitaciones. Con Astrid era real, su cuerpo respondía, y no se limitaba a pensar en correrse para volver a ponerse los pantalones y despedirse.

Por extraño que pareciera, quería pasar la noche con ella, abrazado a ella, y no se asustó al tener ese inusual pensamiento.

El beso fue largo, profundo, intenso y sobre todo revelador, pues cuando ella se apartó para respirar, se quedó alucinada al ver la apasionada mirada que Owen le dirigía.

Por extraño que todo aquello resultara, Astrid pensó durante un fugaz segundo que sería muy fácil enamorarse de él, pues, al verlo así, entregado, jadeante, complaciéndola, lo único que deseaba era seguir descubriendo sus secretos. Sin embargo, no era el momento de hacer cábalas trascendentales, se reprendió, y volvió a concentrarse en lo que estaban haciendo.

Owen continuó martirizando su clítoris mientras apretaba los dientes al sentir el calor y la presión de su sexo sobre su polla. Aquello era de locos. Iba a correrse de un momento a otro, era lo que le pedía el cuerpo, aunque deseaba, en contra de cualquier lógica, prolongar unos minutos más aquella tensión.

Astrid jadeaba sobre él, desinhibida por completo, entregada, sin medias tintas, compartiendo con él un momento tan íntimo como excitante.

—Déjame besarte —pidió él, y ella, encantada, se inclinó hacia adelante para poder disfrutar de nuevo de aquella boca, tan parca en palabras pero tan hábil besando.

En cuanto sus bocas se unieron, aquello se descontroló. Los envites de Owen se volvieron agresivos. Los gruñidos, los jadeos y las inspiraciones profundas..., la música que los envolvía, las manos, que no lograban abarcar todo cuando deseaban...

Astrid gimió y enredó las manos en su cabello, aferrándose a él para así tener algo tangible entre los dedos y dejar de creer que aquello era producto de su imaginación. Al sentirlo, oírlo y tocarlo podía llegar a pensar que era real.

Owen la envolvió en sus brazos y, tras un último empujón, alcanzó el clímax, corriéndose entre respiraciones entrecortadas; entonces se dejó caer hacia atrás, utilizando el suave cuerpo femenino como manta.

Permanecieron así unos breves instantes. Él torció el gesto; le habría gustado quedarse en esa postura todo el tiempo posible, pero la seguridad mandaba, y prolongar aquello sería arriesgarse, ya que su semen podía salirse del condón.

—Perdona —murmuró dándole un suave beso en los labios.

Astrid comprendió el motivo y se tumbó a su lado, mientras lo observaba y sonreía con una mezcla de satisfacción y tristeza, pues sabía que no tendría la oportunidad de conocerlo.

—Ven aquí —pidió Owen a continuación, ofreciéndole la mano, y ella, obediente, se recostó sobre él.

El aire acondicionado no había podido evitar que sus cuerpos estuvieran sudorosos y, por ello, él se apresuró a cubrirlos con la colcha.

Astrid recorrió su pecho libre de vello con la mano y, bajo esta, fue consciente de cómo sus latidos volvían a un ritmo normal. Se estaba demasiado bien así, tras un buen polvo. ¡Qué coño..., fuera la modestia! ¡Un polvo alucinante!

No siempre apetecía quedarse con el tipo de turno tras el desenfreno sexual.

Owen cerró los ojos mientras acariciaba su espalda. Seguía sin poder creérselo. Desde luego, nunca habría imaginado que una mujer pudiera lograr que él, precisamente él, el paradigma de la corrección, deseara comportarse como el más loco de los hombres.

Quizá, reflexionó en silencio, tenía más en común de lo que le gustaría admitir con su gemelo, el loco, inconsciente e insoportable. Quizá, y era un quizá muy grande, poseía un lado perverso y solo era cuestión de tiempo que este saliera a la luz.

Con una sonrisa en los labios, una rubia espectacular acostada al lado y once condones disponibles, la noche se podía calificar de excelente y prometedora.

También se acordó de que debería felicitar a la dirección del hotel por la conveniente selección musical disponible en el estéreo.

Astrid se despertó al oír el machacón zumbido de su móvil. Se estiró en la cama y suspiró soñadora, satisfecha, aunque un poco triste porque ahora se imponía la realidad. Antes de media hora debía estar en los vestuarios de personal, poniéndose la bata azul y agarrando el carrito para limpiar las *suites* asignadas.

Abrió los ojos. Apenas había luz, aunque no le hizo falta para saber que él ya no estaba. No era ninguna sorpresa, pero aun así tenía la vaga esperanza de que Owen hubiera aparcado sus obligaciones unos minutos para despertarse con ella.

Sin embargo, no debía confundirse. Era un hombre con obligaciones y que podía perder los papeles un rato, pero no de forma indefinida, lo cual significaba que, si bien ahora le conocía una faceta más atrevida, eso no era sinónimo de poder contar con él en cualquier momento.

Apartó las sábanas a un lado y se levantó. Sonrió con pesar cuando vio el mullido albornoz dispuesto a los pies de la cama.

—Qué detalle —murmuró cubriéndose con él para pasar por el baño.

Cuando acabó de ducharse, no pudo disfrutar de los mil chorros de hidromasaje, pues si empezaba a perder el tiempo llegaría tarde. Buscó su ropa y, al salir del dormitorio, se encontró en la salita el desayuno preparado. No había rastro de Owen, pero sí de sus detalles. También encontró su ropa en perfecto estado, en una percha, y tuvo la impresión de que incluso había pasado por la plancha.

Se sentó en la silla y se sirvió café mientras reflexionaba. No sabía cómo encajar lo acontecido, pues todo resultaba demasiado contradictorio.

Por un lado, despertarse allí, en esa lujosa habitación, sola y con esos detalles, ¿significaba una despedida? Al fin y al cabo, no habían quedado en nada. Sí, era una forma amable de decir adiós. Amable y habitual en el mundo de Owen, por supuesto, no en el de ella.

Untó una tostada de mantequilla y, mientras masticaba, cayó en la cuenta de que él, un tipo de mundo; daba por hecho que, tras una noche de sexo, había que tener un comportamiento ejemplar y eso incluía aquellas atenciones. Eso sí, nada de llamadas ni de conversaciones incómodas. Un acuerdo tácito.

—No le des más vueltas —se dijo dando el último sorbo al café.

Entonces reparó en un sobre que había en la esquina del carrito y lo cogió. Lo miró arrugando el morro. Y eso ¿qué significaba?

De repente pensó lo peor, como que él, al haber sido testigo de primera mano de sus necesidades, hubiera pensado que quizá una pequeña «gratificación» era lo justo como despedida. Algunos hombres regalaban joyas, ropa o flores, pero ese, al parecer demasiado ocupado, se decantaba por lo más directo.

Decidida a salir de dudas, lo abrió y extrajo un cheque bancario.

Abrió unos ojos como platos no solo cuando vio la cantidad, pues quince mil euros era una suma respetable, sino también por lo que aquello implicaba.

¿Tanto necesitaba aquel cabrón echar un polvo?

¿Tan buena había sido como para valorarla por ese importe?

—¡Hijo de puta!

Se levantó hecha un basilisco pensando en cómo devolverle el golpe. Romper en mil pedazos aquel insulto en forma de cheque era una opción muy atractiva. Como se suele decir, más vale honra sin barcos que barcos sin honra, pero, claro, anoche su honra se había esfumado, ya no estaban en el Siglo de Oro y, a pesar de residir en San Pedro del Pinatar, ella no tenía barco. Además, quince mil euros eran, con un poco de suerte, el sueldo de todo el año.

Sí, vale, aceptar ese dinero era colgarse el cartel de «PUTA» a la espalda, pero...

—¡Mierda, qué dilema! —refunfuñó abanicándose con el sobre.

Al hacerlo, se percató de otra cosa que con la impresión inicial no había visto. Era una pequeña nota manuscrita en un papel con el logo del hotel:

Te espero a las dos, en el bar del hotel, y hablamos.

Sin firmar, sin una despedida, nada.

Astrid guardó las pruebas del insulto en su bolso porque a ese paso llegaría tarde a trabajar. Owen al menos quería hablar. Pues muy bien. Ella estaría encantada de tirarle a la cara la nota, el cheque y lo que hiciera falta.

Pero hasta las dos de la tarde primero tendría que acabar su turno, así que se puso a ello. No le pasaron desapercibidas las miradas de algunos de sus compañeros, en especial, del jefe de personal, el Borjita. Un guaperas, todo había que decirlo, que solía invitarla a salir, pero que, ante las reiteradas negativas de Astrid, se ponía de mal humor y lo pagaba con ella.

«Una no se lía con el jefe de personal, y menos por un puesto de mierda», se recordaba ella cada vez que el tipo lanzaba el gancho.

Cuando acabó su turno, fue a entregarle la tarjeta con la que accedía a las habitaciones para, así, poder irse a su apartamento a cambiarse, pues todavía no tenía muy claro cómo se presentaría a la cita con Owen.

—¡Vaya, vaya, pero si es la *Pretty Woman*! —se burló Borja, encargado de día y regalo para las mujeres en su tiempo libre.

Astrid se mordió la lengua. En una sola frase la había llamado *puta* y, además, insinuado que lo hacía a menudo. Porque necesitaba el trabajo, que si no...

—Tengo un poco de prisa —dijo aparentando normalidad.

—No me extraña que siempre me des calabazas; por lo visto, apuntas bien alto —continuó el muy idiota—. Qué pena que ese trabajo extra no se refleje en tu nómina.

—He acabado mi turno. Me marcho —arguyó ella molesta con las insinuaciones de ese tonto del culo envidioso.

—Oye, no seas antigua, que a mí me parece muy bien que vayas follando con los tipos ricos; yo también lo haría, pero de momento sigo siendo hetero.

Que le guiñara un ojo tras el estúpido comentario ya era el colmo.

Como darle una respuesta contundente significaría el despido, Astrid optó por dar media vuelta y salir de allí. Hacía un calor de mil demonios y no quería acabar con la piel enrojecida, pues en su bolso de noche no llevaba protección solar, así que se fue directa a la parada del autobús. Con un poco de suerte, antes de un cuarto de hora estaría en casa. También podía llamar a Axel y pedirle que fuera a buscarla, pero prefirió no dar más munición al «enemigo interno», ya que este empezaría a hacer preguntas a las que ella no quería contestar.

Cuando llegó a casa apenas era la una y, por tanto, tenía tiempo de sobra. Como Axel estaba ocupado con un cliente, solo lo saludó de pasada y, así, tras haber dado señales de vida para que no se preocupara, se encerró en su apartamento. Lamentó que la puerta que lo comunicaba con el taller no tuviera un pestillo para evitar que Axel apareciera, porque estaba segura de que en cuanto se librara del cliente subiría para darle la tabarra.

Después de una ducha rápida, y sin que hubiera rastro de su hermano, se fue a su dormitorio con la idea de arreglarse. Se sentó delante de la cama con las puertas del armario abiertas, indecisa sobre qué aspecto ofrecerle. Bien podría dejarlo en ridículo si llegaba vestida como una *pop star* quinceañera, toda de licra y pintada como una puerta o, por el contrario, dejarlo sin aliento al hacerlo llevando uno de los trajes de ejecutiva que aún conservaba.

—Parezco tonta —se reprendió aún envuelta tan solo con la toalla.

Miró el reloj: las dos menos cuarto. Ni conduciendo en plan kamikaze llegaría puntual, y entonces su lado responsable hizo que diera un respingo y agarrase lo primero que pilló disponible. Pero, cuando estaba abrochándose el sujetador, se dio cuenta de que la mejor manera de darle en el morro a aquel tipo era llegando tarde.

—¿Estás visible?! —gritó Axel entrando en el pequeño apartamento dispuesto a ponerse al día de los pormenores de la vida de su hermana.

—¡No! —gritó ella en respuesta. A esas alturas no iba a avergonzarse porque su hermano la viera en ropa interior, pero había cosas que era mejor que se evitaran.

—Vale, pues te espero tomando una cerveza.

Astrid no quería hablar ahora, bueno, más bien nunca, de lo acontecido la noche anterior, pero le iba a resultar muy complicado librarse del metomentodo de Axel.

Para no levantar sospechas, y puesto que ya había decidido llegar tarde, se puso un pantalón corto de deporte, una camiseta de la empresa y unas chanclas. Se recogió el pelo con una pinza y estuvo lista para soportar un interrogatorio fraternal.

—¿Y bien? —fue lo primero que dijo Axel cuando la vio aparecer.

—Y bien ¿qué?

No tenía sentido quedarse sin comer, así que se puso manos a la obra. A ese paso no iba a llegar ni a las cuatro.

—No me hagas comida —indicó él cuando la vio—. Quiero que me cuentes qué pasó anoche, no viniste a dormir.

Astrid hizo una mueca de fastidio.

—Imagínatelo tú solo.

—Ese es el problema, que ya me lo he imaginado y llevo toda la mañana echando humo. Ese tipo..., ¿te ha hecho alguna sugerencia interesante?

—¡Axel! —exclamó ella.

—No seas tonta, no me refiero a *eso*, joder, no me pongas de malos cojones. Me refiero a otra cosa.

—¿A qué, para ser exactos?

Su hermano cerró el pico. Al parecer, el tipo solo se la había llevado con una intención. Definitivamente, iba a tener que partirle los dientes.

—Nada, cosas mías —masculló él decepcionado.

Puede que su actitud, además de sobreprotectora, rozase el machismo, pero había visto una oportunidad de oro para Astrid. Joder, que no se merecía limpiar retretes ni hacer camas para ganar un jornal de mierda, que tenía estudios.

—Oye, no te preocupes, sé cuidarme, ¿vale? —replicó ella.

—No sé yo... En fin, por hoy te libras, ya que he quedado para comer con un representante, a ver qué descuentos consigo.

—Mucha suerte —le dijo Astrid acercándose a él para darle un beso en la mejilla y despedirse.

—Lo mismo digo —repuso él dejándola sola pero con cara de «Esto no se ha terminado aquí».

Una vez libre del inquisidor general de la moralidad fraternal, Astrid terminó de prepararse la comida y, cuando estuvo lista, se sentó en el taburete, junto a la barra, y se puso a comer. El reloj del microondas marcaba las dos y cincuenta y cinco.

—Excelente —murmuró parafraseando a cierto hombre de negocios.

Encendió la tele para tener algo de compañía y se limitó a disfrutar de la ensalada de pasta, una copa de buen vino y la satisfacción de haber dejado plantado a Owen. Seguramente no estaba acostumbrado a ese tipo de desaires, pero como todo en la vida, siempre hay una primera vez.

De reojo miró el sobre arrugado que contenía la prueba del delito. Se había contenido en el último segundo para no hacerlo trizas y allí estaba, como la galleta de chocolate que te dice «Cómeme» el primer día de la dieta.

Encendió el ventilador y se dispuso a recoger la cocina. A medida que pasaban los minutos, se daba cuenta de que quizá debería haberse presentado a la cita, puede que cinco minutos tarde, diez a lo sumo, para ponerlo nervioso. Ahora se quedaría con las ganas de echarle en cara su maldito «detalle».

Las tres y media, la casa recogida y un comecome por dentro que no se iba.

—Soy idiota —masculló al caer en un importante detalle.

Para Owen, su pataleta no era sino una anécdota más. Con toda probabilidad, a esas alturas ya debía de estar acompañado de otra mujer para pasar sus últimas horas en España. Al fin y al cabo, como bien le había dicho, al día siguiente regresaría a su

casa, y si te he visto no me acuerdo.

Vamos, lo que viene siendo un rollete, un «aquí te pillo, aquí te mato» de toda la vida.

—No sé para qué le doy más vueltas.

Como hasta las cuatro y media no tenía nada mejor que hacer, decidió echarse una siesta. Bajó la persiana de su alcoba, se quitó toda la ropa, excepto las bragas, y se acostó.

Cinco minutos después, alguien golpeaba la puerta de la calle.

Astrid se incorporó en la cama cabreada: justo ahora tenían que molestarla. Se puso la camiseta y entonces se acordó de Axel y de su conversación pendiente. Sin embargo, al medio segundo descartó la idea, pues este disponía de llaves para dar por el saco entrando sin llamar.

—¿Quién será? —farfulló buscando sus pantalones—. ¡Ya voy! —gritó mientras se encaminaba al acceso que daba directamente a la calle.

Desbloqueó la cerradura y entreabrió la puerta.

—Llevo casi dos horas esperándote —espetó Owen.

Astrid dio un paso atrás. No imaginaba ni mucho menos que estuviese tan contrariado. Encima, tenía el descaro de mostrarse ofendido.

Como solo tenía una cosa que decirle, ni siquiera lo invitó a pasar; le dio con la puerta en las narices, se fue en busca del ignominioso cheque y regresó.

—Déjame entrar —dijo Owen intentando no sonar muy alterado, aunque lo cierto era que hervía por dentro.

—Acabemos con esto cuanto antes.

Sin apartarse, para que él no entrara, Astrid rompió en pequeños trocitos el sobre, el talón bancario y la nota. Después, como si de confeti se tratase, lo puso en la palma de su mano y sopló con suavidad para tirárselo a la cara.

—Adiós —arguyó dispuesta a estamparle de nuevo la puerta en las narices, lo cual siempre causaba un mayor efecto.

Sin embargo, esta vez no lo pilló desprevenido, y Owen puso el pie de tal forma que ella no pudo cerrar, y con un leve empujón pudo acceder al interior del apartamento.

Él, que nunca montaba numeritos de esa índole, que jamás perseguía a una mujer, que mandaba a freír espárragos a quien tuviera la osadía de tocarle la moral, se encontraba allí, ante una mujer que le había dado plantón, que lo echaba de su casa y que, además, lo miraba como si fuera el enemigo público número uno.

—Excelente —masculló cerrando la puerta tras de sí dispuesto a aclarar las cosas.

Por otro impulso cuestionable (y ya iban unos cuantos desde que la había conocido), a primera hora de la mañana había pensado en ella para algo muy diferente y, claro, con las prisas no había podido explicárselo; de ahí que la hubiera citado a las dos. Pero, acostumbrado a que su palabra fuera ley, no contaba con una injustificada negativa de la mujer, y eso lo había puesto de muy mal humor. Tanto que

en ese momento debía hacer serios esfuerzos para no perder las formas.

—Lárgate con viento fresco —le indicó ella sonriendo de manera falsa y parapetándose tras la barra de la cocina.

Owen se desprendió de la chaqueta antes de hablar; aquello parecía un horno.

—¿Vas a darme un buen motivo por el que me has dejado plantado? —preguntó en su habitual tono educado pero cortante.

—Parece que nunca te ha pasado algo así —se guaseó ella y, por su expresión, supo que no iba muy desencaminada.

—Estoy esperando —dijo Owen, tirando de los puños de su camisa y ajustándose los gemelos de platino. Después entrelazó los dedos y la miró como si ella fuera una alumna díscola y él un severo tutor.

—Pues espera sentado —replicó ella señalando el desconchado taburete con un gesto de burla.

—Astrid... Maldita sea, deja de decir estupideces.

—Uy, uy, me bajas ese tono, guapo —le espetó ella toda chula. Puede que tuviera estudios y hablara idiomas, pero había momentos en los que resultaba complicado no reaccionar de forma vulgar.

Owen no salía de su asombro... ¿Dónde estaba la mujer dulce que, en poco menos de cuarenta y ocho horas, le había puesto todos sus principios patas arriba?

Se frotó las sienes intentando no perder los papeles y, como siempre, recurrió a la reflexión para tratar de comprender el repentino cambio de Astrid, el porqué de su actitud arisca.

Como solía decir su hermano —el experto en relaciones fallidas y de todo tipo, más que nada porque las mujeres son imprevisibles y la lógica nunca funciona con ellas—, era mejor dejar que hablase y así enterarse del motivo de su enfado para después actuar en consecuencia.

Aceptó su ofrecimiento y se sentó en el taburete. La miró y, de momento, se reservó la opinión sobre sus piernas desnudas.

—No tengo ganas de hablar —indicó Astrid al ver que él se acomodaba y adoptaba esa pose indolente y distante que la excitaba y la cabreaba a partes iguales. Bueno, en ese momento ganaba por la mínima el sentimiento de cabreo.

—Muy bien, entonces hablaré yo —dijo él, sabedor de que podía ser contraproducente; sin embargo, no iban a estar allí plantados como dos pasmarotes.

Se puso en pie y, como si se estuviera enfrentando a un puñado de inversores, adoptó su tono más profesional.

Ella, que no se perdía detalle, se mordió el labio ante lo que tenía delante. «Por favor, cuánta elegancia...».

—Esta mañana he tenido que irme con rapidez, no he podido despedirme de ti como habría deseado. Tenía una reunión, que, por desgracia, ha sido del todo improductiva.

¿Lo había dicho con segundas? Por si acaso, Astrid continuó en silencio. Que

dijera lo que tuviera que decir y después *ciao*, que ya era mayorcita para ponerse tierna por un hombre al que acababa de conocer.

Pues anda que no había guiris elegantes por allí. Bueno, a lo mejor últimamente ella no se fijaba mucho, pero, si se ponía las pilas, seguro que triunfaba.

—Ayer, tras charlar con tu hermano, me enteré de que hablas tres idiomas...

Astrid arqueó una ceja. ¿A que tenía que enfadarse también con su hermano, por metición, entre otras cosas?

—Pues sí —admitió desconfiada.

—También me comentó que...

—Espera, que te doy mi currículum y así acabamos antes.

Decidida, se dirigió hacia la estantería y sacó una carpeta, de la que extrajo un dossier que le entregó con toda la falsa educación del mundo.

Owen lo aceptó y, como buen negociador, lo abrió, dispuesto a enterarse de su trayectoria laboral. Mostrando indiferencia ante el cabreo de ella, echó un vistazo y comprobó, disimulando su satisfacción, que no se había dejado llevar tan solo por un presentimiento surgido de cintura para abajo.

—¿Y bien? —lo interrumpió ella impaciente. Le había dado su currículum con la intención de ser sarcástica, no para que él lo examinara. Era de ese tipo de cosas que se hacen para cabrear al contrario, no para que este lo acepte encantado.

Owen continuó leyendo y ocultó su sorpresa, porque Astrid tenía un currículum impresionante.

—Eres perfecta —indicó dejando los papeles sobre la barra de la cocina al terminar de leerlos.

Ella, que seguía en modo desconfiado, sospechó aún más, pues ese cumplido estaba fuera de lugar.

—¿Para qué? —inquirió suspicaz. Lo de perfecta tenía demasiadas connotaciones como para confiar.

—La semana que viene tengo que estar en Bruselas —dijo él, reorganizando mentalmente sus planes a la par que hablaba.

—¿Y...? —continuó Astrid sin abandonar su actitud chulesca, puesto que ya tenía muy claro que Owen se marchaba, así que no entendía para qué echaba sal en la herida.

—Necesito una asistente que hable francés —anunció dejándola muerta de la impresión. Luego abandonó su postura distante y se acercó a ella—. De ahí que hoy quisiera comer contigo y explicarte los detalles.

Astrid lo miró y él le cerró la boca colocando un dedo bajo su barbilla. Sonrió de medio lado y prosiguió:

—Por supuesto, ese trabajo es remunerado.

Ella tragó saliva. «Esto no me está pasando a mí», se dijo.

—Pero...

—Serán quince días —continuó él sabiendo que en solo una semana lo tendría

todo resuelto, pero le apetecía pasar unos días más con ella—, de ahí el cheque de quince mil euros.

Nada más oírlo, Astrid quiso darse de bofetadas. Primero por pensar mal de él. Segundo, por su comportamiento infantil y, cómo, por no haber preguntado primero.

«Joder...».

—Quince días... —murmuró como una imbécil.

—Sí —asintió él aguardando su conformidad. No había querido adelantar acontecimientos y tenía a Helen a la espera para iniciar el papeleo—. ¿Qué me dices?

—Quince mil euros... —siguió ella como en trance no solo por la noticia, sino también por tenerlo tan cerca.

—Eso he dicho.

Owen quería abrazarla, pero se contuvo.

—Pues... es que... no me parece una cantidad justa.

Esa era la última respuesta que Owen esperaba.

Desde el principio le había dado la impresión de que Astrid no andaba muy sobrada de dinero, así que una oferta como aquella debería haber desembocado en un poco más de entusiasmo. Aun así, disimuló su sorpresa.

—¿Poco justa? —Repitió sus palabras exactas para evitar errores.

—Bueno... —titubeó ella, aún desconcertada—, son quince días, ¿verdad?

—En efecto, quince —murmuró él impaciente por resolver aquel asunto y pasar al siguiente punto del orden del día, que tenerla tan cerca y hablar de trabajo no era de recibo.

—¿Y los gastos?

—Van aparte, por supuesto.

—Entonces eso sale a mil euros diarios...

—Sí.

—No.

—¿Cómo?

—Pues que si vas a correr con los gastos de viaje, estancias y demás durante quince días...

—Eso he dicho —masculló Owen impaciente. Con menuda negociación le estaba tocando lidiar. Había pensado que iba a ser más fácil.

—Tres mil.

—¿Perdón?

—Que sí, que acepto, pero por tres mil. Me parece más apropiado.

Owen dio un paso atrás, no porque no quisiera estar junto a ella, sino porque quería verla bien. No había contado con la ambición de la rubia. Sin embargo, no tenía ningún problema en asumir dicha cantidad. Podía entender que ella quisiera aprovechar esa oportunidad única.

—Tres mil, has dicho... —repitió sin inmutarse ante la suma que le exigía. Podía permitírsela, por supuesto; sin embargo, no le gustó ese gesto tan avaricioso. No había esperado algo así de ella.

—Es que mil euros diarios es mucho —añadió Astrid justo un segundo antes de que él aceptara.

—¿Perdón? —Esa mujer iba a romper todos sus esquemas—. ¿Me estás regateando? —preguntó Owen para asegurarse.

Ella se cruzó de brazos. Quizá estaba siendo un poco estúpida por no aprovechar aquella oportunidad, pero nunca había sido así y, por tanto, prefería ser justa y no abusar.

—Me parece de lo más razonable —adujo mirándolo.

—Astrid... —masculló él molesto porque sus planes se estaban torciendo—. Creo recordar que esto no funciona así.

—¿Ah, no?

—No —repuso él, y añadió con infinita paciencia—: Yo te ofrezco una cantidad, a ti te parece poco y me pides más, ¡no al revés!

Ella se mantuvo en sus trece, y eso que estaba tentada de echarse encima de él y besarlo para después desnudarlo y llevárselo al dormitorio. Y, ya de paso, decirle que iría con él gratis a Bruselas.

—De acuerdo. Cuatro mil por los quince días —ofreció.

—Diez mil —replicó él con rapidez. Joder, se estaba poniendo cachondo con tanto regateo.

—Hummm...

—Astrid... —le advirtió.

Ella hizo una mueca, sopesando aquella increíble oferta. No solo se trataba de dinero, sino también de la posibilidad de volver a trabajar en lo suyo. Dejar atrás los guantes de goma, el carrito de la limpieza y el espray multiusos.

Lo miró un instante mientras en su cabeza se sucedían los diferentes pros y contras, pero él continuaba con la vista fija en ella, eso sí, tan inescrutable como siempre, aguardando una respuesta y, por supuesto, la que esperaba era la que deseaba. Aun así, a ella le resultaba imposible.

—No, eso sigue siendo mucho.

Owen inspiró. Estaba más que acostumbrado a situaciones difíciles en el ámbito empresarial, pero cuando había ideado el plan en ningún momento había contado con esa situación, y odiaba que se desbaratara su organización.

—Ocho mil, es mi última oferta —dijo dispuesto a zanjar el tema, por lo que empleó un tono severo.

Astrid vio cómo volvía a estirarse los puños de su camisa y a recolocarse los gemelos. Y disimuló una sonrisa.

—Cinco mil y no se hable más —sentenció satisfecha.

Owen, que seguía sin dar crédito a aquella escena, más propia de un guion de cine de esos que su hermano protagonizaba, se pasó la mano por el pelo, maldijo en silencio y volvió a mirarla. Maldita sea, lo tenía cogido por lo huevos, y él, en los negocios, rara vez se dejaba pillar. Sin embargo, debía admitir que hacía mucho tiempo que una negociación no lo excitaba de aquella manera.

Muy a su pesar, se vio obligado a aceptar, pues Astrid se había mantenido firme en su posición, un hecho ya de por sí admirable.

—De acuerdo —le tendió la mano al más puro estilo ejecutivo—, trato hecho.

Ella arqueó una ceja pero aceptó el ofrecimiento.

Aquel extraño apretón de manos resultó un gesto insuficiente, pues nada más tocarse quedó claro que tenían que sellar su acuerdo de otra manera. Sin embargo, permanecieron inmóviles, frente a frente, con las manos unidas, cuando realmente lo

que ambos deseaban era unir otras partes de su cuerpo.

Owen fue el primero en aclararse la garganta y hablar.

—Muy bien, solucionado el primer escollo de nuestro acuerdo; pasemos, pues, al siguiente punto del orden del día —anunció con su aire prosaico.

—¿Cómo dices? —tuvo que preguntar ella, pues, la verdad, entre aquel lenguaje tan formal y su consabido tono, andaba perdida por completo.

—Ven aquí —exigió tirando de ella y acercándola a su cuerpo, pues ya llevaba demasiado tiempo en esa casa sin besarla.

Astrid no se hizo de rogar y acercó la boca para recibir un beso como debe ser. En esta ocasión, él no se mostró tan reservado, y en menos de medio minuto la tuvo arrinconada contra la barra de la cocina.

—Owen... —gimió ella enredando las manos en su pelo.

Él, que se encontraba en un estado de excitación parecido, metió la mano por debajo de su camiseta y emitió un murmullo de aprobación cuando tocó piel desnuda.

—¿Has estado negociando conmigo sin sujetador? —preguntó mientras recorría su cuello sin despegar los labios y sus manos campaban a sus anchas por los pechos de Astrid.

Ella se echó hacia atrás, no porque le molestaran sus avances, sino porque por primera vez lo veía bromear.

—Pues sí —respondió sonriendo. Poco a poco conseguía que se fuera soltando y perdiera su frialdad.

—Y yo sin saberlo... —gruñó Owen levantándole la camiseta para comprobar con la vista lo que sus manos ya sabían.

Sin perder un segundo, bajó la cabeza, su boca fue directa a por el primer pezón y lo succionó, logrando que ella se arqueara por completo y gimiera por su atrevimiento.

Astrid, ante aquel ímpetu, se agarró como pudo a sus hombros y lo dejó hacer. Él no daba tregua; sus lametones pasaron de simples pasadas a mordiscos mucho más atrevidos, que, por supuesto, le agradaron.

Decir que estaba encantada era quedarse corta, pues aquella agresividad que demostraba Owen lograba que perdiera el norte.

Él levantó un instante la cabeza y la miró. Podría disfrutar de sus pezones durante toda la tarde, pero también quería su boca, y no tenía por qué renunciar a ella.

No fue un beso normal y corriente. La avasalló, y lo mejor de todo fue que ella se dejó avasallar, separando los labios para después pasar a ser la parte atacante. Y no solo devolviéndole el beso, sino además maniobrando hasta poder meter la mano entre sus cuerpos y palparlo por encima del pantalón.

—Astrid... —gruñó él cuando sintió aquella curiosa mano recorriendo toda su erección.

Sin poder evitarlo, movió las caderas apretándose contra ella, porque cualquier roce era insuficiente dado su actual estado de excitación.

Cuando más calientes estaban, cuando resultaba imperativo desnudarse, cuando ella solo pensaba en deshacerse de sus bragas empapadas y cuando solo tenía que subirse encima de la barra de la cocina para darle al sexo casero, oyeron un ruido procedente del taller que los hizo frenar en seco y mirarse como dos adolescentes pillados en su primera cita.

—Axel... —susurró Astrid al darse cuenta de que su hermano había vuelto a trabajar.

—Maldita sea... —se quejó Owen, pues era muy consciente de que la puerta que daba acceso al taller carecía de pestillo.

—Si no hacemos mucho ruido... —sugirió ella al tiempo que señalaba su dormitorio, porque de ninguna manera iba a dejarlo escapar.

—Ni hablar. Recoge tus cosas, nos vamos al hotel —exigió él, apartándose con una mueca de disgusto y recolocándose los pantalones. Ni loco se iba a arriesgar a meterse en la cama con ella estando el gerente de Grúas González a menos de quince metros.

A Astrid se le escapó una risita tonta y señaló su abultada entrepierna.

—Y ¿piensas salir así?

—Muy graciosa —masculló él mientras se pasaba la mano por el pelo e intentaba localizar la chaqueta para ponérsela y salir de allí.

—Anda, no seas tonto... —murmuró ella acercándose para cogerlo de la corbata y tirar suavemente con la intención de llevarlo al huerto.

—Astrid, por favor —protestó Owen, que intentaba resistirse a sus artimañas.

Con esa mujer perdía cualquier indicio de sensatez a las primeras de cambio. Claro que tenía unas ganas locas de follársela, pero debía velar por su integridad física. Además, en el hotel dispondrían de privacidad, para empezar, y después podría comentarle un par de asuntos que habían quedado pendientes sobre el viaje a Bruselas.

Ella se mordió el labio, eso sí, sin soltarle la corbata. Podía entender sus reticencias, más aún cuando Axel, ajeno a lo que sucedía en el apartamento, trasteaba en el garaje. Les llegó incluso el sonido de la radio que este había encendido como acompañamiento mientras trabajaba.

Como Owen seguía indeciso, aunque muy excitado, igual que ella, Astrid cambió de estrategia. Lo soltó y dio un paso atrás.

Él se sintió aliviado en cierto modo, pero le duró lo que el agua en un cesto, pues ella se llevó las manos a las caderas y comenzó a bajarse las bragas con tanta celeridad que cuando él quiso darse cuenta las tenía en la cara, pues Astrid, decidida a salirse con la suya, se las había arrojado.

—Tú mismo —le dijo sugerente esperándolo a la puerta del dormitorio.

Owen agarró las bragas de malos modos, no estaba acostumbrado a aquellos despliegues de seducción femenina y, para no dejar prueba, por si un hermano desconfiado aparecía sin avisar, se las guardó en el bolsillo.

Tampoco estaba habituado a tener que lidiar con esos imprevistos e incomodidades, pensó mientras la veía allí, con la camiseta, mostrándole esas piernas de infarto y una media sonrisa. Sus relaciones se basaban, además de en el consentimiento mutuo, en la planificación y la falta de eventualidades.

En la radio que Axel había encendido a todo volumen sonaba *Blurred Lines*^[8], de Robin Thicke, y Owen llegó a la conclusión de que en algún momento u otro debía aceptar que tenía un gen díscolo, a pesar de que hasta ahora solo se hubiera desarrollado en la persona de su gemelo.

Como si de un canto de sirena se tratase, comenzó a andar, y en menos de medio minuto la tenía sujeta por la cintura y la empujaba hacia adentro.

Una de las ventajas de los microapartamentos es la escasez de metros cuadrados y que las distancias se reducen al mínimo, por eso ambos cayeron en la cama y Astrid enredó las manos en su pelo mientras lo inmovilizaba para besarlo, aunque pensó que quizá debería hacerlo sufrir, ya que él, en otro injustificado arranque de corrección, había estado a punto de dejarla a medias.

Imperdonable.

—Desnúdate —exigió tironeando de su camisa.

Como pudo, pues no quería separarse ni un milímetro de ella, Owen se peleó con los botones, comprendiendo por qué una roñosa camiseta de publicidad eran cien mil veces más práctica para esas cosas del sexo desenfrenado.

Astrid se percató de que en aquella postura el pobre no iba a poder, y salió como pudo de debajo de él para ponerse de rodillas y ayudarlo.

Owen se puso en pie de inmediato y la emprendió con su cinturón y demás estorbos textiles para quedar tan desnudo como ella exigía y él deseaba. Inspiró profundamente cuando vio cómo Astrid se quitaba la camiseta por encima de la cabeza y la tiraba de cualquier manera. Puso una rodilla en la cama dispuesto a tumbarla y a perderse de nuevo en ella, pero como la jodida seguridad mandaba, se acercó a la mesilla y buscó en el cajón la caja de condones.

—Date prisa —jadeó ella, y estuvo a punto de quitársela de las manos. Mientras, se deleitó con el verde esmeralda de la cobra y extendió la mano para acariciarla.

—Un poco más al centro —bromeó él, que a ese paso iba a tener que agradecer al impresentable de Patrick aquel tatuaje.

Astrid se echó a reír —de nuevo, un atisbo de humor—, y por supuesto aceptó la sugerencia y entre los dos terminaron de colocar el preservativo. Luego se echó hacia atrás, separó las piernas y dejó que él fuera acomodándose entre ellas. Owen rozó con una mano el interior de sus muslos hasta llegar a su sexo y, una vez que su mano tocó sus húmedos pliegues vaginales, cerró los ojos en un vano intento por controlarse.

—¿A qué esperas? —lo tentó sugerente.

Sus dedos eran un buen comienzo, pero no podía conformarse con tan poco. Buscó con ganas su boca porque no se cansaba de besarlo, y él gimió contra sus labios permitiendo que ella le metiera la lengua al tiempo que posicionaba su

erección.

Antes de penetrarla se dio el capricho de frotar la punta contra su clítoris y sintió unas uñas clavándose en su espalda. Acabaría con marcas, pero siempre hay que contar con los daños colaterales. Aunque, si lo pensaba bien, hasta le gustaba aquella pizca de agresividad.

Se restregó a conciencia, lamentando no poder hacerlo piel con piel, lo cual habría sido increíble; entonces, cuando comprobó que ella jadeaba cada vez más excitada, él mismo se sintió a punto de explotar y no encontró ningún motivo para demorarlo más, así que se la metió de un único empujón, dejándola clavada en la cama.

Hasta él se percató de su brusquedad, algo inusual, ya que la tónica habitual era ir con cuidado. Se incorporó un momento sobre sus brazos y la miró.

Astrid tenía los labios separados, los ojos entornados y una media sonrisa tontorróna que perdió al levantar los párpados y mirarlo.

—¿Qué ocurre? —preguntó, y al segundo se alarmó todavía más—. ¿Mi hermano...?

—No, todavía no —la tranquilizó él—, pero si sigues gimiendo de esa forma...

—Lo siento.

—Joder... —gruñó Owen.

Le parecía una estupidez que tuviera que pedir perdón por ser ella misma. Desde luego, no debería haber sucumbido y, si a esas horas hubieran estado en su *suite*, aparte de no sudar como pollos en un horno, podrían haber dado rienda suelta a gemidos, gruñidos y demás expresiones habituales en el sexo, pues hasta temía que la cama los delatara con sus acusadores chirridos.

Y eso de que lo pillaran con la guardia baja en una negociación, mal, pero con los pantalones bajados, ni hablar.

—Intentemos no gritar, ¿de acuerdo? —pidió con cautela.

—Vale —dijo ella sin mucha convicción.

Owen, que era un hombre precavido, comenzó a moverse, con un vaivén tan sumamente perezoso que Astrid intentó convencerlo de que acelerara el ritmo meneándose bajo su peso; pero nada, él no se dio por aludido.

Gimió fingiendo al máximo para ver si así él arrancaba de una vez, pues Owen seguía al ralentí, pero cosechó un nuevo fracaso: él continuaba impertérrito.

No era desagradable, pero distaba mucho de ser lo que ella esperaba, más aún teniendo en cuenta los prometedores preliminares.

—Owen... —jadeó en su oído lamiéndole de paso el lóbulo.

Ese gesto pareció incentivarlo, pero su respuesta fue tan tímida que ella repitió, añadiendo esta vez un suave tirón de pelo, un arqueamiento brusco de caderas y un nuevo suspiro agónico.

—No me lo pongas más difícil —gruñó Owen desesperado. Nunca había sido amigo de demostraciones excesivas durante el sexo, pero le costaba bastante

contenerse ahora que debía hacerlo por obligación.

—Pues acelera —le pidió ella atrayéndolo hacia sí para besarlo de manera efusiva.

—Joder...

Astrid cogió aire, apretó sus músculos internos y esa fue el arma definitiva para que él se dejara de tanteos. Movi6 una mano hasta agarrarla por detr6s de la rodilla y as6 coger el impulso necesario para embestirla sin descanso.

Esta vez fue 6l quien gimi6, mezcla de placer y de temor, ya que, como sospechaba, la cama chirriaba con cada envite.

—La pr6xima vez echar6 lubricante —prometi6 ella con cara de disculpa.

Hasta la fecha no se hab6a preocupado de si el somier hac6a ruiditos comprometedores, ya que, por desgracia, no hab6a tenido la ocasi6n de ponerlo a prueba.

—No, d6jate de lubricantes, que luego mira lo que pasa: yo acabo hecho un asco —la contradijo 6l sin rastro de humor, recordando su primer y accidentado encuentro.

Lo dijo de una forma que hizo que Astrid se pusiera a re6r, pese a que 6l se manten6a tan serio que daban ganas de hacerle cosquillas. La 6nica parte positiva, pens6, era que por lo menos se estaba animando, y aquello mejoraba por momentos.

No hab6a banda sonora que tapase aquellos ruidos, as6 que Owen cambi6 de posici6n, tratando de que sus embestidas fueran menos contundentes; pero nada, la jodida cama segu6a traqueteando. Astrid, en un intento desesperado, ech6 la mano hacia atr6s, agarrando el cabecero. A ver si con un poco de suerte solventaba la cuesti6n. Sin embargo, acab6 rindi6ndose a la evidencia, porque hay cosas de las que una no puede ocuparse cuando est6 desnuda y tiene a un tipo encima.

—Deber6amos habernos ido al hotel —gru6o Owen entre empuj6n y empuj6n—. All6, al menos, hay aire acondicionado.

—Pero aqu6 sudamos m6s a gusto —lo corrigi6 ella con voz sugerente, convenci6ndolo en el acto de que hab6a tomado la decisi6n correcta.

Y entonces todo empez6 a ir sobre ruedas, como una maquinaria bien engrasada. La cama traqueteaba y parec6a marcar el ritmo. Astrid arque6 todo el cuerpo y 6l la recompens6 con un aumento de la velocidad.

Owen se limpi6 el sudor de la frente, aquella habitaci6n era una sauna, pero ya daba igual. En lo 6nico que pod6a pensar era en clav6rsela m6s profundamente. No recordaba haberse encontrado en una situaci6n similar.

Se repet6a la misma sensaci6n que la primera vez que se la hab6a follado. Y, para 6l, poco o nada acostumbrado a la improvisaci6n y a la naturalidad, aquello era todo un descubrimiento.

Astrid emiti6 un gemido lastimero y tens6 todo el cuerpo. Owen se percat6 de ello y su vanidad masculina subi6 unos cuantos enteros. Adem6s, tal y como ella lo envolv6a, tampoco iba a durar mucho m6s.

Con un 6ltimo envite, se corri6, jadeando y aplast6ndola al caer sobre ella sin

mucha consideración, aunque, por su reacción, saltaba a la vista que poco le importaba.

Lo abrazó e incluso le limpió el sudor de la frente con la sábana.

Antes de apartarse a un lado, lamentando en silencio no poder quedarse un buen rato dentro de ella mientras se relajaba, Owen le dio un sonoro beso.

Luego se tumbó boca arriba para recuperarse y, aunque estaba fuera de lugar, comprobó la hora y suspiró mientras se pasaba la mano por el pelo.

Había llegado el incómodo momento de la despedida.

Se volvió para hacerlo, intentando que sonara lo menos frío posible; sin embargo, él no era un hombre acostumbrado a dorar la píldora.

—Oye..., tengo que irme. Mañana a primera hora he de coger un vuelo...

Astrid, comprendiéndolo, lo acalló mientras le ponía un dedo en los labios.

—Está bien, no pasa nada.

Él cerró los ojos un instante.

—Es importante. —La sujetó de la muñeca para que le permitiese proseguir—. Mi secretaria se pondrá en contacto contigo mañana mismo.

Por cómo lo dijo, quedó claro que a la pobre mujer más le valía hacerlo.

—De acuerdo —convino ella sin saber qué más decir.

—¿Tienes toda la documentación en regla? —preguntó Owen, a pesar de que, tras haber follado, quedaba mal mencionar esos aspectos técnicos; pero si las cosas se hubieran hecho según sus planes, es decir, en su *suite*, eso no habría sucedido.

—Sí, por supuesto.

—Excelente.

Astrid se guardó para sí a quién le recordaba cada vez que decía «Excelente».

—No pasa nada, de verdad, comprendo que tengas que irte.

—Helen, mi secretaria, te pondrá al corriente de todo. ¿De acuerdo? Cualquier duda, se la comentas.

Owen intentó suavizar aquella conversación tan formal con un beso, porque hasta a él, un obseso de la organización, le parecía una canallada marcharse así tras aquella conversación.

—Muy bien.

Para no ponérselo más difícil, y entendiendo que Owen se relajaba en muy pocas ocasiones y que si iba a trabajar junto a él debería empezar a acostumbrarse, Astrid se levantó y se puso una bata. Después recogió del suelo su ropa y lo ayudó a vestirse.

Cuando por fin estuvo presentable, lo acompañó hasta la puerta de la calle. Allí, por un impulso tonto, lo agarró de la corbata y le dio un beso, arriesgándose a que algún conocido los viera y le fuera con el cuento a su hermano.

—Astrid... —gimió él conteniéndose para no entrar con ella de nuevo, pues con aquella bata le costaría muy poco desnudarla.

—Nos vemos —dijo ella dando un paso atrás y suspirando con pesar.

«Vaya planta, vaya percha... Qué pena no haberlo conocido unos días antes».

Owen empezó a bajar la escalera para dirigirse a su coche; se volvió un momento y comprobó que ella seguía allí, mirándolo con la puerta entornada.

Joder, se sentía mal, y de nuevo lo sorprendió la novedad de ese sentimiento.

—Intentaré recogerte en el aeropuerto —prometió dudando de la posibilidad de poder cumplirlo, ya que su agenda estaría muy apretada.

Para evitar prolongar aquella extraña separación, terminó de bajar la escalera exterior sin mirar atrás.

Quizá regresar durante unos días a Londres, a su vida rutinaria, le sentaría bien.

—¿Cómo que no vas a ir?! —vociferó Axel intentando no coger a su hermana por los pelos y llevarla al aeropuerto a empujones.

Esa insensata era capaz de echarse atrás y mandar al cuerno a un tipo que podía hacer mucho por ella, porque, a pesar de ser consciente de que Astrid y el hombre habían tenido algo más que palabras, Axel podía mirar hacia otro lado (siempre lo hacía cuando se trataba de los «amigos» de su hermana) y ver más allá, es decir, la oportunidad que representaba que por fin alguien se diera cuenta de su valía.

Ver cómo día tras día debía conformarse con un empleo de mierda y echándole una mano en el taller lo jodía, pues ella servía para mucho más que para eso.

—Pero ¿tú sabes quién es? —replicó Astrid molesta con él por haber buscado en Google el nombre de su rollo de tres días y habérselo mostrado tan pancho.

No obstante, con quien realmente estaba cabreada era consigo misma por no haberse preocupado de averiguarlo. Y encima había tenido que ver fotos de Owen acudiendo a diferentes actos de postín, en alguna entrevista o relacionado con noticias económicas. En resumen, era un hombre importante, de renombre, y con una larga trayectoria.

Un jodido banquero.

—¿Y me lo dices ahora, después de que lo has metido en casa y lo más probable es que no haya sido para jugar al parchís? —replicó él con sarcasmo, pues no hacía falta mencionar lo obvio.

—Yo pensé que tan solo era..., bueno, un ejecutivo más —se defendió Astrid porque ni ella misma encontraba argumentos sólidos. Claro que no habían jugado al parchís, bien lo sabía.

Axel, nervioso ante la tozudez de su hermana, y viendo que, por una absurda cuestión que ya debería haber superado hacía tiempo, estaba a punto de echarlo todo por la borda, decidió calmarse y, para ello, nada mejor que coger algo fresco de la nevera, dar un buen trago e intentar no gritar mucho.

—Vamos a ver, que yo me entere. Me dices que tienes sus datos, que no me preocupe, y yo, como buen hermano que soy —ella resopló—, me lo creo. Lo metes en casa, y dos veces..., que no soy tonto y sé distinguir los ruidos procedentes de tu apartamento.

—Eres un cotilla —lo acusó ella alzando la barbilla.

De ninguna manera se iba a sentir avergonzada por ello. Además, en el pasado, Axel no había sido muy discreto precisamente cuando se llevaba algún rollete al garaje.

—Y a saber qué más has hecho por ahí —añadió él pasando por alto su calificativo—. El tipo parece decente y, claro, como las apariencias engañan, yo

investigo.

—Algo que no deberías haber hecho —le recordó Astrid por si acaso alguna vez lograba que dejara de hacerlo, pero a hermano superprotector no lo ganaba nadie.

—Uno ejerciendo de buen hermano y nadie parece apreciarlo —ironizó él mirándola fijamente.

—Pues deja de ser tan «buen hermano», que tengo una edad.

—No me toques los cojones y no me cambies de tema. Y, cuando resulta que sí, que es un tipo decente, y no solo eso, va y te ofrece ¡la oportunidad de tu vida!

Astrid pensó que lo de «decente» mejor se lo explicaba otro día.

—Ya surgirán otras, no te preocupes por eso —alegó, aunque no sonó muy convincente que digamos.

—Pero ¿tú sabes lo que dices, insensata? —replicó él sin entenderla. Por Dios, qué cabezota era... Tenía que hacerla desistir como fuera.

—Es un banquero, y ya sabes lo mal que me llevo yo con ellos.

Axel resopló, esperaba una tontería de ese tipo.

—Que el imbécil de Esteban te la jugara no significa que este haga lo mismo. Además, ese mindundi que tenías por novio era director de una sucursal de pueblo, no el dueño de un banco.

—Era banquero —replicó ella con obstinación.

—Joder, pero si Esteban era un pelagatos. ¡A ver si te das cuenta de la diferencia! —exclamó Axel gruñendo por lo bajo.

—No puedo ir, joder. Compréndelo.

—¿Cómo que no? Yo mismo me voy a asegurar de que subas a ese avión. ¿Estamos?

—Y ¿a ti quién te ha dado vela en este entierro?

—No me jodas, Astrid, no me jodas.

—Es mi decisión. Tienes que respetarla.

—Has estudiado para esto, no para dejarte la piel haciendo camas y limpiando retretes por un sueldo de mierda, ¡y eso cuando te llaman!

—También ayudo en el taller.

—Ya lo sé, cosa que no me gusta un pelo. Aquí solo hay grasa, tipos deseosos de verte el escote y poco trabajo. Entiéndelo de una maldita vez. Esta oportunidad es la que llevas tres años esperando. Astrid, no la cagues.

—Si llego a saber quién es, le habría dicho que no.

—Mira, me voy a tu cuarto a hacerte la maleta yo mismo porque me estás poniendo de una mala hostia...

Axel, todo decidido, se fue directo a por la maleta y la dejó encima de la cama, para después abrir la puerta del armario y empezar a rebuscar en su interior.

Ella lo siguió haciendo una mueca. Tenía que conseguir que lo comprendiera. Claro que era una buena oportunidad, pero no iba a poder trabajar codo con codo con un banquero, con la tirria que les tenía.

Su ex se la había jugado, pues, aparte de ser un pésimo novio, era el director de la oficina de la caja en donde Astrid siempre había depositado sus ahorros. Pero cuando las cosas se torcieron, se fue al paro y no pudo pagar la hipoteca, Esteban, en vez de echarle una mano, se las lavó a lo Pilatos y la abandonó a su suerte, es decir, embargada, sin ahorros y sin apoyo.

Ni que decir tiene que Astrid lo dejó plantado y que Axel se ofreció a partirle los dientes; no obstante, ya era demasiado tarde. Astrid tuvo que apañárselas y adecantar el viejo apartamento de encima del garaje para vivir, ya que irse a compartir casa con su hermano, el cual tenía un piso pequeño, era impensable, pues no lo aguantaría ni dos días.

También pensó en hacer las maletas e irse a Gotemburgo con sus padres, pero lo cierto era que en San Pedro del Pinatar tenía su vida hecha y se estaba la mar de bien.

—¿Dónde tienes los trajes elegantes de ejecutiva? —preguntó él, indiferente a las dudas de su hermana—. Porque no te vas a presentar con chanclas y pantalón vaquero...

—Deja mis cosas —le pidió ella, y se puso delante del armario para que no desordenara su ropa. Dudaba de la capacidad de Axel para organizar un equipaje, y más aún estando cabreado.

—Oye, mañana a estas horas tienes que estar subida en un avión, rumbo a Bruselas. No te pongas farruca, porque vas a ir.

—Y, si no, ¿qué? —lo retó ella llevándose las manos a las caderas.

—Hombre, puedo ponerme una peluca rubia e ir en tu lugar, pero me da a mí que el tipo ese te prefiere a ti —se burló él.

Al ver la determinación de su hermano, Astrid se sentó en la cama enfurruñada. Lo dejó hacer, y hasta se sorprendió de que el bruto de Axel, en vez de meterlo todo en la maleta a presión, tuviera cuidado y pusiera las prendas de forma ordenada.

«Vaya..., por lo visto está realmente preocupado...».

—Pondremos también un par de vestiditos de fiesta y de cóctel, que esos tipos ricachones siempre tienen que acudir a un evento importante.

—Parece que sabes mucho de esto —murmuró ella.

—No haberme obligado a jugar contigo a las Barbies —replicó Axel fingiendo sentirse molesto, aunque en realidad estaba encantado de haber jugado con ella.

—A lo mejor no es tan mala la idea de la peluca rubia —bromeó Astrid mirándolo de arriba abajo.

—Deja de decir gilipolleces.

—Tienes buenas piernas. Si quieres, te depilo y ¡arreglado!

—Astrid, por mucho que me toques la moral, vas a ir.

—Jooooo —protestó ella, adoptando una actitud infantil.

—Con este se caerá de espaldas, espero que no hayas engordado —continuó él sin pedirle opinión y pasando por alto su comportamiento pueril.

Cuando consideró que ya tenía ropa suficiente para quince días, incluyendo la

ropa interior (de la cual no hizo ningún comentario porque se trataba de su hermana y era mejor no entrar en detalles), Axel se fue al aseo a por los potingues necesarios.

—¿Cómo es que sabes tanto de estas cosas? —lo pinchó ella, siguiéndolo.

Axel la miró por encima del hombro y se calló también la respuesta.

Cogió del estante lo que consideró oportuno y entonces se dio cuenta de que allí, colgados de una percha, había unos pantalones, una camisa y un bóxer... que no eran suyos.

—¿Ahora te vistes de hombre? —inquirió con sorna señalando las prendas.

—No toques eso —le advirtió ella—; me ha costado una fortuna, pero en la tintorería han conseguido dejarlo como nuevo.

Astrid guardó las prendas de Owen en el armario antes de que su hermano continuara pidiendo explicaciones, aunque dudaba que tuviera la oportunidad de devolvérselas.

—Ya veo... —murmuró él guasón—. ¿Y ahora es cuando me caigo del guindo y me trago ese cuento de que no quieres ir?

—Las llevé antes de saber quién era. Además, lo paga la empresa.

—¡Ni hablar! —exclamó él para picarla un poco y después chantajearla—. Tú sabrás lo que hiciste para ponerlo perdido, así que apechuga.

—Ya respondo yo —dijo Astrid cuando oyó sonar a su móvil—. ¿Diga?

—¿Señorita González?

—Sí, soy yo.

—Soy Helen, la secretaria del señor Boston.

La joven resopló. Había hablado hacía dos días con la mujer y esta se había molestado en prepararlo todo. Aparte de ocuparse de cuanto pudiera ser necesario, se había mostrado encantadora y atenta, así que ahora decirle que se echaba para atrás iba a ser un palo.

—Ah, hola —titubeó.

—Solo llamo para confirmar que haya recibido los billetes y la información.

—Sí, por supuesto, está todo.

—Excelente...

Astrid puso los ojos en blanco. Vaya, hasta hablaban igual.

—Vera, yo quería...

—El señor Boston ya está en Bruselas —la interrumpió Helen, que era todo profesionalidad.

—¡Como se te ocurra decir que no, vas...! —la amenazó su hermano, colocándose a su lado y haciéndole el gesto de rajarle el cuello para acojonarla un poco más.

—Ah...

—Llegó ayer por la tarde y me ha pedido que le comunique que todo se desarrolla según lo previsto.

Ante el tono amable de la mujer, Astrid pensó en el tipo de relación que debía de

haber entre Owen y su secretaria. Un claro ejemplo del clásico «piensa mal y acertarás». Y uno, además, inoportuno, pues ¿a ella qué le importaba?

«Ya, como si no te molestara...», se respondió a sí misma.

De todos era sabido que los hombres como Owen se rodeaban de mujeres guapas, empezando por las secretarias, que quedaba muy bien eso de que las visitas se alegraran la vista cuando iban a su despacho.

Si además resultaban chicas profesionales, mejor que mejor.

Pensar mal de una mujer con la que Astrid solo había hablado dos veces era injusto, pero con alguien tenía que cabrearse, pues su inquietud interior no le estaba permitiendo ser muy objetiva.

—¿Sigue ahí, señorita González?

La aludida miró de soslayo a Axel, que permanecía a su lado frunciendo el cejo, y se dio cuenta de que no tenía escapatoria.

—Sí, disculpe.

—Muy bien, entonces. Ante cualquier duda, puede ponerse en contacto conmigo. Le deseo buen viaje.

—Gracias. Adiós —se despidió ella con torpeza.

¿Qué debía de haber pensado la secretaria de Owen sobre su titubeo?

—Venga, y ahora a la peluquería, a que te pongan divina de la muerte —indicó Axel hablando como si fuera un estilista gay.

—¿Desde cuándo pierdes aceite? —lo provocó ella.

—Yo no pierdo aceite, que no sabes lo caro que está. Anda, vamos —la empujó sin miramientos—, que nos pilla el toro.

Así que, pese a sus protestas, indecisiones, malas caras y demás artimañas, veinticuatro horas más tarde, Astrid se abrochaba el cinturón, preparándose para el despegue de un avión con destino Bruselas-Zaventem. Por supuesto, en clase *business*.

No pudo relajarse durante el viaje, y, por más que las amables auxiliares de vuelo intentaron ofrecerle de todo, ella seguía dándole vueltas al asunto.

Por orden de Axel, aparte de su ropa de «faena», había cogido su portátil para poder trabajar sin problemas y además dar la sensación de ser profesional. Y no solo por el cuidado aspecto que ofrecía, del cual se había encargado su estilista personal a tiempo parcial y hermano a tiempo completo.

Hacía mucho que no se vestía de esa forma. Los trajes de pantalón y chaqueta de corte sastre, las blusas de seda, los recogidos discretos y los tacones de salón eran parte de otra época, y ahora, pese a sus reticencias, de nuevo debía vestirse así.

Con los nervios, las apenas dos horas de viaje se le hicieron eternas y, cuando por fin anunciaron que estaban a punto de aterrizar en el aeropuerto internacional de

Bruselas, se puso más nerviosa aún. Una amable azafata pensó que se debía a que tenía miedo a volar y, para no dar más explicaciones, Astrid se aferró a esa excusa.

Al viajar en clase preferente y tener pasaporte comunitario, los trámites fueron muy rápidos, y enseguida se encontró pisando suelo firme y arrastrando su maleta. Como ella, muchos ejecutivos hacían el mismo recorrido en dirección a la salida.

Owen había prometido ir a buscarla, pero no lo vio por ningún lado, así que continuó hacia adelante en busca de un taxi que la llevara al hotel. Helen, la secretaria, le había enviado los datos referentes a la reserva. Lo que Astrid no sabía era si compartirían estancia o no, y tampoco se había atrevido a preguntar. No deseaba que la secretaria se llevase una impresión equivocada, aunque, bien pensado, si ella se encargaba de las reservas, sabría perfectamente con quién compartía *suite* su jefe.

Ese pensamiento la desanimó aún más, y entonces se dio cuenta de que la única alternativa a todo aquello era contarle a Owen lo que ocurría y regresar a España. Prefería ser sincera y evitar crearle una situación incómoda.

Con ese convencimiento, se montó en el taxi y en un perfecto francés le indicó al conductor la dirección del hotel. Cuál fue su sorpresa cuando este le respondió con un acento que conocía bien.

Así que el trayecto se le hizo más entretenido, pues pudo intercambiar algunos comentarios con el taxista, del que acabó sabiendo que llevaba año y medio en Bélgica y que, a ese paso, veía muy difícil regresar.

Como no podía ser de otro modo, el hotel escogido era de superlujo. Owen no se conformaba con menos. Y Astrid tuvo la tentación de mandar sus prejuicios de vacaciones, ya que estos aparecían y desaparecían como el río Guadiana. Aunque solo fuera por la experiencia de pasar un tiempo allí, en Bruselas, disfrutando de algo diferente, y salir de su aburrida y precaria vida durante quince días.

No obstante, tenía la impresión, y dudaba que fuera errónea, de que Owen no se conformaría con una asistente mediocre a la que pagar un sueldo por lucir palmito.

Y ella, que era una persona con principios, tampoco podría engañarlo.

No necesitó abrir la puerta taxi, porque antes de apearse del vehículo un botones se la sujetó y, tras darle la bienvenida, se encargó de su equipaje.

Con el empleado siguiéndola, llegó hasta el mostrador de recepción, en donde una amable señorita le preguntó su nombre y, ¡oh, sorpresa!, nada más decírselo, la mujer sonrió y le respondió que no tenía que mover un dedo: su registro ya estaba hecho y, por tanto, podía disponer de la *suite* de inmediato.

—Bueno, esto sí que es organización y lo demás son tonterías —murmuró Astrid encantada al recoger la tarjeta magnética.

De nuevo con el botones como acompañante, se subió en el ascensor y en un suspiro llegaron al ático. Un día reflexionaría sobre la costumbre de los multimillonarios de alojarse siempre en el último piso, porque durante su etapa como empleada en una constructora, sus jefes —eso sí, simples aficionados al lado de

Owen— también se hospedaban en los áticos.

Cuando abrió su bolso para darle una propina al botones, este la rechazó con educación y, tras dejar la maleta en el interior de la estancia, se marchó.

Aquello no era una *suite* tal y como Astrid había esperado, sino un apartamento de lujo.

No había avanzado ni tres pasos cuando llamaron a la puerta y una camarera de uniforme se ofreció a ordenarle el equipaje en los estantes del armario.

Astrid, algo cansada del viaje, sonrió a la mujer, pues sabía muy bien qué se sentía estando al otro lado, y bien podía aguantar un poco más antes de ponerse cómoda y descansar.

Miró de reojo la impresionante cama. Ahí se podía dormir un mes seguido sin repetir sitio, pero terminó acercándose a la ventana para no molestar a la empleada y apartó la cortina para ver anochecer.

«Ni rastro de Owen», pensó con cierto aire apenado, pues debía mantener cuanto antes una importante conversación con él.

—No hace falta, ya la he encontrado. —La voz seria de Owen hizo que se volviese sobresaltada—. No, ya no voy a necesitarte más, hasta mañana a primera hora; muchas gracias, Arthur.

Astrid lo vio guardarse el teléfono. Luego metió las manos en los bolsillos de los pantalones y, como la empleada del hotel aún estaba allí, no dijo nada más. Solo la observaba, en silencio. Por alguna extraña razón, ella esperaba un reencuentro menos formal, más emocional, aun sabiendo que él no era un hombre de los que demostraban sus emociones así como así.

Owen no era capaz de expresar con palabras lo que experimentó al verla allí de pie, junto a la ventana.

Su enfado por el plantón en el aeropuerto se estaba diluyendo a medida que iba conciliando el recuerdo que tenía de ella con la imagen de la mujer que ahora estaba delante de sus ojos. Vestida con un impecable traje de corte masculino, entallado, una impoluta camisa blanca, zapatos de tacón y un modesto recogido.

Desde luego, su aspecto, además de perfecto, le daba un aire muy profesional. No obstante, eso no era lo que más lo intrigaba, sino más bien intentar adivinar cómo Astrid era capaz de dejarlo, una vez más, sin palabras.

—Hola —murmuró ella rompiendo el silencio al sentirse observada.

Él se aclaró la garganta y, a causa de la sorpresa, no fue todo lo educado que debería haber sido.

—¿Por qué narices te has largado del aeropuerto?

—¿Perdón?

—Te he estado esperando, sentado en el coche durante más de dos horas. Incluso al ver que no aparecías he ordenado que consultaran en el mostrador de la compañía aérea si estabas en la lista de pasajeros. Y cuál ha sido mi sorpresa al ver que, en efecto, sí figuraba tu nombre, pero ni rastro de ti.

—¿Has ido a buscarme al aeropuerto? —preguntó ella parpadeando, pues era poco común que los tipos como él se molestaran en hacerlo, ya que para eso tenían a su disposición un ejército de subordinados.

—Te lo prometí, ¿recuerdas? —repuso. Sonó a reproche, y en cierta medida así era, pues Owen había hecho malabarismos para disponer de la tarde libre y poder cumplir su promesa.

Astrid puso cara de disculpa, pese a que no le gustaba nada ese tono suyo tan gruñón con aire de reprimenda. Parecía que le hubiera supuesto un esfuerzo titánico.

—Yo no te he visto... —alegó en su defensa, lo cual era cierto.

Solo esperaba que, con los nervios, al salir de la terminal, no se hubiera despistado, pero dudaba que, de haberlo visto, hubiera podido pasar de largo. Owen impresionaba lo suficiente como para fijarse en él.

—He enviado a Arthur, mi chófer, con un letrero en el que se leía perfectamente

«SEÑORITA GONZÁLEZ» —repuso él sin abandonar ese tonito que suelen usar las personas con poder, acostumbradas como están a que todo se haga según sus órdenes.

—Ah... —suspiró Astrid al recordar.

—Entonces ¿me puedes explicar por qué no te has detenido? —inquirió él frustrado. El mal rato que había pasado, sin saber dónde estaba, hacía que su tono fuera duro.

—Yo..., bueno, no pensaba que se refiriera a mí —se excusó ella.

—Y ¿eso por qué? —preguntó Owen sin comprender su forma de proceder.

—Hay tantos González por el mundo que podía ser cualquiera.

—No me lo puedo creer... —masculló él atónito ante lo que estaba oyendo.

—¿Cómo iba a saber que me esperaba a mí? —añadió ella para frustrarlo un poco más.

—Está bien, dejémoslo —murmuró al final Owen, pues aquella conversación terminaría en un callejón sin salida.

Y odiaba perder el tiempo.

Astrid suspiró. Necesitaba descansar, ya que llevaba más de veinticuatro horas sin dormir, porque entre los nervios por el viaje, la preocupación por saber cómo enfrentarse a él y la brasa de Axel, que no la había dejado ni a sol ni a sombra por si se escabullía y perdía el avión, no había podido echarse ni un rato.

Astrid esperaba otro recibimiento, más entusiasta, más cercano. Sin embargo, habían comenzado con mal pie, pues Owen, lejos de sonreír o acercarse para darle, aunque fuera, un tímido abrazo, permanecía a varios metros, como si fueran dos perfectos desconocidos.

¿Y si, como una tonta, se había hecho ilusiones de ir a Bruselas a algo más que a trabajar?

¿Y si, de nuevo como una tonta, había pensado que un tipo como Owen iba a repetir con ella?

¿Y si espabilaba de una vez y aprovechaba la oportunidad para trabajar, sacarse un buen dinero y olvidarse de encuentros románticos?

—Si me acompañas —dijo por último él con aire educado y distante—, hay unos asuntos que debemos resolver. Después, por supuesto, podrás descansar. —Le señaló la puerta y, sin más, dio media vuelta y salió a la salita, dando por hecho que ella lo seguiría.

Astrid lo hizo, mientras elaboraba en su cabeza una explicación coherente para que él entendiera su postura. No iba a resultar sencillo, lo había sabido nada más reunirse con él, pues por su lenguaje corporal saltaba a la vista que se encontraba tenso, poco proclive a hablar.

No merecía la pena posponer la inevitable conversación.

—Antes de nada, querría agradecerte la atención y la organización del viaje.

—De nada —adujo él como si no fuera nada, y probablemente así era. De nuevo el ejército de subordinados ocupándose hasta del más mínimo detalle—. De todas

formas, es tarea de mi secretaria.

—Sí, he tenido la oportunidad de hablar con ella —repuso Astrid. «Y no contigo», quiso añadir, pero se mordió la lengua.

—¿Empezamos? —dijo Owen señalando la mesa, donde tenía el ordenador, varios periféricos y un montón de documentos ordenados a la perfección.

—Antes me gustaría comentarte una cosilla...

—¿Te apetece salir fuera a cenar o prefieres hacerlo aquí, en la *suite*? —inquirió él sin atender a sus palabras.

—Aquí, gracias —respondió Astrid.

Él se limitó a sacar su móvil, hacer una llamada y dar las instrucciones precisas para que les sirvieran en la habitación.

—Siéntate, por favor —le indicó a continuación.

Astrid empezaba a tener la sensación de que ahora tenía delante a otro hombre, uno muy diferente, y lo peor era que no sabía cómo enfrentarse a él. Sonaba tan distante que hasta se sentía cohibida.

—Owen. —Utilizó de forma deliberada su nombre para llamar su atención y que la formalidad quedara relegada porque, de otro modo, no le iba a ser posible decirle lo que quería.

—¿Sí? —murmuró él distraído sin mirarla mientras se ponía con sus cosas.

—No puedo trabajar para ti.

Esa revelación hizo que él le prestara toda su atención. Alzó la vista pensando que se trataba de una broma de mal gusto. Desde luego, era lo último que esperaba, pues no estaba acostumbrado a que alguien, tras comprometerse con él, acabara por retractarse y diera marcha atrás. Odiaba aquel comportamiento, pero, en deferencia hacia ella, intentó no enfadarse mucho, y preguntó:

—¿Por alguna razón en particular?

—Cuando me propusiste esto..., yo no sabía quién eras y...

Owen inspiró profundamente. De acuerdo, a no ser que fuera necesario, evitaba hacer ostentación de su cargo, pero omitir la verdad no significaba mentir.

—Eso ahora carece de importancia, ¿no crees?

—Discrepo. Yo no pregunté, de acuerdo, pero podrías haberme informado —adujo ella porque no quería ser la única responsable. Qué menos que repartir las culpas.

—Sigo sin entender qué importa eso ahora —arguyó él molesto.

Bien, tenía que decirlo y, aunque podía dar mil vueltas buscando las palabras más apropiadas, Astrid pensó que, si se andaba con rodeos, poco o nada iba a aclarar.

—No soporto los bancos —soltó a bocajarro.

Owen arqueó una ceja ante su confesión. Tampoco lo pillaba por sorpresa, era consciente de que los banqueros no se encontraban en el número uno del *ranking* de popularidad.

—Empezamos mal, entonces —dijo en un tono frío, quizá condescendiente—.

¿Podrías argumentarme el motivo?

Ella frunció el ceño. No quería hablar más de la cuenta. Era su posición. Punto.

—Preferiría no entrar en detalles. Baste decir que mis experiencias con los banqueros no han sido buenas.

Ante su vaga respuesta, Owen estuvo a punto de mencionar que recordaba tres experiencias que no se podían catalogar como desagradables; sin embargo, le pareció de mal gusto hacerlo.

—Eso no me sirve —replicó, y se percató del apuro de ella. Debía de ser algo realmente serio para que hubiera llegado hasta allí para decirlo.

—No puedo trabajar para ti porque...

—Porque... —la animó él.

—Bueno, mi subconsciente podría traicionarme y acabaría siendo una pésima asistente. Ya está, ya lo he dicho.

Y la verdad fue que se sintió muy a gusto.

Él se sentó, entrelazó los dedos de las manos y adoptó su postura favorita: la reflexiva. Cuando las cosas no salían como deseaba o se le hacían muy cuesta arriba, siempre optaba por aplicar la máxima de «Es mejor retroceder que perderse en el camino».

—Podría incluso aconsejarte mal..., omitir algún dato relevante... No sé, incluso no tener a tiempo algún documento... —añadió Astrid ante el incómodo silencio, la mirada y el escaneo a los que se sentía sometida.

—¿Has acabado ya? —preguntó él cansado de oír estupideces y excusas carentes de toda lógica.

No estaba al tanto de los pormenores de esa mala relación suya con los bancos, que, por desgracia, iba a afectar su relación, pero por si algo se caracterizaba era por no quedarse en la superficie e intentar profundizar.

—Sí. Bueno, no, hay una cosa pendiente.

—Tú dirás.

—Me gustaría encargarme de los gastos de mi viaje hasta aquí y de los de mi regreso.

Owen se puso en pie, abandonando así su postura impasible, y caminó hasta ella, decidido a poner fin a esa situación tan absurda.

—Si no he entendido mal, has cogido un avión solo para decirme que no puedes llevar a cabo una tarea a la que previamente te habías comprometido. ¿Voy bien? —preguntó de forma retórica, y ella no se atrevió a intervenir—. Y todo, he aquí mi desconcierto, alegando una ridícula excusa sobre tu mala experiencia con los bancos.

—Es algo que no me gusta recordar —murmuró ella cohibida ante su cercanía física.

—Permíteme la broma, pero ¿te quedaste encerrada en un cajero automático? —Lo planteó de una forma tan desapasionada que ni él mismo pudo reírse.

—Ojalá hubiera sido eso —masculló Astrid torciendo el gesto e intentando que

los recuerdos no la pusieran de mal humor.

Owen se detuvo frente a ella, levantó una mano y se limitó a acariciarle la mejilla. Un gesto cargado de mucho simbolismo, el primer acercamiento desde que había llegado, pero que a Astrid le supo a poco. Lo miró tratando de entender a ese hombre, pues hacía un minuto era el más distante del mundo y ahora el más considerado. Justo cuando ella estaba a punto de tocarlo, llamaron a la puerta y él dio un paso atrás. Y otro, y otro.

—Maldita sea —dijo entre dientes.

Un camarero apareció con la cena y lo dispuso todo, bajo la atenta mirada de Owen, en una mesa.

«Ni siquiera me ha preguntado qué me apetece», pensó ella, dándose la vuelta para no seguir mirándolo, porque al final iba a cometer alguna estupidez, como, por ejemplo, gritarle algo así como: «¡Mírame, joder, y deja de ser tan frío!».

—Adiós, buenas noches —despidió Owen al camarero. Cerró la puerta y regresó junto a ella—. Tenemos que ocuparnos de varios asuntos. El tiempo apremia.

Otra vez el ejecutivo impasible.

—Pero ¿es que no has escuchado nada de lo que te he dicho?! —exclamó Astrid frustrada. No solo por su comportamiento, sino también por su obstinación en no escucharla.

Aquel reclamo pareció surtir efecto en él.

—Hasta el momento, solo he oído una sarta de estupideces, Astrid. Estás aquí y eso es lo que importa. ¿De acuerdo? No quieres contarme la verdadera razón, pues ¡perfecto! Pero no me hagas perder el tiempo.

Vaya jarro de agua fría.

Ella entendió que sus reservas eran, como él había dicho, ridículas, y comprendió en el acto que, si no pasaba página, no avanzaría. Además, ¿qué clase de profesional era si cambiaba de opinión en el último momento?

«Habla ahora o calla para siempre», se dijo.

—Tienes razón —murmuró, y aunque lo dijo en voz muy baja, él la oyó y, a pesar de no sonreír, por su expresión dio a entender que no esperaba menos de ella.

Le señaló la mesa donde los aguardaba la cena, pero Astrid se dirigió hacia la otra, donde se encontraban los documentos, y se sentó a la espera de que él comenzara a aleccionarla.

Owen tardó unos preciosos segundos en darse cuenta de lo que aquello significaba, pero al final sonrió satisfecho; no por haberse salido con la suya, sino por comprobar que ella, aparte de ser impresionante, tenía dos dedos de frente.

Cogió el primero de los documentos y se lo entregó.

—Este es un contrato de confidencialidad. Al firmarlo, te comprometes a no desvelar nada. No podrás comentar con nadie, a excepción de mi secretaria o yo mismo, nada de lo que se hable en las reuniones o de lo que veas en los informes.

—Lo entiendo —dijo ella y, sin leerlo previamente, fue a la última página con la

intención de firmarlo—. ¿Me dejas tu estilográfica, por favor?

—¿No vas a leerlo primero?

—¿Para qué? —Astrid se encogió de hombros—. Si me niego, me mandarás en un avión de regreso a casa en menos de media hora.

—Tienes razón —admitió él sacando su pluma. Se la entregó y pasó al siguiente documento—. Este es un informe sobre la empresa con la que nos reuniremos mañana. Su último balance, así como la propuesta que nos hacen.

—¿De qué se trata? —preguntó ella, alejándose por completo de la mujer insegura que había aterrizado en Bruselas.

Owen respiró. Joder, así daba gusto.

Y durante los siguientes tres cuartos de hora estuvo poniéndola al corriente de los pormenores del negocio, dejando muy claro que su intención era conseguir que aquella sociedad de inversión contara con su banco para realizar las transacciones, quedando al margen de los riesgos. También la puso al corriente de los contactos previos, y le contó que su viaje era para cerrar el acuerdo final. Para ello, primero tenía previsto reunirse con los asesores de ambas partes y, por último, entrevistarse con los dueños de la firma.

Astrid fue tomando notas al tiempo que escuchaba con suma atención sus explicaciones. Disimuló como pudo un par de bostezos, no porque se aburriera, sino porque estaba hecha migas, y consiguió no cerrar los ojos a pesar de que el cansancio acumulado iba haciendo mella en su concentración.

Owen se percató de sus signos de agotamiento y no quiso abrumarla más, por lo que dio por finalizada la puesta al día.

—Será mejor que lo dejemos por hoy. La cena nos espera.

—Se habrá quedado fría —comentó ella moviendo el cuello a un lado y a otro para aliviar un poco la rigidez.

—No te preocupes por eso. Solo he pedido platos fríos.

Astrid se dio cuenta de que con ese hombre siempre iba un paso por detrás. Sin embargo, no hizo ningún comentario y, tras pasar por el aseo para lavarse las manos, se sentó a la mesa dispuesta a picar algo. Tampoco tenía intención de comer mucho, pues lo que de verdad ansiaba era darse una ducha y acostarse.

A ser posible, acompañada.

Cenaron en silencio. Por suerte, él no hizo comentario alguno sobre lo poco que estaba comiendo, y ella no intentó entablar conversación, pues a buen seguro resultaría absurda, a pesar de que deseaba poder volver a conectar, y olvidar el motivo real de su viaje.

No iba a mentirse a sí misma, máxime cuando por fin había mandado a paseo sus reparos. Quería volver a verlo, saber si lo que había sentido era real o solo producto de un buen revolcón. Sin embargo, saltaba a la vista que Owen ahora solo la veía como a una empleada.

Ni una sola palabra al respecto, solo aquel tímido gesto.

Debía ir asumiendo que estaba allí para trabajar. Única y exclusivamente.

Owen vio cómo se levantaba de la mesa, dejándolo sumido en un montón de dudas, las mismas que lo inquietaban desde que había tomado la decisión de llevarla consigo en ese viaje. Y no eran pocas, o al menos esa era la sensación que tenía, ya que nunca antes se había encontrado en una situación similar. Él no actuaba por impulsos, meditaba y reflexionaba hasta resultar agotador.

—Buenas noches —murmuró Astrid, dejándolo solo con sus disquisiciones.

Aquello era de locos. Entendía que estuviera hecha polvo tras el viaje y que quizá él se había comportado como un cretino al no darle ni siquiera un poco de tiempo para descansar. Sin embargo, todo era producto de su inseguridad ante ella.

Durante los días en los que había estado de nuevo sumido en su rutina, había reflexionado sobre su comportamiento y sobre cómo debía afrontar ese viaje. En más de una ocasión había llegado a pensar en anularlo. Podría darle, a través de su secretaria, una excusa convincente y finiquitar el asunto.

No obstante, se dio cuenta de que actuar así era tirar la piedra y esconder la mano porque hasta el momento nunca lo había hecho. Él siempre daba la cara.

También pensó en llamar a un irresponsable e imprevisible de manual. Quizá su hermano podría «enseñarle» alguna que otra cosilla para poder entender por qué, así de repente, cambiaba su forma de proceder y por qué su comportamiento no era el esperado, ya que, por más que repasaba los acontecimientos, seguía sin establecer una teoría válida. Desde que la había conocido a ella nada había sido normal.

Y luego, por supuesto, estaba el tema sexual, algo que lo dejaba sin aliento, sin palabras, sin saber por dónde le daba el aire. Una experiencia totalmente inesperada que le había hecho creer de nuevo en la posibilidad de que aquello era algo más que gimnasia.

Abandonó la mesa de la cena y volvió a la que había establecido como despacho. Aún quería repasar unos detalles y, desde luego, enfrascarse en la lectura de informes era la mejor medicina para olvidar temas sentimentales. Por mucho que una rubia espectacular estuviera acostada a pocos metros de él.

Mientras tanto, Astrid, recién salida de una ducha tonificante, se puso el albornoz del hotel y se quedó delante del espejo del aseo. Su mirada denotaba cansancio, pero también desilusión.

—No voy a llorar —dijo a su reflejo convencida, pues sería absurdo comportarse como una veinteañera voluble ante el desplante de un tío—. Astrid, que tienes una edad —se recordó para infundirse ánimos.

Empezó a peinarse antes de pasarse un poco el secador; de ninguna manera iba a acostarse con el pelo húmedo, ya que si lo hacía por la mañana no iba a poder desenredárselo. Al día siguiente debía arreglarse de manera sobria y con un aspecto profesional. Si permitía que su pelo se secara de cualquier manera, tardaría una eternidad en dejarlo decente. Abandonó la idea de echarse crema hidratante, no tenía ni ganas, pese a que delante de sus narices tenía una cesta de productos cosméticos

que debía de costar un ojo de la cara, por lo que se limitó a cepillarse los dientes.

Después apagó la luz y se fue al dormitorio. Bueno, aquello era mucho más que un dormitorio. Demasiados metros cuadrados para una sola persona.

No le extrañó hallarlo vacío y, con un gesto de resignación (porque haber encontrado a Owen esperándola en la cama habría sido lo más), se sentó en el borde y ni siquiera buscó algo de ropa para dormir, a pesar de que en la maleta había puesto un par de camisones muy sugerentes que había metido sin decírselo a Axel, su sirviente particular.

Terminó por acostarse sin taparse, miró al techo y cerró los ojos. «Cuantas más vueltas se da a las cosas, peor». Esa fue la triste conclusión a la que llegó.

—Y lo peor de todo es que estoy cachonda —reconoció en un murmullo, a pesar de lo incomprensible que resultaba—. Es para darme de tortas.

Puso una mano sobre su pecho y se acarició. Despacio, sintiendo endurecerse el pezón bajo sus propias caricias. Gimió muy bajito para no alertar a Owen; su cuerpo reaccionaba ante la propia estimulación, sin embargo, no era lo que necesitaba. Tocarse a sí misma, como en otras tantas ocasiones, ya no tenía tanta gracia, de ahí que hiciera una mueca replanteándose todo aquello. Su mano no bastaba, precisaba algo más.

Quizá si fantaseaba un poco... Se imaginaba que de repente él entraba en la alcoba... La observaba en silencio... Y ella, ajena a ese hecho, continuaba acariciándose y subiendo de forma progresiva la intensidad de sus caricias, hasta que él se decidía a intervenir...

¿Y si abandonaba la contención y gemía un poco más alto, exagerando incluso?

—Es peor el remedio que la enfermedad —masculó enfadada consigo misma por, uno, comportarse con tanta tontería y, dos, no coger el toro por los cuernos.

Suspiró resignada, llamándose incluso *estúpida* por encontrarse en ese estado, por pensar en él cuando era evidente que no merecía la pena y cuando, además, estaba para el arrastre.

Pero, como siempre ocurre, una cosa es lo que la cabeza dice y otra lo que se siente.

—Pues toma cartas en el asunto —se dijo volviendo a tocarse para, al cabo de medio minuto, hacer una mueca y dejarlo estar—. Así no funciona.

Gimió frustrada y abandonó toda intención de masturbarse para aliviar mínimamente su excitación, que ya llevaba mucha tontería encima. Pero en cuanto se tapó con la suave sábana, se dio cuenta de un detalle importante: tenía treinta y cuatro años, y a esa edad una ya no espera sentada. Toma la iniciativa y, si se produce el rechazo, se asume y punto.

—No voy a llorar —se dijo una vez más.

En su cabeza empezó a sonar *Para siempre*^[9], de Mónica Naranjo, y supo que era ahora o nunca.

Decidida a seguir hacia adelante, a no venirse abajo y a buscar lo que necesitaba,

agarró el albornoz del hotel y salió del dormitorio descalza. Owen estaba allí sentado, dándole la espalda, ensimismado con sus documentos, ajeno a su nerviosismo y a su estado de excitación.

Astrid caminó por la sala hasta detenerse junto a él. Al menos se había despojado de la americana y la corbata, aunque seguía manteniendo ese aspecto tan pulcro que adoraba. Se fijó en los gemelos de su camisa; detallista hasta las últimas consecuencias.

Él, tan enfrascado en la lectura y tan acostumbrado a pasar horas y horas solo imbuido en su trabajo, no se percató de su presencia hasta que vio de reojo algo blanco. No se sobresaltó, pues supo en el acto de quién podía tratarse. Levantó la vista.

Y ambos se miraron a los ojos.

Se reclinó en su sillón ergonómico para observarla con detenimiento. Con ese aire de hombre que ya no parece sorprenderse por nada, dejó los papeles sobre la mesa y, sin mostrar el más mínimo indicio de estar afectado por su inesperada presencia, entrelazó las manos sobre el pecho y esperó a que ella hiciera el siguiente movimiento.

No la esperaba, esa era la verdad, y menos de aquella forma.

Astrid respiró. Había sido valiente para salir del dormitorio, pero su osadía se estaba diluyendo hasta quedar en mínimos al tenerlo delante. No podía ser tan difícil. Era un hombre, todos funcionaban más o menos de la misma forma.

¿O no?

Porque si algo había captado desde el primer segundo era que Owen mantenía un férreo control sobre sus emociones y que, por tanto, una no sabía a qué atenerse; pero, desde luego, lo más prudente siempre era no esperar una respuesta convencional.

Él debía de ser de los pocos que no se regían por aquellos principios básicos de seducción, pues si bien no apartaba la vista de ella, seguía impertérito. Ni un gesto, ni una sonrisa. Nada.

«¿Indiferencia?», pensó Astrid con temor.

—Ábrete la bata —murmuró él en tono suave, aunque firme. Sonó incluso como una orden. Prosaica. Carente de emoción.

Ella obedeció ligeramente aliviada por poder hacer algo con las manos y deshizo el nudo del cinturón. Volvió a respirar y pensó que quizá debería haberse arreglado un poco para que la maniobra de seducción fuera más efectiva. Separó ambas partes de la prenda, mostrándose ante él. Mantuvo el albornoz por encima de sus hombros y sintió la fría mirada de Owen recorriendo todo su cuerpo.

Silencio.

Él, por su parte, intentó no comportarse como un perro en celo y tirar todos los documentos que había esparcidos por su mesa al suelo para subirla encima y follársela sin contemplaciones. Esa era la orden que su lado irracional lo instaba a

acatar.

Sería tan fácil ceder a la tentación y estropearlo todo...

De nuevo tuvo que recurrir a su autocontrol. Astrid dejaba claro que era bienvenido a compartir con ella mucho más que largas sesiones de trabajo, pero, del mismo modo que se había fijado en su espléndido y tentador cuerpo, también cayó en la cuenta de sus ojeras y del esfuerzo que hacía por seguir despierta.

No le pasó por alto, ¿cómo iba a hacerlo?, que sus pezones estaban duros, provocándolo, pidiéndole que interviniera.

Sin embargo, Owen apretó las manos y se mantuvo firme.

Esa noche no la tocaría.

—Ve a descansar, Astrid, mañana será un día muy duro y estás agotada —acabó diciendo, dejándola más confusa aún, a la par que insatisfecha.

Ella tragó saliva. Eso era un rechazo en toda regla. Con educación, pero un rechazo al fin y al cabo. Sí, estaba agotada, pero también excitada, y habría querido que al menos él se hubiera mostrado un poco más afectuoso.

Ahora tocaba retirada, y cubrirse era un buen modo de hacerlo.

Fue a cerrarse la bata pero, en un acto quizá irresponsable, quizá arriesgado, echó los hombros hacia atrás y dejó que cayera a sus pies.

—Buenas noches —le dijo, y dio media vuelta para regresar caminando desnuda a su dormitorio.

Astrid se frotó los ojos y maldijo al oír un zumbido a su espalda.

Aquello era un mal sueño o el comienzo de una película de terror, pues con ese soniquete no podía tratarse de otra cosa.

Gimió como protesta. Si de ella dependiera, los despertadores quedarían prohibidos por ley. Se apartó el pelo de la cara sin dejar de refunfuñar como una vieja y terminó volviéndose para acabar con aquel insoportable sonido, tan desesperante como una de esas calurosas noches de verano en que las chicharras no te dejan dormir con el maldito cricrí, y si cierras la ventana para no oírlas, te mueres de calor.

Incapaz de abrir los párpados debido al cansancio y la frustración por no poder quedarse en la camita una hora más y aprovechar así el calorcito, se puso de nuevo boca arriba, dispuesta a levantarse, pero antes se permitiría cinco minutos para que sus constantes vitales volvieran a la normalidad.

La noche anterior, al acostarse, había tenido la certeza de que Owen no la acompañaría y, la verdad, había intentado aguantar un poco más despierta para comprobar si dormía con ella o no. Sin embargo, al final la venció el sueño y ahora temía encontrarse en la cama tan sola como cuando se había metido en ella.

Un nuevo motivo para hacer una mueca...

Cuando creyó que ya habían pasado los cinco minutos de prórroga, se volvió y, al abrir los ojos, se encontró con lo último que imaginaba, pues sus esperanzas estaban bajo mínimos: la mirada seria de Owen, que, recostado sobre la almohada, parecía tan fresco como una lechuga de la huerta murciana recién cortada. Astrid no vio en él signos de cansancio ni tampoco gestos que denotasen su disgusto por tener que levantarse tan temprano. Ella, en cambio, tenía la sensación de que solo había podido dormir diez minutos. Desde luego, para recuperarse, habría necesitado veinticuatro horas de sueño ininterrumpidas.

O más.

Owen no apartaba la mirada de ella, y eso le creó ciertas expectativas. «No te emociones —se dijo intentando mantener una actitud serena ante lo que podría llegar a continuación—. Ya te ha rechazado una vez; ¿quieres más?».

La penumbra reinante en el dormitorio alimentaba la fantasía de que, pese al rechazo, pudiera quedar esa mínima esperanza. Además, él se había acostado (a saber a qué hora) junto a ella y, a juzgar por lo que la sábana dejaba entrever, se encontraba desnudo.

Había muchos factores a su favor, pero también un detalle que no podía obviar: el fundamental, pues no tenía muy clara la disposición de Owen.

—Buenos días —musitó él sin apartar los ojos de ella.

Astrid se quedó muy quieta porque su voz había sonado ronca, incluso sugerente,

pero puede que aquella impresión fuera tan solo producto de la falta de sueño y de sus deseos no satisfechos, y no quería lanzar las campanas al vuelo.

De pronto sintió una inesperada mano apoyándose en su estómago y cómo esta iba ascendiendo hasta llegar a un pecho, que comenzó a acariciar y a estimular. Controló la respiración y las ganas de chillar. No tenía muy claro si el motivo era por la lentitud o por la posibilidad de que solo se quedara en eso, en unas tenues caricias. Como un premio de consolación. Astrid cerró un instante los ojos, dejándolo hacer, disfrutando de aquel roce, olvidándose de que para gozar de aquellas caricias había tenido que madrugar.

«¡Qué dilema, quince minutos más de sueño o carantoñas a primera hora del día!».

Por fortuna, aquella mano mostraba interés en algo más que en tocarla de forma somera, y Astrid disimuló una sonrisa y las ganas de intervenir para acelerar el proceso.

—¿Qué hora es? —preguntó entre murmullos, acomodándose a medida que él se iba acercando más. La balanza se inclinaba claramente a favor de los arrumacos matutinos, pues aquella mano sabía muy bien cómo encender su deseo. «Qué cursi», pensó ella ante esa elección de palabras, aunque bien ciertas.

Él arqueó una ceja al oír su pregunta, pues no entendía el propósito de la misma, pero no tenía nada que ocultar. Comprobó la hora en su Cartier de oro blanco y respondió:

—Las seis y media.

Con razón a Astrid le parecía haber dormido tan poco.

Owen empezó buscando los puntos más sensibles de su cuello con los labios, al tiempo que sus manos se encargaban de abarcar otras zonas tanto o más delicadas, como, por ejemplo, entre sus muslos, acercándose con evidente peligro a su sexo.

—Sigue... —pidió ella encantada.

Separó instintivamente las piernas. Por fin la tocaba... *ahí*, aunque cuando procesó la información —lo cual hizo con más lentitud debido a la falta de sueño y a la excitación—, se quedó de piedra. ¡Las seis y media! A esas horas no estaban puestas ni las calles.

Mientras Astrid sincronizaba sus biorritmos, Owen continuó moviéndose, cada vez más excitado y resolutivo, dispuesto a matar dos pájaros de un tiro: aprovechar su erección matutina y, de paso, hacer lo que más deseaba desde que la había vuelto a ver la tarde anterior: follársela. Era un hombre de negocios controlado, no un santo varón célibe.

Con las yemas de los dedos, continuó rozando su estómago, el contorno bajo sus pechos, los costados..., zonas *a priori* secundarias pero que tenían línea directa con su calor corporal, pues este aumentaba por momentos, y todo eso sin olvidar su sexo, al que solo se había acercado de forma suave para no avasallar.

—Mmm —musitó ella, enredando las manos en su pelo para atraerlo hacia sí y

porque no tocarlo era de estúpidas.

—Astrid... —gimió él cuando ella presionó el muslo contra su erección, que, tal y como estaba, apenas podía soportar un roce.

Había tenido la precaución de guardar un par de condones bajo la almohada, por lo que estiró el brazo y agarró el primero que encontró.

Desde luego, despertarse así podía cambiar su idea sobre los madrugones, pues la verdad era que Owen se estaba esforzando por calentarla, aunque, si era sincera, llevaba en ese estado unas cuantas horas. Tampoco tenía que esforzarse tanto, pero se agradecía el detalle.

Por suerte, Owen no parecía el típico tío que, nada más despertarse, te levantaba la pierna y, a traición y sin dar los buenos días, te la metía.

—Sí... —ronroneó cuando sintió un dedo separando sus pliegues. Y no solo eso, sino que además movió la mano hasta llegar a su clítoris y lo friccionó con el mismo cuidado, sin mostrarse en absoluto impaciente.

Su murmullo fue recompensado con un suave mordisco en el cuello y un dedo extra para estimular con más precisión, y Astrid abandonó su postura más bien pasiva para tocar un poco de piel. Se moría de ganas no solo de tocarlo, sino también de recorrer su cuerpo con la lengua. Tenía que encontrar la manera de tumbarlo y lograr que se estuviera quieto el tiempo suficiente como para hacer realidad una fantasía: besar la cobra. No, dos fantasías: besar y lamer.

Continuó ocupándose de su pene, pero para subir un peldaño más e incrementar la tensión, añadió una mano.

—Espera un segundo —acertó a decir Owen.

Se apartó para colocarse el condón, y fue justo en ese instante cuando, ya algo más despierta, ella recordó el repaso a la agenda durante la conversación de la noche anterior y se le ocurrió hacer una pregunta casual.

—¿No habías dicho que, con levantarnos a las siete, nos sobraba tiempo? —planteó mientras no se perdía detalle de su cuerpo desnudo.

—¿Mmm? —musitó él acabando con la engorrosa tarea de ajustarse el preservativo y dispuesto a poner de nuevo las manos encima de aquel cuerpo femenino. Sin embargo, al ver que ella esperaba una respuesta, y excitado como estaba, no pudo adornar la verdad—: Puse el despertador media hora antes para...

Los puntos suspensivos podían traducirse por *follar*.

A ella, en cualquier otra circunstancia, aquello le habría parecido perfecto, pero al unir las piezas llegó a la conclusión más que evidente de que Owen, en su obsesión por planificarlo todo, había programado el despertador media hora antes de lo previsto para echar un polvo, y su libido se resintió.

Él se había situado encima, dispuesto a penetrarla, y lo detuvo.

—Owen, espera.

—¿Qué ocurre?

Astrid le acarició el rostro, confundiénolo, pues le mandaba que se detuviera y al

mismo tiempo se mostraba tierna.

—¿Esto lo tenías programado en tu agenda? —inquirió, y al ver su expresión llegó a la conclusión de que su hipótesis se acercaba bastante a la realidad.

—¿Importa? —preguntó él a su vez, molesto por no poder avanzar y por su tono acusatorio.

—A mí, sí —adujo ella completamente sincera, volviendo a acariciarle el rostro.

Owen resopló y se echó a un lado.

—El sexo no se puede programar —añadió Astrid en voz baja.

Dudó en ese instante si debería haberse callado, pues de repente se sintió estúpida, y además sola, pese a que él permanecía desnudo y empalmado junto a ella. Debería ir aprendiendo que Owen era un hombre estricto, metódico y que, por tanto, todo lo planificaba, incluido el sexo.

Sin embargo, a ella le era imposible pensar algo así.

Se puso de medio lado, dispuesta a hacérselo entender, o al menos a intentarlo.

—No puedes incluir en la agenda el sexo como si fuera una obligación más, debe ser algo espontáneo —añadió con voz suave ante el silencio de él.

Quizá la palabra *obligación* no resultaba la más idónea, pero si follar se equiparaba a actividades como llevar la ropa a la tintorería o pasar la ITV del coche, desaparecía toda la diversión, pues no conocía a nadie que se lo pasara en grande escuchando las explicaciones de una dependienta acerca de cómo quitar una mancha sin estropear el tejido.

«Debería besarlo», pensó, aunque al ver su expresión distante recapacitó. Ahora no era momento para arrumacos.

—Créeme, todo es posible —alegó él con una carga de cinismo excepcional.

Por su comentario, Astrid dedujo que para él no suponía ningún hecho reseñable.

—Es que me parece tan raro... No sé, ¿te lo imaginas? De ocho a nueve, gimnasio. De nueve a diez, ducha, desayuno y arreglo personal. De diez a doce, reunión. De doce a una, despacho con la secretaria, y de una a dos, sexo —comentó con voz profesional.

En vez de corregirla, porque se acercaba bastante a la realidad, Owen se levantó de la cama dispuesto a aprovechar el tiempo.

—Voy a la ducha. Descansa un poco más si quieres.

Ni un beso, ni una caricia. Nada. Como si no hubieran estado a punto de follar. Astrid se irritó, no solo por la frustración sexual, sino más bien por la conducta de ese hombre. No admitía otro punto de vista.

Lo de la agenda había sido una broma. ¡Por Dios! Y él se lo había tomado en serio.

Se quedó unos instantes en la cama, tumbada boca arriba; ya le iba a ser imposible volver a dormirse y, tras meditarlo durante dos minutos, decidió que con un hombre como Owen debía recurrir a dosis extras de paciencia.

Para no acabar de mal humor e intentar suavizar el ambiente, pues por la reacción

de él estaba claro que no se esperaba una negativa, salió de la cama. Sin embargo, mirándolo con objetividad, no se había negado, simplemente había hecho una observación. Eso sí, en vista del resultado, poco afortunada.

Entró en el aseo. Aunque bien era cierto que la *suite* disponía de dos cuartos de baño, el objetivo era compartir, y el ruido de la ducha un potente estímulo.

Allí estaba, de espaldas a ella, enjabonándose el pelo tras la mampara. Lástima que las bandas translúcidas del cristal tapasen ese culo.

Owen se percató de su presencia y se volvió. No la esperaba allí, menos aún después del mal comienzo que estaban teniendo. Ella no apartaba la vista y, por pura vanidad masculina, su cuerpo reaccionó. Maldijo entre dientes, pues no le apetecía soportar un segundo recalentón y tener que masturbarse sabiendo que Astrid estaba tan cerca.

Cuando vio que no se limitaba a mirarlo, sino que se acercaba, tan desnuda como él, tragó saliva. En la mano llevaba un condón, por lo que podía hacerse una ligera idea de sus pretensiones.

—¿Puedo ducharme contigo? —preguntó solo por cortesía, pues entró en la ducha sin esperar su respuesta.

Se pegó a él, a pesar de que el espacio era lo bastante grande para ambos, pero entonces no tendría gracia alguna. Para practicar sexo en la ducha había que mantener el cuerpo bien pegado al del otro y así aprovechar la piel húmeda para frotarse entre sí bien a gusto.

Astrid le entregó el preservativo y, sin decir una sola palabra, agarró su polla, consiguiendo en breves instantes que su estado pasara de «interesada» a «muy interesada».

—Astrid...

—Mmm... —musitó ella, encantada por tenerlo así. Lo dicho: el agua ayudaba a que todo fuera más excitante.

Astrid se aplicó aún más al oír su gemido, encantada con la respuesta; al menos no se apartaba ni la rechazaba como había temido en un principio.

Para no caer de rodillas, Owen apoyó una mano en la pared, por encima de su cabeza, y con la otra rodeó su cintura. Quería besarla y no encontraba ningún motivo para no hacerlo, por lo que fue acercándose a su tentadora boca.

Sonrió de medio lado cuando la vio separar los labios para él, y le dio la bienvenida encantada. Por supuesto, Astrid no dejaba de meneársela, algo que resultaba prometedor.

Sintiéndose un poco perversa por tenerlo, literalmente, en sus manos, ella también sonrió.

La respiración de Owen se volvía a cada momento más errática. La suave mano femenina, ayudada por la humedad y la lubricación del gel, había logrado establecer el ritmo perfecto.

Hundió la cara en su cuello y apoyó los labios en su piel para sentirla, y acabó

mordiéndola ante lo que estaba experimentando. Joder, hacía mucho tiempo que ninguna mujer se ocupaba de su polla de esa manera y, desde luego, ni punto de comparación con sus sesiones de autosatisfacción.

—Estoy a punto de correrme... —gimió junto a su oído.

—Hazlo —exigió ella, dispuesta a quedarse insatisfecha.

Astrid había llegado hasta ese punto, y lo cierto era que ya no le importaba. Quería, ansiaba, verlo alcanzar el orgasmo, porque había observado que era uno de esos escasos momentos en los que menos frío se mostraba él. Además, apostaba a que así se comportaría de un modo mucho más relajado, menos formal.

Pero Owen no opinaba lo mismo, pues, aunque la propuesta de correrse en su mano resultaba atractiva, no quería ser egoísta, y recurrió a toda su fuerza de voluntad para apartarla. Aprovechando la ley de la ventaja y el desconcierto de ella ante su brusco gesto, la besó mostrándose dominante y acaparador, pues parecía no tener suficiente.

—Date la vuelta —le ordenó con voz dura, aunque consiguió que ella temblara de verdad cuando añadió—: Por favor.

«Oh, Dios...». Que se mostrara educado justo en esos instantes confería a toda la situación un cariz muy distinto, pues a la vertiente carnal y primaria del sexo se le unía la parte elegante de un hombre como él.

Owen no perdió el tiempo y, tras rasgar con los dientes el envoltorio del condón, se lo enfundó como si le fuera la vida en ello. Mientras, delante de él, Astrid le mostraba su apetecible culo, con las piernas apenas separadas y ambas manos apoyadas en la pared de azulejos.

Se agarró la erección con una mano y la acercó a su coño desde atrás, separando sus pliegues. La encontró mojada e, impregnando el látex de su humedad y lamentando no poder follar a pelo y sentir todo ese calor directamente sobre su piel, se posicionó. Dobló un poco las rodillas y empujó, mientras la sujetaba de la cadera para no empotrarla contra la pared, y ella, en un acto reflejo, echó el trasero hacia atrás, logrando que encajaran a la primera y gimieran al unísono.

Él comenzó a moverse, a embestirla. Colocó una mano sobre la de Astrid y, de esa forma, se sintió aún más cerca de ella. Notó cierto temor al darse cuenta de que aquella mujer podía ser más importante para él de lo que en un principio había estado dispuesto a admitir.

Ella, mientras tanto, intentaba no acabar desplomándose ante la potencia con la que él la estaba follando. Cielo santo, aquello era mil veces mejor que sus expectativas iniciales. Cuando había decidido arriesgarse a meterse en la ducha con él no había pensado que Owen se comportaría de aquella manera.

Con cada empujón, sus tetas rozaban el frío azulejo y, si bien, de haber podido escoger se habría decantado por sus manos, la fricción de la pared resultaba verdaderamente estimulante, y no dudó incluso en restregarse.

—Envidio esa pared —gruñó Owen al darse cuenta de ello—. Nada me gustaría

más que te rozaras contra mi pecho.

—La próxima vez —respondió ella, dando así por hecho que la habría. Porque, a medida que iban intimando, aquello mejoraba, y tuvo el presentimiento de que lo bueno estaba todavía por llegar. Sería de necios no intentarlo.

Tras la intensa estimulación previa, Owen no podía aguantar más. Ella lo acogía, lo apresaba en el interior de su cuerpo, y como gratificación extra, disfrutaba de una panorámica de su perfecto culo. Puso una mano en su nuca, la deslizó hacia abajo siguiendo su columna vertebral, hasta llegar al punto exacto donde la espalda pierde su nombre, y con un dedo rozó la separación de sus nalgas. Un perturbador pensamiento cruzó por su cabeza, aunque lo relegó de inmediato, ya que, con toda probabilidad, ella jamás lo permitiría.

Astrid, por su parte, se apartó como pudo el pelo de la cara, porque a pesar de estar segura de que su aspecto y el de un perro de aguas tras soportar un aguacero sería el mismo, no quería salir de aquella ducha sin antes alcanzar uno de los orgasmos que con toda probabilidad debería calificar como increíbles. La mano de Owen le había tocado partes tan sensibles y a la vez tan perversas que cada poro de ese recorrido se había sensibilizado hasta un límite casi insoportable.

Estaba a punto, con cada fuerte empujón sus brazos intentaban sostenerla, y temió que acabaran fallando. La falta de costumbre. Desde luego, esperaba ponerse al día cuanto antes.

Owen colocó una mano en su nuca, obligándola a mantener la postura. No recordaba haberse mostrado tan dominante antes, y por alguna inexplicable razón deseaba someterla, tenerla a su disposición. No era un simple polvo de alivio.

Apretó los dedos alrededor de su cuello, incluso llegó a pensar que podría lastimarla; no obstante, era tanta la tensión acumulada que, mientras se controlaba para no correrse, debía buscar una forma de canalizar aquella presión en su polla, porque no era ni medianamente soportable.

Seguía sin comprender por qué con Astrid, cosa que no le había ocurrido con ninguna de sus amantes anteriores, conseguía llegar a ese estado, y pensó que tal vez debería empezar a preocuparse.

—Más fuerte —ordenó ella, sonando desesperada.

Sentía la fricción constante en su sexo, dilatado, húmedo, y el roce de sus testículos en el trasero. Unos dedos marcándola y doblegándola, ante lo que ella claudicaba encantada.

—Faltaría más —convino Owen, aceptando gustoso el reto.

¿Cuánto hacía que no follaba así?

La respuesta era bien sencilla: nunca había follado así.

—Owen... —jadeó Astrid dejando caer la cabeza y cerrando los ojos al correrse.

Al oír su nombre, él supo que por fin podía mandar a paseo la contención y unirse, gracias a Dios, a ella. Tembló y se dejó ir, lamentando por enésima vez que el jodido látex no le permitiera un contacto total. Observó que, debido a la presión de su

mano, le había dejado los dedos marcados, y se apresuró a besarla en la nuca. Aunque, si era sincero, le encantaba la perversa idea de que Astrid llevara aquella marca.

Cerró el grifo y la rodeó con los brazos, pegando el pecho a su espalda para que ella pudiera incorporarse. Se quedó así, con ella, en silencio, disfrutando del contacto, sin nada más.

—Aún no me has dado un beso de buenos días —murmuró ella soñadora, poniendo las manos sobre las de él.

—Un error imperdonable, desde luego —respondió volviéndola entre sus brazos para solventar de inmediato aquel descuido.

La besó, con una intensidad más parecida a la de dos amantes que llevan tiempo deseándose, a pesar de que hacía poco más de cinco minutos que se había corrido en el interior de su sexo, cuando lo más lógico era darle un beso rápido, a modo de broche final, para contentarla y poder pasar al siguiente punto del día.

Astrid se enroscó en su cuello y aprovechó para que sus pezones, aún duros, se dieran otro homenaje, en esta ocasión, disfrutando de la calidez y la suavidad del torso masculino.

Ninguno de los dos parecía tener intención de separarse, y, sin saber cómo, de nuevo la cosa comenzó a animarse. Astrid gimió junto a su boca y a Owen se le puso dura de nuevo. Para comprobar que el gemido femenino iba acorde con su propia reacción, él deslizó una mano entre sus muslos y, al notar cómo ella le clavaba las uñas en los hombros, supo que no eran meras suposiciones.

Como si de nuevo el lado salvaje que no creía tener tomara el control, la empujó, sin separarse de su boca, contra la pared de la ducha.

—Dime que has traído otro condón —exigió apartándose lo imprescindible de sus labios.

Astrid negó con la cabeza al tiempo que se mordía el labio, esbozando una sonrisa triste y pensando sin duda lo mismo que él.

Frustrado, Owen buscó la solución más rápida a aquel contratiempo. Salió de la ducha y tiró de ella sin miramientos hasta la cama. Ambos fueron dejando un rastro húmedo, pues ninguno de los dos quiso detenerse a coger una toalla.

Una vez junto a la cama, ella misma se dejó caer y él la siguió encantado. No tuvo ni que pedirle que separase las piernas. Refunfuñó mientras buscaba el preservativo y batió el récord mundial de colocación de condón. Oyó la risa femenina y la miró. Astrid esperaba, mordiéndose el labio con expresión inocente, a que la penetrara.

A pesar de las prisas, Owen se detuvo un segundo para contemplarla. No había ni rastro de artificio, ni rastro de fingimiento ni exageraciones. Ella se mostraba tal cual era y, lo más importante, no intentaba impresionarlo. Disfrutaba de aquello igual que él.

Ponerse a filosofar teniendo una erección era ridículo, así que se posicionó para que las cosas siguieran el camino natural.

Astrid buscó su boca y alzó las piernas para envolverlo con ellas y sentirlo al máximo, y a él no le pasó desapercibido, pues no podía imaginar una postura mejor. Ya no quedaba espacio para la contención, las buenas maneras ni, mucho menos, la delicadeza.

La embistió adoptando un ritmo endiablado, encantado con la respuesta de ella y dejando a un lado, sin sentirse mal por ello, su contención habitual. Ahora la cama podía traquetear sin restricciones. Solo estaban ellos dos.

Ajena a todas esas hipótesis, Astrid solo podía centrarse en la respiración de él junto a su oreja y en la suya propia, mientras que su cuerpo se preparaba para otro orgasmo.

—Un poco más... —gimió agarrándose a él y apretando los músculos vaginales para atraparlo en su interior, de tal modo que se intensificara cada roce.

Se aferró a sus hombros y entornó los ojos disfrutando de cada segundo de contacto. Puede que Owen fuera el tipo más frío del universo, pero cuando se desnudaba conseguía que una entrase en ebullición.

—Córrete —le ordenó él y, al hacerlo, se dio cuenta de que era la primera vez que le hablaba así a una mujer. De igual modo, se percató de que utilizar términos explícitos no sonaba tan vulgar en el momento adecuado y, además, a juzgar por la sonrisa de Astrid, era tan efectivo como un buen empujón.

—Faltaría más —suspiró ella arqueándose bajo su peso y sin poner objeción alguna.

Frente al espejo, Owen se colocó los gemelos y comprobó que el nudo de su corbata estuviera perfecto. Después se puso la americana del traje y miró la hora. A pesar de los imprevistos, podía decirse que iban según el horario establecido.

Él nunca se mostraba muy proclive a variar su agenda, pues de ello dependía en gran medida que los negocios y los demás asuntos en general marcharan de manera correcta. No obstante, admitió para sí que en esa ocasión había merecido la pena, y mucho, hacer una excepción.

Con el rabillo del ojo, la vio acercarse. Caminaba despacio, quizá cautelosa ante el primer día de trabajo, y más teniendo en cuenta que su relación no estaba, ni iba a estar, limitada al ámbito laboral. Si bien Owen no debería haberse sorprendido al verla, porque estaba aburrido de tener ejecutivas a su alrededor, lo hizo. Vestida de azul marino. Falda recta justo por encima de las rodillas. Blusa gris. Chaqueta entallada. Recogido bajo. Maquillaje suave. Unos diminutos pendientes de oro.

Solo le faltaba un elegante y refinado collar de perlas, y se le pasó por la cabeza la idea de llamar a su secretaria y encargarse uno como regalo. Una minucia en su presupuesto y apenas dos minutos de su tiempo para efectuar el encargo. Sin embargo, desechó la idea, pues si alguna vez le hacía un regalo se encargaría en persona de comprarlo. Además, dudaba que ella lo aceptara, y no quería que se sintiera obligada a hacerlo por compromiso, enrareciendo el ambiente entre ambos.

No, de momento los regalos quedaban fuera de esa extraña relación. Como decía Marisa, su madre, «Las mujeres inteligentes suelen rechazar los premios que pueden conseguir por sí mismas».

—¿Estás lista?

—No —respondió ella inquieta.

Hacía mucho que no se encontraba en una situación similar y, para ser sincera, por cómo iban las cosas últimamente, pensaba que no volvería a trabajar en lo suyo. Cuando se había mirado en el espejo por última vez antes de salir del dormitorio, tuvo que pellizcarse para convencerse de que no era un sueño.

Owen, por su parte, la miró sin comprender, pues no era capaz de encontrar una sola pega a su aspecto; es más, podría haberlo calificado de inmejorable. Así pues, se decantó por pensar que quizá su preocupación se debía a otros motivos.

—¿Nerviosa? —aventuró, y cayó en la cuenta de que por norma general nunca hacía ese tipo de preguntas a sus colaboradores, pues daba por sentado que así era.

«Si me lo hubiera preguntado con una sonrisa, sería más fácil contestar», pensó ella asintiendo, pero Owen había vuelto a ser el hombre distante y frío de siempre. No había ni rastro del tipo ardiente, expeditivo (bueno, a lo mejor expeditivo, sí) y pasional con el que había retozado en la ducha y en la cama.

Aunque con ese traje estaba para comérselo. De acuerdo, como cualquier hombre de negocios, lo más probable era que se lo hubieran confeccionado a medida, pero la percha iba de serie. Daban ganas de meterse debajo de la mesa y comprobar si respondía al estereotipo de ejecutivo sensato de día y perverso de noche.

«Sosiégate», se recordó a sí misma, porque tenían por delante una dura jornada de trabajo y como empezara a fantasear con su «jefe», iba a pasarlo mal de verdad.

—Desayuna, por favor —le dijo él, señalándole la mesita bien dispuesta.

Astrid tenía un nudo en el estómago que a saber cómo iba a deshacerlo, pero aceptó la sugerencia, ya que un café bien cargado sí podía tomarlo.

—¿Me acompañas? —inquirió segundos después al darse cuenta de que él permanecía de pie, observándola en silencio.

—No, gracias. Ya me he servido mientras te esperaba.

—Ah, vale —murmuró ella, recordándose a sí misma que *Owen* y *organización* eran la misma cosa, por lo que siempre andaría un paso por detrás de él.

Astrid se acomodó y se sirvió una taza de café, siendo consciente de que él observaba todos sus gestos, eso sí, desde una prudente distancia.

—¿Nos vamos? —preguntó luego él, ya sin mirarla, dando por hecho que estaba a su servicio y que, por tanto, jamás de los jamases se opondría.

—Sí, por supuesto —respondió Astrid tan formal como él tras limpiarse con una servilleta y darse cuenta de que había dejado un rastro de carmín.

Ahora que parecía que se le había abierto el apetito, pues todo tenía una pinta estupenda, sonaba el gong y ya no podía mover el hocico.

Suspiró; lo cierto era que, tras la intensa actividad mañanera, necesitaba reponer fuerzas, pero, debido a las prisas, tuvo que conformarse con un café, eso sí, bien cargado, porque no quería empezar a bostezar en medio de la reunión.

Por supuesto, él continuó comportándose con el refinamiento acostumbrado. Le abrió la puerta de la *suite*, dejó que pasara primero y colocó una mano en la parte baja de su espalda para guiarla.

Astrid dudaba que ese último gesto fuera habitual entre jefe y empleada, y seguramente, una vez que estuvieran acompañados no lo repetiría, pero disfrutó de ese exiguo contacto; al menos daba a entender que su presencia no le era tan indiferente.

Una pequeña tontería que logró que sonriera.

Ya en el ascensor, Owen comprobó la hora por enésima vez y maldijo para sus adentros, pues cada minuto perdido contaba y, al parecer, estos empezaban a acumularse, retrasándolo. Astrid se percató de su malestar y se mantuvo en silencio porque no quería que se estropeará el día.

Cuando llegaron a la planta baja, a pesar de su mal humor, Owen le cedió el paso y caminó a su lado, mientras los empleados con los que se cruzaban les daban los buenos días, a lo que él respondía con un leve gesto de asentimiento.

Astrid procuró sonreír a todo el mundo, pues sabía lo bien que sienta a un

trabajador ese sencillo gesto y lo poco que cuesta hacerlo. Aunque a Owen, por lo visto, lo traía sin cuidado. Él caminaba indiferente al resto del mundo. Solo se fijaba cuando le era necesario.

A las puertas los esperaba un impresionante Mercedes negro Clase S y un hombre de color, tamaño armario empotrado de dos cuerpos, vestido de traje, sosteniendo abierta la puerta trasera.

—Buenos días, señor Boston —dijo el tipo nada más verlo con una leve inclinación de cabeza.

—Buenos días, Arthur —respondió Owen sin variar un ápice su conducta—. Te presento a la señorita González. Trabajaré con nosotros.

—Encantado, señorita —intervino Arthur tan formal como su jefe.

—Gracias —murmuró ella algo cohibida.

El comportamiento de Owen estaba siendo en todo momento cordial, sin dar muestras de la intimidad que habían compartido delante de los demás, como sin duda habrían hecho otros tipos encantados de pavonearse.

Astrid le tendió la mano y el hombre miró de reojo a su patrón, esperando una especie de autorización que llegó con un leve gesto de asentimiento. El chófer aceptó la mano pero no le devolvió la sonrisa con la que Astrid lo había obsequiado.

—Vamos con retraso, Arthur —interrumpió Owen.

No se sentía molesto porque su chófer y su... —todavía no sabía cómo llamarla— se mostraran educados, pero tampoco quería que ahora se pusieran a intercambiar comentarios de cortesía, demorándolo aún más.

—Lo sé, señor Boston. He estado a punto de llamarlo y preguntar si había ocurrido algo.

—Nada relevante —respondió Owen, dejando a Astrid confundida.

Lo había dicho con su frialdad habitual y no sabía si estar cabreada porque la considerase «nada relevante» o agradecida porque así Arthur no pensaría que era una rubia muy mona dispuesta a «todo» por jugar a la Barbie ejecutiva.

Owen se acomodó en su asiento, se colocó el cinturón de seguridad y la miró esperando a que ella hiciera lo mismo. Por supuesto, a Astrid ni se le pasó por la cabeza llevarle la contraria.

El vehículo arrancó y él abrió su maletín para entregarle un iPad.

—Toma, aquí dispones de todos los informes que necesitaremos. Tiene un enlace que te comunica directamente con mi secretaria y conmigo para trabajar en red.

—Muy bien —susurró ella, intentando conciliar la imagen del hombre que ahora tenía al lado con el de primera hora de la mañana.

¿Cómo podía mostrarse tan distante?

Bueno, si quería llevar a buen puerto las negociaciones, desde luego debía serlo, pero con ella, estando en presencia de un empleado que a buen seguro lo conocía, podría mostrarse menos reservado o, al menos, decir las cosas con una sonrisa.

—Si necesitas cualquier información, no dudes en contactar con Helen, ella

siempre está disponible y goza de toda mi confianza —apostilló Owen trasteando con su dispositivo sin mirarla ni una sola vez.

«¿También dispone de todos los datos sobre ti?», se preguntó Astrid, ya que una secretaria siempre puede ser la fuente de información más fiable.

—Así lo haré —contestó obediente, y se olvidó de las cuestiones personales para empezar a meterse en faena, que para eso estaba allí. Nada de intentar comprender la personalidad de Owen.

—Excelente —adujo él sacando su móvil.

Ante su actitud manifiestamente distante, la joven prefirió ponerse a mirar el iPad, ya que de no hacerlo terminaría sintiéndose como un elemento más de la carrocería.

Tenía que ser como él; nada de pensar en retozar en el asiento trasero, nada de mirarlo de reojo y olvidarse por completo de la cobra, porque caería en la tentación de fantasear, y queda poco profesional acudir a una reunión con las bragas empapadas.

—Buenos días, Helen, ¿cómo va todo? —Owen empezó a hablar con su secretaria sin perderse detalle de las piernas de Astrid, porque, había que reconocerlo, esa falda de ejecutiva era ideal para imaginar posibilidades eróticas, aunque se recordó que en esos casos lo mejor es mantener la mente fría. No era profesional aparecer empalmado en una reunión.

—Buenos días, Owen —le devolvió el saludo Helen con su tono más formal—. ¿Llegó bien la señorita González?

Él miró a la aludida antes de responder.

—Sí, muy bien —contestó seco—. Ponme al día, si eres tan amable.

Astrid escuchaba la conversación y se dio cuenta de que sus palabras corteses escondían una orden en toda regla. «Aplicáte el cuento», se recordó.

Owen continuó intercambiando información con su secretaria y ella se puso las pilas. En el iPad encontró toda la información y mucho más acerca de las personas con las que iban a reunirse, sobre las cuales había gran cantidad de detalles personales. Desde luego, a Owen no le gustaba nada dejar cabos sueltos.

—Ya hemos llegado, señor —anunció Arthur deteniendo el coche junto a un impresionante edificio de oficinas.

Por supuesto, Owen no se movió hasta que le abrieron la puerta.

Apenas tuvieron que caminar un par de metros hasta el acceso principal, donde el guardia de seguridad hizo los honores y, de nuevo, Owen le cedió el paso a Astrid. Una podía acostumbrarse a tantas atenciones con rapidez, por lo que se recordó que ese trabajo era temporal y que, pasados quince, no, catorce días, volvería a vestir el uniforme de camarera y a trabajar por el salario mínimo.

—En la reunión de hoy nos limitaremos a escuchar la propuesta final, a tomar notas. No se adoptará ninguna decisión —la informó él en tono profesional.

—De acuerdo —murmuró ella cohibida ante su tono responsable.

—Tal y como has visto en los informes, quieren que les hagamos de soporte, pero seguramente nos pedirán que participemos como inversores. Lo que, en un principio, no nos interesa negociar —comentó Owen mientras caminaban hacia la sala de juntas donde iba a tener lugar el encuentro.

A medida que avanzaban, eran objeto de escrutinio y de comentarios en voz baja. Astrid se dio cuenta de que no la miraban a ella, sino a Owen, ya que se da por hecho que los altos ejecutivos lleven como complemento de moda a una rubia.

Nada más cruzar la puerta, que él mismo sostuvo abierta para ella, los tres hombres presentes en la sala se pusieron en pie. Astrid mantuvo el tipo a pesar de ser sometida a un instantáneo test de inteligencia porque, siendo rubia, ya se presuponía que ni siquiera llegaba al setenta de cociente intelectual.

—Buenos días, señores —dijo Owen ofreciendo la mano a cada uno de ellos—. Les presento a mi asistente, la señorita González.

—Encantada —murmuró ella algo cohibida, aunque desde luego ya podía ir sacando el carácter porque, de no ser así, se la comerían viva el primer día.

—Mucho gusto, señorita —respondió el primero, que ella reconoció por los informes.

Mathias Discart, rubio, de ojos azules. Elegante. Traje de tres mil euros o más. Todo un ejemplo de abogado lameculos dispuesto a vender a su madre al mejor postor. Bueno, el informe de Owen decía que era un abogado con iniciativa, capaz de solventar cualquier problema y muy hábil en las negociaciones. Para entenderse, lo llamaría *el Lobo*.

—Lo mismo digo —intervino el segundo. Joseph Branker. Moreno. Bajito, corte de pelo desfasado. Heredero reconvertido a ejecutivo tras dilapidar una fortuna en los casinos. Amigo de la infancia del señor Discart. A este habría que referirse como *Ficha floja* por razones obvias.

—Un placer, señorita González —finalizó el tercero, al que Astrid calificó como *el Adosao*. Eduard de Bruyn. Expolítico imprescindible, con influencias e ínfulas de prestigio, a quien lo más probable era que los dos primeros recurrieran como carta de presentación en la sociedad de inversiones.

—¿Nos sentamos? —sugirió Owen impaciente por ponerse a trabajar y evitar que ese trío se la comieran con los ojos, puesto que su reacción al verla había sido más que evidente.

—Por supuesto —convino el Adosao con esa sonrisa falsa de político curtido en miles de mítines electorales en los que se mide muy bien qué decir para que las masas aplaudan.

Astrid esperó a que Owen señalase su sitio, pues, como había insistido en recordarle, la quería en todo momento junto a él. Apartó la silla y aguardó a que él se acomodara antes de ocupar su puesto. La joven respiró profundamente, recordándose que podía hacerlo. Solo tenía que escuchar, tomar notas y permanecer en silencio.

Nada más sentarse, el Lobo comenzó a exponer su plan de negocios, y durante

diez minutos no dejó de hacerlo. Sus dos compañeros sonreían encantados ante el discurso, encendido y muy bien elaborado, todo había que decirlo, que les estaba soltando.

Astrid miró de reojo a su jefe, pero este permanecía impassible. Por lo visto, debía de estar hastiado de que le hicieran la pelota, porque al final de la exposición todo eran alabanzas hacia la firma que presidía Owen. Palabras como *legendaria tradición, responsabilidad financiera, solidez en los mercados, dirección acorde con los tiempos* y otras más o menos rimbombantes acompañaban el café que hacía unos minutos les habían servido.

Pensó también que lo más lógico era tomar notas, pero no: Owen permanecía en actitud relajada, que no distraída, con las manos entrelazadas, en esa postura suya que Astrid empezaba a considerar un clásico, dejando entrever los immaculados puños de su camisa, donde resaltaban los gemelos.

—Y ahora, señores, *señorita*...

El hecho de que aquel tipo utilizara un tono seductor para referirse a ella era para darle con la mano abierta, pensó Owen disimulando que a cada minuto que pasaba le caía peor. Aunque en los negocios no se deben tener en cuenta los sentimientos personales, y menos aún si estos están relacionados con una mujer, hasta la fecha no había contemplado ese contratiempo.

El Lobo se puso entonces en pie y se acercó al fondo de la sala, preparó la pantalla blanca y siguió con su perorata, mostrándoles unos gráficos muy cuidados que respaldaban su teoría.

Astrid estuvo tentada de utilizar el iPad que tenía entre las manos para mandar un mensaje a Owen diciéndole algo así como: «¿De verdad tenemos que soportar a este tipo?». Sin embargo, la prudencia tomó el mando y se quedó quieta, porque a buen seguro a él no le haría gracia que utilizara el aparatito para divertirse.

Miró con disimulo su reloj. Media hora de parloteo incesante ya era mucho parloteo y, sin bien estaban allí para trabajar, al menos el Lobo podría dejar de hacerse el simpático. Para más inri, la contemplaba a ella la mayor parte del tiempo como si esperase un encendido aplauso o que le pidiera una cita. Si al menos la mirase a los ojos... Pero no, el «regalo de los dioses para el género femenino» centraba su atención en su delantera, y eso que su discreta blusa no mostraba nada.

Por fin se le acabó la correa y, tras entregarles un dossier, se sentó sonriente, creyéndose el mejor orador del mundo. Vamos, un cicerón en pleno discurso.

Owen ni siquiera lo abrió, pero ella, algo desconectada tras su largo periplo en el mundo de los empleos temporales, decidió que no costaba nada echarle un vistazo. En especial porque aquella era su obligación, y cualquier dato del que tuviera conocimiento ayudaría a la hora de establecer una teoría.

—Señor Discart, debo confesar que su propuesta me resulta interesante —intervino Owen tras hacer una calculada pausa al finalizar la exposición del hombre.

—Me alegra oír eso, señor Boston —convino él con la misma hipocresía que

Owen.

—Pero, como comprenderá, antes de tomar una decisión debo analizarla con detenimiento.

Astrid no se perdía detalle. Aquello era una pelea de gallos o, mejor dicho, a ver quién jodía primero a quién. Eso sí, resultaba una oportunidad única para aprender.

—Su exposición parte de unas previsiones muy entusiastas —añadió el banquero, y ella supo en el acto que aquellas palabras eran una crítica en toda regla; eso sí, disfrazada con cortesía.

«Todo un maestro», pensó deseosa de que continuara hablando. Debería apodarlo *el Zorro*, pero como lo conocía íntimamente solo podía llamarlo de una manera: *la Cobra*.

Disimuló una sonrisa y apretó los muslos, porque desde que lo había conocido ya no podía pensar en una serpiente sin excitarse.

—Por supuesto, por supuesto.

—Estamos aquí para lo que desee, señor Boston —terció el Adosao, siempre servicial.

—Me alegra saberlo —convino el aludido con cierto aire indolente.

—Déjeme añadir que, cuanto antes firmemos un acuerdo, antes llegarán los beneficios —apostilló el Lobo.

—Desde luego nadie puede negar que es optimista —dijo Owen, y ella supo al instante que estaba siendo sarcástico.

—Siempre hay que serlo en los negocios —intervino Ficha floja, que algo tenía que decir para no parecer tonto.

—Y es el mejor momento, la coyuntura económica nos favorece —remató el Adosao, que por lo visto no tenía ni idea.

—Y la señorita González ¿qué opina? —inquirió el Lobo al darse cuenta de que con el banquero poco o nada iba a conseguir el primer día.

Owen continuó impertérrito, a pesar de que habría preferido que Astrid no interviniera en la primera jornada, y en especial ante la pregunta trampa de ese cretino que no dejaba de mirarle las tetas, un detalle que no le había pasado desapercibido y que casi disculpaba.

—¿Quiere una opinión sincera o la de rubia tonta? —replicó ella.

Discart arqueó una ceja ante la osadía de la mujer y, por un instante, la miró a los ojos y no a las tetas. «Bueno, es un comienzo», pensó Owen.

—Las dos —respondió el Lobo cruzándose de brazos para lucir los bíceps que a buen seguro había conseguido en largas sesiones en el gimnasio más caro.

«Que elija la de rubia tonta», deseó Owen en silencio observándola a ella durante un segundo antes de centrar la atención en Branker y De Bruyn, quienes, por lo visto, tampoco podían evitar devorarla como perros de presa.

Joder, solo les faltaba babear o mear por las esquinas para marcar el territorio.

Astrid, rodeada de testosterona en estado puro, y habiéndose criado con un

hermano con tendencias dominantes, aceptó el reto. Se puso en pie, pues de ese modo evitaba tener que elevar el rostro para mirarlos a los ojos.

—Los gráficos con los que nos ha obsequiado, señor Discart, son divinos. Se nota que sabe combinar a la perfección los colores. —El aludido no disimuló una media sonrisa—. Pero, si quiere mi opinión, este año se llevan más los tonos tierra.

Ficha floja y Adosao se rieron, y ella regresó a su cómoda silla y recuperó su iPad, decidida a no darle más importancia al hombre, porque eso era precisamente lo que buscaba.

Owen se contuvo para no aplaudir y miró la hora. Eso se le iba a hacer muy cuesta arriba.

Mientras escuchaba la exposición entusiasta del tipo había ido sacando varias conclusiones. La primera, que ni loco iba a firmar ningún acuerdo con ese trío sin apretarles las tuercas, y la segunda, que debería advertir a Astrid sobre su comportamiento para evitar que en medio de las negociaciones estallara una pelea de gallos, pues no solo Discart la miraba hambriento, sino que Branker también le había echado el ojo.

—Muy aguda, señorita González —murmuró el Lobo soportando a la perfección la ironía y manteniéndose en el papel.

—Un punto de vista interesante —aportó Ficha floja.

—Las mujeres siempre pensando en la moda —remató el Adosao.

Owen se sintió orgulloso y lamentó no poder expresarlo de una manera más entusiasta, pues con su comentario absurdo Astrid había conseguido distraer la atención de sus interlocutores y darle así la oportunidad de pillarlos con la guardia baja.

Desde luego, cuando se le había ocurrido ofrecerle el trabajo nunca imaginó que ella fuera a resultarle tan útil.

Sintiéndose un poco fuera de lugar, Astrid mantuvo el tipo, aunque cada vez que veía cómo Owen intervenía para hacer una observación, apretaba los muslos. ¿Cómo podía excitarse viéndolo negociar?

Definitivamente estaba perdiendo el norte, y esperaba que el maquillaje disimulara su sonrojo. Para más inri, en cuanto él se ponía de pie y apoyaba la mano en la cadera derecha, a su mente, de forma automática, acudía la imagen de la cobra y, claro, así resultaba imposible concentrarse.

Abrió un nuevo botellín de agua y bebió intentando refrescarse un poco, y Owen la miró de soslayo. Para evitar que este preguntara preocupado, le dedicó media sonrisa, indicándole que todo iba bien.

Disfrutaba observándolo. Cuando oía una propuesta que lo disgustaba no fruncía el entrecejo ni mostraba disconformidad, sino que se limitaba a mover la estilográfica mientras preparaba una negativa. Cuando algo lo aburría, se ajustaba la correa del reloj. Pero, siempre con cara de póquer, no dejaba entrever sus emociones.

El baile de cifras continuaba alrededor de Astrid y, en el momento en que le

entregaron unos documentos en francés sobre las operaciones de la sociedad financiera para que lo tradujese, agradeció en silencio poder tener algo entre las manos y dejar así de mirar a su jefe.

—Más tarde lo estudiaremos con detenimiento —indicó Owen a su lado inclinándose lo justo para no dar la impresión de que mantenían cierta intimidad, pero lo suficiente como para que ella pudiera oler su perfume.

—Muy bien —contestó con suavidad.

—Entonces, creo que podemos dar por concluida la reunión por hoy. ¿Les parece? —sugirió el Adosao.

—Hemos reservado mesa en un restaurante cercano —indicó el Lobo, dando a entender que el establecimiento sería de lo más exclusivo y que estaría encantado de pagar una cuenta abultada con tal de impresionar.

—Lo lamento —adujo Owen, para nada impresionado—, pero mi asistente y yo tenemos otro compromiso.

«¿Ah, sí?», se dijo Astrid. Sin embargo, no quiso intervenir porque salía beneficiada. Quedar exenta de comer con semejante trío era para dar palmas y cantar una bulería, eso como poco, porque estaba hasta la peineta de las miraditas del Lobo. Puede que el hombre tuviera unos impactantes ojos azules, pero el primer sentimiento que estos despertaban era de desconfianza.

—No importa —comentó inmune al rechazo—. Ya tendremos ocasión en los próximos días de poder degustar sus especialidades.

—Por supuesto —murmuró Owen educado a más no poder.

Para la despedida se repitió el ritual de falsa cortesía de los tres hombres. A Owen le hacían la pelota y a Astrid la miraban con cierto recelo, pues no sabían hasta qué punto el banquero confiaba en ella.

Owen se ocupó de llamar a su chófer y, tras confirmar que los esperaba en la puerta, abandonaron la sala.

—Respira —le pidió él mientras se acomodaban en el asiento trasero del Mercedes.

Astrid obedeció.

O, al menos, lo intentó.

Arthur los llevó hasta el hotel. Allí, tras dejar el maletín en recepción para que se ocupasen de subirlo a la habitación, se dirigieron hacia el comedor, donde tenían mesa reservada, lo que no extrañó a Astrid, como tampoco que nada más acomodarse apareciera el *maître* para entregarles la carta.

Eficiencia allá por donde pasaba.

A Owen no le pasó desapercibido que la actitud de ella estaba lejos de ser relajada. Durante el trayecto de regreso al hotel no habían cruzado una sola palabra, y Astrid había permanecido todo el tiempo mirando por la ventanilla.

—¿Puedo recomendarles la especialidad de hoy? —preguntó el *maître* dirigiéndose a él, lo que daba a entender que pensaba que Astrid era una rubia florero sin voz ni voto.

—No —respondió ella con brusquedad y una sonrisa bien falsa, logrando así que el empleado se fijara en ella—. Prefiero elegir por mi cuenta. —Y añadió con un tono lo más alejado de la cortesía posible—: Gracias.

Por lo visto, era otro integrante del club de fans: «Ponga una rubia en su vida, si es tonta; por lo menos le alegrará la vista». Estaba aburrida de que siempre dieran por hecho que era una verdad universal. Joder, si al final iba a tener que ponerse un letrero en la espalda con su título universitario.

¿Por qué la gente suponía que era él quien llevaba la voz cantante?

Owen la miró con una media sonrisa e hizo una seña al *maître* para que se retirase. Presentía que estaban a punto de tener su primera pelea. Lástima que fuera por un tercero, ya que no se le había escapado que Astrid miraba al camarero como si fuera el anticristo.

—Los dejo entonces para que decidan —dijo el hombre con la discreción que se espera de esos sitios, marchándose sin hacer más comentarios.

A medida que el camarero se alejaba, Astrid se dio cuenta de que había pagado el pato con ese hombre y que quizá su reacción había sido desproporcionada.

—Lo siento —se vio obligada a decir avergonzada por su arrebato, ya que él la miraba con un deje de diversión.

Owen entrelazó las manos y se mantuvo unos segundos en silencio deliberadamente. Su faceta de mujer cabreada resultaba muy pero que muy atractiva.

—No pasa nada —la tranquilizó, y volvió a concentrarse en la carta, tratando de mostrarse indiferente ante su enfado. Estaban en un sitio público, no era el lugar más apropiado. Nunca había cedido a esa clase de impulsos y no iba a empezar ahora.

Astrid pensó en no darle más vueltas, porque si ya el primer día iba a ponerse quisquillosa..., no terminaría cuerda la segunda jornada.

Empezó a leer los platos del menú, tenía hambre, pero con el cabreo que llevaba

encima no se decidía por nada. Además, tampoco ayudaba que Owen siguiera ajeno a todo, parapetado tras la carta. A veces, tanta indiferencia cabreaba.

—Sí que pasa —dijo al final retomando el asunto.

Dejó la carta a un lado; cuando volviera el camarero a tomar la comanda pediría cualquier cosa, o actuaría como se esperaba de ella, es decir, que fuera Owen quien decidiera.

—¿Perdón? —murmuró él ante su renovado arrebató cuando lo creía ya extinguido. Tampoco era que se hubiera molestado en comprenderlo, pues siempre se mantenía al margen y, como a él nunca le ocurrían esas cosas, no tenía por qué esforzarse.

—Puede que sea lo más normal del mundo, pero creo que por hoy ya he llenado el cupo de estupideces basadas en mi aspecto —explicó Astrid poniéndose en plan guerrera. Estaba haciendo una montaña de un grano de arena, pero el comportamiento del *maître* había sido la gota que había colmado el vaso.

Owen dejó la carta a un lado y la miró. Se recostó en la silla, entrelazó las manos y esperó a que Astrid continuara hablando; intuía por dónde iban los tiros, pero prefería que fuera ella quien lo dijera.

—Sé que debo mantenerme en silencio, no interrumpir. Sin embargo, no te haces una idea de las ganas que me han entrado de quitarme el zapato y darles con él en la cabeza, empezando por el Lobo... Puaj, qué asco, solo le ha faltado babear. —Y puso cara de repugnancia antes de añadir—: En mi escote.

—¿El Lobo? —inquirió él arqueando una ceja ante semejante apelativo.

—Mathias Discart; lo he apodado *el Lobo* porque tiene toda la pinta.

—No vas desencaminada... —comentó Owen a la espera de que ella ampliara la información porque sentía verdadera curiosidad.

—Sé que no es el único, ya he tenido que aguantar a otros tipos como ese, pero al menos esperaba que disimulara un poco más y que tú... me defendieras.

—Astrid... —advirtió él conciliador porque no le apetecía discutir en público. Bueno, ni en privado.

—Apenas me ha mirado a la cara. —Señaló su pecho para dar más énfasis a sus palabras—. Estoy por acudir mañana en biquini para que se distraiga.

—No exageres... —pidió él concentrándose para no conjurar en su mente la imagen de Astrid en biquini. Demasiado perturbadora para la hora de comer.

—Y, para colmo, el camarero. Podría disimular un poco.

Lejos de entrar al trapo, pues no era su forma de proceder, Owen reflexionó acerca de la cuestión. Sí, ella tenía razón y, desde luego, era el primero en admitir que el comportamiento de ese tipejo había sido despreciable. Sin embargo, debería comprender que en cuestiones de negocios más valía fingir indiferencia hacia ciertos ataques personales.

—No es tan sencillo, Astrid —expuso intentando serenarla para dar por cerrado el asunto.

Luego hizo una seña al *maître* para que se acercara y tomara nota de la comanda, a ver si con el estómago lleno la situación mejoraba.

—Me lo figuraba —farfulló ella desilusionada, pues le quedaba un atisbo de esperanza y que Owen se mostrara un pelín más solidario, pero era otra lección que debía aprender.

Él podía dejarlo ahí, como siempre hacía; sin embargo, se vio a impulsado a justificar con ella su comportamiento.

—Escucha: Discart, como muchos ejecutivos, se comporta como un estúpido, en eso no voy a llevarte la contraria —comenzó en un tono sospechosamente condescendiente—. Pero, y es ahí donde nosotros..., tú debes entender la diferencia; si entras en su juego, si te muestras ofendida, conseguirás que no solo continúen sus insinuaciones, sino que además las incrementen, pues a ese tipo de hombres los divierte hacerse notar.

—Me dejas mucho más tranquila —arguyó ella, picada en su orgullo.

—Se despierta en ellos lo que podríamos denominar un *instinto de cazador* —apostilló Owen, dándose cuenta de que se estaba explayando demasiado en un tema en el que ni le apetecía ni le convenía entrar.

—Supongo que tú también lo tienes.

Él prefirió no responder a nada que se refiriese a sus instintos, porque intuía cuándo una cuestión, en apariencia inocua, podía arrastrarlo a un jardín con demasiadas espinas, y Owen huía como de la peste de cualquier encerrona.

Y cuando esta era por cuestiones tales como el orgullo femenino, ni se acercaba, pues en su contra jugaba, además, la falta de experiencia.

Astrid se cruzó de brazos. Quizá fuera la explicación más larga que le había dado, y para más inri tenía toda la pinta de sonar a reprimenda. Jodía, y bastante, que Owen admitiera a tipejos así, cuando él no se comportaba en absoluto de esa manera.

—¿Has elegido ya? —le preguntó intentando que el tema muriese ahí. No quería discutir más con ella, y menos el primer día.

—Sí —contestó Astrid enfurruñada, pero se dio cuenta de que poco o nada iba a conseguir, pues Owen parecía no inmutarse por ninguna cosa. Estaba acostumbrado a que su palabra fuera ley y, por tanto, no admitía discusión posible.

El camarero regresó y, como buen profesional, intuyó la tensión y se limitó a tomar nota con rapidez, preguntando lo imprescindible.

Comieron en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos, que, por cierto, iban por caminos muy distintos. La situación no fue tensa, pero sí rara. Miradas furtivas y monosílabos educados; así que cuando finalizaron tampoco fueron necesarias más palabras para abandonar el restaurante y regresar a la *suite*.

«Esto se me va a hacer muy cuesta arriba», reflexionó Astrid mientras subían en el ascensor. Miró a Owen de reojo y, debido a los espejos de la cabina, tenía buenas perspectivas de él. Había que reconocerlo, estaba impresionante con ese traje tan sobrio, le quedaba como un guante. Sí, definitivamente no iba a ser un camino de

rosas, y confirmó ese pensamiento cuando nada más entrar él se deshizo de su americana y se fue directo a su mesa dispuesto a trabajar.

—Voy a cambiarme... —farfulló ella.

Hizo denodados esfuerzos por no arrastrar los pies al más puro estilo niña enfurruñada que es obligada a hacer sus deberes.

—Empezamos dentro de cinco minutos —contestó él serio.

Su actitud dejaba claro que no admitía réplica alguna y que, por mucho que en momentos puntuales (véase «momento ducha», por ejemplo) perdiera su habitual seriedad, Astrid debía asumir que, uno, estaban allí para trabajar, y dos, nada ni nadie podía desconcentrarlo de sus objetivos.

Deseando deshacerse de su ropa de «trabajo», se fue al dormitorio dispuesta a ponerse cómoda para ocuparse de los papeles. Abrió el armario e hizo una mueca. «Axel y su obsesión por la ropa elegante...». Entendía que, de cara al público, tuviera que dar una imagen, pero no hacía falta ir todo el día de punta en blanco. Así que agarró una toallita desmaquilladora, un pantalón de deporte, una camiseta y arreando.

Cuatro minutos más tarde, Owen levantó la vista y la vio sentarse enfrente. Parecía otra, con una camiseta negra en la que se leía «MOJINOS ESCOZÍOS» (a saber qué era eso, pero no preguntaría), un pantalón corto gris y el pelo recogido con una pinza, sin rastro de maquillaje.

En silencio, Astrid dispuso sus útiles e, ignorándolo por completo, se metió en faena. Owen negó con la cabeza, sin duda divertido ante su comportamiento, y también se concentró en sus cosas. Más tarde intentaría restablecer la normalidad entre ambos, aunque, la verdad sea dicha, no sabía muy bien cómo, pues las relaciones no eran su especialidad.

Owen tardó más de medio minuto en recordar qué iba a hacer justo en el momento en que ella había aparecido «vestida para la ocasión», aunque al ver el móvil en su mano se acordó de que Helen, su secretaria, esperaba una llamada.

Astrid y él intercambiaron una mirada cargada de mil pensamientos, insinuaciones, deseos de momentos insatisfechos... Sin embargo, él fue el primero en romper el contacto visual cuando su secretaria respondió.

—Buenas tardes, señor Boston. ¿Cómo va todo? —La voz modulada y educada de Helen lo puso de nuevo en situación, haciendo que se olvidara de rubias peleonas con ropa cuestionable pero unas piernas de escándalo. Solo por eso podía pasar por alto su aspecto descuidado. Por lo menos no llevaba la horrenda camiseta de Grúas González, se dijo viendo el lado positivo.

—Moderadamente bien —contestó utilizando una fórmula correcta. No iba a entrar en detalles estando Astrid presente.

—Me alegra oír eso. Bien, cuando quieras empezamos a repasar tu agenda...

Al oír la conversación, y presuponiendo que podía ser confidencial, Astrid se levantó de la silla y agarró su portátil dispuesta a buscar otro sitio para que él no se sintiera incómodo.

—Te dejo... —susurró.

Disimulando su interés al verle las piernas, Owen le hizo un gesto para que se mantuviera en su sitio y, de paso, se fijó en su ordenador. Con ese cacharro prehistórico no trabajaría ni un becario, por lo que dio la primera orden.

—Antes de nada, Helen, necesito que me envíes un portátil, por valija, configurado y listo para usarse —pidió. No iba a admitir fallos debido a un lamentable equipo informático.

—De acuerdo —convino la mujer—. Antes de que se me olvide, ha llamado tu madre, quiere saber si vas a estar de regreso para la fiesta de cumpleaños de la abuela.

Owen sonrió al acordarse de la abuela Margaret. Ochenta y cinco años y la misma mala leche de siempre. Era de las pocas personas, exceptuando a su hermano, que hacía de su capa un sayo y que no se callaba ni debajo del agua. Se preguntó qué pensaría de Astrid; al fin y al cabo, cada vez que lo veía terminaba aburriéndolo con eso de «A ver si te casas», y en los últimos tiempos, como Patrick, el hombre con menos probabilidades del mundo de mantener una relación seria, estaba emparejado, y para sorpresa de propios y extraños le iba bien, solo quedaba él soltero.

Estaba desvariando y como tenía a Helen al teléfono, Owen se dejó de especulaciones y estupideces varias. Su abuela tendría que esperar.

—No lo sé... —murmuró mirando a Astrid. Estaba concentrada, con un bolígrafo entre los dientes y gesto ceñudo.

—Pues entonces tendrás un problema. Intentaré buscarte una coartada convincente. Ya sabes cómo es Margaret.

—Inigualable.

—Le diré que estás de viaje y fingiremos que estás interesado en alguien.

—Excelente —convino él mirando de soslayo a la posible candidata—. Sigamos...

Astrid trataba de no liarse a mamporros con su viejo ordenador. Iba más lento que el caballo del malo, y si quería que antes de la cena todos los documentos estuvieran traducidos y organizados iba a tener que poner dos velas a algún santo para que ese viejo cacharro funcionara.

Ya se había colgado dos veces, y mucho se temía que estaba a punto de suceder una tercera. Lo primero que haría al regresar a casa sería, tras ingresar dinero para reducir algo la deuda, comprarse un portátil decente.

—Me parece bien... —estaba diciendo Owen, ajeno, por suerte, a sus vicisitudes informáticas—. Prepara una reunión para principios del mes que viene y di al gandul con el que vives que es imperativo asistir.

—Sabes perfectamente que no va a querer venir. No insistas —contestó Helen resignada.

—Pues convéncelo —exigió él, mostrándose aburrido del tema—. Como sea. No puede librarse siempre de sus responsabilidades.

Mientras esperaba a que se reiniciara el sistema por enésima vez, Astrid escuchaba la conversación. Por lo poco que llegaba a comprender, saltaba a la vista la gran complicidad entre Owen y su asistente, por lo que confirmó sus sospechas. Como todo ejecutivo que se precie, él había tenido sus más y sus menos con la secretaria, que, a buen seguro, aparte de ser monísima de la muerte, debía de ser también competente. Un dos por uno.

—Haré lo que pueda —suspiró Helen.

—Amenázalo con algo como dormir en el sofá..., tú sabrás.

Astrid arqueó una ceja. Vaya maneras de hablarle a una secretaria...

—Eso no funciona —replicó Helen, y Owen leyó entre líneas, deduciendo que ya lo había probado pero, conociendo al excéntrico de su hermano, a saber cómo se tomaba los castigos. Lo más probable era que se los pasara por el arco de triunfo o que diera la vuelta a la tortilla.

—En fin, sigamos con otros asuntos...

Owen empezó a hablar de cifras, de datos, de mil cosas que Astrid no pudo por menos que admirar. Cuando se puso en pie y comenzó a pasear por la salita mientras continuaba despachando asuntos con su secretaria, sintió de nuevo ese cosquilleo que la obligaba a apretar los muslos. Caminaba como si fuera el dueño absoluto. Hablaba en tono calmado pero firme. Daba instrucciones pero sin parecer un déspota, aunque ni una sonrisa, ni una broma. Cien por cien concentrado.

«Reprímete, Astrid», se dijo mirando la pantalla. Ahora parecía que el señor Windows tenía ganas de funcionar, y no podía quedarse embobada contemplando a Owen como las vacas al tren, porque al final la iba a pillar.

Él finalizó su llamada y se quedó unos instantes junto a la ventana, pensativo, o al menos esa fue la impresión que tuvo ella, que intentaba por todos los medios ser una profesional.

De tanto esforzarse, al final logró dejar de comérselo con los ojos y meterse en faena. Lo cierto era que al principio sintió que estaba un poco oxidada, pero a medida que avanzaba la tarde todo empezó a funcionar. Leía, traducía, tomaba notas, mordisqueaba el bolígrafo..., una manía, esta última, que no podía evitar desde su época de estudiante, pero que la ayudaba a concentrarse. Menos mal que había pillado por banda uno de los del hotel y no la estilográfica de Owen, que a buen seguro costaba una pasta.

Él, por su parte, volvió a su asiento y no interrumpió su concentración. Daba gusto verla trabajar, tan imbuida en los documentos y a veces componiendo unas expresiones de lo más cómicas. Tuvo la tentación de sacarle unas cuantas fotos con el móvil, sin embargo, no llevó a cabo ese deseo para no molestarla.

Reflexionó sobre el conato de discusión durante la comida. Entendía su indignación, su respuesta y, por supuesto, que le exigiese, como jefe, un mínimo de apoyo. No obstante, tendría que mantener una conversación seria con ella acerca de lo que podía suponer para las negociaciones entrar en aquellos absurdos combates.

En primer lugar, si él mostraba el más leve interés por ella, más allá del profesional, delante de otros hombres, de forma automática Astrid sería el blanco de murmuraciones sobre cómo había conseguido su puesto de asistente. De nada serviría su excelente preparación.

En segundo lugar, si tipos como Discart y sus socios intuían cierta relación entre ambos, no dudarían en utilizarla en su contra. Si jodiéndola a ella lograban joderlo a él, no vacilarían ni un instante; de ahí que la discreción fuera fundamental.

Y, en tercer lugar, que la tomasen poco menos que por una rubia tonta con aspiraciones a secretaria siempre venía bien. Que la subestimasen podía jugar a su favor, ya que se mostrarían más relajados, lo que podía llevarlos a hablar más de la cuenta o sencillamente meter la pata.

Desde luego, para lograr que ella comprendiera su punto de vista, necesitaba crear el ambiente propicio, pues la situación aún estaba enrarecida. Más tarde, quizá, tras la cena, o mejor dejarlo para el día siguiente.

Astrid se puso en pie y se acercó hasta la impresora. Allí esperó hasta que todos los folios estuvieran disponibles y después regresó a su puesto, mordisqueando el bolígrafo. Todo ello sin mirarlo y haciéndole desear ser el jodido boli.

—Creo que he terminado —anunció tendiéndole los papeles.

—¿Qué opinas? —preguntó él cogiéndoselos de la mano.

—Si te soy sincera... Al igual que en la presentación de esta mañana, son demasiado optimistas. No contemplan ningún revés. Es cierto que han obtenido beneficios, pero el riesgo ha sido enorme.

—Eso parece, sí... —murmuró Owen mientras leía en apariencia distraído, aunque en realidad no se le escapaba ni uno solo de los movimientos de Astrid.

—Es como dedicarse al monocultivo.

—¿Monocultivo? —repitió él a la espera de oír la relación entre finanzas y agricultura.

—Pues sí. Verás: mientras hay una fuerte demanda del producto, te haces de oro, pero en cuanto surge competencia o sencillamente el mercado se cansa, pierdes hasta la camisa —explicó ella esperando que aquello no se convirtiera en un monólogo o, lo que era peor, un maldito examen.

—¿Te da la impresión de que estos informes pueden estar retocados? —preguntó él de forma retórica, pues su olfato ya le advertía esa posibilidad.

—Me da que sí —murmuró Astrid frunciendo el ceño mientras repasaba alguno de los datos que tenía enfrente.

—¿Por qué? —Owen se moría de ganas de ponerla a prueba, y qué mejor oportunidad. Admitiendo que su postura era la de un cabrón que jugaba con ventaja, no renunció a ella.

Ella se puso en pie y rodeó el escritorio para señalarle uno de los documentos.

—Mira, por ejemplo, este balance... —le indicó inclinándose junto a él—. ¿No te parece sospechoso que, en el primer año de actividad, sin un respaldo serio,

consiguieran financiación privada?

—¿Mencionan a los inversores?

—No, no he visto la relación de nombres por ningún lado.

—Bueno, hay ocasiones en que, tras acudir a los cauces habituales, hay quienes, al recibir un no por respuesta, se buscan otras fuentes. No se debe sospechar de ese punto de forma necesaria.

—Ya, pero en el segundo año de actividad, pese al éxito, tampoco consiguen un respaldo notorio.

—Puede que los inversores no quieran figurar.

—Eso pensé yo, pero en el desglose de las partidas vuelve a aparecer el concepto de financiación privada, y eso hace dudar de la veracidad de los apuntes contables.

Owen esperó a que ella le mostrara el dato sobre el papel.

—Sospechoso, sin duda.

—Lo cual confunde, ya que, si supuestamente han obtenido beneficios, ¿por qué no reinvertir en la empresa?

—Interesante, desde luego.

—Y, perdona mi ignorancia: ¿por qué intentan ahora negociar contigo, es decir, con un banco de gran calado, y no empezar por uno, digamos..., más modesto?

—Esa es la pregunta del millón —respondió él dejando los informes sobre la mesa y con la tentación de agarrarla de la cintura, subirla encima, separarle las piernas y follársela. No obstante, se conformó con añadir—: Excelente trabajo.

—Gracias —dijo ella haciendo una mueca un poco desilusionada, la verdad.

«Al menos podría haberse mostrado un poquito más efusivo... Me he dejado las pestañas leyendo en francés a cambio de un simple “gracias”», pensó Astrid. Sin embargo, en el acto se dio cuenta de que era su trabajo y, por tanto, no debía esperar gratificaciones extra en forma de cumplidos.

Consciente de todo, pese a mostrarse tan frío, Owen se puso en pie y, sin mediar palabra, le acarició el rostro. Un extraño gesto en él, tan poco dado a ese tipo de arrebatos. Sin embargo, y ya iban unas cuantas veces, perdía la batalla ante ella.

—Como veo que tu atuendo no es el más apropiado para salir... —la repasó de arriba abajo—, pediré que nos sirvan aquí la cena.

Astrid podría haber protestado, haberle dicho que se cambiaría en minuto y medio o que, al menos, podía pedirle su opinión. Como siempre, Owen daba por hecho que nadie se opondría a sus deseos, lo cual en principio resultaba irritante a más no poder. Pero si lo pensaba con detenimiento, llegaba a la conclusión de que se encontraba cansada y que quizá él solo pretendía ser amable y facilitar las cosas.

—Como quieras —convino incapaz de replicarle.

«Cuántas posibilidades entrañan esas dos palabras», se dijo Owen, separándose del tentador cuerpo femenino para llamar al servicio de habitaciones.

Convivir con un hombre, porque eso era lo que Astrid estaba haciendo pese a no seguir los cauces más ortodoxos, implicaba grandes dosis de paciencia; esa era una verdad universal reconocida desde tiempos inmemoriales. Sin embargo, tras la cena, pudo llegar al enorme sofá sin tropezar por el camino con unos zapatos, ropa sucia... o cualquier otro elemento que los representantes de la raza masculina consideran necesarios para marcar el territorio. Y no solo porque el hotel contara con un excelente servicio de habitaciones, sino porque además Owen era hasta para sus cosas personales tan ordenado y metódico como en su vida profesional.

Habría que hacer un estudio al respecto porque era el primer hombre con aquellas cualidades que conocía.

Tampoco había tenido que encargarse de cocinar y de recoger después, lo cual ya suponía una gran diferencia tras aquel intento fallido de vivir en pareja con Esteban. Claro que existían notables diferencias. Para empezar, no tenían que apañarse en pocos metros cuadrados, ya que ahora se encontraban en un hotel de lujo, donde había que preocuparse únicamente de pedir lo que querían.

Aunque Astrid intuía, por su comportamiento entre otras cosas, que Owen no era un haragán de esos que se pasean por la casa en calzoncillos y rascándose los huevos.

Sintió un espeluznante escalofrío al recordar esa escena.

Aquí la diferencia principal era el sujeto en cuestión. Bueno, es que comparar a Esteban con Owen era como comparar la mierda con la mermelada, así que mejor no hacerlo.

Agradecía que, tras un día agotador, no solo de trabajo, sino también de emociones, podía intentar relajarse delante del televisor (a saber de cuántas pulgadas, porque la palabra *panorámica* se quedaba corta) sin tener que pelear primero por conseguir el mando a distancia o, lo que era peor, tener que soportar a todo volumen un canal dedicado en exclusiva al deporte en donde te retransmiten hasta una competición de bobsleigh.

Todo un logro, la verdad fuera dicha.

Recostada sobre la suave tapicería, Astrid pasaba canales sin terminar de decidirse. La oferta era tan amplia que no sabía muy bien qué ver. Podría preguntar a su acompañante, quien, sentado en uno de los sillones, tenía la vista clavada en uno de esos periódicos de color sepia plagado de información económica. Por suerte, no pasaba las páginas humedeciéndose el dedo. Refinamiento ante todo.

—¿Te apetece ver algo en concreto? —le preguntó con educación, tanta, que tenía la impresión de que haberse acostado con él había sido producto de su imaginación.

Él la miró de soslayo antes de hablar.

—No, no suelo ver televisión. Pon lo que tú quieras —respondió formal para no

variar, regresando a su lectura.

No era así como ella esperaba pasar la velada, pero, al parecer, Owen no era un hombre muy proclive a la conversación, eso saltaba a la vista, así que debía encontrar otro modo de entretenerse hasta el momento de acostarse.

Momento que, por cierto, no sabía cómo enfrentar, pues no tenía muy claro cómo comportarse, ya que él no había mencionado nada al respecto. Aquella incertidumbre le molestaba, ya que todo ese juego de interpretar los silencios exigía una gran concentración. Y con un hombre como Owen, mucho más.

Cambió de postura en el sofá y, aunque podía dar mala impresión, se deshizo de sus chanclas para poder subir los pies y tumbarse, tal y como hacía en su pequeño apartamento durante esas noches que, agotada tras el trabajo, se distraía con la tele de fondo y un libro en las manos.

Al final, tras un intenso repaso a la programación, dejó puesto un canal de información, ya que, al no saber los gustos televisivos de Owen, mejor decantarse por algo general. Él seguía tan concentrado en su periódico que hasta daba apuro molestarlo.

En ese instante sonó un móvil, y Astrid supo en el acto, por el tono, que era el suyo (Owen jamás llevaría un teléfono cuya melodía fuera tan tonta, pero escuchar los acordes de *La Pantera Rosa*^[10] siempre ponía un punto elegante al asunto), así que se puso en pie, fue en busca del teléfono y respondió con una sonrisa.

—Dime, mamá...

Él, no tan indiferente a sus movimientos, la miró de soslayo y disfrutó al oírla hablar en sueco mientras se paseaba descalza por la salita. No entendía ni una sola palabra, aunque por el tono y las sonrisas, dedujo que se trataba de alguien cercano.

Esperaba que no fuera el quisquilloso del gerente de Grúas González informándose de los pormenores de lo que había hecho o pretendía hacer con su hermana durante los próximos días.

Astrid le daba la espalda, lo que le permitía observarla a placer mientras su cabeza elaboraba teorías. Puede que su aspecto, excesivamente casero, diera, *a priori*, una impresión equivocada, pero tras haber trabajado con ella codo con codo, esa impresión pecaba de injusta.

Owen continuó haciendo como que leía la información económica, pero en realidad seguía sin perderse detalle de la conversación, pese a que le habría gustado enterarse de lo que decían, no por una simple curiosidad malsana, sino por saber si lo mencionaba a él.

Otro hecho que debía tener en cuenta, pues hasta el momento poco o nada se había preocupado de lo que opinaran de su persona. No obstante, con Astrid ese patrón de comportamiento se iba diluyendo, como muchos otros.

También esperó, en vano, que le dedicara una de esas miradas «casuales» mientras hablaba por teléfono, dando a entender que sentía su presencia. Sin embargo, ella continuaba concentrada en la conversación, y él, sin saber por qué,

esperando ese gesto.

«Claro que, ¿cómo va a mostrarse cómplice si tú mismo haces todo lo posible por ignorarla?», se preguntó estirando de malas maneras el periódico, que, por cierto, había cogido por el simple hecho de tener algo entre las manos, porque hacía ya mucho que estaba suscrito a varios rotativos y a diario se cargaban en su iPad.

Ella, por su parte, intentaba explicarle a Analie, su madre, que todo iba perfecto. Entendía su preocupación y que la llamara para saber de primera mano cómo le estaban yendo las cosas, en especial tras la mala racha que arrastraba, por eso se apresuró a contarle la verdad: que Owen la trataba muy bien y que, pese a que fuera temporal, ese empleo suponía una gran oportunidad para su currículum. Frases típicas para dejar a una madre tranquila y, ya de paso, aprovechar para mentalizarse a una misma, lo que nunca viene mal.

—No, no hace falta... —le indicó a su madre, pues esta ya quería ir como loca a buscar en internet toda la información.

Por supuesto, en la conversación también surgió el tema de su hermano, el cual se había encargado no solo de hacerle la maleta, sino también de irles con el cuento a sus padres, cuando Astrid habría preferido contárselo en persona.

—Ya sabes cómo es Axel, le gusta preocuparse por todo... —prosiguió en tono zalamero—. Vale, pásame a papá y hablo con él.

A su regreso tendría una seria conversación con Axel acerca de sus funciones como hermano mayor. Establecería límites, y el primero, dejar claro que eso de ir corriendo a contárselo a papá y a mamá ya no podía ser.

Que tenían una edad, por favor.

—¿Seguro que ese hombre es de fiar?

—Que sí, papá... —canturreó ella en tono de niña buena y en castellano, para alegría de Owen, que no perdía ripio—. Es de fiar. ¿No te lo ha contado Axel? —preguntó Astrid con ironía e incómoda, pues su padre seguía sin ver claro eso de que su niña estuviera con un perfecto desconocido.

Owen dejó el periódico a un lado (eso sí, perfectamente doblado), porque verla hablar con su familia era, con creces, mucho más interesante que comprobar la evolución de los mercados. Astrid continuaba convenciendo a su padre. Para ello, le repetía que estaba con un buen hombre, serio, responsable, trabajador... El aludido torció el gesto ante los adjetivos empleados por ella; solo faltaba que dijera *previsor* y el lote estaría completo.

De acuerdo, nunca se había salido del redil (para eso ya estaba Patrick, que tenía un excelente historial de desfase inalcanzable a cuestas), siempre había intentado hacer las cosas bien, nada de escándalos (en esto también su hermano tenía la exclusiva y había batido todos los récords) y, por tanto, era una persona discreta y en quien se podía confiar.

Resumiendo: aburrida.

Entrelazó las manos y reflexionó acerca de ello. Puede que en los últimos tiempos

hubiera hecho alguna que otra locura, aunque, la verdad, una birria de locura, porque al final de una situación anómala había aprovechado para ser el de siempre.

Y lo que podría haber derivado en una aventura de esas para desmelenarse apenas había pasado de una noche loca. Aunque, si lo pensaba detenidamente, ni eso.

Quizá debería hablar con Patrick para que le explicase cómo se hacía eso de ser irresponsable... Pero aguantar la sonrisa socarrona de su gemelo era una variable que debía tener en cuenta, pues no perdería la oportunidad para tocarle la moral, y si su hermano intuía que el motivo era una mujer, pues entonces el cachondeo le iba a durar meses. Además, no podía empezar a desmelenarse a lo grande como sin duda le propondría el loco de Patrick, sino poco a poco.

¡Joder, si hasta para cometer una locura lo pensaba antes!

—Bueno, no te preocupes, papá... —canturreó Astrid—. Te llamo la semana que viene, ¿vale? Y dale un beso a mamá de mi parte.

Finalizó su conversación con un suspiro, mezcla de resignación ante el lógico interés de sus padres y la impresión de sentirse otra vez una niña pequeña. Dejó el móvil sobre la mesita dispuesta a recuperar su cómodo sitio en el sofá y el mando a distancia, porque, por increíble que pareciera, Owen no se había lanzado a por él en picado.

—Mis padres... —le dijo con cierto aire de disculpa, pues no quería dar una impresión equivocada.

Él le sonrió comprensivo.

—No pasa nada —adujo para ser correcto, y entonces se dio cuenta de que se estaban comportando como dos extraños.

Tamborileó con los dedos sobre el reposabrazos disimulando su indecisión. Por un lado, su hasta ahora oculto lado irracional le pedía a gritos que actuase con menos formalidad, es decir, que fuera directo a por ella, se la llevase a la cama y se diese un atracón sexual. No obstante, su sentido práctico lo mantenía inmóvil, ya que, si llevaba a cabo sus pretensiones más locas, a la mañana siguiente ambos se despertarían agotados y sin ganas de dar un palo al agua.

«Maldita sea», pensó debatiéndose entre la devoción y la obligación.

Astrid bostezó con disimulo, miró la hora, apenas las diez, y a pesar de que al día siguiente debía darse otro madrugón, no le apetecía nada irse a la cama, en especial sola. Podía jugar un rato con su móvil, pensar en qué ponerse al día siguiente o echar un vistazo a su correo electrónico, por si acaso a última hora alguien se había puesto en contacto con ella, lo cual dudaba, o bien hacer de nuevo el tonto insinuándose a Owen.

Él, harto de aquella situación tan absurda, reflexionó acerca de la mejor manera de entablar conversación y que no pareciera forzado. No estaba acostumbrado, pues por norma general a esas horas se encontraba a solas en su apartamento, rara vez lo acompañaba alguien. Por tanto, se podría decir que la falta de costumbre, en eso de la convivencia, podía ser el motivo por el cual se mantenía callado. Si lo meditaba con

detenimiento, le resultaba deprimente, pues era otra faceta de su vida en la que hasta el momento nunca se había parado a pensar: estaba más solo que la una.

—Me ha parecido oírte hablar en... ¿sueco? —comentó finalmente sintiéndose un poco estúpido por haber estado escuchando una conversación privada.

Astrid lo miró con una media sonrisa. Por fin se dignaba hablarle.

—Sí, soy de las pocas personas que cuando van a IKEA se sienten como en casa y saben pronunciar el nombre de los artículos a la perfección —bromeó intentando destensar un poco el ambiente.

—Me lo imagino... —respondió Owen sonriendo, que no había pisado una tienda de esas en su vida.

Astrid se dio cuenta de que esperaba una explicación un poco más amplia, pues no sería el primero ni el último que se sorprendía al oírle hablar en sueco.

—Mi madre es de allí. Nació en Gotemburgo —añadió—. Así que no tiene ningún mérito, lo aprendí de pequeña.

—Misterio resuelto —comentó él, más para sí.

—Estoy acostumbrada a que me pregunten por mi aspecto, y más aún cuando Axel es tan moreno. Pero supongo que los genes se dividieron.

—Y ¿cómo es que vives en...? —Owen se detuvo, pues tampoco quería entrar en detalles personales—. Disculpa, no respondas si no quieres.

—Ah, bueno, imagino que es la típica historia de la turista sueca que, en los años setenta, atraída por el sol, los hombres españoles y todo eso se presentó un buen día en España y coincidió con mi padre, murciano de toda la vida. —Astrid sonrió recordando la historia que tantas veces había oído en casa—. Mi madre lo conoció y se quedó encantada, aunque regresó a Suecia. Al parecer, no lo olvidaba, y volvió al verano siguiente. Y mi padre, que se había echado novia, terminó plantándola porque, según cuenta él, la rubia «lo tenía loquito». Así que se casaron, se instalaron en San Pedro del Pinatar, montaron el taller mecánico y nació Axel —contó cambiando de postura en el sofá, feliz de que por fin fluyeran las palabras entre ambos.

—Una bonita historia, desde luego.

—Ahora viven en Gotemburgo, y eso que mi padre es incapaz de aprender sueco —explicó Astrid riendo—, le cuesta horrores. Pero con lo mal que iban las cosas, hace un par de años decidieron mudarse allí. Axel se hizo cargo del taller, y yo..., bueno...

Owen se moría de ganas de saber el resto. Le sostuvo la mirada esperando que ella continuara con la historia, pues si bien lo que estaba relatando tenía su interés, ya que aclaraba bastantes cosas, lo importante estaba por llegar.

—Me daba pereza la idea de trasladarme, aun sabiendo que en Gotemburgo podría tener más oportunidades, pero..., no sé, una se acostumbra a vivir de una manera y...

De nuevo se instaló el silencio entre ambos. El sonido de la tele de fondo lograba que no fuera del todo incómodo. Astrid se dio cuenta de que quizá se había dejado

llevar, y hablarle de sus asuntos familiares era aburrirlo. Empezaba a ponerse nerviosa, pues él, tan callado, tan observador, no daba muestras de que le importase un pimiento, aunque con seguridad aquella perorata le parecía estúpida. Se dio cuenta de que, a los tipos como él, rodeados de éxito, lo que más les gustaba era hablar de sí mismos, por lo que decidió arriesgarse.

—Y tú, ¿cómo es que hablas tan bien castellano? —inquirió, sorprendiéndolo sin duda.

—Mi madre —respondió Owen de forma escueta, ya que en su cabeza se formó una interesante cuestión: ¿qué pensaría ella de Astrid? Apartó esa idea porque, aparte de peligrosa, suponía entrar en consideraciones que ahora no tenían cabida y, además, debía ampliar la respuesta—. Es española, solo que, en el caso de mis padres, sucedió al revés: fue él quien viajó.

—¿Viven en España?

—No. Mi madre es viuda y...

—Lo siento... —musitó Astrid al darse cuenta de su metedura de pata. Pero ¿cómo iba a saberlo? Por la edad de Owen, lo más plausible era pensar que sus padres aún vivían.

—No pasa nada. Hace ya casi dos años del accidente —adujo él serio al acordarse de su padre.

Lo tenía asumido, sin embargo, era algo que siempre le tocaba la fibra sensible. No hablaba con nadie de ese asunto.

Astrid respiró hondo. Tratar un tema así siempre implica enrarecer el ambiente.

—¿Hermanos? —preguntó con cautela.

—Uno —respondió él abandonando el tono serio.

Omitió de forma deliberada más datos acerca de Patrick, en especial, que eran gemelos. Solo esperaba que ella no le preguntase si era mayor o menor. Nunca era fácil hablar de un tipo así.

—Espero que no sea como Axel: sobreprotector, asquerosamente responsable, mandón y metomentodo —comentó ella riéndose.

—Te aseguro que ni de lejos —alegó él pensando en su hermano. No podría haber dado una definición más distinta de la realidad.

Owen miró el reloj al verla bostezar. Se estaba haciendo tarde y ella necesitaba dormir, así que estiró la mano, agarró el mando a distancia y apagó el televisor.

—Te caes de sueño, Astrid —indicó en tono amable—. Será mejor que te acuestes, mañana nos espera un día agotador.

Ella se puso en pie y pensó en preguntarle: «¿Tú no vienes?». Pero no hizo falta, pues saltaba a la vista que deseaba quedarse a solas y que, por tanto, el momento de las confidencias había llegado a su fin.

—Buenas noches —susurró marchándose de la salita.

Ese día no tenía ganas de montar un número de seducción, y menos aún tras comprobar de primera mano que Owen siempre se comportaría de forma correcta.

Saberlo no ayudaba a su estado de ánimo, pero al menos existía una explicación lógica a su conducta, por lo que preocuparse carecía de sentido.

Así que, sin otra alternativa más interesante que dormir (sola o acompañada, eso ya se vería), se metió en el dormitorio, fue al cuarto de baño y, como las esperanzas de darse un revolcón estaban bajo mínimos, pasó olímpicamente de la lencería fina sugerente y se puso unas bragas limpias y una camiseta deformada.

Por fortuna, no dio infinitas vueltas y cayó dormida enseguida.

A la mañana siguiente, cuando oyó el despertador, maldijo de nuevo. Sin embargo, en esta ocasión había sido previsor, y para no volver a andar con la hora pegada al culo, ella misma se había encargado de programar la alarma con tiempo suficiente.

La habitación estaba completamente a oscuras, así que no le quedaba más remedio que guiarse por el sentido del tacto. Con cautela, se dio la vuelta y movió un pie, como si se estuviera estirando, pero solo encontró sábanas frías. Por si acaso, como la cama era muy grande, hizo lo propio con la mano, pero obtuvo el mismo resultado: estaba más sola que la una.

—Qué vida más dura...

Con resignación, apartó las sábanas y abandonó la cama, bostezando y retirándose el pelo de la cara. Para poder ponerse en funcionamiento precisaba dos cosas: café y ducha. Así que, como a veces el orden de los factores no altera el producto, programó el termostato dispuesta a darse un homenaje hidráulico, que esa ducha tenía chorros a tutiplén.

Tras el reconfortante derroche acuático ya empezaba a sentirse mejor persona, aunque, si se le añadía una buena dosis de café, la cosa ya sería casi perfecta. Por lo tanto, abandonó el dormitorio dispuesta a dar buena cuenta de esa cafetera ultramoderna con doce variedades de cápsulas, cortesía del hotel.

Acababa de pulsar el botón del artefacto cuando se abrió la puerta de la *suite* y, por acto reflejo, se llevó la mano al pecho para sujetarse la toalla, y al darse la vuelta se encontró con un tipo muy parecido a Owen pero con ropa deportiva y sudando.

—Buenos días —la saludó él, apreciando la vista.

Llegaba de machacarse en el gimnasio del hotel con la esperanza de desfogarse un poco, aunque, la verdad, no tenía muy claro para qué se daba la paliza cuando era evidente que, nada más verla, su cuerpo se recuperaba al instante.

—¿Un café? —preguntó Astrid como una tonta comiéndoselo con la mirada.

Y no era para menos, jamás habría pensado que Owen luciera atuendo deportivo alguna vez. Pero, claro, algún tipo de ejercicio tenía que hacer para mantenerse en forma... Si hasta sudado daban ganas de lamerlo.

—Gracias. Enseguida. Me ducho y desayunamos juntos, que vamos bien de tiempo —indicó él antes de dar media vuelta y huir hacia el baño.

—¡Maldita sea, por cinco jodidos minutos! —masculló Astrid al caer en la cuenta de que él podría haber entrado en la ducha cuando estaba ella.

Con el café en la mano y la desilusión en la cara, pensó en que ya poco o nada podía hacerse, así que a partir de ese momento se concentraría en el trabajo. Como todos los hombres de su clase, Owen siempre estaba rodeado de mujeres espectaculares dispuestas a todo y, por tanto, pasada la novedad se aburría, de ahí que

ya ni siquiera la mirase.

Jodía bastante, la verdad, pero cuanto antes lo asumiera, mejor, porque, si no, todo se le iba a hacer muy cuesta arriba.

A la puerta del lujoso hotel, puntual y con el Mercedes negro impecable, los aguardaba Arthur con la puerta abierta. Owen lo saludó de esa forma suya tan desapasionada, y el hombre debía de estar acostumbrado, puesto que ni se inmutó.

—Buenos días, Arthur, ¿cómo va todo? —le dijo Astrid con una sonrisa porque le gustaba ser amable y pensaba que costaba muy poco.

—Muy bien, señorita González. Gracias —respondió el hombre visiblemente incómodo, pues no parecía estar habituado a esas muestras de deferencia.

Una vez dentro del vehículo, Owen, impasible como siempre, sacó su iPad y se concentró en él, abstrayéndose del mundo por completo.

Astrid, mientras tanto, miraba por la ventanilla pensando en la mejor manera de afrontar la reunión que tenían por delante. Por un lado, se moría de ganas de ver cómo Owen ponía firmes a los tres hombres, pero por otro temía su propia reacción, ya que soportar a aquellos babosos, con el Lobo a la cabeza, era una dura prueba.

Miró de soslayo a su compañero de viaje, ya que no sabía muy bien cómo denominarlo. *Jefe* también podía valer, pero resultaba muy serio.

—¿Cuánto tiempo lleva Arthur trabajando para ti? —preguntó, no por curiosidad, sino por hablar de algo. Le parecía un tema de conversación apropiado para pasar el rato mientras se dirigían a las oficinas y evitar así ese demoledor silencio.

—¿Humm? —Owen seguía a lo suyo y, en apariencia, no había prestado atención a su pregunta.

—Hace ya diez años, señorita —respondió el aludido desde el asiento del conductor.

Astrid hizo cuentas. A buen seguro, Owen llevaba toda su vida con chófer incorporado. Sin embargo, le extrañó, pues por lo general a los chicos les encanta eso de coger el coche, quemar rueda y hacer el tonto y, teniendo en cuenta que un tipo como él podría comprarse cualquier vehículo, debía de ser muy aburrido ir siempre en el asiento de atrás.

—Y ¿qué tal jefe es? —insistió ahora que por lo menos alguien le daba palique.

—Uno justo —respondió Owen, que no estaba tan distraído como aparentaba; eso sí, no despegó la vista la pantalla.

—Ya veo... —farfulló ella, pues con aquel comentario quedaba descartado dar carrete al chófer. Así pues, cerró el pico y se entretuvo con su tableta. No interrumpiría más hasta alcanzar el destino.

—Ya hemos llegado —anunció Arthur servicial.

Owen no aguardó a que le abrieran la puerta; se apeó del vehículo con su maletín

en la mano y esperó a que ella lo siguiera. Con su portátil a cuestas, sus tacones de salón y su traje sastre de color berenjena, Astrid hizo tres cuartos de lo mismo.

—No se lo tenga en cuenta, señorita —susurró el conductor cuando la ayudó a bajar.

Astrid lo miró sin comprender del todo, en especial cuando Owen estaba a menos de un metro y podía oír la conversación, y con lo quisquilloso que se ponía...

—Gracias, Arthur —contestó con una sonrisa y caminó hasta situarse junto a Owen. No quería hacerlo esperar.

Él, que se había dado cuenta de todo, aparcó la idea de hablar con su chófer para más tarde, ya que tenía por delante una jornada intensa. Por suerte, Astrid había escogido un atuendo sobrio y llevaba los botones de su discreta camisa abrochados casi hasta arriba, aunque esa falda morada marcaba un estupendo culo, bien lo sabía. Menos mal que la mayor parte del tiempo permanecería sentada.

—¿Preparada? —le preguntó mientras caminaban en dirección a la sala de juntas, aunque daba por hecho que así era.

—Más o menos —respondió ella sin mucha convicción.

Para su más absoluta estupefacción, él le cogió la mano y recibió un apretón de lo más solidario; eso sí, fue breve.

Nada más acceder a la sala donde los esperaban se repitió el coro de saludos del día anterior. Por si acaso, Astrid se mostró más fría que de costumbre y se sintió un poco cobarde, pues si pudiera, les diría lo que pensaba y punto.

En esa ocasión, Owen no esperó a que le doraran la píldora y fue el primero en hablar. Sin dar opción a réplica, dejó a los tres aspirantes a financieros sin argumentos a medida que exponía los suyos.

Astrid no podía apartar la vista de él y, según avanzaba la reunión y Owen se movía por la sala, su temperatura fue elevándose. Verlo en esa faceta, tan inflexible, tan concentrado, obraba milagros en su libido, es decir, que se ponía cachonda sin remedio.

Cada vez que hacía una pausa para crear expectación..., cuando en un gesto que adoraba se ajustaba los puños de la camisa... y, la parte más dura, cuando apoyaba la mano sobre la cadera derecha. Ahí sí que ya tenía que apretar los muslos para intentar contenerse.

Su recalentamiento global iba a jugarle una mala pasada, puesto que estaba allí para trabajar y no para tener pensamientos indecentes sobre su jefe. Muy indecentes, para ser precisa, lo que, además de contraproducente, era un síntoma de que quizá no se encontrara tan preparada para un trabajo de esa índole. Abrió un botellín de agua y, sin mucha parafernalia, se lo bebió de un tirón, intentando refrescarse un poco.

Nada, el agua no consiguió aplacar su calor, y pensó seriamente en levantarse y ausentarse de la reunión. Así, por lo menos, al no verlo podría serenarse.

Owen la miró un instante antes de proseguir, frunció levemente el entrecejo, pero no se desconcentró. Ella abrió una segunda botella de agua y, cuando parecía que

poco a poco contenía sus impulsos sexuales más vivos, él se acercó a la pizarra donde escribían datos y demás, y se puso la mano (otra vez) sobre la cadera derecha, justo a la altura de la cobra.

Astrid cerró los ojos, pero al volver a abrirlos la mano seguía allí.

«No es justo», pensó mordiéndose el labio. Debía de ser eso que algunos denominaban la *erótica del poder*, porque no había otra explicación posible.

Intentó por todos los medios concentrarse en su discurso, en los datos que la tarde anterior habían repasado... Pero nada, no había manera. Cada vez que él se apoyaba la mano en la cadera derecha, sentía un cosquilleo a nivel íntimo muy complicado de disimular.

El Adosao fue el primero en darse cuenta de que algo no iba bien, pues la miraba con una mezcla de interés y baboseo muy molesto. Astrid se llevó las manos a la cara; lo más probable era que sus mejillas delataran su estado.

«Tener la piel tan clara no siempre viene bien», pensó angustiándose por momentos. Y es que ya no solo el Adosao la miraba, sino también Ficha floja, que empezaba a sonreír como un tonto mientras observaba su escote, lo cual era extraño, pues su camisa, lejos de ser provocativa, era más bien propia de una catequista.

Sospechó de inmediato y se miró de reojo, por si tenía una mancha o algo, y entonces se dio cuenta de que, con los acaloramientos y demás, sus pezones se habían puesto duros como guijarros. Puede que la apariencia de la prenda fuera discreta, pero bajo la tela se marcaba todo.

Elevó la mirada al techo como pidiendo ayuda divina para controlar la situación, pero es lo que tiene ser atea: que debes arreglártelas sin injerencias divinas.

Dispuesta a no dejarse llevar por sus impulsos más libidinosos, Astrid estiró el brazo y, sin pedir permiso, cogió el vaso de agua de Owen. No podía echárselo en la cara a modo de miniducha fría, sin embargo, de algo serviría.

Al hacerlo, llamó la atención del banquero, que la miró de forma extraña...

Owen, que llevaba unos minutos preocupado por el extraño comportamiento de su asistente, la observó intentando averiguar qué ocurría, pues parecía nerviosa. ¿Estaría enferma? Desde luego, por cómo bebía agua, debía de ser grave. Se fijó también en que sus mejillas lucían un intenso tono sonrojado... y, aunque en aquel instante interrumpir la reunión suponía correr un gran riesgo, no pudo por menos que hacerlo.

—Si nos disculpan... —dijo dejando a todo el mundo contrariado, en especial a Astrid—. Creo que nos vendría bien un receso. ¿No les parece, señores?

—Por supuesto —se apresuró a decir Discart, porque tal y como se estaba desarrollando la reunión, el que más beneficiado salía era él.

—Me gustaría disponer de una sala privada —pidió Owen en ese tono falsamente amable que implicaba una exigencia.

—Faltaría más —intervino Ficha floja, que parecía encantado con hacer algo útil—. Pueden utilizar mi despacho. Avisaré a mi secretaria para que los acompañe.

Owen no perdió el tiempo y recogió su maletín. No hizo falta decir más para que Astrid lo siguiera fuera de la sala. El banquero caminó con pasos rápidos con ella a la zaga. En el pasillo, se encontraron con la secretaria de Branker, que, con una sonrisa de diseño, les señaló el despacho.

Owen le cedió el paso a Astrid y cerró la puerta tras de sí. No dio ningún portazo, pero por cómo agarraba el pomo no cabía duda de que estaba enfadado.

—¿Qué te ocurre? —disparó a bocajarro contrariado, dejando su maletín en el suelo, y dando muestras así de que no acostumbraba a estar rodeado de colaboradores incompetentes.

Se deshizo de la americana del traje, que dejó colgada de forma impecable en el respaldo de la silla, y se puso las manos en las caderas a la espera de una explicación razonable. No estaba acostumbrado a interrupciones inoportunas.

—Lo siento... —musitó ella avergonzada por haber reaccionado de esa manera, pero ¿quién podría ser capaz de frenar unos impulsos como aquellos?

—Déjate de disculpas, por favor —la interrumpió él impaciente por resolver ese contratiempo.

Astrid se acercó a la ventana y la abrió, a ver si con un poco de aire fresco se le bajaba aquella calentura.

Él permaneció a distancia, intentando averiguar qué estaba ocurriendo delante de sus narices, porque seguía en la inopia. Debía de ser grave para que Astrid se mostrara esquiva y además dubitativa. Se quedó quieto observándola. Permanecía con los ojos cerrados junto a la ventana..., ¿refrescándose?

—¿Estás enferma? —inquirió pasando de impaciente a preocupado.

Ella negó con la cabeza.

—No —dijo con un hilo de voz, esperando no estar muy colorada, todavía.

—¿Te ha venido la regla? —continuó preguntando él, imaginando que eso podría molestarla, pero necesitaba saber qué cojones le ocurría.

—¡No! —exclamó Astrid con fastidio.

Estaba hasta la peineta de que todos los hombres pensaran que una mujer en esos días era una especie de minusválida emocional y además, para qué negarlo, de ser esa la causa, se vendrían abajo sus expectativas sexuales, y los tipos como Owen acostumbraban a tener a su alcance cuanto se les antojase.

—¿Entonces...?

—No puedo decírtelo —susurró azorada ante su inconveniente estado.

Owen, que no estaba para adivinanzas, caminó hasta situarse tras ella y, pese a querer tocarla, mantuvo las manos en los bolsillos para evitar tentaciones. Nunca antes le habían sucedido ese tipo de cosas, de ahí su desconcierto.

—Astrid, si te encuentras mal, no pasa nada. Llamaremos a un médico, no tienes por qué quedarte si no vas a estar al cien por cien —ofreció abandonando un poco su tono frío para mostrarse un poco más proclive a escucharla.

—Gracias por tu comprensión —adujo ella algo molesta; su preocupación venía

derivada no de un interés personal, sino de uno profesional.

¿De qué se extrañaba? Al fin y al cabo, no le había mentado en ningún momento, aunque saberlo no ayudaba a sentirse mejor. Vaya contradicción. Por un lado, lo deseaba, y mucho, pero por otro tenía ganas de mandarlo a paseo. Tanta frialdad y profesionalidad empezaba a desquiciarla, pues su propio comportamiento era inexplicable. Ponerse cachonda con un tipo así era, como poco, para ir rauda al diván de un psicólogo.

Iba a tener que gastarse parte del dinero que ganaría en tratamiento, porque nadie en su sano juicio entendería una reacción semejante.

—Si no me dices qué te ocurre, no podré ayudarte —alegó Owen, haciendo un ejercicio extra de comprensión. Pocas veces perdía el tiempo de esa manera, y menos aún por culpa de una mujer, así que Astrid podría tener la deferencia de mostrarse más colaboradora.

—Da igual... —murmuró ella, pasándose la mano por la cara resignada.

Lo oyó inspirar profundamente a su espalda. Al menos, no se apartaba y empezaba a soltar tacos. De nuevo, todo un ejemplo de moderación, aunque estaba segura de que por dentro hervía indignado por toda aquella situación.

—No, no da igual —la contradijo rodeándola al fin con los brazos.

Ella cerró los ojos y se dejó abrazar. Era lo último que esperaba de él.

Owen se mantuvo así, quizá algo descolocado por su propia reacción, pues hasta ahora nunca se había visto en una situación como esa. Consolar a las personas, a las mujeres en particular, no estaba entre sus principales cualidades. Lo sorprendente de su reacción era que había surgido de forma espontánea, y eso, teniendo en cuenta su forma de ser habitual, ya era una gran novedad. Otra más.

Ella se volvió separándose lo imprescindible, lo miró y sonrió con tristeza.

—¿Vas a contarme qué te pasa? —insistió, aunque en esa ocasión no sintió la necesidad de comprobar la hora, y su tono fue más relajado.

Astrid inspiró profundamente buscando las palabras adecuadas para exponer su situación, pero dudaba que existieran.

—Vas a pensar que soy estúpida o... poco profesional o..., lo que es peor, tonta del culo... —masculló al darse cuenta de que iba a tener que recurrir a lo obvio y esperar que él no estallara indignado.

—Eso lo decidiré yo.

Owen arqueó una ceja, tenía poca experiencia con las mujeres, pero cuando balbuceaban era más prudente permanecer en silencio y esperar a que acabasen, ya que podía deberse o bien a algo trascendente o bien a alguna nimiedad.

Astrid pensó que así iba por mal camino. Tenerlo tan cerca no ayudaba, así que, a pesar de sentirse tan reconfortada en sus brazos, se apartó, porque en su estado era mejor mantener las distancias.

Miró hacia otro lado antes de tomar aire y soltarlo.

—Verás... ¡No hagas eso! —farfulló ella resoplando.

—¿El qué? —preguntó Owen sin comprender su exclamación.

—Cada vez que haces... —señaló su mano— eso, pues...

Él, a cada instante más perdido, se mantuvo con la mano en la cadera derecha. No entendía cuál era el motivo por el que se mostraba de repente tan irritada.

—Habla claro.

Astrid resopló mosqueada consigo misma, no una, sino dos veces.

—Cuando..., bueno, cuando apoyas la mano en... —extendió el brazo apuntando hacia el punto exacto al cual se refería—, ahí, pues...

—¿Perdón? —Ahora sí que no entendía nada. Miró su mano intentando establecer la conexión, pero, o bien había perdido facultades, o Astrid hablaba en otro idioma.

Ella gimió cuando él, ajeno a su turbación y su acaloramiento, repitió esa pose.

—¡Que me pones cachonda, joder! —terminó diciendo de mal humor y, para evitar una mirada de desprecio por su parte, apartó la vista.

Él parpadeó y, como si se tratase de una broma de cámara oculta, frunció el ceño. Algo se le estaba escapando.

—¿Me tomas el pelo? —adujo cuestionando su afirmación por ser, en primer lugar, lo más raro que alguna vez le habían dicho y, en segundo, porque, para qué negarlo, su ego sufrió una repentina revolución; a mejor, por supuesto.

—Lo siento... Pero no puedo evitarlo —admitió ella negando con la cabeza, avergonzada a más no poder por su reacción.

El odioso silencio que se instaló entre ambos hizo que se pusiera más nerviosa aún. Había sido una mala idea permitir que él la acompañara fuera de la sala de reuniones. Lo más idóneo habría sido esconderse un buen rato a solas.

—No sé qué decir, la verdad —murmuró finalmente Owen sin salir de su asombro por lo extraño de la situación.

—Sé que mi comportamiento no tiene excusa, y que se supone que estoy aquí para trabajar, y no para pensar en..., bueno, en eso —continuó ella azorada mientras él seguía atónito por su revelación—. Déjame unos minutos a solas, por favor.

Sin saber muy bien cómo afrontar la situación, porque era la primera vez que le pasaba eso, Owen trató de aclararse las ideas y, de paso, buscar la forma de responderle sin, por ello, ofenderla, porque la situación tenía bemoles.

—No —dijo categórico—. De aquí no nos movemos hasta solucionar esto.

Ella, por si acaso, se movió con intención de acercarse a la ventana; otro poco de aire fresco podía ayudar. Poco, pero menos es nada.

Sin embargo, él no pensó lo mismo, pues la sujetó de la muñeca, impidiendo que avanzara medio paso.

—Ven aquí —exigió con ese tono suyo tan calmado y engañoso a la vez.

—Volvamos a la reunión, creo que ya me encuentro mejor —dijo Astrid, y él captó la mentira.

—Acabo de decir que hasta que solucionemos esto no salimos de aquí.

—¿Cómo?! —exclamó ella ojiplática, atónita, confusa, alucinada por la determinación que mostraba Owen.

Pero, por encima de eso, la mirada peligrosa, elocuente, intensa y ¿pícaro? que le dedicaba no presagiaba nada bueno, y menos aún sabiendo como sabía que él no daba puntada sin hilo.

«¿Qué está tramando?», se preguntó aguantando el escrutinio en silencio porque no quería volver a quedar en evidencia confesándole otra estupidez como la de que estaba cachonda. «¡Por favor! ¿Cómo has sido capaz de soltarle semejante barbaridad a un tipo como él?».

Owen, por su parte, se fijó mucho mejor... Sí, estaba excitada. ¿Cómo se le había pasado por alto ese detalle?

Pues muy sencillo, porque desde que tenía uso de razón era consciente de que despertaba atracción en las mujeres debido a su posición y, por tanto, no consideraba la posibilidad de hacerlo por motivos menos interesados. De ahí su sorpresa al oírla.

—Nadie va a salir de este despacho hasta que arreglemos esto —repitió. Hizo una pausa, sosteniéndole la mirada antes de aprovechar el factor sorpresa y tirar de ella para tenerla lo más cerca posible—. No me gusta dejar flecos, ya deberías saberlo.

No conocía muy bien los procedimientos estándar de hombre agresivo; no obstante, alguna vez debería ser la primera. Al tenerla agarrada de la muñeca, a su merced, la empujó hasta la mesa de oficina con cuidado de no tropezar y acabar en el suelo. Se colocó frente a ella, aprisionándola con el cuerpo, dispuesto a solventar esa eventualidad.

—¿Owen? —titubeó ella mirándolo con desconfianza.

Astrid respiraba de forma agitada, y él se percató de que su camisa marcaba un par de pezones de lo más tentadores. Su mano cobró vida propia y con el dorso comprobó que, en efecto, estaban bien tiesos.

Ella, que no esperaba esa reacción tan impropia de un hombre tan controlado como él, dio un respingo ante el escalofrío que la recorrió por completo ante esa sutil caricia, que él repitió con una parsimonia exasperante. Pero, si hasta el momento no se había preocupado lo suficiente, debería empezar a hacerlo, ya que él se acercó aún más. En un acto reflejo, se aferró a sus hombros desconcertada ante aquella respuesta. No sabía a qué atenerse, con él podía ocurrir cualquier cosa.

Tragó saliva antes de hablar.

—¿Qué vas a...?

Su pregunta quedó en suspense cuando, en una acción sin precedentes, él colocó una mano en su nuca y se acercó para reclamar sus labios. Astrid no se resistió, aunque tampoco colaboró en primera instancia, ya que no podía asimilar tal

comportamiento. Su desconcierto fue absoluto. De todas las posibles reacciones, esa era la última que habría imaginado.

—¿... hacer? —Terminó de formular la pregunta de manera absurda, pues consistió en un leve respiro antes de que Owen invadiera su boca por completo.

A medida que sentía la presión de su boca pidiendo paso, se fue acoplando a la perfección, sin ningún tipo de reservas. Gimió encantada. Enredó los dedos en su pelo y lo atrajo aún más hacia sí. Nunca imaginó que lo que había comenzado siendo algo contraproducente acabaría de esa manera tan excitante.

El beso fue ganando en intensidad, ninguno de los dos parecía tener suficiente. Él la mantenía inmovilizada, de tal forma que sentía cómo se empalmaba junto a ella, una señal inequívoca de que aquella improvisada situación lo ponía tan cachondo como a ella.

Por fin tenía entre sus brazos a un hombre de carne y hueso, capaz de asumir sus deseos, lejos del Owen contenido de las últimas horas. Si además pudiera besar su tatuaje...

Él, un poco pez ante esa coyuntura, se fue sintiendo cada vez más cómodo en el papel de atacante y, sin pensarlo dos veces, porque, de haberlo hecho, se habría echado atrás, bajó una mano por el costado hasta llegar a su culo, el cual apretó con ganas al tiempo que recorría la sensible piel de su cuello con los labios, apartando la mojegata blusa a un lado para conseguir sus propósitos más ilícitos.

—Owen... —jadeó Astrid encantada y temerosa a la vez, pues aquello podía ser tan solo un espejismo y el hombre serio terminaría por reaparecer.

Quería echarse encima, ser la secretaria descarada que se tira a su superior y hace realidad una fantasía, la misma que se atreve a follar ante la insinuación de un jefe atractivo. Pero él la mantenía bien sujeta contra el escritorio, por lo que debía limitarse a tocarlo de forma superficial; de momento, quedaba supeditada a sus decisiones.

Bueno, tampoco era tan malo. Owen parecía saber lo que hacía.

Sintió cómo su mano empezaba a buscar el dobladillo de su falda para colarse por debajo. Ella, en un arrebatado tonto, ya que el traje sastre era de lo más insípido, se había puesto medias hasta la mitad del muslo para equilibrar la balanza, y él no tardó ni diez centímetros en averiguarlo. Nadie pondría una sola pega a su atuendo formal, pero nadie tenía por qué saber qué secreto escondía bajo su traje. Un pequeño placer secreto que Owen acababa de descubrir.

—Vaya, vaya... —comentó inhalando profundamente ante el satisfactorio reconocimiento que estaba llevando a cabo. Nunca se cansaría de tocar esa suave piel femenina ni de imaginar el contraste que debían de ofrecer las medias sobre sus increíbles piernas.

Astrid dio un respingo ante la caricia recibida y tuvo que conformarse con pegar los labios a su cuello para besarle esa pequeña porción de piel, aunque su deseo era arrancarle la camisa e ir mucho más allá.

—Sigue —lo instó cuando percibió el roce de sus dedos muy cerca del tanga. Por si acaso, separó las piernas todo lo que la falda le permitió.

Owen, sintiéndose más atrevido que nunca y con ganas, por una vez en la vida, de ser irresponsable, movió la mano y llegó justo al borde de sus bragas. Pero no se detuvo ahí, sino que colocó la palma sobre su sexo y presionó. Sonrió encantado al ver que ella lo mordía en el cuello.

—Por supuesto —accedió sin dudar, y no tuvo reparos en apartar la tela para acariciarla.

Sin poder creérselo del todo, Astrid gimió y enredó las manos en su pelo, despeinándolo, pero dándose el gusto de hacerlo, tirando incluso de él cuanto un primer dedo entró en su coño. La tensión acumulada durante la reunión no era nada comparada con la que sentía en ese instante.

—Owen... —jadeó, ya sin lograr contenerse. Sus caderas empezaban a moverse al ritmo de aquel dedo, pidiendo más, mucho más.

—Espera un minuto —ordenó él separándose y dejándola con la boca abierta.

Owen se apartó y, como si no pasara nada, caminó hasta la puerta, dejándola insatisfecha y con ganas de tirarle algo a la cabeza. Sin embargo, sonrió como una estúpida al ver cómo echaba el pestillo y regresaba a su lado, peinándose con los dedos.

«Pienso volver a despeinarlo», se dijo nada más tenerlo de nuevo pegado a ella.

Owen, con la decisión propia de alguien acostumbrado a montárselo en los despachos (nada más alejado de la realidad), la besó mostrándose impaciente, expeditivo, mientras que sus manos buscaban, sin éxito, el cierre de la falda. Gruñó y se peleó con ella, pero al final desistió e, inasequible al desaliento, empezó a subírsela hasta dejarla enrollada en las caderas.

«Quién me ha visto y quién me ve», se dijo durante el nanosegundo que dedicó a pensar en lo que estaba haciendo antes de mandar a paseo años de comportamiento ejemplar.

Astrid colaboró como pudo y, cuando vio que él se agachaba para bajarle el tanga, estuvo a punto de caerse de la impresión. Levantó primero un pie y después el otro, y, para su asombro total, vio cómo él se guardaba la prenda en el bolsillo del pantalón.

Iban a hacerlo, allí, en el despacho de Ficha floja, a plena luz del día, dejándose llevar y sin pararse a pensar en las consecuencias, pues era muy posible que alguno de los ejecutivos se acercara a preguntar si todo iba bien. El pestillo estaba echado, pero eso, lejos de tranquilizarla, la ponía aún más nerviosa, porque quien llamara a la puerta sospecharía de inmediato. Sin embargo, en vez de desanimarla, lo cierto era que eso elevaba aún más su grado de excitación.

Owen se colocó entre sus piernas y de nuevo buscó su boca, que encontró sin reservas, entregándose a sus demandas con completa sumisión, algo que pocas veces, por no decir ninguna, podía disfrutar.

Metió las manos entre sus muslos y no se anduvo con titubeos; introdujo dos

dedos y comenzó a estimularla con acierto, pues los gemidos de Astrid así lo corroboraban.

—Estás empapada... —jadeó atrapando el lóbulo de su oreja entre los dientes.

—Lo sé...

—Y caliente...

—Tú eres el responsable... —musitó Astrid en respuesta, aferrándose a él.

Owen, que en su vida era responsable de muchas cosas, nunca pensó que lo sería de algo así. No obstante, no podía quejarse. Provocar tal reacción en una mujer era de agradecer, pero no con palabras, sino con hechos.

La novedad le sentaba muy bien a su apetito sexual, hasta ahora controlado y reducido al ámbito de las relaciones programadas. La improvisación, la espontaneidad jugaban a favor del deseo. Su deseo. ¿Cuándo había sido la última vez que se había sentido así? No merecía la pena contestar a esa cuestión, pues con toda seguridad la respuesta no iba a gustarle.

Notó cómo una mano curiosa palpaba por encima de sus pantalones, buscando el contacto y, de paso, volverlo más loco aún.

—Quiero tocarte —gimoteó ella, deseosa de meterle mano.

Por lo poco que podía tocarlo, sabía que estaba empalmado, y conformarse con sobarlo por encima de la tela era conformarse con muy poco.

—Por supuesto —accedió él apartándose lo imprescindible para que pudiera maniobrar.

—Échame una mano —ordenó Astrid impaciente peleándose con su cinturón, y añadió gimiendo—: Por favor.

El no estar acostumbrado a esas vicisitudes hacía que Owen se comportara de una forma algo torpe; eso, y que deseaba tanto sentir las manos femeninas sobre su polla que no iba todo lo rápido que la situación exigía.

—Súbete encima de la mesa —indicó mientras la ayudaba y la colocaba como quería.

Ella se posicionó sin dudarle y después atacó sin piedad su bragueta, apartando la tela hasta encontrar su erección y sostenerla en la mano. Empezó a masturbarlo despacio, disfrutando del tacto y de la respiración de Owen junto a su oreja.

Mientras, él frotaba su clítoris, presionando con el pulgar, describiendo círculos, dejando que los fluidos femeninos impregnaran sus dedos...

Toda esa sesión de masturbación recíproca les estaba llevando a un punto de no retorno, casi vestidos, y en el despacho de un tipo casi desconocido, que en cualquier momento podía aparecer.

Owen se dio cuenta de que no podían dar marcha atrás, pero tampoco seguir ese endiablado ritmo. Puede que se hubiera dejado llevar por un arrebató erótico, inducido sin duda por las palabras de Astrid. Oírla decir eso de «Estoy cachonda» había ido directamente a esa parte del cerebro masculino que te la pone dura en cero coma dos segundos. Sin embargo, siempre era previsor, y recordó que, por una de

esas casualidades del destino, llevaba un condón en la cartera.

Ella no podía más, sentía la invasión de sus dedos. Una constante tortura, insuficiente para poder correrse. Se mordió el labio indecisa. Podía decirle que se había molestado en pasar por su ginecólogo y que podían hacerlo sin necesidad de protección, ya que dudaba que Owen fuera de esos tipos que, con tal de meterla en caliente, cierran los ojos. Sin embargo, desestimó esa posibilidad, pues antes debería consultárselo y, la verdad, en ese estado de excitación no era el momento idóneo para sacar el tema a colación.

Podía terminar alcanzando el orgasmo en su mano, pero necesitaba algo mucho más contundente, como por ejemplo su polla. Sin embargo, había dejado en el hotel el surtido de los inevitables pero necesarios preservativos.

Resopló molesta por su falta de previsión, aunque ¿quién iba a imaginar que a media mañana acabaría sin bragas, magreándose con su jefe, en una oficina?

—Espera... —susurró él acariciándole el rostro y regalándole una media sonrisa de lo más seductora; tanto, que Astrid se quedó sin aliento.

Si ese hombre sonriera más a menudo... No, mejor que no lo hiciera, reflexionó, pues no ganaría para excitaciones repentinas.

Owen sacó la cartera del bolsillo trasero de sus pantalones y extrajo el pequeño cuadradito metálico que tanto podía ofrecerles.

—Déjame a mí —dijo ella arrebatárselo de las manos en un arranque de impaciencia sin precedentes; pero, bien mirado, no era para menos.

Rompió con los dientes el envoltorio, ofreciéndole una sensual vista de sus carnosos labios y, por un instante, Owen deseó que cayera de rodillas y los utilizara en una parte concreta de su anatomía.

¿Cómo sería disfrutar de la suavidad de ellos sobre su polla? Un estremecimiento lo recorrió por entero. Ya ni se acordaba de la última vez que una mujer le había hecho una buena mamada, lo cual era triste (decía mucho sobre sus hábitos de vida o, más bien, sobre sus inexistentes hábitos de vida más allá del trabajo) y esperanzador a la vez, pues ahora tenía la posibilidad de dar rienda suelta a ese deseo, siempre y cuando a ella le pareciera bien, por supuesto.

Apartó esos increíbles pensamientos de su mente; sabía que, de momento, debería conformarse con el método más tradicional, ya que Astrid, si se lo llegaba a proponer, podía rechazar tal práctica, y no era cuestión de ponerse exigente y estropear aquella renovadora experiencia, muy distinta de lo que estaba acostumbrado, en especial, a la hora de elegir escenarios.

Ella desenrolló el látex sobre su pene, y él sonrió comprensivo ante su leve torpeza. Quizá fuera a causa de los nervios, quizá por las prisas..., daba igual, notar esas manos sobre su erección era suficiente para que se sintiera satisfecho.

Miró hacia abajo y, al verse preparado, tuvo el fugaz de deseo de poder prescindir de esa barrera. Sin embargo, la experiencia le decía que arriesgarse a ello significaba problemas en un futuro. Nunca, jamás de los jamases, correría semejante riesgo, pues

había aprendido bien la lección. Astrid no tenía pinta de ser una cazafortunas, pero... nunca se sabía.

—¿Preparada? —inquirió, y en el acto se percató de que era de lo más inoportuno preguntar algo así, dadas las circunstancias.

—Sí —respondió ella sin esconder su ansia por sentirlo dentro, lo más dentro posible.

Owen se posicionó y Astrid se agarró a sus hombros.

Él la miró a los ojos y ella le sostuvo la mirada.

Él empujó un poco y ella apretó los dedos, tensándose.

—Por favor... —acabó rogándole, mientras alzaba las piernas para atraerlo hacia su cuerpo y evitar así más demoras.

—No podemos hacer ruido, ¿de acuerdo? —indicó él, volviendo a ser por un instante el hombre precavido de siempre antes de perderse en su interior y abandonar la sensatez.

Astrid inspiró hondo y él hizo lo mismo.

—Muy bien —accedió ella sin saber si iba a poder cumplir tal promesa, pues cuando él dio el último empujón, enterrándose por completo, suspiró—: Owen...

—Más bajo... —gruñó él sin atreverse a embestir como un loco, tal y como le pedían sus instintos más primarios (que últimamente hacían aparición a la menor oportunidad).

Para asegurarse de que sus gemidos no se oían al otro lado de la puerta y no los delatarían, Owen buscó su boca y jugó con ella, lamiendo sus labios, disfrutando de su entrega, de su respuesta, y todo ello manteniendo un ritmo constante entre sus muslos.

Ella trataba de contenerse, de no elevar sus jadeos. Sin embargo, estaba condenada al fracaso; era tanta la excitación reprimida, que ahora experimentaba de primera mano que la contención se iba de vacaciones con cada roce, con cada penetración, con cada beso.

—Astrid, por favor... —suplicó Owen pidiendo ayuda, ya que, si ella no colaboraba, él no podría controlarlos a ambos.

—Lo sé, lo sé —se disculpó ella bajando un poco el tono.

Sabía que, si los pillaban, la más perjudicada sería ella. Al fin y al cabo, él era el gran hombre, el ejecutivo de éxito acostumbrado a liarse con quien le viniera en gana y dispuesto a disfrutar de aquellas mujeres, las cuales, aprovechándose de sus atributos femeninos, pensaban medrar utilizando el camino más corto.

—Pero es tan difícil controlarse —gimió enterrando la cara en su cuello. Era una forma como otra cualquiera de amortiguar sus jadeos y, de paso, poder posar los labios sobre su piel. Cómo desearía hacer eso mismo, pero estando ambos desnudos, sin ninguna barrera. Piel con piel.

—Por lo que más quieras, inténtalo —exigió él, notando cómo el sudor resbalaba por su espalda, empapándole la camisa, que de buena gana se arrancaría al igual que

el resto de las odiosas prendas que lo cubrían a él y, por supuesto, las que ocultaban el deseable cuerpo femenino.

Desde luego, tenía que encontrar la forma de repetir aquello, pero organizándolo de tal forma que el riesgo de verse interrumpidos quedara prácticamente descartado y, además, pudiera quitarle no solo las bragas, sino todo cuanto llevara encima.

—Estoy a punto... —susurró Astrid, atrapando el lóbulo de su oreja y tirando de él. Mientras apretaba, sentía toda la tensión acumularse en su sexo. A cada embestida se acercaba más y más. No solo se trataba de una sensación física: el componente riesgo estaba causando estragos.

—Baja la voz —masculló él besándola una vez más, temiendo perder cualquier mínimo resquicio de cordura ante lo que experimentaba allí, metiéndosela en un escenario tan poco propicio para encuentros eróticos.

Pasó una mano por debajo de su rodilla, para tenerla bien anclada y que sus movimientos pélvicos fueran aún más precisos. La mesa de oficina empezaba a desplazarse debido a la ferocidad con que la embestía; menos mal que el suelo enmoquetado amortiguaba el ruido.

De repente, ambos se quedaron congelados al oír unos pasos y unas voces procedentes del exterior. Sin duda esos tres, preocupados por su tardanza, se habían acercado para saber el motivo de la misma, lo cual resultaba peligroso. Owen no podía creer que, tras tantos años de ejemplar comportamiento, ahora estuvieran a punto de pillarlo con los pantalones bajados, en sentido literal, follándose a su asistente como un inconsciente.

El problema de todo era que, pese a las mil y una contradicciones, se encontraba en la gloria. Ahora podía empezar a entender por qué algunos perdían el norte de vez en cuando, e incluso había quienes no lograban recuperarlo.

Perderse en el cuerpo de una mujer no siempre respondía a una necesidad biológica, como tenía asumido hasta ahora. Era mucho más, y con Astrid más aún, pues estaba consiguiendo, sin proponérselo, que no evaluase los riesgos, sino que tan solo se preocupase del placer.

Las voces al otro lado de la puerta lo indujeron a ser todavía más impetuoso, pese a que tanto sus gemidos como los de ella iban en aumento. No obstante, poner limitaciones a sus expresiones sonoras de satisfacción resultaba un serio problema para ambos.

—Owen... —volvió a gemir ella con la boca seca de tanto contenerse.

—Córrete, Astrid —ordenó él, apretando los dientes sin detenerse. Su propio orgasmo lo reclamaba.

En apenas dos minutos, todo pareció saltar por los aires. Debido a la fuerza de las embestidas, cayó al suelo un bote de bolígrafos, media docena de carpetas y otros enseres de escritorio, pero ninguno de los dos se percató de ello. Astrid se mordió el labio para disimular el último gemido justo antes de liberar toda la tensión, y él, en un estado similar, ahogó sus jadeos hundiendo el rostro en su cuello.

No la mordió de milagro.

Aún con la respiración agitada, ella fue capaz de aflojar las piernas y separarlas para que se apartase, cosa que Owen hizo con desgana. Ahora llegaba el momento de la sensatez, tras la locura en la que se habían sumergido. Para ello, lo primero fue deshacerse de las pruebas. Envolvió el preservativo usado en un folio blanco y lo lanzó a la papelera, encestando sin problemas.

Ella se ajustó la falda e hizo una mueca al ver las delatoras arrugas, aunque lo que de verdad la dejó sin palabras fue el estado del escritorio. Se apresuró a recoger del suelo los objetos caídos y los dispuso sobre la mesa, pero no sabía si la posición era la correcta.

Mientras Owen terminaba de arreglarse y se colocaba la americana, se acercó hasta la ventana abierta y dejó que el aire le aclarase las ideas antes de cerrarla. Mirándose en el cristal, se peinó con los dedos. Como si aún no se lo creyera, él agarró su maletín y la observó, sonrojada, los labios con evidentes signos de haber sido besados a conciencia y las arrugas en su ropa. Iba a ser difícil que alguien no se imaginara qué habían estado haciendo.

Y, siendo sincero, lo jodía bastante que alguno de aquellos tres imbéciles lo tildara de lo que no era, porque ya se había dado cuenta de sus miradas especulativas y, pese a que no iba a intervenir, porque le convenía, no por ello dejaba de molestarlo.

—¿Me devuelves mi... tanga, por favor? —preguntó ella cohibida y deliciosamente sonrojada.

Owen, que ya no se acordaba de eso, metió la mano en el bolsillo de su pantalón. Rozó el minúsculo trozo de tela y no pudo resistirse.

Luego caminó hasta la puerta, abrió el pestillo y la esperó tan tranquilo, con una enigmática sonrisa en el rostro.

Ni que decir tiene que Astrid no recuperó la prenda en cuestión.

Las negociaciones habían entrado en un punto muerto. Con el fin de semana a la vista no merecía la pena enzarzarse en más discusiones financieras, en especial cuando, de momento, ninguna de las dos partes quería rebajar sus demandas.

Owen pretendía aprovechar ese tiempo para revisar nuevos informes que le habían enviado desde su despacho, pues no terminaba de fiarse de aquellos tres, pero (y he aquí una nueva sorpresa) la tentación de aparcarse esas tediosas lecturas durante un par de días para disfrutar de la compañía de una mujer le estaba ganando el terreno a la responsabilidad.

Eso era algo que nunca había creído que llegara a suceder, pues para él la obligación estaba siempre por delante de la devoción. Desde luego, debía analizar, más tarde, el porqué de aquel cambio, uno más desde que había conocido a Astrid, ya que necesitaba explicarse a sí mismo el motivo por el cual ella, y no otras, le hacía modificar sus arraigadas costumbres.

Por su parte, Astrid sabía que lo primero era el trabajo, así que dudaba mucho de poder aprovechar la ocasión para visitar la ciudad en compañía de Owen. Sintiéndose un poco tonta por ello, tenía la vana esperanza de disfrutar de un fin de semana romántico, porque, según ella, había tiempo para todo. Pero, claro, eso ocurre cuando no estás con don adicto al trabajo en persona. Por si acaso, no diría nada, ya que no quería darle la impresión de que estaba allí para divertirse.

No obstante, por cómo había acabado la última reunión, tenía claro que Owen quería ponerse de inmediato a trabajar, nada de despistes sexuales como el acontecido en las oficinas. Un lapsus que, mirándolo en retrospectiva, daba mucho que pensar, pues, tras el momentazo erótico, él había vuelto a la sala de reuniones como si nada, cuando a ella le estuvieron temblando los muslos y otras partes un buen rato.

Y así, en ese *impasse* difícil de clasificar, estaban un viernes por la noche. Encerrados en la habitación del hotel, dispuestos a «divertirse» con un sinfín de papeles repletos de datos técnicos, gráficos y valoración del equipo de Owen.

—¿Astrid? —la llamó él desde la mesa que le servía como escritorio mientras abría el envío que había recibido. Por supuesto, su tono fue suave, nada exigente, como si fueran a tratar cualquier asunto de lo más banal; pero no engañaba.

—Voy —murmuró ella intentando poner buena cara, pese a que se moría de sueño. Necesitaba dormir unas cuantas horas seguidas. Tanto madrugón no es bueno para el cuerpo.

—Acaba de llegar, para ti —adujo él señalando el paquete.

Astrid parpadeó y luego frunció el entrecejo.

—¿Qué es eso? —le preguntó con recelo porque no quería enfadarse antes de tiempo.

No esperaba ni quería regalos, pues eso supondría rechazarlos, y estaba segura de que a Owen no le haría mucha gracia. No había más que remontarse al regateo que habían mantenido en su apartamento a costa de la remuneración económica.

—Tu nuevo equipo informático —respondió él tan prosaico como siempre.

—Ah.

Astrid hizo una mueca. Eso de los regalos, con toda probabilidad caros, de un tipo rico siempre es cuestionable y sospechoso, incluso irritante. De acuerdo, ella tenía una patata de ordenador, pero servía y no quería tener que «agradecerle» después su cortesía.

—Está configurado, al igual que el iPad, con todo lo necesario para que trabajes sin problemas —apostilló al ver la cara poco o nada agradecida de la mujer.

—Ajá —murmuró ella, porque no sabía qué otra cosa decir.

«Joder con los *muchimillonarios* y sus regalos...».

Astrid se sentó frente a él pensando en que unos vaqueros ajustados le sentarían de muerte, con una camisa de esas medio arrugadas. «Mmm..., qué pensamiento tan turbador. Un viernes por la noche, por mucho que un banquero insista, una no puede tener la cabeza en balances contables, no es normal». Aunque, por lo visto, sí había un ser en el planeta dispuesto a ello, y en breve ella sería la segunda.

Desembaló lo que podría denominarse un *regalo envenenado* y, sin dar muestras de su cansancio, se dispuso a encender el prodigio de la informática. Mientras aquello arrancaba, se mentalizó para pasar una velada «inolvidable» junto a un tipo adicto al trabajo con leves momentos apasionados.

Mientras tanto, Owen consultaba algo en su tableta; eso sí, no dejaba de echar miraditas furtivas a Astrid porque verla allí, con cara de concentración delante del nuevo portátil, tenía su gracia.

«No sigas por ese camino, que te pierdes», se regañó mentalmente para no desvariar y ocuparse de las finanzas.

—Revisa el informe de las pérdidas patrimoniales de Branker. Ese hombre tiene mucha mala suerte, ¿no crees?

—Ficha floja es, de todos, el más manirroto con diferencia.

Owen arqueó una ceja.

—¿Ficha floja?

Astrid se encogió de hombros.

—Nada más presentármelo me dio esa impresión.

—Fija floja —repitió él esbozando una sonrisa.

—Como se supone que le gusta ir al casino más que otra cosa, no se me ocurrió otro apelativo más apropiado.

—Interesante asociación de ideas —reflexionó Owen en voz alta.

—Gracias —contestó ella sin estar segura de que aquello fuera un cumplido, pues su jefe y el sentido del humor se habían separado hacía mucho.

—Me muero de ganas de saber el que le has puesto a De Bruyn —comentó

animado mientras adoptaba su postura favorita (para los temas de trabajo), sentado con las manos entrelazadas.

Astrid sonrió, algo avergonzada, pero al menos ese asunto servía para relajarse. Él esperaba una respuesta, pero advirtió (aunque podían ser imaginaciones suyas) cierto interés más allá del profesional en su mirada. No obstante, la prudencia la venció y se limitó a contestar:

—El Adosao.

Owen, manteniendo su pose, trató de contener las carcajadas, aunque terminó riéndose ante aquella ocurrencia.

—O sea, estoy negociando con el Lobo, Ficha floja y el Adosao.

—Un trío peculiar —adujo ella, un poco más relajada.

—Excelente...

—No se me ocurrió nada mejor —se disculpó, aunque por el simple hecho de verlo reír había merecido la pena.

Desde luego, parecía otro, y de nuevo pensó en cómo sería verlo sin ese traje tan serio, sin esa corbata clásica... Vestido como un tipo un pelín macarra, la dosis justa de desenfado..., porque tenía percha para ello.

Incluso podía cotillear un poco en su armario para ver si en la maleta, que a buen seguro le había preparado uno de esos mayordomos que todavía pululan por ahí, llevaba alguna que otra prenda menos formal.

«Frena, que se te dispara la imaginación y de nuevo llegas a ese estado febril que solo él parece saber controlar», se recriminó para evitar males mayores.

—Tendré que hacer serios esfuerzos por no dirigirme a ellos de esa forma en nuestra próxima reunión —adujo Owen, ahora más serio, abandonando su actitud relajada y concentrándose de nuevo en los documentos que tenía delante.

—Siempre y cuando merezca la pena reunirse de nuevo —comentó Astrid más para sí, aunque él lo oyó.

—¿Crees que debería mandarlos a paseo? —inquirió, y ocultó una sonrisa.

Si algo apreciaba en las personas que tenía a su alrededor era que fueran sinceras, objetivas. Odiaba a quienes le doraban la píldora por el simple hecho de congraciarse con él.

—Sigo sin ver factible la operación —explicó ella, adoptando también un tono profesional—. No me parecen serios. Quieren ir demasiado rápido. Y, lo peor, ocultan cosas.

Owen pensaba lo mismo, y asintió encantado ante su valoración, aunque quería seguir poniéndola a prueba. No había nada mejor para comprobar hasta qué punto ella se implicaba en toda aquella negociación y, ya de paso, evaluarla, pues quién sabía si en un futuro tendría posibilidades... en el sentido profesional, sin duda, porque en el personal quedaba mucho más recorrido por delante.

Contratar a una asistente y después, en caso necesario, prescindir de ella no implicaba ni la décima parte de complicaciones que mantener una relación

sentimental y ponerle punto final si esta no resultaba satisfactoria; de ahí que nunca se hubiera arriesgado a ello.

Replantarse las convicciones que le han servido a uno durante mucho tiempo es bueno, pero de una en una, porque desde que había conocido a Astrid, Owen se estaba replanteando demasiadas.

Ella, que empezaba a no molestarse ante sus silencios, ya que no significaban necesariamente que pasara de su persona, volvió a la lectura obligada de más informes, con la siguiente lista de firmes propósitos, a saber:

Uno, no mirarlo de reojo.

Dos, no imaginarse con Levi's ajustados, desgastados y rotos. Ni que decir tiene que se descartaba también el *look* barba de tres días, toque descuidado.

Tres, no pensar en despeinarlo con los dedos.

Y, por último, cuatro, y no menos importante, olvidarse de la cobra verde esmeralda y sus posibilidades.

Quizá debería empezar por esa, ya que era la principal tentación.

Hubo suerte, pues la cantidad de documentos, unidos a la formalidad de Owen, hizo que su libido se mantuviera a raya, al igual que su imaginación, por lo que pudo concentrarse en lo que tenía entre manos sin mayores contratiempos.

La verdad era que el nuevo «megaordenador ultramoderno» era una pasada, y además estaba configurado de una forma fácil y muy intuitiva, por lo que resultaba cómodo manejarlo.

Siguió enfrascada en sus cosas sin darse cuenta de que él la observaba en todo momento, divertido ante las diferentes caras que ponía mientras leía: la de concentración frunciendo el ceño; la de circunstancias cuando algo no cuadraba; mordiendo el bolígrafo (hecho que detestaba en sus colaboradores, pero, al ser sus labios los que lo hacían, la cosa cambiaba); cuando repasaba datos o disimulando un bostezo cuando se aburría. Todo un catálogo de expresiones reflejadas en su rostro, que, por cierto, estaba libre de maquillaje, cosa que agradecía. Astrid no era de esas mujeres capaces de levantarse media hora antes para pasar por el departamento de chapa y pintura con tal de impresionar. Sabía diferenciar a la perfección lo que era acudir a una cita profesional, maquillada y vestida de forma impecable, para después dejarlo de igual modo con la boca abierta al aparecer con otro pantaloncito corto y una de sus camisetas. La de esa noche, en concreto, lucía la leyenda «CONTIENE MATERIAL SEXUALMENTE EXPLÍCITO».

«¿Una declaración de intenciones?», se preguntó Owen, analizando todas las posibles aristas de aquella frase, aunque prefirió no decantarse por ninguna.

—Si quieres, lo dejamos por hoy —dijo interrumpiendo lo que debía de ser su cara de «Ya no puedo más».

Astrid apartó la vista de la pantalla y lo miró. Asintió, porque lo cierto era que estaba molida. Empezó a recoger todas sus notas y apagó el prodigio informático. Como por su tono de voz no supo si él también daba por concluida la sesión de

trabajo, se limitó a ocuparse de sí misma.

Así que, tres horas después de haber comenzado, se ponía en pie. Tenía la cabeza como un bombo rociero, pero al menos había adelantado bastante trabajo, y la esperanza de que al día siguiente, en principio, no debía madrugar, suponía un buen incentivo para irse a la cama. Ni que decir tiene que, si a esa ecuación se le sumaba la compañía de Owen, el plan sería perfecto. No obstante, Astrid prefirió no emocionarse, pues con él una nunca sabía a qué atenerse. Iban a compartir cama, sí, pero poco más.

Owen dejó que se marchara para reorganizar sus pensamientos, ya que con ella delante estos estaban abocados a liarse aún más.

Joder, la deseaba, y mucho. También tenía claro que no iba a encontrar rechazo, pues era evidente la tensión sexual, resuelta a medias, que flotaba en el ambiente.

Cualquier otro tipo solo estaría pensando en desnudarse y follársela sin más contemplaciones. Bueno, él no andaba muy desencaminado; sin embargo, quería ser cauto.

Admitió que ella le afectaba más de lo que se consideraría prudente, y como esto resultaba toda una novedad, prefería no dejarse llevar por sus instintos más primarios sin antes controlarlos un poco.

Les quedaban por delante un par de días, tres a lo sumo, de trabajo, y después una semana libre para hacer lo que les viniera en gana. En su caso podían considerarse como unas merecidas vacaciones, aunque lo cierto era que lo importante de verdad era saber hasta qué punto Astrid no era un simple capricho. De ahí que prefiriese zanjar los asuntos comerciales en primer término para no enrarecer el ambiente.

Pero, cuando la tentación en forma de cuerpo femenino duerme a escasos centímetros de uno, la lógica se va por el desagüe.

Owen miró la hora y pensó en llamar al inconsciente de la familia para ver si podía ayudarlo. Quizá necesitara justo eso, descontrolarse durante el fin de semana. Sin embargo, desestimó la idea, pues Patrick estaría haciendo Dios sabía qué. Además, desmelenarse implica improvisar, y no se puede pedir consejo acerca de cómo hacerlo. Por Dios, era absurdo.

Apagó las luces y se dirigió al dormitorio. Por suerte, ella no lo volvía loco con lencería sugerente, aunque, la verdad, no le habría importado.

Se la encontró acostada en su lado de la cama, tapada, aunque las curvas de su cuerpo quedaban bien delineadas por la sábana. Definitivamente, perder la cabeza no era tan mala idea.

Owen se ocupó de dejar su ropa en el galán de noche y, tras pasar por el aseo, se sentó en el borde de la cama, dándole la espalda. Aquello, visto desde fuera, tenía toda la pinta de ser una pareja en fase de cabreo total. Como si se evitaran.

Apagó las luces y se metió en la cama, dejándose tan solo puesto el bóxer, pues nunca se sabía.

No pudo seguir dándoles vueltas a los asuntos que le preocupaban, porque apenas

cinco minutos después de taparse estaba dormido como un tronco.

Cuando volvió a estar consciente se dio cuenta de que, debido al agotamiento del día anterior, había dormido hasta tarde. Debían de ser las ocho y media de la mañana, las nueve como mucho. No obstante, eso no era lo más inquietante para un hombre acostumbrado a levantarse a las siete o antes. Lo novedoso de verdad era estar abrazado a una mujer y no alarmarse por ello.

Joder, si hasta se estaba la mar de bien.

Astrid dormía parcialmente recostada sobre su pecho y él la rodeaba con un brazo. Despeinada, con los labios separados, una expresión relajada y una de sus manos descansando justo su cadera derecha. Justo sobre la maldita cobra.

¿Una especie de señal?

¿Casualidad?

Owen permaneció quieto, despierto a pesar de que rara vez se quedaba acostado por el simple placer de hacerlo. Haraganear era una práctica desconocida para él, y ya con una mujer a su lado podría decirse que inverosímil.

De forma distraída, como quien no quiere la cosa, comenzó a acariciarla en la espalda. Un movimiento lento, perezoso, sin pretensiones. Quizá condicionado por la postura en la que se hallaban, nada premeditado.

Astrid murmuró algo, pero no se despertó, lo cual hizo que él continuara con ese leve roce mientras retomaba el hilo argumental de sus pensamientos nocturnos.

La repentina variación de sus principios tras haberla conocido y sus repercusiones.

Se dio cuenta nada más poner tan rimbombante título a aquello que, además de ridículo, era inútil, pues lo que Astrid le provocaba eran reacciones a nivel visceral, nada relacionado con la razón. Tan solo se sentía un poco, bastante, perdido, ya que hasta ahora nunca había llegado ni tan siquiera a replantearse sus convicciones.

Ella y su mano se fueron despertando, rozando por encima del bóxer lo que estaba siendo una prometedor erección. Owen inspiró para permanecer quieto, aunque su yo práctico se ocupó de recordarle de cuántos preservativos disponía.

Por si acaso.

—¿Qué hora es? —preguntó Astrid adormilada restregándose contra su pecho y provocándolo sin querer, pues sentía el cosquilleo de su cabello despeinado y de la oportuna mano sobre su cadera.

Él se aclaró la garganta antes de responder.

—Las nueve y media.

Astrid frunció el ceño.

—¿Tan pronto? —preguntó en un quejido sin abrir los ojos.

Estaba de maravilla. Hacía mucho que no se sentía así. Sin olvidar que ese día no tenía que madrugar y que, por tanto, podía dormir hasta tarde.

Había hallado la postura idónea, se encontraba muy a gusto. Tanto como si estuviera en su propia cama, pero con una sutil diferencia: hacía tiempo que nadie la

rodeaba con los brazos y la hacía sentir tan bien.

Desde luego, no hay como pecho ajeno para curar los males y, en este caso, el cansancio.

—¿Pronto? —repitió él como un tonto. Hacía años que no se quedaba hasta tan tarde en la cama.

—Mmm, sí —corroboró ella con un suave ronroneo.

Al tener la mano sobre la cobra, era testigo involuntaria de cómo él respondía a su toque. Escondió una sonrisa de satisfacción por dos motivos: el primero, porque, como todo hombre, funcionaba con los mismos principios básicos, y el segundo, porque, ese funcionamiento previsible, en un tipo como Owen, no significaba que actuara en consecuencia. Mejor no llevarse una desilusión animándose antes de tiempo.

—¿Qué planes tenemos hoy? —preguntó apartándose el pelo de la cara y alargando unos segundos más su estado antes de que él se pusiera en modo adicto al trabajo.

—Ninguno —se oyó decir Owen para asombro propio y ajeno. Desde luego, no se reconocía ni él mismo.

Astrid parpadeó. ¿Había oído bien?

—¿Ninguno? —inquirió solo por asegurarse.

Se incorporó apoyándose sobre un codo con la idea de mirarlo. Algo que no debería haber hecho, pues estaba para comérselo, de arriba abajo, sin dejarse nada.

«Qué malas pasadas me está jugando mi febril imaginación...», se recordó.

—Eso he dicho —confirmó él, y lo cierto fue que no sintió ninguna especie de alarma interior advirtiéndolo del peligro de vagar. Joder, a ver si Patrick tenía razón en eso de que no hacer nada es cuestión de ponerse.

—Excelente —replicó Astrid utilizando su expresión favorita.

Owen arqueó una ceja ante su tono sospechosamente irónico.

—¿Te estás riendo de mí?

—Un poco, es que te pareces tanto al señor Burns...

—No lo conozco —murmuró él todo serio, y Astrid empezó a reírse.

—¿No sabes quién es el señor Burns?

—No. ¿De qué te ríes? —preguntó Owen sin entender el motivo por el que ella parecía divertirse.

—Se nota que apenas si ves la tele, ¿eh?

—No tengo tiempo...

Por cómo lo dijo, saltaba a la vista que sus obligaciones lo mantenían ocupado la mayor parte del tiempo, y que la diversión quedaba relegada a momentos muy puntuales, incluso programados dentro de su agenda. Astrid sopesó la idea de explicarle a quién se refería, pero lo descartó; mejor se lo mostraría con imágenes.

Además, estaba recostada sobre él, ella con una vieja camiseta, y Owen casi desnudo.

Ella con ganas de pasar más tiempo en la cama, y él con una buena erección.

Ella con una fantasía que no se le iba de la cabeza, y él..., bueno, él podría negarse, pero un *no* ya lo tenía.

Pendiente de ella en todo momento, Owen la miró de soslayo intentando averiguar qué estaba pensando, porque su extraña expresión podía significar cualquier cosa.

—¿Ocurre algo? —preguntó dispuesto a salir de dudas, a ser posible cuanto antes.

—Mmm, sí —musitó Astrid mordiéndose el labio.

—¿Y bien?

Buscaba la manera de decírselo sin parecer grosera o vulgar, aunque en temas sexuales, andarse con rodeos solo conduce a equivocarse. Además, pensándolo bien, Owen era un tipo de mundo, con toda probabilidad curado de espanto, versado en mil experiencias, y ahora no se iba a asustar porque le propusiera algo así.

«Los hombres como él, ricos y atractivos, han probado de todo», se recordó y cayó en la cuenta de que incluso puede que hasta se aburriera con ella, pues, la verdad, no era lo que se dice muy original en eso del sexo. Habían follado, sí, pero aun siendo satisfactorio (eso desde su punto de vista, no desde el de él), no podía considerarse una experiencia alucinante.

Al hacer tal reflexión, Astrid se dio cuenta de que quizá ese fuera el motivo por el que Owen se mostraba tan apático. Él era, como suele decirse, de morro fino, y ella, la verdad, era un menú del día comparada con las mujeres que seguramente lo rodeaban.

—Tengo una fantasía... —empezó dubitativa, e hizo una mueca. No era el mejor comienzo.

Nada más oír el término *fantasía*, el interés de Owen se despertó por completo. Desde que la conocía, él también había pensado en alguna que otra, pero, por prudencia, se estaba callando.

—Te escucho —dijo intentando no mostrarse muy impaciente por saber qué fantasía en concreto tenía ella en mente. Aunque, pensándolo bien, cualquiera podría ser de su agrado. En lo que a fantasías se refería, él no era quisquilloso, y como tampoco le había dedicado mucho tiempo al asunto, pues andaba un poco desorientado.

—Desde que la vi por primera vez... —Astrid tragó saliva, mientras con la mano acariciaba el punto exacto donde se encontraba el tatuaje, eso sí, cubierto por el bóxer — no he dejado de pensar en ella...

—¿Perdón? —inquirió él desconcertado al máximo. ¿Había hablado en femenino? ¿A qué se refería con *ella*?

—En acercar los labios a ella...

«¿Dónde está el desfibrilador?», se preguntó al atar cabos. Con lo de *ella* solo podía referirse a su polla. Estaba más claro que el agua.

—Me hipnotiza..., me pide sin palabras que la bese...

«Que no cunda el pánico», pensó él tensándose de arriba abajo al oírla. Joder con sus fantasías, iban a coincidir al cien por cien con las suyas.

—Dibujar cada línea con la lengua y dejar un rastro húmedo... —prosiguió Astrid en un susurro erótico, sin dejar de acariciarlo con los dedos, esperando que él aceptara su propuesta. Desde luego, por la erección que percibía, no podía negar que estaba interesado.

Él ya no podía más. Solo le quedaba una cosa por hacer, y era desprenderse de su ropa interior. ¿Cómo iba a no concederle su deseo?

—Es que es preciosa, perfecta, tentadora, perversa —añadió ella con voz ronca, casi soñadora.

A su polla, hasta la fecha, nadie le había hecho tales cumplidos, en especial porque había sido una cuestión funcional. Estaba ahí, cumplía su cometido y punto. Así que oír aquella lista de halagos y de deseos entremezclados con los suyos era para cerrar los ojos y disfrutar del momento. Sin oponer resistencia alguna.

—Sus ojos..., su mirada es... alucinante.

—¿Cómo dices? —la interrumpió Owen incorporándose con una mano en el elástico de su bóxer, ya que su intención era quitárselo para darle libre acceso a su erección.

Astrid parpadeó ante ese tono tan extraño. Por cómo se estaba mostrando, había pensado que le agradaba la idea, así que ese repentino cambio la dejó desconcertada.

—Pensaba que...

Owen inspiró profundamente. O ella no se expresaba con claridad, o él era un poco corto de entendederas, porque estaba claro que cada uno se refería a cosas distintas. Puede que los deseos sexuales pudieran expresarse con mil eufemismos distintos, de acuerdo, y él no estaba al tanto de todos, pero hasta donde podía hacerse una idea, su polla no miraba a nadie con ojos alucinantes.

—Habla claro —exigió dispuesto a aclarar aquello.

Astrid, que ya no podía sonrojarse más, lo miró un instante, aunque iba a ser muy difícil hablar al sentir sus ojos clavados a la espera de una respuesta, y más aún cuando se trataba de una cosa tan tonta.

—Me refería a tu... —Tragó saliva una vez más antes de añadir—: Cobra. —No podía sentirse más ridícula.

—Mi ¿qué? —preguntó él desconcertado y un pelín cabreado.

Nunca había sido amigo de las bromas, pero que justo en ese momento a ella le diera por hacer alguna... Aunque, por su expresión, se dio cuenta de que no bromeaba en absoluto.

Ante su desconcierto, ella señaló su cadera derecha, y él, al comprender, puso los ojos en blanco. El jodido tatuaje... Ahora resultaba que ella, en vez de ocuparse de su erección, como Owen había imaginado y deseado, quería hacerle de todo a la maldita serpiente.

—Lo siento —se disculpó Astrid al ver su cara de decepción. Debería haberse callado y haber seguido soñando...

Owen se percató de que la chica tenía verdadero interés en ello. Una fantasía extraña, desde luego, pero ¿qué costaba darle el gusto?

Ya que no iba a recibir nada más, al menos podría disfrutar de alguna que otra caricia. Tendría que conformarse con eso.

—Hazlo —dijo en un tono que rozaba el de perdonavidas y que a ella no le agradó mucho. Luego añadió con más suavidad, porque no terminaba de creérselo—: ¿De verdad esa es tu fantasía?

Astrid se sonrojó, pues en su cabeza existían otras, pero tan íntimas que no las había compartido con nadie, y a lo mejor a él le parecían ridículas.

—Sí —musitó, acalorándose aún más.

Saltaba a la vista que era sincera y, la verdad, Owen agradecía ese gesto, pues, a pesar de que aquello suponía un jarro de agua fría para sus pretensiones, al menos uno de los dos vería cumplidas sus expectativas.

—Pues adelante —apostilló tumbándose en la cama y quedando a su entera disposición. Puede que su actitud no fuera lo que se dice muy entusiasta; sin embargo, debido a la decepción, no podía fingir otra.

Ella se quedó un poco traspuesta porque aquella forma tan prosaica de iniciar un tema sexual dejaba helada a cualquiera. Hasta la mujer más atrevida y experimentada se quedaría descolocada.

Más nerviosa que al principio si cabía, se apartó el pelo a un lado y, evitando mirarlo para no perder el valor, llevó una mano hasta su ropa interior y empezó a bajársela. No encontró colaboración ni tampoco resistencia y, al igual que intentaba no mirarlo a los ojos, se esforzó por pasar por alto aquella tentadora erección.

Lo oyó inspirar con fuerza cuando se humedeció los labios, y más fuerte aún a medida que ella se fue inclinando. Apoyándose sobre sus muslos, dejó la boca muy cerca del tatuaje y volvió a relamerse. De cerca resultaba aún más impresionante.

—Es una maravilla —dijo encantada.

Él, que había accedido solo por complacerla, ocultó una sonrisa cuando, debido a la postura, su polla encajó entre sus pechos, así que de momento no podía ir mejor la cosa.

Estiró el brazo y, pese que había pensado no intervenir, le agarró el cabello, apartándose para no perderse detalle. Puede que hasta la fecha la dichosa culebra le recordara un momento de debilidad, pero en cuanto sintió el roce de sus labios sobre la piel tatuada, cambió por completo de parecer.

La suavidad con la que Astrid lo tocaba logró que esa porción de su piel, que nunca había creído importante a efectos sensitivos, se le erizase a medida que, con la punta de la lengua, dibujaba cada línea. A aquello, ya de por sí increíble, se le sumaba la constante presión de sus pechos, que, sin pretenderlo, le masajearan su erección, consiguiendo que respirase cada vez de forma más agitada.

Pero todavía quedaba un estímulo sensorial, igual o mejor que los anteriores: al mantener el pelo sujeto, podía observarla a placer. Con los ojos cerrados, ella manifestaba su deleite mientras le proporcionaba una experiencia única.

—Astrid... —gruñó, llegando a tirarle del pelo cuando la tensión creció en su interior.

—Mmm —ronroneó ella, encantada no solo por cumplir una de sus fantasías, pues verlo disfrutar suponía un incentivo extra.

Pero, si bien hasta el momento aquello iba por buen camino, todavía podía ser mejor, pensó maniobrando con sutileza. Deseaba crear expectación, que aquello continuara siendo intenso, y nada mejor para ello que moverse de manera sinuosa.

Owen advirtió su cambio de ritmo; sin embargo, supo por instinto que era para mejor. Observó maravillado cómo con la boca iba trazando un sendero de besos, y la

dirección elegida era tan evidente que dio un respingo a causa de la anticipación.

—¿Estás segura? —preguntó serio, ya que no quería, bajo ningún concepto, que se viera obligada a ello. Por experiencia sabía que algunas mujeres tan solo accedían por cubrir el expediente, no porque lo desearan.

—Sí.

Esa escueta respuesta fue tan sincera que hasta lo conmovió.

Owen no quería perderse ni un detalle, por lo que se incorporó sobre los codos. Ella primero lo besó en la punta, rompiéndole los esquemas y haciendo que mantener los ojos abiertos fuera casi misión imposible. Tras darle ese excitante beso, separó los labios y poco a poco fue envolviéndolo.

Pero solo la punta... El contacto justo para hacerlo enloquecer, para que jadease. Para poner a prueba todo su autocontrol. Astrid se entretuvo un buen rato manteniéndolo así, presionando con los labios y moviendo la lengua para buscar cada punto sensible, y, a juzgar por los gemidos de Owen, debía de estar encontrándolos todos.

Pero quería y podía ser ambiciosa y, con calculada lentitud, porque ella también se lo estaba pasando en grande y deseaba alargar el momento tanto como fuera posible, fue acogiendo su erección dentro de su boca, mientras controlaba la respiración para no sufrir arcadas.

—Joder... —gruñó él sin poder evitar arquearse al sentir cómo lo albergaba por completo dentro de su boca.

Ella ni se retiró ni mostró desagrado, sino más bien todo lo contrario, cuando con las manos empezó a acariciarle la parte interna de los muslos hasta llegar a sus testículos para poder acunarlos con los dedos. También emitió unos murmullos de lo más indicativos, de tal forma que Owen empezó a sentirse como... como... como nunca antes.

Él no encontró comparación posible, pues hasta la fecha nadie lo había obsequiado con una experiencia similar. Aquella boca no solo lo envolvía en su calor y su humedad, sino que, además, con la lengua recorría cada punto sensible, lamía cada recoveco, y todo con unos ruiditos que mostraban muy bien cómo se estaban desarrollando los hechos.

—Dios..., qué bueno...

—Mmm... —ronroneó ella inclinándose todavía más mientras pasaba la lengua en sentido descendente para llegar a sus testículos, los cuales no pensaba dejar de lado. Los chupó con idéntico ahínco, logrando que él se retorciera de gusto.

—Métetela dentro otra vez —exigió Owen con la voz desgarrada.

Astrid sentía los tirones de su pelo, algo en principio desagradable, aunque, lejos de ofenderla, lo cierto era que la incitaban. Que Owen, tan contenido y correcto, se comportara, gracias a su boca, de aquella manera tan carnal desde luego era una muy buena señal. No solo le gustaba, sino que además, con aquel gesto, daba la sensación de que le pedía sin palabras que avanzara un poco más.

Notaba cómo cada vez se ponía más tenso, eso significaba que estaba muy cerca de correrse. No podía permitírselo. Liberó su polla y, utilizando la lengua, recorrió todo el tronco para dejarlo K.O. A continuación, se humedeció la palma de la mano para meneársela antes de volver a torturarlo, chupándole solo la punta, con la misma entrega y dedicación que había mostrado desde el comienzo de aquella extraña situación, que, por cierto, mejoraba por momentos.

Hacía tanto tiempo que no le hacía algo así a un hombre... Pensar en un ex mientras estaba haciéndole una mamada a otro podía ser contraproducente, pero a la mente le vino una de esas últimas ocasiones en las que, más por obligación que por devoción, había accedido a complacer a Esteban.

No había ni punto de comparación con lo que ahora experimentaba. Para empezar, notaba su propio sexo empaado, síntoma de que estaba muy excitada. Con su ex no siempre ocurría eso. Terminaba mojándose, desde luego, pero no con la misma rapidez y abundancia.

«Déjate de ex y céntrate en lo que tienes entre manos», se reprendió, relegando sus inoportunos pensamientos para dedicarse en cuerpo y alma a complacer a Owen.

Varió ligeramente de postura; ahora quería dedicarle atención a la parte más sensible, la punta, y se entretuvo un buen rato succionando y presionando solo el glande; era consciente de los jadeos de él y, pese a los intentos de Owen de controlarse para no embestirla como un poseso, supo mantenerlo a raya para ofrecerle su mejor repertorio.

Un repertorio basado en su mayor parte en la teoría y en el instinto, pues nunca se había molestado en ponerlo en práctica con otros amantes, ya que, bien por desidia o bien por falta de oportunidad, nunca antes se había sentido tan cómoda chupándose a un tío.

Con Owen quería, por decirlo de una manera, llegar hasta el final y, además, disfrutar del viaje. No para impresionarlo, pues era lo suficientemente sensata como para saber que el listón ya estaba, no alto, sino inalcanzable, pero al menos podría intentarlo y que no quedara como algo mediocre.

Él, ajeno a todo lo que no fueran las increíbles sensaciones que experimentaba, intentaba no gritar como un poseso. La tensión que sentía en los testículos, la humedad y el calor sobre su polla, esa lengua juguetona martirizándolo sin descanso... lo habían llevado a un estado de no retorno que de un momento a otro lo iba a hacer estallar.

No sabía cómo decirle, de una manera elegante, dadas las circunstancias, que iba a correrse y avisarla con tiempo por si quería apartarse.

—Astrid... —jadeó intentando que se separase, porque su desfogue era inminente. Llegó incluso a tirarle del pelo.

—¿Mmm?

—Aparta —gruñó.

Ella, con la sorpresa reflejada en su rostro por tan extraña petición, lo miró. Lo

estaba haciendo bien, ¿no?

—¿Por qué? —preguntó con temor, pues al parecer no era tan habilidosa como pensaba. Y mira que había tenido cuidado con los dientes.

—Joder, ¿tú qué crees? —dijo Owen con los dientes apretados.

—¿No quieres... correrte? —preguntó ella con cautela.

Owen, sintiéndose estúpido por enésima vez, asintió como un tonto.

—Sí, pero tú..., joder... —estalló cabreándose consigo mismo por buscar, sin éxito, la forma de decir las cosas. No quedaba más remedio que ser vulgar a la par que sincero.

—Entonces...

—¿No te importa que me corra en tu boca?

Astrid suspiró aliviada y negó con la cabeza antes de añadir:

—De eso se trata, ¿no? —Intentó no reírse ante un diálogo tan extraño, dadas las circunstancias, porque una conversación así es imposible de imaginar.

Owen optó por no hacer ni un comentario más y lo dejó de nuevo todo en sus manos. Tumbado boca arriba, con los brazos en cruz, entregado a lo que ella tuviera a bien disponer. Por fortuna, Astrid ni había huido a toda velocidad ni se había descojonado a su costa. Y, por suerte, también su polla se había mantenido erecta, colaborando para que todo llegara a buen puerto.

Con una sonrisa a medio camino entre la diversión y las ganas de continuar, Astrid se relamió para dar un efecto más acorde con sus intenciones más inmediatas y volvió a inclinarse, abriendo la boca para dejar que poco a poco su erección fuera entrando hasta hacer que se sintiera de nuevo en la gloria. Podría haber sido mala, interrumpirse y torturarlo, unos minutos. No obstante, desestimó la idea y se puso manos a la obra. Para evitar que él arqueara las caderas, embistiéndola y hasta atragantándola, le puso una mano sobre el estómago, instándolo a que se mantuviera quieto, mientras con la otra mano y la boca, en un perfecto ejemplo de coordinación, se dedicó por completo a recorrer su pene, chupando, lamiendo y masajeando para que los minutos perdidos en el surrealista intercambio de impresiones no estropearan toda la escena de seducción.

Notó cómo Owen, entre jadeos contenidos, se tensaba bajo sus caricias, y ella, satisfecha, formó una «O» perfecta con los labios, ejerciendo la presión adecuada, hasta que él, rendido a sus artes amatorias, terminó gruñendo a la par que saboreaba el primer chorro de semen.

No se apartó, ni loca lo habría hecho, y esperó a que él terminara. Incluso cual gato goloso, pasó la lengua, limpiando en el proceso cualquier resto orgánico. Levantó la vista y se quedó alucinada al ver su expresión y su postura de total abandono. Parecía satisfecho, muy satisfecho.

—Astrid... —susurró él, incapaz de mover un músculo.

Como toque final ella, le dio un sonoro beso en la punta que lo hizo sisear, antes de recostarse sobre el estómago y quedarse allí, cerca de la cobra, que tantos

pensamientos libidinosos le provocaba.

Si él se sentía encantado con lo que acababa de experimentar, para ella, el calificativo más indicado sería *pletórico*.

—En cuanto sea capaz de moverme... —Owen se detuvo para peinarse con los dedos. Aún se sentía descolocado. Intentar analizar lo experimentado era simple y llanamente perder el tiempo.

Astrid le acarició el tatuaje, sonriente y tan satisfecha o más que él, pese a que ella no había recibido ningún tipo de caricia; pero no le importaba lo más mínimo.

—... me ocuparé de dejarte sin aliento —concluyó muy seguro de sí mismo.

Su promesa fue recompensada con un provocativo beso en el estómago y una sonrisa radiante. No hacía falta, pero si él se empeñaba...

Owen reflexionó acerca de sus palabras. Desde luego, en otras circunstancias nunca las habría pronunciado, entre otras razones porque, para empezar, ninguna mujer lo había dejado tan asombrado y, en segundo lugar, porque ya se habría levantado y vestido. Su agenda siempre estaba llena de compromisos, el sexo tenía un tiempo asignado y punto.

Astrid permanecía a la espera y en silencio, por lo que la mejor opción era pasar a la acción. Se sentó en la cama y, adoptando una actitud muy semejante a la de un depredador, se fue acercando a ella. Sin oponer resistencia alguna, más bien todo lo contrario, Astrid se recostó disfrutando del hecho de que por fin él sacara a relucir su lado más agresivo, ese que, por alguna inexplicable razón, mantenía escondido.

Owen se sentía el amo del mundo y el cabrón más afortunado mientras se recreaba la vista con la imagen de ella tumbada, expectante, excitada y sonrojada; sus pezones apuntándolo y sus largas piernas ligeramente separadas invitándolo no solo a observarla, sino también a meterse entre ellas, una invitación, que, por cierto, iba a aceptar de inmediato.

Estiró la mano y esta fue directa a por un pezón, comprobando con las yemas de los dedos lo duro que estaba. No era suficiente, y acercó la boca para atraparlo.

—¡Oh, Dios! —exclamó ella encantada. Enredó las manos en su pelo para mantenerlo bien pegado a su pecho.

Ni que decir tiene que Owen no se separó ni un milímetro, dando a ese pezón un tratamiento muy especial. Quería hacerlo, y no solo a modo de recompensa, sino porque además lo deseaba, porque ella era especial y porque, por primera vez, le importaba de verdad lo que la mujer que tenía debajo sintiera. No era una simple cuestión de satisfacerla y punto, era algo más...

Astrid gemía encantada con sus atenciones, lo cual era buen síntoma. Owen no pretendía quedarse ahí. Pese a que podría pasarse un buen rato entre sus pechos, había otras zonas de su anatomía que también quería probar con la boca y, para ello, empezó a deslizarse hacia abajo.

Ella dio un respingo al sentir su aliento a la altura del estómago. Se mordió el labio intentando no gritar, porque esa boca, la misma que dejaba boquiabiertos a los

ejecutivos, la misma que decía las cosas de forma tan prosaica, ahora la volvía loca centímetro a centímetro.

Mientras él continuaba descendiendo, Astrid no dejó en ningún momento de gemir y de jugar con su pelo, pese a que se le iba escurriendo de las manos.

Owen levantó un instante la mirada, quería ver con sus propios ojos la expresión de ella, porque con los gemidos no le bastaba. Joder, era, con diferencia, la mujer más sensual que recordaba. Bueno, siendo sincero, no se acordaba de ninguna otra, pues no les prestaba atención más allá de lo indispensable.

Astrid estuvo a punto de atragantarse al ver la sonrisa que él le dedicó un segundo antes de besarla justo por encima del vello púbico. Eso confirmó su teoría de que Owen apenas sonreía para no dejar K.O. a la población femenina heterosexual, bueno..., y seguro que alguna lesbiana también caía. Y ni que decir tiene, a toda la comunidad gay.

—Owen... —gimió por el simple placer de pronunciar su nombre cuando notó cómo le separaba los muslos para acomodarse entre ellos.

Por si acaso, estiró la mano y dejó sobre la cama un preservativo, porque a buen seguro que iban a necesitarlo en breve.

—¿Mmm? —ronroneó él sin despegar la boca de su piel.

—Sigue...

Y siguió.

Con la delicadeza justa, separó sus pliegues, recorriéndolos primero con las yemas e impregnándose de sus fluidos para después penetrarla con dos dedos y poder sentir todo su calor interno. A continuación, acercó la boca, la posó sobre su sexo y fue rozando cada terminación nerviosa hasta llegar a la principal y atrapar su clítoris. Presionó con la lengua, logrando que ella diera un buen respingo antes de ser más agresivo y atraparle entre los labios.

Astrid gritó y arqueó todo el cuerpo sin poder contener sus reacciones. Hacía tanto tiempo que ningún hombre jugaba entre sus piernas que ya casi se le había olvidado lo placentero que era. Quería permanecer quieta, e imitó su postura quedándose con los brazos en cruz sobre la cama y las rodillas flexionadas, pero a medida que esa lengua jugaba en su sexo, fue arrugando la sábana con los puños y sintió los temblores de sus piernas.

Él no se detuvo. Quería oír más gritos, más jadeos, notar cada espasmo y lograr que ella se deshiciera, literalmente, ante de correrse en su boca, y para ello nada mejor que concentrarse. No le dio tregua: combinó los dedos y la boca para llevarla cada vez más lejos, tanto que Astrid, apoyando los pies en el colchón, elevó el cuerpo y se frotó con descaro. Tal inhibición a él le encantó, esa naturalidad era la que siempre buscaba y pocas veces hallaba.

—¿Quieres correrte? —le preguntó con un ronroneo tan sexual que ella parpadeó. Hasta el momento nunca había hablado con ese tono tan letal. Iba directo a su libido.

—Oh, sí —lloriqueó.

—Pues córrete... —ordenó Owen con su tono más autoritario, el mismo que empleaba ante una junta de accionistas, tan impropio del momento.

Sin embargo, pese a todo, ese cambio tan brusco de registro le encantó, y obedeció, deseando que no fuera la única orden que tuviera que acatar.

—¡Owen! —gritó regalándole, sin saberlo, algo increíble, pues pocas veces (o ninguna) oía su nombre en aquel tono desesperado y satisfecho a la vez.

Contento consigo mismo y con una erección difícil de obviar, gateó hasta ponerse a su altura. Vio el condón y fue a por él. Con lo que no contaba era con que su maniobra se vería truncada cuando ella le acunó el rostro y lo besó, de una forma tan apasionada que lo descolocó por completo.

Owen no esperaba que quisiera besarlo después de haber estado entre sus piernas, pero le pareció increíble que a ella no le molestara saborearse a sí misma.

—Pónmelo —dijo él entregándole el condón. Tenía la polla a punto de reventar.

Astrid maniobró con celeridad y, menos de minuto y medio después, sentía cómo la penetraba.

Se aferró a sus hombros, clavándole incluso las uñas en ellos, pues tras la alucinante e inesperada sesión de sexo oral, se encontraba muy pero que muy sensible. Cualquier roce en su coño resultaba incluso doloroso.

Owen empezó a bombear como un poseso, descargando toda la tensión, toda la agresividad que nunca se atrevía a mostrar. Sudoroso, y sintiendo cómo el cuerpo de Astrid respondía a todas sus exigencias, era consciente de que no aguantaría ni los cinco minutos de cortesía.

Ella lo mordió en la oreja, y eso le confirmó que estaba tan cerca como él.

—Más fuerte... —chilló confirmándole sus suposiciones.

—Desde luego —acertó a decir entre jadeos mientras apretaba los dientes para aguantar ese necesario minuto más.

—Owen... —suspiró ella justo antes de sentir uno de esos orgasmos que creía imposibles, pues siempre había considerado que era una leyenda urbana tener dos en el mismo día.

—¿Mercedes Clase S o Porsche Panamera? —preguntó Owen, aún desnudo, mientras estiraba el brazo para coger su iPhone.

Esperó a que ella le respondiera al tiempo que marcaba un número de teléfono.

—Eeeeh... —titubeó Astrid. ¿Qué otra cosa podía hacer ante semejante cuestión, por otro lado, del todo impropia del momento?

—Decídete, por favor.

Ella hizo una mueca. ¿Cómo le preguntaba algo así, diez minutos después de haber follado? Si la cuestión hubiera sido unas tostadas o cruasán, la respuesta habría sido cien mil veces más simple.

No entendía a qué se refería exactamente, pero ante la increíble oferta motorizada se decidió por la más deportiva.

—Porsche —respondió pronunciado la marca sin la «E» final y alargando la «CH»—. *Of course*.

Él asintió pasando por alto esa mala imitación de aristócrata británico y, como el que pide comida a domicilio, indicó a su interlocutor que tuvieran para dentro de una hora el vehículo indicado. Por supuesto, remató su petición con un escueto «Gracias».

Astrid esperaba una explicación y Owen, para no variar, se mantuvo unos odiosos segundos en silencio, creando una expectación que desesperaría a cualquiera.

—He pensado que hoy podríamos hacer un poco de turismo. ¿Te parece bien?

Ella, que empezaba a conocerlo, dedujo por su tono que ya había tomado una decisión; y si bien aceptaría un no por respuesta, pues, al fin y al cabo, era un caballero, se lo tomaría como un desplante porque dudaba que alguien se atreviera a contradecir al señor Boston.

Y, además, qué carajo, le apetecía muchísimo salir, ver cosas, disfrutar de la ciudad, que no todo iba a ser trabajo. Y pasear al lado de ese monumento de hombre mucho más. Aunque la llevara a la tasca más cutre del planeta, lo acompañaría sin dudar.

—Sí, me parece estupendo —aceptó con una sonrisa.

Se puso en pie y buscó su camiseta. La encontró tirada a los pies de la cama, pero cuando fue a ponérsela, creyó ridículo hacerlo; bien podía pasearse delante de él desnuda. Los arrebatos de pudor resultaban innecesarios.

Como bien dice Mónica Naranjo, «Hay que echar de la cama pudor y fidelidad. Ver las manos volar, los ojos llorar... Todo es llamada...»^[11].

Se detuvo justo en la puerta del cuarto de baño para resolver una última duda.

—No irás a molestar a tu chófer para salir, ¿verdad?

Owen, que no se había perdido detalle de sus curvas mientras permanecía sentado en la cama con el móvil en la mano, tentado de fotografiarla, no entendió la pregunta.

—¿Te supone algún problema? —preguntó a su vez.

—¡No! —respondió ella con rapidez—. Lo que pasa es que me parece ridículo molestarlo. Al fin y al cabo, podemos apañárnoslas solos.

Por la cara que puso Owen, no parecía muy convencido.

—Para eso le pago —respondió recuperando, pese a estar desnudo, su tono ejecutivo.

—Bueno, sí, pero...

—¿Te incomoda? —inquirió, considerando tal posibilidad.

Arthur era un perfecto chófer, hasta la fecha nunca había tenido queja de él, era un buen conductor y, lo más importante, discreto.

—¡No! —exclamó ella pensando en el hombre—. Simplemente he pensado que a él también le gustaría tener el día libre.

Debía de haber pronunciado la palabra tabú delante de un adicto al trabajo; esa fue, al menos, la impresión que tuvo al ver la cara de Owen.

—Está bien —aceptó él no muy convencido.

Y, para convencerlo del todo, estando como estaba desnuda, Astrid estiró los brazos por encima de su cabeza para apoyarse en el marco de la puerta y, adoptando un tono de voz de línea erótica, dijo:

—¿Vas a dejar que otro... —puso morritos y él arqueó una ceja— disfrute de toda la... potencia de un coche como el Panamera?

Owen se cruzó de brazos. Vaya espectáculo a primera hora de la mañana. Nada más verla desnuda, «frotándose» contra el marco, ya se había convencido por completo, pero quiso comprobar (y disfrutar) del *show* hasta el final.

—La que entiende de motores eres tú, no yo —adujo serio.

Ella recompuso con rapidez su guion.

Dobló la rodilla y se arrimó un poco más a la madera, dejando caer su melena rubia hacia atrás, mientras comprobaba cómo, a pesar de su aparente tranquilidad, no era tan inmune a sus artes de seducción y/o persuasión.

—Por eso te lo digo... —ronroneó.

—Anda, ve a ducharte —dijo él finalmente, cien por cien convencido mientras apartaba los ojos de aquella tentadora visión.

—¿No vienes? —preguntó ella manteniendo su tono sugerente. Después pensaría cómo demonios se había atrevido a tanto.

Para rematar la jugada, Owen sonrió de esa forma que solo se podía ver en dos ocasiones: cuando tenía acorralado a alguien tras una ardua negociación o cuando una rubia transgresora lo incitaba a perder los papeles. Cualquiera de las dos opciones resultaba válida en ese instante.

—De acuerdo, me ducharé sola —dijo Astrid, metiéndose en el baño acelerada.

—Excelente... —murmuró él.

Se quedó en la cama pensativo. Claro que podría seguirla, sin embargo, había una cosa que lo había inquietado: el tema de las fantasías.

Debía pensar en ello con detenimiento, algo que hasta el momento no había hecho por dos motivos muy claros: carecía de tiempo y no había recibido la estimulación adecuada.

Puede que fuera una estupidez, pero tras escuchar la confesión de Astrid y ver su evidente sonrojo, había determinado que bien podía pararse a pensar en ese asunto.

Cinco minutos más tarde, Owen llegó a la deprimente conclusión de que, debido a su apretada agenda, apenas tenía fantasías más allá de saciar una simple necesidad biológica, que, la mayor parte de las veces, se solucionaba con un intercambio monótono de fluidos o la intervención directa de su propia mano.

Sí, definitivamente tenía que empezar a pensar en ello y fantasear un poco. Al día siguiente se ocuparía del tema.

Según el horario previsto, apenas una hora después ambos se acercaban a la salida del hotel, donde el botones, nada más verlos, les abrió la puerta.

Astrid no dijo nada cuando el aparcacoches les entregó las llaves del impresionante Porsche. Eso sí, Owen podía intentar salirse de lo clásico eligiendo un deportivo, pero en cuanto al color de la carrocería, era otro cantar. De un gris oscuro metalizado, reluciente como si lo acabasen de encerar (lo más probable era que fuera así), aquel coche destilaba poderío.

—¿Quieres conducir tú? —preguntó entregándole las llaves y ocultando una expresión divertida bajo las gafas de sol.

Astrid desentonaba un poco a su lado con sus vaqueros, su chaqueta de piel y las botas planas, pues, para no perder la costumbre, él vestía un impresionante traje azul marino sobrio, confeccionado a medida, y unas gafas de sol exclusivas. Además, junto al impresionante Porsche, debía de parecer la pariente menos afortunada en la vida, por lo que preguntó por si acaso:

—¿Seguro?

Como venía siendo habitual en él, Owen se limitó a dar por hecho que sus deseos eran órdenes y, dándole las llaves, fue directo al asiento del acompañante.

Ella se acomodó al volante y lo acarició con reverencia. Mientras tanto él, ajeno a sus sensaciones, fue a lo práctico y se puso a manipular el navegador.

—Es una gozada... —murmuró Astrid, sintiendo el cuero bajo su tacto, subiendo y bajando las manos por él.

Owen le dedicó toda su atención, envidiando en el acto aquel maldito volante. Nada le gustaría más que ella lo acariciara de esa forma, aunque, bien mirado, se había llevado otro tipo de atención esa misma mañana mucho más importante... Sí, definitivamente, iba a tener que estudiar eso de las fantasías, porque no solo le picaba la curiosidad.

Astrid comenzó a mover diferentes mandos para ajustar los retrovisores y

posicionar el asiento adecuándolo a su altura, y todo ello sin hacer preguntas tontas acerca de dónde estaba esto y aquello. Un hecho que Owen agradecía, pues él no tenía ni la más remota idea; era la primera vez que montaba en un Panamera. «Por lo menos no conduce como Fernando Alonso, que para bajarse del coche primero hay que quitarle el volante», se dijo a sí mismo cuando ella acabó de mover los mandos.

Astrid se dio cuenta de que ya estaba lo bastante preparada, pero le faltaba un pequeño detalle.

—¿Adónde vamos?

—A Brujas —respondió él abrochándose el cinturón con el mismo tono que habría empleado si hubiera dicho «Al supermercado».

—De acuerdo —murmuró Astrid disimulando la sorpresa, pues creía que harían turismo por la ciudad. Claro que, si lo pensaba con calma, ¿para qué iba a pedir un vehículo de alta gama, si no?

«Bueno, con la gente de alto poder adquisitivo como él, una nunca sabe a qué atenerse», pensó mientras arrancaba el coche y el suave, excitante y tentador ronroneo del motor le hacía esbozar una sonrisa tontorróna.

—El cinturón —advirtió Owen, pragmático y atento a todo.

—Ah, sí —respondió ella con rapidez. Con la emoción, se le había pasado por alto.

Nada más incorporarse al tráfico, la voz mecánica del navegador empezó a indicarles el camino. Astrid conducía con más prudencia de la habitual, ya que bajo ningún concepto quería arañar el coche. Al fin y al cabo, ningún hombre admite, cuando se trata de vehículos, que una puede tener un despiste.

Circular por las calles de Bruselas en dirección a la autopista un sábado por la mañana resultó rápido, pero no todo lo que Owen esperaba, así que en cuanto abandonaron la ciudad tuvo que recordarle algo.

—¿Sabes cuántos caballos de potencia tiene este motor? —inquirió mirándola de reojo y ocultando su diversión. Sujetaba el volante con normalidad, pero no terminaba de soltarse.

—Es la versión turbo, ¿no? —murmuró ella ante ese tono de profesor sabiendo deseoso de pillar fuera de juego a su alumnado.

—Por supuesto —replicó él como si llevar una versión más económica fuera un agravio a su persona.

—Unos quinientos... —dijo Astrid, y añadió con cautela porque se había lanzado a la piscina sin comprobar la profundidad y puede que Owen, como todos los *muchimillonarios*, hubiera encargado un coche personalizado—: Creo.

—Pues entonces, písalo un poco, mujer —la animó él—. Estoy seguro de que tú no eres de esas que conducen como las abuelas.

—Ah, bueno, si te empeñas...

Agarrando el volante con las dos manos, Astrid se dio el gustazo de apretar el acelerador y comprobar por sí misma toda la potencia que aquel prodigio de

ingeniería mecánica escondía.

El motor se revolucionó y ella sonrió disfrutando como una loca de la sensación de velocidad, aunque, tras probar la potencia durante cinco minutos, aminoró un poco, hasta quedar dentro de los límites. Solo faltaría que luego a Owen le llegara una multitud.

Tardaron poco más de una hora en llegar a Brujas, donde, por arte y gracia de Owen, los estaban esperando en un selecto restaurante del centro histórico. Ni siquiera tuvieron que buscar un aparcamiento para el Porsche.

«Una puede acostumbrarse a esto, vaya que sí», se dijo Astrid mientras él la guiaba hacia el comedor colocando una mano en su espalda. Un pequeño gesto, quizá tonto, pues era la primera vez que la tocaba en público, lo cual podía ser una estupidez, pero ella lo encontró bonito.

—Dejemos el coche y paseemos un poco —sugirió ella ensimismada con todo lo que veía a su alrededor cuando salieron del restaurante.

Brujas era una ciudad de ensueño.

Owen decidió seguirla, pese a que no era muy aficionado a caminar sin rumbo determinado. No entendía a los turistas que no tenían una ruta previa y se aventuraban a recorrer calles y calles sin un objetivo claro. Sin embargo, accedió porque, a pesar de tener unas vistas magníficas mientras paseaban por la ribera del río Zwyn, lo más atractivo era, con diferencia, verla a ella.

Parecía una cría visitando Disneyland; se fijaba en cada detalle y empezó a sacar fotos como una loca con su viejo móvil.

—Hazme una aquí, por favor —le pidió acercándose al borde del río para que él pudiera captar una buena perspectiva.

Owen miró el aparato que ella le entregaba y frunció el ceño. «Vaya cacharro». Se lo guardó en el bolsillo y sacó su iPhone.

Su idea era disparar un par de instantáneas como hace todo hijo de vecino para quedar tranquilo, pero fue mirar la pantalla y ver su sonrisa, y su dedo cobró vida propia. Sacó al menos diez fotos, incluso alguna de ella de espaldas.

—¿Quieres una junto a la torre Belfort? —preguntó, ya no por compromiso, sino con verdadero interés al verla tan entusiasmada, cosa que a él no le ocurría.

—¡Por supuesto! —exclamó Astrid exultante.

Y, como si de un fotógrafo profesional se tratara, se vio a sí mismo dándole instrucciones para obtener los mejores planos, algo que nunca había hecho.

Al principio, ella posaba intentando salir más o menos bien, pero se dio cuenta de que era ridículo, así que dejó de hacerlo. No quería regresar a casa y ver que todas las fotos parecían portadas de discos de los ochenta.

—¿Nos puede sacar una juntos? —le pidió a una señora que pasaba por allí.

Owen, que odiaba salir en las fotos y que, como mucho, dejaba que le hicieran alguna por motivos corporativos, cruzó los dedos para que la buena señora se negara, pero por lo visto la amabilidad de la mujer estaba por encima de sus deseos.

Astrid se situó junto a él y, sin perder la sonrisa, lo agarró de un brazo mientras entregaba el preciado iPhone a una perfecta desconocida. Algo que horrorizó a Owen, pues aquel aparato contenía valiosa información.

—Haga como su mujer y sonría, por favor —le pidió la desconocida.

—No es mi... —comenzó a decir Astrid.

—Calla y sonrío —la interrumpió él, deseoso de acabar con eso cuanto antes. No era el momento de aclarar el estado civil de nadie, y menos a una extraña.

Owen, tenso, hizo lo que pudo y respiró tranquilo cuando la señora les devolvió el teléfono. Ni siquiera se molestó en mirar la foto, sino que simplemente guardó el móvil por si acaso. Vio la cara de decepción de Astrid, pero ella debía entender que aquello había sido una imprudencia en toda regla.

Por fortuna, no era una mujer dada a los enfados, y menos aún en un marco incomparable como la ciudad de Brujas. Continuaron recorriendo todas sus calles y Owen también se fue relajando. No como ella habría deseado, pero tampoco se le podía pedir más.

Aceptó, ya que no le quedaba más remedio, subir en uno de los barcos que recorrían los canales, desentonando como el que más entre los turistas por su aspecto de ejecutivo. Eso lo llevó a pensar que debería haberse ocupado de indicarle a su asistente que pusiera alguna que otra prenda de *sport* en su equipaje. No obstante, también tenía la opción de ocuparse él mismo, y sugerirle a Astrid que fueran de compras.

Se dio cuenta en el acto de que sus pensamientos adquirirían un cuestionable tono poco profesional, por decirlo de forma suave, mientras permanecía sentado en una barcaza, rodeado de gente con cámaras de fotos y una rubia encantada con todo ello a su lado.

Su viaje era y debía seguir siendo por motivos de trabajo, y tan solo había hecho un paréntesis, por lo que quedaban descartados más momentos tontos, entre los que se incluían posibles salidas de compras o fotografías en pareja.

—¿Quiere que les haga una juntos? —sugirió un hombre de mediana edad situado en el asiento de delante.

Por educación, Owen no expresó en voz alta lo que en realidad pensaba, y se limitó a murmurar:

—Excelente.

Astrid sonrió a su lado, pero ya no con la naturalidad del principio, pues se había percatado de su manifiesta incomodidad.

—Venga, júntense más —indicó el señor tocapelotas metido a fotógrafo.

Para acabar con eso cuanto antes y evitar entablar conversación con ese tipo, puesto que de no tener cuidado acabarían compartiendo mesa y mantel, Owen sonrió sin despegar los labios, rodeó a Astrid con un brazo y la pegó a su cuerpo.

Ella le entregó su móvil al hombre, y este, emocionado, les sacó al menos media docena de fotos antes de devolvérselo.

—Lo siento —susurró luego ella guardándose en el bolsillo de la chaqueta.

—No pasa nada —dijo Owen hablándole al oído, porque en realidad ella no era la responsable. Al estar allí montados se daban por supuestas muchas cosas.

Quizá era la falta de costumbre, pues para él hacer turismo consistía en algo bien distinto, de ahí que se mostrara tenso. No era una cuestión de esnobismo, como podría parecer a simple vista, sino de falta de práctica. Intentó que ese hecho no lo amargara en exceso, pues ya que estaban allí lo menos que podían hacer era disfrutar de la jornada.

Cuando acabó por fin el paseo por los canales, se dieron cuenta de que se les estaba haciendo tarde y optaron por regresar en vez de quedarse a cenar en Brujas, pese a que el encanto de la ciudad de noche invitaba a ello.

—Será mejor que pensemos en ir volviendo, ¿no te parece? —comentó él en un falso tono cordial que no la engañó.

—Por supuesto —convino Astrid a falta de algo mejor que decir.

—Vamos, entonces.

Owen pensó que debería haberlo planificado con tiempo, lo que vino a confirmar su teoría de que no se debe salir a la aventura. De haberlo organizado con antelación, podrían haber disfrutado, en primer término, de un paseo a solas por los canales sin necesidad de estar rodeados de gente dispuesta a meterse donde no la llamaban.

Por supuesto, también se habría encargado que le reservaran una *suite* en un hotel con encanto justo en el centro para poder quedarse a pasar la noche, en donde podrían haber cenado con comodidad.

De regreso al *parking*, caminaron a la par pero sin tocarse. Astrid, cansada por el intenso día, optó por no decir nada, ya que la actitud de Owen dejaba bien claro que no era amigo de mezclarse con la gente. Esperaron de nuevo a que les llevaran el coche y esta vez Owen se puso al volante.

A Astrid no le importó lo más mínimo.

Estaba cansada, hambrienta y con ganas de llegar al hotel, picotear algo y meterse en la cama. Debía darse por satisfecha con esa jornada de asueto, pues sabía que por delante tenía una intensa semana.

Durante el trayecto de vuelta a Bruselas, permaneció recostada en el increíble asiento ergonómico, agradecida porque la única iluminación procediera del panel de mandos del coche; así podía ocultar su cara de decepción. Sin embargo, no debería sentirlo, pues sabía desde el comienzo que pasar el día al margen de sus obligaciones solo podía considerarse una anomalía. Aun así, tenía sentimientos, y no eran fáciles de esconder, aunque ya podía ir aprendiendo, pues con Owen no merecía la pena llevarse un mal rato.

Él era así y no iba a cambiar. No engañaba a nadie. Jorobaba, pero iba con la verdad por delante.

Le habría gustado hablar de algo mientras regresaban a Bruselas, pero al observarlo de reojo se dio cuenta de que no era un hombre capaz de mantener una

conversación banal, de hablar por hablar. Conducía concentrado, seguro, relajado, y Astrid lo admiró por ello.

Cuando llegaron al hotel, se apearon del coche y, para su sorpresa, él apoyó la mano en su espalda y la guio hasta el ascensor.

Una vez en la *suite*, cada uno tenía cosas en las que pensar como para ponerlas en común, así que el silencio fue de nuevo el tercer integrante de su relación.

Astrid no oyó ningún despertador. Nada interrumpió su sueño. Por eso, a medida que abría los ojos fue estirándose y sonriendo. Hacía siglos que no dormía así de bien. Incluso emitió unos ruiditos de satisfacción mientras sus constantes vitales se restablecían.

Se sintió observada, algo a lo que no estaba acostumbrada, así que procuró mostrarse un poco más refinada, aunque seguramente su pelo estaba enredado, tendría alguna que otra legaña que intentó quitar con disimulo, y su postura no sería lo que se dice muy elegante.

—Buenos días —dijo Owen, el cual permanecía sentado, apoyado en el cabecero con un bloc de notas y un lápiz.

—Buenos días —respondió ella poniéndose una mano en la boca mientras bostezaba—. ¿Qué hora es?

—Ya son las nueve y media.

Astrid gimió. ¡Aún era muy pronto! No obstante, dejando a un lado que era domingo, lo cual para un adicto al trabajo carecía de significado, sabía que de nuevo debía ponerse las pilas y empezar a trabajar. Así que lo mejor era comenzar con una ducha tonificante, un café cargado o dos y ya estaría preparada para afrontar la jornada.

—Enseguida estoy lista —dijo señalando sus papeles—. Aunque eso de trabajar en la cama me parece excesivo.

Apartó a un lado las sábanas convencida de los pasos que debía dar, a pesar de que la tentación de quedarse un ratito más amenazaba su voluntad. Pero si Owen ya estaba metido en faena, no iba a ser ella quien estropeará sus planes.

—Esto no es trabajo —comentó él golpeando rítmicamente el papel con el lapicero, igual que se hace cuando uno está atascado y las ideas no fluyen.

—¿Entonces...? —preguntó Astrid haciéndose una coleta y sentándose a su lado. Sentía curiosidad por saber qué lo tenía tan preocupado, porque fruncía el ceño, y eso, a primera hora de la mañana, para no tratarse de trabajo, no era buena señal.

—Estoy haciendo una lista.

Ella observó el papel: había trazado una línea en el centro, de tal forma que quedaban dos columnas y en la parte superior había escrito: «Ella / Yo».

—¿De qué? —se arriesgó a preguntar temiéndose lo peor o, ya puestos, lo más extraño.

Owen, que siempre esperaba unos segundos antes de contestar, hizo lo propio, pero por un motivo bien diferente. En esta ocasión no estaba seguro de querer dar una respuesta, porque ni él mismo la tenía.

—Sobre la conversación que mantuvimos ayer por la mañana —explicó,

dejándola igual.

Astrid hizo un rápido repaso de los temas que trataron el día anterior y, puesto que no habían hablado de nada de trabajo, continuó sin saber por dónde iban los tiros.

—No te sigo... —admitió mirando su perfil. La tentación de acariciarle la mandíbula áspera o, ya puestos, de echarse encima iba ganando enteros, aunque al verlo tan concentrado reprimió sus impulsos.

—Dijiste algo que me llamó la atención...

—¿El qué? —preguntó ella con rapidez para salir de dudas y porque, mientras hablaran, podía controlarse un poco. Qué guapo estaba con ese aspecto ligeramente desaliñado..., le recordaba a alguien..., pero no terminaba de identificarlo.

—Cuando mencionaste lo de las fantasías...

Astrid tragó saliva. Vaya tema para empezar, justo el que no necesitaba.

—Bueno...

—No he parado de darle vueltas y, si te soy sincero, he pensado que lo mejor sería hacer una lista en la que ambos las escribamos.

—Esto... —Astrid dudó en seguir hablando, aunque pensó que lo mejor era hacerlo—. No se hacen listas de esas cosas. Creo.

—¿Por qué? —inquirió él en su tono más prosaico, esperando una explicación razonada.

—Porque..., en fin, pertenecen al ámbito privado. No sé, son cosas de las que no se habla...

Su razonamiento, de lo más endeble, hizo que él se empeñara más en seguir con el asunto.

—Te equivocas.

—Hum, no sé.

—¿Qué mejor manera de hacer realidad una fantasía que compartiéndola con alguien?

Astrid frunció el ceño al oír ese apunte. Tenía razón, maldita sea. No obstante, quedaba un punto débil.

—Pero para eso hay que lograr cierto grado de confianza, ¿no crees?

Owen lo sopesó y asintió.

—Sí, es verdad —corroboró—. Pero ayer tú fuiste sincera conmigo, ¿verdad?

«Mierda, mierda, mierda, no se puede discutir con un hombre así —pensó ella—. Es duro de pelar y, si encima adopta ese tono tan pragmático, pues me descoloca aún más».

—Sí —susurró mirándolo de reojo y concentrándose para no acabar como un tomate maduro.

—De ahí que haya meditado la cuestión —apostilló él, y ella supo que ya no tenía argumentos para rebatir—. Considero que lo mejor es hacer una lista de las fantasías de ambos.

«Menos mal que tiene su parte en blanco», se dijo Astrid en silencio. Pero dos

segundos más tarde, tal cuestión, que al principio le había parecido buena señal, terminó por deprimirla, puesto que eso tan solo podía significar una cosa: él, como muchos hombres de su posición, y a su edad, ya habría llevado a cabo un sinfín de fantasías, por lo que con ella, pocas o ninguna podría realizar.

—Ni que decir tiene que será algo privado, confidencial, y que cualquier cosa que uno de los dos proponga debe ser de nuestro agrado.

«Este hombre no deja de sorprenderme —pensó ella—, nunca deja un cabo suelto».

—Gracias —consiguió decir confusa, descolocada y hasta sintiéndose tonta por no poder estar a la altura de las circunstancias.

Owen continuaba con el papel en blanco. Había dado vueltas (muchas) al asunto desde que se había despertado, y no conseguía encontrar ninguna fantasía realmente buena que escribir. Eso lo llevó a una inevitable consecuencia: debía empezar a vivir más y a trabajar menos, pues era muy triste conformarse con algún encuentro (muy) esporádico, y ahora que tenía a su lado a una mujer espectacular como Astrid, con la que conectaba de varias formas, bien podía dar un paso más.

Ella, ante su silencio, se mordió el labio indecisa. Pues claro que tenía fantasías, un montón, y con él de protagonista; sin embargo, a un hombre como Owen le parecerían ridículas. Para ello, nada mejor que recordar el capítulo del día anterior, cuando le propuso lamer su cobra.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó él, y Astrid negó con la cabeza.

Ante ese fracaso, dejó el cuaderno y el lápiz en la mesilla. Owen no era de los que tiraban la toalla ante la primera adversidad, así que llegó a la conclusión de que lo mejor era inspirarse.

Se acercó a ella, sorprendiéndola, y miró sus labios, que se moría por besar. No tenía por qué demorarlo más.

Astrid, encantada por dejar a un lado el tema de las fantasías, le dio la bienvenida y se fue dejando caer hasta que él pudo situarse encima.

A medida que el beso pasaba de ser un acercamiento a algo mucho más intenso, ella enredó las manos en su pelo como siempre hacía y lo atrajo hacia sí. Era una delicia sentir su peso y el tacto de su piel.

Con furia, Owen apartó la sábana que se enredaba en sus caderas y se dispuso a recorrer con la boca cada centímetro de piel, empezando por el cuello, los hombros, ese maravilloso par de tetas..., todo. Se sentía avaricioso y nadie podía impedirselo.

Ella giró la cabeza a un lado, mientras elevaba las piernas y rodeaba sus caderas, apretando incluso para sentirlo más cerca. Mantenía los ojos entornados debido a los suaves besos que él le prodigaba en la parte superior de sus pechos, evitando, deliberadamente o no, los pezones.

De repente abrió unos ojos como platos al verse reflejada en el cristal de la puerta corredera que daba acceso a la terraza. Nunca había observado algo así. Ella, acostada con Owen encima, ambos frotándose, tocándose... Los gemidos que ambos

emitían adquirirían un nuevo significado al contemplar las imágenes, y en ese mismo instante supo cuál podía ser su primer apunte en aquella curiosa lista.

—¿Owen?

—¿Mmm...?

—Pásame el bloc de notas.

Él, despegándose de su piel, se incorporó sobre los brazos y la miró.

—¿Perdón?

Astrid se revolvió para salir de debajo y gateó por la cama hasta la mesilla. Sin entender nada en absoluto, Owen se quedó recostado, apoyándose en un brazo a la espera de que ella hiciera a saber qué, porque lo de interrumpir su jugada no le agradaba ni un pelo.

Observó cómo ella se tumbaba a su lado y ponía cara extraña para después, utilizándolo como escritorio, empezar a poner algo en su columna.

Owen se impacientó. Se moría de ganas de saber qué fantasía iba a inaugurar esa lista.

—Déjame ver —pidió cuando ella finalizó—. «Observar y ser observada» —leyó en voz alta, y buscó su mirada.

Astrid respiraba de forma agitada, no solo a causa de la excitación, sino además porque estaba deseosa de saber su veredicto.

—Si no quieres... —balbuceó ante su prolongado silencio.

—Dalo por hecho —respondió él, interrumpiéndola. Ni siquiera, como era su costumbre, se había parado a pensarlo con detenimiento. Tras decirlo, agarró el cuaderno y trazó el símbolo de visto bueno junto a la propuesta—. Y ahora, si eres tan amable..., túmbate.

«Cómo me pone ese tono de ejecutivo agresivo...», pensó ella accediendo sin rechistar a su demanda. En otra ocasión se lo haría saber, incluso podía escribirlo en la lista: «Fóllame con la voz de ordeno y mando...». Aunque de momento no interrumpiría de nuevo.

Owen se lanzó a por ella y retomó en menos de medio minuto la postura anterior, acariciándole los costados mientras lamía un pezón, y consiguiendo que ella gimiera en sus brazos y que a él se le pusiera bien dura.

Sin ningún tipo de pudor, se frotó contra su muslo, al tiempo que aliviaba así en parte la presión que sentía debido a su erección. No tardaría en penetrarla, pero antes quería deleitarse un poco más.

Movió una mano hasta acercarse a su coño y, con las yemas de los dedos, acarició su vello púbico. Caricias lentas, suaves, que lograban el efecto deseado: verla arquearse y jadear expectante, excitada..., como a él le gustaba.

Repitió el gesto por puro placer, retrasando un poco más lo inevitable, y entonces le vino a la cabeza una idea...

—¿Qué ocurre? —preguntó Astrid, incorporándose sobre los codos, cuando él detuvo sus arrumacos.

—No te lo vas a creer —comentó Owen divertido, lo cual la puso más nerviosa, ya que él rara vez bromeaba—. Necesito el cuaderno.

Astrid empezó a reírse y se dejó caer. Aquello tenía guasa. Él, contagiado por sus carcajadas, se acercó hasta su boca, le dio un beso rápido dispuesto a plasmar en papel su idea antes de que, producto de la excitación, se le fuera de la cabeza. Sin embargo, le fue imposible, pues ella le rodeó el cuello con los brazos y murmuró con los labios pegados a los suyos:

—Sea lo que sea, dalo por hecho.

Lo besó con verdadera pasión y él respondió de igual forma, enzarzándose de nuevo en un beso. Ninguno de ellos dos podía saberlo aún, pero aquello tenía muchas posibilidades de convertirse en «algo más».

—No puedes decir que sí a una propuesta sin conocer el contenido de la misma —le susurró él al oído, aprovechando para mordisquearle el lóbulo al tiempo que una de sus manos continuaba tocándola entre los muslos.

—¿Por qué no? —respondió ella mientras abría bien sus extremidades inferiores para que él pudiera continuar masturbándola.

—Porque no es sensato —musitó Owen, poniéndole la carne de gallina. Ese tono ronco, seductor, cuando estaba dándole un consejo, incrementaba su deseo.

—No quiero ser sensata —jadeó ella hablándole también al oído, y logrando así que él la mordiera en el hombro.

Desde ese punto de partida, Owen empezó a deslizarse hacia abajo, dándole besos, lamiéndola o atreviéndose a mordisquearla. Todo fue bien recibido, a juzgar por los gemidos y los movimientos del cuerpo femenino, que sin palabras le pedía, le exigía más.

—Puede ser arriesgado... —continuó él con su tono más provocador.

Su ocurrencia había surgido de manera inesperada. Aun así, cada vez que lo pensaba, más le gustaba la idea, pese a que seguía sin comprender cómo ella aceptaba.

—Me arriesgaré —replicó Astrid acariciándole el pelo mientras él se situaba justo encima de su ombligo.

Notó primero su aliento y, poco después, la humedad que dejaba su lengua al tocar el mismo punto. Aquello era delicioso y perverso a la vez, pero no importaba, con sumo gusto se sometía a una sesión intensiva.

—No quiero hacerte sentir incómoda —insistió Owen, sujetándola de las caderas para, de un momento a otro, poder recorrer con la boca cada íntimo pliegue, lo cual, de poder llevarse a cabo su fantasía, sería mucho más especial.

—Sigo diciendo que sí —recalcó ella sonriendo como una tonta entre jadeo y jadeo.

Para no perderse detalle, giró el rostro y se vio reflejada en el vidrio, de manera difuminada pero realista, lo que le daba una perspectiva única de la situación.

Sí, definitivamente observarse reafirmaba su fantasía.

—No se hable más —sentenció él, dándole un sonoro beso en el pubis antes de apartarse—. Ahora vuelvo.

—¿Cómo? —preguntó ella con la garganta seca tras tanto jadeo de anticipación, que ahora, por lo visto, iba a quedarse en nada.

Lo vio meterse en el cuarto de baño. Bueno, podía entenderlo, todos tenemos necesidades que atender, hasta ahí era todo comprensible. Pero pensaba que, tras su acercamiento mañanero, la conversación sobre las fantasías y los incendiarios besos, aquello pasaba a un segundo plano.

Por fortuna, Owen regresó apenas tres minutos más tarde. Astrid lo repasó con la mirada, pues tenerlo desnudo, de pie y empalmado era una imagen que cualquiera querría almacenar en la memoria. No obstante, lo que más llamó su atención, pese a tener un cuerpo espectacular a su alcance, fue lo que llevaba debajo del brazo.

—Recuerda que has aceptado —indicó él en tono firme acercándose hasta la cama.

Astrid se sentó y, confundida a no poder más, intentó adivinar por qué él llevaba su bolsa de aseo. Tragó saliva al darse cuenta de los riesgos de haber accedido a una propuesta sin conocer su contenido, y más proviniendo de un hombre con una amplia experiencia.

Su nerviosismo iba en aumento porque Owen seguía en silencio, mirándola con una expresión indescifrable.

—Lo sé —murmuró ella inspirando hondo.

—Acuéstate encima, por favor —pidió tras extender una toalla sobre la cama.

Intentando controlar los latidos de su corazón, Astrid obedeció y se quedó quieta, boca arriba, pensando en la clase de locuras que una puede llegar a cometer cuando no medita bien las cosas, y en las tonterías que una hace cuando está junto a un tipo impresionante capaz de convencer sin apenas esforzarse.

—Separa las piernas..., dobla las rodillas.

Owen se inclinó y depositó un beso en cada rodilla. Si pensaba que eso iba a tranquilizarla..., estaba muy equivocado.

El sonido de la cremallera de su bolsa de aseo la inquietó. Sin embargo, permaneció inmóvil. Desde luego, Owen era un maestro, pues manejaba como nadie los tiempos. De reojo vio cómo sacaba... ¿espuma de afeitar?

—Owen, ¿qué...?

—¿Pretendes echarte atrás? —murmuró él socarrón agitando el bote de espuma.

Astrid negó con la cabeza, pero no con la convicción precisa.

—No... Yo...

Él se percató de su nerviosismo y, si bien apreciaba que la gente cumpliera su palabra, entendía que Astrid había consentido tan solo por complacerlo, y que además él había jugado sucio, pues se había aprovechado de un momento en el que no siempre se piensa con nitidez.

—Astrid, escucha...

—Hazlo —lo interrumpió ella al ser plenamente consciente de lo que pretendía hacer.

—De acuerdo —convino él pasados unos angustiosos segundos en los que solo las respiraciones de ambos se oían en la *suite*.

Owen agitó una vez más el envase y vertió en su mano una generosa cantidad de espuma de afeitar. Después lo extendió sobre el vello púbico de Astrid, repartiéndolo por toda la zona con cuidado, sin dejar ni un solo punto sin cubrir.

Ella cerró los ojos, pues la delicadeza con la que extendía el producto ya era de por sí una caricia a tener en cuenta, al igual que su expresión de concentración. Saltaba a la vista que no quería causarle ningún daño.

—No te muevas —dijo Owen sacando la maquinilla desechable—. Hago esto cada mañana... y hasta la fecha mi cara ha salido ilesa...

Ella pensó de nuevo en la posibilidad de pedirle que se dejara barba de dos o tres días porque, sin duda alguna, le daría ese aspecto un poco canalla que a todas gusta tanto, pero en ese momento prefería no hablar.

La primera pasada de la cuchilla fue extraña a la par que excitante, tanto como verlo a él, con esa cara de absoluta concentración, moviendo la maquinilla de forma precisa y siguiendo una metodología: primero la pasaba y después la limpiaba.

—En cuanto acabe, pienso recorrer con la lengua cada centímetro...

—Owen... —gimió ella, y optó por dejar de mirarlo para no acabar retorciéndose de gusto y provocar algún accidente. Como no podía estar con los ojos cerrados, prefirió fijarse en el techo.

—No quiero ningún obstáculo entre mi lengua y tu piel... —añadió él con voz ronca, sintiéndose por primera vez realmente convencido de lo que decía. No estaba soltando tópicos para quedar bien y que la mujer en cuestión viese cierto interés en su persona.

En cuanto acabó de afeitarla, cogió una toalla húmeda y la lavo. Cuando comenzó a lamerla, Astrid gimoteó, notando en el acto la diferencia. Su piel, ahora desprovista de vello, se encontraba más sensible, y eso, añadido a la habilidad de Owen, era para deshacerse allí mismo de gusto.

Extendió un brazo y le acarició la cabeza, haciendo lo que más disfrutaba: despeinarlo. Con la otra mano, empezó a acariciarse ella misma un pezón, aumentando así la intensidad de sus jadeos.

—Es increíble... —musitó pellizcándose ella misma al tiempo que movía las caderas en busca de la máxima fricción.

—Quiero sentir cómo te corres en mi boca —dijo él como si fuera adicto a su sabor, sin apenas despegar la boca de su coño, succionando con verdadero entusiasmo su clítoris, el cual, sensible hasta rayar el dolor, mantenía atrapado entre los labios, sin dejar, por supuesto, de penetrarla con dos dedos.

—Owen...

Oír su nombre en los labios de una mujer podía significar un buen aliciente, pero

en los de Astrid era mucho más intenso. Ese tono jadeante, muy alejado de la exageración de algunas, le daba a todo aquello otro matiz.

Levantó un instante la vista y gruñó al captar la imagen de ella tocándose. «Joder —pensó tragando saliva—, esto sí es una fantasía en toda regla».

Sus instintos más primarios lo instaban a dejarse de delicadezas, a metérsela sin contemplaciones, porque el simple roce de la sábana sobre su polla lo estaba desquiciando. Hizo acopio de fuerza de voluntad; ya no era un adolescente cachondo, ahora tenía delante a una mujer excepcional esperando mucho más que un polvo rápido. Él no estaba muy versado en eso de las fantasías, pero, como todo en esta vida, cuanto más empeño le pongas y más dedicación, mejor será el resultado. El sexo no iba a ser una excepción.

—Córrete —ordenó curvando los dedos en su interior.

Astrid tensó los músculos de las piernas dejándolo atrapado entre ellas, mientras obedecía encantada su exigencia y alcanzaba así un espectacular orgasmo.

Sin perder un segundo, Owen se lanzó a por un condón, mascullando sobre la incomodidad de los mismos; pero como lo necesitaba, se lo colocó con premura.

Nada más penetrarla, ella lo atrajo hacia sí para besarlo con verdadera ansia.

—Déjame, por favor —le pidió en un susurro junto a sus labios.

Lo empujó para que rodara y colocarse encima, a lo que Owen accedió encantado. Su voz había sonado tan erótica como la visión de ella, subida a horcajadas, dispuesta a hacerlo un hombre feliz.

Cerró los ojos y se dejó llevar.

Tumbado boca arriba en la cama, sexualmente satisfecho y con las manos entrelazadas sobre el pecho, Owen observó cómo ella se levantaba, le dirigía una mirada tentadora por encima del hombro y caminaba hacia el cuarto de baño dedicándole un curioso movimiento de trasero a cada paso que daba.

—¿Te apuntas a una ducha? —preguntó Astrid junto a la puerta.

Despeinada, sudorosa, excitada... Vaya conjunto... Pero Owen negó con la cabeza.

—En otro momento —la rechazó con amabilidad, pese a que la invitación implicaba algo más que ocuparse del aseo personal.

—Como quieras —murmuró ella, cerrando la puerta tras de sí.

El motivo de declinar la oferta, muy simple: se había metido en un buen lío.

Cuando se había despertado y había reflexionado sobre el asunto de las fantasías le había parecido una excelente idea hacer una lista para así saber a qué atenerse. Hasta ahí, todo correcto. Con lo que no contaba era con la proposición de Astrid.

No con la idea en sí, pues le parecía estupenda, sino con los problemas logísticos para llevarla a cabo.

«Observar y ser observada...».

Sugerente, un toque perverso, excitante... Desde luego, no podía poner un pero a la cuestión, de ahí que su mayor preocupación en ese instante fuera organizar el asunto.

Otra novedad, pues deseaba complacerla aunque reconocía que la idea también lo atraía a él.

Como siempre hacía cuando se le planteaba algo que no tenía controlado, Owen empezó por formular las preguntas que podían sacarlo de dudas.

«¿Llamo a un par de conocidos, los invito a cenar y después a que nos miren mientras follamos? Así cumplo la primera parte de la propuesta. Y para la segunda..., ¿les pido a los invitados que se pongan a echar un polvo y así soluciono el asunto?», se preguntó frunciendo el ceño, pues, si bien era una opción (nunca se descartaba una hasta encontrar la definitiva), le veía muchos inconvenientes.

En primer lugar, ¿conocía a alguien que gozase de su entera confianza para ello? No.

En segundo lugar, ¿podía contratar a dos extraños para ello? Sí y no.

Sí, porque casi todo en esta vida se compra y se vende; y no, porque no tenía ni la más remota idea de dónde buscar, aparte de no disponer de tiempo para organizarlo todo. Y esas cosas no se le pueden pedir a la secretaria. Por eso, nada mejor que encontrar un sitio discreto donde llevar a cabo sus fantasías. Puede que él no hubiera pisado uno en su vida, pero estaba al tanto de la existencia de clubes selectos donde

se podían satisfacer todo tipo de demandas sexuales.

Pensó con detenimiento y, tras unos minutos, llegó a la conclusión (otra vez) de que era un tipo con muy poca vida social y...

—¡Un momento! —exclamó apartando a un lado sus lamentaciones acerca de a qué dedicaba la mayor parte del tiempo.

Solo existía una persona en el planeta capaz de guiarlo, el tipo que podía desaparecer durante meses mientras estaba de juerga en juerga, el hombre que había follado, bebido y otras cosas para dejar pequeño a cualquiera.

Se estiró para coger su móvil y marcó de memoria el número de Patrick.

Esperó cinco, seis, siete tonos y nada, no obtuvo respuesta. Lo intentó de nuevo con idéntico resultado. Frustrado, cayó en la cuenta de que su hermano jamás contestaría al teléfono un domingo por la mañana, y menos sabiendo que era él. Pero las situaciones desesperadas exigen medidas desesperadas, así que marcó el número de su secretaria.

Esta, para su satisfacción, respondió al tercer tono.

—¿Diga?

—Buenos días, Helen. ¿Está Patrick contigo? —preguntó de forma educada, sabiendo que había un noventa y nueve por ciento de posibilidades de que así fuera.

—Eh..., sí, claro —balbuceó ella confusa.

—Pásamelo, por favor.

—¿Para qué respondes al teléfono? —oyó protestar a su hermano.

—Porque puede ser importante —contestó ella—. Venga, ponte, que quiere hablar contigo.

—Joder, no sé si te has dado cuenta de que ha llamado primero a mi móvil y, entre hablar con él y meterte mano como estaba haciendo, prefiero lo segundo —masculló el único hombre capaz de guiar a Owen en su camino hacia la perversión.

—Ya lo harás luego —lo regañó Helen—. Habla con él.

—Vale —aceptó Patrick a regañadientes, y después se dirigió al auricular—: A ver, ¿ya te has aburrido de comprar bancos por Europa y tienes que venir a joderme el polvo mañanero? —le soltó sin decir «Buenos días» ni nada.

—Buenos días a ti también —lo saludó Owen poniendo los ojos en blanco.

Patrick y su retorcido sentido del humor. Nada nuevo.

—Venga, dime qué te pasa, y rapidito, que no tengo todo el día —le exigió impertinente y en tono chulesco.

—Hoy es domingo —apuntó Owen, pasando por alto la actitud tan poco colaboradora de su hermano. Nada que lo sorprendiera.

—Por eso mismo, es el día de no hacer nada, desayunar en la cama, ponerlo todo perdido de migas y vacilar a tu secretaria.

—Mejor no entres en detalles —dijo él serio.

No era ajeno al trajín que su hermano y Helen se llevaban. Por desgracia, había sido testigo involuntario del ímpetu de Patrick y del apuro de su secretaria cuando a

este le daba por ponerse tontorrón. No quería tener esa imagen en la cabeza.

—Pues no llames a una casa indecente a estas horas —replicó su gemelo—, que me has pillado con las manos en la masa.

Owen puso los ojos en blanco. Lo mejor era no darle carrete y cambiar de tema.

—Está bien, vayamos al grano. ¿Conoces Bruselas o sus alrededores?

—No —respondió Patrick con rapidez—. ¿Algo más?

Owen resopló.

—Pero ¡¿no rodaste aquí una película sobre unos terroristas nucleares?! —exclamó con toda la paciencia del mundo.

—Entonces ¿para qué preguntas? —le replicó su hermano en tono indolente.

—Está bien, dejémoslo.

—¿Sabes? Da miedo pensar lo bien que me conoces y que estés al tanto de todos mis movimientos, aunque, si lo miras por el lado positivo, me viene de puta madre, porque así relleno ciertas lagunas mentales.

—Patrick..., deja de decir estupideces. Necesito información —lo cortó él para no entrar en un absurdo debate.

—Oye, que yo no pierdo tiempo viendo las noticias ni los periódicos económicos. Te paso a tu secretaria, que es una viciosa de esos asuntos. Ya sabes cómo le va la marcha.

—¡Patrick! —exclamó Helen ofendida al otro lado de la línea.

—No seas modesta, cariño, que Owen ya no se asusta por nada —indicó el gemelo «malo» en tono zalamero.

—¿Podemos hablar en privado? —dijo Owen.

—Soy todo oídos.

Como sabía que pedirle discreción a su hermano suponía obtener lo contrario, no insistió en ese punto.

—Joder, calla y escucha —masculló empezando a ponerse de mal humor—. ¿Conoces algún club de ámbito privado en Bruselas?

—Hum, ¿ámbito privado, dices?

—Sí.

—¿De esos a los que solo va gente adinerada?

—Bueno, sí —dijo Owen no muy seguro de su respuesta, y añadió por si acaso—: No necesariamente de gente rica. Me refiero más bien a clubes privados de esos para... —se aclaró la garganta—, ya me entiendes.

—¿En Bruselas? —inquirió, haciéndole perder la paciencia con tanto marear la perdiz.

—Eso he dicho.

—¿Tú estás tonto o qué?

—¿Conoces alguno, sí o no? —insistió Owen.

—Estás en la capital europea: políticos y diplomáticos a mansalva. ¡Pues claro que hay! —exclamó llamándolo poco menos que tonto y riéndose sin la menor

consideración.

—¿Podrías ser tan amable de darme la dirección de alguno? —le pidió él agarrando el bloc de notas para apuntarlo.

La llamada debió de cortarse, pues al otro lado de la línea no se oía nada. Owen comprobó la cobertura de su iPhone y vio que estaba en perfecto estado. No se había cortado la llamada ni tampoco su hermano había dado por finalizada la comunicación.

—¿Patrick?

Tras otros segundos de silencio, oyó:

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hermano, el tipo más decente, trabajador, recto y de comportamiento intachable?

—No me toques la moral.

—Joder, tío, no te reconozco. ¿Para qué quieres ir a un club de esos? Que tú no estás acostumbrado a las emociones fuertes, que en esos clubes no solo se va a tomar una copa y a charlar..., no sé si me sigues.

—Por supuesto que te entiendo —arguyó Owen cabreado porque su hermano le mostrara lo obvio.

«De eso se trata precisamente», pensó.

—Comprende mi sorpresa: siempre que te he pedido que me acompañes a una fiesta donde había un poco de desmadre te has negado, y ahora, de repente, quieres ir a un club. Tienes que admitir que es chocante.

—Mucho —masculló él con ironía.

—Llámame suspicaz, pero no te pega —señaló Patrick burlándose.

—Déjate de tonterías y dime la dirección.

—Estás muy raro, ¿no? Y la verdad es que yo también.

—La dirección...

—No sé, imagino que debemos de tener esa conexión que se supone que existe entre gemelos... —continuó Patrick sin atender su enésimo ruego—, porque el otro día, alucina, pedí una cerveza sin alcohol. ¿No sentiste nada extraño?

—Ya hablaremos de eso cuando regrese —dijo Owen tenso antes las estupideces de su hermano—. Ahora, dame la dirección.

—¿Vas a ir solo o acompañado?

—¿Importa?

—Deduzco que quieres hacer negocios a la antigua usanza y llevar a unos cuantos ejecutivos salidos, babosos y con tripa cervecera a un club donde puedan desfogarse y así quedarte con sus acciones.

—Mira que dices payasadas...

—Eres muy listo, estoy orgulloso de ti. Si alguna vez me doy un golpe en la cabeza y me vuelvo responsable, yo también me los llevaré a un local donde puedan mojar un poco el churro para después ganar la partida.

—Oye, sabes muy bien que jamás he hecho negocios de ese modo —se defendió él tajante y molesto. Jamás había utilizado tales prácticas.

—Pues entonces solo me queda pensar que quieres ampliar el patrimonio familiar incorporando lugares de mala reputación y alto rendimiento económico.

—No es eso —masculló él entre dientes, a punto de perder la paciencia.

—Pues qué pena, porque a lo mejor así podría interesarme por los negocios... — reflexionó Patrick en voz alta—. No, deja, siguen sin interesarme.

—La dirección...

—Pues no se me ocurre otra razón.

—¿Con quién hablas? —preguntó Astrid saliendo del baño en albornoz y con el pelo cubierto con una toalla.

A Owen no le dio tiempo a tapar el auricular, y pagó las consecuencias.

—Ay..., no me jodas... ¿Estás con una mujer? —se guaseó sin piedad Patrick, y Owen tuvo que aguantar la retahíla de bobadas que siguieron—. Oye, cari, que tu jefe no es gay. —El aludido puso los ojos en blanco—. Vaya desilusión, con lo que iba a presumir yo de hermano gay...

—Owen no es gay, deja de decir bobadas —oyó que decía Helen defendiéndolo—. Además, ¿no llegaste a la conclusión el otro día de que no te conviene que tu hermano sea homosexual?

Owen, que alucinaba con las conversaciones que debían de tener estos dos, en especial cuando figuraba él como protagonista, parpadeó, pues el objetivo al hacer esa llamada no se estaba cumpliendo y, además, tenía delante a Astrid, con cara divertida, sin perder ripio. Ahora iba a resultar más difícil organizar el asunto.

—Ah, sí, es verdad —admitió Patrick, y de nuevo se dirigió a su hermano—. ¿De qué estábamos hablando?

—¿Por qué, si puede saberse, no te conviene? —inquirió él curioso, sabedor de que no debería preguntar.

Patrick tuvo el descaro de partirse de la risa, desesperándolo aún más.

—Sencillo. Sobre tus hombros descansa no solo la obligación de mantener y, a ser posible, aumentar el patrimonio familiar, que, por cierto, haces muy bien, sino también de engendrar la siguiente generación y, claro, si fueras gay, pues ibas a tener que hacerlo con vientres de alquiler, fecundaciones *in vitro*..., ya sabes, un rollo. Mejor te ocupas a la vieja usanza, que, si me permites decirlo, es infinitamente más divertida.

—Joder, y tú ¿para qué estás?

—La ley de la selección natural. Soy un caso perdido. Si se me ocurriera tener un crío, cosa que no puedo hacer, imagínate, a la porra *nosecuántosaños* de legado familiar. Adiós a la familia Boston.

—Gracias, hombre —dijo Owen con sequedad. Desde luego, los procesos mentales de Patrick eran dignos de estudio. Uno no sabía si sonreír o partirle los dientes—. Y ahora, concéntrate y dame eso que te he pedido.

—¿Está buena?

—¡¿Quién?!

—Joder, ¿quién va a ser?, la tía que te estás tirando en Bruselas.

—¡Patrick! ¡No puedes preguntarle eso! —exclamó Helen horrorizada.

Owen miró a la aludida y optó por no mentir.

—Sí. Excelente calidad. De primera. Y ahora dame la maldita dirección —exigió.

—¿Un café? —sugirió Astrid al verlo a punto de perder los nervios. No sabía con quién estaba hablando, pero no debían de ser buenas noticias.

—Por la voz, diría que es rubia —comentó Patrick.

—¿Cómo puedes saberlo?

Owen tuvo que oír otra tanda de carcajadas de su gemelo antes de conocer la respuesta.

—Mira que eres tonto. Tu respuesta me lo ha confirmado. Es lo mismo que hacen los videntes y los abogados: condicionar al sujeto en cuestión.

—Mira, esta conversación ya me empieza a cansar.

—En fin, como supongo que quieres llevarte a la rubia..., ¿es natural? —Ante el silencio amenazante de su hermano, Patrick optó por seguir—: Vale, confío en tu criterio. Lo primero es felicitarte y, lo segundo, avisarte de que ese tipo de clubes no abren la puerta al primero que llama, por muchos millones que tengas.

—¿Entonces...?

—Ay, cuánto te queda por aprender... —dijo Patrick en tono indolente—. Si hubieras venido conmigo a alguna que otra fiesta...

—Al grano —le exigió su gemelo.

—Toma, café solo, como te gusta.

Owen aceptó el ofrecimiento de Astrid con una media sonrisa mientras esperaba que el tonto de los cojones de su hermano soltara la información de una maldita vez.

—Haré un par de llamadas. Conozco a uno de los dueños de Chez Glassé.

—De acuerdo, pásame los datos por mensaje.

—¿Te has llevado a Arthur contigo?

—Sí, ¿por qué?

—Dale la noche libre. Ni se te ocurra pedirle que te lleve. En esos sitios, la discreción es fundamental —dijo Patrick muy serio, tanto que hasta Owen se sorprendió del tono utilizado, tan diferente del habitual.

—Muy bien —convino almacenando la información.

—Y, por supuesto, ocúpate de tu imagen y de la de la rubia. Debe ser impecable, pero sin llamar la atención. Si te has ligado a una gogó de discoteca que masca chicle, aficionada a la licra, mejor llévatela a un club de carretera.

Owen observó a la rubia. Con esas piernas, podría ser una gogó de primera, pero, por fortuna, Astrid tenía educación y clase para ir a cualquier sitio.

—No te preocupes por eso... —aseveró convencido al cien por cien.

—Gracias por el café —dijo Owen incorporándose en la cama. Su intención era pasar por el cuarto de baño, vestirse y ocuparse de preparar la reunión del día siguiente.

—De nada. Me visto en un segundo y nos metemos en faena —respondió Astrid sin perder el buen humor, en especial cuando pudo contemplar la cobra durante unos breves segundos.

Owen se encerró en el cuarto de baño dispuesto a darse una ducha mientras esperaba el mensaje de su hermano. Cruzó los dedos para no tener que volver a llamarlo porque, tras aquella conversación surrealista, su humor y su paciencia estaban bastante deteriorados.

Se metió debajo del chorro de la ducha y, por más que lo intentó, no consiguió apartar de su cabeza los pensamientos sobre las posibilidades que la sugerencia de Astrid ofrecía, pero que, en su caso, podían verse muy limitadas por la falta absoluta de lo que podría denominarse *conocimiento del medio*.

Saltaba a la vista la predisposición de ella para insinuar y aceptar sugerencias. Desde luego, no era la primera vez que una mujer lo tentaba, pero sí la primera que él aceptaba. Y todo por una simple razón: Astrid no daba la impresión de ser una mujer dispuesta a hacer cualquier cosa por contentarlo, por agradarle, entendiendo por *cosa* lo que algunas habían sido capaces de llevar a cabo para engatusarlo. No era una de esas, a las que siempre veía venir de lejos, que decían sí a todo, convencidas de que aceptar cualquier capricho por parte de él suponía una especie de inversión; dicho de otro modo: que pretendían cazarlo.

Con Astrid no había tenido en ningún momento esa sensación, y ya era un gran avance. Cuando había propuesto el tema de compartir fantasías había notado cómo ella se sonrojaba, pues desde luego no era un asunto fácil del que hablar en voz alta. Cuando leyó su propuesta, si bien no encontró ningún problema personal, sí podría decirse que lo asustó un poco verse sumergido en una situación que podría escapárseles de las manos.

Fuera, Astrid, ajena a aquellas elucubraciones, se puso cómoda con ropa de deporte y, como tenía el pelo húmedo, se lo recogió con una pinza. Ese día se ahorraría una sesión de secador.

Encendió el *megaultraprodigio informático* y se puso a repasar el correo electrónico. Descargó los archivos que necesitaba y empezó a leer. La verdad era que la secretaria de Owen era un encanto. No solo enviaba la información precisa, sino que además anotaba y subrayaba lo que consideraba primordial, facilitando así de una forma increíble el trabajo.

Oyó un pitido y se dio cuenta de que procedía del móvil de Owen. Estuvo tentada

de cogerlo, sin embargo, desechó la idea; puede que fuera importante, pero la privacidad lo es más. Entonces recordó que el día anterior habían hecho varias fotos con ese aparato y que él aún no se las había pasado.

«No, no seas cotilla. Ni te acerques», se ordenó.

Continuó inmersa en la lectura de documentos hasta que Owen apareció. Como siempre, iba impecable, vestido, afeitado, peinado y oliendo a gloria. Ese día se había permitido una pequeña licencia: no usar corbata y, en vez de sus característicos gemelos, llevaba los puños doblados.

Daba igual, estaba para arrancarle la ropa y buscar la cobra.

Él se acomodó en su lado de la mesa, encendió su portátil y la observó mientras esperaba a que este arrancara.

—¿Te apetece comer fuera? —preguntó sintiéndose un poco ridículo, no por hacer una invitación, sino porque pensó que había sonado forzado. Otro aspecto que debía mejorar.

—Como quieras —le respondió ella sin despegar la vista de su pantalla porque estaba concentrada en su labor.

Owen sonrió encantado. Desde luego, con Astrid había hecho pleno, no se podía pedir más, reflexionó mientras tecleaba la contraseña en su ordenador y se proponía olvidar a la mujer para concentrarse en los negocios.

Al día siguiente mantendrían la reunión definitiva y no quería dejar nada al azar, así que, pese a su invitación de salir fuera de la *suite*, tuvieron que acabar bajando a la cafetería del hotel para picar algo rápido, porque ambos se enfrascaron de tal manera en los informes que se les pasó el tiempo sin darse cuenta.

—¡Qué cabeza tengo! —exclamó de repente ella al recordar algo—. Esta mañana, mientras estabas en la ducha, ha sonado tu móvil.

—¿Quién era? —preguntó él indiferente.

—Pues... no lo sé. No he mirado. Además, creo que era un mensaje, por el tono. No me he atrevido a mirar.

—Joder —masculló él sacando su iPhone del bolsillo y mirándolo como si le fuera la vida en ello.

Allí estaba el esperado mensaje de WhatsApp. Patrick, en un alarde de eficiencia, le había remitido un plano con la localización, pues Chez Glassé se encontraba a las afueras. Una foto de la fachada principal del edificio, que, como Owen esperaba, se trataba de una construcción aislada, sin nada alrededor. También estaba el horario, así como la persona de contacto.

Y, por último, un elocuente mensaje que rezaba:

Haz que me sienta orgulloso de ti, hermano. Deja el pabellón bien alto, ahora que ya no puedo hacerlo yo.

«Gilipollas», pensó él disimulando una sonrisa ante su comportamiento. Por un lado, de lo más competente y, por otro, de lo más irreverente. Así era Patrick. No tenía remedio.

—¿Buenas noticias? —inquirió ella al ver su expresión de contenida satisfacción.

—Eh..., sí —contestó con un leve titubeo, algo que nunca hacía, pero admitió para sí que aquella información lo ponía nervioso. Ahora la pelota estaba en su tejado, como suele decirse, y no lo tenía todo muy claro respecto a cómo se desarrollarían los acontecimientos.

Regresaron a la *suite* y de nuevo dejaron a un lado las cuestiones personales para enfrascarse en las profesionales. Y de ese modo pasaron la tarde, concentrados en leer y analizar diferentes informes o en poner al día asuntos pendientes. Este fue el caso de Owen, que, al estar fuera de su despacho, debía ocuparse también de sus obligaciones habituales.

Cuando quiso darse cuenta, ya se les había echado la tarde encima. Podía recurrir, una vez más, a la cafetería; no obstante, le pareció cruel permanecer tanto tiempo encerrados en el hotel, por muy de lujo que fuera, sin salir aunque fuera solo a tomar un poco el aire.

Ya que tenía el iPhone en la mano, hizo una llamada. En la recepción del hotel se mostraron serviciales, reservándoles mesa en un restaurante cercano.

—Gracias —dijo Owen con su estilo serio antes de colgar. Después se dirigió a Astrid—: Cenamos fuera. ¿Te parece bien?

Ella apartó la vista de los documentos que tenía entre manos y le prestó atención. Como siempre, daba por hecho que aceptaría. Owen no preguntaba, no sugería. Organizaba y listo, lo cual podía ser irritante. Sin embargo, Astrid era consciente de que era su forma de ser. La educación con la que hablaba evidenciaba que no se trataba de una cuestión de dominación ni chorradas por el estilo.

Asintió sonriendo y se dio cuenta de que no iba precisamente vestida para la ocasión, así que tanteó el terreno.

—¿Voy bien así? —preguntó en tono de broma señalándose a sí misma.

—Puedo mentirte, si lo deseas —replicó él cruzándose de brazos, mientras mantenía esa actitud tan suya.

Astrid comprendió al instante que las bromas con ese hombre tenían que ser las justas, y que su sentido del humor era muy diferente. De igual modo, cayó en la cuenta de que podía convertir aquella invitación para ir a cenar en una ocasión especial para usar su vestido negro de cóctel, que había metido en la maleta «por si acaso».

—De acuerdo, me cambio y dentro de veinte minutos estoy lista —dijo metiéndose en el dormitorio.

Owen, que dudaba de esa posibilidad, se sentó con el móvil en la mano dispuesto a responderle a su hermano para, aparte de darle las gracias, consultarle un par de asuntos.

Doce minutos más tarde, apareció Astrid vestida para...

—¿Nos vamos? —preguntó.

—Eh..., sí —balbuceó él, aclarándose la garganta. Y ya iban dos veces.

«Joder, joder, joder», pensó Owen disimulando, porque se la estaba comiendo con la mirada. El vestido negro clásico, pero del clásico que siempre funciona, pues marcaba sin ser chabacano, insinuaba sin dejar todo a la vista; justo por encima de la rodilla, para desear que ella tomara asiento y se le subiera esos cinco centímetros que lo ponían a uno cardíaco.

Bueno, siendo sinceros, tal y como la veía ahora, no hacía falta que se le subiera nada, porque su imaginación se ocupaba de todo.

Astrid sonrió para sus adentros, complacida con la mirada de apreciación y evidente interés de Owen. El modelito siempre causaba el mismo efecto. Era un vestido que ya tenía unos años, aunque al ser de corte clásico nunca pasaba de moda. La inversión que hizo en su día bien había merecido la pena.

—¿Te apetece caminar? —inquirió él con amabilidad, eso sí, mirando de reojo sus zapatos, pues había aprendido hacía tiempo que por encima de los ocho centímetros de tacón resultaba muy arriesgado hacer una sugerencia así.

—Sí. De acuerdo —convino Astrid, aunque le resultó extraño, pues los tipos como él siempre iban con coche y chófer a cualquier lado.

Ella no esperaba que, nada más poner un pie en la calle, Owen la cogiera de la mano. Fue algo espontáneo, nada forzado. En público siempre mantenía las formas, así que, aunque no comprendía aquel gesto, aceptó y, sin más, comenzó a andar junto a él.

Hacía siglos que no salía a pasear de noche, y menos de la mano de un hombre. Puede que hiciera un poco de fresquito, pero merecía la pena. Por suerte, se había puesto unos zapatos de salón, unos Mary Jane de charol negro, muy cómodos. Aunque, con tal de ir de la mano de Owen, habría caminado descalza, sobre brasas o lo que hiciera falta. Se sentía especial, una cosa muy tonta, pero un dulce nunca amarga a nadie. Además, podía mirarlo de reojo cuanto quisiera y babear incluso.

Recorrieron las calles sin hablar. Astrid tenía mucho que decir, pero entendía que él fuera un hombre introvertido, con necesidad de largos silencios.

Owen, por su parte, habría deseado ser más conversador, sin embargo, entre la falta de costumbre y el runrún que tenía en la cabeza, le resultaba complicado buscar un tema de conversación. Por no mencionar un aspecto importante: se estaba muy a gusto así, con ella de la mano. ¿Para qué jorobarlo?

—Hemos llegado —murmuró empujando la puerta del establecimiento y sujetándosela abierta para que pasara ella primero.

«Todo un caballero moderno educado en los mejores colegios», pensó Astrid acordándose de cuando, por su trabajo, estaba rodeada de gente así. Qué lejos quedaban ya los tiempos de ejecutiva.

El restaurante escogido por Owen no solo era exclusivo, sino, a juzgar por el ambiente, también carísimo. Aunque, claro, para él esas cosas carecían de importancia.

—Buenas noches, señor, señora... —los saludó el encargado, que también debía

de ser de diseño, a juzgar por su impecable planta—. ¿Tienen reserva?

Owen se ofendió ante aquella insinuación, ya que el tono del hombre dejaba entrever que quizá intentaban colarse en un restaurante exclusivo; algo que jamás había hecho, más que nada porque nunca había tenido necesidad.

—Sí, por supuesto —repuso Astrid, más acostumbrada a lidiar con encargados que se creen Dios—. A nombre de Owen Boston.

El hombre se mostró conforme con la iniciativa de ella y esbozó una leve sonrisa, permaneciendo a su lado.

Luego repasó su lista y cambió por completo de expresión al darse cuenta de que había metido la pata hasta el fondo.

—Disculpe el error, señor Boston —adujo, y por poco nos les hace una reverencia al más puro estilo de vasallo feudal para compensar.

Lo que hace el dinero...

Astrid miró a su acompañante y se percató de que lo más probable era que Owen pidiera su cabeza por aquel descuido. Algo absurdo, pues, si bien se supone que en estos sitios miman a la clientela y que, por supuesto, deben conocerla, tampoco era como para mandarlo al paro; así que se apresuró a intervenir:

—¿Nos conduce a nuestra mesa, por favor?

—Por supuesto, señora. Si me acompañan...

—No le des importancia —le susurró ella a Owen, quitándole hierro al asunto.

Él no dijo nada al respecto, aunque, por su expresión, dedujo que, de haber estado en compañía de otra persona, la impertinencia del empleado no habría quedado así.

Una vez acomodados en la mesa, el hombre tuvo el buen tino de no aparecer más por allí y ceder el puesto a un compañero.

—Astrid, aquí se paga una fortuna por cada plato; lo mínimo que pueden hacer es ofrecer un servicio impecable —adujo Owen molesto mientras se colocaba la servilleta en el regazo.

—A mí no me parece tan importante.

—Pues a mí, sí.

Ante su tono cortante, Astrid decidió no insistir. Para Owen, cualquier fallo, por nimio que pareciera, resultaba insultante e intolerable. Mejor aprovechar la oportunidad para relajarse y pasar un rato agradable.

Quería preguntarle muchas cosas, y la mayoría de índole personal, sin embargo, intuía que de momento satisfacer su curiosidad era el mejor camino para estropear aquella velada con la que se había creado tantas expectativas.

«Y ¿de qué hablo yo con este hombre?».

Como de trabajo, a pesar de ser un tema seguro, no le apetecía hablar, se limitó a mirar la carta confirmando las palabras de Owen.

—Aquí manejan el boli que da gusto... —susurró sin saber qué elegir.

No despegaba los ojos de la carta o, más bien, de la columna de precios. Desde luego, debía de estar todo buenísimo.

—¿Cómo dices? —preguntó él sin entender su expresión.

—Qué tenías razón.

A Owen le gustaba tenerla, pero no que se la dieran como a un tonto, así que insistió, por si acaso.

—¿A qué te refieres con eso de que saben «manejar el boli»? —repitió arqueando una ceja.

—Pues que los precios son prohibitivos. Tal y como decías.

Él sonrió. Estaba al tanto de muchas expresiones populares, pero esa no la conocía.

—Elige lo que quieras —concluyó porque, para él, pagar una cuenta en un restaurante de lujo era una minucia. Como para un simple mortal ir a una hamburguesería.

Eso sí, Owen mejoró visiblemente su estado de ánimo gracias a ella y sus frases.

Astrid no tardó mucho en decidirse, y él tampoco, así que enseguida les sirvieron la cena. De nuevo se instaló el silencio entre ambos, aunque, la verdad, ella no se sentía incómoda. Daba gusto hasta observarlo comer, con sus refinados modales.

Pero tanta formalidad, un domingo por la noche, le parecía excesiva, así que pensó en algo para distraerse. Algo divertido... y, ya puestos..., excitante.

¿Por qué no?

«Porque estás en un restaurante megapijo, megafino, megacaro y aquí no se hacen cosas raras», se respondió a sí misma echando un vistazo a su alrededor para comprobar que todos los comensales estaban a lo suyo, tan refinados y educados como correspondía.

Pero algo podía hacerse...

Rodeada de gente tan sofisticada no se pueden idear travesuras, así que Astrid pensó en ir a los servicios, que a buen seguro serían tan de diseño como el resto del local.

—Voy un momento al... tocador —murmuró fingiendo normalidad.

Owen se limitó a asentir y a agradecer el estar sentado, de tal forma que podía verla caminar en dirección al baño. Estuvo tentado de seguirla y cometer una locura, pero al final prevaleció su sentido común y se limitó a esperar el regreso de la dama sentado.

Además, en esa posición, nadie sería testigo de cómo la sola contemplación de su trasero en movimiento había logrado que se empalmase.

Astrid caminó entre las mesas sin ser consciente de los pensamientos que le provocaba; entró en el tocador y saludó con un gesto a una mujer que estaba retocándose el maquillaje antes de meterse en uno de los cubículos.

Por supuesto, tan refinados y exclusivos como el resto del local.

No tenía ganas de usar el excusado, pero ya que estaba allí aprovechó. Una vez que hubo terminado, se dispuso a subirse el tanga y, como si de un cómic se tratara, se le encendió una bombilla en la cabeza mientras una sonrisa picarona asomaba a su

rostro.

Salió del cuarto de baño sin perder esa sonrisa y puso un pie delante del otro intentando que no se notara su nerviosismo hasta llegar a la mesa donde él la aguardaba.

Owen se percató de su presencia y levantó la vista. Arqueó una ceja ante la curiosa expresión de ella.

—¿Todo bien? —preguntó como suele hacerse en estos casos, una simple fórmula de cortesía, aunque, la verdad, con Astrid no se trataba de algo tan cortés.

—Pues no. —Inspiró antes de seguir—. ¿No hace demasiado calor aquí? —inquirió en un tono casual.

Owen parpadeó. Algo le pasaba a esa mujer. En el local la temperatura era agradable.

—¿Ocurre algo?

Antes de perder el poco valor que había logrado reunir, Astrid dio los dos pasos que faltaban hasta situarse a su lado y dejó caer el tanga negro sobre su regazo. Luego, con las mismas, dio media vuelta dispuesta a sentarse y a seguir con la cena como si tal cosa.

Owen miró la prenda como si fuera una sustancia ilegal y acabaran de pasarle el marrón. Se puso nervioso, porque a él esas cosas no le ocurrían. No iba a negar que aquella provocación había terminado por convencerlo de que debía cometer alguna locura, y cuanto antes mejor. Sin embargo, de nuevo su más férreo control hizo acto de presencia, por lo que agarró la prenda y se la guardó en el bolsillo de la americana.

—¿Sigues teniendo calor? —logró preguntar tras beber un sorbo de vino.

—Un poco —respondió ella encogiéndose de hombros.

—Ya veo, ya... —masculló él nervioso, tanto que el resto de la cena no se atrevió a preguntar nada más sobre el estado de Astrid por temor a su propia reacción.

Cuando llegó la hora de pedir postre, en otro ejemplo de desconcierto total, ella negó con la cabeza manteniendo una sospechosa sonrisa. A ese paso, Owen iba a tener o bien un ataque al corazón o un problema muy serio con su erección, que amenazaba con romperle el pantalón y dejarlo en evidencia, pues no iba a ser capaz de salir del restaurante sin llamar la atención.

—La cuenta, por favor —pidió él bebiéndose el vino de su copa en un vano intento de refrescarse.

Astrid se revolvió en su silla. Era una sensación muy extraña, no solo la del roce del suave forro del vestido, sino la de su sexo desnudo. Apretó los muslos y se dio cuenta de que estaba haciendo justo lo contrario de lo que debía hacer.

Separó las piernas todo lo que le permitió el vestido y, sin más, dejó caer la servilleta. Luego, para que él se viera obligado a recogerla, por si sus modales de caballero fallaban, la empujó con un pie, de tal forma que, sí o sí, Owen tendría que agacharse.

Él, cauteloso ante tan extraña maniobra femenina, la miró con curiosidad e hizo

un amago de estirar el brazo para recuperarla, pero justo un segundo después un «atento» camarero se le adelantó.

—Tome, señora —dijo, y Astrid cerró las piernas de golpe.

Sin dar muestras de saber o intuir qué se llevaba entre manos (bueno, entre las piernas), Owen sacó su tarjeta de crédito y la dejó sobre la mesa. Al segundo, otro camarero (porque allí trabajaba una legión de ellos) apareció raudo con el datáfono.

Owen ni siquiera miró la cuenta. Marcó los números en el terminal y enseguida apareció el comprobante de venta. Guardó su copia con discreción en la cartera y se puso en pie. Otro de los empleados le apartó la silla a Astrid y ella le dedicó una falsa sonrisa, pues era el mismo que había frustrado su plan de ser una chica atrevida.

—¿Nos vamos?

Ella asintió, y de nuevo tuvo que respirar cuando él le cogió una mano y caminaron hacia la salida. Hay cosas muy complicadas de asimilar, y más aún cuando una va sin bragas por el mundo.

Una vez fuera del establecimiento Owen, intrigado, curioso, insatisfecho con Astrid, que iba cogida de su mano, emprendió el camino de regreso al hotel. En el bolsillo tenía una prueba fehaciente de que ella, debajo de ese vestido, iba sin nada. Solamente piel. Ni más ni menos.

Se moría por palpar ese trasero desnudo. Ahora entendía la curiosa artimaña de la servilleta y la cara de fastidio de Astrid cuando el eficiente camarero se había apresurado a recogerla del suelo, frustrando de ese modo una increíble maniobra. Lástima.

A esas horas apenas había gente por las calles y, en un arranque inexplicable, tiró de ella y, aprovechando el refugio que daba un portal, la aprisionó contra la puerta.

—¡Owen! —chilló ella a causa de la sorpresa y de la excitación cuando sintió sus manos palpándole el trasero por encima del vestido.

—Tenía que tocarte, no podía más... —masculló él inspirando hondo para calmarse.

Al no conseguirlo, apoyó la frente en la suya, sin soltarle el culo, y pensó en la mejor forma de manejar la situación. Las mujeres con las que salía lo provocaban de manera muy diferente. Utilizaban vestidos de alta costura, maquillaje y cosméticos en abundancia, cirugía estética y cosas por el estilo. Todo un catálogo de sofisticación destinado a convencerlo. En cambio, Astrid le entregaba un tanga, un pequeño trozo de tela que, así, a lo tonto, lo había puesto duro y, además, lo había vuelto irresponsable.

—Voy a pedir un taxi, no seré capaz de ir caminando al hotel sabiendo que no llevas bragas... —gruñó lanzándose a su boca para marcarla allí mismo, excitado como nunca y deseoso de meter la mano entre sus piernas.

A ese paso acabaría follándose en un portal, a oscuras, algo que nunca antes había hecho.

—Pues... —jadeó Astrid, y respiró para poder seguir hablando— devuélvemelas y me las pongo. Así tú te sentirás más tranquilo.

—Eso ya es imposible. Mira cómo me tienes.

—Ya me he dado cuenta... —gimió ella, bajando la mano desde su pecho hasta su bragueta para tocar su erección por encima de los pantalones.

—No... —titubeó él intentando apartarla; pero ¿cuándo había sido la última vez que se había comportado de manera irresponsable ante un calentón?— sigas...

Su ruego cayó en saco roto, pues ella continuó frotándolo y él movió la mano un poco más.

Astrid no se reprimió. Era consciente de dónde se encontraban, de que vivían en la era moderna y había cámaras de vigilancia por todas partes. Sin embargo, continuó

frotándolo por encima del pantalón y respondiendo a su exigente boca.

Un comportamiento irresponsable era infinitamente más placentero, pues magrearse así, en plena calle, añadía un toque de lo más perverso a la excitación de ambos.

—Pide ese taxi —ordenó ella cuando la mano que le tocaba el trasero pasó a mayores y empezó a meterse por debajo de la tela de su vestido.

—Ahora mismo —gruñó Owen al llegar a su coño y percibir la humedad, muestra más que evidente de que estaba tan excitada como él.

Pero ni ella insistió ni él hizo el más mínimo esfuerzo por llamar un taxi. Más bien su atención estaba por completo en el cuerpo femenino, que jadeaba junto a suyo, allí, en plena calle, como en su época de desmadre universitario.

Bueno, Owen apenas se había desmadrado durante su época estudiantil, excepto la noche que salió con su hermano y acabó inconsciente y con una cobra en la cadera.

Aquello carecía ya de importancia. Lo relevante de verdad era conseguir apartar las manos de Astrid para no acabar follando en la calle, pese a que la idea fuera tentadora. Cerró los ojos y, recurriendo a toda su fuerza de voluntad, dio un paso atrás.

—Vamos al hotel —gruñó presa de la frustración, apartando las manos de su cuerpo con renuencia.

Astrid se bajó el vestido y asintió. Aceptó la mano que él le ofrecía y caminó a paso ligero. No hablaron, no se detuvieron. No se miraron.

Entraron en el hotel como una exhalación y él la arrastró hasta el ascensor. Pulsó el botón del ático con rabia y, en cuanto se cerraron las puertas, se abalanzó sobre ella y, aprisionándola contra la pared del fondo, acunó su rostro y comenzó a besarla.

Nada de un beso suave, provocador y sugerente. Fue todo lo contrario: carnal, desesperado e impaciente. Ambos estaban lo suficientemente cachondos como para comportarse de ese modo. Nada de contención, nada de besos ligeros. Esos son para después, cuando el cuerpo ha liberado toda la tensión acumulada.

Astrid enredó las manos en su pelo e hizo lo que más disfrutaba: despeinarlo. Después le aflojó el nudo de la corbata y tiró de ella atrayéndolo hacia sí para volver a devorarle la boca.

—¿Vamos a hacerlo en el ascensor? —preguntó jadeante, encantada y dispuesta a tal circunstancia.

—Desde el punto de vista logístico, me parece imposible —replicó él junto a su oreja. La besó de nuevo con la misma fuerza y dos segundos más tarde oyeron el sonido que les anunciaba que habían llegado a su planta.

Astrid hizo una mueca. «Qué hombre tan sensato, por favor». Y, si bien tenía razón, al menos podrían haberlo intentado.

Las puertas se abrieron; por fortuna, nadie esperaba para montarse en el ascensor, y no los pillaron en una situación incómoda. Se miraron a los ojos. Ambos respiraban de forma entrecortada. Ella, con las mejillas sonrosadas y los labios entreabiertos.

Owen tuvo que disimular su erección con la chaqueta, y Astrid, apretar los muslos.

La moqueta amortiguó el ruido de los pasos furiosos hasta la *suite*. Él insertó impaciente la tarjeta en el lector y, con los nervios, lo hizo de forma incorrecta; todo sin soltarla de la mano. No quería perder el contacto.

—Déjame a mí —pidió Astrid intentándolo con idéntico resultado.

—Maldita sea... La estoy metiendo del revés... —masculló él al darse cuenta de su error, y ella disimuló unas risas a causa del doble sentido de sus palabras.

Terminó por carcajearse cuando él la miró arqueando una ceja.

La puerta por fin se desbloqueó y pasaron al interior, y entonces él cayó en la cuenta de que, dada la situación, utilizar una expresión como «meterla al revés» podía provocar precisamente eso, risas.

—No te preocupes —aseveró serio mientras la acechaba hasta tenerla de nuevo arrinconada contra una pared, pero en esta ocasión nadie podía verlos ni interrumpirlos—. Llegado el momento, sé cómo meterla sin problemas.

—No lo dudo... —gimió ella ante ese lenguaje tan inusual en él, como vulgar y excitante.

Por fin el caballero había dejado sus modales a un lado y aparecía el hombre.

«Excelente...».

Apoyó una mano en su nuca y bajó la cabeza para besarla. De nuevo recuperó el ritmo que había demostrado en el ascensor, y de nuevo ella se rindió a aquel beso tan expeditivo, separando los labios encantada para jugar con su lengua y gemir, consciente de que se deshacía poco a poco.

—Fóllame aquí mismo —exigió volviéndose tan vulgar como él y, a juzgar por su reacción, a Owen no le disgustó en absoluto. Total, había ido sin bragas por la calle; ¿qué importaba llamar a las cosas por su nombre?

—Como quieras... —aceptó él tras meditarlo unos odiosos segundos en los que evaluó la situación.

Con las dos manos le subió la falda del vestido hasta dejársela arrugada en la cintura. Astrid gimió junto a su boca y separó las piernas. Aun sabiendo lo mojada que estaba, él no quiso perder la posibilidad de sentir en las yemas todo ese calor húmedo y la penetró con un dedo.

—Joder..., estás empapada —farfulló añadiendo otro dedo y disfrutando al ver la expresión de absoluta entrega de ella.

Astrid gimió más fuerte y buscó su boca mientras él continuaba masturbándola a un ritmo difícil de soportar. A duras penas conseguía tenerse en pie.

—No necesito preliminares —jadeó en su oreja; respiraba de forma pesada debido a su excitación.

—Ni yo —adujo él en un tono muy similar, llevando una mano a su cinturón para poder así cumplir su petición sin más demoras.

Owen liberó su erección y ella lo enlazó con una pierna, al tiempo que le rodeaba la cadera. Solo tenía que empujar y se encontraría en la gloria.

—Vamos... —dijo suplicante besándolo una vez más, entregada por completo a aquel frenesí. No recordaba haberse encontrado nunca en una situación tan erótica como esa.

—Tengo serias dudas acerca de si esto va a ser posible —comentó él desesperado por hallar el ángulo perfecto.

—¿Mmm? —ronroneó Astrid mirándolo a los ojos.

En las pelis lo hacían, ¿no? ¿Por qué entonces no iba a poder hacerlo ella?

—No te ofendas, pero follarte aquí, contra la pared, me apetece tanto como a ti.

—Pues hazlo —pidió o, más bien, exigió.

—Sin embargo, me veo en la obligación de decir que no es tan sencillo como parece —admitió Owen, sintiéndose un poco ridículo.

Astrid parpadeó ante sus palabras, avaladas, además, por el hecho de que no todo fluía según lo esperado. De acuerdo, ella nunca se había parado a pensar en las dificultades logísticas de aquella postura, pero suponía que un hombre como Owen estaba habituado a eso. Lo más probable era que hubiera completado el catálogo de posturas sexuales hacía mucho tiempo.

Él, por su parte, maldijo para sus adentros. Joder, qué falta de previsión.

—Intentémoslo, ¿de acuerdo? —sugirió interesado a más no poder.

La gente lo hacía, ¿no?, pensó con toda lógica. Pues era cuestión de organizarse. Además, Astrid tenía unas piernas fabulosas y él unas ganas enormes de follar de pie, algo que siempre se piensa pero que nunca se lleva a cabo.

—Sí —aceptó ella, tanto o más interesada.

Como pudieron, debido a la inexperiencia mutua, fueron sorteando los diferentes pasos, a saber: sacar el condón de la cartera, rasgar el envoltorio, colocárselo, ajustar posiciones, beso previo e intenso para no enfriarse tras el engorroso momento de seguridad y, por fin, pasar la mano por debajo de su rodilla para inmovilizarla, poder penetrarla y sentirse en la gloria.

No fue posible al primer intento, lo que hizo que, tras el impropio nada educado de él, ambos acabaran riéndose como tontos y, por supuesto, pusieran más empeño en lograrlo.

—Espera —dijo ella elevando un poco más la pierna para ver si cambiando el ángulo resultaba más sencillo.

Owen se sujetó la polla y se frotó con descaro, tanteando no solo el cuerpo femenino, sino además disfrutando de la expresión de puro placer que el rostro de Astrid reflejaba, lo que sin duda podía mejorar en cuanto se la metiera.

—¡Por fin! —jadeó clavándosela al mismo tiempo que ella se aferraba a sus hombros y le mordía en el hombro.

Todos los malabarismos llevados a cabo tuvieron su recompensa.

—No puedo estar más de acuerdo —suspiró Astrid manteniendo el equilibrio sobre un pie.

La rugosidad de la pared le arañó el trasero, pero necesitaba tener un punto de

apoyo para no estropear aquello. Cada embestida hacía que se rozara aún más, iba a terminar con el culo rojo como un tomate, pero no importaba. Quería que él continuara con sus empujones hasta el final. Lo demás no importaba.

Sosteniendo la pierna femenina en alto, Owen dobló ligeramente las rodillas para poder así impulsarse mejor. Nunca antes se había visto en una situación semejante y, la verdad, lamentaba no haberse dejado llevar antes por su lado visceral. La parte positiva de todo eso era que Astrid era quien jadeaba a su lado, la mujer a la que se estaba follando con un brío y un empuje desconocidos para él.

—Estoy cerca..., sigue... —rogó ella, buscando con los labios la piel de su cuello, pese a que la maldita camisa se interponía y tuvo que conformarse con lamerlo junto a la oreja.

—Ni loco pienso detenerme... —consiguió responder él entregado por completo, moviéndose entre sus muslos con ímpetu.

—Bésame, por favor...

¿Cómo no hacerlo?

Ella lo sujetó por la nuca y hasta le tiró del pelo, cualquier cosa para que reaccionara. Pero Astrid tenía que comprenderlo: lo que estaba ocurriendo allí, de pie, contra la pared, sin haber encendido siquiera las luces de la *suite*, era demasiado intenso. La mente de Owen, poco o nada acostumbrada a esos encuentros sexuales, intentaba procesarlo todo, y sus respuestas, a pesar de tanto estímulo sensorial, no eran igual de rápidas que en otras circunstancias.

Pero cuando Owen lo hizo, primero recorrió el contorno de esos tentadores labios con la punta de la lengua para después besarla con la misma energía con la que se la estaba follando, porque no era para menos.

Sentía que estaba a punto de correrse; nadie puede resistir ese desenfreno durante tanto tiempo. El calor y la presión con la que el cuerpo femenino envolvía su polla mandaban a su cerebro las órdenes precisas para que se dejara ir.

—Joder... —gruñó apretando los dientes, mientras se concentraba a la desesperada por ganar unos segundos más, los necesarios para que ella se corriera primero y después eyacular con todas las ganas del mundo.

—Un poco más —suplicó ella cerrando los ojos ante lo que sentía, ante la estimulación que recibía, ante lo que su cuerpo experimentaba, pero sobre todo ante lo que solo Owen había conseguido...

—Córrete —exigió él tenso, a punto de explotar. Bajo ningún concepto deseaba que, tras lo que estaba siendo una experiencia memorable, ella acabara insatisfecha.

—¡Owen! —chilló Astrid ante un desconcertante movimiento rotatorio de caderas por parte de él que le dio ese definitivo empuje para alcanzar un orgasmo que, de no estar aprisionada entre la pared y él, habría terminado en el suelo—. ¡Dios mío, Owen...!

Eran justo las palabras que él quería oír, y dejó que por fin su cuerpo experimentara uno de esos climas que nunca crees poder alcanzar, aunque, siendo

objetivo, desde la primera vez que se había acostado con Astrid venía disfrutando de aquellas sensaciones tan increíbles.

Salió de ella, no por gusto, y dejó que su pierna volviera a una posición más cómoda. Tenía los pantalones por debajo del trasero, una sonrisa de idiota satisfecho y una mujer preciosa con los ojos cerrados a la que poder besar.

Acunando su rostro, primero le acarició las mejillas con los pulgares y, después, ya sin las prisas ni las ansias anteriores, unió los labios a los suyos y la besó, despacio, muy despacio, notando cómo la respiración aún jadeante recobraba su ritmo habitual.

Astrid, en respuesta, volvió a despeinarlo mientras gemía encantada ante aquel despliegue de ternura tras el torbellino sexual de hacía unos instantes. Torbellino al que, por cierto, se uniría de nuevo a la menor insinuación de él.

—Me vuelves loco... —confesó Owen, apoyando la frente en la de ella.

Nunca antes había llegado a revelar algo así. Si alguna vez había estado cerca, enseguida aparecía el sentido común para frenar cualquier amago de pronunciarlo en voz alta.

Con Astrid, desde el principio, su sentido común perdía la cobertura; podía acabar mal, pero, de momento, esa noche quería acabar en la cama y desnudos.

Con un último beso, se apartó de ella, se subió los pantalones para no tropezar y extendió la mano, gesto que ella aceptó y, sin encender las luces, él la arrastró hasta la cama.

Se limitó a encender la lamparita de la mesilla y se colocó a su espalda para bajarle la cremallera del vestido; una maniobra de seducción tardía, dadas las circunstancias, pero que a ella le gustó, pues el roce de la tela deslizándose por sus curvas no era nada comparado con el de las manos de él arrastrándolo hacia abajo.

Astrid inspiró y Owen la besó en el hombro.

Después, con un dedo, recorrió la distancia desde su nuca hasta el broche trasero del sujetador negro sin tirantes. Lo soltó y, como siempre había querido hacer, lo agarró y tiró por encima de su hombro. Le importaba un carajo dónde acababa.

—Eh, que es mi sujetador negro preferido —protestó ella riéndose, a pesar de que pasaba olímpicamente de la prenda.

—Mañana te compro una docena —adujo él en ese tono prepotente típico de los ricachones.

—Ni se te ocurra —le advirtió ella sin perder el buen humor. Se volvió para quedar frente a él, tan solo con los zapatos y las medias—. No pienso dejar que me compres nada.

Se acercó, lo besó de forma sonora y luego la emprendió con los botones de su camisa. Los dos primeros salieron de su ojal del modo adecuado, pero a partir del tercero tiró a lo bestia, haciéndolos saltar.

—¿Sabes lo que cuesta una camisa como esta? —inquirió él solo para vacilarle.

—El sueldo mensual de más de un trabajador honrado —alegó ella sonriente,

dispuesta a dejarla casi inservible.

—Más o menos.

—Por eso da mucho más gusto romperla.

Con un nuevo tirón, dejó su pecho al descubierto y, sin pensarlo dos veces, acercó los labios y depositó un beso, nada inocente, sobre su tetilla. Estuvo a punto de morderle, sin embargo, se limitó a chupar.

Owen, que estaba haciendo un cursillo intensivo de desenfreno sexual, la sujetó de la cabeza y, mientras ella continuaba lamiéndolo, comenzó a soltar las horquillas que mantenían su pelo recogido para después enredar el puño en esa melena rubia y disfrutar como un loco de ello.

A pesar de tener los ojos entornados, fue capaz de distinguir las figuras de ambos reflejadas en el cristal de la puerta corredera. Se le doblaron las rodillas...

—Joder... —masculó comprendiendo en el acto la fantasía que ella había escrito.

Astrid, metida en su papel de avasalladora, fue deslizándose hacia abajo, hasta quedar de rodillas a sus pies. El objetivo era muy evidente y, cuando levantó la mirada, dijo:

—Enséñamela...

Obediente, él giró la cadera y se apartó la ropa para que ella disfrutara de la parte favorita de su cuerpo. Era de locos, no encontraba otra explicación a la reverencia con la que Astrid acariciaba el tatuaje.

—Mmm... —musitó arrodillada a sus pies. Con la yema de los dedos recorrió cada línea, manteniendo en todo momento esa expresión de absoluta admiración.

Decir que se sentía celoso del jodido bicho podía resultar exagerado, pero casi; así que, pese a que ella estaba en una posición muy pero que muy excitante y con infinitas posibilidades, decidió ser más atrevido. Como no quería competir con el bicho, la ayudó a ponerse en pie.

—Espera un segundo —pidió apartándose de ella para acabar de desnudarse—. No, déjatelas puestas —añadió cuando ella hizo amago de bajarse las medias.

—De acuerdo —convino ella, sintiéndose observada y muy sexi.

—Date la vuelta... —dijo él de pronto en tono imperativo.

Un tono que hizo que Astrid sintiera un escalofrío general. Cielo santo, por fin Owen iba a sacar ese lado de ejecutivo agresivo fuera de los despachos y a trasladarlo al dormitorio. Se moría por experimentarlo en primera persona.

—¿Vas a vendarme los ojos? —preguntó deseando que lo hiciera.

Él frunció el ceño, eso no entraba en sus planes.

—Otro día —murmuró apuntando mentalmente la sugerencia.

Astrid obedeció y le dio la espalda. Sintió en el acto el roce del cuerpo masculino pegándose a ella, su calor, su excitación... Tragó saliva.

Owen puso las manos en sus costados y fue subiéndolas hasta rozar la parte inferior de sus pechos. Por fortuna, ni amasó ni apretó, sino que se limitó a recorrer con la yema de los dedos la curva natural, de dentro afuera y viceversa, mientras su

boca disfrutaba lamiendo sus hombros, su nuca y la sensible piel de detrás de la oreja.

Ella no podía quejarse, pero sí pedirle un poco más de agresividad. Quería que sus manos le atraparan los pezones y se los tocaran, incluso que se los pellizcaran.

—¿Te gusta? —preguntó Owen meciéndola en sus brazos.

—Mmm..., sí —respondió ella, y él captó su tono no del todo sincero.

—¿Alguna sugerencia?

Podría explicárselo hasta con un gráfico, no obstante, prefirió pasar a la acción. Lo agarró de las muñecas y le colocó las manos sobre sus pechos, instándolo a que apretara, a que rodeara el pezón con los dedos e hiciera algo más contundente.

—Aprieta —le dijo, y Owen, sumiso, lo hizo—. Más fuerte... —gimió ella, apoyándose por completo en su cuerpo.

—Astrid... —gruñó él cauto por temor a causarle algún daño, aunque, en vista de su reacción, era evidente que estaba encantada.

Al estar reclinada sobre él, sentía su polla pegada al trasero, y no dudó en contonearse para estimularlo mientras él continuaba pellizcando sus pezones. Giró la cabeza en un ángulo difícil, intentando acercarse a sus labios y de ese modo besarlo. Pudo rozarlo y sentir así su respiración, tan agitada como la suya propia.

Una de las manos masculinas comenzó a desplazarse entonces hacia abajo y se recreó sobre la piel lisa, desprovista de vello, de su pubis. Astrid elevó los brazos, entregándose por completo a todas las sensaciones que él procuraba en su cuerpo. Despertaba cada conexión nerviosa y la mantenía en un estado de excitación indescriptible.

—No soy capaz de controlarme... —admitió (y ya iban dos revelaciones de ese tipo en un corto espacio de tiempo)—. Astrid..., por mi cabeza pasa una larga lista de ideas con tu cuerpo como protagonista.

De nuevo ese escalofrío, intenso y perverso, que te hace desear más. Mucho más. Todo, para ser exactos.

—Pues... —Astrid tragó saliva cuando él le separó sus pliegues, mojados y sensibles en extremo, hasta localizar su clítoris y frotarlo. Todo ello sosteniéndola—. Hazlo... —gimió dispuesta a cuanto Owen quisiera.

—¿No tienes miedo?

—No —aseveró ella con un hilo de voz.

¿Miedo? ¿De él? Eso nunca.

En todo caso, miedo de sí misma por no saber si todo aquello que experimentaba en sus brazos iba a poder olvidarlo cuando regresara a su rutina. Miedo al ser consciente de que, cuando subiera al avión de vuelta a España, no lo vería más. Miedo porque despertaban en ella, en su cuerpo, en su mente, sensaciones que con toda probabilidad nunca volvería a tener.

Pero miedo de lo que Owen deseaba hacer con su cuerpo, no, ninguno.

Él, tan entregado como ella, intentaba respirar porque aquello se le iba a ir de las manos. Astrid no iba a ser una mujer fácil de olvidar, ni tampoco una a la que

después mandas un bonito y caro ramo de flores como despedida. Sentirse así, tan desnudo (y no solo de forma literal), lo asustaba, pues ¿qué harían una vez acabado el trabajo? ¿Era eso algo pasajero? ¿Una consecuencia de la novedad, del momento, de una bajada de defensas, de la edad...? No lo podía asegurar, y de ahí su confusión.

Quería más de ella, sin embargo, no sabía cómo afrontar lo que Astrid le hacía sentir. Nunca había tenido inclinaciones dominantes, posesivas, ni mucho menos de amante loco, pero esos sentimientos surgían y le causaban preocupación. No los conocía, y tampoco la forma de asumirlos.

Sus manos, despeinándolo y masajeándole el cuero cabelludo, le hicieron aparcar sus tribulaciones y continuar disfrutando del instante que habían creado.

—Túmbate —dijo en un murmullo—. Boca abajo.

Se encontraban en un lateral de la cama, por lo que Astrid solo tuvo que echarse hacia adelante. Pensó en adoptar la postura lógica y poner la cabeza sobre la almohada, pero quedarse atravesada, con los pies colgando, se le antojó mucho más erótico.

Owen se unió a ella, no sin antes recorrer con los ojos la increíble estampa que el cuerpo femenino le ofrecía, únicamente con las medias y los tacones... Tragó saliva y cerró los ojos un segundo, y entonces otra sugerente idea le vino a la cabeza, una idea que ella le había proporcionado.

—No te muevas... —exigió, y se volvió para encontrar algo que sirviera a sus propósitos.

Sin embargo, como siempre en estos casos, la falta de experiencia jugaba en su contra. Tras medio angustioso minuto, Owen halló la solución y buscó su corbata entre la ropa esparcida por el suelo.

Con ella en la mano, se subió a horcajadas y le vendó los ojos. Astrid no opuso resistencia alguna, y hasta le sonrió, dándole, sin querer, otra razón para pensar en el futuro.

Owen comprobó que el nudo no le causaba daño y empezó a recorrer su espalda con besos suaves y otros no tan suaves, hasta llegar a aquel sugerente trasero tan lleno de posibilidades. Quizá debería añadir a la lista de fantasías una que incluyera su culo como protagonista...

¿Astrid lo rechazaría?

No era el momento de pensar en esa cuestión, y por eso se preocupó de coger un par de condones (algo que cada vez odiaba más) y se colocó uno. No con la presteza y la rapidez que exigía el momento, pero enseguida estuvo listo.

—¿Considerarías una grosería si te pidiera que me follases? —preguntó Astrid, porque hablar en aquellos términos podía resultar contraproducente.

—No, todo lo contrario —respondió él encantado, inclinándose sobre ella al tiempo que se agarraba la polla y la posicionaba para penetrarla de un certero empujón y así cumplir sus expectativas.

—Owen... —gimió ella.

Él se aferró a su cuerpo y comenzó a moverse de forma frenética, bombeando en su interior con tal ímpetu que a Astrid empezó a colgarle la cabeza. Owen se detuvo un instante para recolocarse, lo cual no fue muy bien recibido.

—¡No pares! —exclamó ella contoneándose bajo su peso.

No se lo tuvo que repetir dos veces. La agarró por los hombros y marcó un ritmo fuerte, brusco, desesperado, que no tardaría en dar sus frutos.

Para no caerse de la cama, Astrid se afianzó sujetándose al borde del colchón, para poder así salir al encuentro de cada embestida. En esa posición, no solo notaba la estimulación de su polla en el interior entrando y saliendo, dilatándola... También el roce de sus testículos cada vez que se clavaba con fuerza, y algo inesperado..., la fricción del cobertor sobre su clítoris en cada vaivén.

—No puedo más... —jadeó sudorosa, agotada y deseosa de alcanzar el clímax con él bien adentro.

Escuchaba cada respiración masculina agitada debido al esfuerzo, cada gemido a su espalda mientras imaginaba su rostro de concentración, sus labios entreabiertos...

Él, con energía, con fuerza, sin pararse a pensar si estaba siendo brusco en exceso, no aminoró el ritmo. La cama traqueteaba de tal forma que llegó a creer que los huéspedes de la habitación contigua llamarían a recepción alarmados por el ruido constante del cabecero chocando contra la pared.

Pero sus dudas quedaron disipadas, pues Astrid empujaba hacia atrás, diciéndole sin palabras que su rudeza era bienvenida. Para no perder el contacto, Owen clavó los dedos en las caderas femeninas, manteniendo así la postura perfecta para que ambos logaran un intenso clímax.

Ella ya no podía más, sentía las piernas temblorosas y todo el cuerpo derretido a la espera de alcanzar el final. Mordió la sábana cuando percibió el primer aviso de que su orgasmo era inminente, pero no pudo acallar el grito ronco de satisfacción.

Se arrancó la venda, pese a que mantenerla hasta el final era parte del juego, y musitó:

—Córrete, Owen.

—Sí... —exhaló él aprisionando su cuerpo, mordiéndole el hombro justo en el instante en que eyaculaba en su interior.

Luego se quedó allí, incapaz de liberarla.

Astrid gruñó —a este paso, todos los días iba a despertar igual— cuando el asqueroso sonido del despertador la sacó de un sueño increíble. Estaba en la cama, al amanecer, en los brazos de Owen, sin otra expectativa que haraganear el tiempo que hiciese falta...

—Es un jodido martirio —protestó suspirando resignada.

—Lo sé —corroboró él a su espalda, sin soltarla.

Entonces Astrid cayó en la cuenta de que no estaba soñando; aquello era cien por cien real. Movi6 de forma sutil una pierna y disimuló una sonrisa al notar las de él enredadas con las suyas. O sea, que el calorcito que sentía a su espalda no era producto de su imaginación más febril, sino del cuerpo de Owen.

«Excelente».

—Pero me temo que debemos levantarnos —apostilló él, y por su tono quedó patente que dormir en la clásica postura de la cucharita le agradaba.

Le dio un beso, que a ella le supo a poco, en el hombro y apartó la sábana dispuesto a ponerse en pie, cosa que hizo mirando con pena la cama que abandonaba.

—Ve tu primero a la ducha —dijo Astrid con la intención de arañar unos pobres minutos y quedarse acostada. Luego se volvió y quedó tumbada boca arriba, viendo de reojo cómo una deliciosa cobra se alejaba de la cama.

—Encárgate de que nos sirvan el desayuno —pidió Owen desde la puerta del aseo con ese tono tan formal que ella empezaba a adorar y que comenzaba a excitarla a partes iguales.

Terminó levantándose y, tras llamar al servicio de habitaciones, se fue al armario dispuesta a preparar su ropa de trabajo. Tardó medio minuto en decidirse por un conjunto color berenjena y se quedó como una tonta con la percha en la mano, mirando los trajes y las corbatas de Owen. Ni una sola de color atrevido. Todas con clásicos y discretos motivos geométricos, lisas, alguna que otra raya...

—¿Ocurre algo? —interrumpió él, acercándose recién salido de la ducha, afeitado, peinado y en modo ejecutivo.

—Eh..., no, nada.

—Cualquier cosa que te pongas estarás perfecta —murmuró para animarla, algo que rara vez hacía.

«¿Eso ha sido un cumplido?», se preguntó ella dejándolo para que se vistiera, porque la tentación de tirar de la toalla resultaba muy complicada de vencer con su escaso sentido común.

«¿De verdad le he dicho eso?», pensó Owen, ya a solas frente a sus trajes. Joder, en contadas ocasiones halagaba a una mujer haciendo referencia a algo tan personal. Siempre se limitaba a un educado y distante comentario. No obstante, verla allí,

desnuda, sin decidirse por un atuendo en concreto, había sacado a la luz su lado más lisonjero, el cual desconocía tener, y además sin pizca de falsedad.

En ese instante llamaron a la puerta y se puso algo encima para abrirle al camarero con el carrito del desayuno, evitando así seguir adentrándose por el lado desconocido de su personalidad.

Otro interesante tema de estudio para más adelante, se dijo.

Llegaron puntuales a su cita con el trío de inversores. Discart los estaba esperando, sonriente como el lobo que era, a la entrada. De nuevo Owen se sintió molesto por cómo miraba a Astrid; iba más allá de la comprensible admiración masculina. Tuvo ganas de partirle los dientes porque esa mirada resultaba ofensiva.

Hubo los consabidos saludos de rigor antes de sentarse de nuevo a la mesa de negociaciones. El ambiente, tenso, no facilitaba el diálogo, y menos aún cuando ese imbécil seguía mirando a Astrid con una falta total de respeto. Pero Owen bien sabía que intervenir supondría darle más munición a ese estúpido.

Ella, consciente de igual modo del escrutinio al que estaba siendo sometida, intentó no prestar atención. Sin embargo, su intuición le advirtió que el Lobo tenía un as en la manga. Miró a Ficha floja y al Adosao, que contenían la emoción.

—Señores, me parece que, tal y como plantean el acuerdo, debo rechazarlo —anunció Owen sin parecer afectado por ello.

—¿Qué sugiere para reconsiderarlo? —preguntó el Adosao ejerciendo de político.

—Desde luego, con una propuesta como esta —Owen señaló el último dossier presentado—, la entidad que dirijo no puede arriesgarse.

—Les propongo que hagamos un receso, nos vendrá bien a todos —propuso el Lobo poniéndose en pie.

—Excelente idea —convino Owen, y Astrid disimuló una sonrisa al oír la dichosa palabreja. Era evidente que reconsiderar su decisión no entraba en sus planes.

En ese instante sonó el móvil de Owen y, a pesar de que, por norma general, no lo atendía cuando estaba reunido, aprovechó la pausa para hacerlo. Fue el primero en abandonar la sala de reuniones, dejando a Astrid a merced de aquellas tres hienas.

—¿Le apetece tomar algo, señorita González? —preguntó el siempre atento Adosao.

—Un café, gracias —pidió ella, no porque lo deseara, sino porque así se quitaba a uno del medio mientras iba a buscarlo.

Ficha floja se excusó para abandonar también la estancia, y Astrid, que no quería quedarse a solas con Discart, fingió que su móvil vibraba para escaquearse. Al café y al pelotillero del Adosao les podían dar por el saco. No vio a Owen por ningún lado; lo más probable era que hubiera buscado un despacho donde poder hablar con la privacidad necesaria, así que optó por permanecer en el pasillo, a la espera de que

apareciera.

No tenía miedo, simplemente prefería no tener que entablar conversación con Discart, ya que terminaría por mandar su diplomacia a la porra y le soltaría cuatro frescas, y hacer eso suponía quedarse a gusto, muy a gusto, pero al mismo tiempo podía estropearle el negocio a Owen, por lo que era mejor aplicar el viejo refrán «quien evita la tentación evita el peligro». Además, para tentaciones, ya tenía la *suite* del hotel.

El par de secretarias que allí trabajaban seguían a lo suyo. Mejor, no quería tener que entablar una conversación insustancial para pasar el rato. Ya que no tenía otra cosa mejor que hacer, y como su café no aparecía, se dirigió al baño. Un retoque, un pis y un rato a solas siempre era mejor salida que seguir allí como un pasmarote.

Se metió en los aseos y por fin pudo respirar tranquila. Mientras se lavaba las manos se miró en el espejo y se repitió a sí misma que podía con ello, que se había enfrentado a tipos peores y que solo quedaban unos días.

—Se te enfría el café...

Astrid se volvió con la mano en el pecho al oír una voz burlona a su espalda. Allí estaba Discart, apoyado en la pared, cruzado de brazos y de nuevo con esa irritante sonrisa de chico de anuncio que se cree irresistible.

Como el Borjita, pero en extranjero. El mismo perro pero con distinto collar. Astrid tenía calados a esos tipos desde hacía tiempo. No en vano había estado a punto de casarse con uno.

—Enseguida voy. Gracias —dijo cordial para quitárselo de encima. Volvió a darle la espalda mientras recogía su barra de labios y la guardaba en el bolso.

Él abandonó su falsa pose indiferente y se acercó hasta situarse detrás de ella. Sus miradas se encontraron en el espejo. Esa fue la primera señal de alarma.

—Nadie puede negar que el señor Boston tiene un gusto excelente a la hora de elegir complementos.

Astrid tragó saliva y se mordió la lengua. ¡Así, por toda la cara, la había llamado *complemento*! Lo que, traducido, venía siendo «chica de compañía».

—Hasta luego —murmuró dispuesta a salir de allí.

Discart, en vez de apartarse, se pegó más a ella, hasta que Astrid sintió su aliento en la nuca. Era la segunda señal que le indicaba que o le daba una patada en los huevos o se arrepentiría.

—No tenemos prisa... —dijo él acariciándole el pelo—. Yo me preguntaba... ¿qué podría hacer cambiar de opinión a tu *jefe*?

Ella se dio cuenta de que la palabra *jefe* era otra forma de rebajarla, pero no se iba a poner a discutir por eso ahora. Si la consideraba tonta o lista daba igual.

—Hacer una buena propuesta —le respondió fingiendo normalidad—, que sea rentable y que no suponga un riesgo financiero.

—Ya..., pero un tipo como Boston no se conforma con eso —añadió él moviendo la mano hasta llegar a su trasero para tocárselo sin cortarse.

Hastada de tanto circunloquio para sobarla y de paso llegar hasta Owen, Astrid se volvió dispuesta a hacerle frente.

—Quítame las manos de encima —le advirtió marcando bien cada palabra—. Y déjame salir.

—Oye, conmigo no te hagas la difícil. Sé perfectamente que haces algo más que trabajos de asesoramiento para él. Y no se lo reprocho: yo también te llevaría a cenar a un restaurante de lujo sabiendo que después podría follarte como se me antojara.

¡Zas!

El Lobo se llevó una mano a la mejilla tras recibir una sonora bofetada, que, lejos de desanimarlo, hizo que se pegara aún más a ella, arrinconándola contra la encimera del lavabo.

—No me extraña que te vigile como un halcón, debes de tener un coño de primera.

Astrid lo empujó cuando pegó su pelvis a la de ella. Necesitaba unos míseros centímetros para levantar la rodilla y hacerlo cantar como a una soprano. Sin embargo, el muy desgraciado debía de tener experiencia en eso de acosar mujeres, porque se cubría muy bien los huevos.

—No lo sabes tú bien —replicó altanera. De ninguna manera iba a darle ese poder.

Ofende quien puede, no quien quiere.

Él arqueó una ceja. No esperaba que le plantara cara, sino más bien que se achicara, como cualquier mujer cuando la llamas *puta*, aunque con otras letras. Pero, no, la señorita González los tenía bien puestos.

Sin ningún tipo de reparo, comenzó a manosearla por encima de la ropa, con lo que Astrid se tensó y, pese a que deseaba mandarlo a la mierda, aguantó inmóvil hasta tener ángulo de maniobra, porque ese desgraciado se iba a ir ese día a casa con un buen dolor de huevos.

—Estás bien buena, rubia...

Ante su pasiva respuesta, él se vino arriba e intentó desabrocharle la blusa, para lo cual tuvo que separarse de ella y Astrid vio la oportunidad perfecta. Sonriendo de forma perversa, a lo que Discart respondió con una mirada de satisfacción por creerse ganador, puso la mano en su pecho, no para empujarlo, sino para, desde allí, ir bajando hasta posarla sobre su bragueta. Él arqueó una ceja, evidentemente contento. Pero aquella alegría le duró bien poco, pues ella lo cogió de las pelotas y apretó con toda la fuerza del mundo, incluso giró la mano (un cuarto de vuelta para comenzar), retorciéndosela.

—¿Decías?

—¡Suéltame, pedazo de zorra! —aulló el Lobo apretando los dientes.

—No me gusta que me insulten ni que me toquen sin mi permiso, y menos aún con la intención de joder a otro. ¿Estamos? —Hizo más presión para que él entendiera a la perfección el mensaje—. ¿Estamos?

—Joder, sí, pero suelta —masculló él, dando muestras de estar poco o nada arrepentido a pesar del dolor.

—No te he oído bien... —insistió ella, dándole la última oportunidad.

—¡Sí! —chilló Discart en un tono bien agudo.

Astrid pensó que ese tipo nunca aprendería la lección sobre respeto y buenas formas, no obstante, bien podía darle una clase extra. Con rapidez, soltó sus partes y, sin vacilar, le asestó un rodillazo, quizá excesivo, pero ¡qué carajo!, así se llevaba un buen recuerdo.

—¡Putas! —la insultó él retorciéndose, con las manos en la entrepierna y con pinta de estar a punto de llorar.

—Gilipollas...

—Follas con Boston, no me extraña que llegues tan lejos...

Ese no aprendía ni a tiros. Astrid no iba a responder a ese comentario, así que dio media vuelta y abrió la puerta del aseo dispuesta a salir con la cabeza muy alta.

No llegó muy lejos, pues tropezó con otro hombre.

—¿Se puede saber por qué has tardado tanto? —preguntó Owen ceñudo, sujetándola para que no cayera al suelo. Astrid había salido con tal ímpetu que por poco no se lo lleva por delante.

—Nada, cosas mías —dijo para no entrar en detalles.

Sin embargo, él no se quedó conforme con esa peregrina explicación y, cuando oyó las lamentaciones de un hombre al otro lado de la puerta, sospechó aún más.

Astrid lo agarró del brazo, pero no puedo evitar que él entrara en los aseos, donde se encontró a Discart con cara de dolor, medio doblado y las manos en la entrepierna.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —le preguntó Owen a Astrid.

—Nada —dijo ella.

—¿Nada? —inquirió él, poco o nada conforme con su respuesta.

—¡Nada! —chilló «la soprano», mirándola con odio—. Tu puta me ha agarrado de los huevos.

Owen inspiró hondo. «Esto se veía venir», pensó.

—Vámonos —murmuró ella tirando del brazo de Owen. Intuía una pelea de gallos porque, ante ciertas palabras, hasta el tipo más equilibrado sacaba los espolones.

—¿Qué has dicho?

—Vamos, hombre..., no nos vamos a pelear ahora por una rubia —adujo Discart en tono cómplice, como si fueran colegas de toda la vida—. Eso sí, está bien buena...

—¡Owen! —le advirtió Astrid, intuyendo que ese imbécil iba a llevarse un buen puñetazo en los dientes.

—Eres una sabandija —lo insultó Owen acercándose.

Ella, que no necesitaba defensores (para eso ya tenía a Axel, que siempre que podía ejercía de guardaespaldas), no quería que nadie se pegase por ella. Por favor, eso ya estaba desfasado. Así que se puso delante de Owen y miró al Lobo moviendo

la rodilla.

—Llévatela, anda —escupió este último—. De cerca no merece tanto la pena. Pues mira que no hay rubias dispuestas a follar por ahí sueltas.

—¡Serás...! —Owen se vio frenado por el cuerpo de Astrid, que no lo dejó actuar como habría querido.

—Sujétame el bolso —le pidió ella, y dio dos pasos hacia aquel imbécil para darle un repaso.

Owen, con el complemento en la mano, observó alucinado cómo Astrid le soltaba un bofetón, de esos que duelen físicamente pero más moralmente, debido en gran parte al sonido.

Con las mismas, dio media vuelta y los dejó allí solos.

Owen tenía dos opciones: rematar lo que ella había empezado, lo cual resultaba muy atractivo por varias razones, ya que le tenía ganas a ese imbécil y, además, suponía toda una novedad, puesto que nunca se había visto involucrado en peleas, y menos por una mujer; y su segunda opción era salir en busca de Astrid y dejar que el pobre diablo, humillado y dolorido, lamiera sus heridas, y exigirle a ella una explicación de por qué habían llegado hasta esos extremos. Intuía el motivo, pero quería saber los detalles.

—¿Volvemos a la sala de juntas? —preguntó Branker en medio del pasillo.

—No —respondió él seco—. Me temo que doy las negociaciones por finalizadas.

—¿Cómo?, ¿así? —insistió el tipo. Owen quería encontrar a Astrid y aquel hombre estaba retrasándolo.

—No me interesa hacer negocios con su empresa —contestó Owen más seco aún, consciente de que por primera vez en su decisión pesaba más el lado visceral que el racional porque, pese a que la oferta no era todo lo aceptable que querría, sabía que negociando se podía llegar a un acuerdo; ahora bien, tras la lamentable escena del cuarto de baño, ya no quedaba posibilidad alguna de dar marcha atrás—. Buenos días.

Lo dejó allí, con la palabra en la boca, y se fue en busca de Astrid.

—Joder, ¡quién me ha visto y quién me ve! —masculló entre dientes mirando el bolso que aún tenía en las manos—. Persiguiendo a una mujer.

La encontró sentada en la recepción, tranquila, como si nada hubiera ocurrido. Cuando lo vio, se puso en pie, y Owen vio que a su lado tenía su maletín.

—Aquí están tus cosas. —Se lo ofreció—. Como comprenderás, no puedo continuar trabajando, así que he pedido un taxi.

Owen negó con la cabeza y sacó su móvil.

—¿Arthur? Necesito el coche dentro de cinco minutos. Gracias.

—Pero ¿qué...?

—Vámonos, ya hemos acabado aquí —le espetó él gruñón.

Al oír su tono, Astrid prefirió no ahondar en la cuestión, y lo siguió mansa.

Una vez instalados en el coche, que, por cierto, no tardó cinco minutos, sino tres,

Owen estalló, pero no de la manera en que lo hacen los tipos cabreados, sino todo lo contrario: con un tono glacial, más peligroso que cualquier otro.

—¿Qué... ha... pasado?

Astrid pensó en inventarse una historia más o menos edulcorada para suavizar el ambiente, sin embargo, llegó a la conclusión de que, uno, Owen no era tonto y, dos, solo existe una razón por la que una mujer da un rodillazo en los huevos a un hombre.

—Astrid... —insistió él ante su silencio.

—No soporto a los tipos como ese, que se creen con derecho a todo. Me he defendido.

—¿Ha intentado propasarse?

—No le ha dado tiempo —respondió, y él cogió aire.

Estaba cabreado de verdad.

—Y ¿por qué, si puede saberse, no me has dejado defenderte?

—Seamos realistas. Y, por favor, no te sientas ofendido por lo que voy a decir. —Intentó que con esas palabras entendiera su punto de vista—. Tú no eres un hombre de los que van arreando a diestro y siniestro, no te pega. —Directas a su amor propio, así fue como le sentaron a Owen aquellas palabras—. Y sé defenderme sola.

—No lo dudo —replicó él picado.

—Escucha, te agradezco que quieras estar de mi lado, pero podía con él yo sola.

—Me he dado cuenta de ese detalle —masculló Owen en el mismo tono.

—La cuestión no es si ese imbécil me ha sobado el culo o ha intentado besarme —él apretó los puños al oírla—, lo importante es lo que pretendía.

—Es obvio: llevarte a la cama —alegó Owen, cayendo en la cuenta de que sonaba como un tipo celoso.

—Pues no. A Discart le daba igual si era yo u otra. Lo que pretendía era, y disculpa por la expresión, joderte a ti.

—¿Perdón?

—No en un sentido literal, por supuesto —se apresuró a aclarar Astrid para no confundirlo—. Lo que pretendía era intimidarme. Debió de vernos juntos en el restaurante o, mejor dicho, a la salida. Su intención era ponerte en evidencia. Es consciente de que para los hombres como tú la discreción es fundamental, y no queda bien que se sepa que tienes un rollo con la secretaria.

—Joder...

—Es normal que se tenga un rollo con la secretaria, pero sin que se sepa, claro —añadió ella.

—Tú no eres un rollo —masculló Owen.

No sabía si sentirse aliviado porque las intenciones de ese gilipollas hacia Astrid no eran serias, o enfadado porque ella hubiese pagado el pato.

—Bueno, los tipos como Discart y sus amiguitos no piensan lo mismo. Pero da igual.

—No, no da igual —la contradijo serio.

Habían llegado al hotel, y ambos sabían que aquella conversación quedaba en el aire.

Mantuvieron las formas en la recepción y en el ascensor, ya que no estaban a solas, pero una vez cerrada la puerta de la *suite*, Owen volvió a la carga.

—Astrid, no sé qué impresión tienes de mí —dijo serio, desprendiéndose de la americana y dejando de cualquier manera su maletín sobre la mesa—, pero no eres un simple pasatiempo, y tampoco carnaza para echar a los leones.

De acuerdo, hubo momentos en los que había pensado que sí, que era un entretenimiento pasajero; no obstante, esa idea ya había pasado a la historia.

—Lo sé —admitió ella comprensiva, lo cual era cruel, pues su aventura tenía los días contados. Desde luego, ser un rollete pasajero era cien mil veces mejor.

—¿Adónde vas? —preguntó Owen extrañado cuando ella se metió en el dormitorio.

La siguió dispuesto a aclarar algunos aspectos, pero se quedó de piedra en cuanto ella sacó la maleta del armario, la colocó sobre la cama y empezó a coger toda su ropa.

—No le des más vueltas —pidió Astrid llevando sus prendas hacia la cama.

—¿Qué haces?

—¿La... maleta? —respondió ella como si fuera una verdad universal.

—Y ¿para qué?

—Ya no pinto nada aquí. Si no tienes intención de seguir hablando con esos tres, mi presencia no es necesaria —le indicó serena. Después, sola en el avión, ya sufriría un bajón.

—¿Te he pedido yo que te vayas?

—No —dijo ella mientras doblaba la ropa.

—¿Cuántos días te dije que duraría esto? —siguió preguntando Owen, incapaz de entender la actitud de ella.

Ya puestos, la suya propia tampoco la entendía, pero quería dejar clara una cosa.

—Quince.

—Pues, para tu información, me debes cinco días.

—Pero si...

—Cinco días, Astrid —adujo serio.

—De acuerdo —convino ella al final, ya que, en el fondo, quería estar con él. Esa era la realidad. Triste o no.

Así, con esa actitud, no iban a ningún lado, por lo que Owen se acercó hasta ella y, colocándose a su espalda, la rodeó con los brazos antes de susurrarle al oído:

—Si piensas que por tu culpa todo se ha ido al carajo, quédate tranquila. Este desagradable incidente no ha sido más que la gota que ha colmado el vaso. En la práctica, tenía decidido no seguir.

—Tú lo has dicho, en la práctica —repitió Astrid.

—Da igual. Lo cierto es que no me arrepiento de nada. —La estrechó en sus

brazos con más fuerza.

Pensaba que, si alguna vez llegaba una situación así, se sentiría violento, o más bien perdido, pues consolar a mujeres no entraba dentro de sus cualidades, y, además, que le importara realmente lo que ellas sintieran, tampoco. Pero con Astrid en sus brazos, le parecía lo más normal del mundo. Solo le quedaba un asunto por aclarar.

—¿Seguro que no te arrepientes de nada? —preguntó ella.

—No.

—Gracias —murmuró encantada con aquello.

—De nada —dijo Owen, y al instante se dio cuenta de que mentía—. Bueno, de algo sí me arrepiento... —Ella se tensó en sus brazos, así que, tras unos segundos expectantes, decidió no hacerla sufrir—. Deberías haberme dejado partirle la cara a ese malnacido.

—Ah —suspiró Astrid—. Míralo por el lado positivo: si te hubieras enzarzado en una pelea, ahora tendrías el ojo a la virulé y los nudillos hechos polvo.

Para que entendiera a la perfección lo que quería decir, le acarició las manos de forma suave antes de soltar uno de esos suspiros femeninos de «Estoy tan a gusto así»...

—Sé que no debería decir esto —añadió Owen—, pero, si alguna vez te enfadas conmigo, por favor, házmelo saber antes de mover la rodilla.

Ella se echó a reír.

Él no.

—¿Qué te apetece hacer esta tarde?

Astrid no supo qué responder, ya que, viniendo de un adicto al trabajo, la pregunta podía ser una trampa.

—Pues... —titubeó, buscando con rapidez una contestación adecuada.

Owen se acabó su café y esperó a que ella propusiera algo interesante, pues él, poco o nada habituado a tener tiempo libre, no sabía muy bien qué hacer durante toda la tarde. Se recostó en la silla y entrelazó las manos.

Ella, la verdad, no había pensado en la posibilidad de tener horas libres, y no se decidía; hasta que..., mirándolo, mirándolo, sí se le ocurrió algo.

—Hay una cosa...

—Tú dirás —la interrumpió él, dispuesto a complacerla.

Astrid se mordió el labio. Al fin y al cabo, era un hombre, y ya sabemos cómo son ellos respecto a algunas cosas.

Owen sonrió de medio lado, una actitud por otra parte indolente, pero no sabía comportarse de otro modo.

—Quiero ir de compras —dijo ella.

—Muy bien —convino él indiferente, ya que esa petición, en boca de una mujer, podía considerarse una sugerencia aceptable y lógica—. Pediré el coche...

—Esto...

Owen sacó su móvil.

—¿Sí?

—¿Podemos ir por nuestra cuenta, sin chófer?

—Si es lo que quieres... —Aceptó porque a ella le hacía ilusión, no porque le apeteciera ir dando vueltas por ahí y ocuparse del coche.

—¿Vas a pedir otra vez el Porsche?

Entonces Owen se dio cuenta de que a Astrid, fanática y conocedora del mundo del motor, le gustaba eso de conducir, y más aún si se trataba de coches de alta gama. En el hotel, que para eso costaba una buena cifra, tenían a su disposición varios vehículos de lujo; solo había que pedirlos.

—Sí, a no ser que tengas otro capricho... —murmuró con cierto aire perdonavidas, porque lo cierto era que le daba igual.

Astrid pensó muy bien en la oportunidad que le brindaba.

—Verás, hay un coche que..., bueno, siempre me ha gustado... Nunca he conseguido conducir uno y... —Se mostró indecisa, pues tampoco quería dar una imagen de mujer caprichosa.

—Dime qué coche he de pedir —la cortó él con el iPhone en la mano. No estaba acostumbrado a que otros tomaran las decisiones, de ahí su impaciencia.

—Un Tiburón.

—¿Disculpa?

—Un Citroën DS —le aclaró.

—Mmm... —murmuró Owen mientras esperaba a que le respondieran.

—Descapotable —añadió ella con cautela porque a lo mejor se estaba pasando de la raya.

Sin inmutarse, él transmitió su petición con la seriedad y la indiferencia acostumbradas, dando por hecho que sus deseos serían satisfechos sin rechistar.

Así que, dos horas más tarde, Astrid estacionaba el flamante Citroën Tiburón negro descapotable en el aparcamiento del Maasmechelen Village, dispuesta a pasar una tarde de compras. Había elegido ese centro porque a Owen le daría un mal si lo llevaba a tiendas de segunda mano o mercadillos.

Él, mentalizado con que tendría que ser un buen mozo de carga, paciente, atento y con criterio estético, se apeó del vehículo. También podía ser una buena oportunidad para hacerle un regalo, pues le apetecía tener un detalle con ella. Puede que Astrid no se mostrara muy proclive a aceptarlos, pero a él le gustaría y punto.

—Aquí debe de haber cosas de marca a buen precio —comentó ella mientras accedían a las galerías comerciales.

Él no supo que decir al respecto, pues la mayoría de su ropa se la confeccionaban a medida o bien la sastrería donde encargaba los trajes le proponía diferentes prendas y él se limitaba a dar el visto bueno. Aunque en los últimos tiempos era su secretaria quien se ocupaba de tan engorrosa tarea.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó esperando oír la palabra *lencería*.

—Mmm... —murmuró Astrid mientras miraba a su alrededor con la idea de localizar el comercio apropiado.

Se le iluminó la cara cuando distinguió el letrero de Calvin Klein Jeans. Decidida, lo cogió de la mano y lo llevó directo a la tienda.

—Esto... —titubeó Owen confundido, ya que allí no iban a encontrar nada para ella.

Astrid no dijo una palabra, se fue directa al expositor de los vaqueros, miró las etiquetas y seleccionó un par de ellos. Mientras tanto, Owen se cruzó de brazos al entender que deseaba llevarle algo a su hermano. Pero cuando ella, con la prenda extendida, se los puso encima, empezó a desconfiar, pues el gerente de Grúas González y él no tenían la misma complexión. Aunque fue definitivo cuando le señaló el probador.

—¿Puedo ayudarlos, señores? —preguntó un atento vendedor, bastante buenorro y sonriente.

—Sí, muchas gracias —respondió Astrid—. ¿Cuáles cree que le sentarán mejor? —inquirió señalando a Owen, que, de repente, se sentía incapaz de hablar.

—Mmm... —El dependiente miró a Owen, evaluándolo antes de decidirse, puede que para acertar o puede que para hacer teatro y justificar el precio—. Estos —dijo

señalando unos vaqueros azul oscuro y desdeñando los otros.

—Muy bien, pues venga, al probador —indicó ella entusiasmada entregándoselos a Owen.

—¿Han comprobado ya la talla? —los interrumpió el vendedor.

Astrid sonrió y se abstuvo de responder algo así como: «Pues claro que me sé sus medidas».

Owen no estaba por la labor, su idea de ir de compras acompañando a una mujer era bien distinta. Si bien nunca se había visto involucrado en una sesión que algunos consideraban una tortura, tenía cierta idea de lo que era.

—No creo que... —empezó, intentando escaquearse, pero no lo consiguió, pues fue empujado literalmente hacia los probadores.

—Pruébatelos —le pidió Astrid con una sonrisa, y bajó la voz para añadir—: Me muero por verte con unos vaqueros ajustados...

Owen arqueó no una, sino las dos cejas, ante ese tono tan sugerente y, pese a sus reticencias, optó por aceptar la propuesta. Desde luego, nunca había pensado que se vería en una situación así a su edad. Desde que era niño no había vuelto a probarse ropa con una mujer delante. Solo esperaba que ella no se pusiera en plan madre, como hacía la suya de pequeño, y abriera la cortinilla en mitad del proceso.

—¿Qué camisetas estampadas tienen? —oyó que preguntaba Astrid al dependiente.

—¿Algún color en particular? ¿Forma? ¿Cuello de pico, a la caja...?

—¿Qué se lleva más este año?

—Depende. Yo le recomendaría colores atrevidos, vienen con unos serigrafiados magníficos.

Owen tembló mientras se abrochaba los vaqueros y se miraba en el espejo como diciendo «Este no soy yo».

—Que sea ajustada, eso sí —respondió Astrid—. Los colores, más bien oscuros, nada llamativo, y que tenga un estampado gracioso —remató ilusionada para desdicha de Owen.

—Ahora mismo le traigo unas divinas.

—¿Estás visible? —preguntó ella en voz baja pegándose a la cortinilla del probador. Podría darse un capricho más y abrir sin esperar su respuesta, sin embargo, entendió que verlo a medio vestir no era posible.

—No —gruñó él—. ¿De verdad es esto necesario?

A pesar de sus protestas, terminó saliendo del cubículo, y a ella le dio un «pumba».

—Estás... —Astrid se detuvo para tragar saliva y para serenarse, pues sus impulsos más primarios estaban a punto de empujarla hacia un comportamiento inapropiado aunque excitante.

—Ridículo —terminó él la frase.

Joder, los vaqueros tenían un par de rotos en el muslo. Él no vestía prendas rotas,

maldita sea. Y menos aún tan ajustadas.

—... para comerte —acabó diciendo ella mientras lo devoraba con los ojos.

Owen aligeró su enfado.

—¿Ah, sí? —preguntó, ya que, a pesar de no sentirse a gusto, las palabras de ella habían ido directas a su vanidad masculina.

Astrid asintió con fervor, conteniéndose para no palmearle el trasero.

—Pues sí, es justo su talla, señor —intervino el chico acercándose a Owen y escrutándolo—. ¡Creo que estas dos le sentarán divinamente!

Astrid miró al dependiente, tenía un curioso acento.

—Déjeme ver —pidió ella cogiendo las camisetas, una en negro de cuello de pico lisa y otra en azul con el logo de la marca. Luego se decidió sin consultar al interesado.

Y, para sufrimiento de Owen y deleite de Astrid, del vendedor y de la tienda en general, ella empezó a desabrocharle la camisa, dispuesta a probarle la prenda sin la privacidad de una triste cortina.

—¡Divino! —exclamó el chico, y se pegó a Owen para terminar de ajustarle, de forma innecesaria, según la opinión de ella, la camiseta.

Por si fuera poco, tiró de la cinturilla de los pantalones, le sobó el culo y acabó poniéndole las manos en los hombros para alisar unas arrugas inexistentes.

«Eso debería hacerlo yo», pensó Astrid con cara de envidia.

—Ya es suficiente, nos lo llevamos —atajó el «maniquí», apartándose del tipo/pulpo.

Luego se encerró en el probador para ponerse su ropa y Astrid se acercó al mostrador de caja. Estaba claro que a Owen no le había gustado nada la excursión, pero merecía la pena soportar su cabreo con tal de satisfacer una fantasía.

Mientras esperaba, se fijó en los complementos. Le llamaron la atención unos gemelos de cristal negro, y los cogió para mirar con disimulo el precio.

—Están con un ochenta por ciento de descuento, son de hace dos temporadas —la informó solícito el dependiente.

—Su acento es ¿español?

—Pues sí —confirmó él.

—Esto parece «Españoles en el mundo» —murmuró ella en voz baja mientras examinaba indecisa los gemelos.

—Son exclusivos —aportó el dependiente para incentivar la venta.

—Humm, vale. Me los llevo... —se decidió al final, y entonces se dio cuenta de un detalle de vital importancia—: Pero... ¿podría cobrármelos lo más rápido posible para darle una sorpresa? —preguntó atropelladamente.

—Por supuesto, señora.

Astrid le entregó la tarjeta de crédito y miró de reojo para que Owen no la pillara. Había tenido un impulso tonto y, si él la encontraba haciendo la compra, el factor sorpresa se iría a la mierda.

El «meticuloso» dependiente empezó a poner los gemelos en una caja, a centrarlos dentro del pequeño cojín aterciopelado, a buscar papel de regalo..., y ella, desesperada, se lo arrancó de las manos junto con el comprobante y la tarjeta y lo metió de cualquier manera en su bolso.

—Déjelo, ya me ocuparé yo luego.

—¿Qué haces? —preguntó Owen a su espalda con las dos nuevas prendas de su vestuario en la mano.

—Pagar —le respondió Astrid volviendo a sacar la tarjeta.

—¡¿Perdón?!

El dependiente, como ya había hecho su venta, se limitó a quitar las alarmas, a escanear la etiqueta y a doblar la ropa (con un exagerado cuidado) antes de meterla en una bolsa.

—Aquí tiene —dijo ella entregándole la Visa—. Ni se te ocurra —le advirtió Owen sacando su Visa Platinum y obligando al vendedor a aceptarla, bajo pena de perder la venta y, si se obstinaba, hasta el empleo.

Astrid podría haber insistido, pero no era cuestión de montar allí una escena. Además, al chico, nada más ver el tipo de tarjeta de Owen, se le había iluminado la mirada.

—Quería comprártelo yo —le dijo ella una vez fuera de la tienda.

—No te ofendas, pero no tienes por qué, y menos sabiendo como sé lo justa que andas con el dinero.

A la aplastante sinceridad de Owen poco se podía objetar, la verdad.

—Pues me hacía ilusión, no solo verte con ropa ajustada, sino también comprártela —murmuró más para sí, aunque él la oyó.

—Astrid, escúchame —pidió deteniéndose en medio de las galerías comerciales—. Para mí, el simple hecho de haber tenido un detalle así vale mucho más de lo que te imaginas. —«Y tanto», pensó. Ninguna mujer lo había llevado de compras antes, exceptuando a su madre.

—Otra vez será... —terminó diciendo ella con una media sonrisa.

—Oye, si de verdad te hace ilusión, me voy al servicio y me cambio en medio minuto —propuso Owen convencido. Tanto que hasta él se sorprendió.

—Me temo que va a ser complicado... —adujo ella mirándole el calzado.

—Esto se soluciona en un abrir y cerrar de ojos.

Sintiéndose como un niño pequeño, y admitiendo para sí que quizá su vestimenta habitual siempre era clásica, la propuesta de Astrid podía venirle hasta bien, y por ello la arrastró hasta la primera zapatería que encontraron. De allí salieron con unas deportivas, eso sí, discretas, que combinaban a la perfección con los vaqueros.

—No hace falta que te lo pongas ahora mismo —le dijo ella, no para minar su entusiasmo, sino porque tampoco había que hacerlo todo en el mismo día. Para un hombre como él, los cambios tan bruscos podían ser contraproducentes.

—¿Segura? —preguntó Owen un poco guasón. Eso de hacer de modelo había

tenido su gracia, a pesar del sobeteo gratuito al que lo habían sometido.

Pero entonces se dio cuenta de que Astrid no le decía toda la verdad y, sintiéndose travieso, algo extraño en su persona, la cogió de la mano y caminó por la galería comercial hasta que localizó los aseos. Sin importarle un pimiento, y arriesgándose a que les llamaran la atención, se colaron en el de caballeros. Una vez allí, la empujó dentro del cubículo del fondo y cerró como pudo la puerta.

—Astrid...

Ella entendió a la primera qué pretendía y, riéndose como niños mientras cometen una travesura, comenzó a desnudarlo. Debido al reducido espacio, no fue tan rápido como esperaba y, tras golpearle alguna que otra vez con la pared, lograron su objetivo.

Owen se dejó vestir obediente y ella se lo pasó en grande poniéndole esto y aquello. Iba a abrocharle los botones del pantalón cuando sintió una caricia en la barbilla, instándola a que lo mirase a los ojos.

Astrid levantó la vista y, si ya estaba algo cachondona con eso del improvisado destape, ahora ya le era casi imposible pasarlo por alto. Por suerte, no tuvo que dar explicaciones, porque él se inclinó hasta atrapar su boca y darle uno de esos besos cargados de todo. Ella respondió sin dudarle. Gimió y puso la mano sobre su entrepierna para hacer una sola cosa: tocarlo.

Él jadeó cuando la sintió sobre su polla y la apretó contra la pared con más fuerza para ir directo a su oreja y mordisqueársela. Durante un fugaz momento se dio cuenta de que estaban a punto de montárselo en un aseo. Por Dios, aquello no podía ser más cutre, soez y chabacano. Sin embargo, su cuerpo iba por libre, pues pasaba olímpicamente del entorno y no atendía a razonamientos.

Sin dejar de meterle mano y moviéndose como podía para que ella continuara masturbándolo, sacó su cartera para buscar un jodido condón.

—¿Vamos a hacerlo aquí? —musitó Astrid jadeante, y él torció el gesto como disculpándose. Ella tenía razón, maldita sea.

—Lo siento —adujo volviendo a guardar el preservativo.

—Pero ¿qué haces? Anda, trae. —Astrid se lo arrebató de las manos dejándolo momentáneamente confundido.

—Pensaba que este no era un lugar adecuado —siseó Owen cuando ella lo enfundó. Apoyó las manos en la pared, por encima de su cabeza, y miró hacia abajo, a esas hábiles manos que lo estaban volviendo loco.

—A mí no me importa —respondió Astrid resuelta—. No es que yo vaya por ahí follando en cualquier lavabo y eso..., pero...

Owen le sonrió y le acarició la mejilla. Las explicaciones estaban de más. Lo que hubiera hecho o dejado de hacer en el pasado no era de su incumbencia.

—Pero ya sé que para ti esto debe de ser una vulgaridad como una casa —prosiguió mostrándose avergonzada.

—Astrid —la interrumpió él.

—¿Sí?

—Bésame y olvídate de todo lo demás.

Aquella frase, tan contundente, resultó definitiva, y Owen la ayudó a liberarse de la ropa necesaria para poder continuar lo que habían comenzado. Astrid, un poco perdida en eso del sexo imprevisto, y él, en una situación similar, acordaron que ella le diera la espalda, colocándose contra la pared, y empinara el trasero. No hubo más problemas técnicos y, en menos de dos minutos, Owen empezó a embestirla con todas las ganas del mundo, y ella, sintiendo cómo sus piernas se doblaban, se concentró en estar a la altura de las circunstancias, afianzando las manos sobre las baldosas.

No se percataron de si había o no otros usuarios en los servicios, pues ambos se encontraban tan imbuidos en sus propias sensaciones que si los pillaban o no carecía de importancia. Fue rápido, intenso y satisfactorio.

Después, se arreglaron en silencio y, como si lo hubieran hecho miles de veces, él la cogió de la mano y salieron de allí como si nada, con la cabeza bien alta y una sonrisa bobalicona.

Continuaron paseando, y Owen, siempre atento a todo, se dio cuenta de que ella observaba algunos escaparates pero no entraba en las tiendas. Podía pensarse que no le convencía el producto, sin embargo, finalmente se percató de que más bien lo que no le convencía era el precio.

¿Cómo podía sugerirle que, si quería cualquier cosa, él estaba más que dispuesto a pagarlo sin que se sintiera ofendida?

Desde luego, para él, acostumbrado a mujeres ociosas, ávidas de financiación, resultaba toda una novedad tener que reprimir un hábito como contentarla sacando su tarjeta de crédito; la miró y sintió admiración. De nuevo recordó las palabras de su madre sobre regalos a mujeres inteligentes. Aun así, entendía que Astrid se merecía un capricho, un detalle consumista.

Se acercó a ella e inclinó la cabeza para poder hablarle al oído.

—Cómpratelo —la provocó rodeando su cintura, sin duda un extraño gesto en él, que odiaba las muestras de afecto en general y en público en particular—. Has trabajado duro...

Vio cómo ella se mordía el labio, tentada por el azul eléctrico del vestido del escaparate. Owen no era un entendido en moda, no obstante, sabía (llamémoslo *intuición masculina*) que estaba diseñado, confeccionado y listo solo para ella.

—No sé...

—O lo haces tú, o lo hago yo —concluyó con aquel tono incuestionable que habría excitado a cualquiera.

Al final de la tarde dieron por concluida su sesión consumista y optaron por volver a Bruselas.

A pesar de que las negociaciones se habían ido al traste, Owen tenía otros asuntos que atender. No recordaba la última vez que había decidido tomarse una tarde libre y, después del resultado, saltaba a la vista que ni le habían salido sarpullidos ni se había acabado el mundo por dedicarse a placeres más mundanos.

Pasar la tarde con Astrid, alejado de despachos, informes, balances y demás parafernalia ejecutiva, desde luego podía considerarse un soplo de aire fresco y un nuevo tema de estudio. Siempre y cuando obviara el intenso e innecesario sobeteo del vendedor...

Por supuesto, quedaba pendiente el asunto de por qué ella lo había llevado a una tienda donde, *a priori*, no encontraría nada de ropa adecuada a su estilo habitual, pero, al ver su cara, no solo de satisfacción, quedó patente que por la cabeza de Astrid pasaban pensamientos poco apropiados para mencionar en público pero que él se moría de ganas por saber. Y, a ser posible, con todos los detalles. Lo que venía siendo un informe exhaustivo de la situación.

Si el precio era ponerse unos pantalones vaqueros, desde luego no podía objetar nada.

Nada más regresar al hotel, debido al cansancio por haberse pasado toda la tarde de aquí para allá por el centro comercial y de haber «hecho uso» de los aseos públicos, rehusaron la invitación del establecimiento para cenar.

—¿Te apetece cenar fuera? —inquirió Owen un poco tarde al darse cuenta de que había tomado una decisión sin consultar con ella, otro hábito adquirido.

—No.

—Entonces, si te parece bien, que nos sirvan en la *suite*.

—De acuerdo —aceptó Astrid, aunque, la verdad, pese a no haber probado bocado desde el mediodía, ella pensaba en otra cosa para llevarse a la boca.

Nada más cerrarse las puertas del ascensor, y sabiendo que cada segundo contaba, se echó en sus brazos y, sin perder tiempo, lo besó, empujándolo contra la esquina. No fue amable ni considerada, sencillamente quería cometer una locura y solo disponía de unos segundos.

Owen dejó caer *ipso facto* las bolsas que llevaba y la rodeó por la cintura, para, de manera inmediata, posar ambas manos en su trasero y apretarla contra él.

—No tenemos mucho tiempo... —gimió ella encantada con su respuesta entusiasta.

—No pensarás hacerlo aquí... —Su tono escéptico hizo que Astrid sonriera al recordar una conversación similar mantenida no hacía mucho.

Owen nunca se había visto en una situación parecida y, la verdad, quería mandar a paseo sus reparos; no obstante, es difícil cambiar de un día para otro. Pero, cuando la mano de Astrid bajó un poco más y se posó sobre su bragueta, todas sus razones para comportarse de forma correcta se evaporaron.

—Maldita sea... —masculló Owen. Justo en el instante en que se preparaba para comprobar hasta qué punto se podía o no follar en un ascensor, oyó el estridente ¡gong! y las puertas se abrieron.

Astrid se echó hacia atrás, respirando de forma entrecortada y con una sonrisa pícaro en los labios, sin rastro de estar arrepentida por su espontáneo comportamiento.

—Deberíamos haber pulsado el botón de *stop* —murmuró abandonando la cabina y meneando el trasero de forma exagerada para que no se enfriara el ambiente.

Owen, ¿qué otra cosa podía hacer?, se agachó y recogió las bolsas para seguirla, confiando en que, una vez parapetados en la intimidad de la *suite*, ella mantuviera el mismo interés.

Nada más cruzar el umbral, las bolsas cayeron de nuevo al suelo, pero esta vez con premeditación, nocturnidad y alevosía. Owen la atrajo hacia su cuerpo y, recuperando el ímpetu demostrado en el elevador, la besó, y ella, sin dudarlo, lo rodeó con los brazos.

—¿De verdad te habrías arriesgado a hacerlo conmigo en el ascensor? —preguntó Astrid, mientras las manos de él se afanaban por desnudarla cuando iban caminando a trompicones hacia el dormitorio.

—Por supuesto... —gimió Owen, lamiéndole el lóbulo de la oreja.

—Deberías responder «Excelente», me pone más cachonda.

Él gruñó, o algo parecido. Pensó en el acto en esa posibilidad y llegó a la conclusión de que debería llevársela a su apartamento, ya que allí podría cumplir aquella fantasía sin problemas. Todo el edificio era de su propiedad y... Frenó sus elucubraciones. No porque fueran incoherentes, sino porque, uno, nunca llevaba mujeres a su espacio personal; dos, montárselo en un espacio cien por cien controlado por cámaras de seguridad desanimaba, y, tres, no por ello menos importante, planificarlo suponía prescindir del factor sorpresa, algo de lo que se estaba empezando a dar cuenta junto a Astrid.

Ella tenía ya las manos en su cinturón y él en su sujetador, por lo que seguir dándole vueltas a ciertos procesos mentales no tenía sentido. Owen respiró profundamente cuando Astrid presionó sobre su entrepierna para, después, apartar el bóxer y tocarlo sin barreras.

Él, loco, desesperado por sentirla al completo, comenzó una sucesión de rápidos y precisos movimientos; cualquier cosa para desnudarla. La ropa de ella empezó a salir disparada.

Astrid, por su parte, no salía de su asombro. ¿Dónde se había quedado el hombre contenido? Aquella versión descarada e imperativa de Owen era, con mucho, la

mejor de todas.

Se sentó en la cama, sin nada encima, mientras observaba cómo él se desprendía de su ropa. Entonces se dio cuenta de que no podía permanecer inactiva, así que se estiró hasta llegar a la mesilla de noche y sacar los condones. Cuando volvió a mirar al frente, tenía delante una estupenda erección, la cual no podía dejar pasar por alto.

Se hallaba en la posición idónea, la altura justa y, sin titubear, se humedeció los labios, se echó hacia adelante y lo acogió en su boca. Logró no solo sorprenderlo, sino que además Owen emitiera un gemido ronco muy excitante.

—Hasta el fondo... —jadeó sujetándola de la cabeza.

Astrid no esperaba esa respuesta, aunque, desde luego, sentir esa traviesa boca sobre su polla era, como poco, un regalo.

—Faltaría más —contestó mientras recorría con la lengua toda la superficie, desde la base hasta el glande, buscando cada recoveco y deleitándose con los jadeos entrecortados de él.

Astrid quería algo más que chupársela y, ni corta ni perezosa, metió la mano entre sus piernas hasta llegar a sus testículos. Los sostuvo entre las manos y los apretó para proporcionarle una dosis extra de estimulación.

La respuesta no tardó en llegar. Él, descontrolado, comenzó a embestir dentro de su boca sin la menor consideración, aunque, a juzgar por el comportamiento de ella, poco o nada le importaba.

—Mmm... —ronroneó ella consciente de que iba a dejar un elocuente rastro de humedad sobre el cobertor de la cama debido a su propia excitación.

—Astrid... —protestó él, sabiendo que, de seguir con aquel endiablado ritmo, no duraría ni un telediario.

—Mmm... —prosiguió ella cual gata mimosa.

—Para —rogó Owen, e hizo amago de apartarse, aunque su fuerza de voluntad flaqueaba con cada lengüetazo. Estaba seguro de que hasta el hombre más controlado sucumbiría ante tal caricia, y él no iba a ser una excepción.

Pero lo que realmente lo iba hacer caer de rodillas, no solo en sentido figurado, era ver la expresión de ella. Nada que se pareciese a esas mujeres que te la chupan como inversión de futuro. Astrid disfrutaba y transmitía esa sensación, de ahí que consiguiera hacerle perder la razón.

La parte física de todo aquello desde luego era cojonuda, pero donde ella ganaba por goleada era en la actitud y en la disposición.

Astrid no podía estar al tanto de esos pensamientos, pues toda su atención estaba puesta en lo que tenía entre manos. En satisfacerlo..., en sentirlo... Con la boca..., con las manos... Mientras seguía lamiéndolo entendía muy bien la diferencia entre hacerlo porque el amante de turno lo esperaba como parte de la función y hacerlo porque ella era la primera en desearlo.

Lo curioso era que esa sensación solo se había producido con él. No entendía por qué, pero poder saborearlo de esa manera desde luego era un gran placer.

Y con el beneficio añadido de tener tan cerca la cobra.

Owen no apartaba la vista de sus labios atrapando toda su polla, humedeciéndosela. Su lengua rozando una y otra vez cada centímetro de piel y, lo mejor, la expresión de absoluta entrega por parte de Astrid. Aquello resultaba increíble, demasiado bueno para ser cierto, y se preguntó, no por primera vez, hasta dónde podría arriesgarse con ella, un pensamiento del todo inapropiado en ese momento pero ineludible.

Sin saber cómo, logró apartarse y, al ver la carita de desconcierto de ella, se inclinó para poder besarla y, de paso, recostarla en la cama. Aunque la verdad era que deseaba mucho más.

Astrid separó las piernas y él se acomodó entre ellas, sin dejar de recorrer con los labios cualquier punto de su piel al que tuviera acceso.

—Esto me gusta...

—Por eso lo hago —replicó sin apenas separar los labios de su piel.

Aquella ración extra de besos los puso a ambos aún más cardíacos. Comenzaron no solo a besarse, sino también a buscar con las manos el máximo contacto.

Astrid metió la mano entre los dos cuerpos hasta rozar con la yema de los dedos la cobra y, ya de paso, la punta de la polla, de tal forma que él, sensibilizado en extremo tras habérsela chupado, siseó y acabó mordisqueándole un pezón como justa represalia.

—Fóllame —le dijo toda descarada, toda sinvergüenza.

—¿Cómo podría negarme? —replicó él en ese tono en apariencia prosaico que la ponía cachonda.

Se apartó un instante para ocuparse de la fastidiosa tarea del preservativo y entonces tuvo una especie de antojo sexual al verla allí recostada, expectante, despeinada y desvergonzada.

—Date la vuelta —exigió terminando de colocarse el condón.

—¿Cómo negarme? —lo imitó ella mientras rodaba hasta quedar boca abajo, regalándole así un estupendo primer plano de su trasero.

A Owen se le secó la boca y estiró el brazo. Posó el dedo índice justo al final de su espalda y siguió la línea de separación de las nalgas con un inquietante pensamiento en la cabeza.

Astrid lo miró por encima del hombro, sin duda impaciente, por lo que tuvo que aparcar sus repentinas ideas. Puede que, llegado el caso, apuntara en la lista de fantasías lo que se le acababa de ocurrir.

Con la garganta seca ante el amplio abanico de posibilidades que todo aquello entrañaba, Owen se colocó tras ella para cubrirla con su cuerpo. Primero la besó en la nuca, después en la espalda y, desde ahí, fue recorriendo su columna hasta depositar un lascivo beso en cada una de sus nalgas.

—Me encanta... —musitó Astrid, frotándose contra la colcha en un pobre intento de aliviarse.

—Lo sé —dijo él con una aplastante seguridad, que, lejos de molestarla, la encendió mucho más.

—¿Quieres que me ponga de rodillas, a cuatro patas? —inquirió ella sin saber de dónde había salido esa vena tan desinhibida, pues hasta ese momento no había sido precisamente una mujer muy atrevida. Es más, no le gustaba hacerlo de ese modo; sin embargo, deseaba que con Owen todo tuviera un cariz diferente, quería darle una parte de sí misma que nunca antes había salido a la luz.

—¿Lo harías? —consultó él, no porque le disgustara la idea, sino porque entendía que ella podía estar sugiriéndolo sin sentirse cómoda del todo.

—Sí —respondió Astrid rotunda y, sin perder un segundo, se posicionó, encantada de poder hacerlo y con unas ganas locas de que él, al fin, la penetrara.

Sintió una mano entre los muslos, subiendo por la cara interna hasta llegar a su sexo. Cerró los ojos cuando Owen rozó sus pliegues y comprobó lo mojada que estaba. Le introdujo un dedo y después otro, tocando cada fibra interna y logrando que gimiera más alto. Comenzó entonces un tortuoso proceso de estimulación, pues en esa postura conseguía rozar puntos muy sensibles, lo que, sumado a su excitación, podían llevarla al orgasmo.

Él adelantó sus caderas y sustituyó los dedos por su polla. No se introdujo de golpe, sino que prefirió dejar que poco a poco siguiera el camino natural, que ella, a pesar de estar dispuesta y dilatada, lo albergara despacio, muy despacio.

—Joder... —siseó al sentir su erección envuelta por completo.

La agarró de las caderas para evitar salirse, ya que ella se revolvía inquieta; aquello era demasiado bueno como para echarlo a perder con las prisas.

Astrid no entendía aquel control, deseaba justo lo contrario, y de ahí que se moviera, instándolo a ser un poco más agresivo.

Para ello, se arriesgó y llevó su propia mano entre las piernas, donde, en vez de acariciarse a sí misma, le rozó los testículos, masajeándoselos para lograr que al fin Owen se desbocara tanto o más que ella.

—Astrid... —protestó, o algo parecido.

Pero ella seguía tocándolo, presionándolo, y por fin él cayó en la cuenta de que en ese instante la ternura, la delicadeza y los demás movimientos suaves no eran bienvenidos.

Sin palabras, le estaba diciendo que fuera brusco, rudo, incluso violento y primario. Y él no encontró ninguna objeción a eso.

Clavándole los dedos en las caderas, aceleró sus embestidas. Astrid agachó la cabeza y le dio completa libertad para que hiciese cuanto quisiera. Estaba a su merced, totalmente, y él iba a aprovechar aquella oportunidad.

—Tócate entre las piernas —ordenó cuando ella apartó la mano.

—De acuerdo... —acertó a decir Astrid y, a pesar de la vergüenza que podía suponer masturbarse delante de alguien, llevó con timidez los dedos a su clítoris y comenzó a tocárselo.

La reacción no se hizo esperar, y Owen percibió cada espasmo interno, cada contracción que iba directa a su polla. Pero si la estimulación sensorial no era lo bastante fuerte como para correrse, tenía además la visual.

Cada vez que bajaba la vista y observaba su erección entrando y saliendo del cuerpo femenino, brillante a causa de los fluidos, solo podía apretar los dientes para aguantar un poco más.

—Owen..., voy a correrme —jadeó ella.

—Lo sé...

Deseaba complacerla hasta el final, no arruinar todo aquello debido a su propia necesidad. No tenía muy claro cómo hacerlo o de dónde sacar las fuerzas necesarias para retrasar lo inevitable. Pero se dio cuenta de que, si bien él no podía refrenarse, sí podía acelerar la reacción de ella.

Con temor al rechazo, pero sin otra solución mejor, movió una mano hasta colocarla en la separación de sus nalgas y fue deslizando el dedo hasta situarlo sobre su ano. Presionó, primero con cuidado, para después introducirse.

—¡No! —exclamó ella sobresaltada al sentir la invasión.

Nunca se lo había permitido a nadie. Por miedo, por ignorancia, de ahí su reacción. Sin embargo, medio minuto después su percepción de aquello fue cambiando.

Era extraño, muy extraño, sí, pero no desagradable.

—¿Estás bien? —inquirió Owen, retirando el dedo al darse cuenta de que se había extralimitado y que aquel atrevimiento podría arruinarlo todo.

Astrid, despeinada y jadeante, asintió con fervor; sin embargo, en esa posición él no podía verla.

—Déjalo donde estaba —exigió respirando cada vez con más agitación. Todo en su interior se tensó, se preparó para disfrutar de un clímax que no parecía llegar nunca...

Owen parpadeó ante su vehemente respuesta y no dudó en darle lo que exigía.

—Por supuesto —convino mientras coordinaba el movimiento pélvico con el de su muñeca, combinando a la perfección ambas penetraciones.

Astrid nunca podría haber imaginado que iba a disfrutar aquello y de esa manera, y cayó en la cuenta de que a Owen le permitiría cualquier cosa; y no solo lo haría en el plano físico, pues estaba segura de que él, una vez que regresara a su vida, no volvería a acordarse de ella, y a ella no le quedaría otro remedio que pasar una gran cantidad de días intentando olvidarlo.

—Estoy a punto... —musitó en un quejido, arqueándose, revolviéndose en busca del orgasmo.

—Córrete —ordenó él tenso, muy tenso, consciente de que su situación era similar.

Asumiendo el riesgo de correrse antes que ella, continuó follándola con el mismo empuje, sin darse un respiro.

Hasta que ella chilló y le fallaron las rodillas, arrastrándolo sin remisión.

—¡Astrid! —gritó al eyacular en su interior, alcanzando por fin ese estado de satisfacción que te deja sin palabras.

Luego salió de su cuerpo, no por gusto, sino por obligación, y la abrazó quedándose sobre ella. Permanecieron atravesados en la cama, sudorosos, hambrientos, aunque satisfechos.

Muy satisfechos.

Astrid, desnuda, saciada, con sonrisa bobalicona y recostada sobre Owen, daba vueltas en la cabeza a una cuestión. Bueno, en realidad a varias, pero una ocupaba la primera posición. Desde luego, la mejor forma de salir de dudas era preguntarle sin ambages a él; no obstante, tenía cierto reparo, pues hacerlo suponía entrar en un terreno personal. Muy personal.

Estaba acostándose con un hombre (hasta ahí, todo normal) con un alto poder adquisitivo, (aquí la cosa empezaba a ser más rara) y, además, uno que no presumía de ello (muy extraño, porque los tipos adinerados que ella había conocido no hacían otra cosa más que pavonearse), pero que, por encima de todo, se mostraba educado y sin tendencia a la estupidez (dato muy importante).

De ahí que en su cabeza continuara el baile de suposiciones en el que quizá ella era la Cenicienta, porque los hombres como Owen siempre están rodeados de mujeres impresionantes. Y la cuestión más acuciante: ¿existía una señora Boston?

Y, de existir, ¿qué pintaba ella en todo eso?

De acuerdo: liarse con hombres casados no está bien, principalmente porque ellos siempre vuelven junto a su esposa, y aunque una no se sienta culpable porque son ellos los infieles, siempre queda un mal sabor de boca. Además, si ha engañado a otra, ¿qué le impide engañarla a ella?

Pero, justificaciones aparte, ¿Owen tenía algo que ocultar en ese aspecto?

Preguntarlo sería la única forma de salir de ese laberinto y, pese al temor de hacerlo, Astrid terminó pensando que, de perdidos, al río. Así que optó por plantear la cuestión recurriendo a un topicazo entre los ricos.

—¿Cuántas veces te has divorciado? —soltó a bocajarro.

Owen, que disfrutaba del silencio y del cuerpo femenino tendido sobre el suyo, abrió unos ojos como platos ante aquella pregunta. No esperaba, ni por asomo, algo así.

Se aclaró la garganta antes de responder.

—¿Por qué das por hecho que me he divorciado en varias ocasiones? —preguntó él a su vez en tono sosegado, sin entender el objeto de la cuestión.

—Owen, ¡por favor! —murmuró ella en tono de «No esquives el asunto, que nos conocemos».

Él seguía sin comprender el motivo.

—No sé por qué das por hecho algo así —comentó en tono distante, reacio a responder a aquella cuestión, pues carecía de toda lógica que ella le plantease algo semejante.

Hasta la fecha siempre se había cuidado mucho sobre ese aspecto y, exceptuando un desliz de su juventud, en el que creyó haber dejado embarazada a una chica y esta

solo se lo había inventado para cazarlo, no había tenido intención de pasar por el altar.

Astrid se incorporó a medias para mirarlo a los ojos y frunció el ceño. Owen parecía desconcertado, pero no se dejó engañar: estaba eludiendo la cuestión. Siempre lo hacía, era un maestro consumado desviando la atención.

—Bueno, si tenemos en cuenta varios factores...

—Enuméralos, por favor —pidió él con ese aire profesional tan característico. Daba a entender que no le gustaba, pero tampoco lo rechazaba de plano.

Astrid sopesó la mejor manera de plantear el asunto, pues implicaba una confesión y no estaba preparada para ello.

—Eres guapo —comenzó—, elegante, bien parecido... Mmm, bueno, también vistes bien. Un pelín clásico, pero eso se puede entender. También eres educado, cortés, atento...

—Gracias —murmuró él, aceptando la lista de cumplidos con cautela. Todavía quedaban los adjetivos adversos.

—Por supuesto, hablas idiomas, lo que te facilita la conversación.

—¿Alguna cualidad más? —preguntó él con retintín, sabiendo que se dejaba la más importante de cara a conseguir la atención femenina.

—Pues... Ah, sí, eres limpio y hueles bien.

—¿Limpio? —repitió Owen, más perdido aún si cabía.

—Ese aspecto es fundamental —aclaró ella con vehemencia—. Ni te imaginas la panda de guarros que hay por ahí sueltos.

—Vaya, gracias por la parte que me toca.

—Así que, con todos esos atractivos, es lógico pensar que las mujeres te persiguen y que a tu edad hayas tenido un par de fracasos matrimoniales.

—Entonces, según tu teoría, soy un dechado de virtudes que atrae a las mujeres como la miel a las moscas —repitió Owen para asegurarse de que la había entendido a la perfección.

—En efecto —aseveró ella convencida. No entendía por qué él se mostraba incómodo cuando le mencionaba algo tan evidente.

—Pero te olvidas de la fundamental —añadió Owen con la intención de pincharla un poco.

—¿Ah, sí? —Astrid intentó repasar la lista de cualidades de él antes de añadir—: Bueno, a veces eres un poco reservado, parco en palabras, pero eso crea misterio y resulta atrayente.

—No, te aseguro que no es esa —adujo él queriendo esperar a que ella nombrara la principal cuestión por la que recibía interesadas ofertas femeninas.

—Pues no se me ocurre ninguna otra —apostilló ella frunciendo el ceño, concentrada en averiguar esa cualidad que faltaba en la lista.

—Puede sonar pretencioso, pero mi posición económica sí es un poderoso imán —confesó él sin sentirse avergonzado por ello, y observó muy interesado la reacción

de Astrid.

No obstante, lejos de añadirla a la lista, ella se limitó a negar con la cabeza.

—No lo creo —lo contradijo—. Te aseguro que hay por ahí tipos podridos de dinero y, la verdad, son insoportables.

Owen arqueó una ceja.

—Podridos de dinero... —repitió con aire reflexivo—. Interesante elección de términos.

—En el hotel tengo que lidiar con alguno de ellos, y puedo asegurarte que, por mucho dinero que tengan, a mí, como mujer, no me atraen en absoluto. Además, las cosas materiales que de forma hipotética esos tipos pueden ofrecerme, porque nada suele ser gratis, sería capaz de conseguirlas por mí misma.

—Una teoría peculiar, desde luego —murmuró él, almacenando la información como no podría ser de otro modo.

—Por eso creo que la cantidad de ceros de la cuenta bancaria no determina el atractivo de un hombre. Puede que lo ayude en algunos casos, pero a veces la estupidez es directamente proporcional a los millones.

—Y si huelen mal... —añadió Owen con cierto sarcasmo ya que aquello lo había dejado impactado. Registró aquella conversación porque, si bien podía ser solo una táctica de despiste, lo cierto era que le estaba llegando muy hondo.

—En efecto —corroboró ella sonriente.

Owen se le acercó y la besó con renovado entusiasmo y, pese a la ronda sexual anterior, notó cómo se empalmaba.

—Ven aquí... —ordenó al ver que Astrid no se mostraba tan colaboradora como cabría esperar.

Sin perder el buen humor, ella detuvo sus avances, no porque no fueran bien recibidos, sino por otra cuestión.

—¿Estás intentando eludir la cuestión utilizando el sexo?

—Se ha notado, ¿no? —replicó él colocándose entre sus muslos, decidido a aprovechar la ley de la ventaja y volver a besarla.

—Un poco, sí —murmuró Astrid, rodeándolo con brazos y piernas para sentirlo por completo.

Pero, al parecer, Owen tenía otros planes en mente y, tras un intenso y prometedor beso en la boca de esos que te roban el aliento, comenzó un sinuoso descenso por el cuerpo femenino, deteniéndose allí donde se le antojaba interesante. La primera escala fueron sus pezones, los cuales lamió y mordisqueó de manera perversa, obteniendo como recompensa unos alentadores murmullos femeninos.

—Es la primera vez que utilizo esta técnica como maniobra de despiste —bromeó durante la pequeña pausa que hizo para pasar de un pecho a otro.

—Qué honor... —jadeó ella, arqueándose por completo a merced de sus tácticas de persuasión y evasión.

Owen humedeció el pezón y después, sintiéndose atrevido, tiró de él, mientras lo

mordía de forma somera para comprobar hasta qué punto se endurecía.

Cuando pensó que había sido todo lo considerado que debía con ese par de deliciosos pezones, se movió un poco más para llegar a la siguiente parada del viaje.

—Por lo general, prefiero exponer mis argumentos, pero contigo me resulta complicado —admitió justo antes de utilizar la lengua para estimular su ombligo.

Astrid no quería lanzar las campanas al vuelo, pero ¿cómo interpretar esa especie de confesión? Para no meterse en vericuetos semánticos, optó por seguir con el juego.

—Pues, para ser la primera vez... —hizo una pausa cuando la dejó sin aliento al situarse sobre su sexo y sentir la primera pasada de su lengua—, debo decir que se te da de maravilla...

—Gracias —murmuró él con la boca pegada a su piel, de tal forma que le produjo un suave cosquilleo muy difícil de obviar.

Aquello no era una simple cuestión táctica, y ambos lo sabían. No obstante, resultaba menos complicado engañarse y fingir que se trataba de un juego, cuando lo importante de verdad era que ella, con sus preguntas, había tocado un tema sensible en extremo para él.

Continuó saboreándola, sintiéndose muy a gusto en aquella posición. Resultaba tan sencillo con Astrid. No había guion, ni horarios y ni mucho menos una especie de compromiso. Era simple y llanamente deseo, y de ahí que estar entre sus piernas resultara tan adictivo.

—Owen... —gimió ella, pues con cada caricia de su lengua lograba que se derritiera un poco más antes quedar maleable por completo. Y lo mejor de todo era que no le importaba lo más mínimo que fuese así. Es más, quería que fuese así, entregarse sin reservas, algo que nunca antes había sucedido.

—Córrete en mi boca —ordenó él inflexible al tiempo que, con la punta de la lengua, azotaba su clítoris—. Vamos, hazlo.

¿Quién era capaz de negarse a semejante exigencia?

Astrid no, desde luego. Todo su cuerpo sintió la tensión previa cuando él le introdujo un par de dedos para tocarle cada terminación nerviosa interna. Pulsó las teclas precisas para alcanzar el punto de no retorno, y todo ello sin dejar de pasar la lengua una y otra vez por su coño. Ella obedeció, eso sí, dándose el gusto de enredar los dedos en su pelo y despeinarlo, alcanzando en el acto un intenso orgasmo de esos que te dejan con una sonrisa bobalicona en el rostro.

Satisfecho, Owen gateó hasta quedar frente a ella y se detuvo antes de besarla, por el simple hecho de disfrutar de su expresión risueña. Con los ojos cerrados, los labios entreabiertos y aún jadeante, era la viva imagen de la mujer satisfecha. Y él había sido el artífice.

Dejó que Astrid se recuperase en silencio, algo que agradecía sobremanera, pues con ella no era necesario llenar esos vacíos con palabras absurdas.

—Debo decir que, pese a tu inmejorable técnica de disuasión, sigo esperando una respuesta a la pregunta —dijo ella.

—Eres implacable —contestó él tumbándose, circunstancia que ella aprovechó para recostarse sobre él y agarrarle la polla.

—Dime lo que quiero saber... —lo instó decidida y, con la mano, comenzó un controlado y lento vaivén por su erección.

—No, no tengo ningún fracaso matrimonial a mis espaldas. No me he casado nunca.

Ella se detuvo.

—¿No? —Frunció el ceño, pues no era la respuesta que esperaba—. ¡Qué extraño!

—¿Por qué, si puede saberse?

—Los hombres como tú..., en fin, disponen de mil y una oportunidades. Lo tienen todo al alcance de la mano.

—Ahora me interesa más lo que tú tienes al alcance de la mano —la interrumpió él sintiéndose bromista, un hecho poco usual en él.

—Owen, no me negarás que eres un hombre con recursos, no solo económicos —adujo ella sin dejar de masturbarlo—. Incluso me atrevería a decir aburrido, ya que es muy probable que estés de vuelta de todo. Sorprenderte es complicado.

—¿Qué quieres decir?

Astrid se mordió el labio, se estaba metiendo en un terreno muy peligroso e íntimo.

—Verás..., a veces me siento un poco... tonta.

—¿Tonta?

—Yo..., en fin, eres un hombre de mundo, estoy segura de que has estado con infinidad de mujeres, no solo más guapas, sino también más expertas y, claro, creo que puedes llegar a aburrirte conmigo...

Owen se incorporó de repente, estupefacto por completo ante lo que acababa de oír. Ella, al ver esa reacción, soltó asustada su erección.

—¿Puedes repetírmelo, por favor? —Owen extendió la mano y agarró la suya para continuar la conversación sin que dejara de acariciarle la polla.

—Oh, por favor, no disimules. Eres tan educado que eludes la realidad.

—No eludo nada. Explícate —exigió dispuesto a llegar al fondo de la cuestión.

Astrid retomó sus atenciones un poco mosca, ya que él se hacía el tonto, lo que la dejaba a ella en una posición cercana a la estupidez.

—A ver cómo lo digo sin que te moleste...

«Mientras mantenga la mano sobre mi pene puedo aceptar cualquier cosa», pensó él.

Tragó saliva, esa no era forma de mantener una conversación, pero al parecer con ella nada se hacía de manera convencional.

—Tú tienes acceso a muchos lugares exclusivos... —comenzó Astrid con cautela —, llenos de gente guapa y con glamur...

—Si te refieres al club financiero, te aseguro que la mayor parte del tiempo

resulta tedioso —intervino él desviando el tema.

—No, no me refiero a ese tipo de «club», sino a esos donde los *muchimillonarios* van a... —Movi6 la mano libre, incit6ndolo a que 6l completara la frase.

—¿Van a...? —repiti6 6l, muy interesado en oír el resto.

—¡Joder, Owen, a satisfacer sus m6s perversas y extrañas fantasías! —exclam6 Astrid, harta de andarse con rodeos—. Sí, no pongas esa cara. Sitios de esos donde las mujeres son divinas, donde las cuotas equivalen a mi sueldo de tres ańos y en donde el secretismo es absoluto.

6l, que no sabía si enfadarse porque ella se menospreciaba a sí misma, o sonreír porque lo consideraba poco menos que un dios del sexo, la mir6 y se dio cuenta de que no bromeaba.

—No me pongas esa cara, sabes que es cierto —lo increp6 cansada de disimular.

—Vamos a ver, que yo me entere...

—Por favor —lo interrumpi6 ella—, eres el prototipo de ejecutivo atractivo con perversiones ocultas. Pero ¡si hasta has hecho una lista!

6l intent6 ver el lado positivo de todo eso, porque en el fondo tenía su gracia.

—Creo que andas bastante desencaminada.

—Sí, claro —resopl6 ella—. Lugares paradisíacos, viajes exclusivos en *jets* privados, hoteles de ensueño...

—Astrid...

—Si ahora me dices que tuviste una infancia traumática y creciste en una familia desestructurada, el lote estar6 completo.

—Disfruté de una infancia feliz y adoro a mi familia —adujo 6l sin mencionar que, como en todas las familias, siempre había un miembro problemático, y ese era Patrick, pero tampoco era momento de explicar ese punto. Adem6s, en los 6ltimos tiempos, su hermano hasta se comportaba medianamente bien.

—Vaya..., pues me alegro. Pero la parte de los clubes secretos seguro que es cierta.

Owen se pas6 la mano por el pelo y aguant6 las ganas de reír ante la sarta de incoherencias que estaba oyendo. Podía darle m6s cuerda, siguiendo su política habitual, para que se liara ella solita, pero lo cierto era que en el fondo deseaba aclararle la situaci6n.

—Astrid, si de verdad me dedicara a ir de aquÍ para all6 viajando a lugares paradisíacos, a follarme a mujeres divinas, a frecuentar clubes exclusivos y dem6s aventuras sexuales como insinúas, ¿a qué hora acudiría a mi despacho? ¿C6mo podría presidir un consejo de administraci6n a primera hora de la mańana si me he pasado la noche anterior satisfaciendo mis fantasías m6s perversas?

Ella achic6 los ojos. Aquello no cuadraba.

—No me digas... —coment6 desconfiando de su explicaci6n. Tenía sentido, sí, no obstante, era todo lo contrario de lo que se había imaginado.

—Créeme, considero todo un halago que me catalogues como uno de esos tipos

capaces de follarse todo lo que se menea y con perversiones ocultas, pero la realidad, Astrid, es bien distinta. Mi trabajo no me deja tiempo para ese tipo de diversiones, y mis viajes son por negocios; pocas veces tengo tiempo para otra cosa.

—Pero... —farfulló ella un poco avergonzada, pues Owen hablaba con bastante rotundidad.

—Pero me encantaría llevarte a uno de esos clubes y hacer lo que creas oportuno —añadió él con una media sonrisa. Para recuperar el clima perdido durante la extraña conversación, le sujetó la muñeca y le colocó la mano de nuevo sobre su erección.

Astrid captó la indirecta y retomó sus caricias. Se sentía un poco ridícula tras haberlo puesto en evidencia, pero ¿quién iba a pensar que Owen no se comportaba tal y como se espera de los de su clase? Hacer dos cosas al mismo tiempo, pensar en las palabras que se dicen y masturbar a un hombre, entraña cierto nivel de concentración, y se aplicó en la segunda tarea. Aun así, se dio cuenta de que estaba ante el hombre más hábil del planeta en cuanto a lo de desviar la cuestión principal se refiere.

—¿Owen?

—¿Mmm? —replicó él distraído, disfrutando de una lenta sesión de trabajos manuales.

Para que no tuviera escapatoria, Astrid se acercó más a él y comenzó a besarle en el cuello, de tal forma que sus labios se acercaran a su oreja y así tenerlo distraído antes de plantear la cuestión.

Como era de esperar, él se mostró encantado y la rodeó con un brazo, entregado por completo a lo que ella tuviera a bien hacerle.

—Debo reconocer... —Astrid hizo una pausa para atrapar con los dientes el lóbulo y morderlo— que eres el tipo más listo esquivando respuestas —remató sin perder el tono sensual con el que había comenzado.

—No me digas... —susurró él, evadiendo otra vez el tema.

—Contigo, el dicho «Pregunta lo que quieras, que responderé lo que me dé la gana» alcanza un nuevo significado.

Owen se rio entre dientes. Vaya momento elegía para hacerle reproches.

—¿Qué quieres saber? —inquirió en un suspiro, sintiéndose proclive a ser sincero, en gran medida por tratarse de Astrid, y también por lo que tenía entre manos.

—¿Has estado casado o no?

Él la miró de reojo y decidió ser sincero y no marear más la perdiz.

—No. Y la explicación es bien simple: ni he tenido tiempo ni tampoco me ha preocupado en exceso.

—Vaya...

—¿Decepcionada?

—Más bien, extrañada.

—¿Por qué?

—Señor Boston, ¿de nuevo desea que le regalen los oídos? —inquirió ella,

mostrándose un poco frívola para que aquello no tomara un cariz tan serio.

—No. Es más sencillo que eso: me gusta conocer tu punto de vista.

Astrid lo creyó. Desde luego, estaba siendo sincero.

—Entonces, allá va. Quizá esté recurriendo a tópicos de novela, pero es lógico pensar que alguna vez te hayas enamorado y, por tanto, pasado por el altar.

—Soy un buen partido, negarlo es de necios; no obstante, ese precisamente es uno de los motivos por los cuales rara vez dejo que una mujer se acerque a mí.

Astrid no supo si tomarlo como una advertencia o como toda una declaración de intenciones.

—Y, por favor —prosiguió él—, no te lo tomes a mal, pero tú estás siendo una extraña excepción.

—Ah —musitó ella como una tonta, quedándose con la boca abierta. Vaya forma más rara que tenía este hombre de hacer un cumplido.

—Y, aclaradas tus dudas, ¿podemos disfrutar de otros placeres orales?

—Podemos —afirmó Astrid convencida y, en menos de lo que canta un gallo, pasó del dicho al hecho.

Astrid salió de la ducha y buscó una toalla con la que secarse. Compartir el baño con Owen se había convertido en una costumbre y ya ni se inmutaba por ello. Bueno, sí, un poco, porque verlo recién duchado, con una toalla en las caderas y a punto de afeitarse afectaba a cualquiera.

Se fijó en él porque parecía otro. Ese aspecto desaliñado le confería un aire más juvenil, más canalla incluso, por lo que, cuando lo vio destapar el frasco del gel de afeitar, tuvo que intervenir:

—¡No lo hagas!

Ante su vehemencia, él la miró sin comprender y desistió de sus intenciones más inmediatas; dejó el bote en la encimera, se dio la vuelta y se cruzó de brazos a la espera de una explicación.

—Me muero por saber qué motivo tienes para no dejar que me afeite —adujo sonriendo de medio lado.

Astrid, que se lo comía con los ojos, se le acercó y le pasó la mano por el pelo despeinado y húmedo. Después por la mejilla áspera y, por último, por los labios.

«Oh, qué difícil es concentrarse cuando este hombre se pone así...».

—Es que..., así, con este aire de chico malo...

—¿Cómo dices?

Owen arqueó una ceja, pues nunca había sido un «chico malo».

—... Estás para comerte...

El «chico malo» y su vanidad hicieron que se acercase a ella con las intenciones propias de su recién adquirido título, pero Astrid todavía podía sorprenderlo aún más.

—Es que, ahora que te miro bien, así, con estas pintas...

Dejó la frase en suspenso, lo que a él le produjo una sensación de impaciencia por averiguar a qué se refería. Proviendo de Astrid, cualquier cosa, eso seguro. Porque lo de «estas pintas» le había llegado al alma.

—Y, además, me recuerdas a... —Se mordió el labio porque, ahora que se fijaba con detenimiento..., sí, tenía un aire a...

—¿A quién? —inquirió él curioso, sujetándola de la cintura con la idea de mandar a paseo la toalla de un momento a otro.

Astrid seguía a lo suyo.

—Sí, a ese actor...

Owen puso cara de circunstancias, intuía lo que llegar a continuación.

—No me digas... —masculló algo molesto, perdiendo en el acto la sonrisa.

—Ahora que lo pienso..., te pareces mucho —añadió ella sonriente sin dejar de enredar las manos en su pelo.

—Sorpréndeme —apuntó él con ironía.

—¡Sí, claro, a Patrick Baker!

—Me lo temía —murmuró Owen resignado.

Astrid se echó hacia atrás, sin soltarse de sus brazos, para confirmar su primera impresión. En efecto, a cada segundo que lo observaba, corroboraba su idea.

—Es que, así, sois igualitos —reflexionó sin dejar de mirarlo con ojo crítico.

—Como dos gotas de agua —dijo él entre dientes.

—¿No te lo han dicho nunca?

Owen la soltó, se pasó la mano por el pelo e intentó tomarse todo ese sainete con sentido del humor.

—Alguna vez —admitió sin rastro de burla.

Ella se mostró sonriente ante su ceño fruncido, incluso lo acarició para que el muy tontorrón no se sintiera celoso.

—¡Es que está cañón! Con esa pinta de *enfant terrible*, problemático, desvergonzado... —enumeró Astrid con un entusiasmo que sobraba en aquellas circunstancias pero que no podía evitar.

—Ya veo... —dijo él aguantando la sarta de entusiastas calificativos dirigidos a su hermano.

—He visto todas sus películas —continuó ella emocionada, lo que a Owen empezaba a sentarle como una patada en los mismísimos—. ¡Iba al cine con mis amigas, y después las alquilábamos para verlas dos y tres veces seguidas en casa!

—Excelente...

—Y eso que algunas son horrorosas.

Vaya, por lo menos tenía algo de criterio, pensó Owen, acordándose de algunos títulos protagonizados por su hermano.

—¡Qué tendrán los chicos malos que nos atraen tanto! —remató Astrid, directa a su orgullo.

—No sabría decirte —alegó él por aportar algo.

Luego se mantuvo inexpresivo, a la espera de que ella finalizara su arrebato de admiración.

—Aunque últimamente se lo ve más centrado... No sé, ha dejado atrás los escándalos y eso.

—Algo he oído.

Astrid se dio cuenta de que hablar con tanta efusividad de un tipo, por muy famoso que fuera, teniendo a otro delante, y de muy buen ver, por cierto, quedaba un poco fuera de lugar. Así que intentó mostrarse menos eufórica.

—Fue un enamoramiento típico adolescente... Mis amigas y yo nos peleábamos por él, ¡joder, si creo que todavía tengo por ahí alguna carpeta del instituto con sus fotos recortadas del *Súper Pop*!

—Excelente —repitió Owen manteniendo la compostura.

—Oye, ¿tú no tuviste ídolos en la adolescencia? —replicó ella juguetona.

—No.

—¿Ves? Si al final vas a ser raro —terminó diciendo mientras lo rodeaba con los brazos para darle un beso de buenos días como estaba mandado.

Owen respondió a aquel beso con entusiasmo. Era ridículo sentir celos en general, nunca había sido un hombre celoso, pero si además ese absurdo sentimiento surgía por una ilusión adolescente..., era para darse de cabezazos. Aunque lo verdaderamente ridículo de todo esto era que Astrid había sido una de las muchas fans quinceañeras de Patrick.

Como no tenía sentido darle vueltas a ese asunto, que además de ridículo no lo llevaba a ninguna parte, se ocupó de mandar a paseo las toallas de ambos y, sin más tonterías, la tuvo desnuda en sus brazos. Astrid ronroneó cuando notó la mano en el trasero y él gruñó cuando ella le tocó la cadera.

—Pareces obsesionada... —se guaseó al tiempo que comenzaba a besarla en el hombro, aunque, la verdad, con los resultados obtenidos gracias al maldito bicho, poco o nada podía objetar.

«No lo sabes tú bien», quiso responderle ella. Su silencio, en gran medida, era debido a que, cuando aquello llegara a su fin, sería la primera imagen que recordaría de él.

Sin despegarse de ella, Owen maniobró para subirla en la encimera de mármol y situarse entre sus piernas. Astrid lo acogió encantada y lo atrajo hacia sí con fuerza, deseosa de que por fin Owen se mostrara más impulsivo.

Él, por su parte, sin querer entrar a valorar su comportamiento, se dejó llevar una vez más. Se sujetó la polla con una mano y comenzó a frotarse contra su sexo, disfrutando del contacto directo mientras la besaba y la mordisqueaba a placer.

Astrid echó la cabeza hacia atrás y arqueó la espalda, de tal modo que sus pechos sobresalieron, apuntándolo directamente. Él captó la sugerencia y comenzó a lamer, tironeando y succionando con avidez y desenfreno, de forma que lo que había empezado como un acercamiento tonto se estaba convirtiendo en un prometedor polvo mañanero.

—Sigue... —ronroneó ella rodeándole las caderas con las piernas dispuesta a montárselo en el baño. Pensaba, además, disfrutar de su aspecto desaliñado, pues lo más probable era que no volviera a verlo. Quizá se trataba de una especie de fantasía juvenil, pero bueno, eso Owen no tenía por qué saberlo.

Por su parte, él estaba encantado con su nueva faceta alocada, la cual en el futuro exploraría más a menudo, siempre y cuando sus obligaciones se lo permitieran.

Claro que, su gen responsable hizo acto de presencia justo un segundo antes de penetrarla. Y mira que se moría por hacerlo, pero era un imposible.

—No te muevas ni un milímetro —ordenó en su tono más autoritario.

Astrid negó con la cabeza, dispuesta a cumplir esa orden a rajatabla.

En menos de un minuto, Owen estaba de regreso con un preservativo en la mano, ya fuera de su envoltorio. Recuperó su posición, y ella, mientras se lo colocaba, le acunó el rostro, dedicándole una sonrisa muy especial.

Tan especial que él se quedó sin aliento y, mirándola fijamente, se le atragantaron las palabras. Quizá debería ser valiente de una jodida vez y admitir que Astrid no solo era una buena amante a la que follarse durante un viaje de trabajo, sino que además podía intentar mantener una relación con ella.

No era el mejor momento para reflexionar sobre ese aspecto, así que se lo apuntó en la cabeza para pensarlo más tarde, cuando no estuviera empalmado y se hallara a solas.

—Síiiii —murmuró ella aferrándose a sus hombros.

Owen empujó con todas sus fuerzas, quedándose un instante quieto, al tiempo que disfrutaba de la presión del sexo femenino sobre su polla durante unos segundos antes de comenzar a moverse con un lento vaivén.

A pesar de tener el culo helado debido al frío mármol de la encimera, Astrid lo acogió con gusto, dejando que fuera él quien marcara el ritmo, pues en su posición poco podía hacer.

Y Owen lo marcó a la perfección, entrando y saliendo de su cuerpo mientras no dejaba de acariciarla, de besarla, o todo a la vez. Ella no paraba de gemir, encantada con aquello; era mucho más que el simple placer físico. Resultaba peligroso aceptarlo, pero absurdo negarlo.

Bajó la vista un instante y se recreó observando. Sí, estaba claro que mirar iba a convertirse en una de sus fantasías favoritas.

—A mí también me encanta ver cómo mi polla entra y sale —murmuró él al darse cuenta de la dirección de su mirada.

Ella sonrió, para nada avergonzada, recordando de nuevo la canción *Para siempre*^[12]... Parecía hecha a propósito para aquella locura.

—Ver cómo me acoges, notar cómo me aprietas —prosiguió Owen, sintiéndose más locuaz que nunca.

—Pues imagina cómo me siento yo: penetrada, dilatada... —aportó ella en el mismo tono.

—Córrete conmigo... —suplicó él.

Al oír su tono, una mezcla de ruego y orden, Astrid cerró los ojos, y, pese a privarse de ver lo que su cuerpo experimentaba, tensó las piernas y él no tuvo que repetírselo.

Lo abrazó con todas sus fuerzas y disfrutó aún más en cuanto se dio cuenta de cómo se corría. Aquellos gruñidos, que cada vez eran menos contenidos, le resultaban excitantes.

Por desgracia, hay cosas que no pueden pasarse por alto, y Owen se retiró, maldiciendo mientras se quitaba el condón; pero de inmediato la abrazó.

Astrid no perdió la sonrisa, pese a que en un momento dado debería decirle que no era necesario que lo usara, que confiaba en él, aunque no sabía cómo hacerlo. Puede que le hablara abiertamente de sus fantasías, pero mencionarle aspectos tan poco elegantes como los anticonceptivos o las enfermedades de transmisión sexual

era otro cantar.

Se limitó a acariciarle el rostro, ahora más sosegada, deleitándose con la expresión relajada de Owen. Desde luego, parecía otro, lástima que en breve volvería a lucir su aspecto de ejecutivo, lo que también tenía su morbo, claro.

—¿Quieres conocerlo? —preguntó él acariciándole los labios.

Astrid parpadeó sin saber a qué se refería ahora ese hombre.

—¿Cómo dices?

—A Patrick Baker —explicó Owen, atragantándose un poco al pronunciar el apellido. Todavía le escocía que el irresponsable de la familia hubiera cambiado su nombre legal.

—¿Estás de guasa? —replicó ella abriendo la boca. Debía de ser una broma o algo así.

—No, no bromeo —apuntó él serio, bueno, todo lo serio que puede estar uno desnudo.

—Esto... ¿Tienes su número de teléfono? —tanteó Astrid al darse cuenta de que quizá Owen, como hombre de negocios, tenía acceso a ciertos círculos que el común de los mortales ni imaginaba. O, tal vez, sencillamente, el actor era un cliente.

—Mucho mejor que eso, ven.

Astrid aceptó la mano que él le ofrecía y caminaron juntos hasta el dormitorio. Allí se pusieron decentes y, cuando Owen consideró que estaban visibles, cogió el iPhone y llamó a su hermano.

Comprobó la hora, por si acaso, y llegó a la conclusión de que daba lo mismo si lo despertaba o no.

Mientras tanto, ella no se perdía detalle. Vale, no debía ponerse nerviosa. «Hablar con un actor famoso, buenorro, que se parece al tipo con el que lo estás flipando tú sola es lo más normal del mundo», se dijo para atenuar el comecome que llevaba dentro.

«De acuerdo, Patrick Baker está de toma pan y moja, pero no es real, ni punto de comparación con el que tengo delante», se recordó dándose cuenta de que su amor de la adolescencia era una ilusión, que ahora tenía una edad y que los hombres de carne y hueso eran, con diferencia, mucho mejores.

—Buenos días, ¿tienes un ordenador a mano con conexión? —disparó a bocajarro Owen, dejándola a cuadros. Vaya forma de hablarle a un actor.

—Eh, eh, menos órdenes, que no soy tu secretaria —respondió Patrick.

—¿Tienes o no?

—Sí, pero ya no me acerco a esos cacharros. El porno por internet está muy aburrido últimamente.

Owen se armó de paciencia; intuía que eso iba para largo.

—Deja de decir estupideces. ¿Estás solo? —preguntó con la esperanza de que su secretaria ese día hubiera ido tarde a la oficina y así poder contar con su colaboración.

—Pues sí, ya lo ves —confirmó Patrick con voz triste—. Esto de estar con la tía más responsable me tiene amargado, y lo peor de todo es que es contagioso. ¿Te puedes creer que hoy he salido a correr a las ocho de la mañana y que a las diez ya estaba duchado, vestido y leyendo un guion?

Explicarle a su hermano que eso era lo que hacía la gente normal era como echar margaritas a los cerdos.

—Enciende el portátil y conéctate a Skype, tenemos que hablar —ordenó Owen mirando de reojo a Astrid, que tenía una expresión de incredulidad total.

—Uy, uy, ese tono de junta directiva te lo ahorras conmigo.

—No seas idiota. Hay una persona que quiere conocerte. —Owen se fijó en la aludida, que no salía de su estupor.

—Joder, ¿está buena?

—No te pases —advirtió. Joder, pues claro que estaba buena, vaya preguntita.

Astrid tragó saliva. Con lo que estaba oyendo, no iba a poder controlar los nervios ni harta de vino.

—Vale, ya he encendido el puto ordenador —se quejó Patrick al otro lado de la línea, aunque daba la impresión de que su protesta era más por costumbre que por convicción.

Owen hizo lo mismo con el suyo, sentándose delante de la pantalla. Quería iniciar la conversación, eso sí, no sabía cómo avisar a Patrick de que se comportara medianamente bien, ya que estando Astrid presente no quedaba muy elegante y, además, quería que fuera una sorpresa. Podría haber sido honesto desde el principio y comunicarle su parentesco; sin embargo, debía tener, al igual que su gemelo, un gen teatral, y mira por dónde ese día había hecho su aparición estelar.

—Espera un segundo —pidió con amabilidad confiando en que el inestable de Patrick acatará una sencilla sugerencia en un tiempo prudencial, porque, conociéndolo, era capaz de ponerse a otra cosa y dejarlo plantado.

Ella se sentó a un lado pero fuera del alcance de la webcam, ya que seguía teniendo ese runrún, que con toda probabilidad terminara siendo un dolor de estómago, y de ahí a hacer el ridículo había un simple paso.

Respiró cuando en la pantalla del ordenador apareció la llamada de Skype y Owen pulsó «Aceptar».

—A ver, ¿qué es eso tan importante que tienes que decirme?, porque tu tonito serio me mosquea —fue el «amable» saludo de Patrick.

Owen disimuló una sonrisa. Joder, no parecía resacoso y tampoco tenía mal aspecto ni andaba en bolas. Parecía una persona normal, y eso, en Patrick, podía considerarse un hecho sin precedentes.

—No te preocupes, no es nada serio —lo tranquilizó para que no empezase a desvariar.

—De ti no me fío ni un pelo. Tu secretaria quiere liarme para no sé qué junta de no sé qué año de no sé qué accionistas y, la verdad, paso olímpicamente, que si no me

entra dolor de cabeza y me pongo de mala hostia.

Astrid no salía de su asombro, pero permaneció en silencio porque por sí misma no encontraba una explicación coherente.

—Tranquilo, que no es nada de eso.

—Sigo sin fiarme, que estás tú muy rarito y, claro, yo también. Joder, ¿te he contado ya lo que me pasó el otro día?

Owen resopló.

—No, y no me importa...

—Pues te lo voy a contar —lo interrumpió Patrick, como siempre, a su rollo egocéntrico—. Estábamos en una cena de trabajo y lo normal es acabar tomando unas copas hasta las tantas para celebrar que van bien las cosas, bueno, pues ¿te puedes creer que fui el primero en abandonar la fiesta?

—No me digas...

—Y lo peor de todo, ¡sobrio! —exclamó poniendo cara de «Ni yo mismo me lo creo».

—Vamos a lo importante —lo cortó su hermano, y miró de reojo a Astrid. La pobre debía de estar pensando cualquier cosa—. Compórtate, no estoy solo.

—Ay, pillín —dijo Patrick burlón, componiendo una expresión cómplice—, definitivamente tachamos lo de «banquero gay». Ahora que mamá se estaba haciendo a la idea...

«¿Mamá?» Astrid no sabía si lo había oído bien.

—Céntrate —le exigió el otro.

—Ah, claro, supongo que me llamas porque eres don impaciente en persona y quieres saber si ya te he arreglado el asuntillo del club.

Lo cierto era que sí quería, pero no podía admitirlo delante de Astrid, pues, además de jorobar la sorpresa, quedaba mal. De ese tema se ocuparía cuando estuviera a solas.

—Patrick, haz el favor de dejar de decir estupideces. Quiero presentarte a... —Dudó durante un segundo, lo que lo dejaba en muy mala posición.

—Joder, esto se pone interesante. ¿Amiguita con derecho a roce? ¿Churri? ¿Amante? —sugirió el sinvergüenza de su hermano, guaseándose sin piedad.

—Patrick...

—No te mosquees, hombre —dijo este sin pizca de remordimiento—. Es que para una vez que andas liado con una mujer, compréndelo, es motivo de alegría familiar.

«¿Familiar?». Definitivamente, andaba perdida.

—Astrid es, además de una excelente colaboradora —replicó Owen en su tono más formal—, alguien especial para mí, así que deja de hacer el payaso, ¿de acuerdo?

Sin perder su sonrisa indolente, Patrick se cruzó de brazos y decidió ser un poco menos tocahuevos.

—Preséntamela y deja que juzgue por mí mismo.

—Compórtate —indicó su gemelo, sabiendo lo inútil que resultaba pedirlo.

—Por lo general, tu gusto y el mío difieren bastante —apostilló el otro, pasándose por el arco de triunfo la sugerencia.

Atendiendo a la señal que le hizo Owen, ella se acercó y él le cedió el asiento. Por supuesto, le hizo un gesto a su hermano para que no se saliera del tiesto.

—Hola —dijo ella con timidez a la pantalla. Cielo santo, es que eran clavados. Miró de forma alternativa a uno y a otro. No podía ser.

—Mmm... —murmuró Patrick, adoptando una pose reflexiva, tan parecida a la de su gemelo que ella miró de reojo a su acompañante. Puede que cada uno se dedicara a quehaceres bien distintos, pero podrían intercambiarse sin problemas.

—Saluda por lo menos —indicó Owen ante la actuación de su hermano.

—¿Te ha drogado? ¿Chantajeado? ¿Le debes dinero? —Patrick realizó toda una batería de preguntas con absoluta seriedad.

—¡Patrick! —estalló Owen mientras ella negaba con la cabeza.

—Compréndelo, hermanito, es que es guapa.

—Ehhhh, gracias —terció Astrid con timidez.

—Si me presentaras a un cayo malayo, pues lo entendería. Tienes tus necesidades y el irte de putas es complicado, teniendo en cuenta tu agenda tan apretada, y como las petardas que te meten ficha son insoportables...

Los razonamientos de Patrick, además de dejarlo a la altura del betún, lo estaban cabreando, pues su intención no era entrar en detalles, porque además resultaban erróneos de principio a fin. Bueno, a lo mejor no tanto, pero era su vida privada.

—Astrid ha visto todas tus películas y le hacía ilusión conocerte —intervino Owen, dispuesto a encauzar la conversación.

—¿Todas? ¿Las infumables también? —inquirió Patrick sin perder el buen humor.

—Sí —respondió ella cohibida.

—Pues déjame que te diga que tienes un pésimo gusto cinematográfico.

—¡Patrick, maldita sea! —exclamó Owen abochornado.

—Pero si es cierto, he trabajado en cada bodrio... En fin, corramos un *estúpido* velo y vayamos a lo importante. Estás con mi hermano, ¿me puedes explicar por qué?

—Joder, si ya lo sabía yo...

—¿Hermano? —murmuró ella sin poder pestañear siquiera mientras miraba la pantalla del ordenador y se sentía la mujer más estúpida del universo.

—¿No se lo habías dicho? —inquirió Patrick sobreactuando. Otra vez.

—No —respondió Owen a su espalda inexpresivo.

—Y ¿eso por qué? —prosiguió el actor.

Astrid, al verlos juntos, se dio cuenta de que no solo se parecían físicamente, sino también en los gestos, en las miradas...

—Era una sorpresa —alegó Owen sin estar muy seguro de que a Astrid le estuviera gustando aquello.

—Pues yo creo que la razón es otra —lo contradijo su gemelo, y después se

dirigió a ella—: Verás, mi hermano, el superbanquero no gay, cree que debería unirme al negocio familiar y convertirme en un aburrido ejecutivo sin vida propia, llevar traje y corbata, no beber, no ir con mujeres, no desmadrarme..., bueno, esto ya no lo hago tanto en público, solo en privado. En definitiva, quiere que me comporte como él —bufó—. Sin embargo, yo me resisto con todas mis fuerzas y, claro, en su retorcido mundo, si no pasas por el aro no cuentas, y ¡me discrimina!

—Así te va —rezongó Owen, que se sabía al dedillo la lista que quejas de su hermano, a las que procuraba no prestar atención.

—Tú, ni caso, que además de guapa pareces lista. ¿De verdad trabajas para él?

—Sí —respondió ella tímida.

—Pues ten cuidado, es un obsesivo compulsivo maniático del orden, la disciplina, la puntualidad y todas esas chorradas.

—Gracias —apuntó Owen, tomándose como un cumplido.

—Aunque en el fondo es un buen chico. ¿Te ha enseñado ya la cobra?

—Joder... —masculló el propietario del tatuaje.

—Sí —admitió Astrid sonrojada, evitando a toda costa mirar a Owen.

—Ah, menos mal. Pues que sepas que la tiene gracias a mí —explicó Patrick satisfecho—. Que te cuente él la historia. —Se rio en tono conspirador—. En fin, pues todo un placer haberte conocido, saber que mi hermano está bien atendido me deja más tranquilo. ¿Quieres un autógrafo? ¿Te firmo en una teta?

Owen, cansado de aquella pantomima, decidió intervenir.

—Ya vale de tocar los cojones.

Astrid dio un respingo, era raro verlo así.

—No te sulfures..., que esta parece sensata —dijo Patrick regalándole una sonrisa deslumbrante—, y si está ahí contigo no va a salir corriendo por haber conocido al gemelo malo.

—Muy gracioso...

—¿Verdad que no?

—No —confirmó ella, empezando a relajarse.

—Es la ventaja de salir con mujeres inteligentes, hablo por propia experiencia. No se quedan en la superficie, saben llegar al fondo de la cuestión.

—Gracias —intervino Astrid, encantada con el cumplido.

Owen también se lo agradeció, pero en silencio, que, si no, se pondría más gallito.

—Bueno, espero que Owen no la cague y podamos conocernos en persona. Ten paciencia con él, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Entonces, os dejo, que mi chica me ha dicho que su jefe está en viaje de negocios y voy a ir a jugar un rato a su despacho. Adiós.

Patrick cortó la comunicación sin darles tiempo a responder.

Owen se mostró optimista y pensó que al menos, con la tontería, ahora iría más por el despacho; eso sí, esperaba que Helen se mostrara inflexible y no hicieran nada

raro allí dentro.

Tras la charla surrealista con Patrick Baker y la súbita revelación del parentesco entre Owen y él, Astrid no esperaba una explicación coherente. Pedirla resultaría fuera de lugar, pues ¿qué iba a argumentar?

Cierto que Owen tampoco se había mostrado muy locuaz al respecto; no obstante, lo entendía, ya que no existía razonamiento válido para aclarar la extraña conversación.

Desde luego, ella jamás habría llegado a pensar que hablaría con un actor famoso, y mucho menos que este se comportaría con la confianza y el desparpajo demostrado. Nada que ver con la seriedad y la formalidad de Owen.

Como él debía encargarse de unos asuntos de trabajo, ajenos al motivo por el que se encontraban en Bruselas, Astrid decidió dejarlo a solas para que tuviera la privacidad necesaria a la hora de hacer sus movimientos financieros. Así, de paso, podía aprovechar para pensar con tranquilidad acerca de adónde conducía todo eso.

Porque la situación era, como poco, surrealista.

Con unos pantalones de pitillo negros, unas bailarinas y una camisa blanca, salió de la *suite* con la cabeza como un bombo rociero por todo lo que le daba vueltas.

De acuerdo, estaba siendo un poco infantil al establecer una conexión por haber conocido a parte de la familia de Owen, pero, claro, lo más relevante era haberse enterado de que no era muy habitual verlo a él con una mujer al lado, y eso elevaba su autoestima, lo quisiera o no.

También podría ser que, como cualquier ricachón que se precie, Owen tuviera aventurillas secretas y muy muy discretas para no dar que hablar. Disponía de los medios para ello, lo cual era en cierto modo preocupante, pues ¿y si todo ese viaje no era más que una excusa con el fin de alejarla de su entorno y así evitar problemas?

«Abandona esta línea de pensamiento, que solo te va a traer disgustos —se dijo—. Piensa con el estómago lleno».

Empezó su tiempo de meditación sentándose con tranquilidad en la cafetería del hotel para disfrutar de un desayuno tardío. Nada más acercarse a la puerta fue recibida con «honorés» y, cuando pidió la cuenta, el camarero le indicó con amabilidad que no era necesario abonar nada.

Desde luego, Owen había dado instrucciones precisas, porque todo el personal las acataba sin rechistar.

—¿Está todo a su gusto? —preguntó el atento camarero con una sonrisa ensayada.

—Sí, muchas gracias —respondió ella en el mismo tono educado porque no costaba nada.

Mientras disfrutaba de su *café au lait*, bollería artesana de esa que es mejor que

comas con los ojos cerrados para sentirte menos culpable con la ingesta masiva de calorías, y sintiéndose como la reina de Saba, porque a lo bueno una se acostumbra rápido, le dio por pensar en lo que podía leerse entre líneas de la que podía parecer una simple cháchara entre hermanos.

«Analicemos la situación», se dijo, y se sintió un poco tonta. Empezaba a comportarse como él; solo le faltaba hacer una lista por escrito.

Uno, Owen no era muy dado a dejarse ver con mujeres, nadie mejor que la familia para atestiguarlo, de ahí que le tomaran el pelo con lo de «banquero gay».

Dos, pero podría haber llevado una vida secreta, dejando que los rumores crecieran... No, eso no era posible, Owen lo habría admitido.

Tres, era adicto al trabajo (eso ya lo sabía), y su gemelo lo había confirmado.

Cuatro, y la más peligrosa: ¿Astrid era importante para él? Porque no solo estaba con ella por motivos de trabajo, pues, pese al fracaso de las negociaciones, en vez de dar carpetazo al asunto, Owen había insistido en quedarse hasta el final del tiempo acordado.

¡Joder, era para sentirse como la *prot*a de una novela romántica que firma un acuerdo con el millonitis raro!

Bromas aparte, quien estaba empezando a sentir no solo deseo sexual (obvio) por Owen era ella. Quien dormía acurrucada (y abrazada) a su lado era ella; quien sonreía ante sus expresiones de estupor por los comentarios era ella, y quien disfrutaba oyéndolo decir «Excelente» al más puro estilo señor Burns era ella.

¿Tenía ya todos los síntomas de mujer enamorada o faltaba alguno?

—¿Desea algo más, señorita? —la interrumpió el camarero, haciendo que perdiera el hilo de sus pensamientos.

Astrid negó con la cabeza.

—No, gracias, muy amable.

—Si cambia de opinión, avísenos, por favor.

Aparte de todo lo anterior, otro aspecto que debía tener en cuenta era sin duda la especie de confesión por parte de Owen sobre su pasado en lo que a féminas se refería, lo que venía a desmontar otro mito del ricachón vicioso.

Cierto era que no podía poner ni una pega a lo que ambos hacían entre las sábanas, en el cuarto de baño o donde fuera, pero si lo miraba por el lado objetivo, tampoco podía considerarse muy pervertido que dijéramos. Entendía muy bien ahora lo de hacer una lista sobre fantasías. Lo que al principio consideró como una disparatada ocurrencia de tipo rico ya tenía su explicación. Owen no solo deseaba lanzarse de lleno al mundo del sexo en su más amplio sentido, sino que además la creía la compañera adecuada.

Otro subidón para su autoestima.

Bien, considerados todos los puntos favorables, ahora llegaba el turno del bajón o, mejor dicho, de la caída libre. Aquello tenía fecha de caducidad. Saberlo no ayudaba, desde luego. Owen no había mostrado ningún indicio de querer continuar en el futuro

con la relación, por lo que ella no tenía motivos para emocionarse antes de tiempo, o sencillamente para emocionarse.

Era muy bonito decir eso del *carpe diem*, muy de comedia romántica; decir «Que me quiten lo *bailao*» quedaba muy *cool*, *chic* o como porras se dijera. Era de mujer experimentada, de tía enrollada y demás, pero ella bien sabía que no tenía en ninguna parte de su cuerpo un botoncito con la leyenda «Reset», que, una vez finalizado el período de divertimento y locura, se apretaba y a otra cosa mariposa.

Ella, al menos, nunca había funcionado de ese modo tan «práctico» y, la verdad, sería una gozada poder hacerlo, ya que te ahorra bastantes disgustos. Pero, siguiendo con el paralelismo de la novela romántica, aquí el millonario no lo dejaba todo por amor y sacaba a la chica pobre de su pueblo con mar para agasajarla con lujos impensables y regalarle glamur a toneladas. En primer lugar, porque eso, de producirse, podría acabar mal, ya que él, al tener la sartén por el mango, en cualquier momento podría mandarla a paseo en caso de aburrirse, y, en segundo lugar, porque ella no aceptaría, pues siempre quedaría en una posición de franca desventaja, y eso no es amor, es vasallaje.

Por último, Owen no tenía mucha pinta de ser un tipo hogareño, sino más bien de los que la mitad de los días te dejan plantada con la cena puesta y cara de lechuga porque tienen reuniones a tutiplén. Con los que hay que programar un fin de semana libre con tres meses o más de antelación porque se pasan el día viajando y lo más probable es que lo cancelen en el último minuto. De los que te darán un beso rápido (y a veces ni eso) cuando se marchan por la mañana, y no tengas asegurado el verlos por la noche. De los que sospecharás si tienen una secretaria guapa. Y de los que, además, siempre darán prioridad al trabajo, por encima de cualquier otra cosa.

—Por si quiere hacer uso de nuestras instalaciones, aquí le dejo un catálogo de todos los servicios disponibles como huésped del hotel —explicó el «camarero sonrisa Profidén» volviendo a interrumpirla.

—Gracias —murmuró ella, intentando no sonar muy seca ante tanta «amabilidad».

Aceptó el catálogo y esperó a que se marchara para quedarse de nuevo a solas con sus pensamientos, ya que tantas atenciones resultaban hasta cansinas.

«Vaya dilema», se dijo echando un vistazo a las instalaciones disponibles. Desde luego, ese hotel no era para ricos convencionales, sino para millonarios certificados.

Lo que más le llamó la atención fue la piscina climatizada, que, así, a primera vista, parecía olímpica, la verdad. Daban ganas de sacar el biquini y lanzarse de cabeza. ¡Qué demonios, sin biquini! Nadando cual sirena rubia y disfrutando de las caricias del agua con cloro sobre su piel mientras un espectacular marinero (banquero) la observaba desde la orilla. Ella, retozando sinuosa en el líquido elemento, conseguiría despertar sus más primitivos instintos, logrando que se le uniera para acabar abrazados contra viento y marea. Y, como no todo iban a ser cursilerías, también follarían un poco.

—Vaya ideas que tengo —murmuró disimulando una sonrisilla traviesa.

Dejó a un lado el folleto, que la distraía de sus disquisiciones, que para algo quería estar sola.

En resumen, podría decirse que, uno, esos días con el irresistible señor Boston iban a ser memorables e irrepetibles.

Dos, experimentaría en primera persona sensaciones que nunca antes había imaginado.

Tres, quedaría marcada de por vida porque difícilmente encontraría a un hombre similar con esa mezcla de caballero educado y pervertido en ciernes.

Cuatro, cuando regresara a San Pedro del Pinatar, pensaría en él a todas horas y su imaginación se confabularía en su contra, ideando lo que podría haber sido y no fue si hubieran sido otras las circunstancias.

Y, cinco, que no hacían falta más síntomas de enamoramiento, que se había caído con todo el equipo.

—Señorita González, ¿tiene un momento?

Astrid levantó la mirada y disimuló como pudo su disgusto. El Adosao, en persona, estaba delante de ella.

—Buenos días, señor De Bruyn —dijo de mala gana, levantándose para dar la impresión de que no deseaba tenerlo como compañía.

El tipo ignoró su gesto y llamó al camarero para pedirse algo, con lo que, tanto si quería como si no, Astrid iba a tener que aguantarlo.

Como era de esperar, el rápido y eficiente servicio del hotel sirvió al Adosao en menos de un minuto.

«Joder, con la eficiencia».

—Ha sido toda una sorpresa encontrármela aquí, pensé que el escurridizo señor Boston la tendría escondida —dijo el hombre, y después se rio de su chiste; sin gracia, por cierto.

Astrid tenía dos opciones: corregirlo, mostrarse ofendida e iniciar por tanto una discusión en la que poco o nada iba a sacar en claro, o bien dejar que siguiese con su idea errónea y sonreírle como una tonta.

Podía ser rubia, pero fingir una sonrisa falsa no iba acorde con su color de pelo.

—¿Nos sentamos? —propuso él.

—Qué remedio —farfulló ella con su cara más inexpresiva, tal y como le había visto hacer a Owen cuando quería ignorar a alguien pero, por educación, aguantaba el tipo.

—En primer lugar, lamento mucho todo lo ocurrido, tenía grandes esperanzas depositadas en este negocio. Llevábamos meses preparando este encuentro y, cuando pensábamos que ya estaba todo arreglado, ¡pum!, se estropea por una estupidez.

—Es una forma de verlo —repuso ella sin comprometerse.

Eso de fingir ser una rubia tonta costaba lo suyo. «Sonríe, Astrid, que este idiota te pillá», se recordó forzando los músculos faciales.

—De ahí mi interés por hablar con usted. Lo he comentado con mis socios y creen que, en efecto, usted, señorita González, puede sernos de gran ayuda; no en vano es la mano derecha del señor Boston.

—El escurridizo señor Boston —repitió ella cantarina, jugando al despiste.

La treta funcionó, porque el Adosao sonrió también.

—Sí, me temo que es un hombre poco o nada proclive a dejarse ver o a recibir en su despacho. De ahí los meses de reuniones previas con sus colaboradores. Pero eso ahora no importa. Por alguna razón... —la miró dando a entender que ella era la razón—, sigue aquí, en Bruselas, y eso me da que pensar...

«Cómo se nota que este viene de la política, rezuma palabrería».

—¿Ah, sí?

—¿Tiene otros negocios? ¿Es por placer? —se preguntó De Bruyn en un marcado tono acusatorio. Daba por sentado la segunda opción y la importancia de la presencia de ella en todo eso.

—No sabría decirle...

—Por eso creo que su presencia es importante, ya que parece ejercer cierta influencia sobre el señor Boston. —Hizo una pausa, se relamió y, por si no había quedado claro que la estaba llamando poco menos que prostituta, eso sí, de alto *standing*, añadió—: Ya sabe a qué me refiero, ¿verdad?

«Qué pena no tener un café hirviendo para echárselo a la cara», rezongó Astrid en silencio aguantando las ganas.

—No, no sé a qué se refiere.

—Vamos, vamos, señorita González, que somos personas de mundo...

«Lo que me faltaba, y encima en tono paternalista».

—Yo soy de San Pedro del Pinatar, Murcia. ¿Lo conoce?

—Ah, querida, está esquivando la cuestión. Da igual, tengo una propuesta que hacerle...

El Adosao sacó su iPhone y empezó a enredar con él hasta dar con lo que buscaba. Después, todo ufano se lo mostró.

Astrid vio una imagen de ella y Owen cenando en el restaurante, mirándose de forma cómplice. Después le mostró otra, un poco más acaramelados...

—¿Sigo? —preguntó relamiéndose y sintiéndose exultante porque creía tener un as en la manga.

—¿Qué pretende?

—Sencillo. Usted convence a nuestro querido señor Boston para que se reúna de nuevo con nosotros. Para ello puede utilizar sus «habilidades» como estime oportuno. Por supuesto, damos por hecho que ensalzará convenientemente las ventajas de firmar ese acuerdo de colaboración.

—¿Nada más? —inquirió ella mirando de reojo sus zapatos planos y lamentando no llevar unos buenos tacones de aguja para atizarle con ellos.

—Directa al grano, me gusta.

—Váyase a la...

Astrid se puso en pie dispuesta a dejarlo plantado, pues ya había escuchado suficientes estupideces.

—Espere, no finja ser honrada...

Para su inmenso cabreo, y sintiendo un asco indescriptible, tuvo que soportar, para no dar un escándalo en el bar del hotel, a De Bruyn o, más en concreto, su perfume asfixiante, bien pegado a su costado.

—¿Quiere que se filtre esto a la prensa? ¿Se imagina el titular? «Rubia aprovechada arruina negocio a un banquero de éxito».

—Cucaracha...

—Y ¿qué cree que opinará su familia cuando se entere de que va a por él? ¿Piensa que aceptarán a una pobre española, muy mona, eso sí, que viene con una mano delante y otra detrás? Esa gente está fuera de su alcance, señorita González. Pero si usted colabora con nosotros, no seré yo quien rompa sus ilusiones.

—Qué detalle... —adujo ella irónica apartándose un poco. Qué asco de colonia y de hombre, por favor.

—He dejado para el final lo mejor, tranquila.

—Sorpréndame.

—Ni que decir tiene que su colaboración, aparte de sus beneficios personales, que respetamos, conlleva una pequeña gratificación —dijo él sonriente.

—¿Cómo de pequeña? —preguntó Astrid para tener todos los datos antes de mandarlo a la mierda.

—Usted haga su parte, que después podrá presentarse delante de la familia Boston con una respetable cuenta bancaria.

Dicho esto, ella pudo apartarse lo suficiente para respirar. Estaba que echaba humo. ¿Cómo se atrevía esa rata de alcantarilla a tratarla así? Primero, como a una furcia y, después, como a una furcia útil. Desde luego, De Bruyn tenía bien aprendida la lección.

En primer lugar había sido Discart, intentando seducirla para tenerla en el bote. Luego ese mamarracho ofreciéndole dinero y chantajeándola emocionalmente.

¿Qué sería lo próximo?

Faltaba el idiota de Ficha floja, pero dudaba que tuviera la capacidad de idear algo.

Astrid salió del bar sin mirar a ese malnacido, que con toda seguridad lucía una sonrisa estúpida al creer que había logrado convencerla.

—Qué asco —masculló negando con la cabeza.

Decidió regresar a la *suite*. Durante el trayecto en el ascensor, pensó en lo que ese cretino había insinuado sobre su relación con Owen.

¿De verdad daba la impresión de querer cazarlo?, se preguntó a sí misma poniendo cara de extrañeza ante tal suposición. Ciertamente pertenecía a una familia muy humilde comparada con la suya, pero si su hermano era un indicativo de cómo

pensaban en esa familia..., dudaba que fueran muy estrictos. Bueno, a lo mejor sí, y solo un miembro, Patrick, era el raro.

«Da igual, tú no quieres “cazarlo” —se dijo justo antes de que se abrieran las puertas del ascensor—. No al menos como ese imbécil se imagina».

Caminó hasta la *suite* y, antes de insertar la tarjeta magnética, ya tenía muy claro cuál sería su próximo movimiento.

—¿Alguna vez te han chantajeado? —disparó a bocajarro nada más entrar en la habitación y comprobar que Owen ya había regresado.

Él apartó la vista del ordenador al notar su vehemencia; lo último que esperaba, por cierto, pues había imaginado que Astrid, al tener tiempo libre, aprovecharía para visitar la ciudad o cualquier otro asunto de índole similar. Así pues, se recostó en el sillón y adoptó su postura preferida: los dedos entrecruzados sobre el pecho.

La observó con una mezcla de curiosidad y expectación, en silencio, dispuesto a escucharla, lo que ya era más de lo que habría hecho con cualquier otra persona.

—¿Nunca?

—No, nunca, que yo recuerde —murmuró Owen tranquilo, a la espera de una explicación, sonriendo de medio lado ante su cara de cabreo.

Parecía enfadada, así que era mejor mostrarse medianamente comprensivo. Además, el asunto podía ser serio. La vio cerrar la puerta y, por suerte, lo hizo de forma suave. Después caminó hasta donde se encontraba él y se cruzó de brazos a su lado. Podía estirar el brazo y tocarla, o algo mucho mejor, sugerirle que se sentara encima de él. Sin embargo, no hizo movimiento alguno. Quizá por miedo a incomodarla, o a saber por qué.

—Pues a mí tampoco o, al menos, no hasta hace media hora —refunfuñó Astrid.

Aún tenía el estómago revuelto tras la conversación con ese indeseable. Ni el mejor *café au lait* ni la mejor bollería sentaban bien con un asqueroso tan cerca.

—Y ¿cómo es eso?

Owen abandonó su pose indiferente y se puso en pie. La había echado de menos. Un hecho sin precedentes, pues lo habitual en su día a día era trabajar y, si bien la mañana había sido de lo más provechosa, no había podido evitar pensar en ella más de lo recomendable para un hombre que se preciaba de saber separar la vida personal de la profesional. O, mejor dicho, de dedicar el noventa y nueve por ciento de su tiempo al trabajo.

Astrid se fijó en él y quiso reorganizar sus pensamientos para no dejarse nada en el tintero. Pero, claro, verlo así, con ese aspecto de ejecutivo pulcro, sin la americana del traje y, tal y como había pedido, sin afeitarse... ¡era para echarse encima y olvidarse de los Adosaos chantajistas!

No obstante, relegó sus deseos inmediatos y comenzó a explicárselo.

—Pues no te lo vas a creer...

—Eso lo decidiré cuando me lo cuentes —indicó él en tono divertido, aunque procuró disimular, ya que por su aspecto a ella le estaba afectando bastante.

—Tenía intención de disfrutar de un rato tranquilo en la cafetería del hotel... y lo estaba consiguiendo. Ahí, tan a gusto, con mi cafelito y mi cruasán. Y cuando estaba

yo en mis cosas, pues...

—¿Sí?

—Ha aparecido el Adosao.

—¿De Bruyn? —inquirió él frunciendo el ceño.

—El mismo —confirmó Astrid con cara de asco.

—Será insensato... —farfulló Owen antes de concentrarse en lo sustancial y olvidarse de sus apreciaciones personales.

De pie y con las manos en los bolsillos, no prestó mucha atención a la narración de los hechos, pero sí a ella. Sin embargo, a medida que avanzaba la historia, fue tomando conciencia de la importancia de todo aquello.

Joder, esos cabrones pretendían aprovecharse de Astrid para tocarle los cojones, algo que, por desgracia, no era ninguna novedad en su mundo, donde tantas voluntades se compraban o se vendían dependiendo de la oferta. Ese burdo intento de chantaje decía muy a las claras qué clase de individuos eran esos tres hijos de puta y de lo que eran capaces de hacer con tal de seguir adelante. No obstante, la conclusión más provechosa de todo aquel desatino era comprobar la clase de persona que era Astrid.

—Así que, ya ves, justo hoy no llevaba tacones para darle con ellos —concluyó resoplando.

Owen se dio cuenta de que aquella frase, en apariencia frívola, entrañaba mucho más.

—Joder...

—Me ha amargado el café, con lo rico que estaba. —Se acercó a él con cara de disculpa por las molestias que había causado, pues entendía, pese a sus comentarios, que Owen no era un hombre acostumbrado a esos tejemanejes—. Lo siento, de verdad. No lo he mandado a la mierda porque no quería estar a su lado ni un segundo más, pero le he dejado claro con mi actitud que no pienso...

—No eres tú quien ha de pedir perdón —murmuró él conteniendo la indignación.

La acogió en sus brazos y por la cabeza le pasaron unas cuantas obscenidades que su refinada educación se encargó de refrenar.

Si de él dependiera, a ese hijo de su madre & *company* no les iban a quedar ganas de volver a hacer negocios, y mucho menos de acercarse a Astrid. Pero como nunca había sido un matón pandillero, sino un ejecutivo respetable, tenía que hacer las cosas a su manera.

—El cabrón piensa que por ser rubia soy imbécil, y que mi meta en la vida es pescar a un tipo rico que me mantenga —masculló ella, sintiéndose a gusto siendo abrazada.

A semejante cabrón tenía que devolvérsela, y con creces, pensó Owen. De todo lo que Astrid le había contado, aparte del chantaje para que firmara, lo que más le escocía era saber que ese bastardo la hubiera considerado una rubia calentorra dispuesta a cualquier cosa por ascender y cazar a un amante rico. Ese aspecto lo tenía

muy claro: ella no era de esas.

Permaneció abrazándola mientras elaboraba una estrategia a seguir para devolver la pelota. Enseguida le vino a la cabeza la mejor manera de hacerlo.

—Llámalo —dijo rompiendo el silencio— y dile que aceptas.

—¿Cómo dices?

—Escucha: aparte de insultarte, ese hijo de su madre pretende joderme...

—Espera, espera, que no puedes consentir que te hagan algo así. Ya sé que la discreción en tu mundo es fundamental, sin embargo, esos cabrones, y perdón por el calificativo, no van a salirse con la suya.

Al ver su vehemencia y su preocupación, Owen le acarició el pelo y le sonrió.

—Presta atención, Astrid. —Quería besarla, pero antes debía explicarse—. Vas a reunirte con ellos y escuchar su propuesta, a ser posible, que te lo den por escrito. Cuanta más información reunamos, mejor. Después, pondré el asunto en manos de mis abogados y, dependiendo de mi estado de ánimo, veré cómo les devuelvo la pelota.

Ella parpadeó y frunció el ceño hasta que poco a poco fue comprendiendo sus intenciones.

—No sé...

—Si te supone algún tipo de problema, veré otra forma de...

—No, ni hablar —contestó con rapidez—. Por mucho asco que me dé ese tipo, lo haré.

—Gracias, Astrid... —adujo él en un tono íntimo, tanto que a ella se le disparó el pulso.

—Esto debe de ser eso que se llama la *erótica del poder*, ¿no? —dijo intentando bromear, aunque lo cierto era que así, a lo tonto, se había excitado.

—No lo sé, dímelo tú.

Astrid no pudo decir nada, pues apenas medio segundo después Owen la estaba besando.

Como si a primera hora de la mañana no hubiera tenido bastante, se enroscó en su cuello y tiró de él para sentirlo lo más cerca posible.

Sí, definitivamente se había enamorado hasta las trancas de Owen...

Cuando los besos se encontraban en una fase de locura, cuando las manos de él ya se estaban ocupando de los pantalones, cuando ella ya sentía contra su cuerpo una erección como para caer de rodillas, y cuando él decidió que no les daba tiempo a llegar al dormitorio y que el sillón de oficina parecía sólido como para montárselo allí, sintió una vibración en el costado.

—Contesta —jadeó Astrid apartándose un poco, consciente de que para él cualquier llamada podía ser vital.

Owen hizo una mueca mientras sacaba el maldito iPhone del bolsillo. En una mano, la obligación; enfrente, con la blusa desabrochada, la tentación.

Frunció el ceño al reconocer el número: era el de su oficina, por lo que ante la

duda de si era o no urgente, respondió.

—¿Diga? —Su tono sonó impertinente aunque intentaba sosegar un poco.

Astrid se abrochó los botones de la blusa y se peinó con los dedos. A la porra el sexo espontáneo, lo que venía a confirmar su teoría sobre las prioridades de Owen.

—Hola, hola... —canturreó una voz jodidamente familiar—. ¿A que no te esperabas esta llamada?

—No —masculló él cortante.

—Pues bien, tras jugar un rato a los ejecutivos con tu secretaria, me he puesto a hacer los deberes.

—No me digas...

—Que ya sé lo mucho que te gusta la organización y todo eso —se burló Patrick.

—Esto va para largo, ¿no?

—Acabo de hablar con Brigitte —dijo su gemelo, pasándosele de maravilla ante la impaciencia de Owen.

—Patrick, no necesito que me cuentes otra de las extrañas experiencias que has tenido en los últimos tiempos, maldita sea, me pillas en medio de algo importante —replicó él, sabiendo que su protesta caería en saco roto, pues cuanto más impaciente se mostrara, más se empecinaría Patrick en tocarle los cojones.

Astrid disimuló su regocijo al oírlo.

Algo importante, había dicho. Desde luego, si eso fuera una comedia romántica, ya estaría sonando la música sentimental. Sí, de esas que, aun siendo lo más cursi del mundo, te emocionan y te hacen sonreír. Bueno, y ¿por qué tenía que ser cursi? Muy bajito, para que él no la tomara por loca, que lo estaba, tarareó *Love is in the Air*^[13], que vale para estos casos.

—Con eso ya contaba, siempre estás ocupado. Por cierto, ¿sabes lo cómodo y práctico que es el sillón de director?

—Sí —dijo Owen con sequedad carraspeando.

—Joder, estoy por venir más a menudo a la oficina —remató Patrick, consciente de la cara que estaría poniendo su hermano con aquellos comentarios.

Owen inspiró e intentó no imaginar qué había hecho ese idiota en su oficina.

—Lo dudo —repuso.

—En fin, como te iba diciendo, he hablado con Brigitte...

—Patrick...

—Es una de las socias de Chez Glassé, tonto del culo —terminó por aclararle—. Y amiga personal. No sé si me entiendes...

—Ah... —Solo esperaba que lo de «amiga personal» hubiera quedado solo en «amiga» y en el pasado, para que no jodiera su relación con Helen, que ese loco era capaz de hacerlo por una estupidez. Bueno, pero esa no era ahora su mayor inquietud.

—Bien, a pesar de tu manifiesto escepticismo respecto a mis habilidades...

—Al grano

—... debo decir que lo he arreglado todo y, si quieres, una noche de esta semana

puedes pasar por el club, donde serás bien recibido.

Era justo la noticia que necesitaba oír para que el día tuviera un broche de oro, ya que, tras escuchar cómo Astrid le relataba las intenciones de ese gusano, no quería que se deprimiera o algo así.

—Gracias —dijo mirando de reojo a la joven. Ahora tendría que ingeniárselas para llevarla allí sin levantar sospechas.

—De nada, hombre, de nada. Yo hace siglos que no voy por allí. En cuanto me camele a la petarda de tu secretaria, me la llevo a Bruselas y nos damos un homenaje erótico festivo de puta madre, que lo de follar en horas de oficina está bien, pero hay que hacerlo tan rápido que no me cunde.

El hermano responsable se pasó la mano por el pelo ante lo que estaba oyendo.

—Ahórrate los detalles, por favor. Y pásame a Helen.

—Owen, no le hagas ni caso —intervino Helen enfadada—. Se lo está inventando para martirizarte.

—¡Eh, no desmontes mi fantasía! —gritó Patrick al auricular.

—No pasa nada, confío plenamente en ti —adujo Owen, que habría puesto la mano en el fuego por su secretaria—. Dile a ese tontaina que tienes por novio que firme las liquidaciones; explícaselas si quiere.

—Ya sabes que no lee un solo papel —se quejó Helen.

—Es que en esos informes no hay dibujos, ni mensajes secretos ni fotos divertidas de los miembros del consejo —canturreó Patrick.

—No te preocupes, haré que lo deje todo firmado —aseveró ella.

Owen no lo puso en duda. Desde que el irresponsable de su gemelo estaba con Helen, parecía mostrarse más sensato, menos propenso a los excesos, pero igual de irritante a la hora de mantener una conversación.

—Soy yo otra vez —intervino Patrick, robándole el teléfono a su chica—. Intenta ser discreto, no vistas como un jodido banquero, y procura no quedarte embobado mirando lo que pasa allí. También intenta que no se te peguen muchos moscones, pues en cuanto vean a la chica se van a emocionar.

—De acuerdo. —No le gustaba que su hermano lo tomara por un pazguato, pero venía bien tener toda la información.

—De todas formas, Brigitte estará pendiente de vosotros. Es discreta, solo intervendrá en caso de ser necesario. ¿Alguna duda?

—No. Ninguna —mintió Owen con aplomo.

—Joder, porque no me da tiempo de coger un vuelo y presentarme allí, porque debe de ser un *show* verte en plan decadente.

—Muy gracioso...

—La próxima vez podemos salir los cuatro, ¿qué te parece? —propuso Patrick demasiado serio—. No, mejor que no, que mi chica es una fiera y luego tendrías serios problemas para pedirle unas fotocopias. —Estalló en carcajadas.

—¿Algún consejo más? —preguntó Owen con retintín.

—Sí.

—¿Cuál? —se arriesgó a preguntar.

—No laves condones, allí te los regalan con la consumición.

—Ja, ja, ja.

—Vale, ya me contarás qué tal. Y... ¿Owen?

—¿Sí?

—Bienvenido al Lado Oscuro, perverso y salvaje.

—Vale ya de hacer el tonto.

—¡Deja el pabellón bien alto! —Y, dicho esto, colgó sin que pudiera replicar.

Owen se guardó el teléfono en el bolsillo y miró a Astrid, que permanecía apoyada en una esquina de la mesa, con una media sonrisa en la cara, porque saltaba a la vista que había deducido con quién hablaba.

—Esta noche vamos a salir —indicó procurando sonar sereno. No quería posponer más aquel asunto, pues lo intrigaba y lo preocupaba a partes iguales lo que podía encontrar en ese club, recomendación de su hermano.

—De acuerdo.

—Ponte el vestido nuevo —añadió él pensando que, si bien en lo que a moda femenina se refería no era un experto, sí sabía reconocer al menos cuándo una prenda podía ser sinónimo de éxito, y ese vestido lo era.

Astrid se sonrojó. Para ambos, esa prenda entrañaba recuerdos imborrables.

—¿Alguna sugerencia más? —preguntó coqueta.

—No, el resto lo dejo a tu imaginación.

Esta vez, Owen no le preguntó, sino que decidió sorprenderla.

Con ella agarrada de su brazo, salieron del restaurante del hotel tras disfrutar de una temprana cena. A la puerta los esperaba un impresionante Maserati negro brillante, petición expresa de Owen, quien, al no poder obsequiarla como le gustaría, al menos podía sorprenderla.

—¡Oh, Dios mío..., es el Quattroporte S Q4! —exclamó Astrid abriendo la boca y apretándole el brazo.

—Justo lo que he pedido —murmuró él, dando por hecho que cuando solicitaba algo en concreto debían obedecerlo sin cuestionarlo, sin preguntar y cumpliendo a rajatabla la orden.

—Cielo santo... —Si hasta el aparcacoches del hotel estaba impresionado—. ¡Tres punto cero, motor de seis cilindros en V! —continuó ella, más emocionada todavía.

—Señor Boston, aquí tiene las llaves —los interrumpió el hombre—. Que disfruten de la noche.

—Gracias —respondió él, aceptándolas con su habitual indiferencia y acompañando a Astrid al asiento del conductor.

—Es maravilloso —musitó ella mientras recorría con la mirada cada línea de la carrocería.

—Todo tuyo —anunció Owen y, pese a que le habría gustado regalárselo, añadió para evitar un enfrentamiento y las consabidas explicaciones—: Al menos, por esta noche.

Ella lo miró. Debía de tener las orejas sucias y no lo había oído bien.

—¿De verdad me dejas conducirlo? —No salía de su asombro, de ahí que necesitara la confirmación. Ese vehículo era un capricho de multimillonario, y lo más lógico era que él condujera.

—Sí —confirmó Owen esbozando una sonrisa. Con lo fácil que habría sido ponérselo a su nombre... Pero de nuevo le vino a la cabeza la frase de su madre sobre las mujeres inteligentes, y se limitó a asentir.

Owen programó el navegador de acuerdo con la dirección que Patrick le había remitido al móvil y, una vez que el dispositivo estableció la ruta, se pusieron en marcha.

«Desde luego, no me extraña que para vender estos coches utilicen a rubias impresionantes», pensó mientras ella conducía. Joder, la falda del vestido negro se le había subido hasta medio muslo. Sintió envidia del cuero de la tapicería que la rozaba. En fin, en breve podría ser él quien la tocara.

Astrid, nerviosa, pues era consciente de las constantes miradas masculinas,

intentaba no estrellar el vehículo contra una farola. Ese secretismo la estaba mortificando. No dudaba que Owen, maestro donde los hubiera del silencio, habría preparado una velada inolvidable, pero si al menos tuviera una pequeña pista para calmar su curiosidad...

No hubo suerte, él se mantuvo callado, y la única voz que oía era la del GPS. Resignada, condujo por las calles hasta llegar a una urbanización privada. Detuvo el coche junto a la garita del guardia de seguridad y este se acercó, los observó y, sin hacer ninguna pregunta, levantó la barrera y pudieron acceder al recinto.

Owen respiró tranquilo. Desde luego, a discreción no los ganaba nadie. Siguieron el camino marcado por los árboles hasta llegar a un impresionante chalet de diseño. Iluminado de forma elegante, no había ni un solo letrero que indicase el nombre del establecimiento.

Astrid detuvo el Maserati junto a la entrada, pues, o bien el navegador se había confundido, o bien habían llegado a su destino. Estaba a punto de preguntarle a Owen cuando vio aparecer a un hombre vestido de esmoquin que se detuvo junto al coche. Entonces bajó la ventanilla.

—Buenas noches, señores; si son tan amables de seguirme... En breve, uno de nuestros empleados se ocupará de su vehículo.

Astrid miró de reojo a Owen y este se limitó a apearse del coche sin hacer comentario alguno, así que ella aceptó la mano del desconocido e hizo lo mismo.

Ninguno de los dos supo quién dio el primer paso, pero se cogieron de las manos y siguieron al tipo a la entrada principal.

—¿Nerviosa? —preguntó Owen en un susurro acercándose a ella, aunque no todo lo que le habría gustado.

—Un poco —admitió Astrid con una sonrisa tensa, pues empezaba a vislumbrar a qué tipo de establecimiento estaban accediendo.

Una vez en el interior, y procurando no mostrarse sorprendida en exceso para no llamar la atención, continuó sin soltarse de su mano, pues no quería descolgarse. Precisamente los clubes de millonarios exclusivos no eran su opción favorita cuando salía a divertirse.

El hombre del esmoquin sin nombre se despidió de ellos dejándolos junto a la barra, donde otro tipo también uniformado servía las consumiciones.

Owen no quiso pensar nada acerca de la clase de información que había enviado su gemelo al establecimiento para que, sin tener que decir una palabra, estuvieran ya dentro y atendidos.

Astrid pidió un cóctel a base de champán, y él, un *brandy* de una marca que ella jamás había oído pero que debía de hacer furor entre los ricos, porque el camarero se lo sirvió con rapidez.

No daba la impresión de ser un club muy diferente de otros que había visitado con anterioridad, al menos esa fue la sensación que tuvo Owen mientras miraba a su alrededor. Se le pasó por la cabeza que quizá Patrick se la había jugado y lo había

mandado a un lugar aburrido, para pijos, eso sí, pero sin más atractivos.

—¿Nos sentamos? —propuso señalando unos sillones al fondo del local.

—Sí —convino ella, siguiéndolo con su copa en la mano.

De fondo sonaba una de esas baladas que invitan a hacer algo más que probar cócteles, aunque como ninguno de los dos sabía muy bien qué decir ni cómo comportarse, se dedicaron a observar a la concurrencia. Todos iban vestidos de forma elegante, como ellos.

La música de fondo era insinuante, lo que tampoco quería decir que tuvieran que follar a la vista de todos. Poco a poco, el local se fue llenando de gente, y Owen respiró tranquilo cuando observó a una mujer, sentada junto a la barra, que era abordada por dos tipos que no querían invitarla a una copa precisamente.

Astrid también se percató de que aquello empezaba a ponerse interesante cuando vio a los tipos besuquear a la mujer. Hasta sintió un poco de envidia, aunque miró de reojo a su acompañante y se le pasó. Owen estaba impresionante, con su camisa negra, sin corbata, y su pantalón gris oscuro, con su aire desaliñado pero estudiado.

Daban ganas de echarse encima de él y mandar a paseo la contención, el pudor y la educación. No obstante, se dominó, pues él había planeado una salida especial y, ya que iba a hacer realidad una fantasía, qué menos que comportarse.

Allí, cada uno iba a lo suyo, el ambiente se caldeaba y la gente se soltaba. Ellos parecían ser los más modositos, por eso, Astrid decidió que de alguna manera debía comenzar, y sus esfuerzos por dejarlo llevar las riendas se diluyeron.

Cambió de postura en el cómodo diván de terciopelo negro y se acercó a él, de tal forma que pudo rozarle el cuello con los labios. Por fortuna, no se había puesto corbata y llevaba el botón superior de la camisa desabrochado.

—Astrid... —gimió él bajito al sentir las manos femeninas sobre su cuerpo.

Ese era el tono de un hombre dispuesto a dejar que continuase y, por ello, se puso de costado y colocó una mano sobre su pecho mientras seguía tentándolo con besos, en apariencia suaves, en el cuello, en la oreja, en el mentón...

Él, encantado, estiró un brazo y la rodeó de la cintura para tenerla así más cerca y, de paso, acariciarla. Astrid fue moviéndose hasta quedar de rodillas sobre el sofá y, de esa forma, tener mejor acceso. La mano que descansaba sobre su pecho fue bajando hasta detenerse en la cinturilla de sus pantalones y, como se mostró dubitativa, pues había gente mirando, él terminó por colocársela sobre la bragueta. Un claro signo de que no hacía falta pedirle permiso.

Astrid tragó saliva y desvió un instante la vista para darse cuenta de que una mujer, morena y espectacular, no les quitaba ojo. Es más, cuando sus miradas se encontraron, la desconocida le sonrió de forma insinuante, e incluso llegó a humedecerse los labios y a mostrar una actitud interesada, lo que resultó toda una sorpresa. No podía enfadarse, pues Owen era un hombre que causaba ese tipo de reacción; Astrid lo comprendía perfectamente.

—Mmm... —ronroneó sintiéndose más atrevida al ser observada.

La mano que mantenía sobre la entrepierna de Owen comenzó a moverse, y aquello se tradujo en más gemidos y en una tentadora erección que habría disfrutado acariciando mucho más si no hubiera estado de por medio la tela de los pantalones.

—Desabróchamelos —gruñó él, leyendo sus deseos.

Nunca antes se había sentido así, desinhibido y sin rastro de la prudencia habitual en su forma de proceder. Quizá era el ambiente, la música o tan solo la compañía, pues dudaba que pudiera comportarse de ese modo con cualquier otra.

Astrid se mordió el labio e hizo otro barrido visual por la sala. Por lo visto, allí había subido la temperatura, y quizá los más fríos y moderados estaban siendo ellos. La desconocida seguía con la vista fija en ambos, ajena a que una mujer a su lado estaba montándose sin ningún disimulo con dos hombres.

—Astrid... —repitió él para que obedeciera, y ella se las apañó con soltura con la cremallera y todo lo demás.

Metió la mano dentro y, primero, presionó por encima del bóxer, teniendo especial cuidado en colocarse delante, porque así, de repente, no estaba muy segura de querer que los demás disfrutaran de una visión completa de lo que su mano tocaba. Una cosa era liberarse y, otra muy distinta, hacerlo de golpe. Mejor ir paso a paso antes de desmelenarse.

—Estás... duro —musitó junto a su oreja al tiempo que se situaba encima de una de sus piernas.

—Muy duro.

Owen estaba listo, y la agarró del trasero disfrutando al ver cómo se le subía el vestido por los muslos. Lo tenía a huevo, y bajó un poco la mano para tocarla mientras ella apartaba su ropa interior y acariciaba por fin su erección.

Astrid abrió unos ojos como platos. Encontrarlo empalmado no era el motivo de sorpresa, puesto que ya contaba con ello. Lo que la dejó más jadeante aún fue tocar su piel lisa, rasurada a la perfección.

—No tienes... ¿Cuándo has...? —titubeó recorriendo con las yemas de los dedos toda la superficie como si no se lo creyera.

—Puedes mirar, si quieres —adujo él en ese tono serio que podía interpretarse como irónico.

—Es increíble —musitó Astrid recorriendo toda la zona con delicadeza—. ¿Por qué lo has hecho?

—Quería sorprenderte... —La atrajo hacia sí para darle uno de esos besos con lengua, con mucha lengua.

Astrid gimió y aprovechó aquella postura para frotarse contra su muslo, con cierto descaro y sin dejar de besarlo de forma casi obscena. ¡Qué demonios, obscena y punto! Notaba su propia excitación, y pensó que debería haber seguido su instinto y no llevar bragas, pero en el último segundo le había dado por ser sensata y se las había puesto.

Bueno, si la ocasión lo requería, se las quitaría y listo, que nadie iba a

escandalizarse en un local de esos por ir con el culo (y lo demás) al aire.

—Joder, Astrid —gruñó él con los ojos entreabiertos al sentir cómo su suave y tímida mano iba aumentando en velocidad y presionaba la punta para después bajar hasta sus testículos y rozarlos con habilidad, siendo en todo momento consciente de que había varias miradas puestas en ellos. Sin embargo, la que más lo inquietaba era la de una morena que sonreía de medio lado y miraba a Astrid fijamente.

—Mmm... —fue su entusiasta respuesta mientras le mordisqueaba la oreja.

Continuó masturbándolo, teniendo cuidado de no hacerle daño, pues en aquella postura no podía quitarle la ropa como querría. Pero de nuevo Owen se adelantó apartando de mala manera los jodidos pantalones para facilitarle la tarea, que aquello estaba en su punto álgido y no iba a jorobarse por una estupidez como esa.

A Owen le costaba respirar y mantener las manos quietas, pues ella, recostada a medias sobre él, le había puesto las tetas a la altura de la cara, aunque no estaba muy seguro de si el vestido cedería lo suficiente para poder tener un pezón que llevarse a la boca.

En el resto del local se habían formado múltiples combinaciones para practicar sexo, y estar encima de un hombre, con la mano dentro de sus pantalones, oyendo todo el tiempo gemidos (más o menos intensos), proporcionaba un ingrediente extra que aumentaba la excitación de ambos.

Cada vez se mostraban más atrevidos y menos preocupados por quienes los rodeaban, principalmente porque estaban a lo suyo. Todos, a excepción de la desconocida morena, que, desde la barra del local, sentada en un taburete y con las piernas cruzadas de manera magistral, no se perdía detalle.

Astrid continuó masturbándolo, cada vez más excitada y más desinhibida. En uno de esos momentos en los que adecuaba su postura para poder ser todavía más explícita, vio de reojo cómo la mujer se acercaba despacio hacia ellos, y no para ver más de cerca lo que se traían entre manos. Para su completa estupefacción, se sentó a la derecha de Owen. Sus miradas se encontraron durante un segundo. Astrid podía mandarla a paseo, pero por alguna razón no lo hizo. Sentir celos porque otra quisiera meter la mano donde ella la tenía era absurdo. Nadie había mencionado la palabra *exclusividad*. Es más, entendía que se sintiera atraída...

Owen tardó un poco más en percatarse de la presencia de la mujer; cuando lo hizo fue porque esta colocó de forma estratégica una mano en su muslo. Él se quedó de piedra y miró a Astrid, ya que, si bien para cualquier hombre la idea de montárselo con dos a la vez no es una fantasía, sino un impulso grabado a fuego en el ADN, Owen no quería que se molestase.

No obstante, lo que ya lo desarmó por completo fue el leve gesto de asentimiento de Astrid. No llegaba a comprender qué clase de mudo entendimiento había surgido entre ambas, pero la mano de la desconocida se coló dentro de sus pantalones, agarrándole los testículos mientras Astrid retomaba su movimiento ascendente/descendente.

Owen cerró los ojos, estiró las piernas y los brazos y, sin ser capaz de decir algo coherente, se concentró en las sensaciones que las dos damas le estaban proporcionando. Solo se atrevió a tocar a Astrid, agarrándola de la nuca y enredando la mano en su pelo para atraerla hacia su boca y besarla, para que fuera consciente de lo que estaba experimentando.

Joder, ni en sus previsiones más optimistas habría imaginado que la situación derivaría en algo de ese calibre.

Astrid se dio cuenta de que podía hacer mucho más que masturbarlo. Tenerlo en su mano estaba muy bien, pero si utilizaba la boca sería mucho mejor. Manióbró sobre el sofá hasta quedar a gatas y separó los labios, humedecidos previamente, para tenerlo dentro.

Owen bajó la mirada y, como si fuera una película a cámara lenta, observó a la morena sujetándole la polla y a Astrid separando los labios antes de acogerlo por completo.

—Hasta el fondo... —susurró la morena, apretándole las pelotas.

Él dio un respingo y se pasó la mano por la cara. Joder, joder, joder..., aquello era para morir de gusto. Ahora podía empezar a entender por qué su hermano se desfasaba de vez en cuando.

Pero si creía haber visto y experimentado ya lo más impactante, aún quedaba el plato fuerte, pues la otra mujer, lejos de conformarse con tocarlo, varió su postura, arrodillándose a sus pies, para lo cual hasta Astrid le cedió el puesto, y, sin más, acercó la boca a su erección.

—¡Joder! —Owen no fue capaz de contener aquella expresión, sorprendido, alucinado, encantado y sintiéndose el tipo con más suerte del universo, pues una rubia y una morena le estaban haciendo una mamada memorable.

Ambas parecían entenderse a la perfección, como si se conocieran de toda la vida y fuera la enésima vez que dejaban a un tío sin palabras. Una succionaba el glande y la otra tanteaba con la lengua por abajo. Era para volverse loco.

Fue medianamente consciente de que un par de tipos, desde la barra, sonreían en franca admiración masculina por las atenciones de aquellas dos impresionantes mujeres.

Pero (y ya iban unas cuantas veces esa noche), cuando ya estaba a punto de correrse, cuando pensaba que nada podría superar el hecho de ver a dos mujeres lamiéndole su impresionante erección con verdadero interés, tuvo que reconsiderarlo, pues observó cómo unían sus bocas y se daban el lote delante, ya no de sus narices, sino de su polla.

La morena se apartó sonriente y sus labios pintados de rojo acogieron su erección. Astrid no se conformó con mirar, y también se afanó por demostrarle sus habilidades bucales.

—Tu chico está a punto de correrse —musitó la desconocida apartándose para que fuera Astrid quien le diera el golpe de gracia.

Incapaz de controlarse, Owen empujó las caderas hacia arriba. Una mano le presionaba los testículos, tensándolo todavía más para que la hábil boca de Astrid hiciera el resto.

Apretó los dientes y cerró los ojos al expulsar el primer chorro de semen, que ella aceptó sonriente, emitiendo un elocuente ronroneo y sin apartarse hasta que terminó. Solo entonces liberó su polla, pero no para dejarla respirar, sino para que la morena diera la última pasada con la lengua.

Se echó hacia atrás, jadeante y sintiéndose el puto amo tras aquella experiencia. Quizá fuera egoísta, pero ni se preocupó de ayudar a Astrid a incorporarse ni de dar las gracias a la morena. Ahora necesitaba recobrar la compostura.

—Habitación nueve, al fondo del pasillo —le susurró la desconocida, mordiéndole la oreja con saña y dejándole una llave en la mano.

Owen miró hacia abajo y contempló la llave al tiempo que el trasero de la mujer se alejaba de ellos. Por supuesto, en la invitación quedaba implícito que la presencia de Astrid era bienvenida.

¿La seguía o no?

Owen miró una vez más la llave que sostenía en la mano y suspiró. Joder, mira que tomaba decisiones difíciles a lo largo de cada jornada de trabajo...

Ponerse ahora a ponderar los pros y los contras era como para darle de guantazos, así que en un arrebato de vete tú a saber qué, se guardó la llave en el bolsillo de la camisa y se adecentó la ropa. Miró de reojo a Astrid y dejó de darle vueltas al asunto.

—Vamos —indicó tras ponerse de pie.

Su tono expeditivo, gruñón y ligeramente impertinente hizo que Astrid saliera de repente de su ensoñación sexual. Esperaba un trato diferente, quizá más atento, más sugerente. Se sintió extrañada, ya que confiaba en que, tras lo que había ocurrido, Owen se mostrara más proclive al momento arrumaco, pues estaba más caliente que el pico de una plancha. Entendía que él necesitara un período de recuperación algo más largo de lo habitual, pero su gesto era como un jarro de agua fría.

—De acuerdo —convino estirando las piernas y bajándose el vestido para no enseñar de forma gratuita las bragas a la concurrencia, aunque, la verdad, tal y como estaba la gente, si se hubiera paseado tan solo con las bragas habría sido la más tapada de la fiesta.

Owen no aguardó a que ella terminara de arreglarse. La asió de la mano y caminó con ella a remolque hasta dar con la maldita puerta número nueve, sin prestar atención a cuanto ocurría a su alrededor. Ya tenía en su cabeza suficientes ideas como para tomar otras prestadas.

Se aseguró de que era la puerta correcta y sacó la llave del bolsillo. No obstante, se dio cuenta de que no era necesaria, pues esta se encontraba entornada. Sin pensarlo, porque ese era el día para que su lado irresponsable emergiera, pasó al interior aunque no sabía lo que allí los aguardaba.

Tiró de Astrid y después cerró con el pestillo, por si acaso, ya que de ninguna manera quería intrusos.

Ella, inmóvil tras él, y sin saber por dónde le daba el aire, tragó saliva. Podía esperar cualquier cosa. ¿Estaba preparada para ello?

—Bésala —ordenó una voz femenina antes de que cualquiera de los dos pudiera decir una sola palabra.

Owen supo en el acto a quién pertenecía. Miró a su alrededor y distinguió una silueta. Sentada, con las piernas cruzadas en una sensual pose, en la esquina de una enorme cama, observándolos desde una posición privilegiada.

Astrid esperaba otra clase de habitación, un estilo más decadente, más sobrecargado, más acorde con el tipo de establecimiento. La única diferencia entre la *suite* de lujo del hotel y aquella estancia era la cama *king size* y las espectaculares sábanas rojas. Lo primero que le vino a la mente al verlas fue que, si no tenía un buen

sitio donde agarrarse, terminaría cayéndose, pues eso debía de resbalar una barbaridad.

—Bésala —repitió la mujer en un tono dominante.

Él reaccionó y se dio la vuelta para atraer a Astrid hacia sí y acatar la orden. Y lo hizo con pasión, volcando todo su deseo de una manera casi violenta.

Astrid, sin posibilidad de escapatoria, aceptó aquella invasión mientras sentía cómo su espalda chocaba contra la puerta. Se agarró a sus hombros, arrugando la camisa bajo sus puños y gimiendo agradecida de que por fin la tocara. Owen no se limitó a su boca, recorrió también todo su escote con la misma agresividad y entrega.

—Suficiente —interrumpió la morena tirándole del pelo y obligándolo a separarse.

Owen jadeó y permaneció con la mirada fija en Astrid mientras una desconocida lo trataba como a un chiquillo indisciplinado. Tan imbuido se encontraba besándola y tocándola que no la había oído acercarse.

Astrid también respiraba con fuerza, había olvidado (¿quién no lo haría?) que no estaban solos. Jadeó y miró a la mujer, que, sujetando a Owen del pelo, sonreía de medio lado. Entonces empezó a oír una melodía. No reconocía la canción, pero recordaba a tugurio clandestino de la ley seca.

—Siéntate —ordenó la mujer a Owen señalándole el borde de la cama y propinándole un brusco empujón.

Ante su exigencia, él arqueó una ceja. No estaba acostumbrado a recibir órdenes de nadie. Miró a la mujer fijamente y ella le sostuvo la mirada sin vacilar. Un duelo de voluntades en toda regla.

—Y tú, desnúdate para él —añadió ella variando un poco el tono, que adquirió un leve matiz sensual, mientras señalaba a Astrid.

A él le costó un poco eso de aceptar que una extraña se metiera en medio y que, para más inri, llevara la batuta; no obstante, terminó acatando la sugerencia. Eso sí, cuadró los hombros en un intento por no parecer un pelele y caminó hacia atrás porque no quería apartar los ojos de Astrid. Notó el borde del colchón y se sentó, excitado e impaciente a partes iguales.

La desconocida lo siguió y se subió a la cama de rodillas tras él, pegándose a su espalda para ponerle las manos en los hombros y acercar la boca a su oído.

—Ahora, mírala —insinuó lamiéndole la oreja delante de Astrid.

Joder, que le iba a dar un infarto con tanta estimulación.

Cuando sonó la primera estrofa de otra canción, Astrid supo al reconocerla que tan solo la erótica voz de Madonna, cantando *Sooner or Later*^[14], la ayudaría a pasar aquel trance y, aunque no sabía un pimiento de bailar, mientras se desnudaba se dio la vuelta para quedar de espaldas a su público, apoyó las palmas de las manos en la puerta para mantener la estabilidad y echó el culo hacia atrás para comenzar a moverlo. Despacio. Derecha. Izquierda. Doblando las rodillas con suavidad, arqueando toda la espalda, bajando hasta quedarse en cuclillas para después ascender

poco a poco..., se sentía como una cabaretera experta y, a pesar de no verlo, era consciente de los ojos de Owen fijos en sus curvas.

Él, empalmado, con la garganta seca y las manos de la desconocida manoseándolo a su antojo y manteniéndolo alerta, observaba sin poder creérselo cómo Astrid bailaba para él. Se acariciaba a sí misma con las manos mientras bajaba por el contorno, y luego se detuvo un hipnótico instante para que la parte inferior del vestido, a modo de telón, se levantase lo justo para ver el final de sus largas piernas y el principio de su apetecible trasero, para después volver a dejarlo en su sitio.

—Mírala bien, disfruta... —ronroneó la mujer mordisqueándole el cuello y apretando los pechos contra su espalda empapada de sudor.

Astrid llevó las manos a la parte superior de su espalda en busca de la cremallera; por la falta de práctica no fue muy hábil, aunque consiguió bajársela, mostrando a sus espectadores una buena porción de piel que incluía el inicio de su trasero.

Al igual que casi todo el mundo alguna vez en la vida, Astrid había visto cómo se desnudaba una *stripper*, así que movió los hombros para que el vestido resbalara por su cuerpo, procurando que la tela resultase una sutil caricia y mostrara poco a poco el resto de su piel hasta quedarse en tanga, sujetador y tacones.

Inspiró profundamente y se acuclilló otra vez utilizando la puerta como soporte para no caerse de culo. Comenzó un lento ascenso y movió las caderas a derecha e izquierda, siempre con el culo en pompa y la espalda bien arqueada. Cerró los ojos porque no podía evitar sentirse especial. Notarse observada y deseada hizo que el temor a no saber desnudarse al ritmo de la sensual música de Madonna fuera reemplazado por una poderosa excitación.

Con un movimiento sexi, se volvió hasta quedar frente a ellos. Lo vio a él. La vio a ella rodeándolo con los brazos y besándolo en la oreja, las manos clavándole las uñas en el pecho masculino. Lejos de sentir celos, se puso todavía más cachonda, lo que hizo que su siguiente movimiento fuera más insinuante.

Llevó las manos a la espalda y soltó el cierre del sostén, procurando que las copas se mantuvieran en su sitio y alargando así el espectáculo.

—Acércate —sugirió la otra mujer mientras leía el pensamiento del pobre Owen, que no encontraba suficiente oxígeno en aquella habitación para llevar a sus pulmones.

Astrid, sumisa, sostuvo con un brazo las copas de su sujetador y comenzó un desfile a cámara lenta hasta quedar justo delante de él. Vio cómo las manos de la otra tocaban a su amante, lo calentaban y lo provocaban, y sonrió. Owen debía de estar a punto de estallar y, con un poco de suerte, ella sería la beneficiada.

Aquello no lo olvidarían jamás.

—No la toques —le ordenó la mujer a Owen tirando de su pelo cuando él alzó una mano para acariciar el estómago de Astrid.

—¿Por qué? —gruñó él con ganas de mandarla a paseo, ya que sus instintos masculinos empezaban a ponerse en guardia ante tanta sugerencia. Sin embargo,

aunque le jodiera reconocerlo, todo aquel jueguecito lo estaba volviendo loco.

—Porque lo digo yo —replicó ella mordiéndolo en el cuello con saña, lo que, lejos de molestarlo, le hizo sentir un escalofrío.

—Joder... —masculló por verse privado de sus deseos más inmediatos.

—Siéntate encima de él y oblígalo a que solo utilice la boca —le indicó la mujer a Astrid.

Para que Owen no tuviera tentación de desobedecer, notó que le sujetaba las manos a la espalda, forzándolo a mantenerse erguido mientras Astrid, que culebreaba frente a él, dejó caer el sujetador y le mostró orgullosa sus pechos. Unos tentadores y duros pezones que pedían a gritos ser lamidos.

Con cuidado de no lastimarlo, ya que su prominente erección aún se encontraba enclaustrada dentro de los pantalones y el pobre debía de estar pasándolo muy mal, Astrid se acomodó en su regazo mientras seguía el ritmo de la música.

—Atrapa ese pezón, muérdelo, tira de él, dale la dosis justa de dolor para que caiga rendida —ordenó la morena, agarrándolo con brusquedad del pelo y dándole otro buen tirón, tratándolo incluso de forma despectiva, como si fuera un don nadie, un mero juguete sometido a las exigencias de dos mujeres.

Owen gimió y, por instinto, intentó liberarse rotando los hombros, pero aquella muestra de insubordinación fue respondida con un nuevo tirón de pelo. Iba a dejarlo calvo a ese paso.

—No me obligues a atarte y obedece —dijo la desconocida junto a su oído.

Ante su tono marcial, se puso a ello sin tardanza, y Astrid, para facilitarle la tarea, acunó sus propios senos y se los sostuvo a la altura de la boca para que succionara a la perfección, tanto o más excitada por cómo se estaban desarrollando los hechos.

—Oh, sí... —gimió deseosa de que pasara a su otro pecho y poder disfrutar de la misma sensación.

—¡Succiona con más fuerza!

Incapaz ya de pensar por sí mismo, Owen actuaba como un autómatas entre ambas. Notó que las muñecas estaban libres, pero mantuvo la posición, en especial cuando unas manos se colaron por debajo de su cintura, apretándole el bulto de su bragueta y liberándolo de forma parcial de la presión de sus pantalones. La mujer no se contentó con sacarle la polla, también se la meneó con destreza, mientras se apoyaba en su espalda para así mantenerlo atrapado entre los dos cuerpos femeninos.

Cuando consideró que ya se había ocupado y/o torturado lo suficiente a Owen, la invitada se bajó de la cama, no sin antes darle un buen mordisco en el cuello, y se colocó detrás de Astrid para soltarle el pelo y acariciarle la espalda. Primero con un delicado masaje y, después, con atrevidos besos por toda la columna hasta la nuca, logrando que se le pusiera la carne de gallina.

—Ponte de pie y desabróchale la camisa —exigió junto a su oído; atrapó el lóbulo y consiguió que temblara y arqueara la espalda.

Owen dio un respingo al observarlas frente a él. Un respingo y un jadeo. «Vaya

panorama».

Astrid lo miró primero a los ojos. Necesitaba una especie de aprobación, aunque quizá ya fuera un poco tardía, para todo lo que estaban haciendo y lo que aún quedaba. Owen se la otorgó sin dudarle con una pícara sonrisa, por lo que ella acercó las manos hacia los botones de su camisa y comenzó a desnudarlo. No perdió el tiempo con sutilezas. Los botones salieron de sus respectivos ojales de manera brusca y, a tirones, se la quitó. La camisa costaba una fortuna, pero acabó arrugada en el suelo.

—Lame sus tetillas, muérdeselas, clávale las uñas.

Las instrucciones que Astrid recibía eran fáciles y agradables de cumplir, aunque el receptor de las mismas seguramente tuviera algo que objetar.

Owen arqueó una ceja. Joder, eso le iba a doler. No obstante, se dejó caer en la cama para que Astrid gateara sobre su cuerpo y le pusiera la boca encima, como una gata en celo. Separó piernas y brazos quedando a su merced, y ella se inclinó hacia adelante para hacer caso de la sugerencia de la maestra de ceremonias. El miedo de él se disipó en el acto al sentir la lengua juguetona sobre sus pectorales hasta llegar a sus tetillas.

A pesar de haber recibido claras instrucciones, Astrid se movió al principio con cautela, dejando que sus senos rozaran el torso masculino y así poder unir la boca a la suya. Quería besarlo, y lo hizo, y él, en otro acto de rebeldía, puso las manos en sus caderas invitándola a que se restregara contra su entrepierna sin restricciones.

La desconocida sonrió de medio lado y los dejó hacer solo el tiempo necesario para desprenderse de su vestido de noche. Una vez desnuda, se subió a la cama, acarició el trasero de Astrid y agarró la fina tira posterior del tanga para que la parte delantera friccionara su clítoris y así gimiera con más fuerza.

Owen absorbió cada uno de esos eróticos gemidos y se dio cuenta de que debía de estar muy excitada, tanto que rayaría en la desesperación y que, por ello, necesitaba un último estímulo. De los tres presentes en aquella habitación solo él se había corrido.

—¿Quieres probarla? —inquirió la invitada metiendo la mano entre sus cuerpos para frotar la parte delantera del tanga, ya empapada.

Él asintió. Pues claro que deseaba hacerlo, eso y mucho más.

Astrid tragó saliva. No era vergüenza lo que sentía, sino más bien un poco de temor, ya que su propia respuesta le parecía excesiva. Y es que, antes de conocer a Owen, nunca había reaccionado de semejante manera.

—Tumbate y deja que te lo coma todo —prosiguió la mujer empujándola con habilidad, de tal forma que Astrid quedó recostada y a merced de ambos.

Owen se puso de rodillas. Joder, por fin una orden fácil de cumplir. Con los pantalones desabrochados, sin camisa y su polla asomando, se situó entre las piernas de Astrid y puso una mano sobre el triángulo de tela negro para después inclinarse y besarla justo ahí, encima. Ronroneó de placer al notar lo cachonda que estaba. Esa era

una de las cosas que más le gustaban de ella, su respuesta cien por cien natural. Por y para él, pensó Owen mirándola con intensidad y olvidando que en la misma habitación había otra mujer, que, si bien lo excitaba, pues, al fin y al cabo, su cuerpo respondía a las caricias como cualquier otro, no lograba hacerle experimentar lo que en aquel momento sentía, y no solo a nivel físico.

Astrid arqueó las caderas en busca de un mayor contacto. Se encontraba sensible en extremo y a punto de correrse. La sobredosis de estimulación la estaba desesperando y, si bien su cabeza avisaba de que la recompensa, tras tanta espera, merecería la pena, su cuerpo no atendía a razonamientos cuando su sexo ardía.

—Por favor... —suplicó en un gemido.

En un alarde primitivo del todo desconocido, Owen agarró con los dientes el tanga y tiró de él para dejar a la vista su apetecible sexo. Impaciente y deseoso de poner la boca sobre su coño, apartó lo que quedaba de aquel triángulo con las manos y bajó la cabeza para probarla y conducirla al orgasmo.

—No te apresures, disfruta de la textura, del sabor, observa sus gestos, sus gemidos... —sugirió la extraña con esa voz estimulante que invitaba a catar todas y cada una de sus indicaciones—. Si te limitas a pasar la lengua, jamás aprenderás a complacer a una mujer.

Owen sintió las manos de la desconocida sobre su cabeza, instándolo a no contradecirla. De nuevo tuvo la tentación de desobedecer, pues a su edad no era de recibo que le dijeran cómo comerle el coño a una mujer. No obstante, en vez de ver el lado negativo, fue práctico y se dio cuenta de que en realidad la extraña, con sus comentarios en voz alta, añadía a aquel encuentro un matiz de perversión interesante. No era algo tan simple como que solo diera instrucciones, sino que oírlas en voz alta lo volvía loco.

Astrid cerró los ojos y estiró los brazos. Aquellos consejos llegaban un poco tarde, pues Owen sí sabía complacerla y, si él seguía oyendo tales indicaciones, hasta podría enfadarse, ya que por norma general era él quien daba las órdenes. Pero, al parecer, él no protestaba, más bien todo lo contrario, y ella era la agraciada.

—Despacio... busca su clítoris. Presiona con la lengua pero con cuidado..., está muy sensible...

Podía mandarla a la mierda, sin embargo, Owen se dio cuenta de que en realidad la desconocida no pretendía incomodarlo, solo darle otra perspectiva del asunto. Además, con aquella voz sexi todo adquiriría un matiz decadente.

Levantó un instante la vista para observar a Astrid, para apreciar esos detalles que la morena mencionaba. Y vio que tenía razón. Puede que fuera la sugestión, el ambiente o a saber qué, pero veía las cosas de modo diferente.

También fue testigo de cómo la mujer se recostaba junto a Astrid y, mientras él se encargaba de lamer su sexo, ella se inclinaba para ocuparse de sus pezones.

Inspiró profundamente y se quedó como un tonto mirándolas a las dos, porque Astrid, lejos de apartarse, empezó a acariciarle el pelo, el cuello... Cuando ambas se

besaron en la boca y emitieron gemidos de placer, casi se le para el corazón.

Ellas se dieron cuenta de que las observaba embobado y le sonrieron, lo que hizo que se tomara aún más en serio su labor de satisfacer a Astrid. Como si estuviera flotando, ella agradeció las atenciones con múltiples murmullos de placer a cada paso que él daba, a cada contacto de su lengua en su sexo.

—Juega con la punta de la lengua... —musitó la desconocida haciendo lo propio sobre uno de los endurecidos pezones—. Introduce un dedo, solo uno, y acaricia su interior sin dejar de lamerla.

Astrid chilló porque era demasiado complicado asimilar tanta estimulación, tan buena. Unas manos femeninas apretaban sin descanso uno de sus pezones a modo de pinzas, con lo que experimentaba pequeñas punzadas de dolor que se mezclaban con el placer de sentir una boca húmeda y experta sobre el otro. Y, por si aquello no fuera ya para morir, además, entre sus piernas, una boca y unos dedos curiosos tocaban cada fibra sensible de su coño.

Gimió, cada vez más alto, no tenía sentido contenerse, cuando alcanzó el orgasmo. Y, a pesar de haberse corrido, sus acompañantes no la soltaron de inmediato. Continuaron acariciándola, eso sí, con menor intensidad, para que se fuera relajando.

Se quedó laxa, desmadejada sobre la cama, con las piernas y los brazos extendidos, ajena a todo lo demás. Sintió que le quitaban los zapatos de tacón y que le daban un suave masaje en los tobillos.

—Qué gustazo... —murmuró moviendo los dedos de los pies mientras miraba con los ojos entornados a Owen, que no le quitaba ojo sonriendo con picardía.

—Creo que deberíamos ser malas y jugar con él —propuso entonces la mujer con una sonrisa perversa—. Mira lo duro que está. A pesar de haberse corrido en tu boca, ya lo tienes otra vez preparado —comentó levantándose de la cama.

—Mmm... —musitó ella satisfecha, dispuesta a comprobar por sí misma lo preparado que estaba.

—Ahora vuelvo... Ve quitándote esos pantalones —indicó la morena sin mirarlos mientras se alejaba, caminando con elegancia, hacia el fondo de la habitación.

Cuando se quedaron a solas en la cama, Astrid sonrió. Había que reconocerlo: Owen, en toda esa locura, únicamente había estado pendiente de ella. No se había acercado a la desconocida ni una sola vez y, además, se lo había permitido todo con tal de complacerla.

Ninguno de los dos se atrevía a hablar. Estaban en medio de algo que no podían etiquetar y que sin duda les dejaría huella.

Owen fue el primero en reaccionar. Obviando las indicaciones recibidas, se lanzó a por Astrid, tumbándola en la cama con ímpetu, aplastándola incluso con su peso, dispuesto a besarla, y ella no le puso ni un solo impedimento. Se abrazó a él por completo, disfrutando del roce de sus pantalones entre sus muslos y su sexo, este último más sensible que nunca, y friccionándose con descarado y necesidad.

¿Por qué esperar?

Mientras él se lo pasaba en grande besándola y mordisqueándola, ella metió la mano entre ambos cuerpos y, como pudo, ya que él no se apartaba, le fue bajando los pantalones; si bien no pudo quitárselos por completo, sí al menos liberarlo lo suficiente. Owen estiró el brazo para llegar a la enorme copa de balón llena de condones que lo tentaba desde el cabecero y agarró uno dispuesto a echar el polvo exprés de su vida.

—Eh, eh, eh —los detuvo una voz severa, que añadió en tono de reprimenda—: La penetración, querido, es quizá la forma menos satisfactoria de follar, al menos para una mujer.

Astrid se quedó pensativa y él enfurruñado.

—¿Perdón? —inquirió gruñón.

La morena se rio, de él, por supuesto, y le entregó primero a Astrid una copa de champán y después a él. Se sentó en la cama con la suya, dio un sorbo, se relamió y los miró como si fueran dos principiantes.

—Qué típico de los hombres... —canturreó burlona— creer que nos morimos por su polla.

Astrid tragó saliva y pensó: «¿Qué tiene eso de malo?».

Pero no hizo la pregunta en voz alta, sino que se limitó a disfrutar de la refrescante bebida mientras observaba a Owen, que también se mantenía prudentemente callado pero con el ceño fruncido. Desde luego, aquel comentario iba directo a su hombría.

—Desnuda a tu chico, que parece incapaz de obedecer —añadió la mujer, y, para que esta vez su orden fuera acatada a rajatabla y no se dejaran llevar por sus impulsos más obvios, le arrebató la copa de champán, que apenas había probado, y colocó una mano en el pecho de Owen, empujándolo hacia atrás. Hacerle sentir como una marioneta parecía su objetivo.

Astrid pensó que él terminaría por levantarse y echarla fuera de la habitación, pero no. Por lo visto, aquella mujer ejercía alguna clase de influencia sobre los hombres que los dejaba indefensos y propensos a someterse. Sin dejar de dar vueltas a ese tema, se ocupó de sus pantalones y demás ropa hasta que quedó expuesto ante el escrutinio de la morena, quien, lejos de comérselo con los ojos, como ella misma estaba haciendo, lo examinó pasando una mano por su cuerpo, bajando por los pectorales hasta detenerse, cómo no, en la cobra. Astrid sonrió encantada con ese detalle. No podía culparla. Nada más verla, ella había sentido la misma fascinación.

Lo que ni Astrid ni Owen sabían era que la mujer estaba al tanto de la historia del tatuaje, pero que, en pos de una velada fructífera, callaría.

—Un bonito detalle... —murmuró acariciándole toda la zona rasurada—, que tu chica y yo agradecemos...

Owen siseó porque, nada más decirlo, la morena dejó caer una generosa cantidad de champán sobre su sexo y, a continuación, se inclinó para recoger con la lengua

cada una de las gotas que había derramado.

Mientras se la chupaba, él miró a Astrid, y esta comprendió cómo se lo tenían que agradecer, así que se acercó a su boca y lo besó. La reacción masculina fue previsible: gruñó y la rodeó con un brazo para tenerla bien pegada.

—Astrid... —jadeó, incapaz de mantener los ojos abiertos a pesar del esfuerzo por lograrlo y la sonrisa deslumbrante que ella le regalaba.

Ella le puso un dedo en los labios, no hacían falta palabras, y se fue deslizando hacia abajo hasta llegar a la altura de su erección. Allí, aceptó el condón que la otra mujer le ofrecía.

—Pónselo con la boca.

Owen gimió al oír eso.

¿Cuántas fantasías iba a realizar en una sola noche?

Al parecer, unas cuantas, porque, obligándose a ello, entreabrió los párpados y miró embelesado a Astrid al tiempo que la morena se acostaba a su lado y le acariciaba el pecho. No quiso tocarla, pero le parecía un poco descortés ignorarla, así que acercó la boca hasta su pecho y le lamió un pezón.

—Mmm... —suspiró ella encantada sabiendo que su chica no se enfadaría por ello. Y así fue, pues Astrid disfrutó enormemente al verlo—. Suficiente, pero prefiero follarme a tu chica.

Astrid y Owen se miraron. ¿Habían oído bien?

La desconocida metió entonces la mano debajo de la almohada, de donde sacó un arnés unido a un enorme consolador, y se lo colocó con destreza, lo cual hizo que él se preguntara por qué lo había enfundado si no iba a penetrarla. ¿Quizá para que se corriera sobre aquellas sábanas rojas sin dejar huella?

Pero cuando la vio abrir un tubo de lubricante empezó a ponerse más nervioso. La mujer derramó una generosa cantidad sobre su mano y, después, sin preguntar ni nada, lo untó a él, lubricando todo el preservativo, y con las mismas se acercó a Astrid.

—A cuatro patas.

La aludida miró a uno y a otra, y Owen comprendió su temor. No habían hablado de ello, y al más mínimo gesto él pararía aquello. No obstante, al ver que Astrid obedecía, inhaló un par de veces e intentó desterrar cualquier tipo de temor y prepararse para estar a la altura de las circunstancias.

Eran muchas circunstancias para estar a la altura, desde luego.

A Astrid le temblaron las piernas; iba a suceder, quisiera o no. Aunque lo más curioso era que, si bien no lo habían planeado, lo deseaba. Tenía miedo, una reacción lógica, pero no del tipo que te hace salir huyendo, sino del que, mezclado con la expectación, logra que sigas adelante. Cada vez que los dedos de la mujer introducían el lubricante en su recto, se tensaba; sin embargo, no se apartó y toda desconfianza se evaporó cuando Owen se inclinó y la besó con toda la fuerza que necesitaba.

Con fuerza y algo más...

La desconocida concluyó su preparación con unos encantadores besos sobre su espalda y, tras comprobar que el arnés estuviera colocado de forma correcta, se recostó en la cama y le indicó a Astrid:

—Móntame.

Sin querer procesar todas las connotaciones de aquella orden, ella se subió a horcajadas y, antes de que tuviera tiempo de respirar, sintió cómo las manos de la morena la agarraban del culo para meterle el dildo.

—Démosle a tu chico un buen espectáculo —propuso besándola— antes de que se una a nosotras.

Owen, de rodillas en la cama sin pestañear, se pasó las dos manos por la cara. Joder, es que seguía anonadado por completo. Anonadado y empalmado. Puede que lo más urgente fuera solucionar lo de su erección, que pedía un hueco a gritos; pero ya no era un adolescente, sino todo un hombre capaz de dominar, aunque fuera por poco tiempo, sus instintos porque, de conseguirlo, grabaría en su memoria unas imágenes indescriptiblemente eróticas.

Las dos mujeres gemían, se besaban, se tocaban. Se frotaban. Pezón con pezón. Y él se sentía un extraño, así que, para no quedarse como un simple espectador y tener que aplaudir al final del espectáculo, se situó tras Astrid y, primero, paseó la mano desde la nuca hasta la espalda. Una caricia como otra cualquiera hecha por el simple placer de posponer cinco segundos lo inevitable.

—Tu chico está ansioso por metértela —canturreó la mujer junto a los labios de Astrid, que continuaba montándola y disfrutando.

Owen gruñó. La palabra *ansioso* se quedaba corta para describir las ganas que sentía por participar y, además, con el aliciente extra de practicar sexo anal. No lo había escrito en la dichosa lista por precaución, aunque desde luego lo atraía, y mucho, la idea.

Se agarró la polla, enfundada y bien lubricada, y la situó en posición. Astrid gimió, pero con rapidez la otra mujer intervino.

—Mírame a mí —ordenó sujetándola del rostro—, deja que tu chico te folle el culo y disfrútalo.

Owen empujó con cautela y pensó en la forma de hacerlo sin causar excesivas molestias, pero, uno, nunca lo había hecho antes y, dos, ya no había vuelta atrás.

Otro empujón y otro más y por fin estuvo dentro. El grito de Astrid lo conmovió y quiso retirarse, pero cuando estaba a punto de apartarse, ella comenzó a gemir como nunca antes y a moverse hacia atrás, ciñéndolo en su interior y dejándolo con escasos recursos como para aguantar más que unos escasos minutos.

Atrapada por completo entre los cuerpos de Owen y de la extraña, Astrid comenzó a dejarse llevar. No hizo movimiento alguno, tan solo se dejó balancear por ambos. Nunca había imaginado que sentirse así, doblemente penetrada, fuera tan... tan... No encontraba la palabra adecuada para ello, había que experimentarlo. De repente sintió una vibración en el interior de su sexo y supo que no era un simple

dildo de látex, sino un vibrador, y bastante potente.

Al principio la doble penetración no iba acompañada, sin embargo, a medida que pasaban los segundos, tanto la desconocida como Owen encontraron el ritmo adecuado para sincronizar sus empujones. Astrid gemía porque a cada envite del enorme vibrador lo seguía uno más feroz por parte de él.

—Córrete —indicó la morena embistiendo hacia arriba—, córrete, tu chico está a punto de hacerlo...

Él, sujetándola por la cintura, clavándole incluso las uñas, no dejaba de empujar con verdadero brío.

—Joder... —masculló. ¡Y tanto! Esa maldita vibración, con la que no contaba, hizo que se tensara de una manera insoportable. Y en menos de lo que le habría gustado, acabó corriéndose, mientras gemía y jadeaba sin dejar de embestir.

Se quedó allí, quieto, en su interior, resoplando como si acabara de correr un maratón, hasta que Astrid se movió. Entonces se apartó y apoyó las manos en las rodillas, incapaz de mantenerse erguido, pero sí con fuerzas para observar a las dos mujeres y disfrutar con la imagen de Astrid, entregada por completo, alcanzando el clímax.

Ella se derrumbó sobre la otra mujer, que la abrazó, y luego ambas se quedaron así, quietas, tratando de que su respiración se normalizara. Cuando por fin fue capaz de pensar, Astrid se dio cuenta de que la desconocida había jugado y participado, pero ¿había obtenido la misma recompensa que ellos?

—Tú no has...

Sonriendo ante aquel detalle, la mujer se apartó de ella y, quitándose el arnés, le mostró la bala vibradora que iba alojada en el interior.

—Tranquila —le dijo al tiempo que le acariciaba el rostro y, después, con una ternura inusual, depositó un suave beso en sus labios.

Tras ese cariñoso gesto, se incorporó con el arnés en la mano y se bajó de la cama. Recogió su vestido del suelo, se lo puso con gracia y caminó hasta la puerta, con los tacones en una mano y el vibrador en la otra. Antes de bajar la manija se despidió con cariño, sonriéndoles.

—Pasad una buena noche; os dejos solos, sed malos. *Ciao*.

Astrid abrió los ojos y se sintió desorientada.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que aún permanecían en la habitación del club, y que Owen, acostado a su vera, respiraba relajado. Se frotó los ojos e, intuyendo que él estaría despierto, decidió hablar, pero por si acaso, optó por hacerlo muy bajito.

—¿Qué hora es?

—Casi las dos de la madrugada —respondió él, confirmando sus sospechas.

Ella hizo una mueca. Maldita sea, se había dormido como un tronco, o, como diría su abuela, había caído relocha. Aunque, teniendo en cuenta las circunstancias, no era para menos. Al agotamiento físico debía sumar el emocional, pues lo vivido superaba cualquiera de sus fantasías, las cuales, por cierto, debía empezar a tildar de ridículas en comparación con lo que esa noche se había atrevido a hacer.

Se estaba bien así, acurrucada junto a Owen. En silencio, pero siendo conscientes en todo momento de la presencia del otro. Sin embargo, Astrid pensó que sería un poco violento quedarse a dormir allí y salir por la mañana vestidos de noche cuando seguramente solo se cruzarían con empleados del club.

—¿Sería complicado regresar ahora al hotel? —preguntó en un murmullo.

Cierto es que, tras la intensidad de lo que había ocurrido entre esas cuatro lujosas paredes, ya no debería sonrojarse, pero prefería que aún fuera de noche cuando abandonaran el local. En el fondo era algo ridículo y, si él no estaba por la labor de moverse, se aguantaría.

Owen se frotó la cara y giró la cabeza para mirarla. Joder, ¿de verdad habían hecho lo que su mente no dejaba de recrear una y otra vez?

—Excelente idea —convino, porque no terminaba de sentirse cómodo allí, en esa habitación. Prefería regresar a la seguridad de su *suite*.

Le dio un beso rápido y, sin decir nada más, abandonó la cama. No estaba acostumbrado a esas situaciones y, por tanto, no tenía ni idea de cómo comportarse. ¿Debía preguntarle si estaba bien? ¿Si necesitaba algo? ¿Abrazarla en silencio? Ante la duda, y para evitar meter la pata e incomodarla, se ocupó de recoger todas las prendas del suelo y de acercárselas antes de comenzar a vestirse. Astrid guardó su ropa interior en el bolso; ya no merecía la pena ocuparse de ese detalle. ¿Qué más daba un trayecto de noche sin bragas por Bruselas?

Owen se colocó a su espalda y, sin preguntarle siquiera, le subió la cremallera del vestido, todo un gesto de caballero que remató con un sencillo beso en la nuca.

—¿Lista? —preguntó antes de abrir la puerta con su habitual tono prosaico, algo que a ella le costaba entender, pues era incapaz de hablar, y mucho menos con normalidad.

Astrid asintió y él la cogió de la mano para salir.

Ninguno de los dos sabía qué iban a encontrarse fuera de la privacidad que les ofrecía aquella estancia, aunque se lo imaginaban. Así que, cuando atravesaron la sala principal agarrados de la mano, no se sorprendieron de que aquello estuviera en su punto álgido ni de que estuvieran teniendo lugar las escenas que se podían distinguir.

Owen se fijó más en las caras de perplejidad de ella que en la conveniencia o no de llevar a cabo algunas prácticas si uno quería evitar lesiones de espalda. Notó cómo Astrid le apretaba la mano, sin duda tan atónita como él.

Pese a todo, quedó patente que, si volvía a surgir la oportunidad, repetirían sin dudar o se arriesgarían a probar algo diferente. Pero no aquella noche.

Antes de llegar a la puerta principal, un empleado los esperaba para despedirse con amabilidad e indicarles que su coche estaría a la puerta en menos de cinco minutos.

El trayecto de regreso al hotel fue rápido y silencioso. Fue Owen el encargado de conducir. Ninguno de los dos era capaz de hablar en voz alta acerca de lo que habían vivido allí dentro, no solo en el plano físico, sino también en el emocional.

Astrid se recostó en el cómodo y ergonómico asiento y se esforzó por no caer dormida. Además, evitó en la medida de lo posible mirarlo mientras estaba al volante. En cualquier circunstancia, Owen se mostraba seguro de sí mismo, y ella empezó a darse cuenta de que la ineludible separación iba a ser muy difícil, tal y como preveía.

Por eso, una vez dentro de la *suite*, se acostaron sin más. No merecía la pena romper el clima con palabras inseguras.

Eso sí, ella optó por dormir desnuda y acurrucada junto a él.

Astrid gruñó, maldijo y refunfuñó cuando, hallándose en el mejor de los sueños, oyó el timbre de su móvil. Se estiró en la cama y se percató de que, aparte de estar sola, alguien tenía muy mala leche por interrumpir su descanso.

—¿Diga? —contestó casi en un gruñido.

—Señorita González, ¿la pillo en mal momento? —preguntó una voz por desgracia conocida.

Justo la última persona con quien deseaba hablar.

—Sí. —No merecía la pena andarse con disimulos. El Adosao era, además de inoportuno, un hijo de su madre.

—Una lástima, la verdad. Tenía intención de invitarla a un almuerzo tardío.

«¿Un almuerzo tardío?», se preguntó ella poniendo cara de asco ante la idea de compartir mesa con ese tipo, y frunciendo el ceño ante lo de «tardío». Apartó el móvil de la oreja y comprobó la hora en la pantalla. ¡Cielo santo, pero si eran más de las doce del mediodía!

—¿Señorita González? —insistió De Bruyn ante su silencio.

—Sigo aquí —farfulló Astrid molesta—. ¿Qué me decía?

—Estaba invitándola con el fin de saber su postura y salvar cualquier pequeño escollo que pudiera surgir para poder hacer negocios juntos.

Ella respiró un par de veces y, pese a las ganas que tenía de mandarlo a la mierda, se contuvo. Qué forma tan asquerosamente sutil de hacer chanchullos.

—¿Puede aguardar un par de minutos? Tengo una llamada en espera —mintió para ganar tiempo y porque... ¡qué demonios!, que ese imbécil esperase un rato.

—Faltaría más.

Se levantó de la cama, se puso su camiseta verde de Grúas González, buscó unas bragas limpias (porque eso de jugar a los chanchullos financieros con el culo al aire no quedaba bien) y salió del dormitorio en busca de Owen.

Él apartó la vista de la pantalla de su portátil nada más oír sus pasos acercándose y la miró de arriba abajo. Astrid compuso una mueca de disgusto; no se puede tener mucho glamur con el pelo revuelto, unas bragas blancas de algodón y una camiseta verde.

—El Adosao está al teléfono —dijo muy bajito porque, pese a tener el auricular tapado, prefería que ese caradura creyera que estaba sola.

—Activa el altavoz —indicó Owen, también con la precaución de hablar en un susurro. Quería oír palabra por palabra lo que ese hijo de su madre tuviera que decirle a Astrid para así estar seguro de lo que se proponía y tomar la decisión correcta.

—Estoy hablando por el altavoz —le dijo Astrid a su interlocutor para que entendiera que podía oír ruidos extraños—, es que tengo que limarme las uñas —añadió sacando la lengua al teléfono.

Owen arqueó una ceja.

—¿Está sola? —preguntó el tipo, sospechando.

—Por desgracia, sí —dijo ella en un suspiro—. Como usted bien dice, el señor Boston es un hombre escurridizo —apostilló, sabiendo que, al referirse a Owen con aquella formalidad, el idiota confiaría.

El aludido mantuvo el tono neutro.

—Sí, me temo que el señor Boston no es precisamente amigo de dejarse ver en público —corroboró el chantajista, aprovechando la ocasión para provocarla. Provocación que, por supuesto, caía en saco roto.

Owen, de pie junto a ella y con las manos en los bolsillos, escuchaba con atención, elogiando en silencio la habilidad de Astrid para atraer al otro a su terreno.

—Dejémonos de cumplidos. ¿Qué quiere? —preguntó ella exagerando su enojo, como haría cualquier persona que va a aceptar un chantaje.

—Compartir una agradable y succulenta comida mientras discutimos los pormenores. Esto de hablar por teléfono resulta impersonal.

Owen se alarmó y escribió raudo una nota, que le pasó:

Dile que en el restaurante del hotel.

—No sé si es buena idea... —comentó Astrid con aire dubitativo solo para jugar

al despiste y no dar la impresión de estar ansiosa por entrevistarse con él.

Owen sonrió de medio lado. Joder, qué orgulloso estaba de ella.

—Señorita González —intervino De Bruyn, todo paciente y zalamero como buen negociador que era—, entiendo su desconfianza, pero, si así lo desea, puede usted elegir el lugar de nuestra reunión.

—Así, tan rápido, no se me ocurre ninguno... —Astrid fingió ser estúpida y corta de entendederas, que eso siempre eleva la moral del contrario y lo hace bajar la guardia—. Como no conozco la ciudad...

—Si usted lo desea, puedo enviar un coche a recogerla...

—Muy bien, dentro de una hora estaré abajo. En este hotel tienen un chef de primera —indicó ella, adelantándose a una posible propuesta alternativa por parte del Adosao.

—Tenía en mente otro restaurante...

—Mire, no poseo una excusa creíble para explicarle al señor Boston por qué voy a comer fuera. No conozco a nadie en esta ciudad y resultaría sospechoso. ¿Me sigue? —Miró a Owen, que permanecía serio y con cara de preocupación. Luego prosiguió, intentando que su tono fuera un pelín impertinente y hasta vulgar, porque de ese modo su papel de arribista sería más creíble—: En cambio, si le digo que voy a dar una vuelta por las instalaciones del hotel... —cosa que pensaba hacer—, no sospechará. ¿Me entiende lo que quiero decirle?

Joder, Owen estaba a punto de cogerla en brazos y abrazarla, besarla..., hasta de aplaudirle ante aquel despliegue de inteligencia.

—De acuerdo, entonces. La espero impaciente, señorita González. No me falle. Buenos días.

—Adiós —se despidió ella seca.

—Ven aquí... —pidió Owen abriendo los brazos y estrechándola entre ellos.

Astrid se dejó querer. ¿Quién no lo haría? Y, a pesar de que debía arreglarse para una cita de lo más asquerosa, prefirió quedarse en sus brazos un buen rato.

—Escucha —murmuró él junto a su oreja—. No te fíes. Intenta por todos los medios que cualquier propuesta te la haga por escrito. —Comenzó a peinarla con los dedos, sintiéndose un cabrón por permanecer alejado de la primera línea de fuego cuando, en realidad, era él el más interesado en devolverles la pelota a aquellos tres tipos.

—De acuerdo —respondió Astrid disfrutando de su contacto y enterrando los labios en su cuello. Qué bien olía siempre ese hombre, por Dios.

—Y, por favor, ante cualquier signo de malestar o si te sientes acosada, levántate y regresa a la *suite*.

—No te preocupes. Ese idiota está convencido de que soy como todas.

Astrid fue la primera en romper el contacto. Dio un paso atrás y, tras un beso rápido (prefería evitar la enorme tentación de echársele encima), se dirigió al cuarto de baño. Pensó en aparecer sin duchar, oliendo hasta mal para que ese indeseable no

se acercara; sin embargo, declinó la idea, pues debía sentirse cómoda para poder manejar la situación.

Owen la dejó ir, consciente de que, mientras ella estuviera fuera, no podría parar de dar vueltas por la *suite*. Lo curioso del asunto era que, en otras ocasiones, cuando enviaba a algún subordinado a hacer ese tipo de trabajos, daba por hecho que las cosas funcionaban de esa forma y no sentía remordimiento alguno. No era la primera vez que se quedaba en la sombra mientras otros le hacían el trabajo sucio; formaba parte de su día a día.

Pero Astrid era una excepción, y de ahí su malestar.

Mientras esperaba a que saliera arreglada, le vino a la cabeza la mejor manera de compensarla por eso. Puede que las mujeres inteligentes no aceptaran regalos que pudieran conseguir por sí mismas, pero él era un hombre de recursos y, por tanto, podía manejar los hilos.

Astrid apareció vestida para la ocasión con un sencillo traje sastre pantalón en color gris y el pelo recogido. Apenas maquillada, ofrecía ese necesario aspecto pulcro y profesional para enfrentarse a De Bruyn.

—Deséame suerte.

—No la necesitas —la contradijo él y, corriendo el riesgo de borrar el carmín de sus labios, la besó con ímpetu, acunando su rostro, mientras volcaba en ese gesto mucho más que el simple deseo sexual.

—Gracias; lo creas o no, lo necesitaba —dijo ella intentando bromear, hecha un manojo de nervios.

Lo dejó solo e intranquilo, pero como tenía unos hilos que manejar, Owen se sentó frente a su portátil y llamó a su secretaria.

Astrid miró su imagen en el espejo del ascensor y se repitió a sí misma que lo resolvería todo lo más rápido posible, que evitaría cualquier tipo de contacto con De Bruyn y que reprimiría las ganas de darle un bofetón.

Para esto último tendría que recurrir a toda su fuerza de voluntad.

Una vez en el vestíbulo del hotel, miró a su alrededor por si ese idiota ya estuviera allí esperando. Como no daba señales de vida, decidió ir directa al restaurante y encargarse en persona de pedir una mesa.

Para su desgracia, nada más poner un pie en el comedor, el camarero le indicó que la estaban esperando. Por si no fuera ya bastante desagradable tener que aguantar al Adosao, el Lobo también se había unido a la fiesta.

Ambos se levantaron de sus asientos mientras ella aceptaba la silla que le apartaba el camarero y se sentaba a la mesa.

—Aquí tiene, señora.

—Gracias —le respondió al camarero aceptando la carta.

No tenía ganas de comer en presencia de esos dos, pero escogió algo ligero para tener las manos ocupadas.

—En primer lugar, señorita González, quería pedirle disculpas por la confusión del otro día —declaró Discart.

—¿Confusión? —preguntó ella, sabiendo muy bien a qué se refería.

—Digamos que no fue un encuentro afortunado —añadió él escurriendo el bulto.

—Bueno, bueno, dejemos el pasado quieto, no merece la pena removerlo. Centrémonos en el futuro.

«Vaya, a pragmático no lo gana nadie», pensó ella optando por no decirle que meter mano a una mujer contra su voluntad en un aseo es, sencillamente, repugnante y punible.

—Bien dicho —corroboró el Lobo con su ensayada sonrisa de anuncio—. En fin, señorita González, antes de nada, me alegra saber que está usted dispuesta a escuchar nuestra oferta.

—Deje a un lado los eufemismos, señor Discart —intervino Astrid, marcando cada sílaba al referirse a él para poner de manifiesto que lo de «señor» le venía grande—. Vayamos al meollo de la cuestión.

Ambos hombres intercambiaron una mirada ante el tono impertinente de ella, pero como lo importante era sacar adelante el negocio, pasaron por alto su actitud.

—Muy bien. Como le expliqué, señorita González, su colaboración en este asunto es de vital importancia y, como creo que ya ha deducido por sí misma, todos podemos salir beneficiados.

—¿Cómo puede garantizarme que, una vez obtenido su propósito, yo no seré un estorbo y, por tanto, de todo lo hablado no quedará nada? Como suele decirse, las palabras se las lleva el viento —dijo ella, entrando directamente a matar. Necesitaba pruebas y esa era una forma sutil de obtenerlas.

—Tendrá lo prometido, no se preocupe —alegó De Bruyn con aire condescendiente, algo que no le gustó nada en absoluto. A cada minuto que pasaba en compañía de esos dos, más asco les cogía.

—Lo entendemos —apostilló el Lobo—. Su preocupación es lógica y, por supuesto, cuenta con nuestra discreción. El señor Boston no tiene por qué saber que esta conversación ha tenido lugar.

—Sigo sin fiarme —repitió ella obstinada. Agarró la copa de agua de malas maneras y bebió todo su contenido.

—La propuesta de negocios que usted debe avalar es la misma que se discutió desde el principio y...

—No me refiero a eso —interrumpió Astrid.

—Comprendo... —murmuró el Lobo.

—¿Es consciente de cómo quedaría mi reputación si esto llega a saberse? Voy a arriesgar mucho más que un hipotético futuro como «señora de».

—Sabe muy bien que, de llevarse a buen término este negocio, usted no se

presentará ante la familia Boston como una advenediza, tendría una respetable cuenta bancaria.

—Hum, no me convence —murmuró ella, y adoptó la misma pose que Owen cuando escuchaba una propuesta que con toda probabilidad no aceptaría.

—Y, dígame: ¿de qué forma se quedaría tranquila? Cualquier cosa que esté en nuestra mano...

—Sea concreto, por favor —le pidió Astrid sin andarse por las ramas—. Y, a ser posible, por escrito.

—¿Por escrito? —exclamó Discart, evidenciando su sorpresa.

—Hoy en día se redactan contratos para casi todo, no veo por qué este asunto iba a ser diferente.

Se había tirado un farol, y de los grandes. No tenía ni idea de cómo funcionaba eso de los chanchullos, pero seguro que hasta se había ideado una fórmula legal. Cuando trabajaba en la constructora siempre se quedaba al margen de esos asuntos, eran sus jefes quienes, a puerta cerrada, organizaban los tejemanajes. Quizá debería haber estado más atenta.

Miró alternativamente a los dos hombres y supo que tenía que sacar la artillería pesada.

—Miren, hablemos claro. Trabajo para el señor Boston, él confía en mí y sé que, a su lado, puedo serle útil en muchos aspectos y que por mí misma puedo lograr lo que ustedes han descrito como un «futuro prometedor», así que, ¿de verdad los necesito para labrarme ese futuro?

—Muy bien —aceptó el Lobo, tragándose la trola—. Le haremos llegar un preacuerdo en el que reflejaremos las cantidades.

—Que conste también la cláusula de confidencialidad —remató ella, concentrándose para no escupirles en la cara y cantarles las cuarenta.

—Por supuesto. Mañana a primera hora.

—Pero confíe en nosotros, puede ir adelantando trabajo —sugirió Discart todo ufano, creyendo que la tenían en el bote.

—¿Algo más? —preguntó ella mirando el reloj sin dejar su pose maleducada.

—De momento, no.

Astrid abandonó la mesa. La última frase dejaba muy clara una cosa: en cuanto aceptabas el chantaje, ibas a tener que aceptarlo una y otra vez, es decir, el primer paso sería convencer a Owen para que firmara un mal acuerdo y, después, siempre bajo el yugo de sacar la verdad a la luz, continuarían aprovechándose de ella.

Joder, había que tener mucho estómago para digerir algo así.

Fue directa a la *suite* que compartía con Owen y, nada más entrar, en vez de preguntar cómo había ido todo, él se olvidó de los negocios, de los hijos de puta chantajistas y del mundo en general. La besó y directamente se la llevó a la cama.

Los negocios podían esperar.

Jamás había pensado que esa frase fuera a hacerse realidad.

Como le habían prometido, a primera hora de la mañana llegó un mensajero con los documentos. Astrid firmó el comprobante de la entrega con un garabato ilegible, siguiendo el consejo de Owen. Ni siquiera se molestó en abrir el sobre, sino que caminó con él en la mano y, como si se tratara de algo apestoso, se lo entregó directamente.

Él hizo los honores y extrajo los documentos, apenas cinco folios que leyó por encima mientras sonreía de medio lado, dando muestras de que con aquello tenía a esos cabrones cogidos por los huevos.

—Además de unos malnacidos, son un roñosos —concluyó guardando los documentos en su maletín.

Se encargaría de hacerlos llegar ese mismo día a sus oficinas en Londres, donde su equipo de abogados de confianza los esperaba para revisarlos a conciencia. Ya estaban al tanto de las maniobras de esos tres cabrones y, por ello, actuarían en breve. Si todo salía según sus planes, no volvería a ver a ese trío en la vida.

—Que les den —adujo ella, huyendo hacia el dormitorio para ocuparse de su ropa.

Veinticuatro horas...

Solo veinticuatro horas para estar juntos.

Al día siguiente se subiría a un avión y regresaría a casa. Diría adiós a los mejores días de su vida sabiendo que nunca olvidaría a Owen y que no volvería a ser la misma. Quizá se estaba comportando como la típica protagonista de novela romántica, abatida y pesarosa por un amor imposible, pero, qué carajo, era la verdad.

—Te ofrecen una cantidad irrisoria en comparación con lo que pueden ganar —añadió Owen siguiéndola hasta el interior del dormitorio.

Hablar de negocios quizá no resultaba oportuno, sin embargo, no era capaz de mencionar lo que en realidad lo reconcomía por dentro.

—No quiero saberlo —insistió ella descolgando sus prendas, doblándolas y amontonándolas para guardarlas en la maleta. Si aplicaba la teoría de que la ignorancia da la felicidad, en este caso saldría ganando.

Él se quedó allí de pie, observándola con las manos en los bolsillos y sintiéndose gilipollas por no saber qué decir. Debería dar una patada a esa jodida maleta, o abrazarla o... Joder, nunca se había visto en una situación similar, de ahí su malestar y su inactividad.

Sentirse descolocado, sin recursos, lo ponía de mal humor, pues siempre tenía un as en la manga, un hilo del que tirar, pero en ese asunto no era así. Era para darse de cabezazos contra la pared. Existían mil palabras para expresar lo que sentía. Otras mil para pedirle lo que deseaba, y con toda seguridad mil más para que se olvidara de la

jodida maleta.

Astrid continuaba moviéndose por la habitación. Quizá intentaba, al mantenerse ocupada, no pensar en nada, y Owen, incapaz de actuar, decidió dejarla a solas.

El resto de la jornada transcurrió de igual forma: con largos silencios que, si bien en otros momentos no habían resultado incómodos, ahora sí lo eran, pues ninguno de los dos se atrevía a decir en voz alta lo que pensaba.

Owen se refugió en su trabajo y ella lo dejó tranquilo. No había nada más desesperante que estar el uno frente al otro disimulando, fingiendo que no pasaba nada, y por eso se acostó temprano. Intentó esperarlo despierta, pero un hombre como él, parco en palabras, acostumbrado a hacer y a deshacer sin más, no iba a cambiar por ella. Puede que Owen tuviera momentos locos, pero no eran más que leves anomalías. Siempre sería serio, responsable...

Dando vueltas a todo aquello en su cabeza, cayó dormida, quizá por agotamiento, pero no iba a ser un sueño reparador.

Se despertó y supo que apenas había dormido cuatro horas. Eran las tres de la madrugada. Él estaba acostado a su lado. Podía tocarlo, despedirse de él de una forma creativa, pero optó por no hacerlo.

Con pesar, abandonó la cama, consciente de que con toda probabilidad le costaría horrores volver a conciliar el sueño. Así pues, como no quería torturarse con él a su lado, se puso un albornoz del hotel, las zapatillas a juego y cogió una de las tarjetas magnéticas de la habitación para poder regresar pasando desapercibida. Procuró hacerlo todo sin alertarlo, y lo consiguió.

A esas horas no tenía por qué cruzarse con nadie, así que, a pesar de desentonar con su atuendo en un hotel de superlujo, se metió en el ascensor y pulsó el botón del sótano.

Un empleado la vio pasar, pero se limitó a saludarla con un sencillo gesto y una media sonrisa. Con toda seguridad, el personal estaba más que acostumbrado a las excentricidades de los ricachones, así que no había nada de lo que preocuparse.

Llegó a la piscina cubierta. Solo las luces de emergencia iluminaban la estancia. Paseó por el borde con las manos metidas en los bolsillos y observó el agua. Se mordió el labio, indecisa, pues nadar de madrugada le apetecía muchísimo, pero no llevaba nada debajo del albornoz, y no iba a regresar ahora a la *suite* a por algo apropiado.

Miró a su alrededor. Ni una mosca. Quietud absoluta, solo el leve ronroneo de la depuradora. Dejó caer el albornoz y se lanzó de cabeza al agua. Si había cámaras de seguridad, distinguirían una silueta femenina y poco más. O, al menos, eso esperaba.

Astrid disfrutó del contraste inmediato de temperatura y, tras nadar un rato, terminó relajándose, flotando sin hacer ningún esfuerzo. Tenía tantas cosas en las que pensar que no era capaz de ello. En su cabeza se agolpaban las teorías, las probabilidades, las posibles frases, el miedo a decir en voz alta lo que sentía, la vergüenza si era rechazada..., o, peor aún, si él simplemente se mostraba diplomático

y escurría el bulto haciéndole promesas para quitársela de encima y después olvidarla.

Continuó nadando, despacio, no era cuestión de batir un récord mundial, por el simple disfrute de sentir el contacto del agua sobre su piel desnuda. Un placer sencillo como último recuerdo de su estancia en Bruselas.

No tenía ni la menor idea de cuánto llevaba metida en el agua, pero poco le importaba. Al día siguiente, en el avión, ya dormiría, y si tampoco lograba conciliar el sueño, pues bueno, ya descansaría en su apartamento.

Oyó unos pasos acercándose y se quedó quieta dentro del agua, confiando en que se tratara de algún operario de mantenimiento que hacía sus quehaceres y nada más.

—Mierda —masculló rezando para que no fuera uno de esos atentos empleados del establecimiento preocupado porque una rubia excéntrica hubiera decidido ahogarse en la piscina del hotel, que eso da muy mala prensa—. Seguro que cree que estoy borracha o puesta hasta las cejas.

Se dio cuenta, tarde, claro, de que su albornoz estaba justo en el lado opuesto de donde se encontraba, por lo que nadar deprisa y llegar hasta él para salvaguardar su honor era imposible. Permaneció inmóvil en una esquina, intentando que el empleado pasara a inspeccionar la piscina, la viera, pero solo de cuello para arriba, comprobara que todo marchaba bien y después la dejara a solas.

Los pasos se detuvieron justo al lado de su ropa.

—¿Qué haces aquí?

Al oír aquella voz no supo si respirar de alivio, pues no era nadie del personal del hotel, o si empezar a preocuparse. Owen estaba allí agachado, mirándola como si le faltaran un montón de tornillos.

Debía buscar una razón coherente o inventársela. Algo así como «Soy una chica que vive en un pueblo con mar y me gusta nadar desnuda de noche».

—¿Cómo me has encontrado? —inquirió utilizando la misma técnica que él cuando quería evitar hablar de un tema en concreto.

Owen sonrió de medio lado. Podría ser claro, directo y hasta un poco cursi si respondiera: «Podría encontrarte siempre que quisiera». No obstante, nunca había sido un hombre dado a cursilerías.

—He preguntado a los vigilantes de seguridad —contestó sin querer decir toda la verdad: que se había despertado y, al no encontrarla, había llegado a pensar lo peor y que, angustiado, había salido en su busca hasta que un amable empleado le despejó las dudas sobre su paradero.

—¿Me han visto por las cámaras?! —exclamó Astrid, sospechando que la respuesta iba a ser afirmativa.

—Sí —le confirmó él, y sonrió porque intuía el motivo de su apuro, el cual no mencionaría por educación, aunque le gustaría comprobarlo por sí mismo.

—Vaya... —musitó ella.

Tenía que salir de la piscina y pasearse desnuda. No le importaba hacerlo delante

de Owen, pero sí dar el espectáculo gratuito (otra vez) para alegrar la vista a los muchachos del turno de noche.

—¿Podrías acercarme el...? —Señaló la prenda un poco avergonzada.

Owen agarró el albornoz y, disimulando su regocijo ante el apuro de la chica, lo apartó aún más del borde para que quedara del todo fuera de su alcance. Ver la expresión de Astrid, a medio camino entre el enfado y la excitación, no tenía precio.

—¿Owen?

Él sonrió de medio lado y se desnudó en un visto y no visto, lanzándose al agua con energía y nadando en una dirección muy concreta.

—¿Sí? —murmuró apartándose el pelo mojado de la frente en uno de esos gestos que podían parecer de chico de anuncio, pero que, a pesar de ser muy manido, consiguió revolucionar su motor femenino.

—¡Estás loco! —exclamó ella encantada de tenerlo pegado a su cuerpo.

Para Owen aquello fue todo un cumplido. El siempre racional señor Boston volvía a sacar su lado más visceral.

Él no tenía nada que objetar, pero sí mucho que tocar, así que le rodeó la nuca y la posicionó para besarla de manera autoritaria y expeditiva. Sin medias tintas.

Se había despertado solo en la cama. Por primera vez, había sentido pánico, y esa sensación lo había llevado a levantarse y a buscarla, sospechando incluso que había decidido adelantar su marcha, dejándolo sin posibilidad de despedirse.

—Acabas de decir que las cámaras de seguridad nos vigilan, y tú... —Astrid acarició su trasero desnudo y, aprovechando que se encontraban en el líquido elemento, le pasó las piernas alrededor de la cintura para que quedaran prácticamente encajados. Solo faltaba una pieza.

—No te preocupes ahora por eso —aseveró él.

Astrid tuvo la impresión, que no compartió, de que él había hablado con los vigilantes, y estos, ante una más que probable y succulenta gratificación, iban a hacer la vista gorda.

Owen volvió a besarla con la misma intensidad, abrazándola y flotando con ella sin saber cómo iba a hacer a partir del día siguiente cuando la despidiese en el aeropuerto.

Astrid, emocionada, respondió con entusiasmo a cada uno de sus besos y caricias, frotándose contra él, disfrutando de la fricción sobre sus pezones duros y siendo consciente de la erección que pedía paso entre sus piernas.

Era la última noche, y podía parecer una tontería, pero pensó que era el momento adecuado para decírselo.

—Si quieres... —le susurró al oído con jadeos mientras él pinzaba sus pezones—, podemos hacerlo sin...

—¿Mmm...?

—... sin nada.

Owen se echó hacia atrás para mirarla. ¿Había oído bien?

—¿Disculpa?

Astrid tragó saliva. Vaya momento había elegido. Nunca hay una manera fácil de hablar de estas cosas, porque es el tema «cortarrollos» por excelencia.

—Yo..., bueno, prefería habértelo dicho cuando llegué, pero no quería que pensaras que solo venía para..., ya sabes, acostarme contigo y eso... —Su tono apurado y dubitativo hizo que Owen frunciera el ceño.

—¿Podrías explicarte mejor?

—Verás, yo no estoy en contra de los condones, claro que no. —Menos mal que aquello no estaba iluminado, porque debía de tener la cara como un tomate murciano—. Sin embargo, como tú..., bueno, no tienes pinta de ser irresponsable y...

—¿Qué quieres decirme? —inquirió él poniéndoselo bastante difícil, la verdad.

—Que si tú quieres podemos hacerlo sin nada —soltó Astrid de forma atropellada.

Owen cerró los ojos. Vaya temita. Él tampoco tenía nada en contra del látex, sin embargo, siempre recurría a los preservativos porque, uno, no tenía pareja fija, dos, no era un suicida sexual y, tres, no se fiaba de nadie.

Había salido escaldado con respecto a ciertas mujeres que decían tomar esto y aquello, así que nunca bajaba la guardia.

—No sé qué decir...

Astrid se dio cuenta, por su tono, de que había metido la pata hasta el fondo, pero bien, además. Aunque, más allá de la desilusión por sentirse rechazada, entendía la desconfianza, y acabó sonriendo comprensiva, sin apartarse de él.

—No te preocupes. Lo entiendo. —Le acarició el rostro sin perder la sonrisa—. Debes de estar harto de la corte de lagartas dispuestas a cazarte con mil y un trucos.

—Astrid... —gimió él molesto consigo mismo porque ella no era ni de lejos de esas. Sencillamente, su propuesta lo había pillado descolocado, en especial tras haber pasado tantos días juntos.

—No pasa nada, de verdad, lo comprendo, y te respeto por ello. Eres responsable... —Owen no sabía si tomárselo como un cumplido o no—. Volvamos a la habitación.

Para evitar tentaciones y alargar un tema que podía causarles dolor, ella se despegó y comenzó a nadar dejándolo empalmado y cabreado.

—Joder —masculló sintiéndose un idiota olímpico por varios motivos.

El primero, por rechazar una oferta así, maldita sea, que hacía años que no follaba a pelo y, el segundo, y más importante, por desconfiar de esa mujer, cuando desde el minuto uno había sido todo un ejemplo de honestidad.

Dispuesto a compensarla, abandonó la piscina pensando que había desperdiciado el dinero empleado en sobornar a los vigilantes de seguridad. Aunque... a lo mejor no, porque la imagen de Astrid subiendo la escalerilla para salir, mientras le daba la espalda con el agua resbalando por su cuerpo, era impagable. Entonces se dio cuenta de que debería haber comprado a los vigilantes para que grabaran las imágenes y se

las entregaran a él en vez de pedirles que apagaran las cámaras durante una hora.

Regresaron a la *suite* con prisas, sin importarles que quienes se cruzaban con ellos murmurasen sobre su aspecto. En especial, uno de los vigilantes, que hasta saludó a Owen con una enorme sonrisa cómplice.

Owen esperaba nervioso a que ella saliera del dormitorio. Se paseaba por la sala mirando una y otra vez el reloj, estirándose los puños de la camisa. Él ya estaba arreglado, listo para salir y, a pesar de ir bien de tiempo, prefería llegar antes al aeropuerto.

Oyó el suave chasquido del pestillo y se volvió. La puerta se abrió y apareció Astrid vestida con vaqueros y un sencillo jersey de punto. Arrastraba su maleta.

Había llegado la hora de la despedida y Owen no había movido un dedo por evitarla.

—Bueno... —suspiró ella mirándolo allí, vestido de esa forma impecable que le quitaba no solo el aliento, sino hasta la capacidad de hablar—. Creo que lo tengo todo, no me dejo nada —comentó de forma estúpida solo por rellenar el silencio.

Como él permanecía quieto, callado y con una expresión seria, inspiró y caminó en su dirección. Le dio un beso rápido en los labios, un gesto ridículo teniendo en cuenta todo lo que habían compartido, pero de nuevo la falta de costumbre en lo que a aventuras amorosas europeas se refería desempeñó un papel decisivo.

—Joder... —masculló él, acunando su rostro para besarla como es debido sin medias tintas y sin disimulos. Puede que el nudo que sentía en el estómago le impidiese ser más locuaz, pero en cuanto a gestos sí coordinaba lo suficiente como para expresarse.

Astrid fue consciente de que aquel beso no era como los anteriores. No solo era una despedida; de haber sido un «hasta pronto», al menos quedaría el consuelo de saber que, pasados unos días o unos meses, volverían a estar juntos. Lo desesperante de aquello era tener claro que se trataba de un adiós de esos que te parten el alma, que sabías que llegarían pero que tenías la vaga esperanza de que no llegasen nunca.

Aun así, respondió a su beso con todo el entusiasmo, como si fuera la primera vez. Fingir al menos suavizaba un poco la sensación de pérdida.

—En fin, será mejor que nos despedamos aquí —sugirió ella, apartándose como medida de precaución para poder aguantar la escena sin mostrar su tristeza.

—Ni hablar, te acompaño al aeropuerto —la contradujo él de inmediato con un tono de voz que no admitía réplica.

Besarla quizá no había sido buena idea. Lo sabía, pero era incapaz de resistirse a tocarla una vez más.

—Lo prefiero así —alegó Astrid en voz baja, agarrando con fuerza el asa de su *trolley*—. Adiós, Owen —añadió, y le acarició el rostro. Una última vez antes de marcharse.

Luego se dirigió hacia la puerta decidida a salir de allí de una pieza, ya se derrumbaría en el avión. Bueno, seguramente en el taxi, pero prefería ser optimista.

Él se pasó la mano por el pelo. Joder, qué mal estaba llevando la situación. Vaya mierda de despedida, parecían dos extraños. Tanta formalidad empezaba a darle por el culo. Entonces se acordó de un detalle vital.

—¿No te olvidas de algo? —inquirió con aire de enfado.

Astrid negó con la cabeza y agarró la manija. Seguía sin mirarlo porque no podía. Oyó sus pasos y, cuando él se detuvo a su espalda, inspiró. En cuanto Owen la rodeó con los brazos, gimió. Aquello era un golpe bajo. Necesitaba mantener las distancias.

¿Por qué no se despedía con una sonrisa falsa y un «hasta luego» como hace todo el mundo?

¿Por qué insistía en retrasar lo inevitable?

¿Por qué no se mostraba indiferente dejándola tranquila?

A veces duele más esa contenida preocupación que una aparente apatía. Prefería mil veces que se comportara con indiferencia, así al menos podría hasta odiarlo.

Owen sacó un sobre del bolsillo interior de su americana. Hizo que ella se diera la vuelta y se lo entregó.

—Esto es tuyo. Lo que acordamos. —Qué mal sonaba eso, pensó nada más pronunciar las palabras.

—Gracias —musitó Astrid a falta de algo mejor que decir.

—¿Pensabas marcharte sin ello? —preguntó él con aire de sospecha, señalando el sobre que contenía el cheque con la cantidad que habían pactado.

—Tengo tantas cosas en la cabeza... —mintió ella, pues no quería ese dinero.

Por supuesto que le hacía falta y la ayudaría a pasar mejor los siguientes meses, pero no deseaba que algo así enturbiara sus recuerdos. A pesar de haber ido a Bruselas por trabajo, para ella aquellos días habían sido como unas vacaciones y, por ello, no veía justo aceptar una remuneración económica.

Owen sacó entonces algo más de su chaqueta.

—Guarda esto también —pidió con su habitual sequedad—. Aquí están mis números de teléfono personales, directos. Tanto de mi apartamento como de mi despacho. Cualquier cosa, Astrid, cualquier cosa que necesites, cualquier problema del que quieras hablarme, no dudes en ponerte en contacto conmigo. ¿Lo harás?

—Sí —mintió ella de nuevo, sabiendo que el único motivo por el que quería llamarlo era el único del que no podía hablar.

—Escucha, mi equipo de abogados se encargará de todo y tú quedarás al margen, pero vigila tus cuentas bancarias. Cualquier movimiento extraño, cualquier ingreso sospechoso, por pequeño que te parezca, recházalo.

—Sí —musitó ella triste.

Puede que hablar de ese asunto fuera necesario, pero cuando estaba a punto de echarse a llorar, lo que menos le preocupaba era que unos indeseables se la jugaran ingresándole una cantidad de dinero para ensuciar su nombre.

Abrió su bolso para guardar el sobre y la tarjeta y entonces vio la pequeña bolsita con los gemelos que le había comprado el día que estuvieron en el centro comercial y

que, por vergüenza o despiste, no le había dado.

La sacó y, armándose de valor, dijo:

—Ya sé que habíamos dicho que nada de regalos, pero... —Lo agarró de la mano y volcó su contenido en la palma—. Son unos gemelos, sencillos —explicó disculpándose porque ese hombre debía de tener una colección de complementos increíble.

—Astrid...

—Sí, ya lo sé, estás acostumbrado a llevarlos de oro, de platino, con piedras preciosas, y estos... —se encogió de hombros, sintiéndose cada vez más tonta— son de cristal. Los vi y pensé en ti...

No pudo continuar, pues, aparte del nudo en la garganta que se le había formado, él la estrechó entre sus brazos con fuerza, sintiéndola cerca por última vez y sintiéndose también un cretino y un cobarde.

—Insisto en acompañarte al aeropuerto —dijo cerrando un instante los ojos sin dejar de abrazarla.

Astrid negó con la cabeza.

—No, prefiero ir sola. Ya he llamado a recepción para que me pidan un taxi y creo que me estará esperando.

Decidida a no prolongar más aquella dura despedida —¿había alguna que no lo fuera?—, se soltó y con paso firme bajó la manija y entreabrió la puerta.

—Ni hablar. Ahora mismo me encargo de avisar a Arthur y que él te lleve.

—No hace falta.

—Insisto —remató él, y a ella no le quedó más opción que asentir.

Owen le sostuvo la puerta abierta y se quedó allí como un tonto, observando cómo caminaba por el pasillo en dirección al ascensor. En ningún momento Astrid se volvió ni se detuvo para mirarlo. Solo cuando la perdió de vista, él cerró la puerta de la lujosa *suite* sabiendo que acababa de cometer un error garrafal.

Una vez a salvo de su mirada, que fue constante hasta el último segundo, ella se puso las gafas de sol, a pesar de encontrarse aún dentro del hotel. Nada más llegar a la planta baja, un empleado se dirigió a ella.

—Permítame, señorita González —dijo ocupándose de la maleta—. El coche para llevarla al aeropuerto la está esperando.

No hizo comentario alguno. Como siempre, las órdenes del señor Boston se cumplían a rajatabla y en el acto.

En la calle aguardaba Arthur, con la puerta abierta del Mercedes Clase S del primer día y una expresión seria.

—Buenos días, señorita González.

—Buenos días, Arthur —consiguió decir ella a duras penas.

Por una de esas malas influencias del cine y de la televisión, creyó que a mitad de trayecto el chófer, siguiendo las instrucciones de su jefe, cambiaría el rumbo o se detendría para que pudiera llevarse la sorpresa de su vida pasando del llanto a la

sonrisa en medio segundo. Pero no ocurrió nada de eso. Tampoco Arthur, como suelen hacer los conductores de las pelis, le habló sobre las virtudes de Owen ni protestó porque el chico hubiera sido tonto al dejarla escapar. Nada, no hubo nada de eso, lo que venía a confirmar que esas situaciones solo ocurren en la ficción, jamás en la vida real. Y menos aún cuando el protagonista es un millonario serio, distante y atractivo.

—Que tenga un buen viaje, señorita González —se despidió Arthur dejándola en la terminal del aeropuerto.

El hombre había insistido, con toda probabilidad por orden de Owen, en estar con ella hasta el último segundo, pero Astrid lo convenció para poder quedarse a solas diciéndole que, si alguna vez su jefe preguntaba, ella le aseguraría que el chófer había cumplido con su recado.

Sacó el billete y se fue directa al mostrador para facturar. Iba sobrada de tiempo, pero era mucho mejor así.

—Buenos días, creo que tienen la máquina averiada —adujo señalando el trasto que le había dado error tras un par de intentos de hacer el *check-in*.

—Déjeme que lo compruebe.

La empleada hizo sus gestiones sin perder la sonrisa en ningún momento, y algo debió de ver en la pantalla que la hizo fruncir levemente el ceño.

«Qué bien entrenadas están», pensó Astrid.

—Lo siento, señorita González, pero debo informarla de que ha habido un error en su billete —le dijo la amable empleada de las líneas aéreas.

—¿Un error? —exclamó ella preocupada; a ver si se iba a quedar en tierra o, peor aún, retenida en el aeropuerto por alguna equivocación burocrática.

—Sí, pero no se preocupe. Verá, su billete original era con destino San Javier, España. ¿Verdad?

—Sí, así es —corroboró Astrid sin comprender cuál podía ser el error de la jodida máquina.

—Pues bien, lo han anulado.

—¿¿Cómo?! ¿Que no me preocupe?

Otra sonrisa ensayada para tranquilizar al personal y, por fin, llegó la respuesta:

—Simplemente le han cambiado el destino.

—Ah, bueno. ¿Tengo entonces que hacer trasbordo en España? —inquirió haciendo cábalas para llegar a casa.

—No, perdone, no me he explicado bien. Su billete es para Gotemburgo-Landvetter. En clase *business*.

—¿Gotemburgo?

—Así es. Si lo desea, puede pasar a nuestra sala vip hasta que se anuncie la salida del vuelo. Nosotros nos ocuparemos de facturar su equipaje y de llevarlo hasta el avión. En la sala dispone de todas las comodidades, un servicio de *catering*, puesto de comunicaciones o un espacio para descansar si lo desea.

Astrid cerró la boca porque no salía de su asombro. La operaria estaba haciendo todos los trámites con eficacia mientras ella, atontada perdida, permanecía allí de pie, sabiendo quién era el responsable de aquel cambio de planes.

Cuando acabó las pertinentes diligencias, se fue a la sala vip y, desde allí, envió un mensaje a Axel para que no la esperase en el aeropuerto de San Javier. Para su total desconcierto, su hermano respondió de inmediato al mensaje con un icono de cara sonriente y dando a entender que ya estaba al tanto de su cambio de destino.

Al señor Boston no se le escapaba nada.

Mejor dicho, a la secretaria del señor Boston no se le escapaba nada.

En Gotemburgo la esperaban sus padres, que, nada más verla aparecer, la abrazaron y la besaron con efusividad.

—¡Mi querida niña! —exclamó su padre, que no había aprendido el idioma a pesar de llevar años casado con una sueca y de vivir allí.

—¡Papá! —respondió ella con la misma efusividad.

Después fue el turno de Analie de achuchar a su hija. Hacía casi un año que no tenía la oportunidad de hacerlo y, como era de esperar, entre madre e hija el momento fue muy especial.

—Ya estás aquí..., ¿qué tal el viaje?

—Genial —murmuró ella refiriéndose a la parte técnica.

La habían tratado como a una reina, pero Astrid no apreciaba precisamente en ese momento todas aquellas consideraciones, puesto que tenía la cabeza en otro sitio.

—Me alegro. Hemos hablado con Axel y dice que puedes quedarte los días que quieras —intervino su padre cogiéndole la maleta mientras se dirigían al aparcamiento.

Astrid se esforzó por mostrarse alegre, sin embargo, delante de sus padres era mucho más difícil.

Cuando llegaron al coche, esbozó una sonrisa, una sincera, al ver el viejo Seat Toledo de su padre. Desentonaba como el que más en el país de los Volvo, pero era una especie de declaración de su progenitor, pese a que la marca pertenecía desde hacía años a un consorcio alemán.

Para Astrid, regresar después de tanto tiempo a Gotemburgo debería haber sido una buena oportunidad para cambiar de aires. Alguna que otra vez había pensado que, ante las dificultades que tenía en España, podía intentarlo en Suecia, pero después desechaba la idea porque le gustaba vivir en San Pedro del Pinatar, aunque fuera en el viejo apartamento de encima del garaje. Además, allí estaba Axel, que, aunque la mayor parte del tiempo fuera como un dolor de muelas, resultaba entretenido.

—Tu hermano nos ha contado que el hombre con el que has estado trabajando en Bruselas es un importante banquero —comentó su madre cuando ambas se quedaron

a solas en el cuarto que iba a ocupar durante su estancia.

Por su tono, Astrid supo que su madre no quería saber tan solo cómo le había ido en el terreno laboral.

—Sí, ha sido una oportunidad única.

Continuó sacando su ropa de la maleta. No tenía claro cuánto tiempo iba a quedarse, en especial porque quería estrangular a su hermano por irse de la lengua, pero prefería que no se arrugara. Le gustaba el orden.

—Pues da la sensación de que no vienes muy contenta. —Analie acarició el rostro a su hija, intuyendo que entre ese hombre y ella había ocurrido algo más.

—No ha sido fácil. Es un tipo exigente y yo estaba un poco desentrenada —se excusó intentando que la conversación se centrara en un tema seguro.

—Astrid, ¿te has enredado con él? —terminó preguntando Analie, utilizando una de las muchas expresiones castellanas que había aprendido mientras vivía en España.

Las lágrimas de la joven le confirmaron a su madre la respuesta que intuía.

Astrid asintió y terminó refugiándose en sus brazos y soltando el llanto que había contenido desde que había abandonado la *suite*.

—Tu hermano sospechaba algo, y ahora sé que es cierto. Ay, cariño, sabes que me duele verte así, pero tú eres fuerte. Cuando pasó lo de Esteban, conseguiste salir adelante, comportarte con valentía y no venirte abajo.

—Creo que ahora es diferente —señaló ella sollozando.

—¿Por qué? —inquirió su madre peinándola con los dedos.

—Porque sí —contestó Astrid, que se sentía tonta por dar una respuesta tan absurda.

—Axel dice que es el típico hombre rico, de esos que se llevan a las mujeres de calle.

«Gracias, hermanito».

—Axel no sabe de lo que habla.

—Pues dímelo tú.

—No es fácil, mamá. Sí, es un hombre rico, sin embargo, no es de esos.

—¿Seguro?

Analie mostraba su desconfianza. Lo que veía era sencillo. Su hija se había dejado deslumbrar por un hombre poderoso, que casi con seguridad ahora ya ni se acordaría de ella.

Astrid necesitaba llorar, quedarse sin lágrimas. Intentar razonar con ella en esos momentos era perder el tiempo, pues no podía ser objetiva, todo estaba reciente.

Nada mejor que unos días allí, con sus padres, para curar o al menos mitigar su desazón. Analie sabía que su hija saldría adelante, puede que con más esfuerzo que cuando ese malnacido de Esteban se la jugó, pero nadie podía con su hija.

Y, si no, estaba Axel para partirle los dientes a quien hiciera falta.

Owen miraba la pantalla de su ordenador sin poder dar crédito al extracto de la cuenta. Esta no cuadraba, y eso para un banquero era primordial.

Se recostó en su sillón de oficina ergonómico e intentó dar una explicación plausible a lo que los datos le indicaban. Pero nada, no se le ocurría ninguna aceptable.

Frunció el ceño, tenía que saber el motivo, maldita sea. Que en un banco no cuadrara el debe y el haber era inaudito, pero más aún si se trataba de su cuenta personal.

—Adelante —medio gruñó al oír unos suaves golpes en la puerta de su despacho.

—Buenos días; me he permitido la licencia de encargarte un almuerzo ligero —dijo su secretaria, siempre eficaz, entrando en la estancia privada que solo él utilizaba.

—Gracias, Helen —murmuró Owen, más por educación que por otra cosa.

Llevaba un mes insoportable, hasta él mismo lo reconocía. Por suerte, Helen era una mujer capaz de aguantarlo y de no echar más leña al fuego.

—Volveré luego a recogerlo —indicó ella.

Owen se puso en pie. Estaba más que acostumbrado a comer solo en su despacho, de ahí que hubiera mandado reformar un antiguo cuarto de archivo para su uso personal, una especie de *loft* donde incluso podía pasar la noche.

—Espera un momento.

Sin perder la sonrisa, e intuyendo que a su jefe le pasaba algo de índole personal, Helen se detuvo en la puerta, sin importarle que estuvieran en su hora libre para comer. Es más, siempre se mostraba encantada de poder echar una mano aunque no estuviera dentro de su horario laboral o de las atribuciones propias de su cargo.

—Dime —pidió en tono amable.

—Cancela todas mis citas de la semana que viene.

Ella abrió unos ojos como platos. Admiraba a Owen, disfrutaba trabajando para él. Es más, se podría decir que era sin lugar a dudas el jefe perfecto. Por muchas razones, pero en especial por ser un hombre metódico, responsable, previsible... Daba gusto organizarle la agenda. Cumplía el horario a rajatabla. No te descuadraba el *planning* con caprichos de última hora...

—¿Perdón? —titubeó confusa a no poder más. Era la primera vez que le pedía algo así, como para no asegurarse.

—Ya me has oído.

—Pero la semana que viene hay una reunión de la Fundación Boston a la que debes asistir, ya está confirmada tu presencia.

—He dicho que lo canceles todo —repitió él en tono serio, y levantó el teléfono

para llamar a su apartamento con la intención de que su asistente le preparase la maleta—. Ah, llama a Arthur, que se encargue de preparar el avión para esta tarde.

Ella parpadeó y salió dispuesta a cumplir todas y cada una de sus extrañas órdenes sin rechistar, pese a que no comprendía ese repentino cambio.

Owen, comportándose como una modelo anoréxica, picoteó la comida, pero en realidad lo que hizo fuera removerla en el plato. Hay ocasiones en las que uno tiene que solucionar los problemas en persona, sin intermediarios.

Así que, media hora después, y tras hacer una última comprobación en su ordenador, se dispuso a dejar hechas varias anotaciones para que su secretaria se ocupara durante su ausencia. Cuando estaba concentrado en ello, se abrió la puerta de su despacho, lo que hizo que reconociera al visitante en el acto. Nadie osaba entrar así a su oficina, nadie excepto una persona.

—Buenas tardes, he venido lo más rápido que he podido, acabo de tener una especie de pálpito...

Entornó los ojos. Patrick, el que faltaba para arreglar el día. Owen se recostó un segundo en su asiento y, adoptando su pose reflexiva favorita, los dedos entrelazados sobre el pecho, se preparó para escuchar durante cinco minutos, no más, las estupideces de su hermano y mandarlo a paseo transcurrido ese tiempo.

Hubo algo que le llamó la atención... En vez de ir vestido como siempre, de *sport*, Patrick iba hecho un pincel. De traje, con corbata, peinado formal... Era como mirarse en el espejo, salvo por el pequeño pendiente en la oreja. En ese momento, muy pocos los distinguirían.

—¿Una especie de pálpito? —inquirió Owen sarcástico.

—Oye, así, sentado, con las manos sobre el pecho, pareces el señor Burns; ¿no te lo ha dicho nadie?

—Excelente —replicó él, que ya sabía quién era el tal señor Burns.

Una de esas noches en las que conciliar el sueño le había resultado imposible (hecho insólito en él), se había puesto melancólico (otra novedad) y había recordado algunas de las conversaciones con Astrid (algunas, no, todas), lo que lo había llevado a hacer una búsqueda en internet para saber con quién lo comparaba ella siempre. Cuál fue su sorpresa al descubrirlo y, pese al inexistente parecido físico, acabó sonriendo. Aunque, por supuesto, tendría que vengarse por semejante comparación con el dibujo animado amarillo y con verrugas.

Patrick lo estaba mirando fijamente, en silencio, y eso no era buen síntoma, en especial viniendo de un tipo capaz de aburrir al más sensato con su diatriba, así que Owen se aplicó el dicho de quien da primero da dos veces y dijo:

—Veo que por fin has decidido unirme al negocio familiar. —Señaló su aspecto pulcro de ejecutivo con una media sonrisa irónica.

—¡¿Qué?! —exclamó su hermano arrugando el morro—. Joder, no. Y mira que he pasado por el despacho principal a ver si me entraba el juicio, pero no te emociones, no ha habido suerte, sigo siendo la oveja negra.

—Una pena, la verdad —comentó Owen, ya que no perdía la esperanza de atraerlo al redil familiar.

—Si voy así vestido es por un tema de trabajo. Estaba en una prueba de vestuario. No te lo vas a creer, pero voy a hacer de hombre de negocios rarito, atractivo a rabiar, con amantes a gogó, que lleva una doble vida. ¿Cómo te quedas?

—Pasmado —adujo él, pasando olímpicamente.

—Lo mismo me dije yo —intervino Patrick, sin tener en cuenta su incredulidad—. Así que, como de todas formas necesitaba documentarme e inspirarme, he pensado en venir por aquí y fijarme en ti.

—Yo ni soy rarito ni llevo una doble vida —se defendió Owen sin perder la calma.

—Bueno, vamos a lo importante. He sentido una especie de..., yo qué sé..., una conexión o como diablos se llame eso que hay entre gemelos, así que aquí estoy para enterarme del motivo.

Owen entornó los ojos.

—No me digas...

—Vale, me has pillado; tu secretaria, a la que por cierto voy a llevarme a cierto club belga en cuanto pueda, me ha llamado alarmada porque dice que has anulado todos tus compromisos de la próxima semana. Y, claro, yo me he dicho: o este hombre está enfermo o mi chica se ha vuelto loca, lo que podría ser, ya que con ella nunca se sabe.

—Es cierto, salgo de viaje.

—Mmm...

Patrick, que cuando quería tocaba la moral como nadie, miró a su hermano y, como no se le ocurría un motivo para semejante cambio en su forma de proceder y como pensar tampoco era lo suyo, decidió enterarse de la manera más directa, preguntando:

—¿Tiene algo que ver con tu reciente viaje a Bélgica?

—¿Y...? —murmuró Owen. No tenía por qué mentir, pero tampoco debía contarle los detalles.

—Excelente, me lo tomaré como un «sí» —indicó Patrick imitándolo en el tono y en la postura—. Segunda pregunta...

—Oye, por lo general no me importa perder tiempo contigo, pero de verdad, Patrick, salgo de viaje y...

—¡A ver si va a ser más grave de lo que pensaba...! —exclamó él sobreactuando—. Si ya sabía yo que eso de ir a clubes de élite sin antes haber hecho una especie de entrenamiento básico no podía ser bueno...

—No te pases... —refunfuñó Owen ante su tonito condescendiente.

—Ah, por cierto, saludos de Brigitte.

—¿Quién coño es Brigitte? —inquirió él sin entender el repentino cambio de tema.

Patrick arqueó una ceja y sonrió picarón, disfrutando del desconcierto de su hermano. Aquello iba a ser aún más divertido.

—Brigitte es la dueña... —comentó y, como se imaginaba que Owen iba a atar cabos en breve, quiso regodearse.

—No conocí a la dueña —masculló él.

—Pues ella a ti sí. Me ha dicho que eres un hombre educado, considerado...

—Joder... —farfulló Owen al unir las piezas.

—Y que tu tatuaje es como yo le había descrito.

—No me lo puedo creer...

—Hombre, es que si fuiste a Chez Glassé de mi parte, lo más lógico es que conocieras a la dueña.

Para dar por zanjado el tema y no entrar en detalles, que su gemelo era capaz de preguntar hasta el más mínimo, Owen comenzó a recoger los papeles que tenía sobre su escritorio, comprobando que iba bien de tiempo.

Sin embargo, a medida que dejaba su mesa impoluta, se dio cuenta de que una vez más necesitaba consejo del improvisador número uno del planeta para poder seguir adelante.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —Se acomodó de nuevo en su sillón. Podía permitirse el lujo de perder media hora, ya que iba a viajar en *jet* privado y, por tanto, los horarios los fijaba él a su conveniencia.

—Por supuesto. Dispara.

—Nunca has organizado tu futuro, ni te has parado a planificarlo... ¿Cómo cojones lo haces para que las cosas te salgan bien?

Patrick, que como era normal tampoco lo había pensado porque, de hacerlo, ya no sería improvisación, se encogió de hombros.

—Si te digo la verdad, no lo sé. ¿Por qué?

—Porque estoy a punto de ser como tú.

Patrick hizo como si se limpiara las orejas porque no debía de haber oído bien.

—¿Perdón?

—Lo que oyes —confirmó él.

—Owen, por primera vez, me dejas sin palabras...

—Vaya...

—Aun a riesgo de ganarme un bofetón..., ¿tiene algo que ver con una rubia espectacular?

Él inspiró y asintió.

Pese a que su intención era no entrar en detalles ni hablarle de Astrid, pues Patrick podría utilizarlo en su contra, comenzó a contarle cómo la conoció y poco a poco se fue confesando hasta acabar aceptando ante su hermano que estaba más afectado de lo que nunca habría imaginado y que debía ir en su busca para aclarar varios asuntos.

Lo más sorprendente de aquella conversación fue que Patrick en ningún momento

hizo bromas ni se mofó, y mucho menos se mostró sarcástico. Todo lo contrario: se comportó de una forma adulta, responsable y sin rastro de las divagaciones tan habituales en él.

—¿Y bien? —preguntó por último Owen, sabiendo que el consejo de su hermano sería: «Corre al aeropuerto y ve a por esa chica». Eso sí, puede que añadiera algo así como: «Que no se te volverá a presentar una oportunidad semejante y eres un poco tonto en el tema femenino».

Como no podía permanecer sentado, se puso en pie y se acercó a la ventana. Ver pasar gente desde lo alto de su despacho no tenía ninguna emoción, pero era una distracción sencilla.

—Me dejas alucinado... Si no he entendido mal, un coche te deja *tirado* y te acabas *tirando* a la chica que viene a rescatarte... Lo dicho, alucinado...

—Más o menos viene a ser eso —señaló él aceptando resignado el resumen, bastante capcioso, de su hermano, pues no iba a perder el tiempo en corregirlo.

—Y tu intención es presentarte en casa de la chica, sin avisar, sorprenderla y, ¡tachán!, todo resuelto. —Patrick negó con la cabeza.

—¿Qué tiene de malo mi plan? —inquirió él suspicaz.

—Owen, hazme caso: tú, improvisando, eres un desastre.

—De ahí que quiera escuchar tus consejos —replicó él sin apartar la vista de la ventana.

Al ver que el tema era muy pero que muy serio, Patrick se esforzó por no hacer bromas, pero resultaba complicado, así que cambió de asiento.

Ocupó el sillón de director general, reclinándose incluso para ver si se le pegaba algo. En teoría, algo tendría que haber heredado de su padre. Apoyado en el reposabrazos, giró a derecha y a izquierda. Básicamente hizo el tonto, y hasta llegó a coger un folio en blanco, la estilográfica, y se puso en posición.

—Siéntate y organicemos esto.

Owen miró por encima del hombro y arqueó una ceja.

—Ya era hora de que asumieras tus obligaciones... —comentó encantado al verlo allí sentado.

—Déjate ahora de estupideces y escucha.

—Soy todo oídos.

—Punto uno, por norma general, la gente comete la estupidez de pensar que, si uno cambia, las cosas se solucionarán de inmediato. Pues bien, hermanito, lamento decirte que no es tu caso.

—Curiosa forma de ver la situación.

—O, lo que es peor, pretende hacerlo de un día para otro, arriesgándose a joder más aún el asunto y, lo que ya es el colmo, a que se rían con descaro de uno por hacer el imbécil.

—Joder, vaya sabiduría —masculló Owen.

—Siento decirte que, a tenor de lo que me has contado, no podemos estar seguros

de si esa mujer es inteligente a secas o inteligente y sincera.

—Desarrolla esa idea, por favor —pidió Owen, acomodándose donde por lo general lo hacían sus visitas.

Se cruzó de brazos. Estar al otro lado daba una interesante perspectiva, y se moría de ganas de escuchar la teoría de su gemelo, porque Patrick aburría a diestro y siniestro con sus elucubraciones, pero de vez en cuando sabía dar la puntilla, y como él estaba más perdido que un pulpo en un garaje, pues cualquier idea, por absurda que fuera, podía ser la más acertada.

—Ha rechazado tu dinero...

—Sí —corroboró él de mala gana.

—Bien, preguntémonos entonces: ¿lo hace porque es inteligente a secas y sabe que, renunciando a lo que podría ser una limosna, dada tu cuenta bancaria, puede aspirar al premio gordo o..., por el contrario, es inteligente y sincera y de verdad le interesas?

—Mmm...

—De ahí que, en este caso, lo mejor es que seas tú mismo.

—¿Yo mismo? ¡No me jodas! —exclamó Owen alarmado, ya que por haber sido «él mismo» estaba ahora en esa situación.

—Necesitas tener todos los datos, analizarlos, comprobarlos y, después, si te convencen, entonces puedes presentarte ante ella.

—¿Hablas en serio? —inquirió Owen sin saber hasta qué punto Patrick le estaba vacilando.

—¡Por supuesto! —exclamó su hermano ofendido al oír que ponía en duda su teoría—. Vas a viajar, pero ya. No puedes perder ni un minuto, no vaya a ser que otro se te adelante, que no andas sobrado de experiencia y, si la memoria no me falla, esa mujer es todo un bombón.

—¿En qué quedamos? ¿Improvisado o no improvisado? —inquirió Owen exasperado, pasando por alto la apreciación sobre Astrid, a la que no podía objetar nada, claro está.

—No, nada de ir a lo loco, que tú no sirves para eso, Owen. Eres el gemelo bueno, el organizado, el responsable... —le recordó por si acaso Patrick con tonito de sermón.

—Digo yo que algo negativo tendré, ¿no? —protestó él.

—Mmm, déjame pensar...

—Es para hoy.

—No, no insistas, la oveja negra soy yo. Así que no le des más vueltas y concéntrate. ¿Qué sabemos de su familia?

Owen parpadeó. Cuando Patrick adoptaba ese aire tan profesional, le recordaba al padre de ambos.

—Conozco a su hermano. Dirige un pequeño negocio de grúas y reparación de automóviles.

Patrick hizo unas anotaciones antes de continuar.

—De acuerdo. Esto es lo que vas a hacer. Te vas para España, y nada de ir a por la chica. Primero recoges información, la observas y, solo cuando estés convencido de que merece la pena, intervienes.

Owen se cruzó de brazos. Joder, si incluso tenía razón. Hasta hacía una hora estaba plenamente convencido de que Astrid era la mujer de su vida, pero ¿y si no lo era?

—Si vas a buscarla y actúas de manera irresponsable, ¿cuánto crees que durará tu período de enajenación, digamos..., *amorosa*? —prosiguió Patrick leyéndole el pensamiento—. Recuerda que en esto de los líos de faldas tienes, que yo sepa, una experiencia más bien limitada, así que debes hacer las cosas con cabeza y la bragueta cerrada, que las mujeres son seres superiores y pueden liar al hombre más cabal.

—Tengo edad más que suficiente como para saber eso —se defendió él molesto. De acuerdo que no había sido un picaflor, pero, oye, algún que otro lío había tenido.

—Recuerda a esa fulana que te quería liar cuando estabas en el último año de universidad. Las mujeres te ven y, como si fueran dibujos animados, se les pone el símbolo del dólar en los ojos.

—Y ¿a ti no te lían?

—También —convino Patrick en un suspiro—, pero como no soy educado, digo burradas y me emborracho..., bueno, ya no tanto, porque he hecho un pacto con tu secretaria... Dejo que me esconda el alcohol y, a cambio, ella tiene que encontrar...

—Me hago una idea —lo interrumpió Owen antes de conocer los detalles más íntimos de su secretaria y también cuñada.

Su hermano se echó a reír.

—Mira que eres reprimido. Bueno, da igual. Vamos a lo importante, que ahora tenemos que resolver tu vida sentimental, que la mía está más o menos organizada y alguien tiene que darle nietos a mamá.

—De acuerdo, lo haremos a tu manera —aceptó Owen sorprendido de la capacidad de organización de su gemelo.

En ese instante oyeron unos golpecitos en la puerta y ambos supieron en el acto de quién se trataba.

—¿Se puede?

—Adelante.

Helen entró en el despacho y miró alternativamente a los dos hermanos sin entender nada. Patrick permanecía apoltronado en el sillón de director, imitando a su gemelo, y este, sentado en la parte de las visitas, fruncía el ceño.

—¿Ocurre algo? —inquirió preocupada.

Owen se puso en pie, agarró su americana y se acercó hasta su secretaria con una peligrosa sonrisa en el rostro.

—Te presento a tu nuevo jefe —le dijo señalando a su hermano. No ocultó su regocijo, en especial al ver la cara de auténtica sorpresa que pusieron ambos al oírlo.

—¿Cómo?! —exclamó el aludido, levantándose como si el sillón tuviera pinchos y hasta poniendo cara de asco—. No hagas bromas de mal gusto, por favor.

—¡No puede ser! —gritó Helen alarmada ante aquella posibilidad.

—Va a sustituirme en la reunión de la fundación la próxima semana. Ponlo al corriente.

—¿Estás loco? —adujo Patrick, más alarmado aún que su chica—. Que te hundo el negocio en tres días y luego vienes quejándote.

—Dimíto —declaró Helen—. Con él es imposible trabajar —añadió, sabiendo muy bien a qué se refería.

Antes de ser la secretaria de Owen, había tenido la mala suerte de ser la asistente personal de un actor caprichoso, egocéntrico y con tendencias surrealistas. Ahora convivía con él, pero en el ámbito doméstico no era tan estrellita.

—Eh, que no soy tan tonto —se defendió el actor—. Y el traje me sienta de puta madre. ¿A que sí? —preguntó a los presentes, posando como si estuviera delante de las cámaras.

—Y ¿qué pasa con tus compromisos? —le recordó Helen a su novio.

—Bah, soy la estrella principal, tendrán que aguantarse. ¿Dónde está la llave de la sala de juntas? —inquirió Patrick obviándola y centrándose en lo importante.

—Ella la tiene —respondió el banquero, dando muestras evidentes de que se lo estaba pasando en grande.

—Owen, por favor —suplicó Helen preocupada ante la que se avecinaba si Patrick aceptaba la sugerencia y se presentaba allí todos los días.

—Pues la verdad es que hasta puede ser divertido... —murmuró este moviendo las cejas para desdicha de ella, que no daba crédito.

Owen se echó a reír. Joder, debería haber hecho eso antes.

—¿Quién decía que no tenía un lado oscuro? —les soltó a los dos, dejándolos a cargo de todo y saliendo de su despacho dispuesto a solucionar un asunto importante.

Si había algo que Owen sabía hacer a la perfección era cumplir un programa. Así que, después de un par de días sintiéndose un mirón y de reprimirse para no salir en busca de Astrid, había llegado el momento de la prueba definitiva.

No acercarse a ella sabiendo que estaba a tan solo unos metros, verla salir del trabajo (algo que lo repateaba, pues continuaba sin entender por qué seguía de camarera y limpiadora teniendo un currículum como el suyo) le estaba suponiendo una dura prueba, ya que el cuerpo le pedía entrar en el hotel, poner de patitas en la calle al jefe de personal y llevársela a casa. Le hervía la sangre por muchas razones, aparte de la impaciencia por volver a tocarla, pero los planes se trazan para cumplirlos.

—¿Alguna cosa más, señor Boston? —le preguntó Arthur tras acercarlo a su hotel después de una última ronda de reconocimiento tras la cual ya no albergaba duda alguna: Astrid era inteligente y sincera.

—No, gracias. Ahora comienzan oficialmente tus vacaciones. Diviértete, y enhorabuena por tu reciente boda.

—Gracias, señor —respondió Arthur un poco cohibido, pues rara era la vez que recibía ese tipo de comentarios por parte de su jefe.

Owen se dirigió a su *suite* dispuesto a cambiarse para la cita que tenía en menos de una hora. Aún seguía dándole vueltas al asunto de su chófer sin poder creérselo. Nunca se ocupaba más allá de la cordialidad de los asuntos personales de sus empleados, a excepción de Helen, y porque era no solo su mano derecha, sino también su cuñada (aunque no se había casado con Patrick, toda la familia la consideraba como tal). Así que, cuando su chófer le presentó a su novio, puso cara de circunstancias. Llevaba tiempo trabajando para él y nunca había observado nada que lo indujera a pensar en la posibilidad de que Arthur fuera gay. No tenía nada en contra de los homosexuales, pero jamás habría imaginado que su chófer, con su metro noventa, aspecto militar, serio, fuera gay. Claro que tampoco estaba él muy versado en ese ambiente, así que no podía opinar. Como el asunto de la reciente boda de su conductor, la verdad, le preocupaba más bien poco, dejó de pensar en ello y se concentró en lo que tenía entre manos.

Vestido de manera más informal, cogió las llaves del coche, pese a que odiaba conducir, la cartera y las gafas de sol para dirigirse a una reunión que podría calificar de *extraña*.

Salió del hotel donde se alojaba, uno de menor categoría que el utilizado durante su primera visita a San Pedro del Pinatar y situado a las afueras por razones obvias, y se montó en el coche, un impresionante Alfa Brera negro. No había sido su primera opción, pues su deseo era pasar desapercibido, pero a falta de algo mejor...

Tardó apenas quince minutos en atravesar las calles y llegar a la «sede central» de

Grúas González. Sabía a la perfección que Astrid no estaría por allí, así que aparcó y entró dispuesto a mantener una interesante entrevista con su posible futuro cuñado.

Caminó decidido por el taller hasta llegar a la pequeña y caótica oficina, donde Axel se encontraba hablando por teléfono. Mientras este finalizaba la conversación, Owen miró a su alrededor. Todo seguía igual, las mismas y cuestionables fotografías continuaban allí.

No pudo evitar mirar hacia arriba, al piso superior, donde ella vivía y en donde todo había ocurrido por primera vez. Si sus planes se desarrollaban según lo previsto (y no tenían por qué fallar), a la hora de la cena podría ir a buscarla al hotel y en veinticuatro horas tenerla junto a él en su apartamento.

—Buenas tardes —lo saludó Axel tras colgar el teléfono mirándolo con desconfianza.

—Buenas tardes —respondió él sin sentarse, a la espera de que se lo indicase su anfitrión.

—Supongo que no has venido a que te arregle el coche.

—Sabes perfectamente que no —replicó Owen sin perder la calma pero sin dejarse avasallar. Saltaba a la vista que aquella entrevista no iba a ser cordial.

—No sé qué pintas tú aquí, la verdad.

—Quiero hablar contigo. De tu hermana.

Axel arqueó una ceja suspicaz. A saber con qué cuento le venía ahora ese tipo. No le apetecía partirle la cara porque había quedado con una tía estupenda para cenar y lo que surgiera, y se le podía hacer tarde, que, si no...

—Debería echarte después de haberte aprovechado de ella, pero hoy me has pillado en un día bueno. ¿Qué quieres?

Ante su «efusivo» recibimiento, Owen arqueó una ceja. No iba a corregirlo en cuanto a lo de aprovecharse de su hermana porque tenía pensado aprovecharse mucho más, tan solo quería dejarlo todo resuelto, a su favor, como era obvio.

—Hacer las cosas bien y dejar claras algunas otras.

—Pues a mí no me apetece.

—Antes deberías escucharme —sugirió Owen armándose de valor ante la manifiesta hostilidad del gerente de Grúas González.

—Estoy hasta los cojones de los tipos como tú, ¿sabes? Trajeados, guaperas y con la cartera llena, dispuestos a engatusar a Astrid.

—Yo no engatuso a nadie —adujo él sin perder la calma.

Axel, cuya virtud principal no era la paciencia, se acercó hasta el pequeño frigorífico y sacó un par de cervezas bien frías. Puede que tuviera que partirle la cara, pero no iba a dejarlo morir de sed. Le entregó una a su invitado y este la aceptó mirando el botellín de forma extraña, mientras daba a entender que beber a morro no era lo suyo. A Axel, sin embargo, le traía sin cuidado; ahora no iba a andarse con zarandajas ante el milloneto.

—Pues permíteme que lo dude —le rebatió tras dar un buen sorbo a su cerveza—.

Apareces por aquí, te la llevas para trabajar, te aprovechas de su experiencia y de su inteligencia y, a los quince días, le das la patada en vez de ofrecerle un puesto. Mi hermana vale mucho, que no se te olvide —dijo cabreado.

Axel sabía que ella no había trabajado solo para él, pero si bien se preocupaba por los asuntos personales de Astrid, le interesaban más los profesionales.

—Lo sé —convino Owen.

—Pues entonces eres más cabrón de lo que imaginaba.

—¿De verdad piensas eso? —Ya que no iba a rechazar su ofrecimiento y parecía un imbécil con la cerveza en la mano, Owen se llevó el botellín a los labios. Puede que a veces fuera un poco estirado, pero no tanto como para no saber disfrutar de una cerveza bien fría.

—Astrid es diferente —apuntó Axel orgulloso.

—Créeme, lo sé.

—Me jode y mucho que esté limpiando la mierda de otros por cuatro duros teniendo el currículo que tiene.

—En eso estamos de acuerdo.

—Ya, pero no veo ningún contrato de trabajo sobre la mesa —replicó Axel con sarcasmo. Que el tipo reconociera la valía de su hermana de poco servía; quería hechos, no palabras.

Owen arqueó una ceja ante la vehemencia con la que aquel pretendía colocar a su hermana.

—No he venido por ese asunto —adujo con cautela, pues, si bien estaría encantado de tenerla trabajando junto a él, también sabía que Astrid no lo aceptaría, por lo que debería idear un plan respecto a su futuro laboral.

—Ya lo sabía yo: eres como todos.

—Creo que me estás juzgado de forma precipitada.

—Mira, mi hermana solo tiene un defecto... Es demasiado buena, y eso se paga. No tengo inconveniente en partirte la cara como al imbécil de Esteban, con quien salió durante cuatro años, otro tipejo de traje y gilipollas.

—¿Esteban? —Owen frunció el ceño ante la mención de otro hombre. Nunca había desarrollado un instinto posesivo, no obstante, le entró la curiosidad.

—¿No te ha hablado de él? ¿Del imbécil que le arruinó la vida? ¿Del papanatas que se aprovechó de ella? ¿Del chuloputas que va paseándose por ahí como si fuera un dios?

—No —dijo él tomando nota de los calificativos empleados. El tal Esteban debía de ser un sujeto de cuidado, porque vaya huella que había dejado en el gerente de Grúas González.

Axel entornó los ojos y miró al tipo que se interesaba por su hermana... No le daba buena espina. Siendo sinceros, en general, ningún hombre era lo bastante bueno para Astrid, y menos ese. Por varias razones: la primera, porque hablaba poco y, como dice el refrán, «Dios me libre de los mansos, que de los bravos me encargo yo».

—Pues, para tu información, Esteban, el caradura, era su novio.

—Me hago una ligera idea —murmuró Owen, aceptando que Astrid, como cualquier mujer de su edad, tuviera un pasado. No obstante, lo reconcomía por dentro, ya que, si le había causado daño como aseguraba Axel, era lógico que ella se mostrara cautelosa.

—No, no te la haces. Ese chulo la engañó de la peor manera.

—¿Le fue infiel? —inquirió aplicando la lógica.

—¡Si solo hubiera sido eso...! —resopló Axel—. La estafó.

—¿Perdón?

—La estafó —repitió mostrando su desagrado al pronunciar cada sílaba—. Ese hijo de puta es director de banco.

Owen cerró los ojos un microsegundo. Eso sí era don de la oportunidad, y lo demás, tonterías. Joder...

—Astrid trabajaba como administrativa en una constructora —prosiguió Axel ajeno a la revolución interior del tipo—. Todo le iba bien y, como se encargaba de las negociaciones con el banco, conoció a Esteban. Una cosa llevó a la otra y empezaron a salir. Nadie podía poner una pega a ese lameculos, elegante, con dinero, guapo..., vamos el yerno que todas las madres buscan.

—Y ¿qué pasó?

—¿Has oído hablar de la burbuja inmobiliaria? —preguntó Axel con recochineo, y Owen asintió—. Pues que nos estalló en toda la cara, eso es lo que pasó. La empresa empezó a ir mal y, claro, los dueños, en vez de salvarla con la fortuna que amasaron durante los años buenos, la dejaron caer y Astrid se fue al paro.

Owen no era ajeno a esos asuntos. ¿Qué podía decir al respecto? Pues muy poco, ya que normalmente de aquellos menesteres se ocupaban sus subordinados.

—Mi hermana, convencida por aquel soplagaítas, se había comprado un piso. Como ganaba un buen sueldo, merecía la pena, hasta aquí todo normal. Pero su «novio», no contento con hacerle firmar una hipoteca abusiva, va y se ocupa de invertir sus ahorros.

—Intuyo por dónde van los tiros —masculló Owen.

—Así que, cuando la despidieron y empezó a tener problemas para pagar la mensualidad, intentó recuperarlos, y entonces fue cuando se enteró de que ese cabronazo había invertido el dinero en preferentes.

Owen se pasó la mano por la cara sin poder dar crédito a lo que estaba oyendo. Joder..., ahora entendía las reticencias de Astrid y la actitud sobreprotectora de su hermano, y no era para menos.

—Y ¿qué ocurrió después?

—Que la pusieron de patitas en la calle. Como suele decirse, y perdón por la vulgaridad, cagando y sin papel. Se quedó sin casa y sin dinero para poder hacer frente a los pagos.

—¿Qué hizo ese hijo de mala madre?

—¿Tú qué crees? Pues nada. Se desentendió y, como es un lameculos, para salvar su puesto prefirió joderle la vida a mi hermana en vez de devolverle su dinero.

Owen inspiró, decidido a no romperle los dientes a nadie, porque nunca antes lo había hecho y porque tenía a su alcance herramientas mucho más sutiles para devolverle la pelota a ese cabrón.

—¿En qué entidad trabaja?

—No te molestes en ir a partirle la cara, ya lo hice yo, y me quedé bien a gusto. Lástima que hayan inventado la cirugía plástica. Pero, si quieres saberlo, en la Caja de Inversiones Dos Mares.

Nada más oír el nombre, Owen dio un respingo.

—¡Joder! —exclamó al darse cuenta de que había estado a punto de absorber esa entidad.

—Vaya, ¿a ti también te han estafado? —dijo Axel con recochineo cruzándose de brazos, pues no esperaba una reacción de ese tipo por su parte.

—Casi —admitió Owen, dejándolo sorprendido.

—Así que, como comprenderás, estoy hasta el gorro de mindundis que vienen por aquí a intentar aprovecharse de mi hermana. Ahora tengo que verla sufrir aceptando empleos de mierda o, peor aún, haciendo horas extras aquí, en el taller, o saliendo con la grúa, mientras se expone al peligro, ya que uno nunca sabe qué clase de gente rarita puede aparecer.

Owen no se dio por aludido.

—Créeme, no es mi caso —le aclaró de forma innecesaria, pues ya lo había juzgado y condenado.

—Eso dices, sin embargo, tienes toda la pinta de embaucar a la gente. Joder, que eres banquero; no puedes ser de fiar.

—Astrid es importante para mí.

—A otro perro con ese hueso. Prefiero mil veces que se distraiga con tipos normales, de esos que están de paso, así, al menos, no se aprovechan de ella. Puede que seas mucho más que un director de una sucursal, pero me la sopla los millones que tengas. Astrid es mi hermana y, si tengo que darte de hostias, con tal de que la dejes tranquila, lo haré.

—Aprecio tu preocupación, sin embargo, te aseguro que no es el caso —insistió Owen.

—Entonces ¿para qué la buscas?

Ese era el meollo de la cuestión. No porque tuviera dudas, sino porque hablarle abiertamente a Axel sobre sus sentimientos le parecía, además de cursi, improcedente. Era algo que pertenecía al ámbito privado y, por tanto, prefería no hacerlo.

—Si me lo permites, es algo entre tu hermana y yo. Antes debo hablar con ella. Y, sí, estoy de acuerdo con lo de que su trabajo es una mierda. Voy a ocuparme de eso también.

—Pues lo llevas *clarinete*. El jefe de personal del hotel, el Borjita, la tiene en el punto de mira. Como Astrid no quiere salir con él (yo, si fuera mujer, tampoco querría, la verdad), en vez de respetar su puesto como camarera, va y la manda a la cocina a fregar cacharros, y encima por menos dinero y con un contrato por horas de mierda.

A Owen aquello lo puso en el disparador.

—Ese es uno de los motivos por los que estoy buscándola. Quiero que se venga conmigo a Londres.

—¿Vas a contratarla? —preguntó Axel con ironía.

—No.

—Pues entonces ya te estás largando. Mi hermana no es ninguna mujer florero a la que llevar colgada del brazo, ¿estamos? Tiene estudios, habla idiomas. No va a ser una de tus posesiones.

Ante tanta hostilidad, a Owen ya no le quedaba más que un argumento. Solo confiaba en que Axel no desvelara su juego y le estropeará la sorpresa.

—Voy a casarme con ella —declaró.

Axel arqueó las dos cejas; era lo último que esperaba. Los tipos ricos no necesitaban casarse para llevarse a las chicas al huerto.

—¿Por qué? —inquirió frunciendo el ceño, pues no se fiaba.

—¿Tú qué crees?

Aquello era una pelea de gallos en toda regla, y Owen, poco o nada acostumbrado a sacar los espolones, temía enzarzarse en un debate que tocara temas íntimos en los que no deseaba entrar.

—Yo lo que creo es que estás mal de la cabeza si piensas que ella va a aceptar. Me parece que no la conoces. ¿Te la imaginas siendo una esposa trofeo en casa esperando que tú vuelvas? ¡No me hagas reír, por favor! Mi hermana no ha estudiado y ha sacado las mejores notas de su promoción para eso.

—Y ¿quién ha dicho que pretendo encerrarla en casa? —inquirió Owen, cabreándose por momentos ante aquella sarta de suposiciones infundadas que lo dejaban a la altura del betún o incluso por debajo.

—Los tipos como tú no quieren a su lado a una mujer inteligente que pueda hacerles sombra. No queda bien.

—Escúchame bien porque me estás empezando a tocar los cojones —lo interrumpió, harto de tanta tontería—. Astrid es importante para mí. Claro que la quiero a mi lado y por supuesto que aprecio su inteligencia. Ese es uno de los principales motivos por los que no puedo dejar de pensar en ella. Si hubiera deseado una esposa llavero, como tú dices, que llevar colgada, hace tiempo que la tendría porque, y no voy a pecar de modestia, he tenido un sinfín de oportunidades y ofertas entre las que elegir. No obstante, nunca he querido casarme hasta conocer a tu hermana. ¿Queda claro?

—Y ¿cómo sé que no mientes?

—Porque, durante el tiempo que ha estado conmigo, no le he comprado ni un solo regalo. No he inventado excusas para evitar su compañía, y porque estoy aquí, soportándote.

Ambos se retaron con la mirada. Axel disimuló su satisfacción ante aquellas palabras pronunciadas con vehemencia. Puede que luego el tipo saliera rana, pero al menos mostraba verdadero interés.

—Sigo sin verlo claro —murmuró disimulando una sonrisa, y todo por ponerlo en el disparador.

Ante aquel muro, en apariencia inexpugnable, Owen decidió que no iba a venirse abajo a la primera negativa, con la que, por cierto, ya contaba. Y, como hábil negociador que era, buscó lo que venía siendo una puerta trasera por la que colarse.

—¿Sabe tu hermana que te metes en sus asuntos? —disparó, teniendo claro que a ninguno de los dos les convenía que Astrid estuviera al tanto de aquella conversación.

Axel achicó los ojos. Menudo hijo de la gran puta, sabía muy bien cómo dar en el blanco. Si ella se enteraba de que le había tocado la moral al banquero, era capaz de dejar de hablarle de por vida y de joderle todos los ligues a partir de entonces. Por no mencionar el sermón que tendría que aguantar. Miró de nuevo al tipo que tenía enfrente. De acuerdo, era elegante y, al parecer, no pertenecía a la categoría de gilipollas; no obstante, le costaba aceptar que era el adecuado para su hermana.

«Un par de preguntas más y le doy el visto bueno», se dijo.

—¿Tengo o no tengo tu aprobación? —preguntó Owen con retintín ante el silencio del que en breve sería su cuñado.

«No todo va a ser un camino de rosas», pensó, y luego se dio cuenta de que a la hora de aportar hermanos cuestionables, él ganaba por goleada.

Axel fue a por otro par de cervezas.

—Que te den, gilipollas —masculló Astrid, quitándose los guantes de fregar y mirándose las manos.

Las tenía hechas un asco después de tantas horas trabajando. El imbécil de Borja se estaba cebando con ella por no haber aceptado su amable ofrecimiento de CCC, es decir, cena, cine y cama. Aunque sospechaba que, con lo agarrado que era, seguramente se habría quedado en cama y encima habría tenido que poner ella los condones.

Para evitar suspicacias, que el Borjita estaba a la que saltaba, guardó bien los útiles de limpieza antes de salir. Podía hacer un esfuerzo y aceptar una cita, eso no significaba que tuviera que acostarse con él ni mucho menos, y tal vez así lograría contentarlo un poco para respirar tranquila. Sin embargo, a ella no le iban esos tejemanejes.

Como ni loca iba a acostarse con un baboso así, terminó su turno, pidiendo al patrón de las ayudantes de cocina que le diera paciencia para aguantar a los jefecillos estúpidos. Necesitaba el empleo, y eso era lo único que importaba.

Ni se cambió en el vestuario para que ese salido no la espicara. Se largó a su apartamento lo antes posible con tal de no propiciar (porque, bajo la retorcida mentalidad de Borja, ella lo provocaba) un encuentro «fortuito». Sospechaba que Borjita, desde que la había visto junto a Owen, tenía la mosca detrás de la oreja y, siendo como era, esnob y gilipollas a partes iguales, Astrid había pasado de forma automática a la categoría de chica-que-liga-con-su-jefe. Y, como por desgracia Borja era técnicamente su superior, pensaba que podía tener el mismo derecho.

Era sábado y bien podía llamar a alguna amiga, salir, divertirse e incluso desmelenarse, que al día siguiente, oh, milagro, libraba. El primer domingo libre en un mes, así que hasta podía irse de juerga e incluso ligar con algún tipo dispuesto a entretenerla para olvidar durante media hora, una hora siendo optimista, en un hotel o donde surgiese, pero siempre fuera de su apartamento.

Pero no, estaba molida. Una duchita rápida, un poco de comida china y a tumbarse en el sofá dispuesta a batir el récord mundial de *tumbing*, que lo necesitaba y mucho. Al día siguiente podría dormir hasta tarde y quedarse en casa. Tenía lecturas atrasadas, plancha acumulada y pocas ganas de ser sociable. Es lo que viene siendo el plan perfecto de una treintañera soltera aquejada de mal de amores.

Llegó al apartamento de encima del garaje y se asomó para ver si Axel aún andaba por allí. Lo que menos necesitaba una mujer agotada tras una jornada intensiva era a un hermano plasta con complejo de Superman dispuesto a batirse en duelo por su honor o a darle la lata sobre otros asuntos, que con él nunca se sabía, aunque, conociéndolo, lo más seguro era que estuviera «por ahí», porque Axel y

predicar con el ejemplo no iban de la mano.

—Ni rastro... ¡Bien! —suspiró cerrando con llave la puerta que comunicaba el garaje con el apartamento, una cerradura que se había encargado de instalar para evitar intromisiones familiares.

Llamó a su restaurante chino de cabecera dispuesta a pedir comida para una y así comer con las manos si le apetecía, que para eso vivía sola y estaba evitando una depresión postromance intenso, carajo.

Puso música, pero nada de canciones tontorronas ni mucho menos. Algo alegre, incluso irreverente, y nada mejor que los grandes éxitos de los Mojinos Escocíos. Así que, con *Follo Me on the Eskay*^[15] de fondo, se fue al cuarto de baño tarareando la letra mientras se enjabonaba a conciencia para quitarse el olor a fritanga que llevaba del trabajo.

Se dio el gustazo de echarse un gel con olor a mandarina y de paso exfoliarse un poco, ya que ese día no iba con la hora pegada al culo, así que bien podía hacerlo. También se ocupó de rasurarse el pubis, una costumbre que había adquirido no hacía mucho.

Cuando estaba dándose el último aclarado le pareció oír el timbre de la puerta y se apresuró a ponerse algo encima. Descalza, caminó hasta la puerta, agarrando la cartera de paso porque seguro que era el repartidor con la comida. Abrió sin mirar con el dinero en la mano; se le cayeron las monedas al suelo ante la sorpresa.

—¡Owen! —exclamó.

Lo miró de arriba abajo como si se tratara de una aparición fantasmagórica porque no podía ser. Estaba allí, frente a la puerta de su apartamento, y tan guapo e irresistible como siempre. Bueno, hasta más guapo, si es que era posible.

Eso sí, con cara de pocos amigos.

—¿Sueles abrir la puerta a todo el mundo semidesnuda? —fue el ácido comentario que logró pronunciar al mirarla. Daba la impresión de que era la noche de *miss* camiseta mojada y que ella era la vencedora del certamen.

Como recibimiento, desde luego, resultaba original; no obstante, lo molestó que alguien más pudiera verla así.

—¿Qué? ¡Oh! —Astrid se dio cuenta de que, con las prisas, había empapado la fina camiseta de tirantes y no solo se le transparentaba el pezón, sino también todo lo demás. Su pelo seguía chorreando, y con toda seguridad parecía un pollo escaldado.

—¿Puedo pasar? —preguntó él con esa educación tan particular que la excitaba.

—Sí, sí, por supuesto. —Recogió el dinero del suelo y cerró la puerta.

Luego observó cómo dejaba su maletín. Cuando Owen se volvió para quedar frente a frente, no pudo aguantar más y se echó a sus brazos, sin importarle nada, y fue directa a sus labios. Él se tambaleó un poco debido al ímpetu, pero no se apartó. Aceptó el entusiasta recibimiento con el mismo ardor; devolviéndole el beso y estrechándola entre sus brazos, sintiéndola y empapándose la camisa al mismo tiempo.

—Has venido —jadeó Astrid sin poder apartar los labios de su piel.

Comenzó en el cuello hasta llegar al lóbulo de la oreja mientras sus manos lo tocaban sin disimulo. Regresó a su boca, tentándolo con la lengua y gimiendo encantada de tenerlo junto a ella de nuevo. Lo había echado de menos, mucho; podía permitirse el lujo de perder un minuto.

—Tenemos que hablar, Astrid. —Owen intentó apartarla, no porque le desagradara aquella bienvenida, sino porque quería hacer las cosas bien. Había trazado unos planes y estaba dispuesto a cumplirlos, pero esa boca estaba haciendo que le resultara muy difícil resistirse.

—No quiero hablar —protestó ella sacándole los faldones de la camisa del pantalón con la clara intención de desnudarlo.

Los botones fueron soltándose uno a uno y cuando tuvo acceso a su torso, posó ambas manos sobre el mismo para sentirlo, bajándolas luego hasta la cinturilla de sus pantalones. Una vez allí, se mordió el labio, pero no se detuvo...

—Por favor, es importante —rogó Owen intentándolo de nuevo, pero ella no le daba tregua.

Para su completa desesperación, había metido un dedo entre la tela y su cuerpo y recorría el contorno de su cintura de una manera que solo podía calificarse como perversa.

—Nada de palabras, solo bésame —exigió ella devorándole de nuevo la boca.

—Astrid... —gimió él a un paso de la rendición.

—Y fóllame —apostilló para dejar las cosas claras.

La rendición llegó en el mismo instante en que le desabrochó los pantalones y metió la mano dentro. Lo encontró duro, dispuesto, y Owen, al ver que su plan original había sido desbaratado, abandonó su postura pasiva para tomar las riendas del asunto.

La sujetó de las caderas y, pese a que el apartamento era de dimensiones reducidas, le pareció una distancia excesiva llegar hasta el dormitorio, así que optó por el mueble más cercano: el sofá.

Sin sacar la mano de sus pantalones, Astrid se dejó arrastrar encantada de que él por fin entendiera un hecho irrefutable. Se deseaban y no había más que decir.

A Owen se le secó la boca cuando ella dio medio paso hacia atrás y se quitó la camiseta, que le marcaba todo. Pero si su imaginación ya se había disparado con la tela, ahora resultaba directamente proporcional al tamaño de su polla.

Con el pelo rubio mojado, la piel húmeda y sus pezones pidiendo guerra, Owen solo podía caer de rodillas.

Y lo hizo. Se arrodilló delante de ella y la besó en el ombligo, mientras la sujetaba con fuerza de las caderas sin dejar de acariciarla, gozando del tacto de su piel y sabiendo que no había sido una ilusión pasajera. La deseaba, sí, pero decir eso era quedarse corto. Ahora ya no albergaba dudas de por qué estaba loco por esa mujer.

—Astrid —gimió de nuevo dispuesto a utilizar el último resquicio de cordura

para detenerse.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte? —preguntó ella entre beso y beso.

Owen alzó la mirada, tragó saliva y dijo la verdad:

—Veinticuatro horas.

Ella, en respuesta, lo despeinó y lo miró con una cariñosa sonrisa, acariciándole también el rostro, de tal forma que él cerró los ojos y se sintió por fin tranquilo. Estaba con ella. Eso era lo único que importaba.

—Entonces no tenemos tiempo que perder... —musitó acunando su rostro.

Impaciente y juguetón, Owen se ocupó de bajarle aquella prenda mal llamada *pantalones cortos* porque era una braga grande y punto. La tenía delante desnuda, excitada y receptiva. ¿Por qué demorarlo más?

Dio un último beso a su sexo rasurado antes de ponerse en pie y volver a avasallar su boca, y Astrid, gozosa, se entregó a sus demandas sin por ello quedarse quieta. Con la misma actitud expeditiva, fue directa a por su ropa.

—Siempre que quieras estaré a tu disposición —le susurró al oído—. Siempre...

—Astrid...

—Da igual si puedes quedarte una hora o un día. Ven cuando puedas, yo te esperaré —añadió sin saber que Owen, ante aquella declaración, se sentía un miserable, pues ella le estaba dando un cheque en blanco.

—Deja de decir eso... —rogó incapaz de tener las manos apartadas de su cuerpo, subiéndolas y bajándolas desde la cintura hasta la curva de sus pechos para, una vez allí, pellizcar y tensar aún más sus pezones.

—Es la verdad. Te quiero, Owen, y sé que eres un hombre ocupado, por eso no voy a exigirte nada, solo lo que tú puedas darme...

No podía seguir escuchando aquellas palabras, era preferible cortar de raíz, y nada mejor que besarla de nuevo, una y otra vez. Nunca se cansaría de hacerlo. Despistarla con sus caricias y disfrutar de las suaves manos femeninas agarrándole la polla mientras le iba apartando los pantalones y la ropa interior.

Owen, que no tenía ganas de caerse de culo al tener los pantalones medio bajados, la ayudó a recostarse en el sofá; diez segundos después, se posicionaba entre sus piernas; cinco segundos más tarde, cerró los ojos dispuesto a disfrutar del polvo del reencuentro.

No necesitaba comprobarlo, pero, aun así, colocó una mano entre sus piernas y le metió primero un dedo, verificando lo excitada que se encontraba. Puede que más tarde la compensara, ya que tal y como estaba no iba a durar ni cinco minutos. Era tan grande el deseo que su cuerpo no atendía a razones.

—Mojada y lista para mí... —dijo con su tono más seductor y, para darles mayor empaque a sus palabras, se lamió el dedo con el que la había tocado.

—Siempre... —jadeó ella aferrándose a él.

—Astrid...

—¡Oh, Dios mío! —susurró ella. Separó un poco más las piernas y elevó la pelvis

para que se dejase de provocaciones.

—Solo para mí —añadió Owen, dándole una connotación posesiva que a Astrid la dejó descolocada.

Luego sonrió al más puro estilo depredador y repitió la jugada, ocupándose esta vez de rozar, solo lo justo, su clítoris y ver cómo ella contenía el aliento.

Con el índice continuó tocando su punto más sensible mientras escuchaba cada gemido, cada suspiro de entrega.

—Excelente —bromeó, decidido por fin a dar el último paso.

Sujetó su erección con una mano y, tras impregnarse de los fluidos femeninos, empujó.

—¡Espera! —Astrid lo detuvo, apartándose lo suficiente para evitar que Owen, presa de la impaciencia, cometiera una estupidez.

—¿Qué ocurre? —inquirió él contrariado.

Todo iba sobre ruedas, no entendía aquel frenazo en seco. Se apoyó en los brazos y la miró a la espera de una explicación.

—Tengo condones en mi...

No pudo terminar la frase, pues él la interrumpió con un beso de esos que te absorben por completo y te dejan indefensa y que, por supuesto, devuelves con la misma ferocidad.

—... cuarto —suspiró Astrid cuando él liberó su boca, aunque ya era demasiado tarde.

Owen no quería ni oír hablar de ningún tipo de barreras entre ambos, de ahí que la penetrara con fuerza, nada de ir con suavidad, nada de medias tintas. Era, simple y llanamente, instinto primitivo.

Comenzó entonces a moverse, a embestirla con la precisión de una máquina bien engrasada, mirándola sin querer perderse ni una sola de sus reacciones. Sintióse por fin a gusto consigo mismo y sabiendo que aquello era el principio, pues no tenía intención de dejarla escapar.

Astrid se sujetó a sus hombros. Solo esperaba que aquel viejo sofá de cuarta mano aguantara el traqueteo, porque Owen había acudido con toda la artillería lista.

Aunque, si era sincera, le daba igual el cuándo, el cómo y el dónde, pues, como le había confesado, lo importante era estar con él. Si tenía que conformarse con un polvo rápido, perfecto.

Él continuó con su ritmo infernal y, consciente de ello, metió una mano entre sus cuerpos hasta poder friccionar su clítoris y así lograr que ella se corriera, porque no iba a durar mucho más.

Sintió unas uñas clavándose en sus hombros y la sensación de dolor se transformó con rapidez en otra mucho más placentera, arrastrándolo a las puertas del orgasmo.

—Astrid... —gruñó embistiendo como un poseso.

Ella arqueó las caderas sin parar con tal de salir a su encuentro, tensó los músculos internos y apoyó los talones en el reposabrazos del sofá para sentirlo al

máximo. Era fantástico notarlo así, tan libre, tan desinhibido, entregado por completo a ella.

Aunque solo fueran unas horas...

«No pienses en eso», se dijo abrazándose a él, besándolo, compartiendo con él cada segundo disponible y cerrando los ojos al sentir un orgasmo dulce.

—Owen... —dijo tan bajito que seguramente él ni lo oyó. El susurro que solo una mujer enamorada y satisfecha puede pronunciar.

Él empujó una vez más, con violencia incluso, antes de tensar cada músculo de su cuerpo y correrse en su interior, sabiendo que podría quedarse allí a disfrutar cada segundo poscoital, como así hizo. Abrazado a ella y con los labios pegados a la piel del cuello femenino, cerró los ojos.

No eran imaginaciones. La quería.

Owen odiaba cualquier alteración en los planes trazados con especial cuidado. Era una de las cosas que más lo irritaban. Si bien su carácter reflexivo refrenaba cualquier conato visible de irascibilidad, no por ello dejaba de ponerlo de mal humor.

Si alguien se molestaba en organizar una agenda, lo mínimo que podía hacerse era respetarla. Era algo que siempre daba por hecho y que exigía a sus colaboradores. Quienes trabajaban junto a él bien lo sabían y se esforzaban en ello.

Por primera vez en su vida, sonrió ante una modificación imprevista, y más aún cuando se encontraba en ese estado de relajación poscoital tan sumamente placentero.

Astrid, por su parte, se hallaba en una fase muy similar. Soportar su peso, sintiéndolo aún en su interior, era maravilloso, pese a que la estructura del sofá la habría desaconsejado cualquier terapeuta si se quería evitar el dolor de espalda. No obstante, bien merecía la pena con tal de tenerlo entre sus brazos y entre sus piernas.

¿Cuántas noches había imaginado un revolcón así?, se preguntó en silencio, pues no quería decir ni una sola palabra en voz alta para no romper aquel momento único.

Continuó acariciándolo, despeinándolo..., no se cansaba de tocarlo. Escuchaba su respiración, ahora más relajada, junto a su oído, y sonrió.

Sonrió como una mujer satisfecha, abrazando a su amante tras un encuentro sexual; puede que técnicamente simple, pero tenían unas horas por delante para hacer virguerías, por lo que de momento lo consideraría como unos preliminares perfectos.

Pero su sonrisa tontorróna se borró de repente al darse cuenta de que, con las prisas, se habían olvidado de un asunto relevante.

—¿Owen? —murmuró empujándolo con suavidad para que la mirase.

—¿Mmm? —ronroneó él moviéndose entre sus piernas mientras sonreía somnoliento—. ¿Qué es eso que estás escuchando? —añadió.

Astrid puso los ojos en blanco. Ahora sonaba «Déjame que te acaricie el chow chow...»^[16], y él no pillaba el doble sentido.

—Otro día te lo explico —respondió volviendo a centrarse en el tema principal.

Se aclaró la garganta. No habían utilizado nada y, aunque no corrieran ningún peligro, sabía lo mucho que a él le importaba ese asunto.

—Lo hemos hecho sin... —empezó un poco sonrojada debido al esfuerzo y a una pizca de vergüenza.

—Lo sé —aseveró él, disfrutando al ser consciente de que a ella le preocupaba ese hecho.

Astrid volvió a aclararse la garganta.

—Es que pensé que tú...

Owen por fin se dignó mirarla con una media sonrisa que tenía un leve matiz condescendiente. Incluso embistió con suavidad, emitiendo de paso un murmullo de

auténtica satisfacción.

—¿Decías...? —repuso, comenzando a coger ritmo. Se estaba tan bien así que, ya puestos a desbaratar planes, bien podían follar de nuevo.

—Siempre hemos utilizado...

—Confío en ti, Astrid —aseveró él sin parpadear.

—Llevo puesto un anillo anticonceptivo —lo informó para que estuviera tranquilo—. Y sé que estás sano.

Owen la besó. Era increíble que ella se preocupara por aquel asunto, aunque era comprensible, después de la extraña conversación que habían mantenido en la piscina y, en especial, de la reacción de él cuando no se había mostrado todo lo entusiasta que debería ante la oferta de montar a pelo.

—Bien —fue lo único que dijo antes de besarla mientras aumentaba el ritmo, ya recuperado tras el primer asalto.

Poco a poco, lo que había comenzado de forma un poco tonta, casi por inercia, se iba convirtiendo en algo más serio. Astrid, extremadamente sensible, gemía ante el más mínimo roce, y él, dispuesto a llegar al final, sonrió de medio lado sin poder apartar los ojos de ella.

Cabrón afortunado era el calificativo más evidente.

Sin embargo, el inoportuno sonido del timbre le cortó en seco la fantasía de echar dos polvos sin sacarla.

—¿Esperas a alguien? —inquirió frunciendo el ceño. Se apoyó sobre los antebrazos, liberándola en parte de su peso y deteniendo sus movimientos.

Solo faltaba que apareciera el gerente de Grúas González dispuesto a joderle el plan, y él, con los pantalones bajados.

—¡No! —respondió Astrid con rapidez, pues por su tono insinuaba que tenía una cita o algo así. Entonces se acordó de la cena—. Mierda, sí, es Li.

—¿Li?

—El chino.

Owen arqueó una ceja y aceptó la interrupción como una señal para que aparcara sus ansias sexuales y de una vez aclarase las cosas con ella, regresando a su plan inicial.

—No te muevas.

Owen se apartó a regañadientes de ella y se adecentó con premura para ocuparse de atender al inoportuno visitante. El timbre volvió a sonar, pero ni loco abriría sin estar presentable. Cuando consideró que ya podía mostrarse en público, abrió la puerta de malos modos y se encontró frente a frente con un chico que le ofrecía una bolsa y que, al verlo, borró de inmediato la sonrisa.

—Tú no eres la rubia —le espetó el repartidor mirando por encima del hombro de Owen para intentar ver tras él a Astrid.

El banquero oyó las risitas de la aludida, pero ni se inmutó. Lo que lo cabreó, y mucho, fue la confianza que mostraba el repartidor.

—Es evidente que no —contestó de mala gana. Sacó la cartera y le entregó un billete de cincuenta—. Quédate con el cambio —apostillo con aire indolente.

—¿Está enferma? ¿Astrid bien?

—Adiós. —Owen le pegó con la puerta en las narices y dio media vuelta. Dejó la bolsa con la cena sobre la encimera y la miró.

Ella sonreía con cara de disculpa, divertida sin duda ante aquella escena.

—Li es muy descarado —explicó excusándolo sin perder la sonrisa mientras se recogía el pelo con una pinza. Ya no tenía sentido escaparse al cuarto de baño para peinarse, maquillarse y mostrar un aspecto decente.

—Ya me he dado cuenta —dijo él con acritud. Otra vez el instinto posesivo.

Astrid percibió su infundada tensión y se acercó para acariciarle el rostro. No quería bajo ningún concepto que una estupidez así enturbiara las interesantes veintitrés horas que tenían por delante.

—¿Cenamos? —propuso resuelta metiéndose tras la barra de la cocina para poner en platos la comida china.

—Antes tenemos que hablar —la contradijo él, y respiró profundamente, pues si bien el asuntillo del chino era una minucia, no le había gustado. No obstante, lo dejaría correr, pues no mecería la pena darle más vueltas.

Ella no quería hablar, y menos cuando él lo había dicho con aquel tono tan formal; no podía significar nada bueno. Obviando como mínimo durante unos minutos una más que desagradable conversación, dispuso la cena y se chupó el dedo, exagerando, cuando se manchó con la salsa agridulce, con la esperanza de distraerlo un poco, aunque, conociéndolo, sabía que Owen no era un hombre fácil de manipular.

—Astrid, por favor... —le pidió impaciente por retomar su plan original. Ahora no era el momento de numeritos de seducción casi inocentes. Ya se pringaría más tarde con la salsa agridulce—. Mi idea, al venir aquí, no era desnudarte y follarte sin decirte siquiera «hola», pero te me has echado encima y uno no es de piedra.

Ella inspiró, pues aquello sonaba a reproche.

Y ¿qué quería que hiciese al verlo?

Al regresar de sus vacaciones en Suecia había asumido, más menos, que lo suyo no había sido más que una anomalía, es decir, la excepción que confirma la regla, y que, por tanto, lo recordaría con cariño, pero aceptando una ineludible realidad: cada uno debía volver a su vida. Sin reproches, sin llamadas, solo con recuerdos imborrables; al menos, por su parte.

—Tenemos asuntos pendientes, ¿no crees? —insistió Owen, hiriéndola sin querer.

Se acercó a ella e intentó que lo mirase; era muy duro hablarle a su espalda.

—Ya te he dicho que no voy a ponerme exigente. —Astrid repitió las mismas palabras que había pronunciado en pleno acto sexual—. Sé cuál es mi sitio y no voy a ir a reclamarte nada. Estaré aquí, a tu disposición. —Hizo una pausa para que no se le formara un nudo en la garganta—. Si decides venir, tendrás las puertas abiertas. Si, por el contrario, esto es una despedida definitiva, por favor, cenemos con tranquilidad

y disfrutemos de la velada.

—Joder... —masculló él, consciente de que se le estaban torciendo las cosas. Ella pensaba que su intención era dejar una querida en cada puerto o algo así.

Mientras Owen reorganizaba sus pensamientos, ella sacó servilletas de papel, cubiertos y una botella de vino, que a saber el tiempo que llevaba allí, pero que serviría.

Owen, que no podía sentarse a la mesa, y no solo porque para él la comida china era otra cosa, repasó la lista de propósitos y decidió empezar por el primero, el que más lo reconcomía.

—¿Lo perdiste?

—¿Cómo dices? —preguntó ella a su vez desconcertada.

—Me refiero al cheque que te di. ¿Te lo robaron?

Astrid apartó la mirada antes de responder.

—Eh..., no —titubeó poniendo cara de no haber roto un plato al comprender por dónde iban los tiros.

—¿Tu banco te puso alguna objeción para cobrarlo?

—No —repitió con voz débil, dejando constancia de que la habían pillado fuera de juego.

—Entonces ¿por qué no lo has cobrado? —la interrogó Owen, adoptando la postura de ejecutivo agresivo intolerante.

—Verás, yo...

—Más vale que me des una razón de peso.

—Yo... —balbuceó ella—. No te enfades, ¿de acuerdo? —le pidió, barruntando que, cuando se lo dijera, no le iba a gustar ni un pelo. Bueno, nadie en su sano juicio entendería sus razones, sin embargo, había sido una decisión personal y punto.

—Haré lo que pueda —mintió él. Evitó entrelazar los dedos y decir «Excelente» como habría sido su costumbre.

—No lo cobré porque... —Astrid inspiró porque sabía que, al decírselo, el tema llevaría cola—. Porque quería conservar algo tuyo —terminó explicando.

Había sido una sentimental, aunque nada inteligente. Ese dinero le habría venido muy bien para respirar unos meses, pero estaba convencida de que, punto uno, Owen no regresaría y, dos, un hombre como él no se fijaría en una cantidad tan irrisoria.

—¿Perdón? —preguntó él acentuando cada sílaba.

—Sí, ya lo sé, es una gilipollez, pero ¡creí que nunca iba a volver a verte! —le espetó ella, y con ese comentario confesaba mucho más de lo que en apariencia podría pensarse.

Aunque la verdadera razón era otra. Seguía sin considerar justo recibir un euro por su viaje a Bruselas. Mezclar lo que allí había sentido con el dinero habría enturbiado los recuerdos.

Owen resopló y se pellizcó el puente de la nariz. Inspiró y, como ya no sabía que más hacer para no gritar frustrado, se limitó a mirarla negando con la cabeza.

—Astrid, maldita sea, si querías algo mío, ¿por qué no me cogiste una corbata?
—la increpó elevando el tono y, al darse cuenta, respiró para calmarse. Vaya mierda de plan.

—Valen un dineral, y quitarte una sin permiso me parecía feo —respondió ella para defenderse, desesperándolo aún más.

—Es la excusa más ridícula que he oído en mi vida. Además, si no recuerdo mal, nunca me devolviste la ropa del primer día.

Ella se sonrojó porque ahí la había pillado.

—La tengo en el armario, si quieres...

—De acuerdo. Esto no tiene vuelta de hoja. —Owen aceptó a regañadientes una explicación de lo más inverosímil, pero, al parecer, por cómo lo había dicho, era importante para ella, así que optó por no ahondar en ese aspecto—. Vayamos al siguiente punto. ¿Por qué devolviste la transferencia que te hice?

Astrid abrió unos ojos como platos, no solo por su pregunta, sino también por el tono casi inquisitorial que había utilizado.

—¿Fuiste tú? —replicó.

—¡Pues claro que fui yo! —exclamó él tenso y ofendido.

Se pasó la mano por el pelo. No le gustaba nada perder el control de una situación, y aquella conversación se le estaba yendo de las manos.

—¿Cómo iba a saberlo? —rezongó ella con toda lógica.

—¿Esperabas dinero de alguien más? —contraatacó Owen, haciendo verdaderos esfuerzos por no perder la calma.

—No.

—Pues deberías habértelo quedado —adujo él con tono inflexible.

—No era mío —repuso Astrid, convencida de haber actuado de forma correcta.

—No sé por qué demonios lo rechazaste...

—Porque me dejaste bien claro que no aceptara ninguna cantidad, que vigilara mi cuenta corriente y, como la cifra no se correspondía con lo acordado, no pensé que venía de tu parte —alegó ella con tranquilidad, respirando, porque así no era como había imaginado un hipotético reencuentro.

La explicación, surrealista la mirara por donde la mirase, tenía sentido. Él mismo había creado el clima perfecto para que ella desconfiase, así que ahora le tocaba lidiar con ello.

—Maldita sea —masculló.

—Tú estás más versado en estos asuntos, por eso seguí tus recomendaciones —remató Astrid para desesperación de Owen.

—Está bien —aceptó, porque no le quedaba más remedio.

—Y porque no me parecía justo —apostilló ella en voz baja.

—¿No te parecía justo cobrar por tu trabajo? —repitió Owen, más perdido aún.

—Todo se fue al garete, bien lo sabes. Además, tú pagaste todos los gastos, así que técnicamente fueron unas vacaciones.

—Joder, no me regatees —dijo él exasperado.

—¿Cenamos? —propuso Astrid con la idea de dejar aquel tema porque, de seguir así, terminarían enfadándose, y era una pena perder el poco tiempo del que disponían en enfrentamientos absurdos.

—Solo una pregunta más...

Owen se acercó a ella y la miró a los ojos. Puede que sus explicaciones no le hubiesen gustado, pero venían a confirmar que su intuición respecto a la clase de persona que era no le había fallado. Astrid no solo demostraba con su forma de proceder la honestidad y la seriedad que él presentía, sino también que era, sin lugar a dudas, la mujer de su vida.

—Owen... —protestó ella—, se enfría la cena.

—¿Por qué no me llamaste, Astrid? —inquirió acariciándole las mejillas con los pulgares, y la vio morderse el labio, sin duda buscando una respuesta que lo dejara contento—. Y procura no mentirme —añadió medio en broma.

—Pensé que..., bueno, eres un hombre ocupado y, como bien me dijiste, apenas tienes tiempo para nada. Tu trabajo exige mucha dedicación, y yo...

Owen puso un dedo en sus labios para que se callara. De nuevo sus propias palabras se volvían en su contra, lo cual, aparte de repatearlo, debería tenerlo en cuenta en un futuro, porque con una mujer inteligente no podía descuidarse.

Sonrió para sí. Estar con ella, además de la satisfacción física y emocional, le iba a suponer un constante reto intelectual; algo que sin duda supondría un estímulo extra muy divertido.

—¿Qué más da? —protestó Astrid, apartándose para no caer rendida a sus pies. Owen y sus silencios la ponían nerviosa, bueno, algo más que eso.

—Pues deberías haberme llamado —murmuró él, y acortó distancias—. Ven aquí.

Astrid se dejó abrazar. Aquella situación resultaba demasiado buena para rechazarla, y cerró los ojos dispuesta a exprimir al máximo cada segundo.

—Eso que has dicho antes... —comenzó Owen soltándole la pinza que le sujetaba el pelo para masajearla.

—He dicho muchas cosas —musitó ella en voz muy baja, recostándose sobre su pecho y rodeándolo con los brazos.

—No voy a aparecer por aquí una vez al mes, meterme en tu cama, follar contigo y regresar a Londres como si nada.

—A mí no me importa...

—Astrid, seamos serios, por favor —exigió él mordiéndose la lengua porque debía esperar unas horas más antes de dejarlo todo bien claro.

—Si yo pudiera ir... —soltó ella con timidez, pues con toda probabilidad que ella apareciera en su ambiente tal vez lo estorbarlo, amén del pequeño inconveniente monetario. Para pagarse un vuelo, por muy económico que fuera, tendría que fregar unos cuantos cacharros.

—¿Crees que para mí esta situación resulta cómoda?

Astrid se encogió de hombros.

—Ya te lo he dicho, me conformo con el poco tiempo que puedas darme, aquí o donde sea.

—Dejemos el tema, por favor —pidió él molesto con esa actitud tan absurda, pues se menospreciaba a sí misma.

«Solo unas horas más».

Menos mal que lo tenía todo organizado, pensó optimista.

Owen miró el reloj una vez más. Las nueve menos diez de la mañana. Diez minutos más tarde, si nada fallaba, tendría que sonar el teléfono de Astrid.

Ella dormía a su lado, de esa forma tan peculiar. Nada de poses ensayadas: tumbada de costado, con los labios ligeramente separados, despeinada y una inoportuna sábana cubriéndola en parte. Owen estiró la mano y corrigió ese descuido, dejando a la vista su estupendo trasero.

—Excelente —murmuró sonriendo de medio lado con un aire de lo más socarrón. Con ella despierta, tendría que abstenerse de decir su expresión favorita para evitar bromas.

Unos minutos más y ese trasto —que pensaba sustituir por uno más moderno en cuanto se solucionase todo, protestara ella o no— sonaría y Owen podría empezar a respirar tranquilo.

Eso de ser taimado le venía de familia, pero nunca había pensado que, aparte de los negocios, podría aplicarlo a su vida personal. Un hecho que, desde luego, agradecería de por vida a su hermano. ¿Quién habría dicho que los consejos de Patrick serían tan valiosos?

Astrid murmuró algo en sueños y Owen sintió la necesidad de recorrer con los labios aquella provocativa espalda, pero como hacerlo implicaba desviarse del rumbo marcado, se contuvo, sabiendo que en breve podría besar lo que se le antojara.

Frunció el ceño. Las nueve y dos minutos, y el teléfono sin sonar. Maldijo por lo bajo y entonces pensó en la posibilidad de que ella, con su afición a protestar a primera hora de la mañana, lo tuviera apagado. Estiró el brazo con sumo cuidado de no despertarla, ya que a ver qué cara ponía si lo pillaba con su móvil en la mano.

—Lo que me temía —masculló Owen encendiendo el maldito terminal.

Cruzó los dedos para que no tuviera pin de desbloqueo y, por suerte, no lo tenía. Comprobó también que el volumen estuviera activado y volvió a colocarlo en la mesilla.

Refunfuñó por lo bajo esperando que sus órdenes, con un ligero retraso, se cumplieran.

Respiró tranquilo cuando a las nueve y cinco oyó el tono de *La Pantera Rosa*^[17] a todo volumen. Como el cazador que espera a que su presa caiga en la trampa, disimuló su regocijo y fingió estar dormido.

—Pero si lo apagué anoche... —protestó ella estirando el brazo.

Miró la pantalla y, al no reconocer el número, la rechazó. Se acostó de nuevo ajena al cabreo de Owen, que no daba crédito a su comportamiento.

El aparato volvió a sonar y, para que ella no repitiera la escena, se aseguró de coger el móvil y acercárselo.

—Te llaman.

—Ya lo sé —farfulló Astrid, apartándose el pelo de la cara.

—¿No piensas cogerlo?

—No.

A Owen casi se le para el corazón.

—¿Y si es importante?

—¿A estas horas? —Se frotó la nariz y negó con la cabeza—. Me extraña.

—Cógelo —insistió él tratando de no mostrarse demasiado impaciente.

—Bueno, vaaaaale —aceptó ella resoplando—. Espero que sea algo importante, no sé quién puede tener tan mala leche de llamar un domingo por la mañana. ¿Diga? —murmuró bostezando al tiempo que se llevaba el auricular a la oreja.

Owen se cruzó de brazos y fingió no saber nada.

—¿Señorita González?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Buenos días, señorita González. Soy Stephen Davies, director de la cadena de hoteles HW, al que pertenece el Hispania Costa Cálida.

—Ah —dijo ella, sintiéndose un poco tonta.

No podían verla desde el otro lado del teléfono, pero se incorporó y se cubrió con la sábana, ya que no le parecía muy profesional mantener una conversación con el director de la cadena con las tetas al aire.

—Disculpe, ¿es mal momento?

—Eh..., no —balbuceó Astrid mientras miraba de reojo a su amante, que la miraba a su vez tranquilo.

Se mordió el labio. Vaya llamada más inoportuna; ahora que se había despertado, bien podía aprovechar para recorrer con las manos ese tentador cuerpo para después hacerlo con la lengua. Echaba de menos a la cobra.

—Verá, en nuestro departamento de recursos humanos hemos revisado su currículum y nos ha sorprendido que, teniendo en cuenta su preparación, esté ocupando un puesto del todo inapropiado.

Astrid apretujó la sábana contra su cuerpo porque eso debía de ser un sueño de esos en los que todo es de color de rosa.

—De ahí que —prosiguió el señor Davies— hayamos pensado en ofrecerle un puesto más acorde con sus aptitudes.

—Vaya... —murmuró Astrid, observando de reojo a Owen, que así, desnudo de cintura para arriba, no ayudaba precisamente a concentrarse.

—Queremos que sea nuestra nueva relaciones públicas.

—¿Cómo?

Owen disimuló su satisfacción. A juzgar por el tono, ya le habían comunicado la noticia. «Excelente».

—Sí, señorita González. Sería para nosotros un enorme placer contar con usted para ese puesto.

—Yo... yo no sé qué decir.

—Diga que sí —indicó Stephen Davies en tono risueño.

—De acuerdo, sí, acepto.

Owen por fin sonrió.

—Estupendo. Solo una cosa más antes de darle la bienvenida a nuestro equipo.

—¿Sí? —preguntó ella sin poder creérselo. Iba a ser un domingo memorable...

Owen a su lado y una estupenda perspectiva laboral.

—Desempeñaría su labor desde nuestro establecimiento de Londres —anunció el director de la cadena.

—¿En... en Londres? —inquirió ella titubeando al darse cuenta de lo que eso implicaba.

—Sí, señorita González.

—¿Puedo pensarlo unos días?

Owen se incorporó de repente. Eso no entraba en el plan. Astrid debería estar dando saltos de alegría, emitiendo esos chillidos de emoción, sonriéndole como una tonta, dando pataditas mientras mantenía una aparente seriedad..., lo normal cuando se recibe un notición de esa índole.

—Pues..., sí, claro que sí —accedió Davies contrariado, pues tampoco esperaba algo así.

—Lo llamaré, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, señorita González, esperaré impaciente. Buenos días.

Astrid dejó su teléfono sobre la mesilla de noche y se tumbó boca arriba con las manos cruzadas sobre el pecho mientras intentaba asimilarlo todo.

—Esto no me puede estar pasando a mí —suspiró al tiempo que negaba con la cabeza.

Owen se le acercó y, frunciendo el ceño, porque no le cuadraba nada, la observó con detenimiento. Como alguien hubiera metido la pata..., rodarían cabezas.

—¿Qué ocurre? —inquirió acariciándole el rostro preocupado y fingiendo sorpresa, como haría cualquier persona. Si al final iba a tener dotes de actor como otro miembro de la familia..., pensó con ironía.

—Me han llamado del hotel... —dijo ella con pesar, lo cual no era lógico.

—¿Y?

—No te lo vas a creer.

—Prueba.

—Me han ofrecido un puesto buenísimo... —añadió para alivio de Owen, que de inmediato se puso en guardia al recordar la conversación.

—Y ¿has dicho que tienes que pensarlo?

Astrid asintió.

—Es que no lo sabes todo.

—Cuéntamelo —pidió esperando que la versión de ella coincidiera con sus instrucciones al cien por cien.

—Verás, es un puesto estupendo, de relaciones públicas, pero... fuera de España.

—¿Ah, sí? —murmuró él acomodándose sobre ella y controlando su entusiasmo

—. Es una noticia estupenda, ¿no?

—No sé qué decirte...

Tenerlo así, tan cercano y cariñoso, sí era una buena noticia. Astrid debía ser sincera y contárselo todo, aunque imaginaba que él podría tomárselo como un intento de establecer una relación, y por nada del mundo quería obligarlo a nada, pues en ningún momento habían hablado de dar un paso más.

Owen, por si acaso, empezó a distraerla con besos de esos que parecen descuidados pero que distan mucho de serlo. La besó en el cuello y apartó la molesta sábana para quedar en una postura más que apañada.

—Te escucho... —susurró junto a su oído, logrando que ella se estremeciera.

—Tendría que trasladarme a... —Astrid se detuvo porque nadie es capaz de hablar y suspirar al mismo tiempo cuando un banquero muy malo mete una mano entre tus piernas y comienza a acariciarte al tiempo que con la boca te mordisquea el hombro.

—¿Adónde? —murmuró él sin apenas despegarse de su piel.

—Owen... —gimoteó Astrid cuando este comentó a penetrarla con dos dedos y ella a arquearse encantada para no perder el contacto.

—¿Adónde? —repitió él.

—A... a Londres... —Owen estuvo a punto de gritar algo así como «¡Por fin!» cuando la oyó—. Pero no estoy segura.

De inmediato, él dejó de tocarla y, apoyándose sobre los antebrazos, se separó con la intención de mirarla. No debía de haber oído bien.

—¿Por qué, si puede saberse?

Astrid puso cara de disculpa.

—Yo..., en fin, tendría que trasladarme y dejarlo todo aquí —comenzó, y él entendió ese punto, así que permitió que siguiera—. Y, claro, marcharme implica buscar casa, trasladar mis cosas, dejar a mi hermano solo..., ya me entiendes.

—Astrid —la cortó él.

—¿Qué?

—Deja de decir sandeces, por favor.

—¿Y si ese trabajo me viene grande?

Owen resopló. Por Dios, qué difícil era eso de arreglarle la vida a ella.

—Trasladarte no supondrá ningún contratiempo, pues te vienes conmigo, a mi apartamento. Segundo, respecto a si el puesto te viene grande, borra ahora mismo ese pensamiento, estás preparada de sobra.

—¿A tu apartamento? ¿Estás loco? ¡No voy a ir de okupa a tu casa! Ya me buscaré algo sencillo.

—He dicho que no quiero oír una sola estupidez más. ¿Estamos?

—Pero...

—¿Estamos? —Ella terminó asintiendo, no muy convencida—. Ahora celebremos las buenas noticias —ordenó Owen, y movió sugestivamente las caderas, de tal forma que con un solo empujón más se la clavaría hasta el fondo.

Astrid jadeó y elevó aún más la pelvis. Sentía la presión de su polla en el punto justo, y cerró los ojos. Por cómo había reaccionado, saltaba a la vista que él sí quería volver a verla.

Sonrió, las cosas empezaban a arreglarse... Podría estar con Owen... Mmm, eso sí era para cantar el *We Are the Champions*^[18]; por fin habían reconocido sus aptitudes en el hotel, ya no tendría que soportar al baboso del Borjita...

—¡Un momento! —exclamó, sobresaltándolo, justo cuando estaba a punto de metérsela.

—¿Qué pasa ahora? —gruñó él exasperado—. Como me vengas con alguna otra estupidez...

—No —lo interrumpió ella, poniéndole un dedo en los labios que él atrapó entre los dientes como maniobra de distracción.

—Astrid, por favor, que estamos en medio de algo importante —masculló por dos motivos: el primero, obvio, que estaba en plena faena sexual, y el segundo, y el más conveniente para él, que era desviar la atención.

Ella entornó los ojos.

—Me ha llamado el director de la cadena de hoteles diciéndome que había visto mi currículum...

—Sí, claro. ¿Y...?

—Pues que no puede ser.

—¿Por qué? —preguntó Owen refunfuñando por no saber adónde quería llegar.

—Sus palabras han sido que estaban sorprendidos porque ocupaba un puesto inapropiado...

—Algo con lo que coincido plenamente —corroboró él, intentando pasar a la parte de la celebración. Para ello, balanceó las caderas y se agachó para besarla justo en el pezón, succionándolo con ahínco.

—Pero yo mentí cuando entregué el currículum en el hotel —adujo Astrid, dejándolo ya desconcertado por completo.

—¿Cómo?! —exclamó él perplejo.

Ella hizo una mueca de disculpa.

—Lo hace todo el mundo. Solo que en mi caso fue al revés.

—Explícate, por favor —exigió él abandonando las intenciones de follar porque eso podría traer cola.

—Verás, cuando redacté mi currículum, me aconsejaron que, para optar a un puesto de baja cualificación, omitiera ciertos datos, como mi expediente académico o mi experiencia laboral.

—Y ¿eso por qué? —gruñó él sin saber por dónde le daba el aire, algo que odiaba.

—Porque si presentas una hoja de servicios inmaculada, creen que solo vas a ganarte un sueldo sin implicarte con la empresa —Astrid torció el gesto, porque tenía bemoles el asunto, como si el sueño de todo el mundo fuera fregar cacharros y hacer camas—, y aunque sea haciendo trabajos sencillos, los jefes de personal quieren a gente que no vaya a dejarlos al cabo de un mes, cuando consigan algo mejor.

La explicación desde luego tenía toda la lógica, un contratiempo que Owen no había previsto pero que podía solventar.

—Sea como sea, el caso es que tu currículum ha llegado a manos del director y...

—Pero... ¿cómo?

—No lo sé.

—¡Tú no tendrás nada que ver, ¿verdad?! —exclamó ella, empezando a sospechar seriamente.

Owen no iba a buscar excusas, y menos aún cuando lo habían pillado.

—¿Y...? —masculló cabreado, de nuevo por dos motivos de peso: todo su plan se había ido a la mierda por un descuido, y dos, joder, que quería echar un polvo.

—Oh, esto es increíble; aparta —protestó Astrid empujándolo, enfadada por lo que consideraba una intromisión en toda regla en su vida.

Aprovechando la ley de la ventaja, él la inmovilizó con el cuerpo y adoptó una postura férrea para que entendiera las cosas de una jodida vez.

—Escúchame bien. No voy a consentir que una persona como tú se destroce las manos todos los días limpiando cacharros y la mierda de otros. ¿Entendido?

Astrid abrió unos ojos como platos.

—¿Cómo sabes que friego platos?

—¡Porque llevo tres malditos días observándote y maldiciendo cada vez que te veía salir por la puerta de servicio del hotel! —estalló.

—¡¿Me has estado siguiendo?! —inquirió ella atónita.

—Pues claro —admitió Owen sin rastro de vergüenza.

—Pero ¿por qué?

—Porque te quiero, Astrid. Porque anoche me partiste el corazón cuando te oí decir que te conformarías con un par de visitas al mes. Porque me reconcomía la idea de verte realizar trabajos mal pagados sabiendo lo que tú vales. Porque eres importante para mí y porque, maldita sea, si yo, que dispongo de contactos, no puedo utilizarlos como me plazca, ¿para qué cojones los quiero?

—No puedo aceptarlo, entiéndelo.

—Joder...

—¿Sabes qué pensará esa gente cuanto me vea aparecer? —Él guardó silencio, pues era incapaz de entenderlo—. Que no soy más que otra cara bonita, con buenas piernas, tu nuevo entretenimiento que quiere jugar a la Barbie empresaria.

—Acepto lo de la cara bonita y las piernas, sin embargo, el resto es una solemne estupidez —la contradujo él, inspirando profundamente.

—¡Ja!

—Astrid, vas a aceptar ese puesto por muchas razones, pero la principal es... —
bajó el tono para añadir sugerente— que tu oficina estará a menos de cinco minutos
de la mía.

Astrid no podía deshacerse el nudo que sentía en la garganta. Cuántas cosas bonitas en menos de media hora. Se le escapó una lágrima y se sintió estúpida, tonta, ridícula...

Bueno, es lo que se supone que es estar enamorada, de otro modo no se entiende.

Demasiados sentimientos para asimilar en tan poco espacio de tiempo. Si hacía veinticuatro horas parecía que la había mirado un tuerto, ahora, desde luego, le había tocado el gordo de Navidad y, lo mejor de todo, sin comprar el décimo.

El nudo en la garganta no iba a deshacerse con facilidad. Una no está preparada para esos momentos tontorrones, así que se corre el riesgo de no estar a la altura de las circunstancias. ¿Por qué no hay una escuela donde enseñen estas cosas? ¿Un cursillo de comportamiento emocional, por ejemplo?

—Ay, Owen... —suspiró acariciándole el rostro con mucha ternura. Comprendía su preocupación por su futuro, pero no podía dejar que se inmiscuyera.

Él, entendiendo su reacción, lo cual ratificaba la clase de persona que era, decidió que ya habían demorado suficiente el polvo de la celebración y que, por tanto, había llegado el momento.

Se deslizó un poco más abajo y comenzó a besarla, primero por debajo del contorno de sus pechos, para ir dejando luego un rastro húmedo por su abdomen, deteniéndose a la altura del ombligo, una parte de su cuerpo que lo encandilaba de forma especial.

—Odio que me regateen, Astrid —musitó arañándola en la zona con los dientes.

—Ya me he dado cuenta —suspiró ella.

—Aprende eso y todo irá sobre ruedas —añadió Owen justo antes de posar la boca sobre el sexo femenino y meter la lengua para acariciar cada uno de sus pliegues.

Ella, enamorada perdida y excitada al máximo, como no podía ser de otra manera, gimió y le tiró del pelo, mientras se frotaba con descaro contra su boca. Sentía cada pasada de su lengua en un punto de su anatomía que no podía estar más sensible. Además, él no se conformaba con lamerla, sino que también la mantenía sujeta por las piernas y, al inmovilizarla en parte, creaba una sensación de indefensión que ayudaba a aumentar su excitación.

—No intentes imponer tus normas, Owen —rezongó ella fingiendo severidad, lo cual era imposible mientras jadeaba al ritmo de las perversas caricias de su lengua y se mordía el labio cada vez que él presionaba sus muslos con las manos.

—Pues acepta de una vez quién manda aquí —adujo él en ese tono tan ejecutivo que la calentaba hasta niveles desconocidos.

—Vale... —convino Astrid antes de dar la puntilla—. Pero solo durante un ratito,

que eres muy mandón.

—Excelente...

Ella se echó a reír, cosa poco o nada acorde con el momento, pero es que en cuanto oía esa palabra de labios de él, no podía evitarlo.

Asumiendo que cargaría de por vida con ese sambenito, Owen sonrió levemente y se aplicó en algo mucho más interesante.

De nuevo puso la boca sobre sus labios vaginales y fue saboreándola milímetro a milímetro mientras disfrutaba de cada una de sus respuestas, sujetándola para poder acceder mejor. Atrapó su clítoris con los labios y tiró de él, primero de manera suave, para después pasar a ser más agresivo.

Le estaba costando Dios y ayuda no follársela de una vez; sin embargo, deseaba que aquello fuera especial, algo para recordar, no que se limitaran a un polvo rápido, pese a correr el riesgo de quedarse calvo de tantos tirones en el pelo. Por no mencionar el dolor de huevos al estar tumbado boca abajo, y que el roce de la sábana en su sensible polla no era muy agradable.

—Owen... —gimoteó ella—. Owen...

Clavó los talones en el colchón y se impulsó hacia arriba presa de una tensión inasumible. Demasiadas emociones mezcladas con la excitación. Estaba a punto de estallar y no veía el momento de alcanzar el orgasmo.

—Mmm... —murmuró él encantado, consciente de que la había llevado hasta el límite con la lengua.

No obstante, aún quería prolongarlo un poco más. Sin apartar la boca de ese tentador coño, acercó un dedo para poder rozar las terminaciones nerviosas de su interior, evitando ser muy agresivo.

Aunque ella no lo entendió así.

—Estás siendo malo... —suspiró en tono de falso reproche, porque ¿a quién no le gusta tener a un chico malo entre los muslos con una lengua manifiestamente perversa un domingo por la mañana?

—Muy malo... Y más que lo voy a ser.

—Sigue, por favor... —rogó Astrid, ya descontrolada y deshecha por completo y con una meta clara: correrse.

Owen no le dio el gusto o, al menos, no tenía intención de hacerlo a corto plazo, así que se las arregló para volverla loca, llevarla al borde y frenar casi en seco para total desesperación de Astrid, que gemía y hasta protestaba entre jadeos.

—Me estás matando —refunfuñó dándole un nuevo tirón de pelo para instarlo a ir más rápido porque aquellas caricias no eran suficientes.

—Y esto solo es el principio. Ya sabes lo concienzudo que soy.

—¿Te estás vengando por lo de antes? —inquirió ella resoplando e intentando asumir que solo alcanzaría el clímax cuando él quisiera.

—No lo dudes —respondió Owen divertido retomando su plan.

Pero al levantar la vista un instante y verla allí, tan excitada, acariciándose los

pezones en un vano intento de aliviar la tensión, resolvió que ya encontraría otra ocasión más propicia para tomarse la revancha.

Gateó hasta quedar frente a ella, cual depredador inmisericorde, y le apartó las manos decidido a ocuparse él mismo del asunto. Por supuesto, buscó también su boca y la besó con total entrega, compartiendo con ella su propio sabor.

Cansada de tanto rodeo, Astrid le agarró la polla y le dio un tirón para que se dejara de demoras injustificables, a lo que él respondió mordiéndole un pezón.

—¿Hoy no voy a ver a la cobra en acción? —le preguntó en tono bromista sin soltar su erección.

—Todo a su tiempo... —repuso él con la única intención de provocarla porque estaba a punto de penetrarla.

Sin embargo, en el último segundo, varió un poco sus planes; antes tenía que ocuparse de otro asunto.

Astrid suspiró cuando notó dos dedos en su interior, y sonrió encantada porque, si bien aquello era un sustitutivo, al menos resultaba placentero.

—Sí... —suspiró con sonrisa bobalicona, aunque lo que empezó siendo prometedor poco a poco fue transformándose en algo molesto, pues la estaba incomodando—. Owen, ¿qué haces?

—Quédate quieta un instante —dijo él concentrado sin sacar los dedos.

Astrid se removi6 e intentó apartarse. Aquello resultaba surrealista, pues sus intenciones no parecían precisamente muy excitantes.

—Pero ¿qué...?

Intentó apartarse de nuevo. No le estaba causando daño, pero a ese paso iba a hacérselo, aunque al estar aplastada bajo su peso, quedaba poco margen de maniobra.

—Casi lo tengo... —gruñó él.

—Pe... pero ¿qué buscas ahí? —preguntó ella, porque esa era la impresión que tenía.

—No te muevas —ordenó él apretando los dientes.

—¡Owen! Haz el favor de dejar lo que sea que estás haciendo ahí abajo —exigió Astrid, e intentó empujarlo poniendo las manos en sus hombros, aunque sin éxito.

—¡Ya está! —exclamó él victorioso.

Astrid miró con la boca abierta lo que él exhibía orgulloso en la mano. No contento con ello, Owen lo miró como si fuera un artefacto explosivo.

—¿Qué has hecho? —farfulló ella sin poder creer que él tuviera su pequeño anillo anticonceptivo en los dedos—. ¿Estás loco?

—El único anillo que vas a llevar es el que te voy a poner yo en el dedo en cuanto nos instalemos en Londres. ¡Qué cojones!, en cuanto encuentre una joyería abierta.

Astrid parpadeó ante la vehemencia con la que había hablado, y él, listo como pocos, la dejó aún más desarmada cuando la penetró, ahora sí, hasta el fondo, al mismo tiempo que la besaba en la boca.

Ella aceptó aquella invasión, pese a que seguía muda. Su cuerpo se amoldaba a

las exigencias de Owen, aunque su mente intentaba procesar lo que había oído.

Tenía que asegurarse.

—Eso que has dicho... —dijo entre una embestida y otra.

—¿Sí?

Owen no varió el ritmo; es más, lo incrementó. Sentía el calor, la humedad y la presión sobre su polla, y todo ello mezclado con la emoción de tenerla a ella, de un futuro juntos.

—Lo del anillo —añadió Astrid tragando saliva—. ¿Significa lo que creo que significa? —preguntó con cautela. A ver si con eso de que el sexo nubla la razón estaba desvariando.

—Sí —confirmó él—. Es una propuesta formal de matrimonio.

La cara de Astrid no tenía precio, y sonrió gozando de todo aquello, en especial porque sus previsiones se estaban cumpliendo.

—No hablarás en serio... —replicó sin dejar de jadear.

Su sexo estaba muy sensible tras toda la estimulación recibida, sentía cada centímetro de su erección dilatándola. Aquello era demasiado bueno para estropearlo con palabras, no obstante, debía hacerlo.

—¿Ves acaso que me esté riendo?

—Owen, esto es tan precipitado...

—Que no regatees conmigo —repitió él y, para dejar el asunto finiquitado (es decir, que no admitía réplica), embistió con más fuerza apretando los dientes. Eso de sacar su lado dominante tenía su gracia.

—Primero deberíamos conocernos mejor, salir, ir viendo cómo funciona la cosa...

—Ni hablar. No pienso tener citas contigo.

—No sufras, me acostaría contigo en la primera —le dijo ella para animarlo en tono distendido mientras le acariciaba el rostro.

—Estamos follando, Astrid, ¿no podemos dejar esta conversación para después?

Ella negó con la cabeza.

—Es importante dejarlo todo claro —lo contradijo mordiéndose el labio cuando, con un traicionero giro de caderas, frotó su clítoris logrando que gritara.

—Yo lo tengo todo muy claro. Fin de la discusión.

Astrid sabía que era un hombre acostumbrado a salirse con la suya, pero eso podía consentirse en los negocios, no en una relación de pareja, y menos en su caso, ya que la desigualdad económica entre ambos podía ser un tema complicado de tratar.

—¿Eres consciente de que estás proponiendo matrimonio a una mujer con escasos recursos económicos y que tú tienes un importante patrimonio que conservar?

Owen, aburrido de que se menospreciara a sí misma, detuvo sus movimientos, aunque sin perder el contacto íntimo, y, apoyándose en los antebrazos, se elevó lo suficiente para mirarla.

—Soy consciente de muchas cosas, Astrid —adujo con su tono más duro.

—¿Has pensado qué ocurriría si al cabo de un par de años o tres te cansas de mí y

decides divorciarte de mí como hacen los *muchimillonarios*?

Owen arqueó una ceja ante el calificativo dirigido a su persona.

—Astrid, no digas sandeces... *Muchimillonarios* —repitió como si el término lo molestara.

—No son sandeces, piénsalo detenidamente —le pidió ella, comportándose con más lógica que él.

—Astrid... —masculló perdiendo la paciencia.

—Imagina que me vuelvo una arpía histérica y rencorosa, y te dejo con el culo al aire mientras te exprimo y aireo tus secretos o me invento algunos —continuó argumentando ella.

—Joder... —masculló él sin poder creérselo.

—Y, no contenta con eso, me dedico a perseguir a tu nueva amante, amenazándola, o... o..., bueno, lo que se me ocurra —añadió convencida de que ese hombre había perdido el norte.

Eso era del todo inadmisibile, así que o acallaba de una vez por todas a esa mente retorcida o iba a acabar con dolor de cabeza con tanta tontería.

—Solo te lo voy a decir una vez, y no quiero volver a oír nada al respecto —adujo él con aire estricto, del que no admitía réplica—. Vas a casarte conmigo, sé perfectamente lo que quiero. En cuanto a tu trabajo, vas a ser una excelente profesional. —Hizo una pausa para respirar y para advertirle con la mirada que no consentiría ningún tipo de comentario relacionado con eso—. Cuando se me antoje, iré a buscarte al trabajo, y viceversa. Te instalarás en mi apartamento, allí podrás cambiar lo que quieras y ponerlo a tu gusto.

—No voy a cambiar nada —musitó ella, intentando aportar algo.

—Dentro de unos días te presentaré a mi madre —prosiguió él su discurso para zanjear el temita de los cojones—. Por desgracia, a mi hermano ya lo conoces, y te pido perdón por anticipado porque Patrick no tiene remedio. Después iré a conocer a tus padres o, mejor aún, los invitas a pasar unos días con nosotros. Respecto a tu hermano, tranquila, ya he hablado con él. Punto.

—¿Cuándo has hablado con Axel?

—Eso ahora no importa —la cortó él—. ¿Puedo follar ahora como un hombre comprometido o tienes algo más que objetar?

Su pregunta era retórica, de eso no cabía duda. Aun así, y pese a toda la argumentación, Astrid seguía sin verlo claro y, arriesgándose (una vez más) a enfadarlo, dijo:

—Y ¿por qué no firmamos uno de esos acuerdos que hacen los ricos para que en caso de divorcio no haya problemas?

—Astrid... —masculló él sin dar crédito a tanta absurda obstinación—. Algún día te contaré la historia de mi familia, pero te adelanto que la palabra *divorcio* está prohibida.

Ella frunció el ceño. Ese comentario era de lo más retrógrado. Además, si tenía en

cuenta a su hermano..., pues no cuadraba, así que decidió averiguarlo.

—¿Sois de esa gente ultraconservadora? —inquirió aplicando una hipótesis. Por lo poco que había observado, no lo parecía, pero como solo había conocido a un miembro de la familia, el más extraño, a saber cómo era el resto.

Owen se echó a reír, vaya ocurrencias tenía esa mujer.

—Ya te daré yo a ti ultraconservadurismo...

A partir de ese momento, él no admitió más oposición a sus deseos más inmediatos, y ella entendió de una vez que debía acostumbrarse a aceptar las sugerencias/órdenes de un tipo rico que casualmente estaba ahora entre sus piernas con la firme intención de lograr que gritase de placer.

—Te recuerdo que tenemos una lista pendiente...

—Pues no perdamos el tiempo.

Con renovado entusiasmo, ahora ya solventados todos los posibles inconvenientes, Owen cogió ritmo y, por supuesto, la besó encantado por cómo había manejado la situación. Astrid decidió dejarlo ganar porque ya tendría ocasiones, más adelante, para explicarle que ella, de sumisa, tenía más bien poco.

Le devolvió el beso, y en ese mismo instante supo que no podía dejarlo ganar. Owen estaba acostumbrado a ello, pero Astrid supo que o le dejaba claras las cosas desde el minuto uno o tendrían un futuro complicado.

—He cambiado de idea —dijo entre jadeos, lo cual suponía un considerable esfuerzo, ya que sentir el roce constante de su polla tocando cada resorte de su interior, el calor de su cuerpo encima del suyo, sus gemidos debido al esfuerzo, las manos tocando cada milímetro de su piel, su torso, con el que no dejaba de rozar los pezones...

—¿Perdón? —inquirió él resoplando. No podía ser que en medio de un buen revolcón ella volviera a las andadas.

—No puedo ser..., no voy a ser —se corrigió— la esposa sumisa y obediente que un hombre como tú espera...

Owen arqueó una ceja y sonrió de medio lado.

—¿Ah, no? —Empujó con verdadera brusquedad, consiguiendo que ella jadease casi al borde del orgasmo.

No contento con esa agresividad, la sujetó de las muñecas, obligándola a que las elevara por encima hasta chocar con el desconchado cabecero de la cama.

Astrid negó con la cabeza.

—Nunca —aseveró.

Estaba atrapada y encantada, por supuesto, pero todavía podía darle una última sorpresa, así que arqueó la pelvis, elevándose, y después se balanceó a derecha e izquierda, desestabilizándolo.

—¿Qué haces?

Bajo ningún concepto Owen quería perder el contacto, y se afanó en seguir penetrándola. Nunca pensó que le resultaría tan difícil eso de comprometerse con una

mujer. Quizá debería haber recurrido a los clásicos, invitarla a cenar a un restaurante romántico y, en el postre, declararse, porque eso de ser original lo estaba llevando por el camino de la amargura.

—Quiero ponerme encima, montarte —exigió ella, adoptando una actitud de lo más intransigente—. Alguna vez tendrás que estar debajo, digo yo.

—Y ¿crees que no iba a dejarte? —replicó él sonriendo de medio lado.

Acto seguido fue Owen quien maniobró para quedar debajo.

—Eres muy mandón —le dijo Astrid señalándolo con un dedo acusador, un dedo que, al acercarlo hasta su boca, él atrapó entre los dientes y mordió.

—Astrid, con tal de follar contigo, lo cual parece hoy imposible, acepto cualquier sugerencia —adujo con ese aire condescendiente del que sabe que se va a salir con la suya pero que prefiere hacerse la víctima a ver si cuela.

Ella se inclinó hacia adelante para besarle de forma obscena y después comenzó a cabalgarlo, gimiendo al ritmo de sus bamboleos, porque en esa postura la estimulación de su clítoris era perfecta.

—Mmm..., creo que necesitamos una banda sonora para este momento —bromeó sin dejar de moverse sobre él.

Como era de esperar, Owen no estaba para tantas tonterías.

—Joder, Astrid. Acabo de comprometerme contigo, estamos follando y, de paso, intento dejarte embarazada; ¿no crees que eres demasiado exigente? ¿No son suficientes esfuerzos por hoy?

Ese comentario gruñón hizo que ella sonriera de oreja a oreja.

—Dame ese capricho —musitó inclinándose para decírselo al oído con la voz más sugerente del mundo y haciéndole un puchero de lo más sexi.

—De acuerdo —convino él, convencido tras solo medio segundo.

Estiró la mano, agarró su iPhone y trasteó lo imprescindible para acceder a la lista de reproducción y seleccionar un tema que había escuchado infinidad de veces (por supuesto, a solas, porque si alguien lo pillaba su posición de hombre serio quedaría hecha añicos), y las primeras notas de *Toi et moi*^[19] empezaron a sonar.

Astrid contuvo las lágrimas al reconocer la canción, una de sus favoritas, en ese francés tan desgarrado de Aznavour.

—Owen... —gimió emocionada, más incluso que tras recibir su extraña propuesta de matrimonio.

—¿Contenta? —inquirió él, acunando su rostro antes de besarla mientras la música seguía sonando de fondo.

—Mucho —jadeó al tiempo que se incorporaba para montarlo como Dios manda—. Y ahora, sigamos con lo que estábamos —añadió lamiéndose los labios como una *pornostar*.

—Debo decir que la vista es perfecta... —añadió él levantando las manos para atraparle los pechos y masajearse los.

Ambos eran conscientes de que se encontraban a punto de caramelo.

—Excelente... —lo imitó Astrid con una sonrisa picarona, y a partir de ese instante no hubo interrupciones ni nada que pudiera estropear el ambiente.

Epílogo

Estaba nerviosa.

Muy nerviosa.

El ascensor se detuvo en la última planta, en la que solo había un despacho. Salió de la cabina todavía sin tener muy claro por qué había aceptado todas y cada una de las propuestas de Owen, incluyendo la de estar allí a la hora de la comida.

No terminaba de creérselo, pero se encontraba en el despacho de él, vestida con su ropa más formal: falda recta azul marino, camisa recatada de color *beige*, zapato de medio tacón destalonado, pelo recogido en un moño bajo y maquillaje discreto.

Caminó despacio admirando el edificio, una interesante e intimidante construcción del XIX, pero suavizada con elementos de vanguardia y minimalistas. Muy acordes con el estilo sobrio de Owen.

Llegó a un enorme espacio, previo al despacho, donde uno podía sentirse como en casa. Con enormes sofás y pantalla planta de *tropecientas* pulgadas.

—¡Hola! —la interrumpió una voz educada—. Ya estás aquí; acompáñame.

—Hola —respondió Astrid con timidez a Helen y la siguió hasta su mesa.

La secretaria le señaló la puerta del despacho.

—Pasa, está hablando por teléfono, pero me ha indicado que nada más llegar, entraras. ¿Quieres tomar algo?

—Prefiero no interrumpirlo —murmuró ella todavía algo cohibida.

—Como quieras. Siéntate aquí, si lo deseas —indicó Helen con amabilidad.

Astrid miró a su alrededor; aquello seguía imponiéndole.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —dijo. Helen asintió—. ¿No te sientes un poco impresionada trabajando aquí? —inquirió en tono confidencial.

—Al principio, sí —confirmó la secretaria con una sonrisa—. Sin embargo, me he acostumbrado, y reconozco que me costó, aunque trabajar con Owen hace las cosas más fáciles.

Astrid asintió.

—¡Ya estoy aquí! —canturreó una voz alegre acercándose a ellas.

—¡Llegas pronto! —exclamó Helen, dando a entender que no estaba muy conforme con su presencia.

—Ya lo sé, y no creo que vuelva a suceder. Ven aquí, anda, que te saludo como es debido.

Patrick, sin importarle (como siempre) absolutamente nada, tiró de ella, la puso en pie y allí, delante de Astrid (que no salía de su asombro), le plantó un beso de película (con lengua y magreo incluido), a lo que la homenajeadada respondió con un sonoro gemido.

—¡Patrick! —chilló avergonzada.

—Anda, rubia, ven aquí, que también tengo para ti. —Soltó a su chica y se fue directo a por la novia de su hermano, a la que besó en los labios, eso sí, sin lengua.

—Compórtate, por favor —le exigió Helen sentándose en su silla y pidiendo disculpas a Astrid con la mirada.

—No pasa nada —murmuró esta.

—Bueno, ya que estamos todos, vamos a lo importante. ¿Tienes los papeles? —preguntó Patrick a la secretaria en un tono más serio de lo que era habitual en él.

—Sigue sin parecerme buena idea —protestó Helen entregándole una carpeta de documentos.

—Excelente —adujo Patrick imitando a su hermano, y se sentó junto a Astrid—. Vaya por delante que no tengo nada en tu contra, ya sé que quieres mucho a mi hermano, que le vas a dar muchos hijos, que no te mueve el interés económico y que serás la esposa perfecta para el estirado de Owen. —Se puso hasta la mano en el pecho para demostrar lo preocupado que estaba—. Pero como es mejor hacer las cosas bien... —Le tendió los papeles y añadió—: Firma.

Astrid asintió y, sin dudarle, cogió el primer bolígrafo que pilló y estampó su rúbrica junto a la de Owen.

—Ya está —dijo satisfecha devolviéndole los papeles a Patrick.

—Ay, cuñada, así da gusto.

Patrick se acercó de nuevo a ella con la intención de plantarle otro piquito, lo cual estaba a punto de suceder cuando la puerta del despacho se abrió y apareció Owen, que se cruzó de brazos al ver la escena y arqueó una ceja.

—Buenos días —murmuró Astrid poniéndose en pie.

—Yo solo doy a mis fans lo que me piden —alegó Patrick sonriente, para nada arrepentido.

—Me lo llevo, que cuando hay gente se pone imposible —intervino Helen antes de guardar los documentos y dejarlos en el despacho de su jefe.

—De acuerdo —convino Owen mirando a su secretaria—. Nos vemos a la hora de comer. —Y añadió dirigiéndose a Astrid—: Acompañame.

Le tendió la mano mientras ella, que empezaba a acostumbrarse a las gamberradas de Patrick, todavía sonreía. Aún nerviosa, lo siguió y, una vez dentro, sus nervios aumentaron, pues era la primera vez que pisaba su espacio personal. El despacho era el fiel reflejo de la personalidad sobria y pragmática de Owen.

Él le indicó que se sentara y después hizo lo propio tras su enorme escritorio, donde había un montón de documentos, pero todo organizado, nada fuera de su sitio.

Aquel silencio no contribuía a que Astrid se sintiera más tranquila, y menos aún cuando él la miraba de una forma que se podría catalogar de distante, ya que no entendía el motivo por el que se acomodaba.

—Si tienes trabajo... —murmuró en voz baja.

—Solo me queda un asunto pendiente... —indicó él en un tono profesional, lo

que hizo que Astrid se pusiera en guardia.

Owen, dispuesto a no dejar pasar ni una, se recostó en su asiento y, a pesar de ser consciente de que se estaba comportando como un cabrón controlador, entrelazó los dedos y le sostuvo la mirada hasta que se decidió a hablar.

—¿No tienes nada que contarme?

Astrid tragó saliva. Quería decírselo, pero era una sorpresa. ¿Cómo se había enterado? Ella lo había averiguado esa misma mañana.

—Iba a decírtelo...

—Ya te lo advertí una vez. No me gusta ni que me regatees ni que me mientas.

Ella frunció el entrecejo. Omitir una noticia no implicaba automáticamente mentir, ¿verdad?

Joder, era difícil mantenerse serio con ella allí delante, con ese aspecto tan formal, pero Owen aguantó la tentación, más bien la pospuso, hasta resolver un asunto.

—Señorita González, sé lo que ha firmado, y espero que no vuelva a hacer algo así a mis espaldas —dijo rompiendo el tenso silencio.

Uy, qué mal sonaba eso de «señorita González», pensó ella, y no supo si sentirse aliviada porque su, de momento, secreto seguía a salvo o molesta por su actitud.

—¿Cómo lo has averiguado?

Owen le mostró, una vez más, esa faceta de ejecutivo de vuelta de todo. Estiró los puños de su camisa, enseñándole los gemelos que ella le había regalado y, disimulando su regocijo, respondió:

—Deberías saber que hay pocas cosas que se me escapan.

—Esa es una respuesta ambigua —le reprochó ella en voz baja.

Él sonrió de medio lado, se puso en pie y continuó hablando.

—Deposito cierto nivel de confianza en mis colaboradores, no obstante, me gusta saber qué papeles firmo. Por norma general, cuando Helen me presenta documentos para firmar, me hace un pequeño resumen o bien me deja alguna nota al margen para que yo lo supervise.

—Entiendo...

—Y la pobre estaba tan nerviosa cuando intentó colarme el documento que acabó confesándomelo. Entre mi hermano, con el que tendré una conversación, no lo dudes, y tú habéis intentado colarme un contrato prematrimonial que, si bien he firmado, debo advertirte que carece de validez legal.

Astrid resopló.

—Lo siento, pero era la única manera de demostrarte que no estoy contigo por tu dinero —alegó en su defensa.

—Ahora tienes un buen empleo —le recordó Owen, y ella hizo una mueca—. Y, como has podido comprobar, a menos de cinco minutos de aquí.

—Ya me he dado cuenta —admitió Astrid, controlándose para no acabar roja como un tomate debido a la connotación sexual que encerraban sus palabras.

—¿Por qué pones esa cara?

—Respecto a eso...

—¿Qué ha pasado ahora? —preguntó él con un matiz de sospecha en sus palabras.

Astrid, que intuía una discusión en toda regla, se le acercó para intentar suavizar la noticia y que entendiera su punto de vista.

—Hoy he hablado con el jefe de personal...

—¿Ya estamos otra vez con las malditas dudas? ¿Alguien ha dicho algo que te ha molestado? —inquirió Owen en su tono más ejecutivo, dispuesto a llevarse por delante a quien hiciera falta porque no iba a permitir ningún tipo de ofensa o insinuación sobre ella.

Mientras lo observaba, Astrid se dio cuenta de que podía levantar el teléfono y en menos de cinco minutos estaría al tanto, porque a buen seguro tenía buenos contactos con la gerencia del hotel.

—Cálmate, por favor. No, no es nada de eso.

Le dio un rápido beso en los labios para destensar un poco el ambiente antes de seguir. Como era de esperar, él desconfió, pero al menos se mantuvo callado.

—Explícate entonces —exigió sin dar muestras de que los mimos hicieran efecto en su determinación.

—Me parecía injusto formar un equipo, dar mi punto de vista, organizar un plan de trabajo cuando en apenas unos meses tendré que cogerme la baja. Prefiero dejar, de momento, que todo siga como hasta ahora y...

—Y ¿por qué ibas a coger tú una baja? —preguntó él enfadado.

Apoyó las manos en las caderas a la espera de una explicación, y esta tendría que ser muy buena para que no lo cabreara aún más.

—Esto... —balbuceó ella.

—No pretenderás vivir a mi costa... —añadió Owen con sarcasmo.

Ella negó con la cabeza. Esbozó una sonrisa, pues había hecho una especie de broma y, teniendo en cuenta el extraño sentido del humor de Owen, podía considerarse todo un avance.

Lo agarró de la muñeca. Él se resistió, pero al final Astrid colocó la mano sobre su vientre, a ver si así pillaba la indirecta.

Luego respiró hondo mientras lo miraba sin pestañear siquiera. Aguardar una respuesta en estos casos siempre es una dura prueba.

A él le costó diez silenciosos segundos atar cabos. Hasta que ella lo vio abrir unos ojos como platos para acabar sonriendo ampliamente, como muy pocas veces tenía el placer de observar.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó él aclarándose la garganta.

—Llevo unos días de retraso, y esta mañana, cuando te has marchado, pues he ido a una farmacia para salir de dudas y...

Owen, eufórico, atontado y muy pero que muy sonriente, la abrazó con ímpetu, levantándola incluso del suelo.

—No me lo puedo creer... —añadió sin apartar la mano de su vientre.

—Espero que esto no sea un contratiempo...

—Si te refieres a tu trabajo, no, no lo es. Ya te he dicho que no quiero una mujer ociosa, aburrida y dispuesta a quemar la tarjeta de crédito.

—No seas bobo —le replicó ella acariciándole el rostro sin soltarse de su abrazo y besándolo, ahora sí, con más pasión—. Tu madre nos está organizando una boda y, bueno...

Astrid, que había conocido a su futura suegra hacía poco menos de dos meses, todavía no sabía muy bien cómo calificarla. Más que la madre de Owen parecía su hermana mayor, y si bien la primera impresión era que no se sorprendería al conocer su embarazo, sin embargo, tenía sus dudas sobre las especulaciones que podían surgir entre cientos de invitados si se casaba con un vestido premamá.

—¿Sabes? Lo de casarse embarazada es una tradición familiar, no te preocupes por eso —apuntó Owen de buen humor.

—¿De verdad? —inquirió ella parpadeando, pues no terminaba de acostumbrarse a las excéntricas tradiciones de una familia, *a priori*, tan seria y respetable.

—Celebrémoslo, aquí, ahora... —añadió él bajando el tono hasta convertirlo en una picantona sugerencia, al tiempo que posaba las manos con descaro sobre su trasero por encima de la falda y con intención más que evidente de querer meterlas por debajo.

—¿En tu despacho? —exclamó ella alarmada y excitada al mismo tiempo, y miró a su alrededor. No había oído bien.

—Aquí y ahora —insistió Owen acorralándola contra el escritorio.

—Llegaremos tarde, y tú odias a la falta de puntualidad —adujo Astrid alterada debido a unas atrevidas manos que intentaban desabrocharle los botones mientras ella se sujetaba a sus hombros.

—El motivo lo merece —ronroneó él besándola en el cuello, aspirando su aroma, tentándola con pequeños roces, sin despegarse de su cuerpo.

—Nos espera tu madre para comer...

—Es de la familia, lo entenderá.

Astrid, encantada con la faceta irresponsable de su amante, acabó por rendirse a la evidencia. Lo deseaba, donde fuera, cómo fuese. Metió las manos por debajo de su chaqueta para quitársela y después le aflojó la corbata para así poder recorrer su cuello con la lengua y llegar hasta su oreja y mordisquearla.

—Esta fantasía no estaba en la lista... —musitó tras emitir su primer jadeo.

—Un imprevisto de última hora —replicó él como si de un acuerdo comercial se tratara, excitándola aún más.

—Hagámoslo bien, entonces —dijo Astrid de repente, y lo empujó para que se acomodara en el sillón de director.

Owen, con una ceja arqueada, obedeció y se agarró a los reposabrazos mientras ella se soltaba la melena rubia y lo miraba con cara de deseo y mucho más.

No se conformó con eso, sino que, además, ella misma fue revelándole un sencillo sujetador que él se moría por destrozar a bocados. Tarareando una melodía sensual, se contoneó hasta ponerse frente a él. Miró primero su abultada bragueta y después el sillón de oficina donde la esperaba ansioso.

Frunció el entrecejo. El sillón de diseño no le daba garantías.

—Resistirá —adujo Owen, quien le había leído la mente.

—Excelente... —bromeó ella subiéndose a horcajadas y poniéndole los pechos a la altura de la boca para que pudiera lamerlos a placer.

Él sacó su lado más agresivo y apartó las copas del sujetador con los dientes para atrapar uno de sus duros pezones mientras ella enredaba las manos en su pelo y lo atraía hacia sí, al tiempo que se las apañaba para, sin pudor alguno, frotar su húmedo sexo contra la bragueta abultada.

—Owen... —gimió ante sus agresivas atenciones. Notaba los pechos mucho más sensibles de lo habitual, y eso disparaba su excitación—. ¿La puerta está cerrada con pestillo?

—Esa puerta no tiene pestillo —respondió él apartándose lo imprescindible de su cuerpo para decirlo—. Nunca ha sido necesario...

—¿Y si... aparece alguien? —acertó a decir Astrid, sopesando la posibilidad. La idea de ser cazados elevó más aún su temperatura corporal.

—No te preocupes, nadie entra en mi despacho sin llamar —aseveró él con su tono más firme. Otro elemento para ponerla en el disparador.

Owen abandonó sus pezones y buscó su boca. Deseaba devorarla y lo hizo, mientras metía una mano entre sus piernas abiertas para acariciarla por encima de la inoportuna ropa interior. Sonrió cuando ella dio un respingo. Quiso ser malo al no arrancarle de cuajo las bragas, limitándose a tocarla por encima durante unos segundos.

Pero Astrid no iba a quedarse quieta, y se las apañó para llegar a la hebilla de su cinturón, desabrocharlo y así poder tener acceso a sus pantalones. Metió la mano dentro y le agarró la polla directamente, sin andarse con tonterías.

—Me gustaría besarte la cobra —musitó robándole el aliento no solo con sus insinuantes palabras, sino también con su traicionera mano.

—Después, ahora quiero ver lo mojada que estás.

Ella se salió de encima de él un instante y, con una perversa sonrisa, se ocupó de bajarse las bragas de forma sugerente hasta que estas cayeron a sus pies. Se agachó de forma exagerada para que sus tetas quedaran colgando, y recogió del suelo su ropa íntima para luego volver a montarse encima y decirle al oído:

—Guárdamelas —indicó ocupándose ella misma de meterlas en el bolsillo de la americana que colgaba del respaldo. Le dio unas palmaditas y todo—. Así me gusta, a buen recaudo.

—Aquí sabemos guardar las cosas —afirmó él mirando de reojo cómo sobresalían; cualquiera podría pensar que llevaba un pañuelo. A lo mejor ni se las

devolvía.

Owen maniobró para bajarse los pantalones lo imprescindible y después sujetó su polla para que Astrid pudiera metérsela dejándose caer. Ella lo besó de forma voraz, gimiendo en su boca a medida que sentía cómo iba entrando en su cuerpo hasta quedar clavada en su interior.

—Owen... —susurró de esa forma qué solo una mujer satisfecha y enamorada puede hacerlo, y comenzó a balancearse, tensando los músculos de las piernas para apretarlo y exprimirlo si fuera necesario—. En esta postura es... es...

—Increíble —remató él mientras embestía desde abajo y la sujetaba con una mano de la cadera para tener la otra libre y poder así acariciar otras interesantes partes de su anatomía, como, por ejemplo, ese par de tetas que rebotaban en respuesta a cada empuje.

Astrid cerró los ojos y dejó que el instinto tomara el control por completo. En aquella posición podía frotar el clítoris, acelerando sin duda su orgasmo. Sintió crecer la tensión en su cuerpo y sus movimientos se tornaron más frenéticos, sus jadeos más intensos, su respiración más agitada, hasta que acabó mordiéndolo en el hombro para no gritar y alertar a todo el mundo de lo que sucedía en la última planta del edificio.

—Córrete, en mis brazos, Astrid —ordenó Owen uniéndose a ella entre increíbles espasmos hasta quedar relajado, aún enterrado en ella y con los pelos de punta.

—Uau... —murmuró ella acunándole el rostro para ese último beso, tan intenso como el primero, aunque cargado de satisfacción—. El próximo día lo haremos sobre mi escritorio.

—De acuerdo —convino ella al tiempo que se incorporaba para adecentarse, y pensó que desordenarle todos sus papeles sería divertido.

—¿Ves cómo tiene ventajas el hecho de que tu trabajo y el mío se encuentren tan cerca?

—Muchas ventajas —susurró Astrid.

—¿Lista? —preguntó él peinándose con los dedos tras arreglar su ropa y observar cómo ella hacía lo mismo.

Ella asintió y se cogió de su brazo.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, sobre la hora acordada, entraron en el restaurante donde esperaba la madre de Owen, Marisa, junto su hijo díscolo y Helen, quienes también se pusieron en pie para recibirlos. Mientras Astrid abrazaba a su futura suegra, Owen observaba encantado la escena, hasta que sintió unos golpecitos a su espalda.

—¿Debo suponer que vuestro retraso se debe a un uso indebido de tu despacho en horas de oficina? —inquirió Patrick guasón.

Owen lo miró de reojo; no le gustaba nada que le hablasen a la espalda. Puso los ojos en blanco ante la expresión divertida de su hermano.

—No soy adivino, pero la marca de carmín que llevas en el cuello lo dice todo —añadió Patrick en tono cómplice.

Podía negar la evidencia, no obstante, claudicó.
—Supones bien.

Agradecimientos

Gracias una vez más (no me canso de hacerlo) a la editorial y a mi editora, Esther Escoriza, no solo por publicar esta historia, sino por toda su dedicación.

Gracias también a las buenas amigas, a las que no siempre ver cuando quiero pero que me ayudan a mantener los pies en la tierra.

No me olvido de mi familia, que me apoya sin reservas.

Y, por supuesto, gracias a quienes me rodean día a día. A veces no es fácil aguantar a una escritora en «constante proceso creativo», pero al final nos apañamos.

Nota de la autora

Dímelo al oído pretende ser, ante todo, ser una historia «gamberra», de ahí que la haya incluido en esa serie.

Desde el primer libro de la serie Boston, ha pasado ya tiempo. Admito que me he saltado alguna generación; sin embargo, no me he podido resistir a hacer ciertos guiños. Sé que a much@s os hubiera gustado seguir un estricto orden cronológico, pero a veces hay que permitirse ciertas licencias.



No me gusta hablar de mi misma, me da un poco de corte, pero allá voy.

Nací en Burgos, donde sigo residiendo y donde trabajo en la empresa familiar; haciendo de casi todo pero donde tengo un pelín de libertad para mis cosas.

Algún día descubriré que es eso de conciliar la vida familiar y la vida laboral.

Me aficioné a la lectura en cuanto acabé el instituto y dejaron de obligarme a leer. Recuerdo que *El perfume* fue el último libro que me mandaron leer y que me aburrió sobremanera.

Empecé con la novela histórica y un día de esos tontos me dejaron un libro de romántica y de ahí, por casualidad, me enganché.

Y de qué manera.

Todavía conservo muchos de los primeros libros que compré, aunque ahora, con los años, muchos de ellos me resulten chocantes. Con el tiempo, inevitablemente, una se vuelve más selectiva.

Vivía en mi mundo particular hasta que internet y los foros de novela obraron el milagro de poder hablar de lo que me gusta con más gente, compartir opiniones y así, a lo tonto, pues aquí estamos.

Me encantaba escribir reseñas y así empecé a contactar con otras foreras, a conocernos y a hablar de todo.

Durante mucho tiempo escribía cosas sueltas, relatos, que siguen por ahí a la espera

de darles el último retoque. Hasta que alguien muy especial me animó a ponerme a escribir en serio y a presentarlo a las editoriales. Y he aquí el resultado.

He escrito varias novelas, ambientadas en diferentes épocas. La primera fue *Divorcio* (2011), que pertenece a la serie «Boston» y en la que se incluye también *A contracorriente* (ganadora del VII Premio Terciopelo de Novela). Entre las de ambientación contemporánea cabe mencionar *Treinta noches con Olivia* (2012), que forma parte de una serie divertida y desenfadada compuesta por seis títulos más. También me he aventurado con novelas de temática histórica como *No te pertenezco* (2015) y *No te he olvidado* (2016). Otras de corte más intimista, como *Sin reservas* (2015) y su desenlace, *Sin palabras* (2016). Asimismo he publicado títulos independientes como *Tal vez igual que ayer* (2016), varias novelas en formato digital, entre las que destaca *No se lo cuentes a nadie* (2017) y, por supuesto, no hay que olvidar la serie «más gamberra» de las que hasta la fecha he publicado: *Quiero lo mismo que tú* (2014), *Dímelo al oído* y *Edición limitada* (2017). Y no podía faltar una de investigación: *Inútil ilusión traicionera* (2018).

Notas

[1] *Macarena*, RCA Records Label, interpretada por Los Del Río. (*N. de la E.*) <<

[2] Véase la nota 1. (*N. de la E.*) <<

[3] Véase la nota 1. (*N. de la E.*) <<

[4] *The Look of Love*, Mercury, interpretada por Dusty Springfield. (N. de la E.) <<

[5] *Tous les visages de l'amour*, Barclay, interpretada por Charles Aznavour. (N. de la E.) <<

[6] *Il mondo*, DV More, interpretada por Jimmy Fontana. (N. de la E.) <<

[7] *Fly Me to the Moon*, Pomelo Records, interpretada por Astrud Gilberto. (*N. de la E.*) <<

[8] *Blurred Lines*, Star Trak, LLC 2015, interpretada por Robin Thicke. (*N. de la E.*)

<<

[9] *Para siempre*, Ariola, interpretada por Mónica Naranjo. (N. de la E.) <<

[10] *The Pink Panther*, Diamond Records, Inc., interpretada por Henry Mancini. (N. de la E.) <<

[11] Véase la nota 9. (*N. de la E.*) <<

[12] Véase la nota 9. (*N. de la E.*) <<

[13] *Love is in the Air*, Ariola, interpretada por John Paul Young. (N. de la E.) <<

[14] *Sooner or Later*, Sire/Warner Bros., interpretada por Madonna. (N. de la E.) <<

[15] *Follo Me on the Eskay (Mi Sofá)*, Universal Music Spain, interpretada por Mojinós Escocíos. (N. de la E.) <<

[16] *Chow Chow*, Universal Music Spain, interpretada por Mojinós Escocíos. (*N. de la E.*) <<

[17] Véase la nota 10. (*N. de la E.*) <<

[18] *We Are the Champions*, Queen Productions Ltd., interpretada por Queen. (N. de la E.) <<

[19] *Toi et moi*, Barclay, interpretada por Charles Aznavour. (N. de la E.) <<